E. P. THOMPSON

LA FORMACIÓN DE LA CLASE OBRERA EN INGLATERRA

Tomo I

Prólogo de
JOSEP FONTANA

EDITORIAL CRÍTICA
Grupo editorial Grijalbo
BARCELONA

Título original:
THE MAKING OF THE ENGLISH WORKING CLASS
Victor Gollancz, Ltd., Londres

Traducción castellana de ELENA GRAU

Cubierta: Enric Satué

ISBN: 84-7423-416-6 obra completa
ISBN: 84-7423-417-4 tomo I
Depósito legal: B. 22.978-1989 (I)
Impreso en España
1989. — HUROPE, S.A., Recaredo, 2, 08005 Barcelona

PRÓLOGO

La importancia de E. P. Thompson —de quien ha podido decirse que, como todo gran historiador, «ha conseguido transformar la naturaleza del pasado de manera que nunca volverá a parecer el mismo»— y muy en especial la de esta obra, que es ya un clásico de la historiografía del siglo XX, *deben bastar para explicar que se reedite hoy. Este libro se tradujo por primera vez al castellano en 1977 con el título de* La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra: 1780-1832. *Hacía años que esta edición de 1977 se encontraba agotada, de modo que era obligado volver a ponerlo en circulación entre los lectores de habla española.*

Conviene añadir, además, un elemento adicional que hacía necesaria esta nueva edición. La traducción de 1977 no fue precisamente afortunada, lo cual dificultaba apreciar la riqueza de matices y sugerencias contenidos en el libro, cuando no inducía a malentendidos. Había que volver a traducirlo y esto es lo que se ha hecho ahora, trabajando duramente para que este nuevo texto castellano se aproxime algo más a un original de considerable calidad histórica y literaria, y de muy difícil versión. O para conseguir que, cuando menos, no traicione su sentido.

Para la primera salida de la obra, cuando Thompson era todavía un desconocido entre nosotros, escribí una nota preliminar en que comenzaba afirmando:

> *Este es, en mi opinión, el más importante y renovador libro de historia que se haya publicado en muchos años. Es una obra llena de ideas nuevas, que plantea problemas teóricos importantes y que no habla para la «comunidad.académica» sino para el hombre común —lo que quiere decir: para el hombre sin adjetivos—, a quien el pasado le interesa sobre todo como ayuda para descifrar el presente.*

Hoy, por fortuna, Thompson es suficientemente conocido, en su doble faceta de historiador y de luchador en el movimiento por la paz, y resulta innecesario glosar de nuevo la importancia de su aportación a la ciencia histórica de nuestro tiempo.

Pero quisiera explicar por qué, además, se ha elegido su libro para iniciar una nueva colección de estudios de «Historia del mundo moderno», lo cual no ha sido motivado únicamente por su valor historiográfico, sino por unas cualidades que trascienden este valor.

Publicada en 1963 (y reeditada con revisiones en 1968), esta obra tenía un doble propósito que el propio Thompson explicó posteriormente:

> The making of the English working class *surgió de una polémica teórica que tenía un doble objetivo. Por una parte, no podría haberse escrito de no haber existido una disciplina como la historia económica, extraordinariamente firme y bien fundamentada desde el punto de vista intelectual, que tiene una tradición continua (con notables excepciones) desde Adam Smith y los economistas clásicos «ortodoxos» hasta la actualidad. Pero se trata de una tradición muy contaminada por la ideología capitalista. De aquí que, en un cierto sentido, sea necesario polemizar con ella para poder escribir la historia social de las gentes de este período. Por otra parte, había que polemizar también contra las versiones economicistas esquemáticas del marxismo, tal como se estaban manifestando en las discusiones que se sostenían, dentro y fuera del movimiento comunista, entre 1956 y la creación de la «nueva izquierda». En estas versiones, la noción muy simplificada de la aparición de la clase obrera se reducía a la de un determinado proceso: fuerza de vapor + sistema de fábrica = clase obrera. Una clase especial de materia prima, los campesinos «afluyendo a las fábricas», se elaboraba para producir tantos metros de proletarios con conciencia de clase. Combatí esta visión con el objeto de mostrar cómo la conciencia plebeya ya existente, refractada por las nuevas experiencias de existencia social —unas experiencias que la gente manejaba en términos culturales—, dio nacimiento a una nueva conciencia transformada.*

El libro tuvo una acogida extraordinaria y se convirtió en un revulsivo para los jóvenes historiadores progresistas del mundo entero, a quienes ayudó a liberarse de la doble amenaza asfixiante de un economicismo de corto vuelo, que estaba emprendiendo entonces la estéril aventura de la «cliometría», y del corsé deformador de las degeneraciones catequísticas del marxismo. Pasado este entusiasmo inicial, sin

embargo, la obra de Thompson sigue conservando toda su vigencia y su capacidad de sugerir nuevas vías, tanto por lo que se refiere a las discusiones actuales en torno a la «Revolución industrial» —el capítulo sobre «explotación» sigue siendo una lectura obligada antes de sumergirse en el «debate sobre el nivel de vida»—, como en lo referente a los orígenes del movimiento obrero o a la preocupación por los temas relacionados con la cultura popular.

En efecto, la visión más compleja de la «Revolución industrial» que está reemplazando hoy al viejo esquema codificado a comienzos del siglo XX*, encontrará muchos motivos de reflexión en este mundo del trabajo «prefabril», donde podemos advertir que la división del trabajo que Adam Smith celebraba como instrumento del progreso humano no fue el fruto de la máquina o de la fábrica, sino del perfeccionamiento y especialización de los oficios artesanos.*

En el otro extremo del espectro —y para limitarme a estos dos únicos ejemplos—, quienes se apasionan hoy por la historia de las «mentalidades» podrán advertir que hace ya muchos años que se están estudiando con un método adecuado —mucho más adecuado que ese retorno a la historia inmanentista de las ideas que algunos parecen creer una novedad— temas como las culturas de grupo, con las que un sector de la sociedad expresa sus problemas objetivos en términos culturales, o los mecanismos de formación de una conciencia colectiva. No se trata tan sólo de que convenga prevenirles contra los descubridores de océanos frecuentemente navegados, sino de la conveniencia de que adviertan que la tarea del historiador no se puede limitar ni a ocuparse solamente del trabajo y de la subsistencia de los hombres (si no se esfuerza en entender, al propio tiempo, cómo interiorizan y expresan sus experiencias en este terreno, no podrá comprender cómo reaccionan ante ellas), ni tan sólo de sus ideas y creencias (que se nos aparecen, cuando las aislamos, como fantasmas sin relación alguna con el mundo real). Un trabajo como el de Thompson, que enlaza y relaciona los diversos planos, desde el trabajo a la conciencia, es un modelo difícil de imitar, pero es seguramente el único modelo válido.

Estos motivos explican por qué esta nueva edición —que no reedición— se ha escogido para iniciar una colección de estudios de historia de los tiempos modernos que se propone publicar, sobre todo, libros que reúnan una doble condición que está presente en la obra de Thompson: la calidad científica (esto es, el rigor y la seriedad de la labor de investigación en que se apoya) y la voluntad de trascender la

mera aportación erudita para, en palabras del propio Thompson, «evaluar el significado que tienen para nosotros los procesos históricos estudiados».

JOSEP FONTANA

Barcelona, mayo de 1989

NOTA DE LA TRADUCTORA

Agradezco la generosa amabilidad de Jaume Torras, con quien he discutido una buena parte de las dificultades terminológicas que esta traducción presenta. Por supuesto, la responsabilidad de los errores que pueda contener es solamente mía.

A Dorothy y
Joseph Greenald

PREFACIO

Este libro tiene un título un tanto tosco, pero que cumple su cometido. *Formación*, porque es el estudio de un proceso activo, que debe tanto a la acción como al condicionamiento. La clase obrera no surgió como el sol, a una hora determinada. Estuvo presente en su propia formación.

Clase, en lugar de clases, por razones cuyo examen es uno de los objetivos del libro. Existe, por supuesto, una diferencia. «Clases trabajadoras» es un término descriptivo, que elude tanto como define. Pone en el mismo saco de manera imprecisa un conjunto de fenómenos distintos. Aquí había sastres y allí tejedores, y juntos componían las clases trabajadoras.

Por clase, entiendo un fenómeno histórico que unifica una serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados, tanto por lo que se refiere a la materia prima de la experiencia, como a la conciencia. Y subrayo que se trata de un fenómeno *histórico*. No veo la clase como una «estructura», ni siquiera como una «categoría», sino como algo que tiene lugar de hecho (y se puede demostrar que ha ocurrido) en las relaciones humanas.

Todavía más, la noción de clase entraña la noción de relación histórica. Como cualquier otra relación, es un proceso fluido que elude el análisis si intentamos detenerlo en seco en un determinado momento y analizar su estructura. Ni el entramado sociológico mejor engarzado puede darnos una muestra pura de la clase, del mismo modo que no nos puede dar una de la deferencia o del amor. La relación debe estar siempre encarnada en gente real y en un contexto real. Además, no podemos tener dos clases distintas, cada una con una existencia independiente, y luego ponerlas *en* relación la una con la otra. No podemos tener amor sin amantes, ni deferencia sin *squires* ni braceros. Y la clase

cobra existencia cuando algunos hombres, de resultas de sus experiencias comunes (heredadas o compartidas), sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos (y habitualmente opuestos a) los suyos. La experiencia de clase está ampliamente determinada por las relaciones de producción en las que los hombres nacen, o en las que entran de manera involuntaria. La conciencia de clase es la forma en que se expresan estas experiencias en términos culturales: encarnadas en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales. Si bien la experiencia aparece como algo determinado, la conciencia de clase no lo está. Podemos ver una cierta *lógica* en las respuestas de grupos laborales similares que tienen experiencias similares, pero no podemos formular ninguna *ley*. La conciencia de clase surge del mismo modo en distintos momentos y lugares, pero nunca surge exactamente de la misma forma.

Hoy en día, existe la tentación, siempre presente, de suponer que la clase es una cosa. Este no fue el sentido que Marx le dio en sus propios escritos de tipo histórico, aunque el error vicia muchos de los recientes escritos «marxistas». Se supone que «ella», la clase obrera, tiene una existencia real, que se puede definir de una forma casi matemática: tantos hombres que se encuentran en una determinada relación con los medios de producción. Una vez asumido esto, es posible deducir qué conciencia de clase debería tener «ella» (pero raras veces tiene) si fuese debidamente consciente de su propia posición y de sus intereses reales. Hay una superestructura cultural, a través de la cual este reconocimiento empieza a evolucionar de maneras ineficaces. Estos «atrasos» culturales y esas distorsiones son un fastidio, de modo que es fácil pasar desde esta a alguna teoría de la sustitución: el partido, la secta o el teórico que desvela la conciencia de clase, no tal y como es, sino como debería ser.

Pero en el otro lado de la divisoria ideológica se comete diariamente un error parecido. En cierto sentido, es una simple impugnación. Puesto que la tosca noción de clase que se atribuye a Marx se puede criticar sin dificultad, se da por supuesto que cualquier idea de clase es una construcción teórica perjudicial que se impone a los hechos. Se niega que la clase haya existido alguna vez. De otro modo, y mediante una curiosa inversión, es posible pasar de una visión dinámica de la clase a otra estática. «Ella» —la clase obrera— existe, y se puede definir con cierta exactitud como componente de la estructura social. Sin embar-

go, la conciencia de clase es una mala cosa inventada por intelectuales desplazados, puesto que cualquier cosa que perturbe la coexistencia armoniosa de grupos que representan diferentes «papeles sociales» (y que de ese modo retrasen el desarrollo económico) se debe lamentar como un «indicio de perturbación injustificado».[1] El problema reside en determinar cuál es la mejor forma de que a «ella» se la pueda condicionar para que acepte su papel social, y cuál es el mejor modo de «manejar y canalizar» sus quejas.

Si recordamos que la clase es una relación, y no una cosa, no podemos pensar de este modo. «Ella» no existe, ni para tener un interés o una conciencia ideal, ni para yacer como paciente en la mesa de operaciones del ajustador. Ni podemos poner las cosas boca abajo como ha hecho un autor que (en un estudio sobre la clase, que manifiesta una preocupación obsesiva por la metodología hasta el punto de excluir del análisis cualquier situación de clase real en un contexto histórico real) nos informa de lo siguiente:

> Las clases se basan en las diferencias de poder legítimo asociado a ciertas posiciones, es decir, en la estructura de papeles sociales con respecto a sus expectativas de autoridad ... Un individuo se convierte en miembro de una clase cuando juega un papel social relevante desde el punto de vista de la autoridad ... Pertenece a una clase porque ocupa una posición en una organización social; es decir, la pertenencia de clase se deriva de la posesión de un papel social.[2]

El problema es, por supuesto, cómo este individuo llegó a tener este «papel social», y cómo la organización social determinada (con sus derechos de propiedad y su estructura de autoridad) llegó a existir. Y estos son problemas históricos. Si detenemos la historia en un punto determinado, entonces no hay clases sino simplemente una multitud de individuos con una multitud de experiencias. Pero si observamos a esos hombres a lo largo de un período suficiente de cambio social, observaremos pautas en sus relaciones, sus ideas y sus instituciones. La clase la definen los hombres mientras viven su propia historia y, al fin y al cabo, esta es su única definición.

1. Un ejemplo de este enfoque, que abarca el período de este libro, se encuentra en la obra de un colega del profesor Talcott Parsons: N.J. Smelser, *Social Change in the Industrial Revolution*, 1959.
2. R. Dahrendorf, *Class and Class Conflict in Industrial Society*, 1959, pp. 148-149.

Si he mostrado una comprensión insuficiente de las preocupaciones metodológicas de ciertos sociólogos, espero sin embargo que este libro sea considerado como una contribución a la comprensión de la clase. Porque estoy convencido de que no podemos comprender la clase a menos que la veamos como una formación social y cultural que surge de procesos que sólo pueden estudiarse mientras se resuelven por sí mismos a lo largo de un período histórico considerable. En los años que van entre 1780 y 1832, la mayor parte de la población trabajadora inglesa llegó a sentir una identidad de intereses común a ella misma y frente a sus gobernantes y patronos. Esta clase gobernante estaba muy dividida, y de hecho sólo ganó cohesión a lo largo de los mismos años porque se superaron ciertos antagonismos (o perdieron su importancia relativa) frente a una clase obrera insurgente. De modo que en 1832 la presencia de la clase obrera era el factor más significativo de la vida política británica.

El libro está escrito del siguiente modo. En la Primera parte estudio las tradiciones populares con continuidad en el siglo XVIII, que tuvieron influencia en la agitación jacobina de la década de 1790. En la Segunda parte paso de las influencias subjetivas a las objetivas: las experiencias de grupos de obreros durante la Revolución industrial, que en mi opinión tienen una significación especial. También intento hacer una estimación del carácter de la nueva disciplina del trabajo industrial, y la relación que la iglesia metodista puede tener con aquélla. En la Tercera parte, recojo la historia del radicalismo plebeyo y la llevo a través del ludismo hasta la época heroica del final de las guerras napoleónicas. Al final, trato algunos aspectos de teoría política y de la conciencia de clase en las décadas de 1820 y 1830.

Esta obra es más un conjunto de estudios sobre temas relacionados, que una narración continuada. Al seleccionar estos temas he sido consciente, a veces, de que escribía contra la autoridad de ortodoxias predominantes. Está la ortodoxia fabiana, en la que se considera a la gran mayoría de la población obrera como víctimas pasivas del *laissez faire*, con la excepción de un puñado de organizadores clarividentes (señaladamente, Francis Place). Está la ortodoxia de los historiadores de la economía empírica, en la que se considera a los obreros como fuerza de trabajo, como inmigrantes o como datos de las series estadísticas. Está la ortodoxia del «*Pilgrim's Progress*», según la cual el período está salteado por los pioneros-precursores del *Welfare State*, los progenitores de una *Commonwealth* socialista, o (más recientemente) los

primeros ejemplares de las relaciones industriales racionales. Cada una de estas ortodoxias tiene cierta validez. Todas han añadido algo a nuestro conocimiento. Mi desacuerdo con la primera y la segunda se debe a que tienden a oscurecer la acción de los obreros, el grado en que contribuyeron con esfuerzos conscientes a hacer la historia. Mi desacuerdo con la tercera es que interpreta la historia bajo la luz de las preocupaciones posteriores y no como de hecho ocurrieron. Sólo se recuerda a los victoriosos (en el sentido de aquellos cuyas aspiraciones anticipaban la evolución subsiguiente). Las vías muertas, las causas perdidas y los propios perdedores se olvidan.

Trato de rescatar al pobre tejedor de medias, al tundidor ludita, al «obsoleto» tejedor en telar manual, al artesano «utópico», e incluso al iluso seguidor de Joanna Southcott, de la enorme prepotencia de la posteridad. Es posible que sus oficios artesanales y sus tradiciones estuviesen muriendo. Es posible que su hostilidad hacia el nuevo industrialismo fuese retrógrada. Es posible que sus ideales comunitarios fuesen fantasías. Es posible que sus conspiraciones insurreccionales fuesen temerarias. Pero ellos vivieron en aquellos tiempos de agudos trastornos sociales, y nosotros no. Sus aspiraciones eran válidas en términos de su propia experiencia; y, si fueron víctimas de la historia, siguen, al condenarse sus propias vidas, siendo víctimas.

Nuestro único criterio no debería ser si las acciones de un hombre están o no justificadas a la luz de la evolución posterior. Al fin y al cabo, nosotros mismos no estamos al final de la evolución social. En algunas de las causas perdidas de las gentes de la Revolución industrial podemos descubrir percepciones de males sociales que tenemos todavía que sanar. Además, la mayor parte del mundo está todavía hoy sufriendo problemas de industrialización y de formación de instituciones democráticas, análogas en muchas formas a nuestra propia experiencia durante la Revolución industrial. Todavía se podrían ganar, en Asia o en África, causas que se perdieron en Inglaterra.

Finalmente una nota de disculpa para los lectores escoceses y galeses. He omitido estas historias, no por chauvinismo, sino por respeto. Precisamente porque la clase es una formación tanto cultural como económica, he sido cauteloso en cuanto a generalizar más allá de la experiencia inglesa. (He tomado en consideración a los irlandeses, no en Irlanda, sino como inmigrantes en Inglaterra.) La historia de Escocia, en particular, es tan terrible y atormentada como la nuestra. La agitación jacobina en Escocia fue más intensa y más heroica. Pero la his-

toria escocesa es sensiblemente diferente. El calvinismo no era lo mismo que el metodismo, aunque es difícil decir cuál era peor a principios del siglo XIX. En Inglaterra no teníamos un campesinado comparable a los emigrantes de las Highlands y la cultura popular era muy distinta. Es posible, al menos hasta la década de 1820, considerar como algo distinto las experiencias inglesa y escocesa, puesto que los vínculos de tipo sindical y político eran pasajeros e inmaduros.

Este libro se escribió en el Yorkshire, y a veces está ilustrado con fuentes del West Riding. Mis más efusivos agradecimientos son para la Universidad de Leeds y para el profesor S.G. Raybould por permitirme, hace algunos años, iniciar la investigación que ha dado lugar a este libro; y a los administradores de Leverhulme por la concesión de una beca de investigación que me ha permitido completar el trabajo. También he aprendido mucho de los que participaban en mis clases reducidas, con quienes he discutido muchos de los temas que aquí se tratan. También merecen mis agradecimientos los autores que me han permitido citar fuentes manuscritas y con derechos de autor; los agradecimientos particulares se encuentran al final de la primera edición del libro.

Tengo que dar también las gracias a muchos otros. Christopher Hill, el profesor Asa Briggs y John Saville criticaron partes del libro cuando aún era un borrador, aunque no son responsables en modo alguno de mis opiniones. R.W. Harris mostró una gran paciencia editorial cuando el libro sobrepasó el límite de páginas de la colección para la que había sido encargado en un primer momento. Perry Anderson, Denis Butt, Richard Cobb, Henry Collins, Derrick Crossley, Tim Enright el doctor E.P. Hennock, Rex Russell, el doctor John Rex, el doctor E. Sigsworth y H.O.E. Swift me han ayudado en diferentes aspectos. Y también tengo que dar las gracias a Dorothy Thompson, historiadora con quien estoy relacionado por el accidente del matrimonio. He discutido cada uno de los capítulos con ella, y he estado en situación inmejorable para tomar prestadas no sólo sus ideas, sino material de sus cuadernos de notas. Su colaboración no se encuentra en este o aquel aspecto particular, sino en la forma en que se ha enfocado todo el problema.

Halifax, agosto de 1963

PREFACIO A LA EDICIÓN DE 1980

Cuando Victor Gollancz Ltd y yo firmamos un contrato, en agosto de 1959, era para realizar un libro sobre la «Política de la clase obrera, 1790-1921», que iba a tener «aproximadamente 60.000 palabras de extensión». Este es, supongo, el primer capítulo de aquel libro, y estoy agradecido a los editores porque recibieron mi voluminoso y desaliñado manuscrito con buen humor y de forma alentadora. Si miro hacia atrás me quedo perplejo al darme cuenta de cuándo y cómo se escribió este libro, puesto que en los años 1959-1962 estaba también profundamente implicado en el trabajo de la primera Nueva Izquierda, la Campaña en favor del Desarme Nuclear, etcétera. Escribir esta obra sólo fue posible porque alguna parte de la investigación se había ya realizado durante los diez años anteriores, mientras trabajaba dando clases particulares a grupos reducidos de alumnos en el West Riding. Sin duda, la discusión y la actividad política práctica de diversos tipos me estimularon a enfocar los problemas de conciencia política y de organización, de cierta forma.

Muchos lectores han observado que el libro está estructurado en una crítica de doble vertiente: por un lado, de las ortodoxias positivistas que entonces dominaban en las escuelas de historia económica más conservadoras: ortodoxias que últimamente se venden bajo el nombre de «teoría de la modernización»; por el otro, de una cierta ortodoxia «marxista» (cuya influencia disminuía por aquel entonces en este país), que creía que la clase obrera era la creación, más o menos espontánea, de las nuevas fuerzas productivas y relaciones de producción. Algunos críticos pertenecientes a la primera opinión consideraron que el libro era escandaloso, e hice una réplica a algunas de sus críticas en un *postscriptum* a la edición de Pelican de 1968 (reimpresa aquí), no porque piense que mi libro debe estar fuera del alcance de la crítica, sino porque

están implicadas cuestiones de principio importantes. Con respecto a las críticas de la segunda corriente de opinión, durante varios años he estado ocupado en una discusión continua de carácter más teórico, que ha culminado con la publicación de *The Poverty of Theory* (Merlin Press, 1978).*

No pretendo escribir un nuevo *postscriptum* que recoja los nuevos trabajos de la década pasada. Este libro ha tenido un recibimiento generoso y ha pasado a formar parte del discurso histórico; y sería presuntuoso juzgar y sentenciar a los otros investigadores, a la luz de mis propios hallazgos. Sin embargo, mi investigación seguía mientras este libro estaba en prensa —como atestiguaron las galeradas—; y al trabajar sobre la multitud y la conciencia tradicional durante el siglo XVIII, me he extendido y he revisado parte del material de los cuatro primeros capítulos. Entretanto se han publicado muchas obras nuevas e importantes, y otras muchas se encuentran en tesis o se publicarán próximamente. La investigación sobre la década de 1790 se ha vuelto a reiniciar, como se puede ver en la bibliografía del importante estudio del profesor Albert Goodwin, *The Friends of Liberty* (Hutchinson, 1979). Los papeles proféticos de Richard Brothers y Joanna Southcott han sido ahora ampliamente estudiados en la obra de J.F.C. Harrison, *The Second Coming* (Rouletge & Kegan Paul, 1979). En el estudio sobre John Gast hecho por el doctor Iorwerth Prothero, *Artisans and Politics in Early Nineteenth Century London* (Dawsons, 1979), se hacen importantes revisiones y adiciones a mi descripción de los artesanos de Londres, la política radical londinense acerca de que la prensa ilegal «no ha encontrado todavía su historiador» está hoy superada por la existencia de dos estudios admirables: el de Patricia Hollis, *The Pauper Press* (Oxford University Press, 1970) y el de Joel H. Wiener, *The War of the Unstamped* (Cornell University Press, 1969).

Otras áreas siguen siendo más controvertidas. Quizás debería indicar también brevemente que sigo sin arrepentirme del tratamiento que le di al metodismo; que, a pesar de las críticas, mantengo mi punto de vista con respecto a la existencia de una pequeña presencia jacobina «clandestina» durante los años de guerra; que los diversos trabajos del doctor Malcolm Thomis sobre el movimiento ludita no me han llevado a alterar mi propia interpretación; y que el estudio del doctor Duncan Bythell, *The Handloom Weavers* (Cambridge University Press,

* Hay trad. cast.: *Miseria de la Teoría*, Crítica, Barcelona, 1981. *(N. de la t.)*

1969), parte del cual se estructura alrededor de la crítica al capítulo 9 de mi libro, me parece criticable tanto por lo que se refiere a los argumentos generales como en los asuntos de detalle. Pero seguir adelante con cualquiera de estas cuestiones exigiría una minuciosa y prolongada atención a los datos.

El trabajo de investigación y de crítica seguirá, y si he pasado por alto y no he mencionado obras importantes sólo ha sido por miedo a convertir esto en una bibliografía. Sólo deseo señalar que, para su autor, las tesis más importantes de este libro son todavía hipótesis que, a su vez, nunca deben quedar petrificadas con ortodoxias.

Worcester, octubre de 1979

Primera parte

El ÁRBOL DE LA LIBERTAD





Estáis luchando contra los enemigos de la humanidad, no sólo para vosotros, que quizá no podáis ver el día de la libertad completa, sino para los recién nacidos.

Mandato de la Sociedad de Correspondencia de Londres a sus delegados volantes, 1796

La bestia y la prostituta gobiernan sin control
WILLIAM BLAKE, 1798

1. INNUMERABLES MIEMBROS

«Que el número de nuestros miembros sea ilimitado.» Esta es la primera de las «reglas fundamentales» de la Sociedad de Correspondencia de Londres, tal y como la transcribió su secretario cuando empezó a mantener correspondencia con una sociedad similar de Sheffield, en marzo de 1792.[1] La primera reunión de la Sociedad de Londres había tenido lugar dos meses antes en una taberna del Strand (La Campana, que estaba en la calle Exeter) y a ella asistieron nueve «hombres bienintencionados, juiciosos y laboriosos». El fundador y primer secretario, Thomas Hardy, recordaba más tarde ese encuentro:

> Después de haber comido su pan con queso y cerveza negra, como era habitual, y luego fumado sus pipas, conversando un poco sobre la dificultad de los tiempos y la carestía de los productos de primera necesidad ... se abordó el asunto para el que se habían reunido *—La Reforma Parlamentaria—* un tema importante para que aquella clase de hombres meditara sobre él y lo afrontara.

Ocho de los nueve que estaban presentes se convirtieron aquella noche en miembros fundadores (el noveno reflexionó sobre ello y se inorporó a la semana siguiente) y pagaron su primera cuota semanal de un penique. Hardy (que también era el tesorero) regresó a su casa, en el número 9 de Piccadilly, con todos los fondos de la organización en su bolsillo: 8*d*. destinados a papel para establecer correspondencia con los grupos del país que pensaran como ellos.

En 15 días se habían inscrito 25 miembros, y la suma que estaba en manos del tesorero era de 4*s*. 1*d*. (6 meses más tarde se declaraban más

1. *Memoir of Thomas Hardy ... Writen by Himself*, 1832, p. 16.

de 2.000 miembros). La admisión en calidad de miembro era simple, la prueba era la respuesta afirmativa a tres preguntas, la más importante de las cuales era:

> ¿Está usted completamente convencido de que la prosperidad de estos reinos requiere que toda persona adulta, en posesión de sus facultades mentales, y que no esté incapacitada por delitos, tenga derecho a votar para escoger a Miembros del Parlamento?

En el primer mes de su existencia, durante cinco noches consecutivas, la sociedad debatió la pregunta —¿Tenemos derecho nosotros, hombres de oficio, tenderos y trabajadores manuales a conseguir una reforma parlamentaria?— considerándola «desde todos los puntos de vista desde los que podamos ser capaces de presentar el tema a nuestras mentes». Decidieron que tenían derecho.

Dos años más tarde, el 12 de mayo de 1794, el enviado del rey, dos agentes de Bow Street, el secretario particular del ministro del Interior, Dundas, y otros dignatarios llegaron al número 9 de Piccadilly para detener a Thomas Hardy, zapatero, bajo una acusación de alta traición. Los Hardy vigilaban mientras los funcionarios registraban la habitación, rompían un escritorio abierto, rebuscaban entre las ropas de la señora Hardy (que estaba embarazada y guardaba cama), llenaban cuatro grandes pañuelos de seda con cartas y un saco con folletos, libros y manuscritos. El mismo día se llevó a la Cámara de los Comunes un mensaje especial del rey acerca de las prácticas sediciosas de las Sociedades de Correspondencia; y dos días más tarde se nombró una Comisión de materia reservada de la Cámara para examinar los papeles del zapatero.

El zapatero fue interrogado varias veces por el propio Consejo Privado. Hardy dejó poca información sobre esos encuentros; pero uno de sus compañeros de prisión amenizó a sus lectores con una dramática reconstrucción de su propio interrogatorio por parte del más alto consejo de la región. «Me hicieron entrar —narraba John Thelwall— y contemplé a todo el *Dramatis Personae* atrincherado, con la barbilla hundida en lecturas y manuscritos ... todo disperso en la mayor confusión.» Todos estaban presentes, el presidente de la Cámara de los Lores, el ministro del Interior y el primer ministro (Pitt):

FISCAL DE LA CORONA (*despacio*): Señor Thelwall, ¿cuál es su nombre de pila?
THELWALL (*un tanto de mal humor*): John.
FIS. COR. (*todavía despacio*): ... ¿Con dos eles al final o con una?
T.: Con dos, pero eso no importa. (*Descuidadamente, pero más bien hosco, o algo parecido.*) No es necesario que se preocupe. No tengo intención de responder a ninguna pregunta.
PITT: ¿Qué dice? (*Precipitándose, muy ferozmente, desde el otro lado de la habitación y sentándose al lado del presidente de la Cámara de los Lores.*)
PRESIDENTE DE LA CÁMARA DE LOS LORES (*con elocuente suavidad, casi fundida en un susurro*): Que no piensa contestar preguntas.
PITT: ¿Qué dice? ¿Qué dice? ¿Qué? (*ferozmente*) ...[2]

Entonces John Thelwall volvió la espalda a la augusta compañía y «empezó a contemplar un dibujo pintado con acuarelas». El primer ministro le despidió y llamó a un muchacho de 14 años para interrogarle: era Henry Eaton, que había estado viviendo con los Thelwall. Pero el chico se mantuvo firme y «empezó una arenga política, en la que utilizó un lenguaje muy duro contra el señor Pitt; censurándole que hubiera hecho pagar tan enormes contribuciones a la población ...»[3]

Si nos atenemos a los criterios de los siguientes cien años, los adversarios parecen ser extrañamente inexpertos e inseguros de sus papeles, ensayando en confrontaciones curiosamente personales las confrontaciones impersonales y masivas del futuro.[4] La cortesía y la virulencia están mezcladas; todavía hay lugar para actos de amabilidad personal al lado de la malevolencia del odio de clase. Thelwall, Hardy y otros diez prisioneros fueron encarcelados en la Torre y más tarde en Newgate. Mientras tanto, Thelwall fue recluido durante un tiempo en el osario; y la señora Hardy murió de parto debido a la conmoción que sufrió cuando fue asediada por una muchedumbre favorable a la

2. *Tribune* (4 de abril de 1795). Compárese el registro del propio Consejo Privado del interrogatorio de Thelwall: «Al ser preguntado por el secretario del Consejo acerca de cómo se deletreaba su nombre, respondió que lo podía deletrear como mejor le pareciese, porque no contestaría preguntas de ningún tipo...» T.S. II.3509 f. 83.

3. *Morning Post* (16 de mayo de 1794).

4. Más tarde, cuando John Binns, el jacobino, fue encarcelado sin juicio en el castillo de Gloucester, el ministro del Interior, su esposa y dos hijas le hicieron una visita de cortesía.

«Iglesia y la Corona». El Consejo Privado decidió completar su presión con la acusación de alta traición; y la pena máxima para un traidor era ser colgado por el cuello, cortado mientras aún estuviera vivo, desentrañado (y sus entrañas quemadas ante él) y luego decapitado y descuartizado. Un Gran Jurado de ciudadanos respetables no fue capaz de resistirlo. Después de unos nueve días de proceso, Hardy fue absuelto (el día de Guy Fawkes de 1794). El presidente del jurado se desmayó después de comunicar su «Inocente», mientras la muchedumbre de Londres iba, loca de entusiasmo, y arrastraba a Hardy triunfalmente a través de las calles. Siguieron las absoluciones de Horne Tooke y Thelwall (y el sobreseimiento de los otros casos). Pero las celebraciones de la multitud eran prematuras. Porque al año siguiente se reanudó la dura represión contra los reformadores, o «jacobinos». Y, hacia el final de la década, parecía que toda la agitación había sido disgregada. La Sociedad de Correspondencia de Londres había sido declarada ilegal. *Los derechos del hombre* de Tom Paine fueron proscritos. Las reuniones fueron prohibidas. Hardy regentaba una zapatería cerca del Covent Garden, y suplicaba a los viejos reformadores que fueran parroquianos suyos como pago a sus anteriores servicios. John Thelwall se había retirado a una granja aislada en Gales del Sur. Después de todo, parecía que los «hombres de oficio, tenderos y trabajadores manuales» no tenían derecho a obtener una reforma parlamentaria.

Se ha reivindicado a menudo a la Sociedad de Correspondencia de Londres como la primera organización política claramente obrera que se formó en Inglaterra. Pedantería aparte (las sociedades de Sheffield, Derby y Manchester se formaron antes que la Sociedad de Londres), esta afirmación requiere aclaración. Por una parte, desde la época de la guerra norteamericana, existieron en Londres, esporádicamente, sociedades de discusión en donde participaban los trabajadores. Por otra parte, quizás es más preciso pensar en la Sociedad de Correspondencia de Londres (SCL) como una sociedad «popular radical», que como una sociedad «obrera».

Hardy, desde luego, era un artesano. Nacido en 1752, había sido aprendiz de zapatero en Stirlingshire; había visto algo del nuevo industrialismo cuando trabajaba como albañil en el Carron Iron Works (casi murió cuando se derrumbó el andamio mientras trabajaba en casa del herrero Roebuck) y tuvo que ir a Londres de joven, poco tiempo antes de la guerra norteamericana. Allí trabajó en uno de esos numero-

sos oficios en los que un oficial se prometía llegar a ser independiente y, con suerte, llegar él mismo a ser maestro; como lo fue Hardy finalmente. Se casó con la hija de un carpintero y maestro de obras. Uno de sus colegas, un presidente de la SCL, era Francis Place, que estaba en camino de llegar a ser maestro en sastrería. La línea entre los oficiales y los pequeños maestros se cruzaba a menudo; los oficiales que hacían botas y los zapateros se enfrentaron con Hardy en su nuevo papel de pequeño patrón, en 1795, mientras que Francis Place, antes de convertirse en sastre, ayudó a organizar una huelga de oficiales pantaloneros en 1793. Y la línea de separación entre el artesano de condición independiente (cuyo taller era a su vez su «tienda») y los pequeños tenderos u hombres de oficio era incluso más borrosa. De ahí al mundo de los grabadores que trabajaban por cuenta propia, como William Sharp y William Blake, de los impresores y los boticarios, los maestros y los periodistas, los cirujanos y el clero disidente, había otro paso.

Así, en un extremo, la Sociedad de Correspondencia de Londres estaba en contacto con los cafés, las tabernas y las iglesias disidentes de Piccadilly, Fleet Street y el Strand, donde los oficiales autodidactas se podían codear con el impresor, el tendero, el grabador o el abogado joven. En el otro extremo, al este y sur del río, se relacionaba con aquellas viejas comunidades obreras: los trabajadores ribereños de Wapping, los tejedores de seda de Spitalfields, el viejo baluarte disidente de Southwark. Durante 200 años el «Londres radical» siempre ha sido más heterogéneo y fluido, en cuanto a su definición social y ocupacional, que los núcleos de las Midlands o del norte agrupados alrededor de dos o tres industrias principales. Los movimientos populares de Londres a menudo han carecido de la coherencia y la fuerza que se deriva de la participación de toda una comunidad en tensiones laborales y sociales comunes. Por otra parte, han sido más propensos, en general, a las motivaciones intelectuales e «ideales». Una propaganda de ideas ha tenido mayor público que en el norte. El radicalismo londinense alcanzó pronto una mayor complejidad a partir de la necesidad de unir diversas agitaciones en un movimiento común. En general, las nuevas teorías, los nuevos debates han conectado primero con el movimiento popular en Londres, y se han extendido desde Londres hacia fuera, a los núcleos de provincia.

La SCL era un punto de contacto de esa clase. Y debemos recordar que su primer organizador vivía en Piccadilly, no en Wapping o en

Southwark. Pero hay rasgos, incluso en la breve descripción de sus primeros encuentros, que indican que había nacido un nuevo tipo de organización; rasgos que nos ayudan a especificar (en el contexto del período 1790-1850) la naturaleza de una «organización de la clase obrera». Hay un trabajador como secretario. Hay una cuota semanal baja. Hay mezcla de temas económicos y políticos: «La dificultad de los tiempos» y la reforma parlamentaria. Hay la función del encuentro, a la vez, como acontecimiento social y como centro de actividad política. Hay atención auténtica a las ceremonias de procedimiento. Y sobre todo, hay voluntad de propagar opiniones y de organizar a los convertidos, expresada en el lema: «Que el número de nuestros miembros sea ilimitado.»

Hoy en día, podríamos omitir un lema como éste considerándolo una perogrullada; y sin embargo es uno de los ejes sobre los que gira la historia. Significaba el fin de cualquier noción de exclusividad, el fin de la política como el coto de alguna élite hereditaria o grupo de propiedad. La aprobación de este lema significaba que la SCL rechazaba la identificación, que se había hecho durante siglos, de la política y los derechos de propiedad; y rechazaba también el radicalismo de la época de «Wilkes y Libertad», en la que «la multitud» no se organizaba *a sí misma* con arreglo a sus propios fines, sino que un grupo —incluso un grupo radical— la convocaba a una acción intermitente para fortalecer su influencia y asustar a las autoridades. Abrir las puertas de par en par a la propaganda y la agitación de esa forma «ilimitada» suponía una nueva noción de la democracia, que desechaba antiguas inhibiciones y confiaba en los mecanismos de movilización y organización de sí misma que existían entre la población. Un desafío revolucionario como éste tenía que desembocar, forzosamente, en la acusación de alta traición.

Este desafío, naturalmente, lo habían expresado con anterioridad los *levellers* * del siglo XVII. Y la cuestión había sido discutida entre los oficiales de Cromwell y el ejército de agitadores en términos que anticipan lo que serían los conflictos de la década de 1790. En el debate

* *Levellers:* miembros del partido republicano y democrático que existió en Inglaterra durante la guerra civil y el período de la Commonwealth. Este es el nombre que le dieron sus enemigos para dar a entender que sus miembros aspiraban a la igualación social. (*N. de la t.*)

decisivo, en Putney,[5] los representantes de los soldados sostenían que, puesto que habían conquistado la victoria, debían beneficiarse mediante el reconocimiento de un derecho popular al voto mucho más ampliado. Es bien conocida la petición del *leveller* coronel Rainborough:

> Porque pienso, verdaderamente, que el más pobre de Inglaterra tiene una vida que vivir, igual que el más rico; y por lo tanto, señor, pienso con sinceridad que está claro que todo hombre que debe vivir bajo un gobierno debería, en primer lugar, ponerse bajo ese gobierno por propio consentimiento ... yo debería dudar de que fuese inglés, quien dudara acerca de eso.

La respuesta del yerno de Cromwell, el general Ireton —portavoz de los «grandes»— fue que «nadie tiene derecho a influir o participar en el control de los asuntos del reino ... que no tenga un interés fijo permanente, en este reino». Cuando Rainborough le presionó, Ireton se acaloró a su vez:

> Todo lo que defiendo como fundamental es porque creo que hay que saber apreciar la propiedad. Espero que no llegaremos a disputar por la victoria; pero dejad que todo hombre estime por sí mismo que no escoge aquel camino que lleva a la destrucción de toda propiedad. Porque tenemos ante nosotros el punto más importante de la constitución del reino, desaparecido el cual, todo desaparece.

«Si reconocéis a cualquier hombre que respire y exista —continuó— podría resultar elegida una mayoría de los Comunes que no tuviera "interés local y permanente". ¿No podrían estos hombres votar contra toda propiedad? ... Mostradme dónde os detendréis; en qué aspecto protegeréis a cualquier hombre que tenga propiedad, de acuerdo con esa regla.»

Esta identificación incondicional de los derechos políticos y de propiedad ocasionó protestas enojadas. Por parte de Sexby:

5. A. S. P. Woodhouse, *Puritanism and Liberty*, 1938, pp. 53 y siguientes. [En octubre de 1647 tuvieron lugar los debates de Putney, en los que un consejo del ejército —que incluía tanto a activistas influidos por los *levellers* como a oficiales— discutió el *Agreemen of the People*, presentado por los *levellers* como un nuevo contrato social para refundar el Estado después de la guerra civil. (*N. de la t.*)]

> Muchos miles de nosotros, soldados, hemos arriesgado nuestras vidas; hemos tenido poca propiedad en el reino por lo que se refiere a hacienda, sin embargo hemos tenido un derecho por nacimiento. Pero ahora parece que a no ser que un hombre posea una hacienda determinada, no tiene derecho ... me sorprende que nos engañaran tanto.

Y Rainborough interpuso irónicamente:

> Señor, yo creo que es imposible tener libertad a menos que toda propiedad desaparezca. Si se tiene que abandonar como norma ... que se haga. Pero me gustaría saber ¿para qué ha estado luchando el soldado durante este tiempo? Ha luchado para esclavizarse a sí mismo, para darles poder a los hombres ricos, a los hacendados, para hacer de sí mismo un perpetuo esclavo.

A lo que Ireton y Cromwell respondieron con razones, que parecen disculpas prescientes por el compromiso de 1688. El soldado corriente había luchado por tres cosas: la limitación de la prerrogativa de la corona, de violar sus derechos personales y su libertad de conciencia; el derecho a ser gobernado por representantes, aun cuando no participara al escogerlos; y la «libertad de negociar para obtener dinero, para conseguir hacienda» y, de ese modo, tomar posesión de los derechos políticos. En esos términos, «se puede tener libertad y no destruir la propiedad».

Este compromiso —la oligarquía de los terratenientes y la propiedad comercial— permaneció incontestado durante 100 años después de 1688, aunque con un tejido de corrupción, soborno e interés que se iba enmarañando y cuyas complejidades han sido cariñosamente descritas por sir Lewis Namier y su escuela. La amenaza *leveller* fue dispersada en su conjunto, aunque a menudo se hacía aparecer el fantasma de un resurgimiento *leveller*, como la Escila para la Caribdis de los papistas y los jacobitas, entre los cuales la buena nave de la Constitución debe dirigir su curso. Pero hasta el último cuarto del siglo XVIII, los impulsos republicanos moderados y libertarios del «hombre de la Commonwealth * del siglo XVIII» parecen estar paralizados dentro de

* Commonwealth es el término que los escritores del siglo XVII utilizaban para referirse al concepto de comunidad política organizada. También se utilizó este término para denominar de manera específica el régimen de Cromwell en Gran Bretaña (1649-1660). (*N. de la t.*)

los límites de la definición de Ireton.[6] Leer las controversias entre los reformistas y la autoridad, y entre los diferentes grupos reformistas, en la década de 1790, es ver resucitar de nuevo los debates de Putney. El «más pobre» de Inglaterra, el hombre con un «derecho por nacimiento», se convierte en *Los derechos del hombre*; mientras que la agitación de «innumerables» miembros se ve, por parte de Burke, como la amenaza de la «multitud canallesca». El gran cauce semioficial para intimidar a los reformadores se llamaba la Asociación para «proteger la libertad y la propiedad contra los republicanos y los *levellers*». El reformador moderado de Yorkshire, el reverendo Christopher Wyvill, con respecto a cuya lealtad no puede haber duda, creía sin embargo que una reforma según el principio del sufragio universal «no se podía llevar a cabo sin una guerra civil»:

> En momentos de debate político acalorado, la concesión del Derecho de Sufragio a un populacho ignorante y feroz, conduciría al tumulto y a la confusión ... Después de una serie de elecciones deshonradas por la corrupción más vergonzosa, o perturbadas por los disturbios más furiosos, es de esperar que la turbulencia o la venalidad del populacho inglés inspiraría al fin una aversión tan grande a la Nación, que para evitar los males intolerables de una Democracia libertina, se refugiarían ... bajo la protección de un poder despótico.[7]

«En caso de que el señor Paine sea capaz de levantar a las clases más bajas —escribió en 1792— su intervención se caracterizará probablemente por la actuación salvaje, y todo lo que ahora poseemos, tanto en propiedad privada como en libertad pública, estará a merced de una chusma violenta y furiosa.» [8]

El viejo debate continúa. Aquí están las mismas aspiraciones, miedos y tensiones; pero surgen en un nuevo contexto, con un lenguaje y unos argumentos nuevos, y un equilibrio de fuerzas distinto. Debemos intentar comprender ambas cosas: las tradiciones que continúan y el contexto que ha cambiado. Demasiado a menudo, puesto que todo relato debe empezar en algún sitio, vemos sólo las cosas nuevas. Empe-

6. Véase Caroline Robbins, *The Eighteenth-Century Commonwealthsman*, Harward, 1959.
7. C. Wyvill a John Cartwright, 16 de diciembre de 1797, en Wyvill, *Political Papers*, York, 1804, pp. 381-382.
8. *Ibid.*, p. 23.

zamos en 1789, y el jacobinismo inglés aparece como un derivado de la Revolución francesa. O, empezamos en 1819 y con Peterloo,* y el radicalismo inglés parece que sea una creación espontánea de la Revolución industrial. Es cierto que la Revolución francesa produjo una agitación nueva, y es cierto que esta agitación arraigó entre la población obrera, configurada por nuevas experiencias, en los distritos manufactureros crecientes. Pero sigue planteada la pregunta: ¿Cuáles fueron los elementos que se precipitaron con tanta rapidez a causa de esos acontecimientos? Y de inmediato encontramos las viejas tradiciones de los artesanos y hombres de oficio urbanos tan parecidos al *menu peuple* que, según ha demostrado George Rudé, es el elemento revolucionario más volátil de la multitud parisiense.[9] Algo podemos atisbar de las complejidades de esas tradiciones, que se mantienen, si aislamos tres problemas, a saber: la tradición de disidencia y su modificación debida al resurgimiento metodista; la tradición compuesta de todas esas nociones populares imprecisas que se combinan en la idea del «derecho por nacimiento» de los ingleses; y la ambigua tradición de la multitud del siglo XVIII, que asustaba a Wyvill y que Hardy intentaba organizar en comités, secciones y manifestaciones respetables.

* Peterloo, o masacre de Manchester, es el nombre que recibe el mitin realizado el 16 de agosto de 1819 en St. Peter's Fields, Manchester. Fue uno de los mítines que tuvieron lugar en aquel año de depresión industrial. Además de mostrar el descontento por el elevado precio de los alimentos, el mitin tenía como objetivo pedir la reforma del Parlamento. Asistieron unas sesenta mil personas. Los magistrados ordenaron detener a los oradores poco después de que empezara el mitin, a pesar del comportamiento pacífico de la multitud. Pero no sólo se detuvo a los líderes, sino que se atacó al público. El resultado fueron unos quinientos heridos y once muertos. (*N. de la t.*)

9. Véase G. Rudé, *The Crowd in the French Revolution*, 1959. (Hay trad. cast.: *La multitud en la historia*, SXXI de España Editores, 1979.)

2. EL CRISTIANO Y LUCIFER

El término disidencia es equívoco. Abarca muchas sectas, muchas tendencias intelectuales y teológicas en conflicto, tropieza con muchas formas diferentes en medios sociales distintos. Los antiguos grupos disidentes, los cuáqueros y los baptistas, presentan algunas semejanzas en su evolución después de la Gloriosa Revolución. A medida que la persecución dejó paso a una mayor tolerancia, las congregaciones se volvieron menos celosas y más prósperas. Donde los pañeros y los granjeros del valle de Spen se habían reunido, en 1670, en secreto y por la noche, en una granja llamada Ye Closes o «en el granero cercano a la capilla Fold», 100 años más tarde encontramos una robusta iglesia con un próspero diácono, Joseph Priestley, que consignaba en su diario piadoso apuntes como éste:

> El mundo sonríe. Con el correo recibí algunos compromisos agradables. Cuando iba a Leeds, me decía, qué puedo ofrecerle a mi Señor. Decidí entregarles cuatro o cinco cargas de trigo a los pobres de Cristo. Mucha razón tenía para quejarme el día que no tuve a Dios presente en todos mis pensamientos. Me es difícil con las prisas de las obligaciones ...

Y la semana siguiente:

> Esta mañana he ... comido con una compañía de oficiales que parecían, todos ellos, desconocer el camino de la salvación. Tuve algún placer al leer Isaías, 45 ... Ordené al hermano Obadiah que repartiera una carga de trigo entre los pobres de Cristo.[1]

1. Frank Peel, *Nonconformity in Spen Valley*, Heckmondwike, 1891, p. 136.

Este Priestley era todavía calvinista, aunque con algún sentido de culpa. (Sin duda, el «hermano Obadiah» también era calvinista.) Pero su primo menor, también Joseph Priestley, en esta época estudiaba en la Daventry Academy, donde defraudaba tristemente a sus parientes y a su iglesia al ser alcanzado por el espíritu de la ilustración racional, convirtiéndose en unitarista, científico y partidario de la reforma política. De este doctor Priestley eran los libros y el laboratorio que una multitud partidaria de «la Iglesia y el Rey» destruyó en Birmingham, en 1791.

Esta es una breve descripción de una parte de la tradición disidente. Los disidentes, cuya libertad de conciencia se toleraba, pero que aún estaban desautorizados en la vida pública por las *Test and Corporations Acts*,* siguieron trabajando a lo largo del siglo en favor de las libertades civiles y religiosas. Hacia mediados del siglo, muchos de los pastores instruidos más jóvenes se enorgullecían de su teología liberal y racional. La rectitud calvinista no siguió la mística de las sectas perseguidas y tendió, a través de la «herejía» arriana y sociniana, hacia el unitarismo. Del unitarismo al deísmo sólo había un paso más, aunque pocos dieron este paso hasta la década de 1790; y todavía eran menos los que, en la segunda mitad del siglo XVIII, deseaban o se atrevían a hacer una declaración pública de escepticismo: en 1763, Peter Annet, profesor de 70 años, fue encarcelado y se le puso el cepo por traducir a Voltaire y por publicar folletos «librepensadores» accesibles al público, mientras que un poco después fue clausurada la escéptica sociedad de debate Robin Hood. Los principios liberales se sostenían desde posiciones socinianas o unitarias. Las figuras famosas son: el doctor Price, cuya obra *Observations on Civil Liberty* (1776), durante la guerra norteamericana, alcanzó la notable cifra de ventas de 60.000 ejemplares en pocos meses, y que vivió para enfurecer a Burke con su sermón de saludo a la Revolución francesa; el propio doctor Priestley; y una veintena de figuras menores, algunas de las cuales —Thomas Cooper de Bolton y William Frend de Cambridge— participaron activamente en la agitación por la reforma, de la década de 1790.[2]

* Leyes que establecían que sólo quienes profesaban la religión oficial de Inglaterra podían ser elegidos para los cargos públicos. (*N. de la t.*)

2. Véase Anthony Lincoln, *Social and Political Ideas of English Dissent, 1763-1830*, Cambridge, 1938, y R. V. Holt, *The Unitarian Contribution to Social Progress in England*, 1938. Para descripciones más breves, véase Robbins, *op. cit.*, cap. 7, y H. W. Carless Davis, *The Age of Grey and Peel*, Oxford, 1929, pp. 49-58.

Hasta aquí la historia parece clara, pero es engañosa. Esas ideas liberales predominaron ampliamente entre el clero disidente, los profesores y las comunidades urbanas educadas. Pero muchos de los pastores habían abandonado sus congregaciones. La iglesia presbiteriana, en donde se sintió una mayor presión hacia el unitarismo, fue la que perdió fuerza de manera más notable, en relación con otros grupos disidentes. A mediados del siglo XVIII, los presbiterianos y los independientes (conjuntamente) eran los más fuertes en el sudoeste (Devonshire, Dorset, Gloucestershire, Hampshire, Somerset, Wiltshire), en el norte industrial (señaladamente Lancashire, Northumberland y Yorkshire), en Londres y en East Anglia (particularmente Essex y Suffolk). Los baptistas disputaban algunos de esos baluartes y estaban asimismo bien arraigados en Bedforshire, Buckinghamshire, Kent, Leicestershire y Northamptonshire. Así, los presbiterianos y los independientes parecerían haber sido más fuertes en los centros comerciales y de manufactura de la lana, mientras que los baptistas predominaban en áreas en las que pequeños agricultores, hombres de oficio y trabajadores rurales debieron de componer una parte de sus congregaciones.[3] En el mayor de los viejos centros laneros, el West Country, fue donde la religión liberal, «racional», que se inclinaba hacia la negación de la divinidad de Cristo y hacia el unitarismo, hizo a la vez sus avances más rápidos y perdió la lealtad de sus congregaciones. Hacia el final del siglo XVIII, se habían cerrado en Devonshire más de veinte templos presbiterianos, y los historiadores de la disidencia, que escribían en 1809, declaraban: «Devonshire, la cuna del arrianismo, ha sido la sepultura de los disidentes arrianos; y no queda, en aquel populoso condado, ni una veintiava parte de los presbiterianos que había en la época de su nacimiento.»[4]

Pero en otros sitios la historia fue distinta. En las cuestiones de organización de la iglesia, las sectas disidentes llevaban a menudo los principios de autogobierno y de autonomía local al borde de la anarquía. Cualquier autoridad centralizada —incluso la consulta y la aso-

3. D. Bogue y J. Bennett, *History of Dissenters*, 1809, III, p. 333, estiman que, en 1760, la «fuerza principal» de todas las variedades de disidencia se encontraba entre los hombres de oficio y en algunos granjeros de los condados, mientras que «una gran parte de sus congregaciones las componían trabajadores manuales de todo tipo en las ciudades, y trabajadores agrícolas en los pueblos rurales».

4. *Ibid.*, IV, p. 319.

ciación entre iglesias— se veía como «tendente a la gran apostasía anticristiana»:

> Una apostasía tan funesta para las libertades civiles y religiosas de la humanidad, y en particular las de los valerosos puritanos viejos y los inconformistas, que las meras palabras sínodo y sesión, concilio y canon, todavía hacen zumbar los oídos de un firme Disidente Protestante.[5]

Donde la tradición calvinista era fuerte, como en zonas del Lancashire y el Yorkshire, las congregaciones se defendían contra la tendencia hacia el unitarismo; y testarudos diáconos, administradores y Obadiahs atormentaban las vidas de sus pastores, investigando sus herejías, expulsándoles o separándose para formar sectas más virtuosas. (Thomas Hardy adquirió algunas de sus primeras experiencias de organización, en las luchas faccionales de la congregación presbiteriana de Crown Court, en Russell Street.) Pero, ¿qué ocurría con los «pobres de Cristo» a los que el doctor Price ofrecía ilustración y el diácono Priestley cargas de trigo? El valle de Spen estaba en el centro de un distrito manufacturero densamente poblado y en expansión; ahí se podría haber esperado que las iglesias disidentes cosecharan, al menos, la recompensa a su resistencia durante los años de persecución. Y sin embargo, tanto la Iglesia oficial como los antiguos disidentes parecían hacer poca mella en los «pobres de Cristo». «Nunca vi una gente más fiera en Inglaterra —anotó John Wesley en su *Diario*, cuando cabalgaba por las cercanías de Huddersfield en 1757—. Los hombres, las mujeres y los niños abarrotaban las calles mientras las atravesábamos a caballo, y parecían estar a punto de devorarnos.»

El cristianismo racional de los unitarios, con su preferencia por la «sinceridad» y su recelo por el «entusiasmo», atraía a algunos de los hombres de oficio y los tenderos de Londres, y a grupos semejantes de las grandes ciudades. Pero parecía demasiado frío, demasiado distante, demasiado fino, y demasiado asociado a los cómodos valores de una clase floreciente, para atraer a los pobres de la ciudad o del pueblo. Su mismo lenguaje y tono constituían una barrera: «Ninguna predicación ayudará al Yorkshire —decía John Nelson a Wesley—, sino es la de vie-

5. J. Ivimey, *History of the English Baptists*, 1830, IV, p. 40.

jo tipo que cae sobre la conciencia como un tronido. Aquí la buena predicación hace más mal que bien». Y sin embargo, el viejo calvinismo había levantado sus propias barreras que impedían cualquier entusiasmo evangélico. La secta perseguida no hizo más que convertir, con demasiada facilidad, su propia exclusividad en virtud, y esto, en contrapartida, reforzó los principios más firmes del dogma calvinista. «La elección —rezaba un artículo de la Confesión de Savoy (1658)— no estaba prevista para la masa corrupta o la mayor parte de la humanidad.» Por supuesto, los «pobres de Cristo» y la «masa corrupta» eran la misma gente: desde otro punto de vista, la «ferocidad» de los pobres era una señal de que vivían fuera de los límites de la gracia. Los calvinistas elegidos tendían a reducirse a un grupo de parentesco.

Y había otras razones para que se diera este proceso. Algunos retroceden directamente hasta la derrota de los *levellers* en la Commonwealth. Cuando se derrumbaron las milenarias esperanzas de un gobierno de los santos, a continuación se produjo una aguda disociación entre las aspiraciones temporales y espirituales del puritanismo de los pobres. Ya en 1654, antes de la Restauración, la Asociación General de los Baptistas Generales hizo público un manifiesto (dirigido a los hombres de la Quinta Monarquía que había entre ellos) declarando que «no conocían razón alguna por la que los santos esperasen, por ejemplo, que el Mando y el Gobierno del Mundo se pusieran en sus manos», hasta el juicio final. Hasta aquel momento su parte era «sufrir con paciencia el mundo ... en lugar de alcanzar el Mando del Gobierno en todas partes».[6] Al final de la Commonwealth, la tradición rebelde del antinomianismo «renunció a todas sus demandas». Donde los sectarios apasionados habían sido celosos —verdaderamente despiadados— jardineros sociales, ahora, estaban satisfechos con decir: «dejad que la cizaña (si es que lo es) crezca sola con el trigo ...»[7] Gerrard Winstanley, el *Digger*,* nos ayuda a entender la mudanza de sentimiento, que se desplaza del «reino exterior» al «reino interior»:

6. A. C. Underwood, *History of the English Baptists*, 1947, pp. 84-85.
7. G. Huehns, *Antinomianism in English History*, 1951, p. 146.
* *Diggers* era el nombre de un grupo de comunistas agrarios dirigidos por Gerrard Winstanley y William Everard. Sostenían que la guerra civil se había hecho contra el rey y los grandes terratenientes, y que, una vez ejecutado Carlos I, la tierra debía estar a disposición de los pobres para que éstos la cultivaran. (*N. de la t.*)

> El ser viviente y el espíritu creador no son uno solo, sino que están divididos, uno se ocupa de un reino exterior a él, y el otro le arrastra a buscar y esperar un reino en su interior, que no sea corrompido por la polilla ni el óxido y en el que los ladrones no puedan penetrar y robar. Este es un reino que permanecerá; debes despojarte del reino externo.[8]

Entender esa retirada —y lo que se conservaba a pesar de la retirada— es crucial para comprender el siglo XVIII y el elemento de continuidad en la posterior política de la clase obrera. En un sentido, el cambio se puede ver en las diferentes asociaciones de ideas que sugieren dos palabras: la energía positiva del *Puritanismo*; el retraimiento, para la propia continuidad, de la *Disidencia*. Pero también podemos ver la forma en que la resolución de las sectas, de «sufrir con paciencia el mundo» mientras se abstenían de la esperanza de alcanzar su «Mando y Gobierno», les permitía combinar el quietismo político con una especie de radicalismo adormecido —que se conservaba en las metáforas de los sermones y los folletos, y en las formas democráticas de organización— que podría, en cualquier situación más esperanzadora, hacer estallar el incendio una vez más. Podríamos esperar que esto fuera muy perceptible entre los cuáqueros y los baptistas. Sin embargo, en la década de 1790, los cuáqueros —que eran menos de 20.000 en el Reino Unido— se parecen poco a la secta que, en otro tiempo, encuadró a hombres como Lilbourne, Fox y Penn. Habían prosperado demasiado; habían perdido algunos de sus espíritus más activos, en sucesivas emigraciones hacia Norteamérica; su hostilidad hacia el Estado y la autoridad se habían reducido a símbolos formales, la negativa a prestar juramento o a descubrirse la cabeza; la tradición que se mantuvo, en el mejor de los casos, contribuyó más a la conciencia social de la clase media que al movimiento popular. A mediados de siglo había todavía congregaciones humildes como la que se reunía en el templo de Cage Lane, Thetford —contigua a la cárcel, con su picota y sus cepos—, donde el joven Tom Paine recibió (según su propia afirmación) «una educación moral sumamente buena». Pero parece que pocos cuáqueros cambiaron cuando Paine, en 1791, conjugó algunas de sus propias ideas sobre el servicio a la humanidad con el tono intransigente de

8. *Fire in the Bush* en *Selecctions ... from Gerrard Winstanley*, compilado por L. Hamilton, 1944, pp. 30-31.

Los derechos del hombre. En el año 1792, la Reunión Trimestral de Amigos del Yorkshire recomendaba encarecidamente a todos sus miembros que tuvieran «verdadera quietud de espíritu» en el «estado de perturbación que existe actualmente en nuestra nación». No debían unirse a asociaciones políticas, no debían fomentar «un espíritu de descontento hacia el Rey y el Gobierno bajo el cual vivimos y disfrutamos de muchos privilegios y favores que merecen nuestra sumisión agradecida a ellos».[9]

Sus antepasados no habían aceptado la *sumisión*, tampoco hubieran admitido la palabra *agradecida*. La tensión entre los reinos «exterior» e «interior» suponía un *rechazo* de los poderes dominantes, excepto en los aspectos en que la coexistencia era inevitable; y una muy buena razón había decidido, hacía tiempo, lo que era «lícito» para la conciencia y lo que no lo era. Quizá los baptistas eran los que presentaban la mayor coherencia: seguían siendo los más calvinistas en cuanto a su teología y los más plebeyos en cuanto a sus seguidores. Y sobre todo en Bunyan encontramos el radicalismo adormecido que se conservó a través del siglo XVIII y que estalla una y otra vez en el siglo XIX. *Pilgrim's Progress* es, junto con *Los derechos del hombre*, uno de los dos textos fundamentales del movimiento obrero inglés: Bunyan y Paine, con Cobbett y Owen, contribuyeron mucho a la provisión de ideas y actitudes que constituyen la materia prima del movimiento desde 1790 a 1850. Miles de jóvenes encontraron en *Pilgrim's Progress* su primer relato de aventuras, y hubieran convenido con Thomas Cooper, el cartista, en que era su «libro de libros».[10]

«Ambiciono una herencia incorruptible, inmaculada y que no se desvanezca ... custodiada en el cielo y fuera de peligro ... para que se ofrezca, en el momento señalado, a los que la buscan de manera perseverante. Léelo así, si lo deseas, en mi libro.» Ahí está el reino de Winstanley que no es «corrompido por la polilla ni el óxido», ahí está el reino espiritual milenario de los santos, quienes deben «sufrir con paciencia» este mundo. Ahí está el «grito lamentable» —¿qué puedo hacer?— de los que perdieron en Putney, y que no tuvieron parte en el pacto de 1688. Ahí está el viejo papa, de quien el cristiano piensa que *sus* antepasados le han domesticado, y que ahora se le han «vuelto tan

9. Rufus M. Jones, *The Later Periods of Quakerism*, 1921, I, p. 315.
10. Véase Q. D. Leavis, *Fiction and the Reading Public*, 1932, cap. 2.

desquiciadas y rígidas las articulaciones», que puede hacer poco menos que sentarse en la boca de su cueva y decirles a los peregrinos: «Nunca os reformaréis hasta que muchos de vosotros hayáis sido quemados»; «sonriendo ... mientras pasan, y mordiéndose las uñas porque no puede atacarles». Ahí está el íntimo paisaje espiritual de la disidencia del pobre: de los «sastres, vendedores de pieles, jaboneros, cerveceros, tejedores y caldereros» que se encontraban entre los predicadores baptistas; [11] un paisaje que parece tanto más misterioso, bañado de ardiente energía y conflicto, por cuanto que proviene de la frustración de esas pasiones en el mundo exterior: el castillo de Belcebú, los gigantes sanguinarios, destrozar, asesinar el bien, la colina de la dificultad, el castillo de la duda, la feria de vanidades, la tierra encantada; un camino «lleno de engaños, fosos, lazos y trampas». Ahí están los aristocráticos enemigos del cristiano: «el señor Placer Carnal, el señor Ostentoso, el señor Deseo de Gloria Vana, mi viejo señor Lujuria, el señor Tener Codicia, junto con el resto de nuestra nobleza». Y ahí está el Valle de la Humillación en el que los lectores de Bunyan se debían encontrar: «un Valle en el que nadie entra, sino aquellos a los que les gusta una vida de peregrino». Es la MISERICORDIA quien dice:

> Me gusta estar en aquellos lugares donde no hay traqueteo de carrozas, ni retumbar de ruedas; me parece que ahí uno puede pensar, sin que le importunen mucho, qué es, de dónde viene, qué ha hecho ... ahí uno puede pensar, y abrir el corazón, y fundirse en su propio espíritu, hasta que los ojos se conviertan en «el vivero de Heshbon».

Y GRAN CORAZÓN le responde, con el orgullo espiritual de los perseguidos y fracasados: «Es cierto ... Yo he atravesado muchas veces ese valle, y nunca estuve mejor que allí».

Pero el mundo del espíritu —de la virtud y la libertad espiritual— está bajo una constante amenaza que proviene del otro mundo. En primer lugar, está amenazado por los poderes del Estado; cuando nos encontramos con LUCIFER, nos parece estar en un mundo de fantasía: «Estaba recubierto de escamas, como un pez (ellas son su orgullo), tenía alas como un dragón, patas como un oso, y de su vientre salía fuego y humo ...»

11. R. M. Jones, *Studies in Mystical Religion*, 1923, p. 418. Véase también J. Lindsay, *John Bunyan*, 1937.

Pero cuando ese monstruo ataca al CRISTIANO («con un semblante desdeñoso») resulta ser muy parecido a los perplejos jueces del país que intentaban, mediante razones y amenazas alternativamente, que Bunyan prometiera desistir en el campo de la predicación. LUCIFER abre su boca —que era «como la boca de un león»— para emitir un rugido apagado: «Si todavía ahora cambiaseis y retrocedieseis, estoy dispuesto a pasarlo todo por alto». Sólo cuando ha fracasado la persuasión, se atraviesa «a todo lo ancho del camino» y declara: Juro por el infierno que *tú no seguirás adelante*». Y es la sutileza de LUCIFER la que le permite encontrar aliados entre la propia colectividad CRISTIANA y los compañeros peregrinos. Ésos —y son con mucho los más numerosos y engañosos— constituyen la segunda fuente de amenaza a la incorruptible herencia del CRISTIANO; uno por uno, Bunyan presenta los escurridizos argumentos de aliento y pacto que preparan el camino para una contemporización entre LUCIFER y la disidencia. Está el señor Bajo Mano del Pico de Oro; y el señor Domina el Mundo, el señor Amor al Dinero, y el señor Ahorralotodo, todos ellos alumnos de «un maestro de Amor a la ganancia, que es una ciudad de mercado del condado de Codicia, en el Norte». El señor Bajo Mano condena a aquellos «que son demasiado virtuosos»:

> BAJO MANO: Porque, ellos ... en su viaje se lanzan a la intemperie; y yo soy partidario de esperar el viento y la marea. Ellos son partidarios de arriesgarlo todo por Dios en una descarga; y yo soy partidario de aprovechar todas las ventajas para asegurar mi vida y mi hacienda. Ellos son partidarios de mantener sus ideas aunque todos los demás estén en su contra; pero yo soy partidario de la religión en la medida que, y durante el tiempo que, mi seguridad la resista. Ellos son partidarios de la religión cuando está harapienta y despreciada; pero yo la apruebo cuando anda con sus babuchas doradas, al sol, entre aplausos.
>
> SEÑOR DOMINA EL MUNDO: Sí, y manténgase ahí firme, buen señor Bajo Mano ... Vamos a ser prudentes como serpientes; es *mejor* hacer el agosto...
>
> SEÑOR AHORRALOTODO: Creo que estamos todos de acuerdo en este punto, y por lo tanto no es necesario hablar más.
>
> SEÑOR AMOR AL DINERO: No, no hacen falta más palabras acerca de este asunto, por supuesto; porque él, que no cree ni en la Escritura ni en la razón (y ya veis que las tenemos a ambas de nuestro lado), tampoco conoce su propia libertad, ni busca su propia seguridad.

Es un espléndido pasaje, que prefigura mucho el desarrollo de la disidencia del siglo XVIII. Bunyan sabía que, en un sentido, los amigos del señor Bajo Mano tenían a ambas, la Escritura y la razón, de su lado; él introdujo en su disculpa los argumentos de la seguridad, el consuelo, la ilustración y la libertad. Lo que han perdido es su integridad moral y su piedad; la herencia incorruptible del espíritu, según parece, no se podía preservar si se olvidaba la herencia de la lucha.

Esto no es todo lo que trata *Pilgrim's Progress*. Como observó Weber, la «atmósfera primordial» del libro denota que «la vida futura no sólo es más importante, sino más cierta, de diversos modos, que todos los intereses de la vida en este mundo». [12] Y esto nos recuerda que la fe en una vida futura era útil, no sólo como consuelo para los pobres, sino además como cierta compensación emocional por los sufrimientos y las injusticias actuales; era posible no sólo imaginar la «recompensa» de los humildes, sino además gozar de alguna venganza sobre sus opresores imaginando sus tormentos futuros. Por otra parte, al subrayar los aspectos positivos de la metáfora de Bunyan hemos dicho poco acerca de los aspectos manifiestamente negativos —el fervor, la sumisión temporal, la búsqueda egocéntrica de la salvación personal— con los que aquéllos están inseparablemente entremezclados, y esta ambivalencia continúa existiendo entrado el siglo XVIII, en el lenguaje del inconformismo humilde. A Bamford la historia le parecía «tristemente tranquilizadora, como la de una luz que proviene de un sol eclipsado». Cuando el contexto es esperanzador y surge la agitación de masas, las energías activas de la tradición son más visibles: el Cristiano se bate con Lucifer en el mundo real. En los tiempos de derrota y apatía que viven las masas, predomina el quietismo, reforzando el fatalismo de los pobres: el Cristiano sufre en el Valle de la Humillación, lejos del traqueteo de las carrozas, volviendo la espalda a la Ciudad de la Destrucción y buscando el camino hacia una Ciudad espiritual de Sión.

Por otra parte, Bunyan, con su miedo a la erosión de la herencia debida a la transigencia, añadió a la lúgubre tristeza puritana su propia descripción figurada del «recto y estrecho» camino, que acentúa el celoso sectarismo de los calvinistas elegidos. Hacia 1750, aquellas mis-

12. M. Weber, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, 1930, pp. 109-110, 227. (Hay trad. cast.: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Península, Barcelona, 1969.) Véase también A. Kettle, *Introduction to the English Novel*, 1951, pp. 44-45.

mas sectas, que habían pretendido ser sumamente leales a los «pobres de Cristo», acogían con menos entusiasmo a los nuevos conversos y tenían una disposición menos evangelizadora. La disidencia estaba atrapada en la tensión entre dos tendencias opuestas, que, tanto una como otra, se apartaban de cualquier interés popular: por una parte, la tendencia hacia un humanitarismo racional y una predicación selecta, demasiado intelectual y elegante para los pobres; por otra, los estrictos elegidos, que no se podían casar fuera de la iglesia, que expulsaban a todos los reincidentes y herejes, y que se mantenían aparte de la «mesa corrupta» predestinada a la condenación. «El calvinismo de la primera —observó Halévy— experimentaba descomposición, el calvinismo de la última, petrificación.»[13]

Incluso los baptistas de Bunyan estaban profundamente divididos: los baptistas generales «arminianos» que perdían terreno ante los entusiastas baptistas particulares calvinistas (con sus baluartes en Northamptonshire, Bedfordshire, Lincolnshire), cuyo propio calvinismo, sin embargo, les impediría la propagación de la secta.[14] No fue hasta 1770 que los baptistas particulares empezaron a salir de la trampa de su propio dogma, haciendo pública una carta circular (proveniente de Northamptonshire) que ofrecía una fórmula mediante la cual podían reconciliarse el evangelismo y la idea de elección: «Toda alma que llega a Cristo para ser salvada ... debe ser alentada ... El alma que llega no debe temer no ser elegida, porque ninguna sino aquélla querría llegar.» Pero el resurgimiento era lento, y fue la competición con los metodistas, más que una dinámica interna, la que condujo a los baptistas de vuelta hacia los pobres. Cuando Dan Taylor, un minero del carbón de Yorkshire que había trabajado en la mina desde la edad de 5 años y a quien los metodistas habían convertido, miró a su alrededor, en la década de 1760, en busca de una secta baptista con disposición evangelizadora, no encontró nada que le gustara. Construyó su propio templo extrayendo la piedra de los páramos de más arriba del puente de Hebden y acarreándola en su propia espalda;[15] luego bajó desde el municipio tejedor de Heptonstall (un baluarte puritano durante la guerra ci-

13. Véase el excelente compendio de Halévy, *A History of the English People in 1815*, Penguin, III, pp. 28-32, 40-48.

14. Bogue y Bennett, *op. cit.*, III, pp. 332-333; Ivimey, *op. cit.*, III, p. 160.

15. John Wesley anota en su *Diario* (31 de julio de 1766) que «metodistas renegados, que primero se han vuelto calvinistas, y luego anabaptistas, han provocado confusión en Heptonstall».

vil) hasta Linconlnshire y Northamptonshire, entrando en contacto con grupos baptistas inquietos, y formando finalmente (en 1770) la Nueva Conexión Baptista. En los siguientes años, recorrió 25.000 millas y predicó 20.000 sermones. Este es un hombre que debe ser recordado al lado de Wesley y Whitefield; pero no provenía ni de la sociedad de los baptistas particulares ni de la de los generales: quizá espiritualmente provenía de la herencia de Bunyan, pero materialmente salió sencillamente de la tierra.

Deberíamos recordar tanto al doctor Price como a Dan Taylor; y deberíamos tener presente que *gozaban* de libertad de conciencia, que no estaban amenazados por la Inquisición o la mazmorra de la «Prostituta Escarlata de Babilonia».[16] La misma anarquía de la vieja disidencia, con sus iglesias autónomas y sus cismas, hacía que, de pronto, pudieran aparecer las ideas más inesperadas y poco ortodoxas: en una aldea de Lincolnshire, en una ciudad mercado de las Midlands, en una mina de Yorkshire. En la ciudad lanera de Frome (anotó Wesley en su *Diario,* en 1768) había «una mezcla de hombres de todas las opiniones, anabaptistas, cuáqueros, presbiterianos, arrianos, antinomianos, moravos y qué sé yo qué más». Los comerciantes y los artesanos escoceses introdujeron otras sectas en Inglaterra; en las últimas décadas del siglo XVIII, los glasitas o sandemanianos hicieron un pequeño progreso gracias a su entusiasta disciplina de iglesia, su creencia de que las «distinciones de la vida civil (estaban) eliminadas en la iglesia» y de que la pertenencia suponía cierta comunidad de bienes, y —en opinión de los críticos— su desmesurado orgullo espiritual y «abandono de la multitud pobre, ignorante y maldita». [17] Hacia finales del siglo, había sociedades sandemanianas en Londres, Nottingham, Liverpool, Whitehaven y Newcastle.

La historia intelectual de la disidencia se compone de colisiones, cismas, mutaciones; y a menudo se tiene la sensación de que las semillas,

16. Término de la disidencia para denominar el erastianismo; en primer lugar el Papado y la Iglesia Romana, pero atribuido también a la Iglesia de Inglaterra o a *cualquier* iglesia acusada de prostituir su virtud espiritual debido a razones de Estado y de poder mundano. Cobbett recordaba: «Cuando era un muchacho, creía firmemente que el Papa era una mujer prodigiosa vestida con una capa terrorífica, que era roja porque había sido teñida con la sangre de los protestantes.» *Political Register* (13 de enero de 1821).

17. Bogue y Bennett, *op. cit.*, IV, pp. 107-124. A pesar de su severidad, los sandemanianos eran menos intolerantes que otros disidentes acerca de algunas normas sociales y aprobaban el teatro.

en estado latente, del radicalismo político se encuentran en su seno, dispuestas a germinar siempre que se siembren en un contexto social benéfico y esperanzador. Thomas Spence, que se educó en una familia sandemaniana, pronunció una conferencia en la Sociedad Filosófica de Newcastle, en 1775, que en términos generales contenía su doctrina completa del socialismo agrario; y sin embargo, hasta la década de 1790 no empezó su propaganda pública formal. Tom Paine, con su educación cuáquera, había dado pocas muestras de sus puntos de vista políticos, terriblemente heterodoxos, durante su monótona vida como recaudador de impuestos en Lewes; la situación era desesperada, la política parecía una simple especie de «artimaña». A menos de un año de su llegada a Norteamérica (noviembre de 1774) había publicado *Sentido común* y *Crisis*, artículos que contienen todos los supuestos de *Los derechos del hombre*. Escribió: «Aborrezco la monarquía porque es demasiado degradante para la dignidad del hombre.» «Pero nunca molesté a los demás con mis ideas hasta hace muy poco tiempo, ni publiqué jamás en mi vida una sílaba en Inglaterra.» Lo que ha cambiado no es Paine, sino la situación en la que Paine escribía. La semilla de *Los derechos del hombre* era inglesa, pero solamente la esperanza que despertaron las revoluciones norteamericana y francesa le permitió arraigar.

Si alguna secta de la vieja disidencia hubiese marcado el paso del resurgimiento evangélico —en lugar de John Wesley—, el inconformismo del siglo XIX podría haber adoptado una forma más intelectual y democrática. Pero fue Wesley —gran conservador en política, sacerdotal en su enfoque de la organización— el primero que tendió la mano a los «pobres de Cristo», rompiendo el tabú calvinista con el sencillo mensaje: «Lo único que tenéis que hacer es salvar almas.»

> A vosotros os llamo, proscritos por los hombres,
> ¡Rameras, y taberneros, y ladrones!
> Él tiende sus brazos para abrazaros a todos;
> Sólo a los pecadores acoge su gracia:
> Los virtuosos no tienen necesidad de él;
> Él vino a buscar y a salvar a los perdidos.
>
> Venid, ¡Oh! mis culpables hermanos, venid,
> ¡Gimiendo bajo vuestra carga de pecado!
> Su corazón sangrante os acogerá.

Su costado abierto os recibirá;
Ahora os llama, os invita a su casa:
Venid, ¡Oh! mis culpables hermanos, venid.*

Por supuesto, habría una cierta lógica en el hecho de que el resurgimiento evangélico hubiera venido del seno de la Iglesia oficial. El acento puritano sobre una «vocación» se ajustaba, como han mostrado Weber y Tawney, particularmente bien a la experiencia de los grupos de clase media floreciente y laboriosa o de pequeña burguesía. Las tradiciones más luteranas del protestantismo anglicano estaban menos adaptadas a las doctrinas exclusivistas de la «elección»; aunque como Iglesia *oficial* tenía una responsabilidad particular sobre las almas de los pobres; y, desde luego, el deber de inculcarles las virtudes de la obediencia y la laboriosidad. El letargo y el materialismo de la Iglesia del siglo XVIII eran tales que al final, y contra los deseos de Wesley, el resurgimiento evangélico dio lugar a la Iglesia Metodista diferenciada. Pero con todo, el metodismo estuvo profundamente marcado por su origen; mientras que la disidencia del hombre pobre de Bunyan, de Dan Taylor y —más adelante— de los metodistas primitivos era una religión *de* el pobre; el wesleyanismo continuó siendo, tal como había empezado, una religión *para* los pobres.

Como predicadores y evangelistas, Whitefield y otros primeros predicadores que lo hacían al aire libre eran más impresionantes que Wesley. Pero Wesley era activo en grado sumo y un diestro organizador, administrador y legislador. Logró conjugar con precisión las justas proporciones de democracia y disciplina, doctrina y sentimentalismo. Su éxito no residió tanto en las histéricas reuniones de partidarios del resurgimiento (que no eran extrañas en el siglo de Tyburn) ** como en la organización del mantenimiento de las asociaciones metodistas en los centros comerciales y los mercados, y en las comunidades mineras, de tejedores y obreras, la participación democrática de cuyos miembros en la vida de la Iglesia estaba a la vez catalogada, estrictamente diri-

* Outcasts of men, to you I call / Harlots, and publicans, and thieves! / He spreads his arms to embrace you all; / Sinners alone His grace receives: / No need for him the righteous have; / He come the lost to seek and save. / Come, O my guilty brethren, come, / Groaning beneath your load of sin! / His bleeding heart shall make you room, / His open side shall take you in; / He calls you now, invites you home: / Come, O my guilty brethren, come.

** Tyburn fue el lugar de ejecución pública del Middlesex hasta 1783. (*N. de la t.*)

gida y disciplinada. Facilitaba el ingreso a esas asociaciones eliminando todas las barreras de las doctrinas sectarias. Con el fin de aumentar la incorporación, escribió: los metodistas

> no imponen ... opiniones cualesquiera que éstas sean. Que sostengan la redención particular o general, los decretos absolutos o condicionales; que sean eclesiásticos o disidentes, presbiterianos o independientes, no es impedimento ... Los independientes o anabaptistas [pueden] utilizar sus propias formas de culto; lo mismo podrá hacer el cuáquero, y nadie discutirá con él acerca de eso ... Una condición, y una sola, se requiere: un deseo auténtico de salvar sus almas.[18]

Pero una vez dentro de las asociaciones metodistas, los convertidos estaban sujetos a una disciplina que no tenía nada que envidiar a las sectas calvinistas más fanáticas. Wesley deseaba que los metodistas fueran una «gente singular»; que se abstuvieran de casarse fuera de las asociaciones; que se distinguieran por su forma de vestir y por la solemnidad de su lenguaje y su conducta; que evitaran la compañía incluso de los familiares que todavía estaban en «el reino de Satán». Se expulsaba a sus miembros por frivolidad, por blasfemia y juramento, por asistencia negligente a las reuniones de clase.* Las asociaciones, con sus encuentros musicales, clases, vigilias nocturnas y visitas, componían un orden seglar en el que, como observó Southey, había una «policía espiritual» que estaba en una alerta constante para cualquier signo de recaída.[19] La democracia de «raíces populares», gracias a la cual los hombres de oficio y los obreros dirigían las asociaciones, no se extendía en absoluto a las cuestiones de doctrina o gobierno de la Iglesia. En ninguna otra cosa rompió Wesley tan severamente con las tradiciones de la disidencia como en su oposición a la autonomía local, y en su propio dominio autoritario y el de los ministros nombrados por el.

Y sin embargo, el progreso más rápido del metodismo entre los pobres se dio a menudo en áreas con una larga tradición de disidencia como Bristol, el West Riding, Manchester, Newcastle. En la década de

18. R. Southey, *Life of Wesley and the Rise of Methodism*, edición de 1890, p. 545.
* La clase era una subdivisión de las congregaciones o asociaciones metodistas. En cada una de sus reuniones había un dirigente de clase con fines religiosos. A las propias reuniones también se les llama, simplemente, clases. (*N. de la t.*)
19. *Ibid.*, pp. 382, 545.

1760, a dos millas de Heckmondwike, donde el diácono Priestley y Obadiah mantenían todavía una iglesia de calvinistas independientes, John Nelson, un cantero de Birstall, estaba ya atrayendo grandes reuniones de pañeros y mineros para oír el nuevo mensaje de la salvación personal. En su camino hacia la cantera, Nelson debía pasar por delante de la casa del viejo pastor disidente, intercambiar textos y discutir las doctrinas del pecado, la redención mediante la gracia y la predestinación. (Tales discusiones se volvieron más escasas en los últimos años a medida que la teología metodista ortodoxa se convertía en más oportunista, antiintelectual y ociosa.) Nelson se había convertido mientras estaba en Londres, cuando oyó predicar a John Wesley en Moorfields. Su *Diario* es muy distinto al del diácono Priestley:

> Una noche ... soñé que estaba en Yorkshire, yendo a casa en mi ropa de trabajo; y cuando iba por Paul Champion's, oí un potente grito, como de una multitud de gente afligida. ... De pronto empezaron a chillar y a revolcarse uno sobre otro; pregunté qué ocurría y me dijeron que Satán andaba suelto entre ellos. ... Luego pensé que le veía en forma de toro rojo pasando entre la gente, como una bestia pasa entre el trigo que crece, no hizo ademán de cornear a nadie, pero se encaró hacia mí como si quisiera clavar sus cuernos en mi corazón. Entonces grité: «¡Señor, ayúdame!» e inmediatamente le cogí por los cuernos y le giré sobre su espalda, poniendo mi pie derecho sobre su pescuezo, en presencia de un millar de personas ...

Despertó de este sueño sudoroso y agotado. Otra noche, «mi alma se llenó con una sensación tal de amor Divino, que me hizo llorar delante de él»:

> Soñé que estaba en Yorkshire, yendo desde Gomersal-Hill-Top hasta Cleckheaton, y hacia la mitad del camino, creí ver a Satán que venía a mi encuentro en forma de un hombre alto, negro y con los cabellos como serpientes. ... Pero seguí, desgarré mis vestidos y le enseñé mi pecho desnudo, diciendo: «Mira, aquí está la sangre de Cristo». Entonces me pareció que huía de mí tan rápido como lo haría una liebre.

John Nelson hablaba muy en serio. Fue enrolado en el ejército, se negó a servir, él y su esposa fueron acosados y apedreados en su trabajo. Sin embargo, se me ocurre que el Satán de Nelson pertenece más a un mundo de fantasía que el Lucifer de Bunyan, a pesar del fuego y las esca-

mas del último. Y la fantasía tiene unos matices de histeria y de sexualidad deteriorada o frustrada que —junto con el paroxismo que a menudo acompañaba la conversión— [20] son algunos de los contrastes del resurgimiento metodista. Mientras Bunyan revelaba el desafío del Diablo en un mundo de magistrados, excusas reincidentes y mundanas para la transigencia, este Satán metodista es una fuerza incorpórea localizada en algún lugar de la psique, que se descubre a través de la introspección o surge delante como imagen fálica opuesta a la imagen femenina del amor de Cristo, en las ráfagas de histeria masiva que culminaban las campañas del resurgimiento.

En un sentido, se puede ver a ese Satán como una emanación de la miseria y la desesperación de los pobres del siglo XVIII; en otro, podemos ver las energías de una efectiva salida en la vida social, frustradas y constreñidas por los principios del puritanismo que niegan la vida, vengándose en el espíritu humano. Podemos ver al metodismo como una mutación de aquella tradición que se remonta a los *ranters* * del siglo XVII, cuyos primos, los moravos, tan profundamente influenciaron a Wesley. Pero el culto al «Amor» fue conducido a un punto de equilibrio entre las afirmaciones de la «religión social» y las aberraciones patológicas de los impulsos sociales y sexuales frustrados. Por un lado, verdadera compasión por «las rameras, los taberneros y ladrones»; por el otro, una preocupación enfermiza por el pecado y el confesionario del pecador. Por una parte, auténtico arrepentimiento de infamias auténticas; por otro, exuberantes refinamientos de culpabilidad introspectiva. Por un lado, una religión que cedía un lugar a los humildes, como predicadores locales y jefes de clase, que les enseñaba a leer y les daba dignidad y experiencia en la expresión oral y la organización; por otro, una religión hostil a la investigación intelectual y a los valores artísticos, y que abusaba tristemente de la fidelidad intelectual de aquéllos. Era un culto al «Amor» que temía la verdadera expresión del amor, ya fuese como amor sexual o en cualquier otra forma social que pudiera entorpecer las relaciones con la Autoridad. Su auténtico lenguaje de devoción era el de la sublimación sexual entreverada de masoquismo: el «amor sangrante», el costado herido, la sangre del cordero,

20. Véase W. E. H. Lecky, *History of the English People in the 18th Century*, 1891, III, pp. 582-588. A pesar de todo lo que se ha escrito en este siglo sobre el tema del metodismo, los relatos de Lecky y Southey continúan siendo lecturas esenciales.

* Secta de antinomianos que surgió en 1645. (*N. de la t.*)

De todas las trampas agradables, enséñame
A guardar los asuntos de mi corazón.
¡Sé Tú mi Amor, mi Alegría, mi Temor!
Tú mi arte de Eterno Destino.
Sé Tú mi Amigo incondicional,
Y ámame, ¡Oh! ámame hasta el fin.*

En Londres, un grabador jacobino fue al «Jardín del Amor» y encontró «una capilla ... construida en medio, / Donde solía jugar sobre la hierba»:

Las puertas de esa capilla estaban cerradas,
Y «No pases» escrito sobre la puerta.**

En el jardín había «lápidas sepulcrales donde debería de haber flores»:

Y paseaban sacerdotes con vestidos negros,
Ciñendo de espinas mis alegrías y deseos.***

En los últimos años, se han dicho tantas cosas acerca de la contribución positiva del metodismo al movimiento obrero, que es necesario que recordemos que Blake y Cobbett, Leigh Hunt y Hazlitt veían la cuestión de distinta forma. A partir de algunos relatos populares, podríamos suponer que el metodismo no fue más que un terreno abonado para los radicales y los organizadores sindicales, todos ellos formados a la imagen del mártir de Tolpuddle, George Loveless, con su «pequeña biblioteca de teología» y su firme independencia. La cuestión es mucho más compleja. A un nivel se puede establecer, sin la más mínima dificultad, el carácter reaccionario —en verdad, detestablemente servil— del wesleyanismo oficial. Las pocas intervenciones activas de Wesley en la política contuvieron propaganda contra el doctor Price y los colonos norteamericanos. Pocas veces dejaba escapar cualquier oportu-

* Teach me from every pleasing anare / To keep the issues of my heart. / Be Thou my Love, my Joy, my Fear! / Thou my Eternal Portion art. / Be Thou my never-failing Friend, / And love, O love me to the end.

** And de gates of this Chapel were shut, / And «Thou shalt not» writ over the door ...

*** And Priests in black gowns were walking their rounds, / And binding with briars my joys & desires.

nidad de inculcar a sus seguidores las doctrinas de la sumisión, expresadas menos a nivel de ideas que de superstición.[21] Su muerte (1791) coincidió con el primer entusiasmo por la Revolución francesa; pero consecutivas conferencias metodistas continuaron la tradición de su fundador, reafirmando su «verdadera lealtad al Rey y su sincera adhesión a la Constitución» (Conferencia de Leeds, 1793). Los estatutos que se redactaron el año anterior a la muerte de Wesley eran explícitos: «Ninguno de nosotros puede hablar del gobierno, ya sea por escrito o en conversación, con ligereza o sin el debido respeto.»[22]

Así, el metodismo aparece, a este nivel, como una influencia políticamente regresiva o «estabilizadora», y encontramos cierta confirmación de la famosa tesis de Halévy, según la cual el metodismo evitó la revolución en Inglaterra durante la década de 1790. Pero a otro nivel, nos es conocido el argumento de que el metodismo fue responsable, de forma indirecta, de un incremento de la confianza en sí misma y la capacidad de organización de la población obrera. Este argumento fue formulado por Southey, en fecha tan temprana como 1820:

> Quizá entre los males accesorios que ha producido el metodismo, se pueda contar la forma en que éste ha dado a conocer a las clases bajas la labor de organizarse en asociaciones, estableciendo reglas para su propio gobierno, reuniendo fondos y comunicándose de una parte a otra del reino ...

Y, más recientemente, esto ha sido documentado en ios interesantes libros del doctor Wearmouth. Pero sus lectores harán bien en recordar la importante matización de Southey: «mas, por lo que a eso se refiere, sólo ha facilitado un proceso que ha tenido lugar por otras cau-

21. Para una descripción breve y concisa de los prejuicios políticos de Wesley, véase Maldwyn Edwards, *John Wesley and the Eighteenth Century*, 1933.

22. Citado en Halévy, *op. cit.*, III, p. 49. Halévy añade el comentario: «Una conducta como aquélla garantizaba que ... la impopularidad de los principios jacobinos no perjudicara la propaganda metodista.» Sin embargo, como los principios jacobinos ganaban en popularidad en 1792 (véanse pp. 99-119 más adelante), es más cierto que la propaganda metodista estaba pensada para *hacer* impopulares estos principios, y que esto fue perjudicial para las libertades de la población inglesa. Véase también la crítica a Halévy hecha por Hobsbawm, «Methodism and the Threat of Revolution» *History Today*, febrero de 1957. (Hay trad. cast. en E. J. Hobsbawm, *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Crítica, Barcelona, 1979, pp. 36-48.)

sas».[23] La mayor parte de las «aportaciones» del metodismo al movimiento de la clase obrera lo fueron a pesar de, y no gracias a, la conferencia wesleyana.

Es cierto que en toda la historia primitiva del metodismo podemos ver un prometedor espíritu democrático que luchaba contra las doctrinas y las formas organizativas que imponía Wesley. Los predicadores seglares, la ruptura con la Iglesia oficial, las formas autónomas en las sociedades; en todas esas cuestiones Wesley opuso resistencia, contemporizó o fue a remolque de los hechos. Wesley no pudo escapar a las consecuencias de su propio igualitarismo espiritual. Si los pobres de Cristo llegaban a creer que sus almas eran como las almas de los aristócratas o los burgueses, esto podría llevarles a los argumentos de *Los derechos del hombre*. La duquesa de Buckingham lo descubrió con rapidez y dijo a la condesa de Huntingdon, metodista:

> Señoría, le agradezco la información acerca de los predicadores metodistas; sus doctrinas son muy repugnantes y están intensamente teñidas de impertinencia y falta de respeto hacia sus superiores, en un continuo intento de nivelar todas las categorías y de poner fin a todas las distinciones. Es monstruoso enterarse de que vos tenéis un corazón tan pecador como los vulgares infelices que se arrastran sobre la tierra.[24]

Smollett ha señalado casi lo mismo en una comedia en que un cochero, Humphrey Clinker, predica a la chusma de Londres. Y —por su parte— cientos de predicadores seglares, que siguieron los pasos de John Nelson, lo aprendían de forma muy diferente. Una y otra vez los escritores del sistema establecido expresan este temor. Un escritor de folletos antijacobino, en 1800, daba la culpa a los «muchachos imberbes, y los trabajadores manuales u obreros» que predicaban en Spa Fields, Hackney e Islington Green. Entre los predicadores de las sectas encontró a un comerciante de ropa vieja, un molendero, un vendedor de cabezas de oveja, un pintor de carruajes, un constructor de exprimidores de ropa, un lacayo, un dentista, un peluquero y sangrador, un pantalonero y un cargador de carbón. El obispo de Lincoln veía en eso una amenaza más oscura: «se podrían emplear los mismos medios,

23. Southey, *op. cit.*, p. 571.
24. Citado en J. H. Whiteley, *Wesley's England*, 1938, p. 328.

con la misma eficacia, para socavar y derrocar el estado, al igual que la iglesia».[25]

Y de la predicación a la organización. Aquí hay dos aspectos: la penetración transitoria del metodismo por parte de algunas de las tradiciones autonomistas de la disidencia, y la transmisión a las asociaciones de la clase obrera de formas de organización características de la Conexión Metodista. En cuanto a la primera, Wesley no sólo (como se ha supuesto algunas veces) llevaba su mensaje a los «paganos» que estaban fuera de las iglesias existentes; también ofrecía una salida a los sentimientos cautivos de la vieja disidencia. Pastores disidentes y congregaciones enteras se incorporaron a los metodistas. Algunos sufrieron el resurgimiento, sólo para reincorporarse a sus propias sectas, en desacuerdo con la autoritaria dirección de Wesley; a la vez que, hacia la década de 1790, la disidencia disfrutaba de su propio resurgimiento evangélico. Pero otros conservaban una especie de participación inquieta, en la que sus viejas tradiciones luchaban en el seno de las formas sacerdotales wesleyanas. En cuanto a la segunda, el metodismo proporcionaba no sólo las formas de las reuniones de clase, la recaudación sistemática de cuotas de un penique y el «cupón», adoptados con tanta frecuencia por las organizaciones radicales y sindicales, sino también una experiencia de organización centralizada eficiente —tanto a nivel de distrito como a nivel nacional— de la que la disidencia había carecido. (Aquellas Conferencias Wesleyanas Anuales, con su «programa», sus camarillas trabajando en el orden del día, y su cuidadosa dirección, desgraciadamente parecen otra «contribución» al movimiento laborista de épocas más recientes.)

Así, el metodismo de finales del siglo XVIII estuvo agitado por tendencias democráticas ajenas a él, mientras que al mismo tiempo servía de modelo, a pesar suyo, de otras formas organizativas. Durante la última década de la vida de Wesley, las presiones democráticas internas sólo se contuvieron en consideración a la elevada edad del fundador, y con el convencimiento de que el viejo autócrata no podría estar muy lejos de tomar posesión de su «gran recompensa». Las sociedades disidentes expresaban diversas demandas: una Conferencia elegida, una mayor autonomía local, una ruptura definitiva con la Iglesia, participación seglar en las reuniones de distrito y en las trimestrales. La muer-

25. W. H. Reid, *The Rise and Dissolution of the Infidel Societies of the Metropolis*, 1800, pp. 45-48.

te de Wesley, cuando la marea radical general estaba subiendo, fue como un «detonante». Se sometieron a discusión los planes de organización rivales, con un acaloramiento que es tan significativo como lo eran los problemas puestos a discusión. «Detestamos a los Nerones perseguidores, y todas las acciones sangrientas de la Prostituta de Babilonia, y sin embargo, a nuestro nivel, seguimos sus pasos», declaró Alexander Kilham en un folleto titulado *The Progress of Liberty*.[26] Y propuso proyectos de autonomía de largo alcance, que fueron sometidos a discusión en toda la conexión mediante folletos, en las reuniones de clase y en las reuniones de los predicadores locales, y cuya discusión debió de ser una parte importante del proceso de educación democrática.[27]

En 1797, Kilham encabezó la primera separación wesleyana importante, la Nueva Conexión Metodista, que adoptó muchas de sus propuestas de estructura más democrática. La conexión tuvo su mayor fuerza en los centros manufactureros, y (probablemente) entre los artesanos y los tejedores teñidos de jacobinismo.[28] El mismo Kilham comprendía a los reformadores, y aunque mantenía sus convicciones políticas en un último término, sus oponentes de la conexión ortodoxa se esforzaron por mostrarlas. «Perderemos a todos los alborotadores revoltosos de nuestra Sión», la Conferencia se dirigía a los miembros de la iglesia en Irlanda, al darles cuenta de la separación: «todos los que se han adherido al sentir de Paine ... » En Huddersfield, los miembros de la Nueva Conexión eran conocidos como «los metodistas de Tom Paine». Podemos conjeturar el aspecto de sus partidarios a partir de una descripción del principal templo kilhamita de Leeds; con una congregación de quinientos «en medio de una gente dura de mollera, pobre e ingobernable, en lo alto de Ebeneezer Street donde, razonablemente, no se podía esperar que fueran forasteros de la clase media». Y en diversos lugares, el vínculo entre la Nueva Conexión y la organización jacobina auténtica es más que una cuestión de deducción. En Halifax,

26. *The Progress of Liberty Amongst the People Called Methodist*, Alnwick, 1795.

27. Véase *An Appeal to the Members of the Methodist Connexion*, Manchester, 1796; E. R. Taylor, *Methodism and Politics, 1791-1851*, Cambridge, 1935, cap. 2; W. J. Warner, *The Wesleyan Movement in the Industrial Revolution*, 1930, pp. 128-131.

28. El apoyo a Kilham era fuerte en Sheffield, Nottingham, Manchester, Leeds, Huddersfield, Plymouth Dock, Liverpool, Bristol, Birmingham, Burslem, Macclesfield, Bolton, Wigan, Blackburn, Oldham, Darlington, Newcastle, Alnwick, Sunderland, Ripon, Otley, Epworth, Chester y Banbury. Véase E. R. Taylor, *op. cit.*, p. 81; J. Blackwell, *Life of Alexander Kilham*, 1838, pp. 290, 343.

en el templo Bradshaw, se formó un club de lectura y una sociedad de debate. La gente de este pueblo tejedor no sólo discutía el *Progress of Liberty* de Kilham en sus reuniones de clase, sino también *Los derechos del hombre* de Paine. El historiador del metodismo de Halifax, que escribía cuarenta años más tarde, todavía no pudo reprimir su asco hacia «aquel detestable grupo de escorpiones» que, al final, tomaron el templo, expulsaron al pastor ortodoxo del circuito,* compraron el local y continuaron como un templo «jacobino» para ellos.[29]

El progreso de la Nueva Conexión no fue impresionante. El propio Kilham murió en 1798, y sus partidarios se debilitaron debido a la reacción política general de los últimos años de la década de 1790. Hacia 1811, la Nueva Conexión sólo podía declarar 8.000 miembros. Pero su existencia nos hace dudar de la tesis de Halévy. A la muerte de Wesley, se estimaba que las sociedades metodistas tenían unas 80.000 personas. Incluso suponiendo que todos ellos compartieran los principios conservadores de su fundador, apenas eran suficientes para haber detenido una marea revolucionaria. De hecho, acordaran lo que acordasen las Conferencias Anuales, hay pruebas de que el mar de fondo radical de 1792 y 1793 se extendía por toda la disidencia, de forma general, y en la mayor parte de las sociedades metodistas. El alcalde de Liverpool hacía seguramente una observación acertada, cuando escribió al Ministerio del Interior en 1792:

> En todos estos lugares sólo hay locales de reunión metodistas y algunos otros y ... de ese modo la Juventud del Condado se está formando bajo la Enseñanza de un Grupo de Hombres no sólo Ignorantes, sino de quienes, creo, tenemos Demasiada Razón, últimamente, para imaginar que son contrarios a nuestra Afortunada Constitución.[30]

Fue durante los años contrarrevolucionarios, *después* de 1795, cuando el metodismo hizo su mayor progreso entre la población obrera y actuó de la manera más evidente como una fuerza social estabilizadora o regresiva. Privado de sus elementos más demócratas e intelectua-

* El circuito era un distrito de iglesias metodistas atendido por una serie de predicadores itinerantes. (*N. de la t.*)

29. J. Blackwell, *op. cit.*, p. 339; E. R. Taylor, *op. cit.*, p. 85; J. Wray, «Facta Illustrative of Methodism in Leeds», *c.* 1835, MS. de la Biblioteca de Consulta de Leeds; J. U. Wlaker, *Wesleyan Methodism in Halifax*, Halifax, 1836, pp. 216-223.

30. Citado en J. L. Hammond, *The Town Labourer*, 2ª ed., 1925, p. 270.

les debido a la separación kilhamita, y sujeto a formas de disciplina más severas, casi parece un fenómeno nuevo durante esos años; un fenómeno que se puede contemplar, a la vez, como consecuencia de la reacción política y como su causa.[31]

A lo largo de todo el período de la Revolución industrial, el metodismo nunca superó esta tensión entre las tendencias autoritaria y democrática. El segundo impulso se sintió con mucha fuerza en las sectas secesionistas: la Nueva Conexión y (después de 1806) los metodistas primitivos. Además, como ha señalado el doctor Hobsbawm, dondequiera que se hallase, el metodismo realizó, con su ruptura con la Iglesia oficial, las funciones del anticlericalismo del siglo XIX en Francia.[32] En los pueblos agrícolas o mineros, la polarización del templo y la Iglesia pudo facilitar una polarización que adoptó formas políticas o industriales. Durante años pareció que la tensión estaba contenida; pero cuando estalló, a veces estaba cargada de una pasión moral —en la que el viejo Dios Puritano de las Batallas levantó una vez más su estandarte— que los líderes seglares difícilmente podían alcanzar. Con tal que Satán continuase siendo algo indefinido y que no tuviese un domicilio de clase fijo, el metodismo sometía a la población trabajadora a una especie de guerra civil moral: entre el templo y la taberna, el malvado y el redimido, el perdido y el rescatado. Samuel Bamford, en su *Early Days*, relataba con qué entusiasmo misionero él y sus compañeros estaban dispuestos a ir a las reuniones de plegaria de los pueblos vecinos «donde Satán tenía, hasta ahora, muchos baluartes». «Esas plegarias se veían como tantos otros ataques contra los poderes del Príncipe del Aire.» (Un entusiasmo similar despertaba, al otro lado de los Peninos, el memorable himno: «En Bradford, asimismo, mira hacia abajo, donde Satán permanece sentado.») Sólo algunos años más tarde, Cobbet les había enseñado a los tejedores de las tierras altas del Lancashire a buscar a Satán, no en las cervecerías de un pueblo rival, sino en *«the Thing»* * y en la Vieja Corrupción. Precisamente, fue la rápida identificación de Lucifer con Lord Liverpool y Oliver el Espía lo que condujo a los tejedores a Peterloo.

31. Véase más adelante, cap. 11.

32. E. J. Hobsbawm, *Primitive Rebels*, 1959, p. 146. (Hay trad. cast.: *Rebeldes primitivos*, Ariel, Barcelona, 1983.)

* En los países escandinavos o en asentamientos, como en zonas de Inglaterra antes de la conquista, se denominaba así una reunión o asamblea pública y especialmente un consejo legislativo, un parlamento o un tribunal de justicia. (*N. de la t.*)

Deberíamos destacar otras dos características de la tradición de la disidencia. Aunque ninguna de las dos tuvo gran influencia en el siglo XVIII, ambas adquirieron un nuevo significado después de 1790. En primer lugar, existe un hilo continuo de ideas y ensayos comunitarios asociados con los cuáqueros, los camisardos y, en particular, los moravos. En Bolton y en Manchester, un fermento en un pequeño grupo de cuáqueros disidentes culminó en la partida, en 1774, de «Madre Ann» y un pequeño séquito para ir en busca de las primeras comunidades de *shakers* * en los Estados Unidos; 40 años más tarde, Robert Owen encontraría aliento en el éxito de los shakers, cuyas ideas popularizó en forma secular.[33] Los moravos, a quienes Wesley debía su conversión, nunca llegaron a estar completamente consolidados en la Inglaterra del siglo XVIII. Aunque mucha población inglesa ingresó en sus comunidades de Fulneck (Pudsey), y Dukinfield y Fairfiels (cerca de Manchester), así como en la congregación morava de Londres, las sociedades continuaron dependiendo de predicadores y administradores alemanes. Aunque las primeras sociedades metodistas surgieron en relación con la Fraternidad Morava, la última se distinguía de las primeras por su «inmovilidad», su evitación del «entusiasmo», y sus valores comunitarios prácticos; «el carácter sosegado, suave, regular, amable e impresionante del servicio (en Fulneck) era, tal como aparecía, como una especie de censura a la firmeza, el ruido y el tumulto de una reunión [metodista] del resurgimiento». La influencia de los moravos fue triple: primero, a través de sus actividades educacionales: Richard Oastler y James Montgomery (el poeta radical y editor del *Iris* de Sheffield) fueron educados en Fulneck; segundo, a través del éxito evidente de sus comunidades, que —junto con las de los shakers— eran a menudo citadas por los owenitas de principios del siglo XIX; y tercero, a través de la persistencia, en el seno de las sociedades metodistas —mucho después de que Wesley hubiese renegado de la conexión morava—, del anhelo de ideales comunitarios expresados en el lenguaje de la «fraternidad».[34]

* Secta religiosa norteamericana que se denominaba a sí misma «Sociedad de los que creen en el Segundo Advenimiento de Cristo», tenían comunidades mixtas de mujeres y hombres que vivían practicando el celibato. (*N. de la t.*)

33. W. H. G. Armytage, *Heavens Below*, 1961, I, caps. 3 y 5.

34. Véase C. W. Towlson, *Moravian and Methodist*, 1957; Armytage, *op. cit.*, I, cap. 6; J. Lawson, *Letters to the Young on Progress in Pudsey*, Stanningley, 1887, cap. 15; C. Driever, *Tory Radical*, Oxford, 1946, pp. 15-17.

La tradición comunitaria se hallaba a veces asociada a otra tradición subterránea, la del milenarismo. Los miembros más apasionados de las sectas de la Revolución inglesa —los ranters y los Hombres de la quinta monarquía—, con sus interpretaciones literales del Libro de la Revelación y sus expectativas de una Nueva Jerusalén que descendería desde arriba, nunca se extinguieron totalmente. Los mugletonianos (o seguidores de Ludovic Muggleton) todavía predicaban en los campos y los parques de Londres, a finales del siglo XVIII. La sociedad Bolton, a partir de la cual surgieron los shakers, estaba presidida por la Madre Jane Wardley que se paseaba por la sala de reuniones, «con una fuerte agitación», declamando:

> Arrepiéntete. Porque el Reino de Dios está Cerca. El nuevo cielo y la tierra nueva profetizados antaño están a punto de llegar .... Y cuando Cristo aparezca de nuevo, y se alce la verdadera iglesia en plena y superior gloria, entonces todas las confesiones anticristianas —los sacerdotes, la iglesia, el papa— serán eliminadas.[35]

Cualquier suceso dramático, como el terremoto de Lisboa de 1755, daba lugar a expectativas apocalípticas. Ciertamente, existía una inestabilidad milenarista en el corazón del propio metodismo. Wesley, que era sumamente crédulo acerca de brujas, posesión satánica y bibliomancia (búsqueda de consejo en los textos hallados abriendo la Biblia al azar), a veces expresaba presentimientos referidos a la inminencia del Día del Juicio. Un primitivo himno de los Wesley, utiliza la acostumbrada metáfora milenarista:

> Erige aquí Tu tabernáculo,
> Haz bajar la *Nueva Jerusalén*,
> Aparece Tú mismo en medio de Tus santos,
> Y siéntanos en Tu trono deslumbrador.
>
> Empieza el gran día milenario;
> Ahora, Salvador, desciende con clamor,
> Despliega Tu estandarte en los cielos,
> Y trae el júbilo que nunca acabará.*

35. E. D. Andrews, *The People Called Shakers*, Nueva York, 1953, p. 6.

* Erect Thy tabernacle here, / The *New Jerusalem* send down, / Thyself amidst Thy saints appear, / And seat us on Thy dazzling throne. / Begin the great millennial day; / Now, Saviour, with a shout descend, / Thy standard in the heavens display, / And bring the joy which ne'er shall end.

Aunque se desalentaba la creencia literal en el milenio, la forma apocalíptica de las reuniones del resurgimiento metodista encendía la imaginación y preparaba el camino para la aceptación de los profetas quiliastas, después de 1790. En Londres, Bristol y Birmingham, pequeñas congregaciones de la iglesia swedenborgista de la Nueva Jerusalén, preparaban a algunos artesanos para creencias milenaristas más intelectuales y místicas.[36]

Si bien los historiadores y los sociólogos han prestado recientemente más atención a los movimientos y a las fantasías milenaristas, en parte su significado se ha oscurecido a causa de la tendencia a tratarlos en términos de inadaptación y «paranoia». Así el profesor Cohn, en su interesante estudio *The Pursuit of the Millenium*, puede hacer generalizaciones —gracias a una selección de las pruebas un tanto insólita— como que «los Elegidos» tenían una idea paranoica y megalómana, y que los movimientos de mentalidad «quiliástica» tenían el «sentido de la realidad crónicamente deteriorado». Cuando los movimientos mesiánicos obtienen un apoyo de masas: «Es como si unidades de paranoia hasta entonces diluidas entre la población, de pronto se fundieran para formar una nueva unidad: un fanatismo paranoico colectivo.»[37]

Un proceso de «fusión» como éste ofrece dudas. Sin embargo, dado tal fenómeno, el problema histórico continúa existiendo, ¿por qué los agravios, las aspiraciones, o incluso los trastornos psicóticos deberían «fundirse» en movimientos influyentes, sólo en determinados momentos y en formas particulares?

Lo que no debemos hacer es confundir los puros «caprichos» y las aberraciones fanáticas con la *metáfora* —de Babilonia y del exilio egipcio y la Ciudad Celestial y la contienda con Satán— en donde grupos minoritarios han articulado su experiencia y han proyectado sus aspiraciones durante cientos de años. Además, la extravagante metáfora que determinados grupos han utilizado, no siempre revela sus motivacio-

36. Por lo que se refiere al wesleyanismo, véase Southey, *op. cit.*, p. 367; Joseph Nightingale, *Portraiture of Methodism*, 1807, pp. 443 y siguientes; J. E. Rattenbury, *The Eucharistic Hymns of John and Charles Wesley*, 1948, p. 249. Para el swedenborgismo, Bogue y Bennett, *op. cit.*, IV, pp. 126-134; R. Southey, *Letters from England*, 1808, III, 113 y siguientes. En relación al fin del milenarismo del siglo XVII, véase Christopher Hill, «John Mason and the End of the World», en *Puritanism and Revolution*, 1958. Para algunas indicaciones sobre la tradición del siglo XVIII, véase W. H. G. Armytage, *op. cit.*, I, cap. 4.

37. N. Cohn, *The Pursuit of the Millennium*, 1957, p. 312. (Hay trad. cast.: *En pos del milenio*, Alianza Editorial, Madrid, 1983.)

nes objetivas ni sus convicciones reales. Este es un problema difícil; cuando hablamos de «metáfora» queremos decir mucho más que figuras del lenguaje con las que se «revisten» ulteriores motivos. La metáfora es, en sí misma, una prueba de poderosas motivaciones subjetivas, completamente «real» como su objeto, completamente efectiva, como vemos repetidamente en la historia del puritanismo, en su intervención histórica. Es el síntoma de cómo sentían y tenían esperanza, cómo amaban y odiaban, y cómo conservaban determinados valores en el propio entramado de su lenguaje. Pero el hecho de que la exuberante metáfora apunte a veces hacia metas que son claramente ilusorias no significa que podamos concluir a la ligera que indica un «sentido de la realidad crónicamente deteriorado». Es más, una «adaptación» servil al sufrimiento y a la carencia puede denotar a veces un sentido de la realidad tan deteriorado como el del quiliasta. Siempre que encontremos un fenómeno como éste, debemos intentar distinguir entre la energía psíquica acumulada —y liberada— en el lenguaje, por muy apocalíptico que sea, y el trastorno psicótico real.

A lo largo de la Revolución industrial podemos ver esa tensión entre el «reino exterior» y el «reino interior» en la disidencia de los pobres, con el quiliasmo en un polo y el quietismo en el otro. Durante generaciones la educación más comúnmente asequible llegaba a través del púlpito y la escuela del domingo, el Antiguo Testamento y el *Pilgrim's Progress*. Entre este mundo simbólico y aquella experiencia social había un continuo intercambio; un diálogo entre actitudes y realidad que a veces era fructífero, a veces árido, a veces masoquista en su resignación, pero pocas veces «paranoico». La historia del metodismo indica que las deformaciones morbosas de la «exaltación» son las aberraciones más comunes de los pobres, en períodos de reacción social; mientras que las fantasías paranoicas corresponden más a los períodos en los que se liberan los entusiasmos revolucionarios. La corriente milenarista, subterránea durante tanto tiempo, irrumpió en la superficie con una inesperada fuerza, como resultado inmediato de la Revolución francesa: «Para el quiliasta auténtico, el presente se convierte en la brecha a través de la cual lo que antes estuvo oculto sale de pronto, se apodera del mundo exterior y lo transforma.»[38]

De nuevo, la imagen y la realidad llegaban a confundirse. El qui-

38. Karl Mannheim, *Ideology and Utopia*, ed. de 1960, p. 193. Véase más adelante, pp. 115-119 y 426-431.

liasmo rozó a Blake con su aliento: se paseaba, no sólo entre los jacobinos y los disidentes del Londres artesano, sino también por las poblaciones mineras y de tejedores de las Midlands, por el norte y los pueblos del suroeste.

Pero en muchos espíritus se mantenía un equilibrio entre la experiencia exterior y el reino interior, al que los poderes del mundo no podían influir y que se conservaba con el evocador lenguaje del Antiguo Testamento. Thomas Hardy era un hombre sensato, incluso prosaico, con una atención meticulosa a los detalles prácticos de organización. Pero cuando rememoraba su proceso por alta traición, parecía lo más natural del mundo que se inspirase en el Libro de los Reyes para utilizar un lenguaje que entendiesen la mayor parte de los ingleses; «El pueblo dijo: "¿Qué porción tenemos nosotros en David? Tampoco tenemos herencia en el hijo de Jesé. A vuestras tiendas, Oh Israel. ... De este modo Israel se rebeló contra la Casa de David hasta nuestros días."»

Por lo que se refiere a la tradición de la disidencia, que fue uno de los elementos que desencadenaron la agitación jacobina inglesa, no se puede ofrecer un resumen sencillo. Tiene una diversidad que escapa a cualquier generalización y que, sin embargo, es, en sí misma, su característica más importante. En la complejidad de las sectas que competían y los templos que se segregaban tenemos un substrato para la pluralidad de la cultura de la clase obrera del siglo XIX. Están los unitaristas o independientes, con un séquito de artesanos pequeño pero influyente, sustentado en una vigorosa tradición intelectual. Están los sandemanianos, de los que el padre de William Godwin fue pastor; los moravos con su patrimonio comunitario; las sectas de los inghamitas, los mugletonianos, los swedenborgistas que surgieron en una peluquería apartada de Cold Bath Fields, y que publicaban un *Magazine of Heaven and Hell*. Están los dos viejos pastores disidentes de quienes Hazlitt dijo que llenaban sus pipas con hojas de frambuesa, con la esperanza de derribar la Vieja Corrupción mediante el boicot a todos los productos gravados con impuestos. Están los inmigrantes calvinistas metodistas que provienen de Gales y los inmigrantes educados en las sectas de covenantarios escoceses; Alexander Somerville, que se convirtió en famoso propagandista contra las *Corn Laws*,* se educó en una estricta fa-

* Leyes que regulaban el comercio del grano en Inglaterra, y que fueron derogadas en 1846, después de una agitación considerable. (*N. de la t.*).

milia antiburgher de campesinos del Berwickshire. Está el impresor Zachariah Coleman, el héroe maravillosamente recreado de *The Revolution in Tanner's Lane*, con sus retratos de Burdett, Cartwright, y el Bunyan de Sadler en la pared: «no era un *ranter* o un partidario del resurgimiento, sino lo que se llamaba un calvinista moderado; es decir, se atenía al calvinismo como su credo indudable, pero cuando llegó el momento decisivo, lo modificó en su práctica real». Y están las sociedades curiosas, como los viejos deístas de Hoxton, que hablaban de sueños y (como Blake) de conversaciones con almas difuntas y ángeles, y que (como Blake) «cedieron casi inmediatamente al impulso más fuerte de la Revolución francesa» y se convirtieron en «*políticos*».[39]

La libertad de conciencia fue el único gran valor que la gente común conservó desde la Commonwealth. El campo estaba dominado por la *gentry*,* las ciudades por ayuntamientos corruptos, la nación por la corporación más corrupta de todas: pero el templo, la taberna y el hogar les pertenecían sólo a ellos. En los lugares de culto «que no tenían campanario» había espacio para una vida intelectual libre y para experimentos democráticos con «innumerables miembros». Sobre el fondo de la disidencia de Londres, con su franja de deístas y de místicos fervorosos, William Blake ya no parece el genio estrafalario y poco instruido que les debe parecer a aquellos que sólo conocen la cultura elegante de la época.[40] Por el contrario, es la voz original, y sin embargo auténtica, de una larga tradición popular. Si algunos de los jacobinos de Londres permanecieron extrañamente impertérritos ante la ejecución de Luis y María Antonieta, se debió a que recordaban que sus propios antepasados habían ejecutado una vez a un rey. Nadie que tuviese a Bunyan profundamente arraigado podía encontrar extraños muchos de los aforismos de Blake:

> El mayor veneno que jamás se ha conocido
> Provino de la corona de laurel del César.**

39. W. H. Reid, *op. cit.*, p. 90.

* *Gentry* designa a los miembros de la pequeña nobleza rural o urbana inglesa. (*N. de la t.*)

40. David V. Erdman, en su Blake, *Prophet against Empire*, Princeton, 1954, nos ha ayudado a ver a Blake en este contexto y —al hacerlo— ha clarificado muchas cosas sobre la vida intelectual del Londres jacobino. Véase también (para los antepasados de Blake, *ranters* y mugletonianos) A. L. Morton, *The Everlasting Gospel*, 1958.

** The strongest poison ever known / Came from Caesar's laurel crown.

Y muchos, como Blake, se sentían desgarrados entre el deísmo racional y los valores espirituales alimentados durante un siglo en el «reino interior». Cuando en los años de represión se publicó La *edad de la razón* de Paine, muchos debieron de sentir como Blake cuando anotó en la última página de *Apology for the Bible*, del obispo de Llandaff (escrito en réplica a Paine): «Ahora me parece que Tom Paine es mejor Cristiano que el Obispo».

Cuando vemos la disidencia de este modo, estamos viéndola como una tradición intelectual: de esta tradición salieron muchas ideas originales y hombres originales. Pero no deberíamos dar por supuesto que los «viejos disidentes» estaban dispuestos, como un conjunto, a tomar el partido popular. Thomas Walker, el reformador de Manchester, que —siendo él mismo eclesiástico— había trabajado mucho en favor de la revocación de las *Test and Corporation Acts*, menospreciaba su timidez:

> Los disidentes ... como conjunto han faltado constantemente a sus propios principios ... debido al miedo o a algún otro motivo, han sido tan firmes partidarios de una Moderación Excesiva, que más bien han sido los enemigos que los amigos de aquellos que lo han arriesgado todo y hecho todo en favor de los derechos del pueblo.[41]

Aquí vemos, quizá, una tensión entre Londres y los centros industriales. Los disidentes de Manchester, los miembros del Viejo Encuentro de Birmingham o el Gran Encuentro en Leicester, incluían algunos de los patrones más importantes del distrito. Su apego a la libertad civil y religiosa iba de la mano con su apego a los dogmas del libre comercio. Contribuyeron bastante —especialmente en las décadas de 1770 y 1780— en las formas de agitación extraparlamentaria y los grupos de presión política que anticipaban el modelo de política de la clase media del siglo XIX. Pero su entusiasmo por la libertad civil se desvaneció con la publicación de *Los derechos del hombre* y en muy pocos de ellos sobrevivieron los procesos y las persecuciones de los primeros años de la década de 1790. En Londres y en algunas bolsas en las grandes ciudades, muchos de los artesanos disidentes pasaron gradualmente, en el mismo período, desde el deísmo a una ideología secular. «La secularización», ha escrito el doctor Hobsbawm,

41. T. Walker, *Review of some Political Events in Manchester*, 1794, p. 125.

> es el hilo ideológico que une en un conjunto la historia del laborismo londinense, desde los jacobinos de Londres y Place, pasando por los antirreligiosos owenitas y sus colaboradores, periodistas y libreros antirreligiosos, y los radicales librepensadores que seguían a Holyoake y se congregaban en el Bradlaugh Hall of Science, hasta la Federación Social Demócrata y los Fabianos de Londres con su ostensible disgusto hacia la retórica del templo.[42]

Casi todos los teóricos del movimiento obrero se encuentran en esa tradición de Londres; si no, como Bray el impresor de Leeds, son análogos a los obreros cualificados de Londres.

Pero el propio catálogo revela una dimensión que está ausente: la fuerza moral de los ludistas, de Brandreth y el joven Bamford, de los Hombres de las Diez Horas, de los cartistas del norte y las ILP.* Y algunas de esas diferencias en las tradiciones pueden retrotraerse a las formaciones religiosas del siglo XVIII. Cuando en los últimos años del siglo llegó el resurgimiento democrático, la vieja disidencia había perdido a muchos de sus seguidores populares, y aquellos artesanos que todavía se adherían a ella estaban impregnados por los valores del individualismo ilustrado que conducía, a hombres como Francis Place, a aceptar una filosofía utilitaria limitada. Pero en todas aquellas grandes áreas de provincias, donde el metodismo triunfó en ausencia de la disidencia, prácticamente destruyó los elementos democráticos y antiautoritarios de la tradición más antigua, interponiendo entre la gente y su herencia revolucionaria un sentimentalismo inexperto que sirvió como auxiliar de la Iglesia oficial. Y sin embargo, el metodismo rebelde estuvo caracterizado por una especial seriedad y energía de inquietud moral. El sur y el norte, el intelecto y el entusiasmo, los argumentos de la secularización y la retórica del amor; la tensión se mantiene en el siglo XIX. Y cada tradición parece que se debilita sin el complemento de la otra.

42. Hobsbawm, *op. cit.*, p. 128.
* ILP: Independent Labour Party. (*N. de la t.*)

3. «LOS BALUARTES DE SATÁN»

¿Qué decir de los «baluartes de Satán», las «rameras, taberneros y ladrones» por cuyas almas luchaban los evangelizadores? Si nos preocupa el cambio histórico, debemos prestar atención a las minorías articuladas. Pero esas minorías surgen de una mayoría menos articulada cuya conciencia se puede describir, en ese momento, como «subpolítica»; compuesta de superstición o irreligiosidad pasiva, prejuicio y patriotismo.

Lo inarticulado, por definición, deja pocos recuerdos de sus pensamientos. Los vislumbramos en momentos de crisis, como los motines Gordon, y sin embargo, la crisis no es una situación característica. Estamos tentados de seguirles en los archivos del delito. Pero antes de hacerlo debemos prevenirnos contra el supuesto de que, a finales del siglo XVIII, los «pobres de Cristo» pueden dividirse en pecadores arrepentidos por un lado, y asesinos, ladrones y borrachos por el otro.

En la Revolución industrial, es fácil hacer una división falsa de la población entre los organizados, o que van al templo, buenos, y los disolutos, malos, puesto que las fuentes nos empujan, por lo menos desde cuatro direcciones, hacia esa conclusión. Tal y como llegan a nuestras manos, aquellos hechos se presentaban de forma sensacional y manipulados con un propósito peyorativo. Si hemos de creer a uno de los investigadores más laboriosos, Patrick Colquhoun, sólo en las metrópolis había, en el momento del cambio de siglo, 50.000 rameras, más de 5.000 taberneros y 10.000 ladrones. Sus estimaciones más generalizadas de las clases delincuentes, que abarcan a los receptores de propiedad robada, falsificadores de moneda, jugadores, agentes de lotería, vendedores fraudulentos, sablistas ribereños, y pintorescos caracteres como los galopines, camorristas, hombres de la cachiporra, marroquíes, cocheros relámpago, carpantas, domadores de osos y cómicos ambu-

lantes suman (junto con los primeros grupos) 115.000 de una población metropolitana de menos de un millón. Su estimación de las mismas clases para todo el país, incluyendo un millón de personas en la lista de la beneficencia parroquial, suma 1.320.716. Pero esas estimaciones agrupan de manera indiscriminada a los gitanos, vagabundos, desempleados y buhoneros y a los abuelos de Mayhew, que eran vendedores callejeros; mientras que sus prostitutas resultan ser, en un examen más minucioso, «mujeres impúdicas e inmorales», incluyendo «el extraordinario número que, entre las clases bajas, cohabitan sin casarse» (y eso en una época en la que el divorcio era absolutamente imposible para los pobres).[1]

Así pues, las cifras son estimaciones impresionistas. Son tan reveladoras acerca de la mentalidad de las clases propietarias (que daban por supuesto —no sin razón— que cualquier persona sin empleo fijo y que no tuviese propiedad se debía mantener por medios ilegales) como lo son acerca del comportamiento delictivo real de los sin propiedad. Y la fecha de las investigaciones de Colquhoun es tan relevante como sus conclusiones, ya que se llevaron a cabo en la atmósfera de pánico del desenlace de la Revolución francesa. Durante las dos décadas anteriores a este hecho, hubo un importante arrebato de preocupación humanitaria entre las clases altas; lo podemos ver en la obra de Howard, Hanway, Clarkson, sir Frederick Eden, y en la preocupación creciente, entre la pequeña *gentry* y los hombres de oficio disidentes, por las libertades civiles y las religiosas. Pero, «el despertar de las clases trabajadoras, después de las primeras sacudidas de la Revolución francesa, hizo temblar a las clases altas»; Frances, lady Shelley, anotó en su *Diario*: «Todo hombre sentía la necesidad de poner su casa en orden ...».[2]

Para ser más exactos, la mayor parte de los hombres y mujeres con propiedad sentían la necesidad de poner en orden las casas de los pobres. Los remedios que se proponían podían diferir; pero la idea que había detrás de Colquhoun, con su defensa de una policía más eficaz, de Hannah More, con sus folletos de medio penique y sus escuelas dominicales, de los metodistas con su renovado acento en el orden y la sumisión, de la más humana Sociedad para mejorar las Condiciones de

1. Patrick Colquhoun, *Treatise on the Police of the Metropolis*, 1797, pp. vii-xi; *Observations and Facts Relative to Public Houses*, 1796, Apéndice; *Treatise of Indigence*, 1806, pp. 38-43.

2. *The Diary of Frances Lady Shelley, 1787-1817*, compilado por R. Edgcumbe, 1912, pp. 8-9.

los Pobres, del obispo Barrington, y de William Wilberforce y el doctor John Bowdler, con su Sociedad para la Supresión del Vicio y el Fomento de la Religión, era más o menos la misma. El mensaje que se debía dar a los pobres obreros era simple; Burke lo resumió en el año de carestía de 1795: «Se les debería recomendar paciencia, trabajo, moderación, frugalidad y religión; todo lo demás es un engaño indiscutible.» «No conozco nada mejor calculado para llenar un país de bárbaros dispuestos a cualquier maldad —escribió Arthur Young, el propagandista agrícola— que los bienes comunales extensos y el servicio religioso sólo una vez al mes. ... ¿Tan lento es el progreso de las ideas francesas que debéis prestarles tal ayuda?» [3] En la década de 1790, la sensibilidad de la clase media victoriana era alimentada por una *gentry* asustada que había visto cómo los mineros, los alfareros y los cuchilleros leían *Los derechos del hombre*, y sus padres adoptivos eran William Wilberforce y Hannah More. Durante esas décadas contrarrevolucionarias la tradición humanitaria se pervirtió de tal modo que resultó irreconocible. Los malos tratos en las prisiones de las décadas de 1770 y 1780, que Howard había revelado, retrocedieron lentamente en las décadas de 1790 y 1800; y sir Samuel Romilly encontró, en los primeros 10 años del siglo XIX, que sus esfuerzos para reformar la ley penal eran recibidos con hostilidad y timidez; la Revolución francesa había producido (recordaba) «entre los órdenes más elevados ... un horror hacia todo tipo de innovación». «Todo sonaba y se conectaba con la Revolución en Francia —recordaba lord Cockburn (de su juventud escocesa)—. Todo, no esto o lo otro, sino literalmente todo, estaba impregnado por este acontecimiento.» Era la capa de ambigüedad moral que se asentaba en Gran Bretaña durante esos años, lo que hizo montar en cólera a Blake:

> Por causa de los Opresores de Albión en toda Ciudad y Pueblo...
> Obligan a los Pobres a alimentarse de un mendrugo de pan por medio de artes suaves y persuasivas.
> Reducen al hombre a la indigencia, luego donan con pompa y ceremonia:
> La alabanza de Jehová la cantan labios hambrientos y sedientos.[4]

3. *General View of the Agriculture of the County of Lincoln*, 1799, p. 439.
4. Véase también el estimulante análisis de V. Kiernan, «Evangelicalism and the French Revolution», *Past and Present*, 1 (febrero de 1952).

Una disposición como ésta por parte de las clases propietarias no favorecía (como hemos visto en el caso de Colquhoun) la observación social precisa. Y reforzaban la tendencia natural de la autoridad a mirar las tabernas, las ferias y cualquier congregación grande de gente, como una molestia: una fuente de ociosidad, pendencias, sedición o contagio. Esa disposición general a «falsear» los hechos, a finales del siglo XVIII, se veía instigada desde otras tres direcciones. En primer lugar tenemos la actitud utilitaria de la nueva clase de los fabricantes, cuya necesidad de imponer una disciplina de trabajo en las ciudades fabriles se oponía a muchas diversiones e informalidades tradicionales. En segundo lugar, está la propia presión metodista, con su infinita procesión de pecadores golpeándose el pecho, divulgando biografías provenientes de la confesión, desde la prensa. «Padre Todopoderoso, ¿por qué fuiste indulgente con un rebelde como yo?», pregunta uno de esos penitentes, un marinero redimido. Él, en su disoluta juventud:

> no sólo asistía a las carreras de caballos, vigilias, bailes, ferias, frecuentaba la casa de juego, sino que además, tan pronto como había olvidado el miedo de su Hacedor y el consejo de su madre, se emborrachó varias veces con licor. Era aficionado a cantar canciones profanas, contar chistes groseros y a hacer comentarios para mofarse y ridiculizar ...

Y por lo que se refiere al marinero común:

> Su canción, su vaso rebosante de vino y su amada (quizá una prostituta de la calle) constituyen su trío de placer. Piensa pocas veces, lee raramente y nunca reza ... Háblale de la llamada de Dios, te dice que bastante tiene con oír la llamada del contramaestre. ... Si le hablas del Cielo, contesta que espera tener una buena litera en la arboladura; ¿se menciona el infierno? bromea acerca de estar bajo la escotilla.

«¡Oh, hijos míos, qué milagro si una víctima del pecado como ésta se convirtiera en predicador de la salvación!» [5]

Una literatura como ésta debemos exponerla a una luz satánica y leerla para atrás, si queremos captar lo que el «Alegre Marinero» o el aprendiz o la chica de Sandgate pensaban acerca de la autoridad o de

5. Joshua Marsden, *Sketches of the Early Life of a Sailor ...*, Hull, sin fecha (¿1812?); para una visión diferente del marinero del siglo XVIII, véase R. B. Rose, «A Liverpool Sailor's Strike in the 18th Century», *Trans. Lancs. and Chesh. Antiq. Soc.*, LXVIII (1958).

los predicadores metodistas. Si esto no se hace, el historiador se puede inclinar a juzgar con mucha dureza el siglo XVIII, por algunas de las cosas que hacían soportable la vida para la gente común. Y, cuando valoramos el movimiento obrero primitivo, ese tipo de hechos se complementan desde una tercera dirección. Algunos de los primeros líderes y cronistas del movimiento eran trabajadores autodidactos, que se hicieron a ellos mismos mediante esfuerzos de autodisciplina que les obligaron a volver la espalda al despreocupado mundo de la taberna. «No puedo ir a una taberna, como muchos otros —escribía Francis Place—. Detesto las tabernas y la gente de las tabernas. No puedo beber, no puedo consentir, ni por un minuto, en hablar con necios.»[6] Las virtudes de la propia dignidad llevaban a menudo consigo actitudes estrechas en correspondencia; en el caso de Place le conducían a la aceptación de las doctrinas utilitaristas y malthusianas. Y aunque Place fuera el mayor archivista del movimiento primitivo, su propia abominacion de la imprevisión, la ignorancia y la licencia de los pobres, por fuerza tiene que teñir el registro, Además, la lucha de los reformadores era en favor de la ilustración, el orden y la moderación en sus propias esferas; hasta tal punto que, en 1802, Windham pudo afirmar, con algún viso de verdad, que los metodistas y los jacobinos se habían confabulado para acabar con las diversiones del pueblo:

> Según los primeros ... todo lo que fuera alegre debía ser prohibido, para preparar al pueblo a recibir sus fanáticas doctrinas. Según los jacobinos, por otra parte, una cuestión importante a tener en cuenta era dar un carácter de mayor seriedad y solemnidad al temperamento de los órdenes más bajos, como medio para facilitar la recepción de sus principios.[7]

Los que han querido subrayar la juiciosa ascendencia constitucional del movimiento obrero han minimizado algunas veces sus características más vigorosas y abigarradas. Lo máximo que podemos hacer es estar alerta. Necesitamos más estudios de las actitudes sociales de los delincuentes, los soldados y los marineros, de la vida de la taberna; y deberíamos examinar los hechos, no con una visión moralizante

6. Graham Wallas, *Life of Francis Place*, 1918, p. 195.
7. Windham hablaba en un debate sobre la diversión de acosar a los toros con perros, y sobre este tema, sin duda, la mayoría de los metodistas y los jacobinos estaban de acuerdo. Véase L. Radzinowicz, *History of the English Criminal Law*, 1948-1956, III, pp. 205-206.

(«los pobres de Cristo» no siempre eran buenos), sino sabiendo apreciar los valores brechtianos: el fatalismo, la ironía frente a los sermones del poder, la tenacidad de la propia supervivencia. Y debemos recordar también el «substrato» del cantor de baladas y del recinto de la feria, que legaron tradiciones al siglo XIX (al teatro de variedades, o a la *troupe* de los Dickens, o a los buhoneros y charlatanes de Hardy); porque por esos caminos lo «inarticulado» conservó ciertos valores —una espontaneidad y capacidad para el placer y las lealtades mutuas— a pesar de las presiones disuasorias de los magistrados, los propietarios de las factorías y los metodistas.

Podemos aislar dos formar de incidencia de esas tradiciones «subpolíticas» en el movimiento obrero primitivo; los fenómenos del motín y la muchedumbre, y las ideas populares de un «derecho por nacimiento» del ciudadano inglés. En cuanto al primero, debemos advertir que siempre persistieron actitudes populares con respecto al delito, que a veces eran equivalentes a un código no escrito completamente diferente a las leyes del país. Ciertos delitos eran proscritos por ambos códigos: el asesino de una esposa o un hijo sería apedreado y execrado en su camino hacia Tyburn. Los piratas y los salteadores de caminos pertenecían a las baladas populares, en parte como mito heroico, en parte como advertencia a los jóvenes. Pero comunidades enteras perdonaban decididamente otros delitos: la acuñación de moneda, la caza furtiva, la evasión de impuestos (el impuesto sobre las ventanas y los diezmos) o de los derechos sobre el consumo interior * o del *press-gang.*** Las comunidades de contrabandistas vivían en un estado de guerra permanente con la autoridad, cuyas reglas no escritas se sobreentendían por ambas partes; las autoridades podrían prender un barco o atacar el pueblo, y los contrabandistas podrían resistirse a la detención: «pero no formaba parte de las tácticas del contrabando llevar la lucha más allá de la defensa, o a veces el rescate, debido a las represalias que, seguro, se sucederían ...».[8] Por otro lado, otros delitos, que se cometían con facilidad y sin embargo afectaban al sustento de

* En inglés *excise;* era un impuesto que gravaba los productos del país, ya fuera en el proceso de su fabricación o antes de la venta a los consumidores ingleses. Algunos equivalentes del *excise* serían: alcabalas, cientos y millones en la corona de Castilla; la *bolla* y las *generalitats* en la corona de Aragón, etc. (*N. de la t.*)

** Cuerpo de hombres que, bajo la dirección de un oficial, tenía la función de apremiar a los hombres para el servicio en el ejército o la armada. (*N. de la t.*)

8. Serjeant Paul Swanston, *Memoirs of ... a Soldier's Life*, sin fecha.

determinadas comunidades —como el robo de ovejas o de telas de los tendederos en los campos abiertos—, suscitaban la condena popular.[9]

Esta distinción entre el código legal y el código popular no escrito es frecuente en cualquier época. Pero pocas veces los dos códigos se han diferenciado más agudamente el uno del otro que en la segunda mitad del siglo XVIII. Incluso se pueden ver esos años como aquellos en que el enfrentamiento de clase se decidía luchando en los términos de Tyburn, las galeras y los correccionales de un lado; y el delito, el motín y la acción de la muchedumbre del otro. Las investigaciones del profesor Radzinowics en *History of English Criminal Law* han añadido un deprimente peso de evidencia a la imagen que Goldsmith dio a conocer hace tiempo:

> Cada juez caprichoso hace nuevas leyes más gravosas
> Las leyes oprimen al pobre y el rico las dispone ... *

No era el juez (una salvedad importante), sino el cuerpo legislativo el responsable de promulgar siempre más penas capitales por los delitos contra la propiedad: en los años que van desde la Restauración a la muerte de Jorge III, el número de delitos que fueron penados con la muerte aumentó en cerca de 190; o sea más de uno por año, y de ellos, se agregaron no menos de 73 en los años 1760-1810. Iban a ser castigados con la muerte, no sólo los pequeños hurtos, sino también las primeras formas de rebelión industrial: destruir un telar de seda, derribar vallas cuando se cercaban las tierras comunales, y prender fuego a los almiares de cereales. Es cierto que el cuerpo de policía era completamente ineficaz y que la administración de «justicia» funcionaba de cualquier modo. También es cierto que, en los últimos años del siglo XVIII, mientras se multiplicaban los delitos penados con la muerte, algunos jurados se volvieron reacios a condenar, y la proporción de infractores condenados que realmente llegaban a ser ejecutados descendió.[10] Pero

9. Para formarse una idea de las tradiciones no escritas de los deportados, véase Russell Ward, *The Australian Legend*, Melbourne, 1958, cap. 2.

* Each wanton judge new penal statutes draw, / Laws grind the poor, and rich men rule the law ...

10. Véase Radzinowicz, *op. cit.*, I, Partes 1 y 2. El doctor Radzinowicz demuestra que de 527 condenados a muerte en Londres y el Middlesex, entre 1749 y 1758, fueron ejecutados 365; mientras que entre 1790 y 1799, se condenó a 745 y sólo se ejecutó a 220. Así, la proporción de ejecutados en relación con la de condenados desciende, más o menos, de dos de cada tres a uno de cada tres; y continúa descendiendo en la década de 1800. Por

si la sentencia de muerte se aplazaba, era conmutada por la terrible vida de las galeras o la deportación, que era peor que la muerte. El desfile hacia Tyburn (más tarde al cadalso en el exterior de Newgate) era una ceremonia central del Londres del siglo XVIII. Los condenados en las carretas —los hombres con un atavío llamativo, las mujeres de blanco, con canastas de flores y naranjas que lanzaban al gentío—, los cantores de baladas y los vendedores ambulantes, con sus «últimas palabras» (que se vendían incluso antes de que las víctimas hubiesen dejado caer el pañuelo, señal para que el verdugo hiciera su trabajo): todo el simbolismo de la «Feria de Tyburn» era un ritual en el corazón de la cultura popular de Londres.

La expansión comercial, el proceso de cercado de campos, los primeros años de la Revolución industrial: todo tuvo lugar a la sombra de la horca. Los esclavos blancos abandonaban nuestras costas para ir a las plantaciones norteamericanas y, más tarde, a Tasmania, mientras Bristol y Liverpool se enriquecían con los beneficios de la esclavitud negra; y los propietarios de esclavos de las plantaciones de las Indias Occidentales injertaban su riqueza en antiguos linajes, en el mercado matrimonial de Bath. No es una imagen agradable. En los bajos fondos, los policías y los carceleros rozaban el campo del delito: dinero manchado de sangre, dinero fruto de la extorsión, y venta de alcohol a sus víctimas. El sistema de recompensas escalonadas para los capturadores de ladrones les incitaba a agrandar el delito del acusado. Los pobres perdían los derechos que tenían en el país, y su pobreza más las ineficaces medidas de prevención les inducían a delinquir; el pequeño hombre de oficio o el maestro tenían la tentación de falsificar o hacer transacciones ilícitas por miedo a la prisión que se aplicaba a los deudores. Cuando no se podía probar delito alguno, los *J.P.s* * tenían amplios poderes para enviar al vagabundo, al pícaro renuente o a la madre soltera, al Bridewell (o «Casa de Corrección»); aquel lugar funesto, invadido por la enfermedad, dirigido por funcionarios corruptos, cu-

otra parte, la mayoría de condenas son por delitos contra la propiedad; por ejemplo, de 97 ejecuciones en Londres y el Middlesex en 1785, sólo una lo fue por asesinato, 43 fueron por robo en domicilios y las restantes por delitos contra la propiedad (falsificación, robo de caballos, etc.). Radzinowicz concluye que estas cifras indican tendencias nacionales, y que «en 1785 la pena de muerte se imponía casi exclusivamente por delitos económicos».

* *J.P.s* son las siglas que corresponden a *Justice(s) of Peace*, es decir, jueces que estaban encargados de mantener la paz en la jurisdicción para la que habían sido nombrados. (*N. de la t.*)

yas condiciones escandalizaron a John Howard, más que las de las peores prisiones. La mayor ofensa contra la propiedad era no tener ninguna.

La ley era detestada, pero también se la despreciaba. Sólo los delincuentes habituales merecían tanto odio popular como los delatores que llevaban a los hombres a la horca. Y el movimiento de resistencia a las leyes de los propietarios no sólo tomaba la forma de actos delictivos individuales, también se materializaba en acciones insurreccionales esporádicas y fragmentarias, en las que el número proporcionaba cierta inmunidad. Cuando Wyvill previno al comandante Cartwright del peligro de la «acción desenfrenada» de la «chusma furiosa e ingobernable», no estaba poniendo dificultades imaginarias. Al pueblo británico se le conocía en toda Europa por su turbulencia, y la población de Londres asombraba a los visitantes extranjeros por su falta de respeto hacia ellos. El siglo XVIII y los primeros años del siglo XIX están salpicados por el motín, ocasionado por los precios del pan, los portazgos y peajes, los derechos sobre el consumo interior, el «rescate», las huelgas, la nueva maquinaria, los cercados, los *press-gangs* y muchísimos agravios más. La acción directa contra determinadas injusticias se diluye, por una parte, en las grandes rebeliones políticas de la «muchedumbre»: la agitación de Wilkes de las décadas de 1760 y 1770, los motines Gordon (1780), los tumultos del Rey en las calles de Londres (1795 y 1820), los motines de Bristol (1831) y los motines Bull Ring de Birmingham (1839). Por otro lado, se mezcla con formas organizadas de acción ilegal ininterrumpida o casi insurrección: el ludismo (1811-1813), los motines de East Anglia (1816), la «Última revuelta de los trabajadores» (1830), los motines Rebecca (1839 y 1842) y los motines Plug (1842).

Esta segunda forma, casi insurreccional, debemos analizarla más atentamente cuando pasemos a considerar el ludismo. Era una forma de acción directa que surgía en unas condiciones específicas, que a menudo estaba muy organizada y se encontraba bajo la protección de la comunidad local; y con respecto a la cual deberíamos ser cautelosos por lo que hace a la generalización. La primera forma está recibiendo la atención de los historiadores sólo desde hace poco tiempo. El doctor Rudé, en su estudio de *The Crowd in the French Revolution*, sugiere que «el término "muchedumbres", en el sentido de cuadrillas pagadas que actúan en beneficio de intereses externos ... debería ser utilizado con prudencia y sólo cuando esté justificado en un caso determinado».

Los historiadores han utilizado el término demasiado a menudo de forma remisa, para eludir un análisis más detenido, o (con la sugerencia de la existencia de elementos delincuentes motivados por el deseo de botín) como un gesto de prejuicio. El doctor Rudé indica que el término «multitud revolucionaria» puede ser de mayor utilidad cuando se trate del motín de finales del siglo XVIII en Inglaterra, del mismo modo que en la Francia revolucionaria.

La distinción es útil. En Gran Bretaña, en el siglo XVIII, las acciones de amotinamiento adoptaban dos formas distintas: la de la acción directa más o menos espontánea; y la de la utilización deliberada de la multitud como instrumento de presión, por parte de personas situadas por encima o al margen de ella. La primera forma no ha recibido la atención que merece. Se fundamentaba en legitimidades populares más articuladas, y estaba sancionada por tradiciones más complejas de lo que la palabra «motín» indica. El ejemplo más común es el motín del pan o de subsistencia, del que podemos encontrar repetidos casos en casi todas las ciudades y condados, desde la década de 1840.[11] Pocas veces era un tumulto que culminara en la apertura por la fuerza de los graneros o el saqueo de tiendas. Estaba legitimado por los principios de una economía moral más antigua, que establecía la inmoralidad de cualquier método desleal de hacer subir el precio de las provisiones especulando con las necesidades de la población.

Tanto en las comunidades urbanas como rurales, la conciencia de consumidor precedió a otras formas de enfrentamiento político o industrial. El indicador más sensible del descontento popular no eran los salarios, sino el coste del pan. Los artesanos, los menestrales que trabajaban por cuenta propia, o grupos como los mineros del estaño de Cornualles (donde las tradiciones del minero «libre» tiñeron las reacciones de la población hasta el siglo XIX),[12] tenían la concepción de que sus salarios se regulaban por la costumbre o gracias a su propio re-

11. Para la frecuencia de los motines, véase R. F. W. Wearmouth, *Methodism and the Common People of the Eighteenth Century*, 1946.

12. Los *tributers* o *tut-workers* de Cornualles eran trabajadores por contrato directo, una minoría de los cuales todavía a finales del siglo XVIII diversificaban su trabajo con la pesca del arenque, las pequeñas tenencias (como hacían algunos mineros del plomo del Yorkshire), etc.; véase J. Rowe, *Cornwall in the Age of the Industrial Revolution*, Liverpool, 1953, pp. 26-27. [*To work on tribute* o *upon tut* es un sistema de contratación, utilizado en las minas y también en agricultura, en el que el pago se realiza con una parte proporcional del producto. En España se utiliza en el sector pesquero y se denomina «pescar a la parte». (*N. de la t.*)]

gateo. Esperaban comprar sus provisiones en el mercado al aire libre, e incluso en las épocas de escasez esperaban que los precios se regularan también por costumbre. (Las «leyes» divinas de la oferta y la demanda, según las cuales la escasez provocaba inevitablemente un vertiginoso aumento de los precios, no habían ganado aceptación de ningún modo en la mentalidad popular, en la que todavía persistían las viejas nociones del regateo cara a cara.) Cualquier aumento repentino de los precios provocaba el motín. El *Assize of Bread*,* el tamaño y la calidad de la hogaza, se regulaban mediante un intrincado tejido de legislación y costumbre.[13] Incluso el intento de imponer la medida patrón de Winchester para la venta de trigo, frente a algunas medidas acostumbradas, podía acabar en motines. Cuando la Sociedad Agrícola de North Devon impuso el *bushel* ** patrón de Winchester en el mercado de Bideford, en 1812, uno de sus principales miembros recibió una carta que helaba la sangre:

> ... las Noches de Invierno no han pasado, por esta razón tu persona no irá viva a casa; o si tienes la suerte de escapar de la mano que guía esta pluma, un Fósforo encendido realizará la misma ejecución. No sé, pero tu familia entera se verá envuelta en llamas, tu Cadáver, si es que se encontrara algo parecido, se tirará a los Perros si Contiene algún Humor para que los Animales lo devoren ...[14]

Los motines de subsistencias eran a veces tumultuosos, como el «Gran Motín del Queso» en la feria de los gansos de Nottingham, en 1764, en la que quesos enteros se hicieron resbalar rodando por las calles; o el motín de la misma ciudad, en 1788, a causa del elevado precio de la carne, en el que se arrancaron y se quemaron las puertas y las contraventanas de las carnicerías, junto con los libros de cuentas de los carniceros, en la plaza del mercado.[15] Pero incluso esa violencia revela un motivo más complejo que el hambre: se castigaba a los detallistas a causa de sus precios y de la baja calidad de la carne. Más a menudo, las «muchedumbres» mostraban una autodisciplina en el marco

* Reglamento sobre el precio del pan. (*N. de la t.*)

13. Para esa compleja situación, véase C. R. Fay, *The Corn Laws and Social England*, Cambridge, 1932, cap. 4.

** Medida inglesa de áridos, equivalente a 36,35 litros. (*N. de la t.*)

14. Carta adjunta de «Thomas Certain», en Skurray a H.O., 25 de marzo de 1812, H.O. 42.121.

15. J. Blackner, *History of Nottingham*, Nottingham, 1815, pp. 383-384.

de un modelo de comportamiento establecido por costumbre. Quizá la única vez en su vida que John Wesley elogió una acción tumultuosa fue cuando anotó en su diario las acciones de una muchedumbre en James' Town en Irlanda; la muchedumbre:

> había estado en movimiento todo el día; pero su actividad sólo tenía que ver con los acaparadores del mercado, que habían comprado todo el cereal, por todas partes, para hacer morir de hambre a los pobres y cargar un barco danés que estaba en el muelle; pero la muchedumbre lo trajo todo al mercado y lo vendió al precio normal, dándole el dinero a los propietarios. Y esto lo hicieron con toda la calma y la compostura que se pueda imaginar, y sin atacar ni hacer daño a nadie.

En Honiton, en 1766, los encajeros fijaron los cereales según las condiciones de los granjeros, los llevaron ellos mismos al mercado, los vendieron y devolvieron el dinero e incluso los sacos a los granjeros.[16] Durante el mismo año, en el valle del Támesis, grandes grupos de trabajadores que se intitulaban a sí mismos «Los Reguladores» visitaban los pueblos y las ciudades (Abingdon, Newbury, Maidstone) e imponían un precio popular para todos los víveres. (La acción se inició con cuadrillas de hombres que trabajaban en la carretera del portazgo, que decían «con una sola Voz, Vamos todos a Newbury como un solo Hombre para Abaratar el pan».)[17] Un ejemplo de Halifax de 1783 repite el mismo modelo de intimidación popular y autodisciplina. La multitud reunida provenía de pueblos tejedores de fuera de la ciudad, y descendió en dirección al mercado con cierto tipo de orden (formados de «a dos») con un ex soldado y acuñador de moneda, Thomas Spencer, a la cabeza. Los negociantes de grano fueron asediados y obligados a vender avena a 30*s*. y trigo a 21*s*. la carga. Con posterioridad, cuando Spencer y un compañero amotinado fueron ejecutados, se llamó a un numeroso cuerpo del ejército por si se producía un intento de rescate; y el carro funerario subió el valle del Calder, hasta el pueblo natal de Spencer, por una carretera atestada por varios miles de acompañantes.[18]

16. Véase R. B. Rose, «18th Century Price-Riots, the French Revolution, and the Jacobin Maximum», *International Review of Social History*, IV (1959), p. 435.
17. T. S., II, 3707.
18. H. Ling Roth, *The Yorkshire Coiners*, Halifax, 1906, p. 108.

Estos «motines» se consideraban a nivel popular como actos de justicia, y sus líderes se tenían como héroes. En la mayoría de los casos culminaban en la venta obligada de víveres al precio de costumbre o popular, de manera semejante a la *taxation populaire* francesa,[19] y los ingresos se daban a los propietarios. Por otra parte, requerían más preparación y organización de lo que parece a primera vista; a veces la «muchedumbre» controlaba el mercado durante varios días, a la espera de que bajaran los precios; a veces las acciones eran precedidas por octavillas escritas a mano (e impresas, en la década de 1790); a veces las mujeres controlaban la plaza del mercado, mientras partidas de hombres interceptaban grano en las carreteras, en los muelles, en los ríos; muy a menudo la señal para la acción la daba un hombre o una mujer que llevaba una hogaza en alto, decorada con cinta negra y con alguna consigna escrita. En septiembre de 1812, en Nottingham, empezó una acción con varias mujeres, «que clavaron una hogaza de medio penique en el extremo de una caña, después de haberla listado con almagre y haberle atado alrededor una tira de crespón negro, emblemática ... de "el hambre devastadora ataviada con el Hábito de penitencia"».[20]

El año culminante de esos «motines» fue 1795, un año de hambre europea o de extrema escasez, en el que la vieja tradición popular se endureció debido a la conciencia jacobina de una minoría. A medida que los precios se disparaban, la acción directa se extendía por todo el país. En Nottingham, las mujeres «fueron de una panadería a otra, fijaron su propio precio para las existencias que allí había y, dejando el dinero sobre la mesa, se las llevaron». El comandante de Gloucester escribió con inquietud: «Tengo mucha razón en temer la visita de los mineros del carbón que se encuentran en el Bosque del Deán y que han estado durante varios días yendo de pueblo en pueblo en los alrededores, y vendiendo la Harina, el Trigo y el Pan que pertenecía a los Molineros y Panaderos, a precios reducidos».

En Newcastle la multitud impuso la venta de mantequilla a 8*d*. la libra, el trigo a 12*s*. por *boll*,* y las patatas a 5*s*. la carga, en presencia de las autoridades de la ciudad; no se cometió violencia alguna. En

19. Véase R. B. Rose, *op. cit.*

20. J. F. Sutton, *The Date-Book of Nottingham*, Nottingham, edición de 1880, p. 286.

* Medida de capacidad para granos que en Escocia equivalía a 6 bushels, pero que en Inglaterra oscilaba entre 6 y 2 bushels. (*N. de la t.*)

Wisbech los «Banqueros» * («una Pandilla de Hombres de lo más Terrible, cuyo número les hacía temibles») —grupos de trabajadores rurales empleados en la construcción de canales, trabajos de cercado, etc.— dirigieron un motín en el mercado, encabezado por un hombre con un pan de seis peniques clavado en un horcón. En Carlisle se averiguó el paradero de grano en un almacén, y su contenido, así como el cargamento de un barco, se llevaron al ayuntamiento y se vendieron a 18*s*. la carga. Por otro lado, en Cornualles, los «estañadores» pululaban por las tierras de labranza, imponiendo sus «Leyes del Máximo».[21]

Las acciones a esa escala (y hubo muchas más) son indicio de un modelo de comportamiento y convicción extraordinariamente arraigado. Además, eran tan generalizadas que el Consejo Privado (que estuvo muy preocupado por el problema del abastecimiento de grano, desde mayo a diciembre de 1795) apenas podía asegurar el transporte de provisiones de un condado al próximo. Surgió algo parecido a una guerra entre el campo y las ciudades. La población de los distritos rurales creía que su cereal sería enviado a las ciudades, mientras que a ellos se les dejaría morir de hambre. Los granjeros se negaban a mandar su grano al mercado, por miedo a que fuera vendido a precio popular. En los puertos, los barcos eran detenidos porque la gente pensaba que los agentes estaban enviando grano al extranjero. Los magistrados hacían la vista gorda ante las retenciones de grano en sus propios distritos. En Witney, «los Habitantes ... se apoderaron de algún Grano cuando iba a ser enviado fuera del País, lo devolvieron, y lo vendieron a bajo precio». En Cambridge fueron detenidas algunas cargas de trigo y se saldaron en la plaza del mercado. En el West Riding las muchedumbres detuvieron y confiscaron las barcazas del Calder y el Aire. En Burford, la población impidió que saliera de la ciudad una carga de cereal, y se vendió a 8*s*. el *bushel*; un magistrado temía que la población de Birmingham saliera resueltamente y atacara Burford. En Wells, «un buen

* En inglés la palabra *banker* significa, a la vez, propietario de un negocio de banca y persona que trabaja en la construcción de bancales, márgenes y canales. (*N. de la t.*)

21. Nottingham: J. F. Sutton, *op. cit.*, p. 207; Gloucester, Wisbech y Carlisle: H.O. 42.35; Newcastle: E. Mackenzie, *Descriptive and Historical Account of Newcastle-upon-Tyne*, Newcastle, 1827, p. 72; Cornwall: Rowe, *op. cit.*, pp. 104-105, y, para acciones posteriores, pp. 142, 158-162, 181-184. Véase también W. P. Hall, *British Radicalism, 1791-1797*, Nueva York, 1912, pp. 202-215.

número de Mujeres» impidió que los barcos de grano zarparan hacia Londres.[22]

Esas acciones populares estaban legitimadas por la vieja economía moral paternalista. Aunque la vieja legislación contra los acaparadores y los especuladores había sido revocada y abolida en gran parte hacia finales del siglo XVIII, se mantenía con un vigor que no había disminuido, tanto en la tradición popular como en la mentalidad de algunos paternalistas *tories*, entre los que se incluía nada menos que el *Lord Chief Justice* * (Kenyon) quien en 1795 manifestó su opinión de que el acaparamiento y el acopio seguían siendo ofensas a la ley consuetudinaria.[23] En la mentalidad popular, esas ofensas abarcaban cualquier acción de fraude calculada para aumentar los precios de las provisiones, y en particular las actividades de los agentes comerciales, los molineros, los panaderos y todos los intermediarios. «Aquellos Crueles Villanos los Molineros, Panaderos, etc. Vendedores de Harina aumentan la Harina bajo Combinación hasta el precio que quieren con el propósito de crear un Hambre Artificial en una Tierra de abundancia»; así reza una octavilla de 1795, de Retford. «Los comerciantes de granos y el tipo de gente que llamamos especuladores y harineros que tienen el grano en sus manos y que lo retienen y lo Venden a los pobres al precio que quieren»; así reza una petición de algunos trabajadores de Leeds.[24] Se creía que los grandes molineros acaparaban el grano para aumentar su precio; en Birmingham, un gran molino harinero que era accionado con vapor fue atacado en Snow Hill, en 1795; mientras, en Londres, los grandes molinos harineros de Albión ardían por dos veces. En la primera ocasión, se rumoreó que era un incendio provocado, ya que se creía que los molinos practicaban formas de adulteración; las gentes actuaban como «espectadores complacidos», y «se imprimieron y se cantaron baladas de júbilo en el lugar». En la segunda ocasión (1811), «el populacho se alegró con el incendio».[25]

22. P.C.A. 56/8; H.O. 42.35/7.

* Título de los jueces que presidían todos los tribunales de la magistratura real y de litigios consuetudinarios. (*N. de la t.*)

23. Los antiguos estatutos fueron revocados en 1772 y 1791, pero para la complicada situación que existía en la década de 1790, véase Fay, *op. cit.*, cap. 4, y D. G. Barnes, *History of the English Corn Laws*, 1930, cap. 5.

24. Fay, *op. cit.*, p. 44; Petición de Leeds al duque de Portland, 20 de julio de 1795, H.O. 42.35.

25. C. Gill, *History of Birmingham*, O.U.P., 1952, I, p. 128; R. Southey, *Letters from England*, segunda edición, 1808, III, pp. 179-181; *Alfred*, 25 de octubre de 1811.

Por tanto, los últimos años del siglo XVIII contemplaron un último esfuerzo desesperado, por parte de la población, por volver a imponer la vieja economía moral, en contra de la economía de mercado. En este intento recibieron algún apoyo de los anticuados *J.P.s.*, que amenazaban con perseguir a los acaparadores, estrechaban los controles sobre los mercados, o hacían públicas proclamas contra los acaparadores que compraban el grano en el campo, antes de segar.[26] La resolución de Speenhamland de 1795, de subvencionar los salarios en relación al precio del pan, se debe entender como surgida en este contexto; en la medida que la costumbre de la plaza del mercado estaba en disolución, los paternalistas intentaban revivirla en la escala de la beneficencia. Pero las viejas ideas tradicionales tardaron en morir. Entre 1795 y 1800, hubo procesamientos por acaparamiento aquí y allá; en 1800, se formaron diversas sociedades privadas de demandantes, que ofrecían recompensas a cambio de condenas; y los Tribunales Superiores confirmaron una importante condena por acaparamiento, para satisfacción evidente de lord Kenyon.[27] Pero este fue el último intento de hacer cumplir la vieja protección paternalista del consumidor. Después de eso, la crisis total de los controles tradicionales contribuyó en gran medida al rencor popular contra un Parlamento de propietarios proteccionistas y magnates comerciales partidarios del *laissez faire*.

Al estudiar esta única forma de acción de la «muchedumbre» hemos encontrado complejidades insospechadas, ya que detrás de cada forma de acción directa popular se encuentra alguna idea legitimadora de derecho. Por otra parte, la utilización de la «muchedumbre» en un sentido mucho más próximo a la definición del doctor Rudé («cuadrillas pagadas que actúan en beneficio de intereses externos») era una técnica

26. Véase, e.g., H.O. 42.35 para resoluciones de un comité de habitantes notables de Gloucester (26 de junio 1795), amenazando con procesos por acaparamiento y especulación; y fragmentos extraídos del *Blackburn Mail* (julio-septiembre 1795), en G. C. Miller, *Blackburn: The Evolution of a Cotton Town*, Blackburn, 1951, pp. 23, 60-63.

27. Véase Fay, *op. cit.*, p. 55; Barnes, *op. cit.*, pp. 81-83; J. Ashton, *The Dawn of the 19th Century in England*, 1906, pp. 240-241; W. Smart, *Economic Annals of the 19th Century*, 1910, I, pp. 5-6; Miller, *op. cit.*, pp. 94, 103; J. A. Langford, *A Century of Birmingham Life*, Birmingham, 1868, II, pp. 101-102; y especialmente J. S. Girdler, *Observations on the Pernicious Consequences of Forestalling, Regrating, and Ingrossing*, 1800, pp. 209-215. El conde de Warwick, que propuso sin éxito una moción a la Cámara de los Lores que autorizara a los *J.P.s* a fijar el precio del grano, declaró que «han habido no menos de 400 condenas por acaparamiento, especulación y monopolio» en los meses anteriores: *Parliamentary History*, XXXV, 1800, 839.

conocida en el siglo XVIII; y —lo que se señala menos veces— había sido empleada por la propia autoridad desde hacía mucho tiempo. Después de todo, el acuerdo de 1688 fue un compromiso y, para los beneficiarios, era importante intentar reafirmar su posición alentando la antipatía popular hacia los papistas (potenciales jacobitas) por una parte, y hacia los disidentes (potenciales *levellers*) por la otra. Una muchedumbre era un complemento muy útil para los magistrados en una nación que apenas estaba vigilada. John Wesley, en sus primeros años, y sus primeros predicadores, que lo hacían al aire libre, encontraron a menudo esas muchedumbres que actuaban con la autorización de un magistrado. Uno de los encuentros más violentos se produjo en Wednesbury y Walsall, en 1743. Según el relato de Wesley, la multitud era volátil y confusa como sus propias intenciones. Los «capitanes de la chusma» eran los «héroes de la ciudad»; pero los únicos que se identificaron fueron un «honrado carnicero» y uno «que boxeaba en los guirigays», que de pronto cambiaron de bando y se pusieron de parte de Wesley. El asunto se clarifica más cuando nos enteramos de que la muchedumbre estaba respaldada por los magistrados locales y por un párroco local que había sido ultrajado por los predicadores locales de Wesley («un albañil y luego un fontanero-vidriero»), quienes habían «enajenado las adhesiones» de los mineros del carbón a la Iglesia, y habían llamado «perros aburridos» a los curas. Ciertamente, según el relato de Wesley, «algunos de los señores ... amenazaron con despedir de su servicio a los mineros que no fueran e hicieran su parte».[28] El *Diario* de John Nelson nos proporciona una prueba desde Grimsby, lugar donde estaba el pastor de la Iglesia de Inglaterra quien «cogió a un hombre para que tocara el timbal de la ciudad por toda la ciudad, y fue delante del timbal, y reunió a toda la chusma que pudo, dándoles licor para que fuesen con él a luchar por la Iglesia». A la puerta de la casa donde Nelson estaba predicando estaba el párroco gritando a la muchedumbre: «¡Derribad la casa! ¡Derribad la casa!»

Pero, más importante que esas manifestaciones provincianas de sentimiento popular sobre determinados temas era la muchedumbre de Londres, cuya presencia se siente continuamente en la historia política del siglo XVIII, y que Wilkes sustrajo completamente al control de los representantes de la autoridad en la década de 1760. En cierto sen-

28. Wesley, *Journal*, Everyman, I, pp. 438-444, 455; *Some Papers giving an Account of the Rise and Progress of Methodism at Wednesbury*, 1744, p. 8.

tido, ésta era una muchedumbre de transición, en camino de convertirse en una multitud radical con conciencia de sí misma; la levadura de la disidencia y de la educación política estaba actuando, dándole a la población una predisposición a levantarse en defensa de las libertades populares, en oposición a la autoridad, y en «movimientos de protesta social, en los que es claramente visible ... el conflicto subyacente de los pobres contra los ricos ... ».[29] Los tejedores de seda de Spitalfields y sus aprendices eran conocidos desde hacía tiempo por su turbulencia antiautoritaria; el doctor Rudé, en su estudio *Wilkes and Liberty*, señala ocasiones en las que el conflicto industrial se introduce inadvertidamente en la manifestación wilkita, y en las que las consignas de la multitud adquirieron un tono republicano o revolucionario: «¡Maldito el Rey, maldito el Gobierno y malditos los Jueces!» ... «¡Jamás se presentó una oportunidad más gloriosa que ésta para una revolución!». Durante casi una década, Londres y el sur parecían ser (en palabras de un crítico) «una gran confusión bajo el dominio de una muchedumbre indigente, ociosa y embriagada, sin guardianes, movida sólo por la palabra *Wilkes* ... ».[30] Esos eran los seguidores que:

> se manifestaron en St Georges Fields, en Hyde Park Corner, en la residencia del alcalde de Londres, en la plaza del Parlamento y en el palacio de St James; que gritaban o escribían «Wilkes y Libertad» en las calles de la *City*,* Westminster y Southwark; que apedrearon al *sheriff* Harley y al verdugo habitual, en el Royal Exchange cuando intentaban quemar el número 45 de *The North Briton*; que rompieron las ventanas de Lord Bute y Lord Egremont y mancharon las botas del embajador austríaco; que pasearon la Bota y la Enagua por las calles de la *City*, y quemaron en efigie al coronel Luttrell, a Lord Sandwich y Lord Barrington frente a la Torre de Londres. Esos son los elementos a quienes los contemporáneos y más tarde los historiadores han denominado —ya fuese por indolencia, prejuicio o falta de un conocimiento más seguro— «la muchedumbre» ... [31]

También era la gente —hombres de oficio, criados, cargadores de carbón, marineros, artesanos y asalariados de todo tipo— la que se mos-

29. G. Rudé, *op. cit.*, p. 237.
30. G. Rudé, *Wilkes and Liberty*, Oxford, 1962, pp. 50, 173.
* Parte de Londres situada dentro de los límites antiguos de la ciudad. También se designa con este nombre el centro de negocios de Londres. (*N. de la t.*)
31. *Ibid.*, p. 181.

traba partidaria de Wilkes en las *hustings* * y que le arrastraba triunfalmente por las calles cada vez que ganaba.

El doctor Rudé tiene razón en rescatar a la multitud de Londres de la acusación de ser simples gamberros y «elementos delictivos»; y la distinción que establece, entre los matones contratados reunidos para apoyar al candidato anti-Wilkes, Proctor, y el entusiasmo espontáneo de la mayoría partidaria de Wilkes, es importante. Sin embargo, al protestar contra el «prejuicio» de los historiadores, protesta demasiado. Porque la multitud de Londres, de las décadas de 1760 y 1770, apenas había empezado a desarrollar su propia organización o sus líderes; tenía poca teoría diferente de la de sus «dirigentes»; y en cierto sentido era manipulada y convocada por Wilkes para «actuar en beneficio de intereses externos»: los intereses de las gentes de oficio acaudaladas, los negociantes y fabricantes de la *City* que eran los seguidores de Wilkes más influyentes. El propio Wilkes fingía un cínico desprecio hacia los hurras de sus seguidores plebeyos: «¿Supone usted —cuentan que preguntó a su oponente, el coronel Luttrell, mientras miraban los tropeles entusiastas durante las *hustings*— que hay muchos necios o pillos entre la concurrencia?». Y la disfunción entre las aspiraciones libertarias de la multitud y la técnica de dirección de muchedumbres se subraya todavía más cuando recordamos que los negociantes y proveedores wilkitas alcanzaron puestos claves en el gobierno de la *City*, de modo que los londinenses que acosaron los carruajes y rompieron las ventanas de los grandes sabían —al igual que los mineros de Walsall— que estaban actuando bajo licencia. La multitud wilkita estaba, de hecho, en un punto intermedio en el proceso de emergencia de la conciencia política popular; mientras que su consigna más popular era «¡Libertad!», muchos de sus miembros eran sumamente volátiles y podrían, del mismo modo, girarse para atacar a los elementos «extraños» o romper las ventanas de los ciudadanos que no les iluminaban en las «ocasiones» patrióticas.[32]

* Plataforma temporal en la que se presentaban los candidatos al Parlamento y se dirigían a los electores. (*N. de la t.*)

32. Para Proctor, véase Rudé, *Wilkes and Liberty*, pp. 59-60. Puesto que el doctor Rudé es el primer pionero en este importante terreno, quizá sea ingrato indicar las deficiencias de su análisis. Pero debería observarse que no muestra interés alguno por la tradición disidente del Londres artesano; y muestra poco interés en las sociedades de debate de los clubes y las tabernas que serían focos intelectuales y de organización para la multitud; tampoco lo muestra por la política subterránea de los vendedores de baladas y los «charlatanes». Para una visión más detallada de la política plebeya en Londres, véase G. Rudé, «The London

Esto se revela con mucha claridad en los motines Gordon de 1780. Ahí vemos una agitación popular que pasó por tres fases. En la primera fase, la «multitud revolucionaria», bien organizada por la popular Asociación Protestante, marchó en buen orden detrás de las grandes pancartas para presentar al Parlamento una petición contra la libertad de culto católico. Quienes encabezaban la manifestación eran «la mejor clase de hombres de oficio ... bien vestidos, una clase de gente decente ... muy tranquila y ordenada y muy educada». Este era el Londres disidente, y entre ellos Gibbon describía a algunos «Puritanos» fanáticos, «tal como podrían haber sido en la época de Cromwell ... salidos de sus tumbas». La negativa, por parte de la Cámara de los Comunes, de debatir la petición —y las arengas de lord George Gordon— desembocaron en escenas de indignación que introdujeron la segunda fase. Esta fase puede describirse como una de espontaneidad permitida, que condujo a la violencia de la muchedumbre inspirada por «un deseo tentativo de ajustar cuentas con los ricos, aunque sólo fuera por un día»; algunos de la «mejor clase de hombres de oficio» desaparecieron, mientras que los oficiales, los aprendices y los criados —y algunos delincuentes— llenaban las calles.[33] El grito «Abajo el papa» había retumbado en la conciencia popular desde la Commonwealth y 1688; y sin duda hizo mella en muchos cuyas respuestas subpolíticas describía Defoe muchos años antes: «buenos chicos que darían hasta su última gota de sangre en contra del papado, y que no saben si éste es un hombre o un caballo». Los motines se dirigieron en primer lugar contra las capillas católicas y las casas de los católicos ricos, luego contra personalidades destacadas por lo que hace a la autoridad —incluyendo al *Lord Chief Justice*, Mansfield, y al arzobispo de York— que eran sos-

'Mob' of the Eighteenth Century», *Historical Journal*, ii (1959); Lucy S. Sutherland, *The City and the Opposition to Government, 1768-1774*, 1959, y «The City in Eighteenth-Century Politics», en *Essays presented to Sir Lewis Namier*, compilados por R. Pares y A. J. P. Taylor, 1956; y, para la vida de la taberna, M. D. George, *London Life in the Eighteenth Century*, 1928, cap. 6.

33. Véase G. Rudé, «The Gordon Riots», *Trans. Royal Hist. Soc.*, 1956, Serie Quinta, Vol. 6, y Christopher Hibbert, *King Mob*, 1958. El doctor Rudé pone menos énfasis que el señor Hibbert sobre el grado de implicación de delincuentes y prostitutas en las últimas fases de los motines; el doctor Rudé analiza una muestra de prisioneros (la mayoría de ellos asalariados) que fueron llevados ante los tribunales, y el señor Hibbert confía más en los relatos de los testigos oculares de los motines. Véase también J. P. de Castro, *The Gordon Riots*, Oxford, 1926.

pechosos de simpatizar con la libertad para los católicos, luego contra las prisiones —cuyos presos fueron puestos en libertad— y finalmente culminó en un ataque al mismo banco. Durante toda esta segunda fase continuó la sensación de una muchedumbre «permitida»: las autoridades wilkitas de la ciudad se distinguieron por su inactividad o su ausencia, en parte por miedo de suscitar el odio popular, en parte por una connivencia real con los desórdenes que reforzaban su influencia contra el rey y su gobierno. Sólo cuando empezó la tercera fase —el ataque al banco, por una parte, y las orgías indiscriminadas de borracheras, incendios provocados y raterismo por la otra— se retiró el «permiso»: el inactivo alcalde mandó por fin un mensaje desesperado al jefe supremo del ejército pidiendo «Caballería e Infantería para ayudar al poder civil» y el propio concejal Wilkes salió a repeler a la muchedumbre, en la escalinata del banco. La rapidez en sofocar los motines subraya la inactividad previa de las autoridades de la *City*.

Así, en este caso tenemos una mezcla, en cierto modo, de muchedumbre manipulada y multitud revolucionaria. Lord Georges Gordon había intentado imitar a Wilkes, pero no tenía nada del atrevimiento bien calculado de Wilkes, ni de su espléndido sentido del carácter popular. Desencadenó un proceso espontáneo de motín que, sin embargo, estuvo bajo la inmunidad de los concejales wilkitas de la *City*. Grupos de amotinados erigieron sus propios líderes temporales, que recordaban a Thomas Spencer, el acuñador de Halifax: James Jackson, un relojero que montaba un caballo de tiro y agitaba una bandera roja y negra, y Enoch Foster, un forzudo de circo que divertía a la muchedumbre arrojando tablas del suelo a través de las ventanas de una casa de Whitechapel. Pero ese tipo de mezcla nunca se volvió a ver en una metrópolis. En 1780, la población de Londres, a pesar de sus excesos, estaba bajo la protección de los *whigs* libertarios, que la veían como un contrapeso a las pretensiones del Trono: Burke deploraba la utilización de los militares para dominar los motines, mientras Fox declaraba que «preferiría ser gobernado por una muchedumbre que por un ejército permanente». Pero después de la Revolución francesa ningún político *whig* se hubiera arriesgado, ningún concejal de la *City* hubiera tolerado, la intromisión de energías tan peligrosas; mientras los reformadores, por su parte, trabajaban para crear una opinión pública organizada y despreciaban la técnica de desatar a la muchedumbre. «Agilidad» fue el término que orgullosamente adoptaron radicales y cartistas del XIX, para sus pacíficas y bien dirigidas manifestaciones.

La última gran acción de una muchedumbre del siglo XVIII tuvo lugar en Birmingham, en 1791, y se desarrolló de una forma que debería hacernos ser especialmente cautelosos por lo que se refiere a las generalizaciones sobre la «multitud revolucionaria».[34] Birmingham era, posiblemente, el mayor centro de la disidencia de clase media; sus Vieja y Nueva Reuniones Unitaristas incluían a algunos de los patrones más importantes del distrito; los disidentes jugaban un papel tan importante en la vida económica, intelectual y corporativa de la ciudad que el grupo partidario de la «Iglesia y el Rey» hacía tiempo que venía sintiendo el rencor que proviene, no de la fuerza, sino del poder y el prestigio menguantes. El motivo aparente de los motines fue un banquete celebrado por los reformadores de clase media (disidentes la mayoría de ellos) el 14 de julio de 1791, para conmemorar la caída de la Bastilla. Aquella noche y durante los tres días siguientes la «tumultuosa, miserable, descarada, insolente, cínica, canalla, bulliciosa y estúpida muchedumbre de Birmingham» se desbocó en la ciudad y los alrededores, saqueando dos templos unitarios y uno baptista, quemando y desvalijando una veintena de casas y muchas tiendas de disidentes ricos (o supuestos simpatizantes), y sacando de la cárcel de la ciudad a los prisioneros. Aunque los disidentes fueron las principales víctimas (especialmente los que estaban asociados a la causa de la reforma) «nunca estuvo claro —comenta el señor Rose— si los disidentes ricos fueron atacados porque eran disidentes o porque eran ricos». Los gritos de los asaltantes iban desde «¡Iglesia y Rey!» hasta «¡Abajo el papa!».

En cuanto a la autenticidad del resentimiento popular contra algunos de los disidentes ricos, no puede haber duda alguna. (Por ejemplo, una de las víctimas, William Hutton, se había ganado una particular impopularidad en su cargo de comisario del Tribunal de Demandas de Birmingham, un tribunal para el cumplimiento del pago de pequeñas deudas.) Pero hay varias circunstancias especialmente sospechosas en los motines de Birmingham que recuerdan el trato que recibió John Wesley, casi cinco años antes, a manos de las muchedumbres de Walsall. En primer lugar, está la indudable complicidad de diversos magistrados *tories* destacados y del clero, que alentaron a los amotinados en un principio, les dirigieron a los templos, intervinieron con poco entusiasmo, se negaron a procesar a los infractores, e incluso es posible que

34. Para el relato que sigue me he basado ampliamente en el estudio definitivo hecho por R. B. Rose, «The Priestley Riots of 1791», *Past and Present* (noviembre, 1960), pp. 68-88.

indicaran objetivos «legítimos» para la violencia de la muchedumbre. En segundo lugar, está el reducido número de verdaderos amotinados que participaron en las acciones importantes. Aparte de los mineros y otras personas que provenían de pueblos circundantes y que se sumaron al saqueo del fin de semana, la muchedumbre indeseable casi nunca pasó de 250, mientras que los numerosos relatos hablan de la existencia de un núcleo implacable de 30 incendiarios que llevaron a cabo la mayor parte de los daños serios. En tercer lugar, está la prueba de que este núcleo implacable (que quizá ni siquiera estaba compuesto por hombres de la localidad) seguía un plan de campaña definido y estaba extraordinariamente aleccionado acerca de las filiaciones religiosas y políticas de los ciudadanos notables de Birmingham. La causa de los motines pudo ser el «fanatismo religioso» —según la acusación de Priestley— y, ciertamente, la celebración del Día de la Bastilla les sirvió como pretexto. Pero fue un estallido discriminatorio, con el permiso de una parte del poder establecido local, y se debería considerar «como un episodio en el que los señores rurales convocaron a la muchedumbre urbana para extraer los dientes disidentes a la agresiva y próspera burguesía de Birmingham». Al mismo tiempo fue «una explosión de odio de clase latente y violencia personal desencadenada por la coincidencia fortuita de viejos rencores religiosos y nuevos agravios sociales y políticos»,[35] en la que las actuaciones de la muchedumbre fueron más allá de los límites previstos en el origen de su permisividad.

Pero es un grave error generalizar, a partir de los motines de Birmingham, en cuanto a la hostilidad general de los pobres de las ciudades hacia lo que era revolucionario en Francia, o las ideas «jacobinas». Como veremos, la bienvenida a los primeros momentos de la Revolución francesa provenía sobre todo de la clase media y los grupos disidentes. No fue hasta 1792 cuando estas ideas ganaron un amplio apoyo popular, principalmente por medio de *Los derechos del hombre* de Paine. Así, los motines contra Priestley se deben ver como el último tumulto hacia atrás de la muchedumbre de transición, antes de que la propaganda painita empezase en serio a formar una nueva conciencia democrática. Por supuesto, los motines continuaron durante muchos años después de 1792: ya fuera por cuestiones específicas —*Passages in the Life of a Radical* de Bamford empieza con una lista de los motines, en Bridport, Bideford, Bury, Newcastle, Glasgow, Ely, Preston,

35. R. B. Rose, *op. cit.*, p. 84.

Nottingham, Merthyr, Birmingham, Walsall, al final de las guerras napoleónicas— o (especialmente en Bristol, Merthyr, Nottingham y Derby en 1831 y en Birmingham en 1839) como puntos culminantes insurreccionales de la agitación radical. En los motines de Bristol encontramos de nuevo algunas de las características de los motines Gordon y Priestley: el saqueo del palacio del obispo y de la residencia del alcalde, la liberación de prisioneros de las cárceles, el asalto y el incendio de las casas y las tiendas de los ciudadanos impopulares. Pero las autoridades no pudieron encontrar conspiración alguna detrás de los amotinados; como máximo un alborotado tendero librepensador, Charles Davis, que iba de un lugar a otro agitando su sombrero en lo alto del paraguas, gritando «¡Derribemos las iglesias y reparemos las carreteras con ellas!», y a quien colgaron por sus esfuerzos en este sentido.[36] Los motines no tuvieron lugar bajo la consigna «¡Iglesia y Rey!», sino la de «¡Rey y Reforma!» y el rey sólo se asociaba al grito último porque se creía que era partidario de la reforma del sacerdocio. El objetivo principal no eran los disidentes, sino importantes eclesiásticos (muchos de los cuales eran propietarios de esclavos de las Indias Occidentales). Al mismo tiempo, los sentimientos democráticos que inspiraban a los amotinados no deberían conducirnos a conclusiones erróneas, confundiendo los motines de Bristol con una acción política revolucionaria consciente. Bristol en 1831 pone de manifiesto la persistencia de modelos de comportamiento antiguos, que miran hacia el pasado, lo mismo que Manchester en 1819 pone de manifiesto la emergencia de modelos de autodisciplina del nuevo movimiento obrero. La ignorancia y la superstición pasaron bruscamente desde una trayectoria legitimista a una radical; pero percibimos el olorcillo de los motines Gordon y Priestley en las palabras de un amotinado de Bristol que tiraba al fuego una brazada de manuscritos y libros de la Biblioteca del Cabildo Catedralicio, declarando: *«no podía haber reforma sin que se quemasen los libros»*.[37]

Las verdaderas *muchedumbres*, en el sentido de «cuadrillas pagadas que actúan en beneficio de intereses externos», son las muchedumbres

36. Otra característica parecida es la sensación de *licencia* que se dio a la multitud por parte de los magistrados que estaban «estupefactos de terror» y que se negaron a acompañar a las tropas; y por el humanitario jefe, teniente coronel Brereton, que cabalgó por entre la multitud que profería hurras por «el Rey y la Reforma». Véase «Un Ciudadano» [John Eagles], *The Bristol Riots*, Bristol, 1832.

37. Relato de testigos oculares en *Bristol Times* (30 de octubre de 1931).

favorables a la «Iglesia y el Rey», utilizadas desde 1792 en adelante para aterrorizar a los jacobinos ingleses.[38] Aunque esas muchedumbres a veces se dirigieran contra los ricos y los reformadores destacados —como en el caso de Thomas Walker de Manchester—, pertenecen a la tradición de los propietarios de las minas de Walsall y el párroco de Grimsby, y estaban tan sumamente organizadas por —y algunas veces pagados por— «intereses externos» que es difícil considerarlas indicativas de cualquier auténtico sentimiento popular independiente. Además, a pesar de que el clero y los *J.P.s.* concedían, en muchos lugares, una licencia completa a las muchedumbres antijacobinas, éstas pocas veces implicaban a más de un pequeño grupo de gamberros escogidos, y nunca hacían estallar la violencia popular a la escala de Birmingham en 1791. Hubo importantes centros urbanos —especialmente Sheffield y Norwich— en los que las muchedumbres favorables a la «Iglesia y el Rey» actuaron con un éxito muy limitado. También fue imposible utilizar esas muchedumbres, a cualquier escala, en Londres. La absolución de los prisioneros jacobinos en 1794 fue la señal del triunfo popular al mismo nivel de las celebraciones wilkitas. En 1795 la multitud de Londres era de carácter revolucionario y (a través de la Sociedad de Correspondencia de Londres) estaba descubriendo nuevas formas de organización y liderazgo. Quizá el encuentro crucial tuvo lugar en octubre de 1797, en el punto culminante de la represión antijacobina, cuando se produjo un intento instigado de destruir el establecimiento de Thomas Hardy, cuando éste se negó a iluminar con motivo de una victoria naval. El ataque fue rechazado por una guardia de 100 miembros de la SCL, «muchos de ellos irlandeses, armados con buenas cachiporras». Fue una victoria histórica; como recordaba uno de los «guardianes»: «Nunca estuve en una lucha tan larga y bien dirigida como la que hicieron aquella noche los que defendían la casa de Hardy». Los sentimientos de Hardy eran inequívocos, cuando rememoraba los incidentes: «No me gusta el gobierno de una muchedumbre».[39] Y en los acontecimientos que ocurrieron 4 años más tarde podemos ver una irónica secuela. En 1801, Londres fue iluminada de nuevo, pero esta vez fue en honor a los preparativos de la paz que se habían firmado entre Gran Bretaña y Francia. En esta ocasión la muchedumbre desahogó sus sentimientos rompiendo todas las ventanas de

38. Véanse pp. 110 y siguientes, más adelante.
39. John Binns, *Recollections*, Filadelfia, 1854; Hardy, *op. cit.*, pp. 85-86.

la casa de un belicoso periodista antijacobino, que se negó a iluminar por la paz. Allí no había guardia popular, e incluso las autoridades de la *City* fueron lentas en enviar protección. El periodista era William Cobbett.[40]

40. G. D. H. Cole, *Life of William Cobbett*, 1924, p. 76. La guerra recomenzó, con pleno apoyo por parte de Cobbett, en mayo de 1803.

4. EL INGLÉS LIBRE POR NACIMIENTO

En 1797 los defensores de la casa de Hardy luchaban en un combate de retirada. En los años que siguieron, cuando era posible una invasión francesa, es indudable que los sentimientos patrióticos de la plebe amenazaron a los jacobinos supervivientes mediante el terrorismo de la muchedumbre. En Westminster, con su amplio derecho a voto, todavía en 1806 era posible derrotar a los radicales, desplegando los recursos del soborno y el clientelismo. Francis Place vio a criados del duque de Northumberland «con sus vistosas libreas, tirando trozos de pan y queso a la densa multitud de vagabundos»:

> Ver a esos vagundos cogiendo los pedazos, gritando, blasfemando, luchando e insultando de todas las formas posibles, tanto mujeres como hombres, todos los desgraciados de las plazas y los callejones de St Giles y Westminster, Porridge Islands y otros lugares miserables; ver a esa gente que representaban, tal como se decía, a los electores de Westminster, era, verdaderamente, el eslabón más bajo de la degradación ...

Se le dio cerveza a la multitud, se hundieron las tapaderas de los barriles a golpes y los «cargadores de carbón repartieron la cerveza con sus sombreros de larga cola y ala ancha ..., pero con la impaciencia de la muchedumbre, se volcaron los barriles y la cerveza afluyó a los desagües, desde donde algunos hacían esfuerzos por recogerla». Place miraba, horrorizado ante esa «vergonzosa escena». Pero al año siguiente (1807), Place y sus amigos organizaron un comité radical para las elecciones, que trabajó entre la población con tan buenos resultados que Westminster eligió a dos diputados radicales, sir Francis Burdett y lord Cochrane.[1] Y desde aquel momento en adelante, la tradición del «Lon-

1. Add. MSS. 27850 ss., 19-20: 27838 ss., 19-20; G. D. H. Cole y A. W. Filson, *British Working Class Movements*, 1951, pp. 79-80. Véase más adelante vol. 2, capítulo 13.

dres radical» es casi ininterrumpida. En 1810, Burdett pudo diseñar su táctica a imitación de la de Wilkes y hacerse con el apoyo de la plebe en su contienda con el gobierno. En los principales centros provinciales es cierto más o menos lo mismo, para 1812: «la muchedumbre —observaba el editor de un periódico de Sheffield— lo aborrece todo menos a un concienzudo reformador».[2] Cuando acabaron las guerras (1815), era imposible, en Londres o en el norte industrial o en las Midlands, utilizar a una muchedumbre favorable a la «Iglesia y el Rey» para aterrorizar a los radicales.

De vez en cuando, entre 1815 y 1850, los owenitas o los cartistas se quejaban de la indiferencia de la población. Pero, si no tomamos en consideración los tumultos habituales en las elecciones, en general es cierto que los reformadores estaban amparados por el apoyo de las comunidades obreras. En las épocas de elecciones, en las grandes ciudades, las votaciones a mano alzada realizadas en las *hustings*, que precedían a la elección, se decantaban abrumadoramente a favor del candidato más radical. Los reformadores dejaron de temer a «la muchedumbre», mientras que las autoridades se veían obligadas a construir cuarteles y a tomar precauciones contra «la multitud revolucionaria». Este es uno de esos hechos históricos tan importantes que fácilmente se pasa por alto, o se acepta sin poner en duda; y sin embargo, indica un cambio fundamental de acento en las actitudes inarticuladas y «subpolíticas» de las masas.

El cambio de acento se relaciona con las nociones populares de «independencia», patriotismo y el «derecho por nacimiento» del inglés. Los amotinados de los motines Gordon de 1780 y los amotinados en favor de la «Iglesia y el Rey» de Birmingham en 1791 tenían eso en común: creían estar defendiendo, de alguna forma confusa, la «Constitución» contra elementos extraños que amenazaban su «derecho por nacimiento». Se les había enseñado durante tanto tiempo que el acuerdo de 1688, encarnado en la Constitución del Rey, Lores y Comunes, era la garantía de la independencia y las libertades británicas, que se había creado el reflejo —Constitución es igual a libertad— del que los desaprensivos podían aprovecharse. Y sin embargo, es probable que los mismos amotinados que destruyeron la valiosa biblioteca y el laboratorio del doctor Priestley estuvieran orgullosos de verse a sí mismos como «ingleses libres por nacimiento». El patriotismo, el nacionalismo, e incluso

2. T. A. Ward, *Peeps into the Past*, ed. A. B. Bell, 1909, p. 192.

el fanatismo y la represión, todos estaban arropados por la retórica de la libertad. Incluso la Vieja Corrupción ensalzaba las libertades británicas; la libertad, y no el honor nacional o el poder, era la creación de los patricios, los demagogos y los radicales por un igual. En nombre de la libertad, Burke denunció y Paine defendió la Revolución francesa; en el inicio de las guerras francesas (1793), el patriotismo y la libertad entretenían a todos los poetastros:

> Así los britanos defienden su antigua fama,
> Imponen su imperio sobre el mar,
> Y proclaman ante el envidioso mundo,
> Que todavía una nación es bravía y libre;
>
> Resuelta a triunfar o a morir,
> Fiel a su REY, a sus LEYES, a su LIBERTAD.[3]

El miedo a la invasión dio lugar a un torrente de octavillas y baladas sobre esos temas, los cuales constituyen un ambiente apropiado para los pretenciosos y sonoros sonetos patrióticos de Wordsworth:

> Es impensable que el torrente
> De la libertad británica, que, hacia el mar abierto
> Del elogio del mundo, desde la oscura antigüedad
> Ha manado, «con fastuosidad de aguas, se sometiese» ...*

«Es impensable»: y sin embargo, en aquel mismo momento, la libertad de prensa, de reuniones públicas, de la organización de *trade unions*,** de organizaciones políticas y de elección estaban, o bien rigurosamente limitadas o en suspenso. ¿En qué consistía, entonces, el consuetudinario «derecho por nacimiento» del inglés? «¡Protección de la propiedad! —respondía Mary Wollstonecraft—. He aquí ... la definición de la libertad inglesa».[4] No obstante, la retórica de la libertad

3. *Anti-Jacobin* (1 de enero de 1798). Thus Britons guard their ancient fame, / Assert their empire o'er the sea, / And to the envying world proclaim, / One nation still is brave and free / Resolv'd to conquier or to die, / True to their King, their Laws, their Liberty.

* It is not to be thought of that the Flood / Of British freedom, which, to the open sea / Of the world's praise, from dark antiquity / Hath flowed, «with pomp of waters, unwithstood» ...

** Denominación de los sindicatos obreros ingleses. (*N. de la t.*)

4. *A Vindication of the Rights of Men*, 1790, p. 23.

significa mucho más: en primer lugar, por supuesto, libertad respecto de la dominación extranjera. Y, dentro de este halo envolvente de autocomplacencia patriótica, había otras nociones menos definidas que la Vieja Corrupción se veía obligada a alabar y que no obstante resultarían ser peligrosas para ella a largo plazo. Libertad con respecto al absolutismo (la monarquía constitucional), inmunidad con respecto al arresto arbitrario, juicio por jurado, igualdad ante la ley, inmunidad del domicilio contra los allanamientos y los registros arbitrarios, cierta libertad de pensamiento limitada, de expresión y de conciencia, la participación delegada en la libertad (o en su apariencia) proporcionada por el derecho a la oposición parlamentaria y por las elecciones y los tumultos electorales (aunque el pueblo no tenía derecho al voto, tenía el derecho a desfilar, vitorear y mofarse en las *hustings*), así como la libertad de viajar, negociar y vender su propio trabajo. Ninguna de esas libertades era insignificante; tomadas todas en conjunto, encarnaban y reflejaban un consenso moral en el que a veces participaba la autoridad, y que siempre estaba obligada a tener en cuenta.[5]

Por muy indefinida que sea una idea como la de «consenso moral», la cuestión de los *límites* más allá de los cuales el inglés no estaba dispuesto a ser «mandado», y los límites más allá de los cuales la autoridad no se atrevía a ir, es crucial para entender este período. La actitud del inglés medio no era tanto democrática, como antiabsolutista. Se consideraba a sí mismo como un individualista, con pocos derechos afirmativos, pero protegido por las leyes contra la intrusión del poder arbitrario. De forma más difusa, consideraba que la Gloriosa Revolución había proporcionado un precedente constitucional para el derecho al motín en resistencia a la opresión. Y ésta, en verdad, era la paradoja central del siglo XVIII, tanto en términos intelectuales como prácticos: el constitucionalismo era la «ilusión de la época». La teoría política, de los tradicionalistas y los reformadores por igual, quedó completamente paralizada dentro de los límites pseudoliberales establecidos por el acuerdo de 1688, por parte de Locke o de Blackstone. Para Locke, los objetivos principales del gobierno eran el mantenimiento de la paz civil, y la seguridad de la persona y la propiedad. Una teoría como ésta, adulterada por el egoísmo y el prejuicio, proveería a las clases propietarias de una sanción para el más sangriento código, que penalizara a los transgresores contra la propiedad; pero no disponía sanción algu-

5. Véase E. Halévy, *op. cit.*, I, pp. 193-212.

na para la autoridad *arbitraria*, que estorbara los derechos personales o de propiedad y que no estuviera controlada por las disposiciones de la ley. De aquí la paradoja, que sorprendía a muchos observadores extranjeros, de un código penal sangriento junto con una administración e interpretación de las leyes *liberal* y, a veces, meticulosa. El siglo XVIII fue ciertamente un gran siglo para los teóricos constitucionales, los jueces y los abogados. El hombre pobre podía sentirse a menudo poco protegido cuando quedaba atrapado en las redes de la ley. Pero el sistema de jurado *ofrecía* una medida de protección, como descubrieron Hardy, Horne Tooke, Thelwall y Binns. Wilkes *pudo* desafiar al rey, al Parlamento y a la administración —y establecer nuevos e importantes precedentes— utilizando alternativamente los tribunales de justicia y la muchedumbre. No había *droit administratif*, ni derecho a la detención y al registro arbitrarios. Incluso en la década de 1790, cada intento de introducir un sistema de espionaje «continental», cada suspensión del hábeas corpus, cada intento de amañar los jurados, levantaba una ruidosa protesta más allá de las propias filas de los reformadores. Si alguien —teniendo presentes las historias de Tyburn y la represión— se siente inclinado a poner en duda el valor de esos límites, debería contrastar el proceso de Hardy y sus compañeros con el trato que recibieron Muir, Gerrald, Skirving y Palmer, en 1793-1794, en los tribunales escoceses.[6]

Este constitucionalismo teñía las respuestas menos articuladas del «inglés libre por nacimiento». Exigía pocos derechos salvo el de que le dejasen en paz. En el siglo XVIII no había otra institución más detestada que el *press-gang*. Se desconfiaba profundamente de un ejército permanente, y pocas de las medidas represivas adoptadas por Pitt crearon tanto descontento como la construcción de cuarteles cerca de las ciudades industriales. Los reformadores exigían el derecho a llevar armas en defensa propia. La profesión de soldado se consideraba deshonrosa. Escribía un folletista:

> En las monarquías arbitrarias, en las que el Déspota que reina puede decirles a sus desdichados súbditos «Come paja», y ellos comen paja, no es extraño que se puedan reclutar ejércitos de Carniceros humanos,

6. Véase más adelante, pp. 124 y ss. Los hechos se tratan de manera completa en la erudita y animada obra de lord Cockburn *Examination of the Trials of Sedition ... in Scotland*, Edimburgo, 1888.

para destruir a sus criaturas amigas; pero, en un país como Gran Bretaña que al menos *pretende ser libre*, el que tantos miles de hombres deban renunciar expresamente a los privilegios y las bendiciones que corresponden a los Hombres Libres, y deban venderse voluntariamente a la *Esclavitud* más humillante y degradante, por la miserable paga de seis peniques al día, se convierte en una cuestión extremadamente sorprendente ...[7]

En agosto de 1794, las *crimping-houses* * que se utilizaban para el reclutamiento militar en Holborn, la *City*, Clerkenwell y Shoreditch fueron atacadas y destruidas a lo largo de tres días de amotinamiento.[8] En el punto álgido de la agitación de los tejedores de punto en favor de una legislación proteccionista, en 1812, el secretario de la sección de Mansfield, cuando se enteró de que los representantes de los trabajadores proponían una cláusula que autorizara los poderes de inspección y registro en las casas de los fabricantes que fueran sospechosos de evadir las regulaciones propuestas, escribió alarmado: «si algún día se derriba este baluarte de que la casa de todo inglés sea su castillo, entonces se habrá roto para siempre aquella sólida barrera por la que muchos de nuestros antepasados se desangraron y en vano».[9] La resistencia a un cuerpo de policía eficaz continuó a lo largo del siglo XIX. Mientras que los reformadores estaban dispuestos a asentir en cuanto a que era necesaria una policía *preventiva* más eficaz, con más vigilantes y unas guardias nocturnas sobre la propiedad más fuertes, cualquier fuerza centralizada con mayores poderes se veía como: «un sistema de tiranía; un ejército organizado de espías e informadores, para la destrucción de toda libertad pública, y la perturbación de toda felicidad privada. Cualquier otro sistema de policía es la maldición del despotismo ...» [10]

El comité parlamentario de 1818 vio en las propuestas de Bentham para un Ministerio de policía, «un plan que convertiría a todos los cria-

7. Anónimo, *Letters on the Impolicy of a Standing Army in Time of Peace, and on the unconstitutional and illegal Measure of Barracks*, 1793. La *History of Standing Armies in England*, 1698, de John Trenchard se volvió a publicar en 1731, 1739, 1780 y en el jacobino *Philantropist*, 1795.

* *Crimp* es el nombre que recibe un agente que procura marineros y soldados. (*N. de la t.*)

8. Véase Rudé, *Wilkes and Liberty*, p. 14; S. Maccoby, *English Radicalism 1786-1832*, 1955, p. 91. Se decía que algunas prostitutas, conocidas como «perras de la horca», incitaban a los hombres a entrar en la casa, donde eran «reclutados» a la fuerza: véase H. M. Saunders, *The Crimps*, 1794.

9. *Records of the Borough of Nottingham*, VIII, 1952, p. 152.

10. J. P. Smith, *An Account of a Succesful Experiment*, 1812.

dos de todas las casas en espías de las acciones de sus señores, y a todas las clases de la sociedad en espías unas de otras». Los *tories* temían la anulación de los derechos restringidos y de fuero, y de los poderes de los *J.P.s* locales; los *whigs* temían un aumento de los poderes de la Corona o del gobierno; los radicales, como Burdett o Cartwright, preferían la idea de las asociaciones de ciudadanos voluntarios o las listas de tandas de cabezas de familia; el populacho radical hasta la época cartista veía en cualquier policía un mecanismo de opresión. Un consenso de opinión bastante sorprendente se resistió al establecimiento de «un tribunal supremo e irresistible, como el que en otros países se denomina el "Alto tribunal de policía"; un mecanismo ... inventado por el despotismo ...»[11]

Tenemos una curiosa combinación de actitud defensiva localista, teoría *whig*, y resistencia popular hostil hacia el aumento de los poderes o hacia cualquier autoridad centralizada. Tanto la *gentry* como el pueblo común protegían los derechos y las costumbres locales contra la usurpación del Estado; la hostilidad hacia «*the Thing*» y hacia los «Pachás» contribuyó mucho a la tensión *tory*-radical que se observa desde Cobbett hasta Oastler, y que alcanzó su punto álgido en la resistencia a la *Poor Law** de 1834. (Es irónico que los protagonistas principales del Estado, en su autoridad política y administrativa, fueran las clases medias utilitaristas, al otro lado de cuyo estandarte estatalista estaban inscritas las doctrinas del *laissez faire* económico.) Incluso en la cima de la represión de los jacobinos, a mediados de la década de 1790, se mantuvo la ficción de que la intimidación era obra de asociaciones «voluntarias» de ciudadanos «privados» (la Sociedad Antijacobina de los Reeves o la Sociedad de Wilberforce para la Supresión del Vicio); y se empleó la misma ficción en la persecución de Richard Carlile después de las guerras. Los subsidios que dio el Estado a la prensa «oficial» durante las guerras se administraron con sentido de culpa, y con muchas evasivas y desmentidos diplomáticos. El empleo de espías y de *agents provocateurs* después de las guerras fue la señal para un auténtico estallido de indignación en el que participaron muchos que eran rabiosamente opuestos al sufragio masculino adulto.

Además, no sólo la libertad con respecto a las intrusiones del Es-

11. *The Times* (31 de enero de 1823); véase Radzinowicz, *op. cit.*, III, pp. 354-364.

* «Ley de Pobres»: ley dirigida a controlar y regular a los pobres, así como a procurarles asistencia y trabajo. (*N. de la t.*)

tado era una fuente de auténtica exultación popular, también lo era la creencia en la igualdad de los ricos y los pobres ante la ley. Una publicación sensacionalista, como el *New Newgate Calendar: or Malefactor's Bloody Register*, reseñó con satisfacción varios precedentes del noble e influyente que fue llevado a Tyburn. Los analistas locales señalaban con aire satisfecho los casos como el del «tiránico malvado señor del señorío» de Leeds, que fue ejecutado en 1748 por haber matado a uno de sus arrendatarios en un arranque de mal genio. Los radicales podían fingir un cinismo bien fundado. Si la ley está abierta por un igual a los ricos y a los pobres, decía Horne Tooke, también lo está la taberna de Londres: «pero os darán una bienvenida muy triste a no ser que vengáis con dinero suficiente para pagar por divertiros».[12] Pero incluso los jacobinos sostenían la convicción de que el imperio de la justicia era la herencia distintiva del «inglés libre por nacimiento», y que era su defensa contra el poder arbitrario. La Sociedad de Correspondencia de Londres, en un *Address* de 1793, intentó definir la diferencia de situación entre el plebeyo inglés y el plebeyo en la Francia prerrevolucionaria: «nuestras personas estaban protegidas por las leyes, mientras que sus vidas estaban a merced de todo individuo noble ... Nosotros éramos HOMBRES mientras que ellos eran ESCLAVOS.»

Esta ideología defensiva nutría, por supuesto, reclamaciones mucho más amplias de derechos positivos. Wilkes sabía perfectamente cómo tocar la cuerda sensible: el paladín que defendía sus derechos individuales se transformó imperceptiblemente en el ciudadano libre por nacimiento que desafiaba al rey y a los ministros y que reclamaba derechos para los cuales no existía precedente. En 1776 Wilkes llegó lo suficientemente lejos como para solicitar en la Cámara de los Comunes los derechos políticos de «el trabajador manual más humilde, el campesino más pobre y el jornalero», quien

> tiene importantes derechos en cuanto a su libertad personal, la de su esposa e hijos, su propiedad por muy insignificante que sea, sus salarios ... que en muchos oficios y fábricas son regulados por el Parlamento ... Por lo tanto, se debería reservar alguna parte del poder de hacer aquellas leyes que les interesan profundamente ... incluso a ese inferior pero muy útil grupo de hombres ...

12. T. Walker, *Review of some Political Events in Manchester*, 1794, p. 87.

El argumento es todavía el mismo que el de Ireton (o Burke), pero los derechos de propiedad se interpretan en un sentido mucho más liberal; y Wilkes lo redondeaba con la tradicional apelación a la tradición y el precedente: «Sin una representación real de los comunes nuestra Constitución es esencialmente defectuosa ... y será inútil cualquier otro recurso para recobrar la prístina pureza de la forma de gobierno establecida por nuestros antepasados.»

«Prístina pureza», «nuestros antepasados» son frases clave; y durante 20 años los argumentos que se daban entre los reformadores versaron sobre sutiles interpretaciones de esos términos. ¿*Qué* modelo era puro y prístino, a *qué* antepasados debían referirse los reformadores? Para los padres fundadores de los Estados Unidos, que roturaban libres de las trabas del precedente, parecía suficiente encontrar determinadas verdades «evidentes». Pero al comandante John Cartwright (1740-1824), que publicó su folleto *Take Your Choice* en el mismo año de la declaración de independencia (1776), le parecía necesario reforzar su causa en defensa de los parlamentos anuales, los distritos electorales iguales, el pago a los diputados y el sufragio masculino adulto, con la referencia al precedente sajón. El «buen comandante canoso» (como llegó a ser conocido casi medio siglo después) definía, en fecha tan temprana como ésa, las principales demandas de los reformadores políticos avanzados, desde 1776 hasta los cartistas y más allá.[13] Y nunca se desvió de esas demandas. Incapaz de hacer componendas, excéntrico y valiente, el comandante prosiguió su firme camino, publicando cartas, llamamientos y folletos, desde su escaño en Boston, Lincs, sobreviviendo a pruebas, tumultos, discordias y represión. Fue él quien estuvo dispuesto a fundar, antes de que hubiesen finalizado las guerras napoleónicas, las primeras sociedades reformistas de una nueva era, los clubs Hampden, en aquellas regiones industriales del norte, donde su hermano clérigo había acelerado otros procesos de cambio con su invento del telar mecánico. Pero aunque los principios y las propuestas del comandante sobrevivieron su larga vida, sus argumentos no lo hicieron.

Podemos ver, en un momento, el porqué. (La respuesta, en dos palabras, es Tom Paine.) Pero deberíamos advertir, en primer lugar, que 20 años antes de la Revolución francesa se ponía *en práctica* una nue-

13. El comandante Cartwright también fue partidario del voto secreto, pero no del sexto punto de los cartistas, la abolición de los requisitos de propiedad para los miembros del Parlamento.

va dimensión que se añadía a los procedimientos aceptados de la Constitución. La prensa había establecido ya unos derechos indefinidos, independientes del rey, los lores y los comunes; y la agitación que rodeó el *North Briton* de Wilkes mostraba tanto la precariedad de esos derechos como la sensibilidad de un público amplio en su defensa. Pero la segunda mitad del siglo XVIII también contempla el surgimiento de la Plataforma; [14] el grupo de presión «extraparlamentario» que hacía campaña por unos objetivos más o menos limitados, movilizando la opinión «de la calle» por medio de publicaciones, grandes mítines y peticiones. Se adoptaron diferentes métodos de plataforma y petición por parte de grupos tan variados como los partidarios de Wilkes, las asociaciones del condado de Wyvill, la Asociación Protestante (que figuraba en el inicio de los motines Gordon), los reformadores «económicos», la agitación antiesclavista, la campaña en favor de la revocación de los impedimentos que pesaban sobre los inconformistas. Aunque Wilberforce o Wyvill desearan limitar su agitación a los caballeros o a los campesinos propietarios, se establecieron los precedentes y el ejemplo fue contagioso. Se añadió una nueva pieza a la complicada maquinaria de la Constitución; Erskine y Wyvill, utilizando la conocida metáfora mecánica de los frenos y los equilibrios,[15] exigían «Regularidad de Reloj en los movimientos de la Población». El comandante John Cartwright iba más allá; cuanto más se fomentara la protesta, en favor de peticiones del más largo alcance, entre todo tipo de gente, mejor:

> Siguiendo la máxima de enseñar a un joven arquero a disparar a la luna [le escribió a Wyvill] para que sea capaz de tirar su flecha suficientemente lejos con fines prácticos, siempre he pensado que una discusión libre sobre el principio del Sufragio Universal es el medio más apropiado para obtener cualquier Reforma por la cual merece totalmente la pena haber luchado.

Porque el comandante —aunque expresaba sus argumentos en los términos del precedente y la tradición— creía en los métodos de agitación entre «innumerables miembros». En los años de la represión, 1797-1799, el *squire* * de Boston hizo pública una reconvención a la

14. Utilizo aquí el término de Henry Jephson, cuyos dos volúmenes de historia de *The Platform*, 1892, son todavía el único estudio consecuente de esta institución.

15. Véase Asa Briggs, *The Age of Improvement*, 1959, pp. 88 y ss.

* Señor rural, propietario de tierras; en especial se refiere al principal propietario de un pueblo o distrito. (*N. de la t.*)

cautela del reformador del norte de Yorkshire. «Sólo estoy un poco asustado de vuestra *Yeomanry** —le escribió a Wyvill— pero temo a vuestros *Gentlemen*. ... Por suerte para mí, hasta ahora todos los *gentlemen*, excepto uno, han estado en el *otro lado*. Por lo tanto, mis esfuerzos no se han visto mermados por sus consejos, y en todo momento he hablado claro»:

> Siento como si nada que no sean fuertes cordiales y los estimulantes más poderosos, pudiera despertar al Pueblo a cualquier actitud vigorosa. ... A menos que nuestros llamamientos convenzan a todas las inteligencias, y las verdades que damos a conocer se fijen en el corazón, no haremos nada. ... Si te vieras obligado, para hacer algún progreso, a proponer simples subterfugios que no satisficieran aquellos enérgicos llamamientos, confío en Dios para que seas rescatado de la situación por algún hombre resuelto que asista a tu reunión ...[16]

Así pues, argumentos constitucionales semejantes podían esconder profundas diferencias de tono y formas de propaganda. Pero todos los reformadores antes de Paine empezaban con «las corrupciones de la Constitución». Y su grado de radicalismo puede deducirse, en general, de los precedentes históricos que citan en sus escritos. Los Partidarios wilkitas, pero en su mayor parte aristócratas, de la Declaración de derechos (y sus sucesores: las «Asociaciones de la Revolución», 1788, y Los Amigos del Pueblo, 1792) se sentían satisfechos con hacer respetar el precedente del acuerdo de 1688. La avanzada Sociedad para la Información Constitucional, fundada en 1780, y cuyos folletos escritos por el doctor Jebb, Cartwright y Capel Lofft proporcionaron a Thomas Hardy su primera introducción a la teoría de la reforma, se extendía con amplitud —a la Carta Magna y más allá— en busca de precedentes, y se inspiraba tanto en el ejemplo anglosajón como en el norteamericano.[17] Y, después de la Revolución francesa, los teóricos de las sociedades populares incorporaron en gran parte los *tyhings***

* Designa el conjunto de los campesinos o labradores libres de Inglaterra, propietarios independientes y/o arrendatarios de tierras. (*N. de la t.*)

16. C. Wyvill, *Political Papers*, V, pp. 389-390, 399-400.

17. La Sociedad Constitucional estuvo inactiva durante los últimos años de la década de 1780, pero fue muy activa después de 1790, con Horne Tooke como miembro destacado.

** Conjunto de diez personas. Cada miembro del grupo debía responder de la nueva conducta o de los daños causados por cualquier otro miembro del *tything*. (*N. de la t.*)

anglosajones es el Witenagemot* y las leyendas del reinado de Alfredo. Para muchos jacobinos, la «prístina pureza» y «nuestros antepasados» se amoldaban a casi cualquier innovación constitucional para la cual se pudiera improvisar un precedente sajón. John Baxter, un platero de Shoreditch, líder de la SCL y compañero de prisión de Hardy durante los procesos por traición, encontró tiempo para publicar, en 1796, una *New and Impartial History of England* de 830 páginas, en la que el precedente sajón casi no se puede distinguir del estado natural, del buen salvaje, o del pacto social originario. «En sus orígenes —suponía Baxter— la Constitución debió ser libre.» La historia era la historia de su corrupción, «los britanos fueron dominados primero por los romanos, a continuación por los sajones, éstos de nuevo por los daneses y, finalmente, todos por los normandos ...» En cuanto a la Revolución de 1688, ésta «no hizo más que expulsar a un tirano y confirmar las leyes sajonas». Pero había muchas de esas leyes que todavía debían ser restablecidas; y, junto al sufragio masculino adulto, las que más importantes le parecían a John Baxter eran la ausencia de un ejército permanente y el derecho de cada ciudadano a ir armado. Había llegado al derecho del pueblo de desafiar la Constitución, mediante laboriosos argumentos constitucionales.

No obstante, como ha mostrado el señor Christopher Hill en su estudio de la teoría del «yugo normando», esas controversias constitucionales, elaboradas y a menudo engañosas, tenían una trascendencia real.[18] Incluso las formas de argumento anticuario esconden importantes diferencias de énfasis político. Desde el anónimo *Historical Essay on the English Constitution* (1771) hasta los primeros años de la década de 1790, los reformadores más avanzados estuvieron marcados por su afición a citar el ejemplo sajón. Mucho antes, Tom Paine había publicado su *Sentido común* (1776), cuyos argumentos apenas conducían al recurso del precedente:

> Un bastardo francés que desembarca con un ejército de bandidos y se hace él mismo rey de Inglaterra, contra el consentimiento de los nativos, es, en términos llanos, un prototipo de canalla, muy miserable. En verdad, no había en él ninguna divinidad. ... La verdad simple y llana es que la antigüedad de la monarquía inglesa no resistiría una investigación.

* *Asamblea de los Witan*, Consejo nacional de la época anglosajona. (*N. de la t.*)
18. *In Democracy and the Labour Movement*, ed. de P. Saville, 1954, esp. pp. 42-54.

Pero esto se publicó en territorio norteamericano; y, como veremos, tal declaración iconoclasta sólo se conoció en Inglaterra, después de la Revolución francesa y la publicación de *Los derechos del hombre*: «Si la sucesión sigue la línea del Conquistador, la nación sigue en la línea de ser conquistada, y se debería rescatar a sí misma de este camino». Mientras tanto, la teoría del «Yugo Normando» daba signos de una asombrosa vitalidad; e incluso tuvo un resurgimiento en los círculos jacobinos, después de 1793, cuando Paine fue conducido al exilio y sus *Derechos del hombre* fueron prohibidos como libelo sedicioso.

En parte, esta era una cuestión de conveniencia. El proceso de Paine puso de manifiesto los límites de la libertad permitida dentro de las convenciones del constitucionalismo. Negar por completo el recurso a «nuestros antepasados» era altamente peligroso. Cuando Henry Yorke, el reformador de Sheffield, fue procesado en 1795, su defensa se basó en este punto: «En casi todas las intervenciones me esmeré en contradecir las doctrinas de Thomas Paine, que denegaban la existencia de nuestra constitución. ... Declaré continuamente lo contrario, que teníamos una buena constitución», «este magnánimo gobierno que proviene de nuestros padres sajones, y de la prodigiosa inteligencia del inmortal Alfredo». Incluso John Baxter, cuyos «Sajones» eran jacobinos y *sans-culottes* sin excepción, creía conveniente distanciarse él mismo de la total falta de respeto de Paine: «Aunque respetamos mucho las opiniones del señor Thomas Paine ... no podemos estar de acuerdo con él en que no tenemos constitución; su equivocación parece surgir de no haber llevado sus puntos de vista más allá de la conquista normanda.»

Pero era más que conveniencia. De acuerdo con la leyenda, el precedente sajón legitimaba una monarquía constitucional, un parlamento libre basado en el sufragio masculino adulto, y el imperio de la ley. Al presentarse como «Patriotas» y constitucionalistas, hombres como el comandante Cartwright y Baxter estaban intentando hacer suya la retórica de una época.[19] Parecía que si las cosas se decían tan francamente como Paine las había puesto en *Sentido común*, entonces los re-

19. Esta retórica aparece en lugares inverosímiles. Un programa de finales del siglo XVIII anuncia «esa Muy antigua, Leal, Nacional, Constitucional y Legítima Diversión: ACOSO DE TOROS CON PERROS». Las sociedades jacobinas provinciales se describían habitualmente, entre 1792 y 1796, como constitucionales o patrióticas. La viuda de John Telwall, cuando estaba compilando la vida de aquél, se esmeró en destacar que su marido era «descendiente de una familia sajona», mientras que Joseph Gerrald, cuando proponía el peligroso expediente de una Convención Nacional, citaba como precedentes las «asambleas de la población» de «nuestros antepasados sajones».

formadores se verían obligados a retirarse por completo del debate constitucional y a fundamentar sus demandas en la razón, la conciencia, el individualismo y las verdades «evidentes». Para muchos ingleses del siglo XVIII, cuyas mentes estaban nutridas en una cultura constitucionalista, la idea era escandalosa, aterradora y peligrosa en sus implicaciones.

Y sin embargo, era necesario que se rompiera esa retórica, porque —incluso cuando estaba adornada en los improbables términos sajones de Baxter— implicaba la absoluta inviolabilidad de determinadas convenciones: el respeto hacia la institución monárquica, hacia el principio hereditario, hacia los derechos tradicionales de los grandes terratenientes y la Iglesia oficial, y hacia la representación, no de los derechos humanos, sino de los derechos de propiedad. Una vez enredados en los argumentos constitucionales —incluso cuando éstos se utilizaban para promover las demandas de sufragio masculino adulto— los reformadores quedaban atrapados en las trivialidades poco sistemáticas de la renovación constitucional. Para que surgiera un movimiento plebeyo, era esencial escapar completamente a esas categorías y situar delante peticiones mucho más ampliamente democráticas. En los años que van desde 1770 a 1790, podemos observar una paradoja dialéctica gracias a la cual la retórica del constitucionalismo contribuyó a su propia destrucción o superación. Quienes, en el siglo XVIII, leían a Locke o los comentarios de Blackstone encontraban en ellos un agudo criticismo de los manejos de facción y de los intereses que había en la no reformada Cámara de los Comunes.[20] La primera reacción fue criticar la práctica del siglo XVIII a la luz de su propia teoría; la segunda reacción, más retardada, fue desacreditar la teoría en sí misma. Y en este punto, fue cuando Paine entró en escena, con *Los derechos del hombre*.

La Revolución francesa había sentado un precedente de un tipo más amplio: se había redactado una nueva Constitución, a la luz de la razón y a partir de unos principios básicos, que arrojaba «los exiguos, rancios, lúgubres métodos / De la costumbre, la ley y la sanción» a las sombras. Y no fue Paine, sino Burke, quien perpetró el primer y prin-

20. Erskine basó la defensa de Paine, en el proceso que se le hizo *in absentia*, en pasajes extraídos de Blackstone, mientras que el reformador de Sheffield, Yorke, leía fragmentos de Locke en las manifestaciones públicas. Estudiante en el Colegio de Abogados, *Trial of Thomas Hardy*, 1794, p. 108.

cipal abandono de los fundamentos del argumento constitucional. El ejemplo francés por una parte, y los laboriosos reformadores que desenterraban el precedente anterior a 1688 o el precedente prenormando por la otra, habían convertido el viejo fundamento en insostenible. En sus *Reflections on the French Revolution* (1790) Burke reemplazó la autoridad del precedente por la de la sabiduría y la experiencia, y el respeto hacia la Constitución por el respeto hacia la tradición: aquella «asociación ... entre los que están vivos, los que están muertos y los que tienen que nacer». La teoría de los frenos y equilibrios sobre el ejercicio de poderes específicos se tradujo en la atrevida idea de frenos y equilibrios sobre las imperfecciones de la naturaleza del hombre:

> La ciencia de la construcción de una *commonwealth* ... no es para enseñarla *a priori*. ... La naturaleza del hombre es intrincada; los propósitos de la sociedad son de la mayor complejidad posible, y por lo tanto ninguna simple disposición o instrucción del poder se puede adecuar ya sea a la naturaleza del hombre, o a la importancia de sus asuntos. ... Los derechos de los hombres en los gobiernos están ... a menudo en equilibrios entre las diferencias de provecho; en un término medio a veces entre el bien y el mal, y a veces entre el mal y el mal...

Los reformadores radicales «están tan enfrascados en sus teorías sobre los derechos del hombre, que han olvidado su naturaleza». «Debido a su impetuosa precipitación y a su desafío del proceso de la naturaleza, se han entregado a ciegas a todo intrigante y aventurero, a todo alquimista y empírico.» [21]

El argumento se deduce a partir de una naturaleza moral del hombre, en general; pero continuamente vislumbramos el hecho de que no era tanto la naturaleza moral de una aristocracia corrupta lo que alarmaba a Burke, como la naturaleza del populacho, «la cochina multitud». El gran sentido histórico de Burke le llevaba a suponer un «proceso de una naturaleza» tan compleja y dilatoria que cualquier innovación estaba llena de peligros ocultos; un proceso en el que el pueblo común no participara. Si Paine estaba equivocado al rechazar las advertencias de Burke (ya que sus *Derechos de hombre* fueron escritos en réplica a Burke), tenía razón al desenmascarar la inercia de los intereses de clase que subyacen en su espaciosa argumentación. El juicio académico ha

21. *Reflections on the French Revolution*, edición Everyman, pp. 58-59, 62, 166.

tratado a los dos hombres de forma extraña. Se ha exagerado la reputación de Burke como filósofo político, sobre todo en los últimos años. Se ha rechazado a Paine como un mero vulgarizador. En realidad, ninguno de los dos escritores era suficientemente sistemático para figurar como teórico político importante. Los dos eran ensayistas de talento, ambos son menos notables por lo que dicen que por el *tono* en que lo dicen. Paine carece de cualquier profundidad de lectura, de cualquier sentido de seguridad cultural, y le traiciona su carácter arrogante e impetuoso en pasajes escritos de una mediocridad que las mentes académicas siguen lamentando y hace que lo arrinconen con un solo vistazo. Pero la mentalidad popular recuerda a Burke, menos por su penetración que por su impertinencia del momento; «la cochina multitud», su traicionera frase que revelaba otro tipo de insensibilidad de la que Paine era incapaz. La mancha de Burke estropea la compostura de la fina cultura del siglo XVIII. En toda la airada producción popular de folletos que siguió, casi podría parecer que los temas se podían definir en cinco palabras: el epíteto de dos palabras de Burke por una parte, y el título de tres palabras de Paine por la otra. Con monótona invención los folletistas populares hicieron variaciones satíricas sobre el tema de Burke: *Despojos de Cerdo, Carne de Puerco, Hayucos y Bellotas: Recogidas por el Viejo Hubert, Política para el Pueblo: Salmagundi* * *para los cochinos* (con la colaboración de «Hermano Gruñón», «Porculus» y *ad nauseam*) eran los títulos de los folletos y los periódicos. La pocilga, los porqueros, el tocino; y así prosigue. «Mientras vosotros estáis ... atracándoos en los comedores atestados de delicados despojos; nosotros, con nuestro numeroso séquito de *puercos*, nos dedicamos, desde que sale el sol hasta que se pone, a conseguir los medios de subsistencia, ... recogiendo unas pocas bellotas», así reza un *Address to de Hon. Edmund Burke from de Swinish Multitude* (1793). Nunca otras palabras han irritado tanto al «inglés libre por nacimiento», ni le han hecho tan sensato en la respuesta.

Puesto que *Los derechos del hombre* es un texto básico del movimiento obrero inglés, debemos examinar sus argumentos y su tono de forma mucho más atenta.[22] Paine escribió en territorio inglés, pero lo

* Comida compuesta de carne picada, anchoas, huevos, cebollas, con aceite y condimentos. (*N. de la t.*)

22. Paine volvió a Inglaterra en 1787 y estaba muy absorto en sus experimentos en torno a la construcción de puentes. La primera parte de *Los derechos del hombre* se publicó

hizo como un norteamericano con reputación internacional que había vivido durante cerca de quince años en el vigorizante ambiente del experimento y la actitud iconoclasta con respecto a la Constitución. «Quería saber —escribió en el prefacio a la segunda parte— de qué forma sería recibida una obra escrita en un estilo de pensamiento y de expresión distinto a lo que ha sido tradicional en Inglaterra.» Desde el principio rechazó el marco del argumento constitucional: «Lucho por los derechos de los *vivos* y contra el hecho de que sean legados y controlados y estipulados por la supuesta autoridad manuscrita de los muertos.» Burke deseaba «transmitir los derechos de la posteridad para siempre, sustentados en la autoridad de un enmohecido pergamino», mientras que Paine afirmaba que cada generación sucesiva tenía la capacidad de definir sus derechos y su forma de gobierno de nuevo.

En cuanto a la Constitución inglesa, no existía nada de eso. Como máximo, era un «sepulcro de precedentes», un tipo de «Papado Político»; y «el gobierno mediante el precedente, sin hacer ninguna consideración del principio del precedente, es uno de los sistemas más viles que se pueden establecer». Todos los gobiernos, excepto los de Francia y Norteamérica, derivaban su autoridad de la conquista y la superstición: sus fundamentos descansaban sobre «el poder arbitrario». Y Paine reservaba sus particulares improperios para el respeto supersticioso que iba unido a los medios por los que se aseguraba la continuación de este poder: el principio hereditario. «Una banda de criminales invade un país, y lo somete a contribuciones. Una vez establecido su poder de ese modo, el jefe de la banda se las ingenia para cambiarse el nombre de Ladrón por el de Monarca; y he aquí el origen de la Monarquía y los Reyes.» Por lo que se refiere al derecho de herencia, «heredar un Gobierno es heredar al Pueblo, como si fueran rebaños y piaras». «Los Reyes se suceden unos a otros, no como seres racionales, sino como animales. ... Ser un trabajador manual corriente y moliente requiere algún talento; pero ser un Rey sólo requiere la figura animal de un hombre: una especie de autómata que respire»:

---

en 1791; la segunda parte en 1792. La biografía más reciente de Paine, A. O. Aldridge, *Man of Reason* (1960), es completa pero sencilla y añade poco a nuestro conocimiento acerca de la influencia de Paine en Inglaterra y de sus conexiones. Se debería leer junto con la animada pero partidista *Life* (1892) de Moncure D. Conway; o el breve retrato de H. N. Brailsford en *Shelley, Godwin and their Circle*.

No está muy lejano el momento en que Inglaterra se reirá de sí misma por enviar a buscar hombres a Holanda, Hanover, Zell o Brunswick, gastándose un millón al año, que no comprenden ni sus leyes, ni su lenguaje, ni su interés, y cuyas capacidades apenas les hubieran facultado para el cargo de guardias de una parroquia.

«¿Para qué mantener entonces a esos hombres?», preguntaba.

Chambelanes, Pensionistas, Señores de la Alcoba, Señores de la Cocina, Señores de lo Necesario y el Señor sabe de cuántas cosas más; todos ellos pueden encontrar tantas razones en favor de la monarquía como suman sus salarios, pagados a costa del país; pero si le pregunto al labrador, al fabricante, al negociante, al hombre de oficio ... al trabajador corriente, de qué le sirve la monarquía, no me puede dar respuesta. Si le pregunto qué es la monarquía, cree que es algo parecido a una sinecura.

El sistema hereditario, en general, estaba condenado al mismo desprecio: «un gobernante hereditario es tan absurdo como un autor hereditario».

Todo esto era (y algo tiene del temerario aire de) blasfemia. Paine encontró incluso que la sagrada declaración de derechos era «una declaración de males * y una ofensa». No se trata de que Paine fuera el primer hombre que pensaba de ese modo: muchos ingleses del siglo XVIII debieron tener privadamente esas ideas. Él fue el primero que se atrevió a expresarse con tal irreverencia; y con un libro destruyó tabúes centenarios. Pero Paine hizo mucho más que eso. En primer lugar, apuntaba hacia una teoría del Estado y del poder de clase, aunque de forma confusa y ambigua. En *El sentido común* había seguido a Locke en su consideración del gobierno como un «mal necesario». En la década de 1790, las ambigüedades de Locke parecen dividirse en dos partes, una Burke y la otra Paine. Donde Burke da por sentado el gobierno y examina su funcionamiento a la luz de la experiencia y la tradición, Paine habla como representante de los gobernados y da por supuesto que la autoridad de gobierno deriva de la conquista y el poder heredado en el seno de una sociedad dividida en clases. Las clases se definen de una forma tosca: «hay dos clases distintas de hombres en la

* Juego de palabras con el término *right*, que en inglés significa «derecho» y «bien», y el término *wrong* que significa «mal». (*N. de la t.*)

nación, los que pagan impuestos, y los que reciben y viven de los impuestos»; y en cuanto a la Constitución, es buena para: «cortesanos, chambelanes, pensionistas, *borough-holders* * y los líderes de los Partidos ... ; pero es una mala Constitución para, al menos, noventa y nueve de las cien partes de la nación».

De ahí también, la guerra entre los propietarios y los no propietarios: «cuando los ricos despojan a los pobres de sus derechos, esto se convierte en un ejemplo para que los pobres despojen a los ricos de su propiedad».[23] Con este argumento el gobierno aparece como el parasitismo de la corte: los impuestos son una forma de robo, para los pensionistas y para las guerras de conquista, mientras «la totalidad del Gobierno Civil la lleva a cabo el Pueblo de toda ciudad y región, por medio de los funcionarios de las parroquias, los magistrados, las *quarterly sessions*,** los jurados y el *assize*,*** sin dificultad en comparación con lo que se llama el Gobierno». Así que —en este punto— estamos cerca de una teoría del anarquismo. Lo que se necesita no es tanto la reforma como la abolición del gobierno: «en el instante en que el Gobierno formal es abolido, la sociedad empieza a actuar».

Por otra parte, la «sociedad», al actuar a través de un sistema representativo como gobierno, abría nuevas posibilidades que, de pronto, se encendieron en la mente de Paine mientras escribía el crucial capítulo cinco de la segunda parte de *Los derechos del hombre*. Aquí, después de ensalzar el comercio y la empresa industrial, darle de tortas a la dominación colonial (y —más adelante— proponer el arbitrio internacional en lugar de la guerra), asestarle unos golpes al código penal («barbaridad legal»), denunciar las cartas de privilegios exclusivos, las corporaciones y los monopolios y quejarse contra la carga de la fiscalidad, vino a detenerse un momento en los pecados de la aristocracia terrateniente:

> ¿Por qué ... el señor Burke habla de esta Cámara de los Pares como el pilar del interés de la tierra? Si este pilar se hundiera en la tierra, con-

* Perceptores de rentas urbanas. (*N. de la t.*)

23. Estos últimos tres párrafos están tomados de: Paine, *Letter Addressed to the Addressers*, 1792, pp. 19, 26, 69. Todos los demás son de *Los derechos del hombre*.

** Tribunales de jueces de paz de los condados, de jurisdicción civil y limitada que actuaban trimestralmente. (*N. de la t.*)

*** Sesiones que se realizan periódicamente en cada condado de Inglaterra, con el objetivo de administrar justicia civil y criminal, a las que asisten jueces que actúan por comisión especial. (*N. de la t.*)

> tinuarían los mismos bienes raíces, y el mismo arado, siembra y siega seguirían existiendo. La Aristocracia no son los labradores que trabajan la tierra ... sino los meros consumidores de la renta ...

Y esto le condujo a propuestas poco detalladas, de más largo alcance, para recortar los costes del gobierno, el ejército y la armada; perdonar los impuestos y las contribuciones a los pobres; establecer un tributo supletorio mediante un impuesto gradual sobre la renta (elevándolo a 20 chelines por libra a partir de las 23.000 libras); y dar el dinero aumentado o ahorrado, en cantidades para mitigar la situación de los pobres. Propuso subsidios familiares: fondos públicos para permitir la educación general de todos los niños; pensiones de vejez, «no como una cuestión de distinción y favor, sino de derecho» (porque a los receptores sólo se les devolvería una parte de lo que ellos habían aportado a través de los impuestos); un subsidio de natalidad, un subsidio para parejas recién casadas, un subsidio para los funerales de los indigentes; y la construcción, en Londres, de casas de huéspedes combinadas con talleres para asistir a los inmigrantes y a los desempleados:

> Con el funcionamiento de este plan, las leyes de pobres, esos instrumentos de tortura civil, serán reemplazadas. ... Los pobres agonizantes no serán arrastrados de un lugar a otro para morir, como represalia de una parroquia sobre otra. Las viudas tendrán una manutención para sus hijos ... y los hijos no serán ya considerados como un aumento de las desgracias de sus padres. ... El número de pequeños delitos, consecuencia de la desgracia y la pobreza, se reducirá. Los pobres, al igual que los ricos, estarán interesados en dar apoyo al Gobierno, y la causa y el temor a los motines y tumultos dejará de existir. Tú, que estás cómodamente sentado y te consuelas en la abundancia, ... ¿has pensado en estas cosas?

Este es Paine en sus mejores momentos. El éxito de la primera parte de *Los derechos del hombre* fue grande, pero el éxito de la segunda parte fue fenomenal. Fue esta parte —y en especial las secciones como éstas— la que tendió un puente entre las tradiciones más antiguas del «hombre de la Commonwealth» *whig* y el radicalismo de los cuchilleros de Sheffield, los tejedores de Norwich y los artesanos de Londres. Mediante esas propuestas, la reforma se puso en relación con las experiencias cotidianas de la penuria económica. Por muy engañosos que fueran algunos de los cálculos financieros de Paine, las propuestas die-

ron un nuevo carácter constructivo al conjunto de la agitación reformista. Si el comandante Cartwright formuló las demandas específicas en favor del sufragio masculino adulto, que iban a constituir la base de un centenar de años de agitación (y Mary Wollstonecraft, con sus *Right of Women*, inició una era de lucha para el segundo sexo, incluso más larga), Paine, en este capítulo, sentaba las bases para la legislación social del siglo XX.

Pocas de las ideas de Paine eran originales, excepto quizá las de este capítulo «social». «Los hombres que se entregan a su poderoso Genio de la forma en que lo hace Paine, no son Investigadores»; el comentario es de William Blake. Lo que Paine dio al pueblo inglés fue una nueva retórica del igualitarismo radical, que conectaba con las más profundas reacciones del «inglés libre por nacimiento» y que impregnaba las actitudes subpolíticas de los obreros urbanos. Cobbett no fue un verdadero painita, y Owen y los socialistas primitivos aportaron una línea completamente nueva; pero la tradición de Paine recorre con fuerza el periodismo popular del siglo XIX: Wooler, Carlile, Hetherington, Watson, Lovett, Holyoake, Reynolds, Bradlaugh. En la década de 1880 sufre un enérgico reto, pero la tradición y la retórica todavía están vivas en Blatchford y en el llamamiento popular de Lloyd George. Casi podemos decir que Paine estableció un nuevo marco dentro del cual estuvo confinado el radicalismo durante cerca de cien años, tan claro y tan bien definido como el constitucionalismo al que reemplazaba.

¿Cuál era este marco? Ya lo hemos visto, el desprecio por los principios monárquicos y hereditarios:

> Desapruebo los gobiernos monárquicos y aristocráticos, por muy reformados que estén. Las distinciones hereditarias y el orden privilegiado de toda especie ... necesariamente debe contrarrestar el progreso del perfeccionamiento humano. De ahí se deduce que no me cuento entre los admiradores de la Constitución británica.

Las palabras resultan ser de Wordsworth, en 1793. Y también son de Wordsworth las retrospectivas líneas que reviven, más que cualquier otro, el optimismo de aquellos años revolucionarios, cuando —caminando con Beaupuy— se encontró a una «hambrienta» muchacha campesina:

> ... y mi amigo ante la visión
> Dijo con inquietud: «Es contra *eso*

Contra lo que luchamos», yo, como él, creía
Que se extendía un espíritu benigno
Al que nada se podría resistir, aquella miseria
Absoluta, en poco tiempo
Desaparecería, para que viésemos la tierra
Libre de cercas en su deseo de recompensar
A las sumisas, humildes criaturas del trabajo,
Aniquiladas para siempre las instituciones
Que legitimaban la exclusión, la ostentación vacía
Abolidos el Estado materialista y el poder cruel,
Ya fuese por edicto de uno o de unos pocos;
Y finalmente, como culminación de todo,
Que viésemos al pueblo detentando un gran poder
Para poder disponer sus propias leyes; y por consiguiente tuviésemos mejores días
Para toda la humanidad. *

Un optimismo que Wordsworth iba a perder al cabo de poco, pero al que el radicalismo se adhería con tenacidad, basándolo en premisas que Paine no se había detenido a examinar: una fe ilimitada en las instituciones representativas; en el poder de la razón; en (palabras de Paine) «una suma de buen sentido que yace en un estado latente» entre el pueblo llano; y en la creencia de que «el Hombre, si no fuera corrompido por los Gobiernos, es, por naturaleza, el amigo del Hombre, y esta naturaleza humana no es perversa en sí misma». Y todo eso expresado en un tono intransigente, impetuoso e incluso presuntuoso, con el recelo del hombre autodidacta hacia la tradición y las instituciones de estudio («se sabía de memoria todos sus propios escritos y no sabía nada más», fue el comentario de uno de los conocidos de Paine), y una tendencia a esquivar los problemas teóricos complejos con un poco de empirismo y un llamamiento al «Sentido Común».

Tanto la fortaleza como las debilidades de este optimismo se repro-

* ... and at the sight my friend / In agitation said, «Tis against *that* / That we are fighting,» I with him believed / That a benignant spirit was abroad / Which might not be withstood, that poverty / Abject as this would in a little time / Be found no more, that we should see the earth / Unthwarted in her wish to recompense / The meek, the lowly, patient child of toil, / All institutes for ever blotted out / That legalised exclusion, empty pomp / Abolished, sensual state and cruel power, / Whether by edict of the one or few; / And finally, as sum and crown of all, / Should see the people having a strong hand / In framing their own laws; whence better days / To all mankind.

dujeron una y otra vez en el radicalismo de la clase obrera del siglo XIX. Pero los escritos de Paine no iban dirigidos en especial a la población obrera, como algo distinto de los labradores, los hombres de oficio y los profesionales. La suya era una doctrina adecuada para la agitación entre «innumerables miembros»; pero no ponía en cuestión ni los derechos de propiedad de los ricos, ni las doctrinas del *laissez faire*. Sus propias relaciones se daban, muy claramente, con hombres de las clases no representadas de fabricantes y comerciantes; con hombres como Thomas Walker y Holcroft; con la Sociedad Constitucional más que con la SCL. Sus propuestas de un impuesto gradual sobre la renta anticipan ideas de más largo alcance sobre redistribución de la propiedad; pero iban dirigidas a la aristocracia de grandes propietarios, de la que le disgustaba el principio hereditario junto con la costumbre de la primogenitura. En términos de democracia política deseaba igualar todas las distinciones y privilegios heredados, pero no contemplaba la igualación económica. En la esfera política, todo hombre debe tener iguales derechos como ciudadano; en la esfera económica, debe continuar siendo patrono o empleado, y el Estado no debería interferir ni en el capital, ni en los salarios. *Los derechos del hombre* y *La riqueza de las naciones* deberían complementarse y nutrirse uno a otra. Y también en eso, la tradición principal del radicalismo obrero del siglo XIX tomó su carácter de Paine. Hubo épocas, en los momentos álgidos de los owenitas y los cartistas, en que otras tradiciones llegaron a ser dominantes. Pero después de cada recaída, el sustrato de los supuestos painistas quedaba intacto. La aristocracia era el objetivo principal, su propiedad podía ser amenazada —incluso por lo que se refiere a la nacionalización de la tierra y al impuesto único de Henry George— y sus rentas consideradas como exacción feudal de la época del «bastardo francés» y sus «bandidos armados»; pero —por muy fuerte que fuera la lucha de los *trade unionists* contra sus patronos— el capital industrial se consideraba como el fruto de una empresa y, por consiguiente, fuera del alcance de la intervención política. Hasta la década de 1880, por lo general, el radicalismo obrero permaneció paralizado dentro de este marco.

Otro elemento que Paine aportó a la tradición del siglo XIX: el verdadero painita —Carlile o James Watson o Holyoake— era también un librepensador. «Mi religión es hacer el bien», escribió Paine en *Los derechos del hombre*, y dejó aquí la cuestión. Pero se consideraba a sí mismo como el paladín de esos derechos contra «la era de la ficción y

la superstición política, y de la astucia y el misterio»; y era natural que completase su trabajo con *La edad de la razón*, una serie ininterrumpida de improperios contra la religión del Estado y toda suerte de triquiñuelas de los curas. Paine escribió, no como un ateo, sino como un deísta; la primera parte, escrita en Francia en 1793 bajo la sombra de la guillotina, veía pruebas de la existencia de un Dios en el acto de la creación y en el mismo universo, y apelaba a la razón como opuesta al misterio, el milagro o la profecía. En 1795, el libro fue publicado en Inglaterra por Daniel Isaac Eaton, quien sufrió no menos de siete procesos, y hacia 1812, 15 meses de prisión y 3 años de destierro, por sus actividades como impresor. A pesar de las descaradas provocaciones de su tono, *La edad de la razón* contenía pocas cosas que pudieran sorprender a los deístas del siglo XVIII o a los unitaristas avanzados. Lo nuevo era el público popular al que atraía Paine, y la gran autoridad de su nombre. La segunda parte, publicada en 1796 (también por el valiente Eaton),[24] era un ataque a la ética del Antiguo Testamento y la veracidad del Nuevo, un atropellado ensayo de criticismo bíblico: «He ... recorrido la Biblia, como un hombre recorrería un bosque con una hacha a su espalda y cortaría árboles. Ahí están, y los curas, si quieren, los pueden volver a plantar. Quizá, podrán clavarlos en el suelo, pero nunca conseguirán hacerlos crecer.»

Hay que decir que existen otros usos para los bosques. Blake reconocía la fuerza y la acometida de los argumentos de Paine, parafraseándolos en su propia taquigrafía inimitable:

> Que la Biblia es un completo Engaño del Estado, y aunque el pueblo lo vio siempre, nunca pudo quitárselo de encima. Otro argumento es que todos los Comentaristas de la Biblia son unos Bellacos Falsos e Intrigantes, que con la esperanza de tener una vida mejor adoptan la religión del Estado ... Podría nombrar a un centenar de ellos.

Pero Paine era incapaz de leer cualquier parte de la Biblia como (en palabras de Blake) «un Poema de imposibilidades verosímiles». Para muchos de los seguidores ingleses de Paine, durante los años de la represión, *La edad de la razón* era «una espada enviada para dividir». Algunos jacobinos que seguían perteneciendo a las iglesias disidentes

24. Eaton publicó una «Tercera Parte» en 1811, y fue sentenciado en 1812, a la edad de 60 años, a otros 18 meses de prisión y a la picota. T. S. Howell, *State Trials*, 1823, XXXI, pp. 927 y ss.

o metodistas se sintieron enojados tanto con el libro de Paine, como con la oportunidad que daba a sus enemigos de montar un renovado ataque contra los «ateos» y los «republicanos». Las autoridades, por su parte, consideraron que la última ofensa de Paine superaba todos los ultrajes previos; había cogido los períodos moderados de los cómodos pastores unitaristas y el escepticismo de Gibbon, los había traducido a un torpe inglés polémico, y los había lanzado a los humildes. Ridiculizaba la autoridad de la Biblia con argumentos que podía entender un minero o una muchacha campesina:

> ... la persona a la que llaman Jesucristo, engendrada, dicen, por un espíritu, al que denominan santo, en el cuerpo de una mujer comprometida en matrimonio y casada más adelante, y a la que llaman virgen, 700 años después de que esta absurda historia fuera contada ... ¿Creería alguien a cualquier muchacha con un hijo que, hoy en día, dijera que ella había sido fecundada con un hijo por un espíritu, y que un ángel se lo había anunciado?

Cuando consideramos las bárbaras y perniciosas supersticiones que inculcaban en esa época las iglesias y las escuelas dominicales,[25] podemos darnos cuenta del efecto liberador que los escritos de Paine tuvieron en muchos espíritus. Ayudaba a los hombres a luchar, libres de la capa de respeto religioso que reforzaba el respeto debido al magistrado y al patrono, y lanzó a muchos artesanos del siglo XIX por un camino de fuerte independencia intelectual e investigación. Pero también debemos recordar las limitaciones de la «razón» de Paine; tenía una facilidad y una falta de recursos imaginativos en el hacer que recuerdan una de las constricciones de Blake en la «visión única». En el Libro del Eclesiastés, Paine sólo podía ver «la reflexión solitaria de un libertino maltrecho ... que, evocando escenas de las que ya no puede disfrutar, exclama, ¡*Todo es vanidad*! Una gran parte de la metáfora y de los sentimientos es oscura...».

La edad de la razón no fue la única fuente del pensamiento libre del siglo XIX. Se divulgaron otros muchos tratados y traducciones (compendios de Voltaire, D'Holbach, Rousseau) en los círculos jacobinos, en la década de 1790, de los cuales el más influyente fue *Ruins of Empire* de Volney. Era éste un libro más profundo e imaginativo que el

25. Véase más adelante, cap. 11.

de Paine, un original estudio comparativo sobre religión. Además, la alegoría de Volney sobre la evolución de las triquiñuelas de los curas se hacía corresponder con la alegoría del desarrollo del despotismo político; en su conclusión ofrecía un mensaje más general de tolerancia e internacionalismo que Paine. A diferencia de *Political Justice* de William Godwin, cuya influencia se redujo a un pequeño círculo sumamente culto,[26] *Ruins* de Volney se publicó en forma de libro de bolsillo barato y estuvo en las bibliotecas de muchos artesanos durante el siglo XIX. Su capítulo quince, la visión de una «Nueva Era», se divulgó con frecuencia como un folleto. En él, el narrador ve a una nación civilizada decidida a dividirse en dos grupos: los que «mediante trabajos útiles contribuyen al mantenimiento y conservación de la sociedad», por una parte, y sus enemigos por la otra. La abrumadora mayoría se encuentra en el primer grupo: «trabajadores, artesanos, hombres de oficio y toda profesión útil a la sociedad». El segundo era «un pequeño grupo, una fracción sin valor»; «nadie, sino curas, cortesanos, contables públicos, jefes de tropas, en resumen, los representantes civiles, militares o religiosos del gobierno». Entre los dos grupos tiene lugar un diálogo:

> PUEBLO: ... ¿Qué trabajo realizáis en la sociedad?
> CLASE PRIVILEGIADA: Ninguno, nosotros no estamos hechos para trabajar.
> PUEBLO: Entonces, ¿cómo habéis adquirido vuestra riqueza?
> CLASE PRIVILEGIADA: Preocupándonos de gobernaros.
> PUEBLO: ¡Gobernarnos! ... Nosotros trabajamos y vosotros disfrutáis; nosotros producimos y vosotros derrocháis; la riqueza mana de nosotros y vosotros la absorbéis. Hombres privilegiados, clase separada del pueblo, formad una nación aparte y gobernaros vosotros mismos.

Unos pocos de la clase privilegiada se unen al pueblo (continúa la visión), pero los demás intentan intimidar al pueblo con tropas. Sin embargo, los soldados tiran sus armas al suelo y dicen: «Somos parte del pueblo.» A continuación, la clase privilegiada intenta engañar al pueblo con los curas, pero éstos son rechazados: «Curas y cortesanos, vuestros servicios son demasiado caros; en lo sucesivo tomaremos vues-

26. El anarquismo filosófico de Godwin sólo llegó a un público obrero después de las guerras; y entonces lo hizo, principalmente, a través de las notas a *Queen Mab* de Shelley, en las ediciones no autorizadas de Richard Carlile.

tros asuntos en nuestras manos.» Por un curioso efecto de traducción, los puntos de vista de Volney parecen más radicales en inglés que en francés. La noción del Estado u orden aristocrático parasitario se expone como la «clase» más generalizada de ricos y ociosos. De ahí arrancaría la sociología del radicalismo de posguerra, que dividía la sociedad entre las «Clases Productivas» o «Útiles» por un lado, y los cortesanos, los detentadores de prebendas, los poseedores de fondos, los especuladores y los parasitarios intermediarios por el otro.[27]

Sin embargo, Volney fue una influencia algo posterior. Paine dominó el radicalismo popular de los primeros años de la década de 1790. Es cierto que su torpe mentalidad polémica dio una estrechez de miras al movimiento que (con la euforia más sofisticada de Godwin) fue agriamente caricaturizado por los reformadores desencantados, cuando se pasó de la Convención revolucionaria francesa al bonapartismo, por la vía del terror. La crítica y la caricatura, expresadas con los genios combinados de Burke, Wordsworth y Coleridge, han dominado las opiniones de muchos estudiosos contemporáneos expuestos, ellos mismos, a experiencias similares de desencanto revolucionario durante los pasados 25 años.

Ciertamente, entre algunos de los discípulos de Godwin y de Paine, había una actitud mesiánica, de selección estelar, que les hacía proclives a la aceptación de ideas superficiales (y a la larga vulgares) de la perfectibilidad humana:

> ¡Oh, Paine! junto a Dios, cuán infinitamente están millones de seres en deuda contigo por el pequeño residuo de sus libertades ... Alejandros, Césares, Fernandos, Capetos, Federicos, Josés y Zarinas han ... luchado ferozmente para esclavizar a la humanidad; pero te estaba reservado ... ondear los estandartes celestiales de los derechos del hombre, sobre las tambaleantes bastillas de Europa; romper los grilletes del despotismo de los tobillos de millones de seres, y destruir aquellos yugos de opresión ... preparados para los cuellos de más millones de seres aún por nacer.[28]

Siempre se encuentran actitudes como ésta en períodos de entusiasmo revolucionario. Pero si se aplica el mito de «totalitarismo» jacobino al contexto inglés, entonces es necesario refutarlo con las realidades más

27. Véase especialmente la discusión de Wade y el *Gorgon*, más adelante, vol. 2, pp. 382 y ss.

28. Ciudadano Randol, de Ostende, *A Political Catechism of Man*, 1795, p. 8.

simples. Paine y sus seguidores ingleses no predicaban el exterminio de sus adversarios, sino que predicaban contra Tyburn y el sanguinario código penal. Los jacobinos ingleses abogaban por el internacionalismo, por el arbitrio en lugar de la guerra, por la tolerancia hacia los disidentes católicos y librepensadores, por la apreciación de la virtud humana en el «pagano, turco o judío». Mediante la agitación y la educación, pretendían transformar a «la muchedumbre» (en palabras de Paine) de «seguidores de la *facción*» en seguidores del «*estandarte* de la libertad».

Esto no significa desechar las acusaciones contra algunos jacobinos ingleses, de ideas doctrinarias y experimentalismo moral frívolo, cuya expresión más notable se encuentra en el libro III de *Excursion* de Wordsworth. Estos han sido, a menudo, los vicios de la «izquierda». Paine tenía poco sentido histórico, su visión de la naturaleza humana era superficial, y el suyo es un tipo de optimismo («No creo que la Monarquía y la Aristocracia se mantengan por siete años más en cualquiera de los países ilustrados de Europa») que la mentalidad del siglo XX encuentra pesado. Pero en nuestra época, la reacción contra la interpretación *whig* o marxista de la historia ha sido tan grande, que algunos estudiosos han propagado una inversión ridícula de los papeles históricos: los perseguidos se ven como precursores de la opresión, y los opresores como víctimas de la persecución. Y por ello, nos hemos visto obligados a reexaminar esas verdades elementales. Fue Paine quien depositó su fe en la libre actuación de la opinión en la «sociedad abierta»: «hoy no se le puede decir a la humanidad que no debe pensar o que no debe leer»; también fue Paine quien vio que en los debates constitucionales del siglo XVIII «la nación siempre estaba excluida del tema». Incluyendo a la nación *en* el tema, estaba obligado a poner en marcha unas fuerzas que no podía ni controlar ni prever. En eso consiste la democracia.

5. PLANTAR EL ÁRBOL DE LA LIBERTAD

Debemos ahora volver a Thomas Hardy y sus compañeros, que se reunieron en La Campana, en la calle Exeter, en enero de 1792. Hemos hecho este largo rodeo para sortear la muralla china que separa el siglo XVIII del siglo XIX, y la historia de la agitación obrera, de la historia cultural e intelectual del resto de la nación. Los acontecimientos de la década de 1790 se ven, demasiado a menudo, en Inglaterra como un destello que se refleja de la toma de la Bastilla.[1] Pero los elementos que cristalizaron mediante el ejemplo francés —las tradiciones disidentes y libertarias— se remontan muy lejos en la historia inglesa. Y la agitación de la década de 1790, aunque sólo duró cinco años (1792-1796), fue extraordinariamente intensa y de largo alcance. Alteró las actitudes subpolíticas del pueblo, afectó los alineamientos de clase e inició tradiciones que se extienden hacia adelante hasta el presente siglo. No fue sólo agitación en torno a Francia, aunque los acontecimientos franceses a la vez la inspiraron y la complicaron. Fue una agitación inglesa, de unas dimensiones impresionantes, en favor de una democracia inglesa.[2]

El ejemplo francés rompió la compuerta del constitucionalismo.

1. Para las sociedades populares, véase G. S. Veitch, *The Genesis of Parliamentary Reform*, 1913; W. P. Hall, *British Radicalism, 1791-97*, Nueva York, 1912, y P. A. Brown, *The French revolution in English History*, 1918. Véase también J. Deschamps, *Les Iles Britanniques et la Revolution Française*, Bruselas, 1949; H. Collins, «The London Corresponding Society», en *Democracy and the Labour Mouvement*, compilado por J. Saville, 1954; W. A. L. Seaman, «British Democratic Societies in the French Revolution», tesis doctoral no publicada, Londres, 1754.

2. Por supuesto, también fue una agitación, si cabe más intensa, en favor de la independencia de Irlanda y la democracia en Escocia. Véase, H. W. Meikle, *Scotland and the French Revolution*, Glasgow, 1912; R. B. Madden, *The United Irishmen*, 1842-1846.

Pero el año fue 1792, no 1789, y las aguas que fluyeron a través de ella fueron las de Tom Paine. Una vía para acercarnos a estos acontecimientos son algunas impresiones del norte de Inglaterra en la segunda mitad de 1792. En verano, el ministro de la Guerra consideró que la situación era suficientemente seria como para enviar de viaje al lugarteniente del general ayudante para que averiguase la disposición de las tropas y su fiabilidad en un momento de emergencia. En Sheffield «encontré que las doctrinas sediciosas de Paine y la gente facciosa, que intentan perturbar la paz del país, se habían extendido hasta un punto, mucho más allá de lo que imaginaba». En Sheffield vio un «centro de todas sus maquinaciones sediciosas»: 2.500 «de los trabajadores manuales más bajos» estaban inscritos en la principal asociación partidaria de la reforma (la Sociedad Constitucional): «Ahí leían y comentaban las publicaciones más agresivas, así como su correspondencia no sólo con las sociedades que dependían de ella, en las ciudades y los pueblos vecinos, sino con aquellos que estaban ... en otras partes del reino...» [3]

En el otoño y el invierno de 1792, Wilberforce (el diputado por Yorkshire) recibió noticias alarmantes de varios corresponsales. Wyvill le escribió acerca de «la actitud del pueblo bajo en el condado de Durham»:

> Una cantidad considerable de gente ha manifestado descontento hacia la Constitución, en Bernard Castle, y se han escrito en la plaza del mercado* las palabras, «Abajo el rey», «Libertad» e «Igualdad». Durante los últimos disturbios entre los marineros en Shields y Sunderland, éstos se dirigieron al general Lambton de este modo: «¿Ha leído usted esta pequeña obra de Tom Paine?» «No.» «Pues léala; a nosotros nos gusta mucho. Usted tiene una gran hacienda, general; pronto la dividiremos entre nosotros.» [4]

En noviembre un corresponsal escribía directamente a Pitt, desde North Shields, describiendo las huelgas y los motines de los marineros («P.S. Es espantoso narrarlo, en este momento la muchedumbre está condu-

3. Citado en Aspinall, *The Early English Trade Unions*, 1949, pp. 4-5.

* En el original: *market-cross*. En Inglaterra se acostumbraba erigir cruces en los lugares de reunión y, por excelencia, en el mercado. Luego estas palabras han pasado a designar el mercado. (*N. de la t.*)

4. R. I. y S. Wilberforce, *Life of William Wilberforce*, 1838, II, p. 2.

ciendo a algunos marineros y oficiales, que se han mostrado renuentes a atenerse a su modo de proceder, desnudos a través de la ciudad»), en términos que rayan en el pánico:

> Cuando miro alrededor y veo este país cubierto de miles de Mineros, Marineros, Carreteros y otros trabajadores, formidables compañeros profundamente impresionados con las doctrinas de la igualdad y en la actualidad compuestos de una materia tan inflamable que la más mínima chispa lo convertirá en una llamarada, no puedo dejar de pensar que la debilidad de los Magistrados es muy censurable.[5]

Un hombre importante le escribió a Wilberforce desde Leeds acerca de «la dañina obra de Paine ... comprimida en un folleto de seis peniques, y vendida y distribuida con profusión. ... La puedes ver en las casas de los oficiales aprestadores de paños. Los soldados están conchabados por todas partes». «El estado del país ... parece muy crítico», anotó Wilberforce en su diario. E informó a su corresponsal de Leeds: «Estoy pensando en proponerle al arzobispo de Canterbury ... que fije un día de ayuno y humillación.» Pero desde Leeds llegaron mejores noticias: una muchedumbre leal había desfilado por las calles,

> llevando una imagen de Tom Paine en lo alto de un palo, con una cuerda alrededor del cuello sostenida por un hombre que estaba detrás y que continuamente azotaba la efigie con un zurriago de carretero. Al final la imagen se quemó en la plaza del mercado, mientras la campana del mercado doblaba lentamente. ... En todos los rostros había una sonrisa ... «Dios salve al rey» resonaba en las calles... [6]

Sin embargo, las calles de Sheffield presenciaron escenas de un carácter muy diferente. Se convocaron manifestaciones a finales de noviembre para celebrar las victorias de los ejércitos franceses en Valmy; y el *Sheffield Register*, un periódico semanal que daba apoyo a los reformadores, informó de ellas (30 de noviembre de 1792). Una procesión de cinco o seis mil personas llevó a través de las calles un buey asado descuartizado, entre disparos de artillería. En la procesión había:

5. De Powditch a Pitt, 3 de noviembre de 1792, H.O. 42.22.
6. Wilberforce, *op. cit.*, II, pp. 1-5.

> una caricatura que representaba a *Britannia;** Burke cabalgando sobre un cerdo; y una figura, cuya parte superior era el retrato del Ministro Escocés,[7] y la parte inferior la de un Asno ... el estandarte de la Libertad yacía roto en el suelo, en él estaba escrito «La Verdad es Mentira»; el Sol salía detrás de una Nube y el Ángel de la Paz extendía con una mano hacia abajo los «Derechos del Hombre» y tendía la otra para levantar a *Britannia.*

«Jamás había visto un grupo de villanos tan decidido y enérgico», subrayó un observador hostil.

Hay algo poco habitual en ello: mineros, marineros, aprestadores de paños, cuchilleros; no eran sólo los tejedores y los trabajadores de Wapping y Spitalfields, cuyas pintorescas y ruidosas manifestaciones habían salido en apoyo de Wilkes, sino obreros de pueblos y ciudades de todo el país que exigían derechos *generales* para ellos. Fue esto —y no el Terror francés— lo que provocó el pánico entre las clases propietarias.

Lo podemos ver si nos fijamos más atentamente en los acontecimientos que rodearon la publicación de *Los derechos del hombre.* Las primeras sociedades populares no se formaron hasta más de dos años después de la toma de la Bastilla. Entre las clases medias y altas había una buena disposición para acoger los primeros acontecimientos de la Revolución; incluso los tradicionalistas argüían que Francia se estaba alineando tardíamente con las ideas británicas de la «Constitución mixta». Los disidentes —y particularmente el doctor Price— fueron de los primeros en aprovechar el ejemplo francés, trazando analogías con Gran Bretaña y derivando de la Gloriosa Revolución el derecho a pedir cuentas a su propio «juez supremo». La agitación en favor de la revocación de los impedimentos contra los disidentes (las *Test and Corporation Acts*) alcanzó su punto álgido en el invierno de 1789-1790; y en el clima de grandes pasiones que creó esta campaña (y el rechazo de la Revocación) se formaron las primeras Sociedades Constitucionales provinciales de los reformadores, a la vez que los primeros clubs de partidarios de la «Iglesia y el Rey», de sus aristocráticos oponentes. Las *Reflections* de Burke (en las que se criticaba al doctor Price) fueron el primer signo importante de una reacción general, que precedió a la pro-

* Nombre de la personificación de Gran Bretaña en una mujer. (*N. de la t.*)
7. Henry Dundas, ministro del Interior.

clamación de la república francesa y al primer terror contra los contrarrevolucionarios. En verdad, Burke sorprendió a muchos reformadores circunstanciales (entre los que se habían contado Pitt y el propio Burke durante un tiempo) e incluso a los tradicionalistas, debido a la vehemencia de sus argumentos. Como hemos visto, los motines de Birmingham favorables a la «Iglesia y al Rey», del verano de 1791, apenas pertenecen a la era «revolucionaria francesa». Aunque el pretexto para los motines fue un banquete para celebrar el aniversario de la caída de la Bastilla, tanto la propaganda de los jacobinos como la de los antijacobinos apenas si había penetrado en el pueblo. Desde mayo de 1792 hacia adelante, las manifestaciones antijacobinas como las que describe Wilberforce en Leeds estuvieron mejor organizadas, compuestas más a menudo por personas desmoralizadas y esbirros y dirigidas de forma más abierta a la intimidación de los reformadores plebeyos.

Sin embargo, los motines de Birmingham suponen un momento de transición.[8] La evidente complicidad y satisfacción de las autoridades indignaron y fortalecieron a los reformadores que, en otras muchas partes del país, habían celebrado la caída de la Bastilla sin que se les importunara. También sirvieron, de forma aviesa, como un anuncio de sus actividades, en un momento en que la primera parte de *Los derechos del hombre* estaba aumentando su popularidad. Algunos magistrados de Lancashire detectaron un «malhumor general» al que los sucesos de Birmingham habían contribuido, y lo relacionaban con «un espíritu de conspiración muy generalizado entre todo tipo de trabajadores y artesanos que se encuentran en un estado de descontento en relación a todo control legal».[9] Quizá como réplica a los sucesos de Birmingham, en agosto, en Londres, Horne Tooke, anterior lugarteniente de Wilkes, presidió una «Reunión Exclusiva de los AMIGOS DE LA PAZ UNIVERSAL y la LIBERTAD» en la taberna La Casa de Paja, en la que se hizo público un *Comunicado y Declaración*, en forma de cuartillas impresas, que señalaba en términos directos la importancia del ejemplo francés para Gran Bretaña.

El paso se acelera cuando, en el invierno de 1791-1792, se fundan

8. Tienen un significado adicional, porque inhiben el desarrollo ulterior del movimiento radical en Birmingham. Si no hubiese sido por los motines, Birmingham —con sus numerosos pequeños menestrales y artesanos— se podría haber convertido en un centro jacobino dirigente, junto con Norwich y Sheffield.

9. Aspinall, *op. cit.*, p. 1.

varias de las sociedades reformistas, en las provincias y en Londres. En febrero de 1792 se publicó la segunda parte de *Los derechos del hombre,* con su decisivo capítulo «social». En marzo se reorganizó la Sociedad Constitucional,[10] con Horne Tooke como espíritu dirigente, que iba a actuar como enérgico mediador entre las diferentes secciones de los reformadores. En abril varios pares *whigs* y parlamentarios fundaron una selecta «Sociedad de Amigos del Pueblo», uno de cuyos objetivos era *contrarrestar* el extremismo inconstitucional de Paine, y cuya principal aportación positiva fue la publicación del informe de una comisión que había investigado, con meticulosidad fabiana, el estado de la representación parlamentaria, la corrupción y el favoritismo. En mayo se hizo pública una proclama real contra las publicaciones sediciosas, dirigida en particular contra Paine. Aquel verano los ejércitos austroprusianos invadieron Francia; el rey y la reina fueron detenidos; y se inició el primer terror contra los partidarios del *ancien régime.* La Convención se reunió en septiembre, y se proclamó el primer año de la República. En noviembre John Reeves fundó su asociación antijacobina; en diciembre Paine fue proscrito (en su ausencia) y se condenaron *Los derechos del hombre* como libelo sedicioso. En enero de 1793 *Luis fue ejecutado, y en febrero empezó la guerra entre Inglaterra y* Francia.

Los acontecimientos, ensartados equivocadamente de ese modo, pueden ser engañosos. Lo que es notable es el muy drástico cambio que tuvo lugar en los 12 meses que van entre febrero de 1792 y febrero de 1793. Al principio de aquel año, Pitt esperaba, con toda confianza, «quince años» de paz. Más de 6 meses después, todavía tenía esperanzas de beneficiarse de la confusión de Francia, mientras mantenía la neutralidad inglesa. La proclama de mayo de 1792 significó la primera alarma seria de parte del gobierno por lo que se refiere a la propaganda painita; pero éste todavía se consideraba un tema puramente doméstico. Tres factores alteraron la situación. Primero, la rápida radicalización de la Revolución francesa después de las matanzas de septiembre. Segundo, la amenaza directa a los intereses ingleses y al equilibrio diplomático en Europa que representaba el fervor expansio-

10. Es decir, la Sociedad de Londres (o nacional) para la Información Constitucional, que no tenía ramas provinciales. Las Sociedades Constitucionales (como las de Sheffield, Manchester y Derby) mantenían correspondencia con Londres —y a menudo con la SCL así como con la SIC— pero su fundación y su dirección eran independientes.

nista de la nueva República. Tercero, los peligrosos signos de confluencia entre el optimismo revolucionario en Francia y el creciente movimiento jacobino en casa. En noviembre de 1792, la Convención había hecho público su famoso decreto de «fraternidad y ayuda» a todos los pueblos; más tarde, en el mismo mes, delegaciones fraternas de Londres y Escocia asistieron a la Convención, y un diputado (Grégoire) saludó a la nueva república que pronto surgiría a las orillas del Támesis. Paine, en su exilio francés, fue elegido diputado por el Pas de Calais. Hacia diciembre se confirmó la política expansionista de los vacilantes girondinos, en Saboya, Renania, Niza y Bélgica; y se gritaba el eslogan «Guerra a los *châteaux;* paz en las casas de los campesinos». Las ocasiones reales para la guerra (la ejecución de Luis y el control del Escalda) concluyeron los 12 meses que habían transformado a Pitt, de primer ministro del asentamiento económico, la paz y la reforma paulatina, en el arquitecto diplomático de la contrarrevolución europea.[11] Y esta no fue la transformación de un hombre, sino la de una clase: la de los patricios así como la de la *bourgeoisie* comercial e industrial, que habían puesto en Pitt su esperanza de racionalización económica y reforma política prudente.

De estos factores, generalmente se subestima el tercero: la profundidad y la intensidad de la agitación democrática en Inglaterra. El pánico y la ofensiva contrarrevolucionaria de los propietarios comenzó, en Inglaterra, algunos meses antes de que se produjeran, en Francia, la detención del rey y las matanzas de septiembre; y cuando esto último tuvo lugar, todos los órganos de la autoridad de aquí utilizaron todos los medios para dar publicidad a los sufrimientos de las víctimas de la guillotina, y de los *émigrés* franceses, no sólo a partir de un sentimiento de conmoción, sino también —y, quizá, en primer lugar— como un medio de contrarrestar la propaganda jacobina inglesa.

Porque el éxito de la segunda parte de *Los derechos del hombre* fue, verdaderamente, fenomenal. La estimación (que se hacía en un folleto de 1793) de que las ventas alcanzaron un total de 200.000 ejemplares en aquel año ha sido ampliamente aceptada; y esto en una población de diez millones.[12] La segunda parte llegó rápidamente a una

11. Véase G. Lefebvre, *The French Revolution*, 1962, pp. 274-283. (Hay trad. cast.: *1789: Revolución Francesa*, Laia, Barcelona, 1974²)

12. Las *Reflections* de Burke se vendían a 3*s*., y durante los dos primeros años se vendieron 30.000 ejemplares de las mismas. La primera parte de *Los derechos del hombre* tam-

sexta edición, patrocinada por la Sociedad Constitucional y sociedades locales. Hannah More lamentaba que «los amigos de la insurrección, la infidelidad y el vicio, llevaran tan lejos sus esfuerzos como para cargar asnos con sus perniciosos folletos y los repartieran no sólo por las casas de los campesinos y las carreteras, sino por las minas y los pozos de carbón».[13] En Sheffield se decía que «todos los cuchilleros» tenían un ejemplar. En Newcastle (Stafforshire) se decía que las publicaciones de Paine estaban «casi en todas las manos», y particularmente en las de los oficiales alfareros: «más de las Dos Terceras partes de este populoso Vecindario están maduras para una Revuelta, especialmente la clase más baja de Habitantes».[14] El libro de Paine se encontraba en las minas de estaño de Cornualles, en los pueblos de Mendip, en las Highlands de Escocia y, un poco más tarde, en la mayor parte de Irlanda. «Las partes Septentrionales de Gales —lamentaba un corresponsal— están infestadas de predicadores Metodistas itinerantes que disertan largamente sobre los Derechos del Hombre y atacan al Gobierno Regio.» [15] «El libro —escribió un corresponsal inglés— se ha vuelto tan Corriente hoy en día en este País como Robinson Crusoe y *Pilgrim's Progress.»* [16]

En el proceso *in absentia* de Paine, el fiscal de la corona se quejaba de que *Los derechos del hombre* se «pone en manos de sujetos de todo tipo, incluso se envuelven con él los confites de los niños». Dundas explicó que la proclama real de mayo de 1792 estaba justificada «cuando grandes grupos de hombres en importantes ciudades industria-

bién costaba 3*s*., y se vendieron 50.000 ejemplares en 1791. Hacia 1802, Paine declaraba que las dos partes habían alcanzado una tirada de 400.000 o 500.000 ejemplares —y en 1809, se declaraban 1.500.000— pero eso incluye las enormes ventas en Irlanda así como las traducciones europeas. Me inclino a aceptar la estimación de una venta de 200.000 ejemplares en Inglaterra, Gales y Escocia (teniendo en cuenta las dos partes, y también las ediciones abreviadas que publicaron los clubs locales) de 1791 a 1793, aunque R. D. Altick nos advierta de que «ni una sola obra de ninguna literatura ... se ha acercado jamás a esa tirada». Véase *The English Common Reader*, 1957, pp. 69-73.

13. W. Roberts, *Memoirs of ... Mrs. Hannah More*, 1834, II, pp. 424-425.

14. J. Massey, 22 de noviembre de 1792, H.O. 42.22; F. Knight, *The Strange Case of Thomas Walker*, 1957, p. 117.

15. «Memorandum on Clubs», octubre 1792, en H.O. 42.22. Para el jacobinismo en Gales, véase D. Davies, *The Influence of the French Revolution on Welsh Life and Literature*, Camarthen, 1926, y M. P. Jones, «John Jones of Glan-y-Gors», *Trans. Cymmrodorian Society* (1909-1910).

16. Benjamin Vaughan, 30 de noviembre de 1792, H.O. 42.22.

les abrazaban y hacían circular doctrinas de tendencia tan perniciosa». Se afirmó con claridad que el bajo precio de las ediciones abreviadas agravaba el delito. La proclama se corroboró mediante reuniones cuidadosamente patrocinadas, por todo el país. Los magistrados locales y el clero promovieron la elaboración de comunicados leales que condenaran a Paine y se formaron sociedades de la *gentry* «para mantener inviolable la GLORIOSA CONSTITUCIÓN DE LA VIEJA INGLATERRA». Se imprimieron 20.000 ejemplares de un panfleto difamatorio atacando a Paine, que fueron subvencionados a través del fondo del Servicio Secreto.[17] Paine replicó a este montaje para atacarle, con una provocativa *Letter Addressed to the Addressers* en la que también la emprendió con los aristocráticos Amigos del Pueblo y ridiculizó el uso de peticiones como medio de reforma:

> Considero que la reforma del Parlamento, mediante la solicitud al Parlamento ... es un asunto inútil y gastado, acerca del cual la nación está cansada. ... El derecho, y el ejercicio de este derecho, pertenece sólo a la nación, y el medio apropiado es una convención nacional, elegida para ese fin por todo el pueblo.[18]

Esta forma de hablar, con un rey bajo arresto al otro lado del canal como consecuencia de una Convención Nacional, era revolucionaria. Pero antes de que se publicase la *Letter*, el propio Paine había cruzado el canal para evitar la detención. Sus últimas palabras fueron una carta, dirigida al fiscal general, desde «París, 11 de noviembre del primer año de la República», para ser leída en su proceso. Una sentencia contra él (decía) significaría lo mismo que una sentencia contra «el Hombre de la Luna»: en realidad, significaría una sentencia contra los derechos del pueblo de Inglaterra.

> Señor, las cosas se están poniendo demasiado serias para jugar con procesos judiciales. ... Los terribles ejemplos que han tenido lugar aquí, con hombres que hace menos de un año se sentían tan seguros como cualquiera de los que procesan, ya sean Jueces, Jurados o el Fiscal de la Corona lo puede estar en Inglaterra, deberían tener algún peso en su

17. En el invierno de 1792-1793; véase A. Aspinall, *Politics and the Press*, 1949, pp. 152-153.

18. Paine, *loc. cit.*, p. 56. Eaton, que publicó la *Letter*, fue procesado, pero (en esta ocasión) absuelto por un amistoso jurado.

> situación. Que el gobierno de Inglaterra es de una gran, si no la mayor, perfección en el fraude y la corrupción que siempre existió desde que se crearon los gobiernos, es algo que no puede serle desconocido. ... ¿Es posible que usted, o puedo creer ... que la capacidad de un hombre como el señor Guelp, o cualquiera de sus libertinos hijos, sea necesario para el gobierno de una nación ...? [19]

Pero incluso antes de que Paine adoptara un tono tan agresivo, sus escritos habían servido de piedra de toque para distinguir los diversos acentos entre los reformadores. Los aristocráticos Amigos del Pueblo se esmeraban en asegurar su lealtad hacia el acuerdo de 1688, en separarse de cualquier idea de Convención Nacional, y del «ambiguo lenguaje de engaño», de Paine, «que ... tiende a estimular un espíritu de innovación del que ningún saber es capaz de prever el efecto y ninguna habilidad puede dirigir el curso» (mayo de 1792).[20] Christopher Wyvill, el caballero reformador del Yorkshire, publicó *A Defence of Dr. Price* (1791) contra Burke, en la que aprovechaba la ocasión para deplorar los «dañinos efectos» de la obra de Paine, porque contribuían a «incitar a las clases más bajas del Pueblo hacia actos de violencia e injusticia».[21] Después de la publicación de la segunda parte de *Los derechos del hombre*, el tono de Wyvill se endureció. En su correspondencia a escala nacional con reformadores moderados ejercía su considerable influencia para instarles a crear una contra-agitación que aminorase el efecto de los «inoportunos y ... perniciosos consejos del señor Paine». En abril de 1792, urgía a la Sociedad Constitucional de Londres para que se separase del «partido popular»: «Como el señor Paine ... basa sus propuestas en ofrecer pensiones a los Pobres que deben ser extraídas de la riqueza superflua de los Ricos, pensé que la tendencia extremadamente peligrosa de esas doctrinas inmorales exigía una oposición ...»

Sin duda alguna lo que produjo mayor alarma en Wyvill fue el agudo espíritu de antagonismo de clase cristalizado por la vinculación que hacía Paine de las demandas políticas con las económicas. «Es desafortunado para la causa pública —escribió a un caballero de Sheffield en

19. Publicada íntegramente en *Proceedings on the Trial ... against Thomas Paine*, 1793, de Joseph Gurney.
20. Wyvill, *Political Papers*, III, Apéndice, pp. 154-155.
21. *Ibid.*, III, Apéndice pp. 67-68. Debe decirse en favor de Wyvill que se opuso a cualquier procesamiento de Paine.

mayo de 1792— que el señor Paine optara por este terreno inconstitucional, y haya formado un partido en favor de la República entre las clases más bajas del pueblo, ofreciéndoles la perspectiva de saquear a los ricos.»[22]

En la Sociedad Constitucional de Londres (de la que el propio Paine era miembro), los painitas eran más numerosos que los partidarios de Wyvill. La Sociedad había dado oficialmente la bienvenida a la primera parte de *Los derechos del hombre*, mientras que, al mismo tiempo, aprobaba una resolución general confirmando su apoyo a la Constitución mixta (marzo y mayo de 1791). Durante el resto del año los moderados perdieron terreno ante el inflexible comandante Cartwright, el oportunista pero emprendedor Horne Tooke, el procurador jacobino John Frost y el círculo más cercano a Paine. «¡Oye! ¡por la Nueva Jerusalén! ¡el milenio! y por que la paz y la eterna beatitud estén en el alma de Thomas Paine», le escribió el dramaturgo Thomas Holcroft extáticamente a Godwin. En la reorganización de la Sociedad, a principios de la primavera de 1792, los partidarios de Paine obtuvieron un control incontestable. La segunda parte de *Los derechos del hombre* fue oficialmente bienvenida —y en particular las propuestas «sociales»— y la Sociedad inició una política de agitación mucho más enérgica. Tooke y Frost ayudaron a Hardy a promover la Sociedad de Correspondencia; se empezó a mantener correspondencia con sociedades provinciales y (en mayo de 1792) con el Club Jacobino de París; se publicaron octavillas, folletos y ediciones baratas de Paine; la Sociedad abrió una suscripción pública para la defensa de Paine, mientras que en noviembre y diciembre de 1792 John Frost fue a París como delegado de la Sociedad, donde asistió al proceso del rey. Las simpatías painitas de la SCL y de las sociedades provinciales de Manchester, Norwich y Sheffield se declararon de igual modo. Thomas Cooper, un joven comerciante y unitarista de Bolton, y un propagandista muy capaz, fue dominado por el entusiasmo cuando apareció la segunda parte: «Me ha entusiasmado más que nunca desde el punto de vista político. Rebosa buen sentido por todas partes ... intensificado además con una abundancia de material difamatorio. Lo considero una auténtica joya de libro ... Burke no tiene nada que hacer para siempre jamás».[23]

Así pues, 1792 fue el *annus mirabilis* de Tom Paine. En 12 meses

22. *Ibid.*, V, pp. 1, 23-24, 51.
23. Citado en Knight, *op. cit.*, pp. 63-64.

su nombre se convirtió en una palabra familiar. Había pocos lugares en las Islas Británicas a los que su libro no hubiese llegado. Sirvió de piedra de toque al dividir a los caballeros reformadores y los patricios *whigs* de una minoría de industriales y profesionales radicales que buscaban una alianza con los trabajadores y los artesanos, aprobaban las propuestas sociales y económicas de Paine y tenían la vista puesta en dirección a una república. La decisión de Pitt, aplazada durante mucho tiempo, de procesar a Paine señaló el inicio de la era de la represión. La proscripción de Paine (y la prohibición de *Los derechos del hombre*) estuvo precedida y acompañada por un esfuerzo continuado, por parte de la autoridad, de enfrentarse con los reformadores. «Ahora que lo hemos puesto en marcha —escribió Paine a Walker en el verano de 1792— debemos seguir con las publicaciones baratas. Esto confunde a la *gentry* de la corte más que cualquier otra cosa, porque es un terreno al que no están acostumbrados».[24] Pero la «*gentry* de la corte» montó su propia ofensiva de publicaciones; y estimuló su propia «regularidad de reloj» en los movimientos de sus seguidores. La Asociación para la Protección de la Propiedad contra los Republicanos y los *Levellers* de Reeves consolidó y reforzó numerosas sociedades de magistrados y de la *gentry*, que ya estaban formadas, sólo en réplica a las sociedades populares. En el invierno de 1792-1793, éstas intentaron reavivar e inflamar la técnica de la violencia de la muchedumbre, que tan efectiva había sido en Birmingham el año anterior. En diciembre de 1792, una muchedumbre embriagada fue dirigida, intencionadamente, contra los establecimientos de Thomas Walker en Manchester; éste y sus partidarios se defendieron con éxito disparando al aire. «Se utilizaron las mismas estratagemas que en una elección impugnada —escribió Walker—. Se reunieron grupos en distintas tabernas, y desde allí desfilaron por las calles encabezados por un violinista y llevando un tablero en el que estaba escrito IGLESIA Y REY.»[25]

Las manifestaciones contra Tom Paine del tipo de las de «Guy Fawkes», en la misma línea de la que se le contaba a Wilberforce desde Leeds, se fomentaron por todo el país. En el pequeño municipio tejedor de Ripponden, situado en los Peninos, un próspero abogado anotó en su diario del 7 de enero de 1793, que había pagado 10 *s.* 6 *d.* a al-

24. Blanchard Jerrold, *The Original*, 1874, p. 41.

25. Walker, *op. cit.*, p. 55. Véase también el excelente relato que se hace en Knight, *op. cit.*, y A. Prentice, *Historical Sketches of Manchester*, 1851, pp. 419 y siguientes.

guna gente «que paseó la efigie de Tom Paine y disparó contra ella».[26] El propietario de un molino de Heckmondwike se hizo pasar por Paine y se exhibió leyendo *Los derechos del hombre* por las minas de carbón; su máscara se trasladó a un muñeco de paja que fue arrastrado por todo el pueblo y «ejecutado». Cerca de Littletown se rompió a trozos una imagen de madera de Paine con un mazo, con tal vigor que sangraron las manos del verdugo.[27] En diciembre de 1792:

> La efigie de Thomas Paine fue transportada en un trineo, con gran solemnidad, desde el castillo de Lincoln hasta la horca, y luego colgada, en medio de una gran multitud de espectadores. Después de estar colgada el tiempo acostumbrado, fue llevada a la colina del castillo y allí colgada en un palo que se había plantado con ese fin. Por la tarde se hizo un gran fuego debajo de la efigie, que ... quedó reducida a cenizas, en medio de las aclamaciones de varios centenares de personas acompañadas por una gran banda de música que tocaba *Dios Salve al Rey* ...

Se formaron secciones de la Asociación de Reeves incluso en las pequeñas ciudades de mercado de Brigg y Caistor; entre sus muchos objetivos se hallaba (para citar a la Sociedad de Caistor) el de realizar un esfuerzo de «Vigilancia y Actividad para descubrir y llevar ante la Justicia a todas las personas que, mediante la publicación o la distribución de Periódicos o Escritos sediciosos, o entrando a formar parte de Asociaciones ilegales o Conspiraciones, pudieran intentar perturbar la Paz pública ...»[28]

Si la distribución de *Los derechos del hombre* fue a escala nacional, también lo fue la promoción de sociedades antijacobinas. Por lo tanto, apenas el impulso revolucionario había empezado a reunir fuerzas en Inglaterra, cuando fue sometido a un asalto contrarrevolucionario respaldado por los recursos de la autoridad establecida. «A partir de entonces», ha señalado Georges Lefebvre,

> siempre que el pueblo se agitaba, los líderes de toda Europa coincidían en que se le debía devolver a la cordura, como establecía la tradición. El mismo éxito de la Revolución francesa provocó un proceso, fuera de

26. J. H. Priestley, «John Howarth, Lawyer», *Trans. Halifax Antiq. Soc.*, 1949.
27. Frank Peel, *Spen Valley: Past and Present*, Heckmondwike, 1893, pp. 307-308.
28. *Stamford Mercury* (8 de diciembre de 1792, 11 de enero de 1793). Estoy en deuda con el señor Rex Russell por esta referencia.

> sus fronteras, exactamente contrario a la serie sucesos que habían asegurado su victoria en Francia.[29]

Pero esas manifestaciones de lealtad cuidadosamente alentadas, por muy populares que el soborno momentáneo y la permisividad las pudieran hacer, tenían un creciente aspecto artificial. Cada hoguera que se hacía con la efigie de Paine servía, de una manera involuntaria, para encender las diferencias entre la Constitución de la *gentry* y los derechos del pueblo. *Las acciones favorables* a la *«Iglesia* y al Rey» encarnan cada vez menos el ciego *pogrom* del prejuicio contra un grupo foráneo y más una escaramuza en una guerra civil política. Thomas Walker repudiaba la muchedumbre que le había atacado, como «miserables instrumentos de una facción sin escrúpulos». «Todo ... seguirá tranquilo si se deja actuar al pueblo por sí mismo; o mejor dicho, la Muchedumbre, como el pueblo, en mi opinión, está con nosotros.» [30]

¿Hasta qué punto tenía razón Walker? De todas las preguntas, ésta es la más difícil de responder. Y nos podemos dirigir una vez más a una breve narración de los sucesos de los 2 años que siguen.

Después de cada gran cambio en la actitud popular, tiene lugar, por lo común, un endurecimiento y una contracción. Y esto se reforzó durante los primeros meses de 1793 por tres causas: la ejecución del rey francés, el inicio de la guerra y el comienzo de la persecución legal de los reformadores. Entre estos últimos estaban: un pastor disidente, el reverendo William Winterbotham, encarcelado durante 4 años por un sermón que apenas fue más lejos de los puntos de vista acerca de la responsabilidad del soberano, que ya había popularizado el doctor Price; y John Frost, el procurador, condenado a la picota y a 18 meses de encarcelamiento, en realidad, por actuar como delegado inglés en la Convención francesa, pero bajo el pretexto de haber dicho, en un café de Marylebone: «Estoy a favor de la igualdad ... Por esta razón, ¡abajo los reyes!» Un impresor llamado Holt estuvo en prisión durante 4 años, en Newark, por reeditar uno de los primeros comunicados de la Sociedad Constitucional. En Leicester, el librero Richard Phillips, que publicaba el pro-reformista *Leicester Herald*, fue encarcelado durante 18 meses, al parecer por vender *Los derechos del hombre*. Y muchos hombres humildes fueron hostigados de múltiples formas. Las autoridades

29. Lefebvre, *op. cit.*, p. 187.
30. Knight, *op. cit.*, pp. 101-105.

se esforzaron, con gran éxito, por apostar espías en las sociedades populares. Ya en el otoño de 1792, 186 taberneros de Manchester habían firmado una declaración en la que se negaba el uso de sus salas a «cualquier CLUB o sociedades ... que sean proclives a poner en práctica lo que tan *ardiente* y *devotamente desean* aquellos INFERNALES, a saber, la DESTRUCCIÓN DE ESTE PAÍS». Se fue a visitar a los que habían dejado de firmar y se les advirtió que sus licencias no serían renovadas. Se situaron vistosos carteles sobre los mostradores, «AQUÍ NO SE ADMITEN JACOBINOS». «Los Enemigos de la Reforma que hay en esta Ciudad —escribía el secretario de la Sociedad para la Reforma de Manchester a la SCL— están empleando todos sus poderes para paralizar el noble espíritu de la Libertad ...» [31]

Las mismas formas de intimidación cuasi-legales se emplearon en Londres, donde las secciones de la SCL fueron hostigadas de taberna en taberna. «Se puso rápidamente en pie una caza oficial de la herejía, en casi todas las ciudades desde Portsmouth hasta Newcastle y desde Swansea hasta Chelmsford.»[32] En Ipswich, los magistrados disolvieron un «Club de Discusión» que se reunía en una cervecería, y que «se componía de una Gente muy Inferior»; en Wiltshire, se despidió a un maestro por «expresiones traidoras»; en pueblos de Northamptonshire tuvo lugar un puerta a puerta para solicitar lealtad. Se nombraron delegados en varios distritos para visitar las librerías y procesar a cualquiera que se le encontrara vendiendo *Los derechos del hombre;* por fin, se encarceló a un cartelero analfabeto por colgar carteles favorables a la reforma.

Tampoco los acontecimientos externos facilitaron el trabajo de los jacobinos ingleses. No existe la menor duda de que la guerra contra Francia, impopular desde un principio, reactivó la antigua tradición de sentimiento anti-galo entre la población. Cada nueva ejecución, relatada con abundantes detalles —las matanzas de septiembre, el rey, María Antonieta—, se añadía a esos sentimientos. En septiembre de 1793,

31. T. S. 11.3510 A(3); A. Prentice, *Historical Sketches of Manchester*, 1851, pp. 7-8. Para acciones similares contra los taberneros de Leicester, véase A. Temple Patterson, *Radical Leicester*, Leicester, 1954, p. 71. Para los procesamientos provinciales véase R. Phillips, *Original Papers Published in the Leicester Herald &c.*, Cárcel de Leicester, 1793; *Account of the Trial of Alexander Whyte, Baker*, Newcastle, 1793; Daniel Holt, *Vindication of the Conduct and Principles of the Printer of the Newark Herald*, Newark, 1794.

32. P. A. Brown, *op. cit.*, p. 85.

también los amigos de Paine, los girondinos, fueron expulsados de la Convención, y sus líderes enviados a la guillotina; mientras que el propio Paine fue encarcelado en el Luxemburgo, la última semana de 1793. Esas experiencias provocaron la primera fase de un desencanto profundo en una generación intelectual que había identificado sus ideas con la causa de Francia, de una forma demasiado fervorosa y utópica. Nunca se volvió a recuperar la unidad que había en 1792 entre los reformadores intelectuales y plebeyos.

En 1794, la fiebre de la guerra se intensificó. Se formaron cuerpos de voluntarios; se hicieron suscripciones públicas; las ferias tradicionales se volvieron ocasiones propicias para las demostraciones militares. El gobierno aumentó las subvenciones a, y la influencia sobre, la prensa diaria; se multiplicaron los panfletos populares antijacobinos. En Exeter circuló una octavilla:

> ... en cuanto a los que no les gusta... la CONSTITUCIÓN actual, dejemos que reciban su merecido, es decir, un DOGAL y una HORCA, y luego que los quemen, no en efigie, como lo fue PAINE, sino en persona. Ante lo cual, cualquier corazón leal dirá Amén.

En Birmingham, un procaz folletista antijacobino, «Job Nott», se dirigía a los reformadores: «Largaos ... pensad sólo en la Nueva Horca ... podéis constar en el Almanaque de Newgate ... la deportación quizá os reforme ... merecéis ser ensalzados en grado sumo ... ¿Nunca visteis la Nueva Horca?».

En las parroquias de Londres donde la influencia de la Asociación de Reeves era la más fuerte, se hicieron investigaciones puerta a puerta; en el barrio de St Anne se llevaba un registro con «el aspecto, la edad, el empleo, etc., de los huéspedes y los extranjeros»; en St James se hizo un llamamiento a todos los habitantes para que denunciasen por «falta de civismo» a todas las gobernantas que no obligasen a sus criados, trabajadores y aprendices a firmar una declaración de lealtad hacia la Constitución, tampoco se le daba trabajo a ningún hombre de oficio que no hubiese sido acreditado por los agentes de Reeves, y a los taberneros que no diesen información sobre «personas sospechosas» se les negaba la licencia. Los miembros del Comité de Reeves hicieron colectas de chalecos de franela para las tropas, como una forma complementaria de atestiguar su lealtad; y de la colecta de chalecos pasaron a la de «mitones, calzones, gorras, camisas, pelucas galesas, me-

dias, zapatos, pantalones, botas, sábanas, sobretodos, capotes, zamarras, mantas ...».[33]

La existencia, en época de guerra, de una caza de herejes de esas proporciones no *demuestra* la existencia generalizada de la herejía. En esos momentos la «lealtad» siempre supone la existencia de la «traición», aunque sólo sea para darse importancia a sí misma. Y sin embargo, las efusiones de los folletos, los sermones y los ataques a determinados jacobinos en lugares remotos indican algo más que una «fiebre de guerra» o una culpabilidad e intranquilidad por parte de las clases propietarias. En abril de 1794, una pandilla de brutos armados con porras, a su paso por Middleton camino de Royton, aterrorizaron al joven Samuel Bamford con sus maldiciones y roturas de cristales dedicadas a los «painitas». En Royton destrozaron la taberna llamada El Jinete Ligero, en la que los reformadores estaban reunidos, y apalearon a toda la concurrencia. Mientras tanto, los jueces se negaron a abandonar su casa, que estaba a pocos metros de la escena del tumulto, y el párroco, situado en un pequeño montículo, les señalaba fugitivos a los rufianes: «¡Ahí va uno, ... es un jacobino; y aquel es otro!»[34] Parece que las autoridades percibieran alguna mudanza en la opinión de las masas, alguna alteración subterránea en su actitud; no tan grande como para convertir a la nación inglesa en painita y jacobina, pero suficiente para que estuviese dispuesta a hospedar y a tolerar a los sediciosos. Algún hecho insignificante podía bastar para poner en llamas toda aquella «materia inflamable». Se debía vigilar e intimidar a los reformadores, se debía aislar y rodear de sospecha a las sociedades, se debían permitir y estimular los prejuicios del ignorante. En particular, los objetivos de la intimidación eran los profesionales con acceso a las imprentas, las librerías, el púlpito o la tribuna, que tenían contacto con los reformadores plebeyos.

Podemos encontrar una confirmación de esa mudanza en las actitudes de lo inarticulado —o en la configuración de la sensibilidad de los pobres— en un lugar inesperado. Los años 1793 y 1794 contemplaron una súbita emergencia de las fantasías milenaristas, en una escala que desde el siglo XVII había sido desconocida. En lugar de la «Nueva Je-

33. Varios de los ejemplos de este párrafo están extraídos de un folleto anónimo: *Peace and Reform; against War and Corruption*, 1794. Para las publicaciones antijacobinas (incluyendo a Job Nott) véase también R. K. Webb, *The British Working Class Reader*, 1955, pp. 41-51; M. J. Jones, *Hannah More*, Cambridge, 1952, cap. 6.

34. Bamford, *Early Days*, edición de 1893, pp. 55-56.

rusalén» de Holcroft, que era un concepto racional, y el «Jerusalén» de Blake, que era una imagen visionaria (aunque debía al antecedente milenarista más de lo que han advertido los críticos), los pobres y los crédulos encontraron un profeta más apropiado en Richard Brothers, un capitán de marina retirado con media paga. A principios de 1794, se publicó su *Revealed Knowledge of the Prophecies and Times.* Sus profecías combinaban un gran conocimiento en cuanto a las intenciones del Todopoderoso, con la parafernalia habitual del Libro de la Revelación, y se expresaban en un lenguaje que combinaba la «materia inflamable» de la disidencia de los pobres, con la de una era revolucionaria:

> Todas las naciones han apurado el vino de la ira de la fornicación de Babilonia, y los reyes de la tierra han incurrido en fornicación con ella, y los comerciantes de la tierra se han hecho ricos gracias a la abundancia de sus exquisiteces ...

Entre sus visiones se encontraba la de «un amplio río que corría a través de Londres, teñido de sangre humana». Una de sus predicciones, que Londres sería destruido en una fecha determinada, coincidió por casualidad con una tempestad de truenos de una fuerza excepcional; John Binns, en su camino hacia una reunión de la SCL, se refugió en una cervecería en la que (para su diversión y sorpresa) se encontró a la gente esperando la consumación de todas las cosas.[35] Un poco después Brothers declaró que Londres había sido perdonada sólo gracias a su intervención en el último minuto; y puesto que poseía, evidentemente, tal influencia con el Todopoderoso, sus seguidores se doblaron de golpe.

Se publicó —no está claro si con su autorización o sin ella— un folleto de ocho páginas de *La Profecía de Brothers de todos los Extraordinarios y Maravillosos Sucesos que ocurrirán ... pronosticando la Caída del Papa; una Revolución en España, Portugal y Alemania; la Muerte de Ciertas Personas Importantes de este y otros Países. Así como una terrible Hambruna, Peste y Terremoto. ...* En Inglaterra habría «pena y gran dolor, junto con una alegría indecible»; «los orgullosos y altaneros serán humillados, incluso hasta el polvo; pero los virtuosos y los pobres florecerán sobre las ruinas de los malvados; los Palacios serán ... ... y las Casas de los campesinos serán ...» Y en

35. Binns, *op. cit.*, pp. 47-48.

cuanto al Hambre, la Peste y el Terremoto, se debían entender como una metáfora:

> El Hambre destruirá sólo a las Orugas de *España* y ... . La Peste acabará con las Langostas que devoran la cosecha de la Laboriosidad; y el Terremoto engullirá al monstruoso *Leviatán*, con todo su séquito. De todo esto se alegrarán los pobres, los honrados, los virtuosos y los patriotas.

«*Francia* debe sangrar de nuevo, pero no manará sangre contaminada.» «*Italia* arrojará al Anticristo de su trono...» Turquía y Rusia se sumirán en una guerra que acabará con la destrucción de la Corte Otomana, la Religión Mahometana, el Imperio Ruso y la Iglesia Griega. Cuando finalicen estos signos de misericordia, habrá una era de hermandad universal. «Todo será como un solo pueblo, y de un solo espíritu. ... el *Cristiano*, el *Turco*, y el *Pagano* ya no se distinguirán el uno del otro»:

> Ha llegado el momento, y ahora está cayendo la prostituta de Babilonia, y caerá para no levantarse más. Salid, pues, vosotros Hijos de la Luz Eterna, y enseñad a los Hijos de la Ignorancia y la Oscuridad ...
> Entonces no habrá más guerra, ni escasez, ni crueldad; todo será paz, abundancia y virtud.

La influencia de Brothers puede haber sido mucho mayor de lo que se ha supuesto.[36] Algunas de sus vagas predicciones no podían, aparentemente, dejar de cumplirse, y la victoria de los ejércitos ingleses las devolvió a la memoria. Los miembros de la SCL solían visitarle: quizá incluso le incitaban. Un miembro del Parlamento estuvo dispuesto (como habitualmente ocurre) a testificar con respecto a la autenticidad de los poderes proféticos de Brothers; William Sharp, el famoso grabador y reformador político, se convirtió en discípulo suyo. El Consejo Privado le tomaba bastante en serio como para detenerle, en marzo de 1795, y asegurar su confinamiento en un manicomio durante los años siguientes. Sus seguidores, como George Turner de Leeds, siguieron agitando para que le dejaran libre (amenazando con la destrucción de

36. Véase Cecil Roth, *The Nephew of the Almighty*, 1933; G. R. Balleine, *Past Finding Out*, 1956, cap. 4; R. Southey, *Letters from England by Don Manual Alvarez*, 1808, 2ª edición, III, pp. 223 y siguiente.

la Babilonia inglesa si el profeta continuaba confinado), hasta el cambio de siglo; y de ese modo prepararon el camino para el culto, incluso mayor, de Joanna Southcott.[37] Se desarrollaron escuelas proféticas rivales y se hizo mucha manipulación por medio del Libro de la Revelación; mientras, los pastores metodistas y baptistas intentaban extirpar esta nueva herejía. En 1798, un «Verdadero predicador baptista» luchaba con su grey, que se encontraba entre los pobres de Norwich, Wisbech y Liverpool, administrando golpe a golpe la Revelación, distanciándoles de un encuentro tan concreto con Lucifer y haciéndoles volver al peregrinaje del espíritu:

> El espíritu de Cristo no se inclina a confraternizar con la humanidad en una situación de trato mundano o político. Llama a individuos del mundo y les considera sólo como extranjeros y peregrinos en la tierra. Del mismo modo que ... un viajero, que se apresura en dirección a su esposa y su familia en la distancia, donde centra toda su felicidad, podría interferir en las regulaciones internas de cada ciudad y pueblo por los que pasa; debería entrometerse un cristiano como aquel en la constitución ...

Y con respecto al milenio, estaba situado resueltamente en el mundo, cuando: «El altivo y el humilde, el opresor y el oprimido serán reducidos a un mismo nivel. El caprichoso tirano y sus indigentes vasallos; el par rico, y el pobre abandonado, recibirán una sentencia equitativa e imparcial ...» [38]

El espíritu milenarista que hizo acto de presencia en Wisbech y Liverpool denotaba una inquietud, que la autoridad menospreció como «el espíritu de innovación», un indefinido optimismo social de los crédulos que era afín a las aspiraciones revolucionarias de los más sofisticados «Está próximo el momento, a pesar de todo, —había escrito Burns—, en que todo el mundo, el hombre con el hombre/serán hermanos.» * «El Hombre No Puede Existir Sino Gracias a la Hermandad», se hizo eco Blake; y en sus propios «libros proféticos» y su hermosa visión de Jerusalén, subyace el mismo espíritu:

37. G. Turner, *A Call to All the World*, Leeds, 1800. Para Joanna Southcott, véase más adelante, pp. 426-439.

38. S. Fisher, *Unity and Equality in the Kingdom of God*, Norwich, 1798; *The Christian's Monitor*, Wisbech, 1798.

* It's comin'yet, for a'that, when man to man, the warld o'er, Shall brithers be for a'that.

En mis cambios cada tierra se mueve
y mi patria va a cada tierra,
mutuamente edificaremos Jerusalén,
corazón a corazón y mano en mano.*

El espíritu, ya sea en su forma visionaria o supersticiosa, es una curiosa paradoja del advenimiento de «La Era de la Razón». Pero en cuanto a la capacidad de modificar actitudes y nutrir nuevas aspiraciones, quizá fue una influencia tan perdurable como los argumentos de Tom Paine.

Tal vez el hecho de que las sociedades populares sobrevivieran a los golpes y a la caza de brujas de los primeros meses de 1793 sea un testimonio de la clase de entusiasmo que se despertó en 1792. Donde las sociedades estaban bien consolidadas en 1792, mantuvieron la mayor parte de su terreno e incluso mejoraron su organización: eso fue cierto para Londres, Sheffield y Norwich, y posiblemente para Derby y Nottingham. Muchas sociedades sufrieron alguna disminución en la afiliación, y el abandono de muchos de sus influyentes partidarios de la clase media. Manchester (con Thomas Walker en espera de juicio por alta traición, por haber defendido sus locales contra la muchedumbre) se debilitó mucho, mientras que la Sociedad Constitucional de Leicester se disolvió cuando Phillips fue encarcelado. Pero en ambos centros continuaron existiendo sociedades más plebeyas, después de que hubiesen caído los respetables grupos matrices. (En Manchester el terreno era compartido por la Sociedad Constitucional de Walker y las Sociedades Reformistas y Patrióticas, de las que se afirmaba estaban compuestas por «trabajadores manuales de la clase más baja».)[39]

Sheffield, la sociedad más fuerte, que había registrado cerca de 2.000 socios en 1792, parece haberse visto muy poco afectada. En abril aprobó una serie de resoluciones condenando abiertamente la guerra. En mayo registró cerca de 10.000 firmas recogidas para una petición nacional en favor del sufragio masculino adulto. Norwich, antiguo ba-

*. In my Exchanges every Land / Shall wolk, & mine in every Land / Mutual shall build Jerusalem, / Both heart in heart & hand in hand.

39. Memorándum en T. S. 11.3035. Entre los que estaban acusados junto con Walker había artesanos de estas sociedades: William Paul, teñidor de papel; James Cheetham, sombrerero; Oliver Pearsall, tejedor; véase J. Gurney, *The Whole Proceedings on the Trial ... of T. Walker and Others*, 1794, Apéndice, pp. 122-126.

luarte de la disidencia, con profusión de pequeños maestros y artesanos con una fuerte tradición de independencia, pudo incluso sobrepasar a Sheffield como principal centro del jacobinismo, aunque los documentos del movimiento son incompletos. En agosto de 1792, cuando la Sociedad de Norwich para la Revolución costeó una edición barata de *Los derechos del hombre,* declaraba tener 48 clubs asociados. Hacia octubre declaraba que los «hermanos asociados» no eran menos de 2.000.[40] En marzo de 1793 seguía siendo el centro de una constelación de pequeños clubs, que tenía «entre 30 y 40 sociedades independientes —en la ciudad— junto con otras muchas en los pueblos rurales».[41] Pero el tono de una carta que enviaron a la SCL sugiere que se habían encontrado dificultades:

> ... cuando pensamos cuánto sudor y trabajo y hambre para sostenerlo, sólo podemos estar convencidos de que existe un plan entre los propietarios de la tierra y los comerciantes para mantener al pueblo en vasallaje; porque ellos devoran al pueblo como comen pan; ... la influencia de la aristocracia y la jerarquía se está volviendo muy alarmante, porque han absorbido y han engullido al pueblo; pero se extiende un rumor desde el sur, y es terrible para los tiranos ... [42]

La situación en Londres es más difícil de determinar. La Sociedad Constitucional parece haberse reducido gravemente después del principio de la guerra; hasta el otoño de 1793 sus actividades fueron escasamente más allá de la aprobación de mociones formales. También la SCL encontró grandes dificultades. En los últimos meses de 1792 había declarado una afiliación de varios miles. En enero de 1793 (según un espía que estaba en el proceso de Hardy) se tomaron medidas para subvencionar el alquiler de las salas de reunión de las secciones de Spitalfields y Moorfields, que, aunque pobres, eran «tan numerosas como todas las demás secciones juntas». Pero resultó necesario reformar la sección de Moorfields en septiembre, junto con otra que «parecía muy violenta ... del Paseo del patizambo en el Grove». La SCL sólo consiguió reunir 6.000 firmas para la petición nacional, a pesar de la energía invertida por el comité: Joseph Gerrald recogió 200 firmas y huellas digitales de los reclusos (por deudas) de la prisión del Tribunal

40. T.S. 11.3510 A (3).
41. *Report of the Committee of Secrecy*, 1794, p. 140.
42. *Ibid.*, p. 150. Donde dice «el Sur», léase «Francia».

Real.[43] El 30 de mayo de 1793 (de acuerdo con el espía) «el señor Hardy propuso que la sociedad se disolviera durante 3 meses. Se rechazó la proposición». «Hemos hecho frente a los locales y al subsidio de los clubs», escribía Hardy, con más confianza, a una nueva Sociedad Constitucional de Leeds, en julio: «Se nos ha injuriado en el senado, calumniado en público, perseguido en privado y expulsado de las tabernas, y a pesar de todo seguimos reuniéndonos todos en gran número ... y nuestra doctrina sigue ganando numerosos prosélitos ...»[44]

La confianza no estaba fuera de lugar, ya que en verano se dio un definitivo restablecimiento de la correspondencia provincial —con viejas sociedades que se reavivaban o con sociedades formadas de nuevo— para la cual la SCL, más que la Sociedad Constitucional, hacía las funciones de un centro. Una sociedad de Birmingham, que se había formado en los últimos meses de 1792, extendió sus actividades con prudencia a principios del verano y recibió una especial bienvenida: «vuestro crecimiento numérico pronto acabará con el estigma que ha recaído sobre vuestra ciudad debido al comportamiento injustificable de una muchedumbre favorable a la Iglesia y al Rey». Desde Leeds, una nueva sociedad formada por «un grupo de pobres Trabajadores manuales» solicitó poder ser admitida en «fraternización» con la Sociedad Constitucional de Londres:

> La Tiranía Aristocrática y la Ignorancia Democrática parecen extenderse e intimidar, hasta un Punto tan Asombroso, en la Ciudad de Leeds, que en General se nos contempla más como Monstruos que como amigos del Pueblo, y creo que durante estos últimos seis meses la parte más Ignorante del Pueblo (debido a las insinuaciones de la Aristocracia y de los curas) ha esperado que cayésemos sobre ellos y les destruyésemos. ... Somos un total de cerca de doscientos y constantemente aumentamos ...

En julio, nuevas sociedades, de Hertfordshire y Tewkesbury, escribieron a la SCL. «Vuestro compañero ciudadano, y Colaborador en la gloriosa causa de la libertad», que así firmaba el secretario de Tewkesbury, describía como:

43. El relato de un informador [en T.S. 11.3510 A (3)] enumera 29 secciones, en abril de 1793, de las cuales por lo menos 16 estaban activamente comprometidas en la recogida de firmas.

44. *Report from the Committee of Secrecy*, 1794, pp. 152, 154; un estudiante en el Colegio de Abogados, *Trial of Thomas Hardy*, 1794, pp. 142, 144; F. Knight, *op. cit.*, p. 134.

> La quema de la Efigie de Thomas Paine, junto con las *benditas consecuencias* de la guerra presente, han hecho más bien a la causa que los argumentos más trascendentes; es asombroso el aumento de los amigos de la libertad, y el espíritu de investigación que se ha extendido por las calles; excepto alguna mujer vieja, todo el mundo habla de política.

En agosto, la SCL renovó la correspondencia con las sociedades de Derby, Stockport, Manchester, Nottingham y Coventry —les pidió que «propusieran un modo más seguro de transmisión de las cartas que el servicio de correos»— y tenía algunos planes (aplazados por el momento) de pedirles que adoptaran el mismo nombre y formaran una «Sociedad Universal». Los libros de actas de la Sociedad muestran unas reuniones muy concurridas y bien dirigidas, la formación de nuevas secciones y una afluencia de nuevos miembros a las viejas.[45]

Las sociedades populares habían resistido su primera tormenta. Pero de ella salieron con significativos cambios de acento y tono. El nombre de Paine quedó relegado a un segundo plano, y su abierto tono republicano dejó paso a un énfasis renovado sobre la recuperación de la «pureza» de la Constitución. (En junio de 1793, la SCL llegó hasta el punto de definirlo en términos del acuerdo de 1688.) Pero, aunque estas modificaciones se hacían necesarias debido a la intención evidente de las autoridades de procesar cualquier retórica que fuese más allá de estos límites, en otros aspectos la persecución condujo a una radicalización de las sociedades. En primer lugar, ahora el paso no lo marcaba Londres, sino Escocia, Sheffield, Norwich. En segundo lugar, aunque unos pocos apasionados miembros de las profesiones compartieran la dirección junto con artesanos como Hardy y Baxter en Londres —Joseph Gerrald, Maurice Margarot, John Thelwall—, la gran mayoría de los reformadores organizados en sociedades, en 1793, eran artesanos, asalariados, pequeños menestrales y hombres de oficio. Y dos temas nuevos se subrayan con gran insistencia: las injusticias económicas y las soluciones sociales; y la imitación del ejemplo francés en cuanto a formas de organización y de procedimiento.

Thomas Hardy, a juzgar por sus libros de notas, era un organizador capaz y concienzudo, un honroso ejemplo para la multitud de secretarios voluntarios que le iba a seguir. Según Binns «vestía con sen-

45. *Report from the Committee of Secrecy*, 1794, pp. 148-157; Actas de la SCL, Ad. MSS. 27812.

cillez, hablaba francamente sin adoptar nunca un aire pretencioso». Maurice Margarot, un presidente de la SCL, era hijo de un comerciante de vinos. Había pasado gran parte de su infancia en Portugal y Suiza (donde cursó estudios en la Universidad de Ginebra), y a veces se le llamaba el «francés». Era enérgico y atrevido, pero estaba gravemente afectado por el defecto característico de los jacobinos ingleses: la infatuación.[46] Joseph Gerrald y John Thelwall estaban más cerca que cualquier otro de poseer el temple de líderes y teóricos nacionales. Gerrald, brillante alumno del doctor Samuel Parr, llamado el «*Whig* Johnson» y decano de la erudición del West Country, era un acérrimo partidario de la peligrosa propuesta de Paine: la convocatoria de una Convención Nacional de los reformadores ingleses.[47] Fue esta amenaza, de un acuerdo general de los reformadores, y la de una alianza entre los reformadores ingleses y escoceses y los Irlandeses Unidos —amenaza todavía más seria y creciente— lo que resolvió al gobierno para actuar.

El dilema de las autoridades surgió de la paradoja del constitucionalismo. Aunque había legislación suficiente para que los magistrados locales impusieran condenas sumarias, los fiscales de la corona estaban poco dispuestos a aconsejar mayores procesamientos. La ley de sedición era poco definida y el fiscal general se veía en la situación de elegir entre la espantosa acusación de alta traición o la acusación menor de libelo sedicioso. Pero la ley sobre el libelo de Fox, que convertía al jurado en juez, tanto del asunto como del hecho, entró a formar parte del código penal durante los moderados primeros meses de 1792. Quizá este fue el mayor servicio de Fox al pueblo llano, que se aprobó en la última hora, antes de que el rumbo girara hacia la represión.[48] Así, en Inglaterra, el gobierno se enfrentó con una serie de obstáculos: una ley poco definida, el sistema de jurado (que por dos veces humilló a la

46. Apuntes en D.N.B.; Binns, *op. cit.*, p. 42; M. Roe, «Maurice Margarot: A Radical in Two Hemispheres», *Bulletin of the Institute of Historical Research*, XXXI, 1958, p. 68.

47. Véase Joseph Gerrald, *A Convention the only Means of Saving Us from Ruin*, 1793, pp. 111 y siguientes, y Henry Collins, «The London Corresponding Society», en *Democracy and the Labour Movement*, compilado por Saville, 1954, pp. 117-118. Para Thelwall, véase más adelante, pp. 161-165.

48. La tercera lectura del proyecto de ley se aprobó el 21 de mayo de 1792, en la Cámara de los Lores, el mismo día que se hizo pública la proclama contra los escritos sediciosos. El presidente de la Cámara de los Lores, lord Thurlow, pronosticó «la confusión y la destrucción de la ley de Inglaterra».

autoridad, al absolver a Daniel Eaton y a Thomas Walker en 1794), una oposición foxita poco numerosa, pero brillante, entre cuyos componentes estaba el gran abogado Thomas Erskine (que condujo la defensa en diversos procesos), una opinión pública saturada de retórica constitucionalista y dispuesta a salir prestamente en defensa ante cualquier caso de usurpación de las libertades individuales.

Pero la ley escocesa era distinta. Ahí los jueces eran parciales o dóciles, los jurados se podían escoger impunemente. Además, ahí los «Amigos del pueblo» escoceses habían hecho una Convención Nacional en diciembre de 1792. Los procesos que se hicieron en Escocia, en 1793-1794, no sólo estaban dirigidos a las activas sociedades jacobinas escocesas, *también lo estaban a las sociedades que había en Inglaterra.* El primer golpe se asestó en agosto de 1793, cuando Thomas Muir, el líder escocés más dotado, fue condenado a 14 años de deportación, después de una escandalosa parodia de proceso. Braxfield, el secretario del juez, se comportó de forma más virulenta que la acusación: «Vamos, señor Horner, vamos, ayúdenos a colgar a uno de esos condenados sinvergüenzas», le susurró a un miembro del jurado que pasaba por detrás del tribunal. En su acusación ante el jurado, presentó como un agravante el talento de Muir y el hecho de que hiciese propaganda entre «campesinos ignorantes, y entre las clases más bajas, haciendo que interrumpiesen su trabajo»: «El señor Muir debería haber sabido que a aquella chusma no se le podía prestar atención. ¿Qué derecho tienen a la representación? ... Un gobierno ... debería ser exactamente igual que una corporación; y en este país se compone de los intereses de la tierra, sólo ellos tienen derecho a ser representados.» Una sola cosa, hizo saber al jurado, no requiere «prueba alguna»: «la Constitución inglesa es la mejor que jamás existió desde la creación del mundo, y no es posible mejorarla». Sus doctos colegas, jueces, asintieron en todo, uno de ellos —lord Swinton— opinaba que el delito de sedición comprendía «todo tipo de delito, asesinato, robo, rapiña, incendio. ... Si se tuviera que buscar el castigo adecuado al delito, no se encontraría en nuestras leyes, ahora que por fortuna se ha abolido la tortura».[49] En septiembre siguió un segundo golpe: el reverendo T. F. Palmer, un pastor unitarista inglés y miembro de la junta del Queen's College de Cambridge, que entonces ejercía su ministerio en Dundee,

49. Lord Cockburn, *op. cit.*, I, pp. 175 y siguientes. Véase también Meikle, *op. cit.*, cap. 6; *The Life and Trial of Thomas Muir*, Rutherglen, 1919.

fue procesado en Perth. Su «delito» era el de inducir a la lectura de Paine y pertenecer a los Amigos de la Libertad de Dundee, que se describía como una sociedad de «viles tejedores y trabajadores manuales». Un tribunal de cocodrilos lloró copiosamente mientras le condenaba al «más leve castigo» de 7 años de deportación en Botany Bay.

Dos profesionales con talento, que habían sido incondicionales en su voluntad de cooperar con los reformadores plebeyos, recibieron un castigo ejemplar. Ambos soportaron sus procesos con gran firmeza y dignidad. Y los reformadores escoceses, sobre cuyas cabezas se cernían ahora esas sentencias, no se dejaron intimidar. Les parecía que una mayor unidad con las sociedades inglesas les proporcionaría alguna protección, e impulsaron una primera Convención Nacional. Hardy, Margarot y Gerrald estuvieron de acuerdo y se convocó una convención que se reuniría en Edimburgo, en un plazo de menos de tres semanas. La SCL nombró como delegados a Margarot y a Gerrald, y se les confirmó el nombramiento en el primer acto público, en Hackney, el 24 de octubre de 1793. Asistieron varios miles de seguidores junto con los curiosos atraídos por los rumores de que los jacobinos franceses habían desembarcado, o de que «Tom Paine había venido para plantar el árbol de la libertad». Las actas registran fielmente los gastos que se aprobaron para los delegados (10 libras para el billete de ida y vuelta y 4 libras para gastos durante el viaje, más 9 libras para los gastos diarios en Edimburgo), durante las siguientes semanas la sociedad sufrió fuertes presiones para recoger esos «fondos». Pero hubo suficiente dinero como para enviar a los delegados a las antípodas.

La invitación se conoció con insuficiente antelación para que las sociedades provinciales pudiesen recoger el dinero necesario para enviar delegados. Sheffield fue la única excepción. El primero de noviembre, esta sociedad mandó una irónica carta a la Sociedad Constitucional de Londres criticándola por su inactividad:

> Las medidas últimamente adoptadas en el reino hermano, medidas tan opuestas a ... una Constitución libre, como el fuego y el agua ... han sido contempladas, hasta ahora, con un grado de apatía tal por parte de las grandes asociaciones del reino, a los que nosotros, pequeños grupos del país, admiramos como ejemplos, ya que ellas se intitulan patrióticas, como «La Sociedad para la Información Constitucional de Londres», «Los Amigos del Pueblo», ... que por aquí casi empezamos a pensar que ya es el momento de cortar aquellos brotes de libertad ... para que no

> queden expuestos al peligro de arruinarse debido a aquellas aletargantes heladas ...

Nombraba como delegado en Edimburgo a M. C. Brown, un «actor» convertido en procurador, que también fue designado para representar a la sociedad en Leeds. Las sociedades de Norwich autorizaron a Margarot para representarlas y le ayudaron con «fondos». Hay una nueva nota de desesperación en el aire, a la que contribuyeron los veredictos escoceses, la victoria francesa en Valenciennes, el aumento de los precios y del desempleo y el auténtico atrevimiento de convocar una convención. La sociedad de Birmingham lamentaba su incapacidad para enviar un delegado,

> como consecuencia de la guerra del señor Pitt a la humanidad, que casi ha aniquilado completamente el comercio en esta ciudad, y ha conducido a muchos de nuestros mejores miembros y trabajadores manuales al otro lado del Atlántico. ... Sin embargo, sobre todo ... ha tendido a reducir sumamente el orgullo, a mitigar la malicia y a confundir muchas de las estratagemas de los enemigos de la reforma ... y ha conquistado muchos prosélitos para la causa de la libertad.

También Sheffield sentía los efectos de la guerra:

> Tenemos muchos miles de socios, pero como una gran mayoría de ellos son trabajadores, la guerra, que ha privado de *todo* empleo a muchos de ellos y, a casi todos, de la *mitad* de sus ingresos, nos ha mutilado más que a cualquier otra ciudad en el reino.[50]

Margarot y Gerrald sabían perfectamente el peligro que corrían. Estaban llevando «provisiones» de solidaridad moral a sus camaradas escoceses que, si se les negaban en este momento, hubieran tenido como resultado la desmoralización de los movimientos escocés e inglés. Y estaban desafiando al tribunal de Braxfield a tratar a un inglés como había tratado a Muir y a Palmer. Las provisiones apenas llegaron a tiempo. La convención de Edimburgo se había reunido brevemente, a finales de octubre, y se había disuelto en ausencia de los delegados ingleses. A su llegada se volvió a convocar precipitadamente, con mayor fuerza que antes, y Margarot, Gerrald y el secretario escocés, Skir-

50. *Report of the Committee of Secrecy*, 1794, pp. 160-165.

ving, controlaron los procedimientos. Se reunió durante las dos últimas semanas de noviembre y la primera de diciembre de 1793, en que fue disuelta y sus principales dirigentes fueron detenidos. (Antes de eso, Margarot y Gerrald habían pedido más fondos a Hardy, que les permitiesen visitar las principales sociedades escocesas: «ninguna excusa puede ser válida para hacernos volver, a no ser que esté basada en el *miedo*; y debemos recordarle que es nuestro problema, no el suyo».) Los procedimientos de la Convención fueron moderados, aunque un tanto histriónicos; pero determinadas circunstancias le dieron un color más revolucionario, el hecho mismo de que la Convención se reuniera, la presencia de observadores de Irlandeses Unidos, y las formas de procedimiento y discurso al estilo francés (aunque el término «ciudadano» hacía mucho tiempo que se utilizaba en Sheffield) que retoñaban en el clima pro-galo de Edimburgo. Las actas se dataron, «Primer Año de la Convención Británica», y se aprobó una resolución (cuyos términos fueron puestos a discusión en los juicios subsiguientes) que autorizaba la convocatoria de una primera convención de emergencia en un lugar secreto, en caso de que se suspendiese el hábeas corpus o se introdujese legislación contra los reformadores.[51]

Siguieron los juicios, del tipo de los de Muir y Palmer. Skirving y Margarot salieron airosos; se les condenó a catorce años de deportación. «Señores míos, sé que lo que estos dos días se ha hecho volverá a ser juzgado; ese es mi consuelo y mi esperanza», dijo Skirving cuando abandonaba el tribunal. A Margarot, que fue acompañado al juicio por una procesión que sostenía un «árbol de la libertad» en forma de M sobre su cabeza, se le fue la mano y se mostró demasiado anhelante de la corona del martirio. Pero recusó a Braxfield, con gran audacia, por haberse jactado, en una cena anterior al proceso, de que él hubiese hecho azotar a los reformadores antes de deportarlos, y que «la muchedumbre sería lo mejor para verter un poco de sangre». Según el recuerdo de lord Cockburn (que le había visto de pequeño), era «una pequeña y oscura criatura, vestida de negro, con medias de seda y botones de metal blanco, algo parecido a la idea que uno se hace de un francés canijo, un ser de lo más insolente e irritante».[52]

51. De acuerdo con el proceso, en el caso de que se diesen otras circunstancias, incluido el desembarco de tropas francesas en Gran Bretaña. Véase también «A Member», *Account ... of the British Convention*, 1794, pp. 24, 34, 45; Meikle, *op. cit.*, cap. 7.

52. Cockburn, *op. cit.*, II, p. 25. El exceso de histrionismo en el carácter de Margarot parece confirmarse en su historia subsiguiente. Escribió una carta muy indiscreta a Nor-

Joseph Gerrald obtuvo la libertad bajo fianza, volvió a Londres para informar a la SCL y a liquidar sus asuntos, y regresó para afrontar el proceso, en marzo de 1794. No tenía necesidad de hacerlo; sus compañeros y amigos le pidieron que hiciera caso omiso de su libertad bajo fianza. Su naturaleza se había debilitado a causa de la enfermedad, cuando estuvo en las Indias Occidentales en la década de 1780, y la deportación suponía probablemente una sentencia de muerte, como así ocurrió. Pero él argumentaba que su «honor estaba en juego», no ante los tribunales escoceses, sino ante los hombres más humildes que «se han puesto en peligros similares debido a la influencia de mis propios argumentos». Sólo brindó una provocación al rechazar empolvarse el cabello a la moda «legitimista» y comparecer ante el tribunal «con el cabello sin empolvar, que le caía libremente por detrás; el cuello casi desnudo, y la camisa con un cuello amplio doblado. Este era el vestido francés de la época». Por lo demás, en opinión de lord Cockburn, «jamás los modales y el tono de un acusado contrastaron de forma más asombrosa con los de sus jueces».[53] Cuando Gerrald insistió en que Jesucristo había sido, él mismo, un reformador, Braxfield les comentó a sus compañeros jueces, riendo entre dientes: «Le sirvió de mucho, *le* colgaron.» Gerrald, que tenía preparación legal, siguió el ejemplo de otros reformadores al dirigir su propia defensa. Sin apartarse ni una sílaba de las demandas de los reformadores, se inspiró ampliamente en Hooker, Locke y Blackstone al argumentar el derecho a la agitación en favor de la reforma. Fue un proceso constitucionalista que puso al descubierto la retórica del constitucionalismo:

> La palabra *¡Constitución, Constitución!* se hace resonar en nuestros oídos con una perseverancia incesante. Ese es el *talismán* que los enemigos de la reforma sostienen sobre las cabezas de los crédulos y los simples; y, al igual que hechiceros viejos y perversos, cuando ya les han atrapado en el hechizo, se aprovechan de la somnolencia que produce su engaño. Pero escuchar a los chambelanes y a los pensionistas hablar

wich, mientras estaba a la espera de ser deportado a las galeras, en Spithead: «Se rumorea ... que se han hecho a la mar 70 veleros franceses; si es cierto ... el resultado probablemente será una incursión. Por Dios, mis estimados amigos, no bajéis la guardia. ...» (10 de marzo de 1794), *Committee of Secrecy*, p. 81. Riñó con sus compañeros de prisión cuando salió, y alrededor de su nombre aleteó la sospecha. Fue la única víctima que volvió —en 1810— y entonces se reincorporó en parte a la política radical, hasta su muerte en 1815. Véase M. Roe, «Maurice Margarot», *op. cit.*

53. Cockburn, *op. cit.*, II, pp. 41-43.

> de una Constitución, cuando el conjunto de sus vidas es una violación constante de sus principios, es como un monje que predicase el aumento de población ...[54]

«Cuando se ve al señor Gerrald ... haciendo discursos como el que ustedes han oído hoy —observó Braxfield en su "acusación" ante el jurado— le considero como un miembro de la sociedad muy peligroso, porque me atrevería a decir que tiene suficiente elocuencia como para persuadir al pueblo de que se levante en armas.» «¡Oh, señor! ¡Señor! —interpuso el acusado— ésta es una forma muy deshonesta de dirigirse a un jurado. ...»

A Gerrald le cayeron 14 años. Él y Skirving fallecieron menos de un año después de su llegada a Nueva Gales del Sur.[55] Braxfield y los misterios de la «ley escocesa» se han hecho demasiado famosos, en manos de los historiadores ingleses, por esos veredictos. Eran veredictos tanto del gobierno inglés como de la judicatura escocesa. Pitt, Dundas, Loughborough, Thurlow se cuidaron de defender cada punto y cada coma de los procesos, en los debates parlamentarios subsiguientes. Dundas pensaba que los jueces habían mostrado, al conceder la sentencia, una «prudencia digna de confianza»; Pitt, tratando de eludir un ataque más perjudicial por parte de Fox, pensaba que los jueces hubiesen sido «sumamente culpables» si *no* hubiesen utilizado sus poderes facultativos para castigar a «aquellos atrevidos delincuentes» y silenciar «doctrinas tan peligrosas para el país». (Los reformadores se esmeraban en señalar que esas doctrinas, en apariencia, diferían muy poco de las que Pitt había defendido en la década de 1780.) Y Wilberforce «ridiculizó que la idea de humanidad pudiese aplicarse al señor Palmer, aunque él no se había leído el proceso»; «declaró, con cargo a su responsabilidad, que no concebía el que la sentencia se debiera suspender».[56]

La persecución, como sabemos, es un arma de dos filos. En la década siguiente, cuando se hacía referencia a los años anteriores, no se hablaba de la época de Braxfield, sino —como De Quincey— de la

54. *Trial of Joseph Gerrald*, Edimburgo, 1794, pp. 197-198, 241. Gerrald pudo haber ejercido en los Tribunales de Pensilvania, en la década de 1780; véase *Trial of Gerrald*, Glasgow, 1835, p. 4.

55. Gerrald estuvo retenido durante más de un año en Newgate y otras prisiones de Londres, y hay algunas razones para suponer que se le ofreció el perdón a cambio de que renunciara a sus principios.

56. Una vez más, se encuentra un resumen brillante de los debates en Cockburn, *op. cit.*, II, pp. 133-149.

«época de Gerrald». La imagen de Tom Paine, al otro lado del mar, conspirando junto con los enemigos del rey, podía inspirar miedo u odio. Pero la imagen de un hombre enfermo, que regresaba voluntariamente a hacer frente a ese tipo de «juicio», no podía inspirar nada parecido. Además, de manera curiosa, el prejuicio nacional ayudó a la causa de los reformadores. La culpabilidad que sentía el moderado «inglés libre por nacimiento» quedaba aliviada por el pensamiento de que tales cosas podían ocurrir en Escocia, pero no «aquí». El repentino cambio de opinión entre los ingleses «decentes y respetables» se hace patente con la tercera absolución de Eaton (febrero de 1794) y la absolución de Thomas Walker en abril. Fue lo suficientemente fuerte como para refrenar los sentimientos opuestos de horror que había creado el Terror de Robespierre. Gerrald y sus compañeros, con su ejemplo, contribuyeron materialmente a salvar las vidas de Hardy, Tooke y Thelwall. Con su sacrificio, ayudaron a que Inglaterra se salvase de un Terror Blanco.

El ejemplo de las víctimas escocesas, en vez de intimidar, fortaleció a las sociedades inglesas. Cuando John Frost (que había sido encarcelado el año anterior) fue puesto en libertad, el 19 de diciembre de 1793, habiendo sufrido un colapso, se le condujo triunfalmente por las calles de Londres y la multitud se detuvo ante la casa del príncipe de Gales para mofarse. John Thelwall, que había reemplazado a Gerrald como teórico más capacitado de la SCL, inició una serie de conferencias para recoger fondos para la defensa de los prisioneros. El 17 de enero de 1794, Gerrald (que era miembro de las dos sociedades y que en aquel momento estaba en libertad bajo fianza) asistió a una reunión de la Sociedad Constitucional, que había sido devuelta a la actividad; le eligieron por aclamación para presidir la reunión y aprobaron la resolución de «oponerse a la tiranía con los mismos medios con los que ésta se ejerce». «La rebelión contra los Tiranos —había recordado una vez Gerrald a los reformadores ingleses— es Obediencia a Dios.» Tres días más tarde, la Taberna del Globo estaba tan atestada durante una reunión general de la SCL, que el suelo cedió. Se propuso una nueva Convención británica, que esta vez tendría lugar en territorio inglés. El ciudadano John Martin, desde la presidencia, presentó una provocativa alocución:

> Nos encontramos ante un problema. Debemos escoger ahora mismo, o la libertad, o la esclavitud para nosotros y para la posteridad. ¿Vais

a esperar hasta que se construyan CUARTELES en todas las poblaciones, y hasta que los de Hesse y Hanover, *subvencionados*, nos dominen?

Cuatro días más tarde, la Sociedad Constitucional acordó que «la Sociedad de Correspondencia de Londres había merecido que el país la tratase bien», y encargaron que se imprimiesen y se distribuyesen 40.000 ejemplares de su Comunicado. El efecto del comunicado fue infundir ánimo a las sociedades provinciales. Al recibirla, escribía el secretario de Bristol, «reuní, aquella misma tarde, a tantos amigos como buenamente pude; leímos, nos azoramos, adquirimos valentía ... vuestra segunda epístola ha avivado nuestro ánimo, vivificado nuestro patriotismo ... y todavía más, en la actualidad hemos aumentado considerablemente de número».[57]

Llegaron cartas de otras sociedades inactivas. Desde Newcastle (silenciosa durante mucho tiempo) llegó la noticia de que existían diversas «sociedades», que «se reúnen cada semana, y sólo admiten a los amigos que se conocen; y no han adoptado ningún nombre, sino el de grupos de lectura de periódicos». Es evidente que existían —o se reanimaban— otras muchas sociedades que no tenían correspondencia formal con la de Londres, como la sociedad de Royton o la sociedad de Halifax que se presentó por primera vez en abril de 1794, excusándose por el hecho de «haber adoptado, hasta ahora, la mayor prudencia y circunspección» en sus procedimientos: «Queremos que el público en general sepa que en esta ciudad y parroquia existen bastantes personas que se oponen violentamente ... a toda discusión libre. ... Su rabia se vería indeciblemente satisfecha, si viesen a uno de los partidarios de la Libertad de esta ciudad, multado, puesto en la picota o encarcelado ... ». Durante el mismo mes, se hizo un acto público al aire libre en Halifax «al que asistieron muchos amigos de Leeds, Wakefield, Huddersfiel, Bradford y la vecindad adyacente»; se aprobaron planes para una reunión general de delegados (en Bristol) y una Convención Nacional. En Leicester, se reunían diversos clubs y se hacían «charlas democráticas» en tabernas. En Londres, la SCL y la Sociedad Consti-

57. *Report of the Committee of Secrecy*, 1794, pp. 185 y siguientes; Joseph Gerrald, *A Convention the Only Means of Saving Us from Ruin*, p. 59; *The Address published by the LCS ... 20 January 1794*. John Martin escribió a Margarot en la cárcel municipal de Edimburgo (22 de enero de 1794): «La Sociedad está aumentando rápidamente tanto en ánimos como en número, y los *ricos* están empezando a estar entre nosotros y a sentarse con placer entre los hombres honrados con mandil de cuero.» T.S. 11.3510 (B).

tucional habían formado un comité conjunto para convocar una Convención, aunque la última deseara encontrar algún otro nombre. En abril, se hizo un acto público al aire libre en Chalk Farm, en el que intervinieron Thelwall y otros; se acordó que cualquier nuevo intento «de violar aquellas leyes que todavía quedan ... se debería considerar que disolvía el pacto entre la Nación Inglesa y sus Gobernantes».[58]

Esta era la cosecha, no sólo de la persecución, sino también del aumento de los precios y de la penuria económica. Existen algunas pruebas de que la agitación se estaba introduciendo en las partes más pobres del East End. Mientras que el mitin de Hackney, en octubre, había sido una novedad, Francis Place recordaba que al acto de Chalk Farm había asistido una «inmensa multitud ... con personas de todo tipo: hombres y mujeres ... en el mayor orden que jamás presencié ... aunque recibieron muchos insultos y provocaciones por parte de los enviados de Bow Street y diversos agentes de policía, espías e informadores del Gobierno ... se comportaron como hombres *inteligentes* y *racionales*».[59] También en abril, en Sheffield se hizo una reunión pública de seis o siete mil personas (los reformadores declararon 12.000) para protestar contra las sentencias escocesas; la presidencia la ocupó un caballero muy joven, elocuente e inseguro de Derby, Henry Yorke, que auguraba con placer el momento en que «la imponente voz de todo el pueblo les aconsejaría a los 558 caballeros de St Stephen's Chapel que se preocupasen de sus propios asuntos». «Por la noche, tipos borrachos» asaltaron las casas de los reformadores de Sheffield, y Davison, el secretario de la sociedad, concibió un plan para proporcionar «a los patriotas un número de chuzos, que sea suficiente para hacerles temibles». En los procesos posteriores de Hardy y Yorke, a esto se le concedió un gran peso. La acusación lo presentaba como prueba de intento insurreccional; los testimonios de la defensa negaban el hecho o declaraban que la intención última era la autodefensa ante los desalmados partidarios de la «Iglesia y el Rey». De hecho, probablemente, podían encontrarse ambas intenciones en las sociedades. En Edimburgo, un co-

58. *Report of the Committee of Secrecy*, 1794, pp. 185-189: *An Account of a Meeting of the Constitutional Society of Halifax*, Halifax, 1794; P. A. Brown, *op. cit.*, pp. 111-117; A. Temple Patterson, *op. cit.*, p. 74.

59. Ad. MSS. 27814. Estos mítines ayudaron a establecer un precedente importante, puesto que la convocatoria de mítines públicos por parte de plebeyos sin autoridad —y sin la intención específica de hacer alguna petición al Parlamento— era de dudosa legalidad; véase Jephson, *op. cit.*, I, p. 277.

mité fragmentario que subsistía desde la Convención británica todavía se reunía en secreto y había pasado a ser controlado por un anterior espía del gobierno, Robert Watt. Se fabricaron unas pocas puntas de chuzo y hachas de combate, y Watt, en una confesión agónica, declaró que se había convertido a la causa de la reforma, y que estaba planeando insurrecciones simultáneas en Edimburgo, Dublín y Londres. Cualesquiera que fuesen los motivos de Watt, una veintena de tejedores y artesanos escoceses se vieron profundamente implicados en sus intrigas.[60]

Esas fueron las circunstancias que precedieron el ataque repentino de Pitt a las sociedades, en mayo de 1794. Fueron detenidos los líderes de la Sociedad Constitucional de Londres y de la SCL, sus papeles fueron confiscados y el Parlamento nombró un comité de materia reservada para que los examinase.[61] Se suspendió el hábeas corpus. En Norwich, Isaac Saint y otros miembros del comité fueron detenidos. En Sheffield (cuyo delegado a la convención de Edimburgo, M. C. Browne, todavía estaba en espera de juicio) fueron prendidos Henry Yorke y algunos miembros del comité. Richard Davison, secretario de la sociedad, escapó a la detención, y el editor del *Sheffield Register*, Joseph Gales, también fue encausado por conspiración (en junio), pero huyó a América. Inmediatamente después de estas detenciones se lanzó a la opinión pública contra las sociedades, mediante «revelaciones» de conspiración en la Cámara, y rumores de complots insurreccionales y conexiones entre las sociedades y los franceses. Vendedores de baladas y volantines corrieron por las calles con hojas encabezadas así «¡TRAICIÓN! ¡TRAICIÓN! ¡TRAICIÓN!» Se colgaron carteles por toda la ciudad. Fue durante la celebración de la victoria naval del «Glorioso Primero de Junio» cuando una muchedumbre atacó la casa de la señora Hardy; y un periódico de Londres se mofaba de que «la mujer murió atormentada por las visiones de su querido Tommy siendo colgado, destripado y descuartizado». Algunos clubes, alarmados, se disolvieron, mientras aquellos que se mantenían estaban ocupados recogiendo fondos para los familiares de los prisioneros. (Algunos miembros de la SCL fueron demandados cuando intentaban hacer una colecta para la defensa

60. *Trial of Hardy*, *passim*; *Trial of Henry Yorke*, 1795, pp. 26, 80-81; *Trial of Robert Watt*, Edimburgo, 1795, p. 353; Meikle, *op. cit.*, pp. 150-153, *The Life and Character of Robert Watt*, Edimburgo, 1795, p. 76.

61. Para las circunstancias de la detención de los reformadores de Londres, véase arriba, pp. 3-5.

de los prisioneros.) *The Times* publicó un simulacro burlesco de información de una revolución inglesa, en la que se retrataba a los prisioneros disfrutando de un poder sanguinario.[62] En Lincolnshire «se pagó a los cantores de baladas, y éstos se apostaban al final de las calles para cantar la caída de los jacobinos ...». Entre la gente de buen tono, incluso el silencio acerca del tema de los juicios despertaba sospechas.[63] En Nottingham tuvo lugar un acoso de jacobinos, promovido por los partidarios de la «Iglesia y el Rey», de excepcional violencia. Al igual que el año anterior, las casas de los reformadores fueron «abiertas por la fuerza y las personas arrastradas, se les pusieron dogales alrededor del cuello y se les arrojó al arroyo fangoso situado al lado de la ciudad». Un comité legitimista les pagó a los «navegantes»* que estaban abriendo un nuevo canal, para que atacasen a los jacobinos, a quienes el comandante se negó a proteger.[64] Más o menos en esta época, en Failsworth, un destacado jacobino fue «atado a la silla de montar del caballo de un dragón, mientras el populacho, enloquecido y fanático, le clavaba alfileres en las piernas».[65]

Sin embargo, la Sociedad de Correspondencia de Londres estaba lejos de disolverse. Se creó un comité ejecutivo secreto de nueve, cuyos miembros más activos eran Richard Hodgson, un sombrerero, John Bone, un librero, y el «ciudadano Groves». Según un memorándum oficial, que quizá influyó en la decisión de actuar de Pitt, la SCL había estado incorporando adeptos de forma intensa, durante toda la primavera. No sólo contaba con 48 secciones en mayo de 1794, sino que además de los hombres de oficio y los artesanos «últimamente ha aparecido entre ellos un nuevo tipo de personas, a saber: varias Personas que proceden de los Mozos de Cuerda Ribereños y Dependientes de los Almacenes de la *City* y algunos Criados de los Caballeros». Cincuenta irlandeses se unieron en grupo a una sección, a la vez que se establecían

62. (James Parkinson), *A Vindication of the LCS*, 1795, pp. 1-6; *The Times* (5 de septiembre de 1794).

63. W. Gardiner, *Music and Friends*, 1838, I, p. 222.

* *Navigators* (navegantes) es el nombre que recibían los trabajadores empleados en la construcción de canales, y por extensión todos quienes hacían trabajos similares de excavación. (*N. de la t.*)

64. F. D. Cartwright, *Life and Correspondence of Major Cartwright*, 1826, I, p. 312; Blackner, *op. cit.*, pp. 396-401; Suton, *op. cit.*, pp. 193-199.

65. B. Brierley, *Failsworth, My Native Village*, Oldham, 1895, p. 14.

secciones en Woolwich y Deptford.[66] Después de las detenciones de Hardy, Thelwall y los demás líderes, Hodgson, Bone y el «ciudadano Groves» pudieron reunir a la mayor parte de los nuevos inscritos. En julio se informó de que «18 secciones, presas del pánico, no se reunían», y de que se habían enviado delegados para revitalizarlas; pero las 30 secciones restantes seguían funcionando. De hecho, el resultado de la persecución fue acentuar más el proceso de radicalización en el seno de la Sociedad. Si bien en agosto algunas secciones se habían «dormido», y algunos miembros se habían apartado de otros, como consecuencia (observó un informador) «actualmente, la Sociedad está compuesta, principalmente, por los atrevidos y los desesperados». Antes, el lenguaje de las reuniones se había mantenido en los límites de la reforma parlamentaria: «*Ahora* se afirma abiertamente la intención de derrocar al Gobierno del País». En otoño, cuando el sobresalto de las detenciones desapareció, se produjo un nuevo cambio en la actitud popular. Mejoró el trato de los prisioneros, y Hardy observó que, en Newgate, los delincuentes comunes empezaban a tratar con respeto a los reformadores. Place recordaba: «Las violentas medidas del gobierno asustaban a muchos.»

> Sin embargo, muchas personas, entre las que yo me contaba, consideraban que hacerse miembros en aquel momento era loable y era el cumplimiento de un deber. .... Esto mejoró el carácter de la Sociedad, ya que la mayor parte de aquellos que ingresaban eran hombres de carácter decidido, hombres inteligentes y juiciosos, a los que no se podía hacer cambiar fácilmente de idea.[67]

En el ínterin, la ejecutiva secreta de la Sociedad atravesó sus propios problemas. Tenía dificultades para encontrar *«formas y medios adecuados para una comunicación segura»* para sus cartas a los clubs

66. Memorándum *con respecto a* las Sociedades de Correspondencia, especialmente en el «Eastern end de la Ciudad y en la *City*», 6 de mayo de 1794, en T.S. 11.3510 A (3). Según éste, Sheffield, Bristol y Norwich declararon un crecimiento similar en el mismo período.

67. G. Wallas, *Life of Place*, p. 21. El manuscrito de Place, «History», debe tratarse con alguna reserva. Escrito muchos años después de los hechos, cuando era un tibio reformador benthamita, en parte es una *justificación* personal, en la que los «hombres inteligentes y juiciosos» (es decir, Francis Place) son ensalzados, y los menos moderados son denigrados. Las conferencias de Thelwall se describen como «declaración de carácter vago» que «contenía todos los prejuicios vulgares del momento»; un breve examen del *The Tribune* pondrá de manifiesto el sesgo de esta opinión.

provinciales. En agosto, hubiesen apresado a su miembro más capacitado, el ciudadano Hodgson, bajo una orden de prisión por alta traición, si los agentes de Bow Street no hubieran «capturado a una persona equivocada», lo que (cuando se informó a los miembros de la ejecutiva que quedaban) «provocó grandes risas». Después de eso, sólo pudo comunicarse con su ejecutiva mediante cartas que encabezaba: «En el *Camino.*» El 3 de septiembre, los agentes de Bow Street entraron bruscamente en la ejecutiva y detuvieron al secretario en funciones. El «ciudadano Groves» desafió su autoridad, y luego condujo a los demás a una taberna para hacer una colecta para la familia del detenido. Pero al día siguiente tuvo lugar un acontecimiento más notable. Un portavoz de Hardy acusó a Groves de ser un espía del gobierno, y éste se defendió en un proceso formal ante el pleno del Comité General de la Sociedad. Su discurso fue conmovedor, aunque un poco exagerado, por su sinceridad. Presentó muchas pruebas de su lealtad, así como testigos de su talante jacobino. Fue absuelto de modo triunfal.

Pero el «ciudadano Groves» *era*, de hecho, un espía; uno de los más capaces de la larga hilera que va desde Oliver hasta los años del cartismo y más allá. Después de cada reunión o ejecutiva secreta, se recibían sus informes completos para que Pitt, Dundas o el procurador del tesoro los examinasen detenidamente. Sólo gracias a su habilidad particular podemos describir de algún modo los hechos de aquellos meses.[68]

El proceso de Hardy tuvo lugar el 25 de octubre de 1794, en la Old Bailey.* La acusación era de alta traición. Y quizá para acentuar lo terrible de la acusación, 10 días antes, Robert Watt —el auténtico conspirador y tal vez «agente doble»— había sido decapitado en Edimburgo. Tanto el público como el jurado sabían que a los prisioneros les iba la vida en el juicio. (El único hombre de la sala de justicia que se negaba a reconocer la gravedad de los procesos era John Horne Tooke, que combinaba la afectación de fastidio con el talento irreverente, a la verdadera manera de Wilkes. Cuando le preguntaron si sería juzgado

68. Tanto las actas de la «ejecutiva secreta» como los informes de Groves se conservan en T.S. 11.3510 A (3). Los informes de Groves abarcan desde mayo hasta mediados de octubre de 1794; no he podido descubrir por qué se terminan, quizás a pesar de su absolución formal se perdió la confianza en él después de su «juicio». Para tener un ejemplo de su perspicaz información, véase más adelante, p. 160. Sobre la cuestión de los espías, más en general, véase más adelante, vol. 2, pp. 57 y siguientes.

* Sede del Tribunal Central para asuntos criminales, en Londres. (*N. de la t.*)

«Por Dios y su Patria», «miró al tribunal durante algunos segundos con un aire significativo que pocos hombres son capaces de adoptar, y sacudiendo la cabeza contestó con énfasis "*Sería* juzgado por Dios y mi patria, *pero* ... !"») A medida que lentamente avanzaba el juicio, durante 8 días, los indicios de «conspiración» peligrosa parecían más y más despreciables, y los interrogatorios caprichosos, incluso brutales, de Erskine a los testigos de la acusación los hacían aparecer todavía más endebles de lo que eran. En Hardy, el público encontró, una vez más, una de aquellas imágenes de independencia que encantaban al inglés libre por nacimiento: un plebeyo firme y juicioso que desafiaba el poder del Estado. Las circunstancias de la muerte de la señora Hardy le atrayeron mayores simpatías. El nerviosismo aumentó: en provincias se detenía a los viajeros y a las sillas de posta por las carreteras y se les preguntaban noticias; la víspera del día en que se debía conocer el veredicto, se rumoreó que Hardy había sido absuelto; se desengancharon los caballos del carruaje de Erskine y fue arrastrado triunfalmene por las calles. El último día —mientras el jurado se retiró a deliberar durante tres horas— las calles cercanas a la Old Bailey se vieron atestadas por una alborotada multitud: un veredicto de «culpable» sin duda hubiese provocado un motín. Un delegado de la Sociedad Patriótica de Norwich, llamado Davey, estaba en Londres para seguir los juicios. Al conocer la noticia de la absolución, volvió en silla de posta hacia Norwich, viajó toda la noche, y llegó el domingo por la mañana a la hora del servicio divino. Fue directamente al templo baptista de St Paul, cuyo pastor, Mark Wilks, era un reformador apasionado; uno de los pastores baptistas al viejo estilo, que combinaba una ocupación (como granjero) con su ministerio no retribuido. Cuando Davey entró, Wilks estaba en el púlpito, se interrumpió para preguntar: «¿Cuáles son las noticias, hermano?» «¡Inocente!» «Entonces, cantemos, "Alabado sea Dios del que provienen todas las bendiciones"».

El gobierno persistió con el caso contra Horne Tooke. Pero el proceso fue una fuente de humillación todavía mayor. La defensa hizo comparecer al primer ministro, Pitt, y se vio obligado a admitir que había asistido a las reuniones del condado de Wyvill, en favor de la reforma. La absolución de Tooke fue seguida por un último esfuerzo, en diciembre, para asegurar una sentencia contra Thelwall. Pero el resultado fue inevitable. Quizá no del todo. Thelwall, que tenía un carácter un tanto exagerado, se había dedicado, mientras estaba en Newgate, a escribir poemas sobre el tema de Hampden, Sidney y la Tiranía:

En la nociva lobreguez del calabozo
El patriota, a pesar de todo, con el corazón impávido,
Puede adoptar un aspecto alegre
—Y sonreír— ¡sabiendo que la virtud le bendice![69]

Cuando se acercaba su juicio fue presa del deseo de pronunciar una arenga ante el jurado. «Me ahorcarán si no lo hago», le dijo a Erskine. «Le ahorcarán si lo hace» fue la respuesta de Erskine. Al absolver a Thelwall, se retiraron las acusaciones contra los restantes prisioneros.

Podría esperarse encontrar un ingreso inmediato de miembros a las sociedades. Pero es difícil desenmarañar los acontecimientos del año siguiente. En primer lugar, la mayor parte de las sociedades provinciales se habían disuelto durante el verano de 1794, o las demás continuaban en formas «clandestinas» que han dejado pocas pistas. (El Comité de Materia Reservada había anunciado de forma bastante clara el peligro de la correspondencia, y los juicios habían revelado el empleo generalizado de espías del gobierno.) En Sheffield la sociedad permanecía paralizada, puesto que Yorke todavía seguía en prisión: su juicio no tuvo lugar hasta julio de 1795, y fue condenado a 2 años de cárcel por conspiración. Además, estos procesos sólo eran excepciones. En las provincias los magistrados tenían considerables poderes de jurisdicción sumaria, y los reformadores humildes no podían esperar que Erskine fuera a defenderles.[70]

Por lo demás, todavía tenían que pagarse los costes de la defensa. (En Norwich, donde todavía había ciudadanos influyentes que apoyaban a la Sociedad Patriótica, Mark Wilks predicó una serie de sermones jacobinos en la capilla de St Paul, en abril de 1795, para sufragar los gastos de los juicios.) Si bien las absoluciones habían evitado un terror generalizado —Hardy fue informado, de buena tinta, de que se habían preparado por lo menos 800 órdenes de detención contra reforma-

69. J. Thelwall, *Poems Written in Close Confinement in the Tower and Newgate ...*, 1795, p. 9. (Within the Dungeon's noxious gloom / The Patriot still, with dauntless breast, / The cheerful aspect can assume - / And smile - in conscious Virtue blest!)

70. Por ejemplo, James Hindley de Leeds fue sentenciado, en 1794, a 2 años de prisión por vender escritos sediciosos. En 1794, detuvieron a George Bown, pero le dejaron en libertad después de varios meses, sin haberle hecho juicio. En Sheffield, James Montgomery, que intentaba continuar el trabajo de Joseph Gales publicando el más moderado *Iris*, fue encarcelado dos veces (durante 3 y 6 meses) en 1795. No se ha llevado a cabo una investigación sistemática en cuanto al alcance de esos procesamientos provinciales.

dores (y se habían firmado realmente 300), que se iban a cumplir inmediatamente en caso de que se obtuviese un veredicto contra él—, no obstante, los juicios revelaron lo lejos que estaba dispuesto a ir el gobierno. Y las absoluciones condujeron a los publicistas del orden establecido al punto de la incoherencia. Burke, que había participado en la preparación del informe del Comité de Materia Reservada, y que ahora estaba en posesión de una pensión de 4.000 libras al año, se convirtió, después de 1794, en el intelectual análogo a James Reeves. Consideraba que una quinta parte del electorado y casi todos los que no tenían derecho a voto eran «jacobinos puros; completamente incapaces de enmienda; objetos de eterna vigilancia». Daba por supuesto que los hombres absueltos eran «asesinos», e insistía en que los males del cuerpo político exigían «los terrores decisivos del cauterio y la cuchilla».[71]

En segundo lugar, algunos de entre los líderes de los reformadores habían tenido suficiente. La Sociedad Constitucional jamás resucitó, y Horne Tooke se retiró de los asuntos públicos, hasta la elección de 1796. Hardy estaba muy preocupado con sus propios asuntos, después de la muerte de su esposa, y no volvió a tomar una parte activa en la SCL. Y la sociedad en Londres estaba ahora desgarrada por la discordia. Pasaron semanas discutiendo acaloradamente si la sociedad debía tener una nueva constitución; una parte argumentaba que *toda* constitución era un impedimento a la democracia directa, y la otra argüía que con una disciplina interna más estricta podría hacerse frente a la persecución. (Incluso la utilización casual de las palabras nuestros «líderes», en una carta, acarreó una alarma democrática dentro de la sociedad.) En una confusión de personalismos, se separaron dos secciones para formar nuevas sociedades. John Bone se convirtió en secretario de la Sociedad para la Reforma de Londres, que mantenía relaciones amistosas con el grupo matriz. Parece que John Baxter inició la otra separación, una Sociedad de Amigos de la Libertad que se especializó en declaraciones libertarias grandilocuentes. Descrito por un espía como «un hombre de aspecto humilde ... de cara delgada, con el cabello negro recogido en una cola, americana marrón oscuro, chaleco color tabaco, cerca de los cuarenta», Baxter parece que fue partidario de to-

71. Hardy, *Memoir*, pp. 42-43; Mark Wilks, *Athaliah: or the Tocsin Sounded*, Norwich, 1795; Thelwall, *The Rights of Nature*, 1796, Letter, I, pp. 40, 56-57; Sarah Wilks, *Memoirs of the Reverend Mark Wilks*, 1821, pp. 78-79; E. Burke, *Two Letters addressed to a Member of the Present Parliament, &c.*, 1796.

mar medidas más enérgicas y él mismo pronunciaba conferencias sobre *Resistencia a la Opresión*: «Mientras todo el Poder del Estado se confíe a los Hombres Propietarios de Tierras, puede decirse verdaderamente, que tienen en sus manos los *resortes* de la VIDA y de la MUERTE». Thomas Spence, que había sido profesor en Newcastle, estaba ganando partidarios con «un nuevo *Los derechos del hombre* ... que va más allá del de Paine». La tierra de la aristocracia debe ser expropiada y las nuevas cooperativas de Spence deben ocupar su lugar, «¿Pensáis que la Humanidad disfrutará alguna vez de un grado de Libertad y Felicidad admisible, mediante una Reforma Parlamentaria, si permitimos que los Terratenientes continúen existiendo? ... Una Convención o un Parlamento del Pueblo estaría eternamente en guerra con la Aristocracia».[72]

Esas tensiones eran de esperar. En fecha tan temprana como octubre de 1793, ya se recoge en las actas de la SCL una moción de una sección que reclamaba la expulsión de las personas que propagaban principios igualitarios. Como el coste de la vida aumentaba —y como la sociedad hacía progresos en el este y el sur de Londres— la cuestión «social» se situó más y más en primer plano. Un folleto característico de 1794 apoyaba, como medidas de la reforma, una reducción de los impuestos y del *excise**, reforma de las *Poor Laws* y las *Game Laws***, fin de las limitaciones a las *trade unions*, trabajo para los desempleados, y acabar con el *press-gang* y la obligación que pesaba sobre los taberneros de alojar a las tropas.[73] Tales demandas podían obtener una aceptación universal dentro de la sociedad, mientras que los puntos de vista más extremos de Spence y de Baxter no lo podían. Pero está claro que la sociedad también estaba dividida en cuanto a las tácticas. Como ejemplo de las dos tendencias se pueden tomar a dos recién llegados al liderazgo de Londres. El mismo Place, con sus serios modales, su gran capacidad organizativa, su aplicación intelectual y su experiencia en la organización de *trade unions*, se situaba en la tradición

72. *The Correspondence of the LCS*, 1795, pp. 4. 20-21, 26, 42-43; Hardy, *Memoir*, *passim;* P. A. Brown, *op. cit.*, pp. 142, 151; J. Baxter, *Resistance to Oppression*, 1795; Anónimo [T. Spence], *The End of Oppression*, 1795. Para Spence, véase más adelante, pp. 165-167.

* Véase nota de traducción en el capítulo 3, p. 50. (*N. de la t.*)

** Leyes de caza. (*N. de la t.*)

73. Anónimo [James Parkinson], *Revolutions without Bloodshed*, 1794. Este admirable ejemplo de las demandas jacobinas moderadas, declaradas con firmeza, se encuentra impreso en Cole y Filson, *British Working Class Movements*, pp. 48-52.

de Hardy. Durante el verano de 1795 fue a menudo presidente de la reunión semanal del Comité General, y, según su propio relato, consideraba que la *misión principal* de la sociedad era proporcionar educación política a los obreros:

> Estaba convencido de que los Ministros seguirían hasta llevar al gobierno a una parálisis; es decir hasta que no lo pudiesen mantener por más tiempo. Me parecía que la única oportunidad de que el pueblo tuviese o pudiese tener un gobierno bueno y barato residía en que se le enseñaran las ventajas de la representación ... de forma que siempre que la actuación de los Ministros produjese una crisis, estuviesen capacitados para dar apoyo a los más apropiados para establecer una forma de gobierno sencilla y barata. Por lo tanto aconsejé que la sociedad procediese de la forma más silenciosa y reservada que fuese posible.

Eso es demasiado imprudente: «un gobierno sencillo y barato» es una frase de la última jerga benthamita de Place, mientras que la sociedad, en 1795, quería el fin de la represión y el sufragio masculino adulto, en razón de la libertad y la igualdad. Pero probablemente Place es preciso al decir, en fecha tan temprana como 1795, que consideraba que el papel de los reformadores obreros era *complementario* al de los reformadores de clase media y aristócratas, en el Parlamento. Los obreros no podían esperar hacer la reforma por y para ellos, sino que debían apoyar a otros que tenían «más probabilidades» de obtener concesiones. En un sentido, éste era un compromiso táctico previsor; pero esto suponía favorecer una crisis —esperando, quizá, un desajuste financiero, motines de subsistencia y tumultos entre el populacho— más que hacer una política de *precipitar* la crisis mediante la agitación popular. Es la política de aquellos hombres de oficio o artesanos, con amor propio, que preferían tender un puente hacia la clase media, que tratar de salvar el abismo que había entre ellos y los pobres levantiscos. Como tal, representa una renuncia a la agitación entre «innumerables miembros», aunque al mismo tiempo incorpora las fuerzas de la autodidaxia y la organización concienzuda.[74]

La otra tendencia la representa John Binns, un joven perteneciente a una familia de gentes de oficio de Dublín, que trabajaba como fontanero en Londres. También se incorporó a la SCL en 1794 y accedió

74. G. Wallas, *op. cit.*, pp. 24-25.

rápidamente a la presidencia de comités y actos públicos. Formaba parte de la mayoría de miembros que sostenían que, inmediatamente después de las absoluciones, la sociedad debía propagar más ampliamente su mensaje, y debía organizar grandes manifestaciones públicas, de modo que el gobierno «se viera obligado a conceder una reforma». Y la reforma en favor de la que luchaba era, en realidad, una reforma mediante una revolución; aunque la reforma era el objetivo declarado (anotó en sus *Recollections*) «los deseos y las esperanzas de muchos de los miembros influyentes [de la sociedad] les conducían al derrocamiento de la monarquía y al establecimiento de una república».[75]

Hacia marzo de 1795, la sociedad había quedado reducida, como resultado de las secesiones, sólo a 17 secciones.[76] Más grave todavía, la correspondencia provincial había disminuido, de manera que el movimiento carecía de un centro nacional. John Thelwall también dimitió, aparentemente porque (tal como él mismo explicaba) era mejor para él colaborar como conferenciante y propagandista independiente, pero más probablemente lo hizo porque estaba cansado de las disensiones. No obstante, después de las secesiones la sociedad parecía más unida y su actividad se reanimó. En contra de los argumentos de Place —de que los mítines públicos desencadenarían una persecución renovada y la suspensión del hábeas corpus— la política de Gale Jones y Binns, favorable a la agitación en la más amplia escala, resultó victoriosa en un referéndum de todas las secciones de Londres. Como resultado de ello, se hizo un gran mitin en St George's Field a finales de junio, en apoyo del sufragio masculino adulto y los parlamentos anuales. Verdaderamente, fue la mayor manifestación pública en favor de la reforma que se había hecho nunca en Londres, incluso si reducimos la cifra de 100.000 asistentes que declaraba la SCL. Presidió el ciudadano John Gale Jones e hizo un discurso cuyo lenguaje rimbombante está lejos de las reminiscencias benthamitas de Place:

> Somos Britanos, ¿y no es la libertad nuestro derecho por nacimiento? ... Traed vuestros látigos y potros de tortura, vosotros ministros de

75. Binns, *op. cit.*, p. 45.

76. En el invierno de 1794-1795, hubo otra alarma de «traición», tres miembros de la Sociedad —Smith, Higgins y Lemaitre— fueron acusados de organizar un complot para asesinar al rey, con un dardo envenenado disparado con una escopeta de aire comprimido. La acusación había surgido de un informador rencoroso, y los acusados fueron puestos en libertad sin juicio; véase J. Smith, *The Conspirators Exposed*, 1795; P. T. Lemaitre, *Narrative of Arrest*, 1795; P.C.A. 35/6.

> la venganza. Levantad vuestros patíbulos. ... ¡Erigid cuarteles en todas las calles, y bastillas en todas las esquinas! Perseguid y desterrad a todos los individuos inocentes; pero no triunfaréis. ... La sangre sagrada del Patriotismo, que gotea del hacha acerada, traerá consigo las semillas nacientes de la Libertad ...

Con todo, los manifestantes, tambaleándose bajo esas variopintas metáforas sanguinarias, se comportaron pacífica y ordenadamente, y se dispersaron con tranquilidad.[77]

Desde este momento hasta el final del año, la sociedad creció con rapidez. Rompió el círculo, bastante reducido, de artesanos y hombres de oficio, y ganó un apoyo creciente entre la población asalariada. En junio se declararon 400 nuevos miembros, entre 700 y 800 en julio; las 17 secciones de marzo habían pasado a ser 41 a finales de julio y 70 u 80 hacia octubre. Entretanto, las dos sociedades que se habían separado también prosperaron. Aparecieron grupos de discusión colaboradores y clubs de lectura. El deísmo y el librepensamiento ganaron terreno, hasta el punto de que, al año siguiente, Gale Jones escribía como cosa evidente, «Aunque no profeso el cristianismo ...». La sociedad acuñó monedas y medallas de recuerdo, para celebrar las absoluciones de 1794 y para otras ocasiones. Thelwall reunía con regularidad a un público de algunos centenares en sus conferencias, que tenían lugar dos veces por semana, y no pudo resistir jactarse de ello en las cartas que escribía a su esposa:

> Durante dos noches he tenido casi seiscientas personas. ... Dos conferencias, en particular, han sacudido los cimientos de la corrupción hasta que cada piedra del podrido edificio ha temblado. Cada frase saltaba de pecho en pecho con un contagio eléctrico, y los propios aristócratas —muchos de los cuales vinieron en tropel a escucharme— se veían a menudo obligados ... a unirse a las aclamaciones.

Además, alrededor de las sociedades crecieron otros grupos y clubs de taberna con un nuevo estrépito de retórica republicana. Un tal «ciudadano Lee» (que a veces es descrito como un metodista) publicó, desde el «Árbol Británico de la Libertad, n.º 98 Berwick-Street, Soho», una serie de folletos incendiarios y provocativos, entre cuyos títulos se in-

77. *Correspondence of LCS*, 1795, pp. 4-5 *et passim*; *Tribune* (20 de junio de 1795); Ad. MSS. 27808; Anónimo, *History of Two Acts*, pp. 91 y siguientes.

cluían *King Killing*, *The Reign of the English Robespierre*, y *The Happy Reign of George the Last*. Ponía el acento (al igual que Spence) en las «*asociaciones parroquiales y de pueblo*», y también era uno de los pocos jacobinos ingleses que hacía referencia a la guillotina en términos de una cálida aprobación. Probablemente fue su producción de libros de cuentos, historias jacobinas, y de hojas sueltas, lo que inspiró a Hannah More a contraatacar con su Almacén de Folletos Económicos, aunque D. I. Eaton y varias de las sociedades provinciales también se dedicaron al negocio del folleto barato.[78]

Después de junio de 1795, también se reavivó la correspondencia provincial. En agosto se hizo un mitin al aire libre en Sheffield; el presidente había sido enviado expresamente desde Londres. Se declaró una asistencia de 10.000 personas.[79] Pero, por lo demás, Norwich era, con mucho, el centro provincial más imponente. En septiembre había 19 secciones activas de la Sociedad Patriótica y, además de los tejedores, zapateros, artesanos y tenderos que componían la sociedad, todavía tenía el apoyo cauteloso de las familias patricias de comerciantes, los Gurney y los Taylor. Al mismo tiempo, Norwich tenía un grupo de profesionales con grandes facultades, que publicaron, durante 1795, un periódico —*The Cabinet*— que quizá fue la más interesante de las publicaciones intelectuales cuasi-jacobinas del período. Sus artículos abarcaban desde el análisis concienzudo de los asuntos europeos y la dirección de la guerra, a través de las efusiones poéticas, hasta las disquisiciones sobre Maquiavelo, Rousseau, los derechos de la mujer y el socialismo godwiniano. A pesar de los muy diversos grados de énfasis, Norwich mostraba un notable consenso de sentimiento antigubernamental, que iba desde las capillas baptistas a los ambiciosos *philosophes* de *The Cabinet*, desde la «Divisa de los Tejedores» (cuartel general de la Sociedad Patriótica) a la casa de Gurney, desde el foxita Coke de Holkham a los trabajadores de los pueblos cercanos a la ciudad.[80] La organización se extendía desde Norwich a Yarmouth, Lynn, Wisbech y Lowestoft. Un movimiento similar surgía en las ciudades de Medway, Chatham, Rochester, Maidstone, que se extendía desde los

78. *Correspondence of the LCS*, 1795, pp. 4-5, 29, 35; J. G. Jones, *Sketch of a Political Tour ...*, 1796, p. 3; Mrs. Thelwall, *Life of John Thelwall*, 1837, p. 367.

79. *Proceedings of the Public Meeting on Crooke's Moor at Sheffield*, Sheffield, 1795.

80. *Correspondence*, *op. cit.*, pp. 27-28, 63-64; *Cabinet* (Norwich, 1795), 3 volúmenes; Sarah Wilks, *Memoirs of the Reverend Mark Wilks*, 1821.

médicos y los profesionales a los artesanos de los muelles. Nottingham presenció un resurgimiento (una vez más) con cierto tipo de alianza entre los industriales y los calceteros. Y la *Correspondence* de la SCL, que se ha publicado, muestra síntomas de actividad en Leeds, Bradford, Birmingham, Leominster, Whitchurch (Salop), Melbourne (cerca de Derby), Sunbury (Middlesex), High Wycombe, Truro y Portsmouth.

«Un nuevo maestro está trabajando entre las masas: LA ESCASEZ», estas son palabras del historiador de Manchester, Prentice. 1795 fue un año de crisis, tanto en Francia como en Inglaterra. El invierno excepcionalmente duro de 1794-1795, los desajustes de la guerra, la pérdida de las cosechas, todo ello disparó los precios de las subsistencias. Mayo de 1795 es la famosa fecha de la decisión de Speenhamland, que regulaba la liberalización de los salarios en relación con el precio del pan. El precio del trigo alcanzó niveles insostenibles: 108*s*. el cuarto* en Londres, 160*s*. en Leicester, mientras que en algunos lugares era imposible obtenerlo. Durante el estallido sin precedentes de motines de subsistencias que barrió el país en verano y otoño, en diversas ocasiones la milicia se puso de parte de los amotinados.[81] Había signos de descontento en el ejército; Irlanda se aproximaba a la rebelión; los industriales de Norwich, Manchester y el West Riding hacían peticiones en favor de la paz. John Thelwall dedicó varias de sus conferencias más convincentes al tema de la escasez. En el Norwich jacobino (según él declaró) por lo menos 25.000 trabajadores están pidiendo ayuda: los tipos de interés que pagaban los pobres habían alcanzado los 12 o 13*s*. la libra. La gran industria sedera de Spitalfields, se lamentaba, estaba abandonada:

> Incluso en mi corto recuerdo, los niños descalzos harapientos eran muy escasos en esa parte de la ciudad. ... Recuerdo la época ... en que un hombre que trabajase de manera regular en los campos tenía generalmente, junto al lugar donde ejercía su profesión, una pequeña casa de verano y una estrecha parcela de jardín en las afueras de la ciudad, donde pasaba su *Lunes*, haciendo volar sus palomas o cultivando sus tu-

* Un cuarto (*quarter*) tiene 28 libras de peso, corresponde a 12,7 kg, aproximadamente una arroba. (*N. de la t.*)

81. Para los motines de 1795, véase lo escrito anteriormente, pp. 57-59. Véase también el *Morning Post* del 20 de mayo de 1795, que informa del «motín» en Oakhampton (Devon), cuando la milicia del Stafordshire «toda ... como un solo hombre se unió al Pueblo»; T. S. 11.3431; Hammond, *Town Labourer*, edición de 1920, pp. 85-86; Maccoby, *op. cit.*, p. 90; J. H. Rose, *William Pitt and the Great War*, 1911, pp. 282-288.

> lipanes. Pero hoy en día esos jardines están en decadencia. La pequeña casa veraniega y el recreo de los lunes no existen; y encontraréis a los pobres tejedores y a sus familias amontonados en horribles, inmundas e insalubres habitaciones, desprovistos de las más mínimas comodidades, e incluso de lo mínimo indispensable para vivir.

He aquí una imagen de la desaparición de la vieja Inglaterra que —incluso más que el tema de los «pueblos abandonados» (que Thelwall también tocaba)— removía profundos focos de emoción en las memorias de los oficiales y artesanos jacobinos.[82]

El 26 de octubre de 1795, la SCL convocó un nuevo gran acto público, en Copenhagen Fields, Islington, que fue presidido por el ciudadano John Binns (de 22 años). «Un proceder imprudente», desde el punto de vista de Place, que se negó a tomar parte oficial en el mitin. Thelwall fue uno de los disertadores principales y utilizó sus grandes poderes de oratoria para mantener a la multitud en una actitud pacífica. En este momento abrigaba un proyecto de «toda la nación ... organizada en una gran Asociación, o Sociedad de Correspondencia, desde las Orcadas hasta el Támesis, desde los acantilados de Dover hasta el Land's End»; y en la reunión se aprobó una resolución de enviar representantes a las principales ciudades de todo el reino. (El propio Thelwall se volvió a incorporar a la sociedad en noviembre.) No puede desecharse la información de que asistieron entre 100.000 y 150.000 personas.[83] A pesar de que se utilizaron tres plataformas o tribunas, «ni la mitad de los espectadores se pudo acercar lo suficiente para oír una sola palabra». En esta ocasión, se dirigió una «protesta» al rey: «¿Cómo es posible que, en medio de una aparente abundancia, nos veamos forzados de ese modo a pasar hambre? ¿Por qué si trabajamos y nos afanamos, debemos consumirnos en la miseria y en la escasez? ... *La Corrupción parlamentaria* ... devora como un torbellino espumoso el fruto de todos nuestros esfuerzos.» «Predominó la mayor armonía, regularidad y buen orden —afirma el anónimo historiador de las Dos Leyes— fue un día *consagrado a la libertad.*»[84]

82. *Tribune*, XXIX (23 de septiembre de 1795).

83. Place, que en general tendía a reducir las afirmaciones retóricas, y que escribía (en 1824) al margen de una amplia experiencia de agitación política, simplemente diría que 150.000 «eran quizás una exageración».

84. LCS, *Account of the Proceedings of a Meeting ... 26 October 1795;* Add. MSS. 27808; J. Thelwall, *An Appeal to Popular Opinion against Kidnapping and Murder*, 1796, p. 8; Thelwall, *Life*, pp. 379 y siguientes; *The History of Two Acts*, pp. 97 y siguientes.

Tres días más tarde, hubo un día —que si bien no estuvo consagrado a la libertad— con toda seguridad, infundió miedo a la autoridad. El rey, que iba con gran pompa a inaugurar el Parlamento, fue abucheado, silbado y su carruaje apedreado: «¡Muera Pitt!», «¡Abajo la guerra!», «¡Abajo el rey!», «¡Abajo Pitt!», «¡Paz!». Quizá 200.000 londinenses atestaron las calles. Algunos blandían pequeñas hogazas, decoradas con un crespón negro, ensartadas en palos. Un baratillero que vendía «*Los derechos del hombre* por un penique» fue detenido, rescatado y llevado en hombros de forma triunfal. La ventana del carruaje del rey se rompió, probablemente de una pedrada, pero se cuenta que cuando llegó a la Cámara de los Lores dijo con voz entrecortada: «¡Dios mío, me han disparado!»[85] Al día siguiente, cuando el rey se empeñó en ir al teatro, se despejaron las calles y fue protegido por 100 hombres a pie, 200 a caballo y 500 policías.

La Sociedad de Correspondencia de Londres declinó toda responsabilidad. Pero podía haber tenido algo que ver con aquella manifestación, y en cualquier caso no podía pretender controlar la cólera de sus seguidores. (La tarde posterior a los tumultos, en una taberna, un miembro de la sociedad alardeaba ante John Binns de haberse encaramado al carruaje y haber intentado asaltar al rey.) En cualquier caso, la respuesta de las autoridades fue inmediata. Se hizo pública una proclama contra las reuniones sediciosas y seguidamente Pitt introdujo las Dos Leyes. Por la primera de ellas se convertía en un delito de traición el incitar al pueblo, ya fuese de palabra o por escrito, al odio o desacato al rey, la Constitución o el gobierno. Por la segunda, no se podía hacer ninguna reunión de más de 50 personas, sin notificarlo a un magistrado que tenía amplios poderes para prohibir discursos, detener oradores y disolver reuniones. Y todavía se añadió un delito capital más al código penal: el incumplimiento de las órdenes de un magistrado se podía castigar con la muerte. Una cláusula especial, dirigida a Thelwall en particular, permitía que las salas de conferencias de los reformadores se cerraran como «casas de alborotos».

El intervalo entre la introdución de esta ley (10 de noviembre) y la recepción de su aprobación real (18 de diciembre) fue el último, y el mayor, período de agitación popular. La pequeña oposición foxita luchó en cada etapa de su aprobación, y por primera y última vez hizo campaña en el país junto con las sociedades populares. La SCL con-

85. Anónimo, *Truth and Treason! or a Narrative of the Royal Procession*, 1795.

vocó una manifestación de emergencia el 12 de noviembre (esta vez se declararon 200.000 personas),[86] en Copenhagen Fields: «al mitin, como es habitual en estas ocasiones —recordaba Place— asistieron hombres, mujeres y niños». Pero ni la ocasión del mitin, ni la práctica de llevar niños eran «habituales»; y lo último es una indicación del propósito pacífico, que se convirtió en algo tradicional en el movimiento obrero posterior. En diciembre, en Marylebone Fields, la sociedad hizo una gran manifestación final, de la que existe un relato en el diario de Joseph Farington. Entre los oradores de las varias «tribunas» estaban William Frend, Thelwall y John Gale Jones. Jones, el «endomingado» cirujano, con una «afección paralítica» que le provocaba «una contracción convulsiva casi constante de la cabeza, los hombros y los brazos», tenían sin embargo «una voz excelente; fuerte, clara e inconfundible ...». Su intervención incluyó la amenaza de que Pitt sería conducido a una «ejecución pública»: «No hubo ningún tumulto, ni se ofendió a nadie que no levantase las manos o no se uniera a los aplausos.» [87]

Se hicieron grandes manifestaciones en todo el resto del país, casi todas en contra de las leyes. «Si dimitiera, mi cabeza rodaría en 6 meses», dijo Pitt. El mayor contratiempo se produjo en el Yorkshire. Wilberforce, uno de los diputados del condado, había trabajado en privado con Pitt en «el proyecto de ley de sedición; lo había mejorado ampliándolo». (Se había cuidado de defender su reputación de «independencia» oponiéndose a una cláusula en la Cámara.) Mientras tanto, en el Yorkshire, Christopher Wyvill, fiel a sus principios moderados, solicitó un mitin en el condado para protestar e hizo público un llamamiento, con cuatro días de anticipación —un viernes—, a todos los campesinos propietarios del West Riding para que asistieran el siguiente martes en York: «Acudid desde vuestros telares, vosotros pañeros honrados e industriosos; dejad por un día el trabajo de vuestros campos, vosotros *yeomen** tenaces e independientes: acudid con el espíritu de vuestros antepasados ...». Wilberforce, cuando iba de camino a la iglesia en Londres («Permítaseme recordar el carácter peculiar de un Cristiano; solemnidad en la Cámara, buen humor, amabilidad y sosiego,

86. De hecho, un *Account* publicado por la SCL declaraba «por encima de 300.000» britanos.

87. *The Farington Diary*, editado por J. Greig, 1922, I, pp. 118-119.

* Campesinos o labradores libres, propietarios independientes y/o arrendatarios de tierras. (*N. de la t.*)

con una secreta alerta y seriedad oculta», había anotado en su diario pocos días antes), fue detenido por un mensaje urgente del Yorkshire. Salvando sin dificultad sus escrúpulos con respecto a viajar en domingo, se dirigió a ver a Pitt. Pitt le dijo que debía asistir al mitin del condado. Pero el carruaje de Wilberforce no estaba dispuesto. «El mío está a punto —dijo Pitt— váyase en él.» («Si descubren de quién es el carruaje en el que habéis viajado —dijo alguien del grupo— correréis el riesgo de que os asesinen.») Wilberforce hizo la «marcha forzada» hacia el norte con el coche que Pitt le había prestado. Todo el condado parecía entrar a raudales en York, los pañeros, o «*Billy-men*», lo hacían cabalgando en sus caballos de carga. Cuando Wilberforce llegó a York, el mitin, que ya había empezado, tenía un carácter duramente contrario al gobierno. Se dirigió «a la mayor reunión de caballeros y campesinos propietarios que jamás se había congregado en el Yorkshire» con una elocuencia «nunca superada», insuflando «energía y vigor a las abatidas almas de tímidos legitimistas». La gran reputación de independencia y filantropía cristiana de Wilberforce venció sobre los *yeomen* y los pañeros del West Riding. La reunión se dividió: mientras la gran mayoría de los 4.000 campesinos propietarios daba apoyo a la alocución de Wilberforce en favor del rey y la Constitución, «aquel tipo loco, el coronel Thornton, se levantó vestido de uniforme», y se dirigió a la «chusma de York ... hablando en favor de los jacobinos. ... Les dijo que muchos de los soldados estaban dispuestos a unirse a ellos cada vez que se sublevasen». Thornton terminó «despojándose de su uniforme ante la chusma», que le llevó triunfalmente en hombros hasta el Guildhall.[88]

Este es uno de aquellos momentos de la historia que parece revelar una crisis entre épocas. Aparte de las elecciones, el siguiente mitin masivo del West Riding que se hizo en York iba a ser la «Peregrinación» de Oastler, de esclavos de la fábrica (1832). Del mismo modo que el mitin de York se escindió en campesinos propietarios legitimistas y sediciosos sin derecho a voto, la sociedad del siglo XIX iba a estar dividida, en las *hustings*, entre electores y obreros, hasta 1850. Y simboliza otra división. «Entre Yorkshire y Middlesex hacen toda Inglaterra», dijo Fox. La conciencia inconformista del Yorkshire había demostrado ser vulnerable: donde no alcanzaban la iglesia y el rey, podían llegar Wilberforce y los metodistas. Pero en el Middlesex la di-

88. Wilberforce, *op. cit.*, II, pp. 112-113; Wyvill, *Political Papers*, V, *passim*.

sidencia tradicional de los hombres de oficio y los artesanos se decantó, en este momento, netamente hacia el librepensamiento. Y también eso fue consecuencia de las Dos Leyes, y de las declaraciones de «lealtad» por parte de dirigentes de la Iglesia y el templo por un igual.

Se ha dicho que el ladrido de las Dos Leyes fue peor que su mordisco. Nunca se impuso la pena de muerte bajo sus disposiciones. Aunque el hábeas corpus estuvo suspendido durante 8 años, parece que sólo unos pocos fueron retenidos sin juicio por un tiempo.[89] Por supuesto, este era el ladrido que Pitt deseaba: miedo, espías, magistrados vigilantes con poderes indefinidos, de vez en cuando el castigo ejemplar. En cualquier caso, entre el ladrido y el mordisco de las Dos Leyes quedaba la barrera de un jurado inglés; y se puede poner en tela de juicio la opinión de Place (1842), según la cual «se puede decir que la mayoría de los tenderos y los obreros las aprobaron [las leyes] sin entenderlas».[90]

En todo caso, las leyes triunfaron. En un primer momento la SCL arriesgó una política de desafío: se enviaron delegados a las provincias con la esperanza de reconstruir una organización nacional. Se envió a John Binns a Portsmouth, el principal apostadero naval, pero se le hizo volver cuando el comité de Londres tuvo noticia de que era seguido y vigilado y podía ser detenido. John Gale Jones viajó por las ciudades de Kent —Rochester, Chatham, Maidstone, Gillingham, Gravesent—; en Rochester encontró una sociedad que contaba con nueve secciones, en Chatham, cuando alguien del público preguntó si la reunión no sobrepasaría los 50 autorizados por la ley, «otro le rogó airadamente que se fuera para contribuir con *su* ausencia a la disminución». Se enteró de que los estibadores de Chatham se habían negado a firmar un comunicado dirigido al rey, en apoyo a las leyes, y en su lugar, habían firmado una petición de protesta. La atención que la sociedad dedicaba a esos apostaderos navales arroja una duda sobre la resuelta negativa (varios años más tarde) de Place acerca de que algunos miembros veían con buenos ojos «la formación de una República con la ayuda de Francia». Esas visitas a los estibadores pueden ser uno de entre los varios

89. Entre los manuscritos de Place se encuentra una «Narrative of John Oxlade», miembro de la SCL apresado en mayo de 1798; en el documento se estima que durante los años cumbre (1798-1800) fueron encarcelados sin juicio, cerca de cuarenta miembros de la SCL, y cerca de treinta y cinco de los Ingleses Unidos. *Véase también* «*Lists of Suspects*» *en* P.C.A. 158.

90. Wallas, *op. cit.*, p. 25.

hilos que unían a los jacobinos con los amotinados navales de Spithead y el Nore, en 1797.[91]

Luego, Jones y Binns fueron a Birmingham como representantes, allí les detuvieron mientras intervenían en un mitin, el 11 de marzo de 1796. Los juzgaron por separado, Jones fue encarcelado en 1797, pero Binns consiguió la absolución. (El doctor Samuel Parr, el viejo maestro de Gerrald, contribuyó materialmente al veredicto, sentándose directamente frente al jurado durante todo el juicio, frunciendo feroz e incrédulamente el ceño durante las pruebas de la acusación, y asintiendo benignamente a cada uno de los puntos que señalaba la defensa.) Mientras tanto, Thelwall, después de continuar sus conferencias bajo el disfraz de «Historia de Roma», se quedó sin salas de conferencias y fue obligado a cerrar la publicación de *The Tribune*. Recorrió East Anglia pronunciando una serie de 22 conferencias en Norwich; pero en Yarmouth él y su público fueron brutalmente agredidos por 90 marineros armados con chafarotes y cachiporras, a quienes se había enviado, desde una fragata atracada en el puerto, con este propósito. La Sociedad de Londres, con sus líderes ausentes o detenidos, y con una correspondencia sólo superficial con las provincias, se volvió contra sí misma y entró en una fase de disensiones y desintegración.[92]

La disensión no dejó de ser creativa. Surgió, en parte, de temas religiosos, o antirreligiosos. Esos hombres se habían opuesto al Estado; ahora, muchos de ellos ansiaban oponer sus mentes a la religión del Estado. Place intervino en la publicación de una edición barata de *La edad de la razón*. El apoyo que una mayoría del comité de la sociedad dio a este proyecto motivó secesiones por parte de las personas religiosas.[93] Un jacobino «renegado», William Hamilton Reid, publicó un relato de la sociedad durante estos años, que lleva la marca de la autenticidad. Recomendar a los hombres como «un buen Demócrata y

91. John Binns, *op. cit.*, pp. 63-64; J. G. Jones, *Sketch of a Political Tour through Rochester, Chatham, Maidstone, Gravesend...*, 1796, pp. 27, 81; Wallas, *op. cit.*, pp. 27-28.

92. Binns, *op. cit.*, *passim;* Thelwall, *Narrative of the late Atrocious Proceedings at Yarmouth*, 1796; C. Cestre, *John Thelwall*, 1906, pp. 127-129.

93. James Powell, otro espía que consiguió ser elegido para el Comité General (y, de vez en cuando, a la ejecutiva) en 1795-1796, informó de que en septiembre de 1795 «se leyó una carta de un numeroso grupo de metodistas, que pertenecían a la Sociedad, pidiendo la expulsión de los Ateos & Deístas de la Sociedad». Cuando esta resolución fue rechazada, se separaron para formar «Los Amigos de la Libertad Religiosa & Civil». Powell creía que les seguirían seis secciones enteras y varios centenares de personas individuales. P.C.A. 38.

Deísta» o «no es Cristiano» se convirtió en algo normal, al escoger a los delegados de las secciones para el comité general. Los clubs y los grupos de lectura, perseguidos de taberna en taberna, tenían una existencia fugitiva. Se creó una sociedad de debate en el Dragón Verde en Cripplegate, en 1795, y se mudó sucesivamente a Finsbury Square, Fetter Lane, la Divisa del Explorador en Little Britain, de allí a dos tabernas de Moorfields, y por fin, en 1798, a Hoxton «más allá de los límites de los agentes de policía de la ciudad»; hasta el último día las reuniones estuvieron abarrotadas. Una empresa más ambiciosa fue la inauguración de un Templo de la Razón en la primavera de 1796, en la sala de subastas de Nichol, en Whitecross Street. Sus miembros aprovisionaron y construyeron una biblioteca. No prosperó, pero preparó el terreno en el que, una generación más tarde, arraigarían los owenitas.[94]

Antes de acabar la narración, podemos hacer una pausa, hacer inventario de las sociedades, y examinar qué tipo de grupos eran. Podemos tomar como ejemplos las sociedades de Sheffield y Londres, puesto que eran las más fuertes y se conocen muchas cosas acerca de ellas.

La Sociedad de Sheffield se creó, al igual que la SCL, a partir de una reunión de «cinco o seis trabajadores manuales ... para hablar del altísimo precio de las subsistencias». Creció con tal rapidez que hacia enero de 1792 comprendía ocho sociedades «que se reunían cada una en un local diferente, todas la misma tarde». «No se admite a nadie sin carnet ... y se mantiene un perfecto buen orden continuamente.» Las sociedades se reunían cada 15 días, la reunión general, «a la que asistían algunos cientos», lo hacía mensualmente. Había 1.400 suscriptores (a *6d.*) para la edición de un folleto de la primera parte de *Los derechos del hombre*, que se «leía con avidez en muchos de los talleres de Sheffield». En marzo de 1792, después de 4 meses de existencia, la sociedad declaró cerca de 2.000 afiliados. En mayo se adoptó un nuevo sistema de organización:

> a saber, dividiéndolos en pequeños grupos o reuniones de diez personas cada una, y que esos diez escojan a un representante: Diez de esos delegados constituyen otra reunión, y así sucesivamente ... hasta que, al fin, queden reducidos a un número apropiado para constituir el Comité o Gran Consejo.

94. W. H. Reid, *The Rise and Dissolution of the Infidel Societies of this Metropolis*, 1800, pp. 5, 9-12, 22-23.

Esas secciones se describían, a la manera sajona, como *tythings*. Desde el principio, la *gentry* local se alarmó ante una sociedad que estaba compuesta por «personas del orden más bajo», pero las informaciones de personas independientes, con buena disposición hacia una reforma moderada, ponían el acento, en esos primeros meses, en el comportamiento juicioso y ordenado de sus miembros. Un corresponsal trataba de tranquilizar a Wyvill, en mayo de 1792, diciéndole que estaba compuesta de «personas de buen carácter ... hombres de inteligencia sólida, con la mente abierta a la información». Había unos pocos cuáqueros (aunque no reconocidos por el grupo) y «varios metodistas»:

> Una de las Reuniones, en la que accidentalmente se produjo la presencia de una persona, se desarrollaba con orden y regularidad, empezó con la lectura de actas por parte del Presidente ... y más adelante varios miembros, uno detrás de otro, leyeron pasajes seleccionados ... para la instrucción de la Reunión, todos ellos en favor de la Libertad y las Reformas pacíficas ...[95]

De todas las sociedades, Sheffield era, en los años 1792-1794, la más puntual y cuidadosa con la correspondencia. (Como era técnicamente ilegal formar una sociedad nacional, la correspondencia —junto con la admisión formal, a la afiliación honoraria, de miembros de unas sociedades a otras— fue el medio gracias al cual se mantuvo la asociación nacional.) Aunque, como hemos visto, sus miembros tenían una marcada preferencia hacia el talento teatral en el estrado —M. C. Brown y Henry Yorke— sus propios dirigentes eran todos oficiales o artesanos de las industrias de Sheffield. Sheffield era una ciudad de pequeños menestrales y de artesanos altamente cualificados y relativamente bien pagados; y (como se lamentaba el lugarteniente del general ayudante) «sin poder civil». En 1792, los dos magistrados vivían fuera de la ciudad, uno a una distancia de 14 millas del otro «que había hecho algunos esfuerzos durante los motines del año anterior, en relación con algunos cercados, vio parte de su propiedad quemada por el populacho,

95. Fitzwilliam Papers (Sheffield Reference Library), F. 44 (a); Wyvill, *Political Papers*, V, pp. 43-50; H. McLachlan, *Letters of Theophilus Lindsay*, 1920, p. 132; *A Complete Refutation of the Malevolent Charges Exhibited against the Friends of Reform in and about Sheffield*, Sheffield, 1793; *Report of the Committee of Secrecy*, 1794, pp. 85, 116, 119; W. A. L. Seaman, «Reform Politics at Sheffield», *Trans. Hunter Arch. Soc.*, VII, pp. 215 y siguientes.

y desde entonces ha estado muy poco por la zona».[96] Así pues, era un centro ideal para la agitación jacobina, con poca influencia aristocrática, muchos obreros cualificados e instruidos, y una tradición de independencia democrática. Entre los pocos profesionales, había varios con buena disposición; entre los primeros miembros se encontraba un «médico cuáquero», y dos pastores disidentes que aportaron pruebas para la defensa, en el juicio de Yorke; mientras que algunos acomodados maestros cuchilleros eran reformadores. Aunque destacaban en cuanto a organización, los cuchilleros de Sheffield no parecen haber encontrado ningún orador notable entre sus propias filas. Pero los testimonios que provenían de su comité, en los juicios de Hardy y Yorke, son impresionantes por su solidaridad y su negativa a ser intimidados o burlados en los interrogatorios. Un testigo del juicio de Hardy definía cuál era el objetivo de la sociedad:

> Ilustrar al pueblo, mostrar al pueblo la razón, el fundamento de todos sus sufrimientos; cuando un hombre trabaja duramente treinta o cuarenta horas al día, durante toda la semana, y no puede mantener a su familia; eso es lo que yo entiendo, mostrar al pueblo el fundamento de eso; por qué no pueden hacerlo.

«No he venido a repasar la lección, sino a decir la verdad», protestó otro cuando le repreguntaron durante el juicio de Yorke. Es posible que algunos de ellos pensaran en la rebelión armada, durante la depresión (y la represión) de 1793-1794. Eran verdaderamente intransigentes en su oposición a la guerra, y fueron los primeros en acudir a dar apoyo a Palmer y Muir.

Sheffield tenía una ventaja excepcional, un editor y director de periódico competente, Joseph Gales, quien tenía un periódico semanal, el *Sheffield Register*, que daba apoyo a la sociedad. (También se publicó durante un tiempo en Sheffield un diario más intelectual *The Patriot*.) Fundado en 1787, alcanzó la elevada circulación, para aquella época, de 2.000 ejemplares semanales en 1794. El espíritu «democrático» del momento afectaba tanto a la política como a las costumbres: los «demócratas» reformaron la indumentaria, en vez de cabalgar paseaban a pie por el campo, abolieron todos los títulos formales, incluyendo los de «señor» o «*esquire*», y —si eran jacobinos— llevaban el

96. Aspinall, *op. cit.*, pp. 4-5.

pelo corto. Del mismo modo, los periódicos democráticos de las provincias —el *Sheffield Register*, el *Manchester Herald*, el *Cambridge Intelligencer* (editado por Benjamín Flower, un reformador unitarista) y el *Leicester Herald*— establecieron nuevos modelos en el periodismo provincial, abandonando el recorta y pega que se hacía copiando la prensa de Londres, y presentando artículos de fondo originales. La actitud, de la que Gales fue pionero, se expresaba también en el primer número del *Manchester Herald* (31 de marzo de 1792): «Dejaremos poco espacio a los artículos que tengan como fin el *buen tono*; para las informaciones sobre los Vestidos de la Corte o las Intrigas Cortesanas; de Partidas de Caza, Guateques o Tertulias, que sólo interesan a las Mariposas de la Sociedad ... ». El periódico de Gales, su librería y su imprenta de folletos eran una parte integrante del movimiento de Sheffield.[97]

La sociedad de Sheffield se basó desde sus comienzos en «la clase inferior de Fabricantes & Obreros» de la industria cuchillera.[98] (Aunque se menciona la propaganda en los pueblos de los alrededores, en ningún puesto de cualquier tipo de comité figura minero o trabajador rural alguno.) La afiliación de la sociedad de Londres era, por supuesto, mucho más diversificada. Sus miembros provenían de muchas otras sociedades, de la tradición del Coachmaker's Hall y de la «Sociedad para el Debate Libre» (en la que Thelwall hizo su aprendizaje) o de las sociedades posteriores de «descreídos» que describe Reid. La SCL era, con mucho, la más fuerte de todas, pero muchos grupos siguieron estando siempre en su periferia.

La sociedad estaba organizada en «secciones», cada una de las cuales debía tener unos 30 miembros, y debía formar una nueva cuando alcanzaba de los 45 a los 60. Al Comité General, que era semanal, asistía un delegado de cada sección (a la vez que un subdelegado que no podía votar); las secciones podían destituir a su delegado y tenían el derecho a ser consultadas acerca de las cuestiones de principio. Los cuidados libros de actas revelan un vivo intercambio entre el comité y las secciones, de modo que continuamente surgían propuestas de parte de los afiliados, que vigilaban celosamente los poderes del comité. Por otra parte, el miedo a los espías, después de 1794, llevó a que se delega-

97. Véase Donald Read, *Press and People*, 1861, pp. 69-73; también F. Knight, *op. cit.*, p. 72, y J. Taylor, «The Sheffield Constitutional Society», *Trans. Hunter Arch. Soc.*, V, 1939.

98. Fitzwilliam Papers, F. 44 (a).

sen poderes considerables a una ejecutiva, o comité de correspondencia del Comité General, que se componía de unas cinco personas.[99]

Es sumamente difícil ofrecer una estimación precisa de la afiliación de la sociedad. El punto más alto se alcanzó en otoño de 1792, la primavera de 1794 y (probablemente el más alto de todos) los últimos 6 meses de 1795. La propia sociedad hizo declaraciones abultadas, a veces muchísimos miles, mientras que los historiadores han hecho estimaciones que parecen, con mucho, demasiado modestas. (A menudo se indica que la afiliación nunca sobrepasó la cifra de 2.000, la cual, existen buenas razones para suponerlo, fue sobrepasada tanto en Sheffield como en Norwich.) El hecho de que dos miembros dirigentes del comité de 1795-1796 se contradigan totalmente en sus recuerdos no facilita la situación. Francis Place, que fue presidente coyuntural del Comité General, decía que en el verano de 1795 había 70 secciones y 2.000 afiliados que realmente *se reuniesen* semanalmene. John Binns entra en más detalles. Los ingresos de la sociedad (en su relato) fueron durante un tiempo superiores a 50 libras por semana; a 1*d*. por semana, esto hubiese requerido «la asistencia regular de 12.000 miembros». Puesto que muchos miembros raramente cotizaban, o sólo asistían ocasionalmente, Binns sugiere un *promedio* global de miembros que asistían, de 18.000 a 20.000, «la gran mayoría ... tenderos, artesanos, trabajadores manuales y obreros». Cuando fue presidente coyuntural del Comité General (en 1795-1796) el promedio de asistencia de delegados y subdelegados de secciones, a la sala de conferencias de Thelwall, en Beaufort's Buildings, era de 160 a 180.

Ambos relatos se escribieron algunas décadas después de los acontecimientos. La descripción de Place es más fiable, pero está sesgada por un deseo de debilitar el papel de los «agitadores» en la sociedad. El sesgo de Binns va en la dirección de dar un color romántico a su juventud jacobina. Uno de los problemas es estimar el número de miembros de cada sección. La norma de que las secciones debían subdividirse cuando llegaran a tener 45 miembros no se siguió durante los primeros años. Los registros que quedan de algunas secciones, de los años 1792-1794, muestran extremos que van desde 17 miembros a 170,

99. Para una información más completa véase H. Collins, *op. cit.*, p. 110, y para una investigación minuciosa sobre los procedimientos, véase la tesis del doctor Seaman, que no está publicada. Las normas cambiaron en varias ocasiones, la descripción que se ha hecho se basa ampliamente en las impresiones que se han obtenido a partir de los libros de actas de los primeros dos o tres años.

mientras que Hardy, en sus moderadas y reservadas respuestas ante el Consejo Privado (1794), declaraba que su propia sección tenía 600 miembros. Pero sólo 50 o 60 de esos miembros *se reunían* realmente cada semana; proporción de falta de asistencia de los afiliados que no es extraña en un movimiento popular. Margarot declaró en la Convención británica (diciembre de 1793) que la sociedad tenía de 12.000 a 13.000 miembros: exageración casi segura. En mayo de 1794, un espía bien informado (probablemente el «ciudadano Groves») informó: «Ellos mismos dicen que suman más de 18.000 ... pero eso parece completamente increíble». En esta época (informaba) los ingresos de la sociedad, que eran de 280 libras por barrio, supondrían (a 13*d*. por cada miembro de cada barrio) una afiliación solvente de 5.500. En otoño de 1795, otro espía (Powell) informó con regularidad acerca de las relaciones semanales de nuevos miembros y asistencia de los mismos a las reuniones de las secciones. Éstas muestran que aunque la estimación de Place, de algo menos de 2.000 asistentes semanales regulares, es correcta, este número debe haber aparecido varias veces en los libros de la sociedad. A finales de 1795 (informó Powell) «se ha hecho un Estado General de la Sociedad a partir de los Libros de las Secciones, parece que efectivamente hay más de 10.000 registrados». Pero Powell consideraba que éste era un «recuento falso» porque incluía a muchos que habían dejado de asistir después de 1794, así como «muchos que inscriben sus nombres, pagan los 13*d*. y nunca más vuelven a ir a la Sociedad». De este modo, Place y Binns se sitúan más cerca el uno del otro. Pitt podía ser muchas cosas, pero no era un tonto; difícilmente hubiera sancionado impopulares procesos por traición y las Dos Leyes por miedo a un grupo que nunca hubiese tenido más de 2.000 miembros. Lo que parece creíble, para principios de 1794 y finales de 1795, es una afiliación activa de, al menos, aquel número, una afiliación solvente de 5.000 y un registro de afiliación de más de 10.000.[100]

Los asuntos y las finanzas de la sociedad se llevaban con gran puntualidad y una rigurosa atención al principio democrático. En la crucial reunión de octubre, en la que se nombró a Margarot y a Gerrald

100. Los registros de las secciones y los informes de Powell se encuentran en P.C.A. 38; «Examinations before the Privy Council», T. S. 11.3509; Grove en T. S. 11.3510 (A); el relato de Place, Add. MSS 27808; Binns, *Recollections*, pp. 45-46; un miembro, *Account of the British Convention*, p. 40; *Correspondence of the LCS*, 1795, pp. 29, 35. Entre junio y noviembre de 1795, ingresaron 2.600 miembros.

para asistir a la Convención Británica (1793), se rechazó a un delegado que se ofreció a asistir voluntariamente *sin recompensa* (es decir, a su costa), con el argumento de que esto era «contrario a los principios de nuestra sociedad». Eso —en un momento en que la sociedad estaba escasa de fondos— se hizo para subrayar el principio de pago por los servicios prestados, para impedir el control de sus asuntos, por parte de hombres que tenían medios y tiempo libre. Por otra parte, recordaba Binns, «mientras fui su representante, y viajaba por sus asuntos, pagaron mis gastos con liberalidad».[101]

Las descripciones del trabajo de las secciones son variadas. Place, que estaba muy interesado en exponer un sólido certificado constitucional, puso el mayor acento en las actividades educativas: su SCL no era en absoluto la de Pitt, era una precoz Asociación Educativa de los Trabajadores. Su sección se reunía en una casa privada: «Me reunía con gran número de hombres observadores, inteligentes y honrados ... Teníamos un libro de cuotas ... Hacíamos las reuniones los Domingos por la tarde ... lecturas, conversaciones y discusiones.»

> El modo de proceder habitual en esas reuniones era éste. El presidente (cada hombre era presidente de forma rotativa) leía un fragmento de algún libro ... y acto seguido se invitaba a las personas presentes a hacer comentarios, tantos como quisieran, pero sin levantarse. Luego se leía otro fragmento y se hacía una segunda invitación en la que se esperaba que dijeran algo los que todavía no habían intervenido. Luego había una discusión general.

«Los efectos morales de la Sociedad eran verdaderamente muy grandes. Inducía a los hombres a leer libros en lugar de pasar el tiempo en las tabernas. Les enseñaba a pensar, a respetarse a sí mismos y a desear educar a sus hijos. Les elevaba en su propia opinión.» [102]

Todo esto está muy bien, es un espléndido relato de los primeros estadios de la autodidaxia de una clase; y, conteniendo una parte importante de verdad, sólo es parcialmente cierto. Pero no podemos dejar de tener presente que Place también posaba con James Mill para que le hiciese su retrato, como el Tío Tom del hombre blanco. Los informes

101. Actas de la SCL, Add. MSS. 27812; Binns, *op. cit.*, p. 36.
102. Add. MSS. 27808; G. Wallas, *op. cit.*, p. 22; R. Birley, *The English Jacobins*, 1924, Apéndice II, p. 5.

contemporáneos de algunos espías tienen un toque de animación que a Place se le ha pasado por alto. «Casi todo el mundo habla —decía un mozo de cuerda de Londres— y siempre hay un gran ruido, hasta que se levanta el delegado. La gente es muy escandalosa y no atenderá, entonces se levanta el delegado e intenta suavizarles.» Además, sabemos que las secciones no *siempre* se reunían los domingos en casas particulares: muchas secciones, de los distritos más pobres, eran hostigadas de taberna en taberna. Y la descripción de W. H. Reid de las reuniones del club, a finales de la década de 1790 —con «canciones en las que el clero era el objeto permanente de las injurias», «pipas y tabaco», «las mesas cubiertas de publicaciones de un penique, dos peniques y tres peniques»—, parece tan creíble como (y no incompatible con) la descripción de Place.[103]

Con respecto a la composición social de la sociedad no puede haber duda. Era, por encima de todo, una sociedad de artesanos. Los registros de las secciones que nos han quedado muestran tejedores de seda, relojeros, cordobaneros, ebanistas, carpinteros sastres. El registro de una sección de 98 miembros presenta 9 relojeros, 8 tejedores, 8 sastres, 6 ebanistas, 5 zapateros, 4 cordobaneros, 3 carpinteros, tintoreros y peluqueros, 2 comerciantes, pasamaneros, carniceros, calceteros, tallistas, albañiles, cortadores, pantaloneros, constructores de cujas, cocedores de porcelana, y un papelero, sombrerero, panadero, tapicero, cerrajero, trabajador del alambre, músico, cirujano, fundidor, vidriero, hojalatero, charolista, librero, grabador, mercero, almacenista y trabajador, y los demás que no están clasificados.[104] Si bien varios de los propagandistas más activos de la sociedad, como Gale Jones y Thelwall, eran médicos y periodistas, la mayor parte de los hombres que pertenecían al comité eran artesanos u hombres de oficio: Ashley era zapatero, Baxter, oficial de platero, Binns, fontanero, John Bone, librero en Holborn, Alexander Galloway, un constructor matemático de máquinas (para convertirse más tarde en el principal empresario de ingeniería de Londres), Thomas Evans, pintor de estampados y (más tarde) constructor de abrazaderas patentadas, Richard Hodgson, maestro sombrerero, John Lovett, peluquero, Luffman, orfebre, Oxlade, maes-

103. P. A. Brown, *op. cit.*, p. 73; Reid, *op. cit.*, p. 8. El relato de Place puede describir a los artesanos y los hombres de oficio del centro de Londres, el otro relato las secciones del este y el sur.

104. P.C.A. 38.

tro encuadernador, mientras otros pueden identificarse como zapateros, panaderos, torneros, libreros y sastres. En junio de 1794, el «ciudadano Groves» les dio a sus patronos un informe revelador de la composición social de la sociedad:

> Hay algunos con el aspecto decente de los hombres de oficio que poseen facultades notables, pero no cultivadas, y aunque son audaces, sin embargo, son prudentes. Los delegados que responden a esa descripción son pocos. Hay otros que por su apariencia pertenecen a un orden inferior, sin duda son oficiales, que aunque parecen no tener talento y no decir nada, se muestran resueltos ... y siempre votan a favor de todas las mociones que llevan consigo algo de osadía. El último grupo ... que es el más numeroso, se compone *del orden más bajo de la sociedad; pocos* son los que alguna vez tienen un aspecto decente, algunos de ellos van sucios y andrajosos, y otros tienen un aspecto de pillos tan lamentable, que se requiere cierto dominio sobre ese innato orgullo que todo hombre bien educado debe poseer, incluso para sentarse en su compañía; y he visto, en una *Oyer & Terminer** que tuvo lugar en la Old Bailey, cómo se dejaba en libertad, mediante un anuncio público al final de la Sesión, a tipos mucho más decentes, por falta de acusación. Estos tienen un aspecto muy violento & parecen dispuestos a aprobar cualquier cosa que tienda a la Confusión & a la Anarquía.[105]

Estos jacobinos ingleses eran más numerosos, y se parecían con mayor exactitud al *menu peuple* que hizo la Revolución francesa de lo que se ha reconocido. Verdaderamente, se parecen menos a los jacobinos que a los *sans-culottes* de las «secciones» de París, cuyo apasionado igualitarismo sostuvo la guerra revolucionaria de la dictadura de Robespierre, de 1793-1794.[106] Sin embargo, sus baluartes no se encontraban en las nuevas ciudades fabriles, sino entre los artesanos urbanos con una tradición intelectual más larga: en la vieja ciudad industrial de Norwich, que todavía no había perdido su supremacía en la industria del estambre ante el West Riding; en Spitalfields, donde la industria sedera, con sus aprendices famosos por su turbulencia, estaba sufriendo la competencia de los algodones del Lancashire; y en Sheffield, don-

* Comisión autorizada para oír y decidir en las acusaciones de traición y felonía. (*N. de la t.*)

105. T.S. 11.3510 A (3).

106. *Cf.* A. Soboul, *Les sans-culottes parisiens en l'an II*, París, 1958, Libro II, y la valiosa discusión de las bases sociales de los *sectionaires* en R. Cobb, «The People in the French Revolution», *Past and Present*, XV (abril 1959).

de muchos oficiales cuchilleros estaban a medio camino de ser pequeños menestrales. Exactamente igual que en París, en el Año II, se destacaban los zapateros. Estos artesanos llevaron las doctrinas de Paine hasta el extremo: democracia absoluta, oposición completa a la monarquía y a la aristocracia, al Estado y a los impuestos. En las épocas de entusiasmo, eran el centro invariable de un movimiento que obtenía su apoyo de miles de pequeños tenderos, de impresores y libreros, médicos, maestros, grabadores, pequeños menestrales y clérigos disidentes, en un extremo; y de mozos, cargadores de carbón, obreros, soldados y marineros, en el otro.

El movimiento sólo produjo dos teóricos importantes, y ellos revelan las tensiones que había en su seno. John Thelwall, hijo de un mercero de seda, fue el más importante; tenía un pie en el mundo de Wordsworth y de Coleridge y el otro en el mundo de los tejedores de Spitalfields. Después del declinar del movimiento, se hizo habitual el despreciar al «pobre Thelwall»; a principios del siglo XIX, era una figura de lo patético: vano, obsesionado por una sensación de persecución que no era injustificada, ganándose la vida como maestro de la elocución. También tuvo la desgracia de ser un poeta mediocre, pecado que, aunque cada día se comete a nuestro alrededor, los historiadores y los críticos no pueden perdonar. Cuando De Quicey, que había sido educado «en un horror frenético al jacobinismo ... y en la adoración del nombre de Pitt», aludía a las «pobres rimbombancias vacías de hombres como Thelwall», estaba simplemente expresando la opinión corriente entre los intelectuales radicales de la siguiente generación. Esta opinión le ha perseguido hasta nuestros días.

Pero era necesario algo más que una rimbombancia vacía para seguir hacia adelante como líder destacado de los jacobinos, en el desenlace de los juicios de Gerrald y Margarot; para enfrentarse a un proceso por alta traición; y para seguir (como no hicieron Tooke y Hardy) hasta —y más allá— de la época de las Dos Leyes. Para hacerlo, quizá era necesario poseer algo del temperamento de un actor; el defecto de los jacobinos ingleses fue la teatralidad, y de vez en cuando aparecen ridículos en su exageración. Pero aquella era una época de retórica, y la retórica de un *parvenu* forzosamente tiene que ser menos sosegada que la de un Burke. Y las expresiones floridas de las Tribunas de la Libertad (que realmente eran tribunas de auténtica libertad) seguro pueden ser perdonadas, si servían para darles ánimo. Además, en la prensa políticamente comprometida, entre 1793 y 1795, Thelwall era

a la vez valiente y sensato. Durante el año 1793, libró una batalla pública con las autoridades de Londres para conseguir el derecho a dar conferencias y a hacer debates: después de ser llevado de sala en sala, finalmente consiguió (con la ayuda de un comité de valedores) los locales de Beaufort Buildings que eran utilizados como centro para dar sus conferencias y para las actividades generales de la sociedad en los años 1794 y 1795.[107] Cuando detuvieron a Hardy, reanimó inmediatamente la sociedad. Cuando asistían espías a sus conferencias, volvía las tornas conferenciando sobre el sistema de espionaje; cuando se hacía algún intento de provocar un tumulto, conseguía que el público saliese de la sala con tranquilidad. Modificaba los acuerdos inmoderados y estaba alerta ante las provocaciones. Tenía un gran dominio sobre las multitudes, y se cuenta que cuando en la manifestación final contra las Dos Leyes se empezó a alzar el grito «Soldados, soldados!», convirtió la ola de pánico en una ola de solidaridad, recomendando la doctrina de fraternización con las tropas, que tenía la sociedad.

En 1795 y 1796, sus conferencias y sus escritos son mucho más profundos y consecuentes que los de cualquier otro jacobino en activo. Definió con claridad una valoración inglesa de los sucesos que transcurrían en Francia:

> Lo que me satisface de la Revolución francesa es lo siguiente: que se ha defendido y propagado como un principio de esa Revolución el que los viejos abusos no se han convertido en virtudes gracias a su antigüedad ... que el hombre tiene unos derechos que ninguna ley o costumbre puede alienar ... que el pensamiento debería ser libre ... que los seres con intelecto tienen el derecho a usar sus intelectos ... que un orden de la sociedad, aunque durante muchos años haya sido culpable de saqueo, no tiene derecho a robar y a oprimir a las demás partes de la comunidad. ... Estos son los principios que admiro y que me llevan, pese a todos sus excesos, a alegrarme de la Revolución francesa.

Durante el Terror de Robespierre se alzó para declarar que «los excesos y las violencias de Francia no habían sido el resultado de las nuevas doctrinas de la Revolución, sino de los viejos acicates de venganza, corrupción y recelo a que daban lugar las crueldades sistemáticas del viejo despotismo». Su apoyo no lo identificaba ni con los ineficaces girondinos ni con la Montaña, y criticaba «la imbecilidad del par-

107. Véase C. Cestre, *op. cit.*, pp. 74 y siguientes.

tido filosófico y la ferocidad del enérgico partido». Pero a la muerte de Robespierre pronunció de inmediato una conferencia «sobre una semejanza de los caracteres de Pitt y Robespierre»:

> *Robespierre* oprimió injustamente a los ricos, de modo que pudo basar su popularidad entre los pobres. *Pitt* ha desatendido y, con sus guerras e impuestos consiguientes, ha oprimido a los pobres, para asegurar su popularidad entre los ricos. ... *Robespierre* estableció una Constitución libre, y tiranizó oponiéndose directamente a ella. *Pitt* elogia otra Constitución *libre*, y pisotea todas sus disposiciones.[108]

También esto requería valentía.

Sus conferencias, pronunciadas dos veces por semana, que se publicaron en *The Tribune*, combinan la educación política con el comentario de los hechos, de una forma que nos hace pensar en Cobbett. Manifestaba un generoso espíritu de internacionalismo al encrespar a su público con la descripción de la represión contra la lucha de Polonia en favor de la independencia nacional, bajo Kosciuszco. Su radicalismo, en general, quedaba reducido al área que Paine había definido; pero ponía el acento, mucho más que Paine, en las cuestiones sociales y económicas. Se hacía eco de la demanda del artesano de ganarse la vida de manera independiente, mediante un trabajo moderado; denunciaba la legislación que penalizaba a «los pobres oficiales que se asocian ... mientras los ricos industriales, los contratistas, los monopolistas ... se pueden asociar a su gusto».[109] Rechazaba las ideas «igualadoras» y criticaba, como «especulativos» y remotos, los proyectos de nacionalización de la tierra o de pantisocracia. Defendía al industrial independiente que podía hacerse a sí mismo «con el sudor de su frente». Pero «la producción era una burla, si no iba acompañada de una distribución justa. ... Si la propiedad estuviese bien distribuida, sería suficiente poca cantidad de trabajo para cubrir las necesidades y las comodidades». Los enemigos de la distribución justa eran «el monopolio de la tierra» y los cercados, y la «acumulación de capital». Amplió *Los derechos del hombre* a *The Rights of Nature*:

108. *Tribune* (25 de abril, 23 de mayo de 1795); C. Cestre, *op. cit.*, p. 173.

109. Aunque las *Combination Acts* no se aprobaron hasta 1799, éstas sólo reforzaron la legislación *existente* contra las *trade unions*.

> Afirmo que *todo* hombre, y *toda* mujer, y *todo* niño, debería obtener, en la distribución general de los frutos del trabajo, algo más que comida y harapos, y una miserable hamaca con una pobre manta para cubrirla; y eso, sin tener que trabajar doce o catorce horas al día ... desde los seis años hasta los sesenta. Tienen derecho, un derecho sagrado e inviolable ... a alguna comodidad y disfrute ... a algún tiempo libre aceptable para tales discusiones, y a algunos medios o a una información que les permita llegar a una comprensión de sus *derechos* ...

Estos «derechos» incluían «un derecho a la parte del producto ... proporcional a los beneficios del patrón», y el derecho a la educación a través del cual los hijos de los obreros pudiesen acceder a la «posición social más elevada». Y, entre multitud de otras ideas y propuestas, que formaban parte de la corrriente política de la clase obrera del siglo XIX (puesto que *The Tribune* y *The Rights of Nature* todavía se encontraban en la biblioteca de los radicales del siglo XIX), Thelwall intentó trazar la ascendencia de la jornada laboral de 8 horas como la «norma» tradicional del trabajador.

Podemos afirmar que Thelwall ofreció una ideología coherente al artesano. Su revisión más detenida de *The Rights of Nature* radicó en el análisis del «Origen y Distribución de la Propiedad» y el «Sistema Feudal». Aunque, como Paine, se detuvo antes de llegar a la crítica de la acumulación privada de capital *per se*, pretendió limitar la actuación del «monopolio» y la explotación «comercial», intentando pintar una sociedad ideal de pequeños propietarios de tierra, pequeños comerciantes y artesanos, y de trabajadores cuyas condiciones y horas de trabajo, salud y vejez estuviesen protegidas.[110]

Thelwall llevó el jacobinismo a las orillas del socialismo, también lo llevó a las orillas de lo revolucionario. Ahí el dilema no estaba en su mente, sino en su situación: fue el dilema de todos los reformadores radicales hasta la época del cartismo y más allá. ¿Cómo iban a llevar a cabo sus objetivos aquellos que no tenían representación, si además sus organizaciones se enfrentaban a la persecución y a la represión? Cómo lo denominaban los cartistas, ¿fuerza «moral» o «física»? Thelwall rechazaba la política de gradualismo educativo de Place, como el auxiliar de las clases medias. Aceptaba una agitación ilimitada, pero re-

110. *Tribune*, 3 volúmenes, *passim;* Cestre, *op. cit.*, pp. 175 y siguientes; J. Thelwall, *The Rights of Nature*, 1796, Cartas I y II.

chazaba el procedimiento extremo de la organización revolucionaria clandestina. Esta situación difícil era la que le iba a enfrentar (a él y a reformadores posteriores) a la elección entre la retórica provocativa y la capitulación. Este dilema se iba a repetir, una y otra vez, entre 1792 y 1848. El jacobino o el cartista, que insinuaban la amenaza de los números abrumadores, pero que refrenaban la preparación revolucionaria real, siempre estaban expuestos, en cualquier momento crítico, tanto a la pérdida de la confianza por parte de sus propios seguidores como al ridículo por parte de sus oponentes.

Está claro que algunos miembros de la SCL estaban preparados para ir más allá. No hace falta decir que una gran parte de la información acerca de los grupos implicados en la acción ilegal quedará siempre en la oscuridad, pues ellos mismos se cuidaron de comprometerse poco en el papel. Pero los revolucionarios de la SCL se encuentran, de alguna manera, continuamente conectados con el nombre de Thomas Spence. Spence, un pobre maestro de Newcastle (donde había desarrollado sus teorías de nacionalización de la tierra en fecha tan temprana como 1775), fue a Londres en diciembre de 1792. Le detuvieron por lo menos una vez por vender *Los derechos del hombre*, pero fue absuelto. Publicó y vendió folletos, primero en una tienda de Chancery Lane, luego en el número 8 de Little Turnstile, más tarde en el número 9 de Oxford Street y por fin en un carretón de mano en el que también vendía *saloop* (infusión de sasafrás). Según recuerdo de Place, «no medía más de metro y medio, era muy honrado, sencillo, resuelto, amaba a la humanidad y creía firmemente que llegaría un tiempo en que los hombres serían virtuosos, sabios y felices. Tenía una falta de sentido práctico para con las cosas mundanas que es difícil de imaginar». Durante toda la década de 1790, fue una fuente de octavillas, escritos en las paredes, hojas impresas y un periódico, *Pig's Meat* (1793-1796). Entre mayo y diciembre de 1794, estuvo encarcelado bajo la suspensión del hábeas corpus. Entre 1795 y 1797 complementó sus ventas de folletos tratando también con las monedas de recuerdo de los jacobinos. Fue encarcelado de nuevo en 1801. Cuando le dejaron en libertad, la sociedad de Spence continuó siendo un centro de agitación hasta, y más allá de, su muerte en 1814.

Es fácil que se vea a Spence, con sus periféricas panaceas y su alfabeto fonético (en el que publicó un relato de su propio proceso de 1801) como poco más que un chiflado. Pero existen algunas pruebas incompletas, que se presentaron al juicio por alta traición de 1794, acer-

ca de armas y entrenamientos militares conectados con su tienda; mientras que en las últimas etapas de la SCL algunos de los miembros dirigentes, incluyendo a Thomas Evans y Alexander Galloway, eran indudables spenceanos. Spence adoptó los argumentos de Paine contra la aristocracia hereditaria y los condujo a su conclusión: «debemos destruir, no sólo el señorío personal y hereditario, sino su causa, que es la Propiedad Privada de la Tierra»:

> Estando adecuadamente preparada la opinión pública, mediante la lectura de mis pequeños tratados ... un pequeño Contingente de Parroquias sólo tienen que declarar que la tierra es suya y formar una convención de Delegados Parroquiales. Otras Parroquias vecinas ... seguirían el ejemplo, y mandarían también a sus Delegados y de este modo surgiría instantáneamente una bella y poderosa Nueva República en su plenitud. Pasando de ese modo, en un momento, el poder y los recursos de la Guerra a manos del Pueblo ... sus Tiranos se volverían débiles e inofensivos ... Y al ser privados de sus Rentas y de las Tierras que las producían, su Poder no volvería a crecer para permitirles derrocar nuestro Templo de la Libertad.

No está claro si Spence estuvo directamente implicado en la conspiración insurreccional (como algo distinto de la incitación general). Pero verdaderamente creía en los métodos de la clandestinidad; la prensa secreta, el pasquín anónimo, el pavimento de carboncillo, el club de la taberna, quizá el motín de subsistencia. En su juicio se describía a sí mismo como «el desinteresado abogado de la descendencia desheredada de Adán». Su propaganda tenía pocas probabilidades de ganar un séquito masivo en los centros urbanos, y parece que nunca alcanzó los distritos rurales. Pero uno de sus seguidores, Thomas Evans, fue el primero en dar al socialismo agrario de Spence una aplicación más general. En su *Christian Polity the Salvation of the Empire*, publicado al final de las guerras, pedía: «Toda la tierra, las aguas, las minas, las casas y toda la propiedad feudal estable, debe volver al pueblo ... y ser administrada en común, como la de la iglesia». El acento todavía está en «feudal», como opuesto a riqueza comercial o industrial. Pero la definición de clase es más clara que cualquiera de las que ofrece Paine:

> Primero, establece la propiedad, los dominios nacionales, del pueblo sobre unos fundamentos equitativos y justos, y este acuerdo lo solucionará todo ... y producirá una reforma realmente radical en todas

las cosas; todos los intentos de reformar sin hacer eso *no son sino otras tantas vías de acceso a la auténtica ruina* ... que no alterará las relaciones de las clases de la sociedad.

El escrito de Evans pertenece, en realidad, a los años posteriores a la guerra. Pero él fue uno de los últimos secretarios de la SCL y esto nos recuerda la importancia de los spenceanos como la única agrupación jacobina inglesa que consiguió mantener una continuidad ininterrumpida a través de las guerras. Y hay otra tradición particularmente vinculada a esa agrupación. *Los derechos de la mujer* y la causa de la liberación sexual fueron defendidos, en su mayor parte, en un pequeño grupo intelectual: Mary Wollstonecraft, Godwin, Blake (y, más tarde, Shelley). Spence fue el único de los propagandistas jacobinos que dirigió sus escritos a las propias mujeres trabajadoras. *The Rights of Infants; or, the Imprescriptable RIGHT of MOTHERS to such share of the Elements as is sufficient to enable them to suckle and bring up their Young* es el título de una crítica a *Agrarian Justice* de Paine, publicada en forma de diálogo entre una mujer y un aristócrata. Puesto que las mujeres han descubierto que sus maridos son «lamentablemente negligentes e ineptos por lo que se refiere a sus propios derechos —se hace decir a la mujer— nosotras las mujeres vamos a ocuparnos directamente de los asuntos». Y en un folleto posterior, Spence defendía el derecho del pueblo común a obtener un divorcio fácil:

Este tema se comprende con tal emotividad en este país, que en el caso de que hubiese una Revolución ... parece que las Cadenas del Himen estarían entre las primeras que se romperían, y los asuntos de la vida de la familia serían traspasados a Cupido, que aunque sea un poco caprichoso, no es un Dios tan parecido a un severo carcelero.

«¿Qué significado tienen las Reformas de Gobierno o la Enmienda de los Agravios Públicos, si el público no puede enmendar sus agravios domésticos?»[111]

111. Materiales sobre la vida de Spence que se encuentran en la Place Collection, Add. MSS. 27808; O. D. Rudkin, *Thomas Spence and his Connections*, 1927; A. W. Waters, *Trial of Spence in 1801, &c.*, Leamington Spa, 1917; A. Davenport, *The Life, Writings and Principles of Thomas Spence*, 1836; T. Spence, *Pig's Meat: The Rights of Infants*, 1797, *The Restorer of Society to its Natural State*, 1801, Cole y Filson, *op. cit.*, pp. 124-128; T. Evans, *Christian Polity the Salvation of the Empire*, 1816, pp. 14, 33, y *Life of Spence*, Manchester, 1821.

Después de las Dos Leyes, Place escribió: «Algunos pensaban que era peligroso, otros que era inútil, reunirse de nuevo ... Todo el asunto empezó a deteriorarse con rapidez ... Después de que sus miembros disminuyeran, los trabajos de la Sociedad aumentaron». Delegaciones del Comité General tuvieron que visitar secciones inactivas o indolentes: «recuerdo haber tenido que visitar, de ese modo, hasta tres secciones en una tarde, y haber tenido que arengarlas a todas por su descuido ... La correspondencia con el resto del país era también muy considerable».[112]

La propia sociedad se sentía rodeada de espías: si Thelwall iba a una marisquería, o a una tienda *à la mode* donde servían ternera (decía Binns), «presumiría de que la mitad de los compartimientos de la sala estaban ocupados por espías del Gobierno». «No ocurre nada —escribió un grabador amigo y colega de Blake, George Cumberland—, salvo que *Gran Bretaña* cuelga a los irlandeses, persigue a los cimarrones, alimenta la Vendée y practica el comercio de carne humana». Sólo tenía que entrar en un café y pedir el desayuno, para que «algún hombre desconocido, pero bien vestido, se sentara en el lado opuesto de mi compartimiento».[113] Thelwall, después de haber sufrido el ataque de los marineros en Yarmouth, continuó su gira de conferencias. De nuevo le atacaron «marineros, sicarios armados y los torpes dragones» (y se le negó protección por parte de los magistrados) en actos públicos en Lynn, Wisbech, Derby, Stockport y Ashby-de-la-Zouch. Durante 15 días se convirtió en director del *Derby Courier*, pero fue obligado a dejar el empleo.

Al fin había llegado al límite. Los «artesanos, tenderos, pastores disidentes, profesores» que le alojaban durante su gira por East Anglia y el norte recibían intimidaciones por todos lados. En 1797, el pánico a la invasión era creciente, se formaron asociaciones armadas leales y cuerpos de voluntarios que servían tanto contra la conspiración interna como contra los franceses.[114] Thelwall había empezado a mantener

112. Add. MSS. 27808. En verano de 1796 Place dimitió de la ejecutiva, en marzo de 1797 del Comité General, y en junio de 1797 de la sociedad. Los informes de Powell (P.C. A.38) *muestran que la entrada de nuevos miembros casi se paralizó después de la aprobación* de las Dos Leyes: 16 secciones dejaron de reunirse en enero de 1796, 1.094 miembros todavía se reunían con regularidad en las secciones en febrero, 826 en marzo, 626 en mayo, 459 en junio, y *sólo* 209 en noviembre. Place fue *todavía* nombrado secretario auxiliar en diciembre de 1796.

113. Binns, *op. cit.*, p. 44; D. V. Erdman, *op. cit.*, p. 272.

114. En febrero de 1797, los franceses realmente hicieron un pequeño desembarco cer-

correspondencia con el joven Coleridge, en 1796, que había dirigido el *Watchman* de Bristol, y a quien le gustaba su *Rights of Nature*. «Es intrépido, elocuente y honrado... —le escribía Coleridge a un amigo en 1797— Si llegase el día de la oscuridad y la tempestad, es muy probable que la influencia de Thelwall sobre las clases bajas fuese grande». Pero en el verano de 1797, los ánimos de Thelwall estaban bajos; visitó a Coleridge en Stowey, en julio, paseó con él y con Wordsworth por el campo, y envidió su paz:

> ... sería agradable
> Con intercambio bondadoso de ayuda mutua
> Cavar nuevas pequeñas parcelas de jardín, en tanto que
> Fluye la amable conversación, suspendiendo con frecuencia el brazo
> Y la pala medio hincada, mientras uno expone con vehemencia
> Y el otro escucha, sopesando cada palabra cargada de significado,
> Y meditando la respuesta adecuada ...*

Era el año de la germinación de *Lyrical Ballads*, y también los poetas eran objeto de atención por parte de un espía del gobierno, que informó acerca de su emocionante conversación con el jacobino: «un pequeño hombre resuelto, con el cabello oscuro recortado y que vestía un sombrero blanco». Thelwall decidió renunciar a la vida pública:

> ¡Ah! dejadme, pues, lejos de las escenas de contienda
> De la vida pública (donde la voz admonitoria de la Razón
> Ya no se oye, y la trompeta de la Verdad
> Resuena, pero incita a la pandilla de canallas del poder
> Y actos del más disparatado desorden y de sangre).
> ¡Ah! dejadme, lejos en algún vallejuelo remoto,
> Construir mi humilde refugio; podría ser muy feliz,
> ¡Mi Samuel! cerca del tuyo, de modo que a menudo pudiese

---

ca de Fishguard, en la costa del Pembrokeshire: véase E. H. S. Jones, *The Last Invasion of Britain*, Cardiff, 1950.

* ... it would be sweet / With kindly interchange of mutual aid / To delve our little garden plots, the while / Sweet converse flow'd, suspending oft the arm / And half-driven spade, while, eager, one propounds / And listens one, weighing each pregnant words, / And pondering fit reply...

Disfrutar de tu amable conversación, ¡el más querido de los amigos!*

Pero Coleridge se estaba cansando del «triunfo de la Verdad», y preparaba la irrupción de su propia «estridente trompeta de la sedición». Su respuesta a Thelwall fue amigable, pero firme: «actualmente creo que su retiro comportaría pocas ventajas y muchos perjuicios».[115]

Mientras tanto la SCL, con Binns y Jones en espera de juicio, se negó a rendirse. En las elecciones generales de 1796, se hizo una alianza informal entre los *wigh* y los radicales en Westminster, donde Fox, en las *hustings*, declaró: «En la Historia Inglesa jamás existió uno [gobierno] más detestable ... Este Gobierno ha destruido más seres humanos en sus guerras extranjeras que Luis XIV; y ha atentado contra la vida de más hombres inocentes que Enrique VIII». Y a lo largo de los siguientes 10 años la oposición foxita fue (cosa incomprensible para los historiadores de la Namier School), junto con el sistema de jurado, la última defensa de las libertades inglesas. El propio Fox ganó en Westminster sin dificultad; y uno de los que Burke consideraba «asesino», Horne Tooke, obtuvo cerca de 3.000 votos.[116]. En Norwich, el patricio cuáquero, Bartley Gurney, se presentó, con el apoyo de la Sociedad Patriótica, frente al ministro de la guerra, Windham. Al igual que en Westminster, había un amplio derecho a voto y consiguió una mayoría entre los ciudadanos residentes, pero fue arrollado por los votantes foráneos importados de Londres. En opinión de Thelwall, los «ciudadanos trabajadores» hubieran vencido si Gurney no hubiese sido un inútil candidato absentista, que incluso dejó de aparecer en las *hustings*. En Nottingham, el doctor Crompton, con el apoyo jacobino, obtuvo un número de votos respetable.[117]

El derrumbamiento llegó a finales de 1796. En otoño de aquel año

* Ah! let me then, far from the strifeful scenes / Of public life (where Reason's warning voice / Is heard no longer, and the trump of Truth / Who blows but wakes The Ruffian Crew of Power / To deeds of maddest anarchy and blood). / Ah! let me, far in some sequester'd dell, / Build my low cot; most happy might it prove, / My Samuel! near to thine, that I might oft / Share thy sweet converse, best-belov'd of friends!

115. J. Thelwall, *Poems Chiefly written in Retirement*, Hereford, 1801, pp. XXX, 129; Cestre, *op. cit.*, p. 142 y siguientes; H.O. 42.41; E. Blunden (comp.), *Coleridge Studies*, 1934.

116. C. J. Fox, 5.160, sir A. Gardner, 4.814 (elegido). John Horne Tooke, 2.819 (no elegido).

117. Thelwall, *The Rights of Nature*, Carta I, pp. 25-29. Norwich: hon. H. Hobart, 1.622, W. Windham, 1.159 (elegido). Bartlett Gurney, 1.076 (no elegido). Nottingham: lord Carrington, 1.211, D. P. Coke, 1.070 (elegido). Doctor Crompton, 560 (no elegido).

la sociedad todavía tenía fuerza suficiente para publicar un importante *Moral and Political Magazine*, aunque Place advertía prudentemente que eso agotaría las finanzas, y parece que utilizó ampliamente a Thelwall para las cuestiones intelectuales. En enero de 1797, todavía pagaban cuota 18 secciones de la sociedad, aunque en el mismo mes el secretario, John Bone (que se había vuelto a incorporar desde la Sociedad Reformadora), hizo pública una circular impresa para todos los miembros reprochándoles su falta de asistencia. En verano, la sociedad inició la larga tradición de la propaganda política en las calles, tomando el ejemplo de los predicadores disidentes y metodistas, que lo hacían al aire libre: cada domingo hablaban cerca de la City Road y en Islington, Hoxton, Hackney, Hornsey, Bethnal Green, combinando la propaganda jacobina con la defensa del deísmo y el ateísmo. También empezaron (dice Reid) una penetración sistemática en las sociedades de socorro mutuo; un progreso de gran importancia para la historia del tradeunionismo durante los años de ilegalidad. En julio de 1797, intentaron desafiar las Dos Leyes convocando un acto público en St. Pancras: asistió una multitud considerable que fue dispersada por los magistrado, y seis miembros de la tribuna (incluido Binns) fueron detenidos. Todavía continuaba la correspondencia provincial; en julio la Sociedad Patriótica de Norwich escribía: «Continuamos firmes en nuestro Puesto ... mejor preparados para conseguir un éxito Público que para abandonar ...» Pero intercambiar cartas era más difícil: se dieron cinco direcciones nuevas, de tenderos cuyo correo tenía pocas probabilidades de resultar sospechoso, y «pensamos que también deberíamos cambiar la dirección de vez en cuando, como hemos dicho antes». Después de las detenciones de julio, el spenceano Thomas Evans se convirtió en secretario; en noviembre, una reunión del Comité General hizo pública una declaración que denunciaba a las «personas vacilantes» que extienden la opinión de que las asociaciones populares son infructuosas; prometía la continuación de la SCL hasta el más remoto límite, pero sólo estaba firmada por siete personas.[118]

Pero existen algunas pruebas de que en la SCL había al menos dos sectores, en aquel momento; uno que intentaba tener una existencia casi legal (y que todavía publicaba abiertamente sus procedimientos), otro que estaba comprometido en la organización ilegal. Algunas personas

118. *Moral and Political Magazine of the LCS*, (noviembre de 1796); P.C. A.38; H.O. 65.1; LCS Libro de cartas, Add. MSS. 27815; Reid, *op. cit.*, pp. 17-20.

—John Binns, su hermano, Benjamin, y John Bone— probablemente pertenecían a ambos. Los historiadores se han burlado de las pruebas de la actividad clandestina, y sin embargo, en las circunstancias de 1796-1801, hubiese sido más sorprendente que este fenómeno no hubiese tenido lugar. Después de todo, los obreros no eran ajenos a esas formas de actuación; había correos que transmitían regularmente los asuntos ilícitos de las *trade unions*, por entre todas las zonas de Inglaterra. Y aunque las autoridades manipulaban los papeles y los presentaban de forma selectiva y sensacionalista, no hay pruebas que indiquen que esos documentos, como los que se presentaban en el *Informe del Comité de Materia Reservada* en 1799, eran falsificaciones.

La «clandestinidad» jacobina nos llevaría a la colonia de ingleses emigrados en París, a la insurrección de los tejedores escoceses (Tranent, 1797), y sobre todo a las relaciones entre los jacobinos ingleses y los Irlandeses Unidos, cuya rebelión latente se convirtió en guerra abierta en 1798. Pero los mayores presagios revolucionarios para Inglaterra fueron los amotinamientos de la marina en Spithead y el Nore, en abril y mayo de 1797. No hay duda de que las detestables condiciones en cuanto a comida, paga y disciplina precipitaron los amotinamientos, pero también existen pruebas de instigación jacobina. Entre los amotinados había miembros de la Sociedad de Correspondencia; el propio Richard Parker, almirante, contra su voluntad, de la «República Flotante» del Nore, es un ejemplo del papel de los «hombres de cuota» educados, que llevaron a la flota el lenguaje de *Los derechos del hombre*, y alguna experiencia en la organización de comités. La presencia de 11.500 marineros irlandeses y 4.000 infantes de marina también irlandeses añadió otro ingrediente revolucionario. «Malditos sean mis ojos si entiendo vuestra jerga y vuestras largas Proclamas», escribió un amotinado a los «Señores Comisarios de la Junta del Almirantazgo».

> pero resumiendo, dadnos lo que nos Corresponde de Inmediato y no se hable más de ello, hasta que vayamos en busca de los Canallas, los Enemigos de nuestro País.

Este puede haber sido el lenguaje de la mayoría. Pero durante una crítica semana, cuando el Támesis estuvo bloqueado, entre los amotinados se hablaba de llevarse la flota a Francia (hacia donde, por cierto, zarparon varios barcos desesperados). Lo que es notable acerca de la

conducta de los marineros no es ni su «lealtad fundamental» ni su jacobinismo, sino la «naturaleza irracional y estrafalaria» de sus cambios de actitud. Contra esa naturaleza volátil, advertía Richard Parker a sus amigos, en un último testamento:

> Recordad, no os entrometáis en las clases bajas, porque son cobardes, egoístas y desagradecidas; la menor tontería les intimidará, y a aquel a quién en un momento han alabado como su Cabecilla, le mandarán a la horca sin escrúpulo alguno. Yo mismo os hago estas observaciones con dolor, pero ... lo sé por experiencia, y muy pronto seré el ejemplo de ello.

Pero al mismo tiempo declaró que moría «como un Mártir por la causa de la Humanidad».[119]

Esos grandes amotinamientos, y la rebelión irlandesa del año siguiente, fueron por supuesto sucesos de significación universal, y muestran cuán precario era el asidero del *ancien régime* inglés. Que la armada inglesa —el instrumento más importante de la expansión europea, y el único escudo entre la Francia revolucionaria y su mayor rival— proclamase que «por fin se ha restablecido la Era de la Razón» era amenazar con subvertir todo el edificio del poder mundial. Es absurdo argumentar que, como la mayoría de los marineros tenían pocas ideas políticas claras, éste fue un asunto circunscrito a las galletas del barco y los atrasos en la paga, y no un movimiento revolucionario. Esto es confundir la naturaleza de las crisis revolucionarias populares, que surgen precisamente de este tipo de conjunción entre los agravios de la mayoría y las aspiraciones articuladas por parte de la minoría con conciencia política. Pero a la vez, la actitud que la SCL adoptó con respecto a los amotinados es problemática. Existen pruebas de que algunos marineros asistían a sus reuniones jacobinas en Chatham y Portsmouth, y que miembros individuales de la SCL contactaron con los delegados del barco e incluso arengaron a grupos de amotinados. Se supone que un indefinido «caballero que vestía de negro» estuvo en contacto con Parker y sus compañeros; y éste pudo ser el doctor Watson que en aquel momento estaba, en verdad, trabajando en favor de una invasión france-

119. G. E. Manwaring y B. Dobrée, *The Floating Republic*, edición de Penguin, en especial pp. 200, 246, 265-268. Este relato flojea en cuanto a las pruebas de la influencia jacobina en la armada; esto se estudia de forma mucho más minuciosa en C. Gill, *The Naval Mutinies of 1797*, 1913.

sa, pero que (según una declaración posterior) no fue reconocido por la SCL.[120]

Los amotinamientos agudizaron al máximo el conflicto de los miembros de la SCL, entre las simpatías republicanas y las lealtades nacionales. Más o menos hacia esta época puede distinguirse un partido progalo y revolucionario (del que formaban parte muchos emigrantes irlandeses), de los reformadores de mentalidad constitucionalista, muchos de los cuales se estaban desmoronando (como Place). En junio de 1797, poco después del amotinamiento, fue detenido un tal Henry Fellowes cuando distribuía octavillas entre las tropas. Era un emisario de la sociedad de Londres. En una carta dirigida a John Bone, en Londres, se informaba de que, en la sociedad activa de Maidstone, había dos secciones (con una asistencia de 60 personas), y se pedían más octavillas (en particular para los soldados irlandeses), así como ejemplares de la «Declaración de Bonaparte» y el *Agrarian Justice* de Paine. A continuación de estos sucesos, se aprobaron dos leyes adicionales que imponían la pena de muerte por juramentos ilícitos y por intentos de apartar a las fuerzas armadas de su lealtad.[121] Inmediatamente después se detuvo a un tal Richard Fuller y se le condenó a muerte por dirigir un discurso incendiario a un miembro de la guardia de Coldstream.

La propia sociedad de Londres adoptó una constitución nueva, mejor adaptada a la organización clandestina y a impedir la infiltración de espías. Al lado de eso, un comité secreto se reunía en la bodega del mesón de Furnival, en Holborn. Este era, con bastantes posibilidades, un centro de los Ingleses Unidos, una organización que era, en lo fundamental, auxiliar de los Irlandeses Unidos; en verdad, en Inglaterra las dos aparecen como prácticamente indistinguibles. Sus comunicaciones tenían lugar de palabra o con lenguaje cifrado, sus emisarios tenían santo y seña y signos:

> ... extendías tu mano izquierda para estrecharla con su mano izquierda, luego apretaban el primer nudillo del dedo índice, con el pulgar, y

120. C. Gill, *op. cit.*, pp. 301, 319, 327, 339 y siguientes y Apéndice A; y, para Watson, declaración de Henry Hastings en P.C. A.152, y artículo en *D.N.B.* Las sensacionales historias en cuanto a una conspiración secreta, en toda Europa, del iluminismo y la francmasonería jacobina parece que tienen fundamento por lo que se refiere a Inglaterra, aunque pueden tener alguna relación con los sucesos en Irlanda; véase Abbé Barruel, *Memoirs Illustrating the History of Jacobinism*, trad. y notas por Ho. R. Clifford, 1798, IV, pp. 529 s.

121. Esta ley contra los juramentos ilegales fue la que se utilizó contra los luditas y los «mártires de Tolpuddle».

> si él hacía lo mismo con el tuyo, tenías una señal inequívoca; uno decía Unidad y el otro respondía Verdad; uno decía Libertad y el otro decía Muerte ...

En Londres, John Binns, Benjamin Binns y el coronel Despard estaban entre los iniciados. Un informador relató, acerca de una de las secciones que se reunía en el Gallo y Neptuno en Well Close Square, que «principalmente asistían Cargadores de Carbón». Si bien en el Támesis su fuerza se encontraba entre los trabajadores irlandeses, también se decía que en Liverpool y Manchester tenían por lo menos 50 secciones, con otras secciones adicionales en las poblaciones de tejedores del sudeste de Lancashire.[122] En Manchester se obtuvo algún éxito al penetrar en la armada, donde se tomó juramento a algunos miembros de los dragones ligeros:

> Con la plena Asistencia de Dios. Yo n.n. juro no obedecer al Coronel, sino al ... pueblo. No a los oficiales, sino al Comité de Ingleses Unidos ... y ayudar con las armas tanto como esté en mi poder a establecer un Gobierno Republicano en este País y en otros y ayudar a los franceses a su Desembarco para liberar a este País.

(El acento irlandés se traiciona incluso en la ortografía.)* Pero aunque la organización secreta sin duda se extendía más allá de las filas de los irlandeses, parece que en la primavera de 1798 había diferencias de puntos de vista entre los conspiradores. Por una parte los jacobinos nativos parecen haber continuado su trabajo bajo diferentes disfraces. Los «Amigos de la Libertad» de Rochdale y de Royton (verano de 1797) parecían estar vinculados a un centro de Manchester que se llamaba el «Instituto para la Divulgación del Conocimiento entre la Población Obrera de Manchester y sus Alrededores». En Bolton (febrero de 1798) un espía consiguió obtener la admisión (mediante un juramento) en los Ingleses Unidos; el líder local «recomendaba crear un Club de Lectu-

122. Un acusado interrogado en mayo de 1798 declaró que la sociedad de Manchester «había disminuido mucho —en 1796— debido a una pelea entre los Caballeros que a ella pertenecían & los trabajadores Manuales de la Sociedad». Parece que los trabajadores manuales pasaron a formar secciones de los Ingleses Unidos, 29 secciones de las cuales constan en otra declaración, en H.O. 42.45.

* No tenía sentido mantener una ortografía incorrecta ya que no es significativa para el castellano. (*N. de la t.*)

ra como algo útil para conseguir Prosélitos». En Thornley, en febrero de 1798, un sacerdote irlandés fue abordado por un compatriota y francmasón (un «Caballero Templario») que alardeó de que los Ingleses Unidos eran 20.000 en Manchester: «como yo era un *Santo Padre*» (les escribió a las autoridades) el hombre creyó que podía confesar sus secretos. «Parece —escribió un clérigo de Bolton al duque de Portland en el mismo mes— que no están completamente de acuerdo en cuanto a sus deseos de intervención francesa; algunos dicen que ellos mismos pueden resolver sus asuntos ...» [123]

En el invierno de 1797-1798, un sacerdote irlandés, el padre O'Coigly, anduvo entre Lancashire, Irlanda y Francia, bajo el nombre de «Capitán Jones». A principios de 1798 fue a Londres, y John Binns estaba intentando encontrar un contrabandista en uno de los puertos de Kent para que llevase a O'Coigly y a Arthur O'Connor a Francia, cuando los tres hombres fueron detenidos. A O'Coigly se le encontró un papel en el que se trataba sobre la posible recepción de los franceses en Inglaterra, en caso de que se produjese una invasión. Aunque los ingleses tenían muchos motivos de queja, también les preocupaba que los franceses pudiesen reducir a Inglaterra a ser una provincia. Por lo tanto se les aconsejó a los franceses que, al desembarcar, hiciesen pública una proclama que incluyese lo siguiente: 1. que las Islas Británicas formarían «repúblicas diferenciadas»; 2. que cada una debía escoger su propia forma de gobierno; 3. que todos los que se unieran a los invasores recibirían armas; 4. que no se impondrían más impuestos que los necesarios para sufragar los gastos de la invasión; 5. que Francia limitaría sus adquisiciones a barcos y posesiones ultramarinas que los aliados le hubiesen quitado. O'Coigly, que se negó, con gran heroísmo, a revelar quienes eran sus compañeros, fue ejecutado. Binns, que tenía una gran suerte en la vida, fue absuelto del cargo de alta traición, y —antes de que se pudiese presentar otra acusación menor— se refugió con un nombre supuesto en los «condados de Derby y Nottingham, donde tenía muchos amigos».[124]

La solidaridad con la rebelión irlandesa no se limitaba a los irlandeses como Binns. El 30 de enero de 1798, la SCL publicó un Comu-

123. *Report of Committee of Secrecy*, 1799, *passim;* diversas fuentes en T.S. 11.333 y 4406; P.C. A.152, A. 158, A.161; H.O. 42.43/6.

124. *Committee of Secrecy*, 1799, *passim;* T.S. 11.333; P.C. A.152; Binns, *op. cit.*, caps. 4 al 6.

nicado a la Nación Irlandesa, firmado por R. T. Crossfield, presidente, y Thomas Evans, secretario:

> GENEROSA Y GALLARDA NACIÓN:
> Que el presente Comunicado os convenza de cuán sinceramente nos solidarizamos con todos vuestros sufrimientos ... Que las Naciones ... aprendan que las «actuales circunstancias» han sido el lema del Despotismo de todas las Épocas y todos los Países; y que cuando un Pueblo permita a su Gobierno violar una vez los genuinos Principios de la Libertad, se practicará Usurpación sobre Usurpación; el Mal crecerá sobre el Mal; la Violación seguirá a la Violación, y el Poder engendrará Poder, hasta que las libertades de TODOS quedarán sometidas a un dominio despótico ...

Es un comunicado conmovedor, que rescata a los ingleses de la acusación de complicidad total en la represión irlandesa, y que incluía un llamamiento a los soldados ingleses que estaban en Irlanda, para que se negasen a actuar como «Agentes de la esclavización de Irlanda». Y que hacía decorosa la «intervención pública» de la sociedad. Evans y los miembros supervivientes del comité de la SCL fueron acorralados en abril de 1798, durante una acalorada discusión acerca de qué tipo de acción debían llevar a cabo en el caso de que se produjese una invasión francesa. Thomas Evans era de la opinión de que el gobierno francés había traicionado la causa revolucionaria, y parecía estar «más deseoso de establecer un extenso despotismo militar, que de propagar los principios republicanos». Por lo tanto, él proponía a la sociedad que sus miembros se uniesen a los voluntarios. El doctor Crossfield estaba de acuerdo con sus críticas, pero afirmaba que la SCL no podía defender lo malo ante lo peor. Los agentes de Bow Street acabaron la discusión. [125]

El día anterior, habían sido atrapados el coronel Despard y tres miembros de los Ingleses Unidos. Desde luego, pueden considerarse exagerados los informes alarmistas que dio el Comité de Materia Reservada en 1799, por lo que se refiere a la fuerza de esta organización:

> Casi todas las sociedades repartidas por toda Inglaterra, que solían mantener correspondencia con la Sociedad de Correspondencia de Lon-

125. Véase H. Collins, *op. cit.*, p. 132; R. Hodgson, *Proceedings of General Committee of LCS*, Newgate, 1798; *Committee of Secrecy*, 1799, Apéndice, pp. 70-73; H. C. Davis, *op. cit.*, pp. 92-93.

> dres habían ... adoptado el mismo plan de formar sociedades de Ingleses Unidos ... y la destructiva influencia de la que procedían todavía se extendió más allá con la fundación de clubs, entre las clases más bajas de la comunidad ... en los que se cantan canciones, se hacen brindis y se utiliza un lenguaje de la índole más sediciosa.

Pero al mismo tiempo, no hay razón para que los historiadores hayan aceptado, sin ponerla en duda, la versión de Place, según la cual la sociedad de Ingleses Unidos había nacido muerta y nunca había tenido más de una docena de miembros.[126] Place se había opuesto, desde hacía mucho tiempo, no sólo a la organización ilegal, sino a cualquier forma de agitación abierta, y había favorecido una política de moderación educativa. Se había apartado de la sociedad en 1797, y a buen seguro no disfrutaba de la intimidad de los conspiradores. Por lo que se refiere a su existencia en el Lancashire, hay pruebas contundentes; y entre los papeles del procurador del Tesoro y el Consejo Privado hay relatos de algunos informadores sobre las actividades de varias secciones de Londres. *Dos* espías declaraban pertenecer a un Comité General, con delegados de ramas dispersas en Shoreditch, Hoxton, Bethnal Green; algunos delegados recibían instrucción militar (septiembre de 1798) en Epping Forest; había un grupo muy concurrido que se llamaba «Hijos de la Libertad».[127] «Afortunadamente no tenemos Líder», declaraba el «Comunicado del Comité Secreto de Inglaterra dirigido al Directorio Ejecutivo de Francia» que se le encontró a O'Coigly:

> Unos pocos de los opulentos se han declarado, desde luego, Amigos de la Democracia, mediante Discursos, pero no han actuado, se han considerado a sí mismos como algo distinto del Pueblo, y el Pueblo, a su vez, considerará las Declaraciones en Favor suyo como algo injusto y frívolo. ...
>
> Hoy, sólo esperamos con Impaciencia para ver al Héroe de Italia, y a los valientes Veteranos de la gran Nación. Miríadas saludarán su Llegada con Gritos de Alegría ...[128]

La realidad se presentaría de forma compleja. Por un lado, las «mi-

126. Add. MSS. 35142 y siguientes, 62-66. Es posible que el relato de Place haya ganado aceptación porque una organización clandestina, por su propia naturaleza, casi no deja papeles tras suyo y, por lo tanto, no tiene realidad existencial para el historiador.

127. Informes de John Tunbridge y Gent, P.C. A.144.

128. *Report of Committee of Secrecy*, 1799, p. 74.

ríadas», lejos de adoptar la actitud que declaraba el «Comité Secreto de Inglaterra», hacia 1798 se vieron envueltas en la ola de sentimiento patriótico levantada por la expectativa de una invasión francesa. En verdad, el Movimiento de Voluntarios de esos años pudo no alarmar a los franceses, pero era una fuerza auxiliar poderosa para los otros recursos de la Iglesia y el Estado, en la represión de los jacobinos del país.[129] Probablemente Place tiene razón al decir que en los círculos extremistas de Londres había, en aquel momento, algunos conspiradores congénitos que vivían en un mundo de fantasías paranoicas de taberna, que tenían pocos contactos verdaderos, y cuyos comunicados (si en Francia se les hubiese dado crédito) habrían sido completamente engañosos. Uno de esos hombres era (parece) el doctor Richard Watson, un antiguo miembro de la SCL y a quien ya hemos observado como asociado de algún modo con los amotinamientos de la marina. En 1797 fue detenido por pasar información a Francia por la vía de Hamburgo. Puesto en libertad en 1799, «*le Citoyen* Watson» envió un memorial al Directorio francés, en el que se describía a sí mismo como «Presidente del Comité Ejecutivo de la Sociedad de Correspondencia de Londres, Miembro de la Unión Británica y Representante de las Asociaciones de Bath Bristol, etc.». Al huir hacia Francia empezó a dirigirse a la nación inglesa en el mismo tono grandilocuente.[130]

Pero otros conspiradores eran más serios, como iba a atestiguar el coronel Despard en el cadalso, en 1803.[131] Hacia 1797, está claro que algunos de los jacobinos más extremos habían llegado a perder la esperanza con respecto a la agitación constitucional. Desde este momento en adelante, durante más de veinte años, hubo un pequeño grupo de demócratas londinenses (spenceanos o republicanos) que no veían otra esperanza que la de un *coup d'état*, ayudado quizá por armas francesas, en el que alguna acción violenta alentara a la «muchedumbre» de Londres a levantarse en su apoyo. Esta es la tradición que heredaron Arthur Thislewood y otro doctor Watson, en 1816. A finales de la década de 1790, algunos del grupo, incluyendo a Richard Hodgson y a John Ashley (zapatero y anterior secretario de la SCL), se refugiaron en

129. Véase J. R. Western, «The Volunteer Movement as an Anti-Revolutionary Force, 1793-1801», *English Hist. Rev.* (1956), p. 603; y para las deficiencias de los voluntarios, *The Town Labourer*, pp. 87-89.

130. Diversos documentos en P.C. A.152; Meikle, *op. cit.*, pp. 171, 191-192; *Clef du Cabinet des Souverains*, 2 de frimario, y VII; *D.N.B.*

131. Para Despard, véase más adelante, vol. 2, pp. 41-47.

Francia, donde todavía permanecían en 1817. El retorno de dos miembros de este grupo a Londres, durante este año, fue suficiente para motivar un informe alarmista al propio lord Sidmouth.[132]

Así, las conspiraciones jacobinas existían. Y éstos eran bastante serios como para arriesgar sus vidas y soportar la cárcel y el exilio. Pero el tipo de conspiración que hacían tenía una cierta estridencia y un ardor republicano abstracto que no iba con los tiempos. Además, con la ejecución de O'Coigly, el fracaso de la rebelión irlandesa, y la detención de los dirigentes en Londres y en Manchester, la conspiración dejó de tener una existencia *nacional*. En las provincias, donde existía alguna organización clandestina, o bien se marchitaba en el aislamiento, o echaba un nuevo tipo de raíces en su propio contexto industrial. En 1799, se introdujo una legislación especial que «prohibía y suprimía por completo», citándolas por su nombre, la SCL y los Ingleses Unidos. Incluso el infatigable conspirador, John Binns, creyó que no había esperanzas para una nueva organización nacional, e intentó iniciar un pacto de no agresión con el Consejo Privado, aunque eso sólo tuvo como resultado que tuviese que cumplir condena como su invitado en la cárcel de Gloucester. Cuando le detuvieron estaba en posesión de un billete que quizá era una de las últimas «coberturas» de la vieja SCL: «Dar entrada para la Temporada a la Escuela de Elocuencia».[133]

Hacia 1799, casi todos los viejos dirigentes estaban en la cárcel o en el exilio; entre los prisioneros se encontraban: Evans, Hodgson, Bone, Binns, Galloway, Despard y John Baxter. Su espectáculo en prisión dejaba mucho que desear, si se compara con el de Wilkes 30 años antes. Thomas Evans, según su propio relato, «fue trasladado a la Bastilla, y allí confinado muchos meses en una celda, con el acomodo de una ciénaga de paja, una manta y una alfombrilla; no le dejaron tener libros, pluma, tinta, papel, vela y durante mucho tiempo tampoco le facilitaron fuego». Su casa fue incautada por los magistrados de Bow Street y su esposa y su hijo encerrados. Estuvo preso durante 2 años y 11 meses. El trato de los prisioneros por parte del gobernador Aris en Colbath Fields provocó un escándalo, en la denuncia del cual sir Francis Burdett tuvo una parte destacada. El hecho de que la campaña en beneficio de los prisioneros le hiciese ganar una popularidad sólo comparable con la que había disfrutado Wilkes demuestra la inclinación

132. G. Sangster a Sidmouth, 13 de abril de 1817, H.O. 42.163.
133. P.C. A.152; Binns, *op. cit.*, pp. 140-141.

libertaria de la multitud de Londres. Durante años, el lema más popular de Londres fue: «¡Burdett, y Abajo la Bastilla!». Uno de los prisioneros a los que ayudó a conseguir la libertad fue el coronel Edmund Despard. La historia del radicalismo del siglo XIX empieza con esos dos hombres.[134]

¿Cuál es el precio de la experiencia? ¿La compran a cambio de una canción?
¿O compran la sabiduría a cambio de una danza en la calle? No, se compra al precio
De todo lo que tiene el hombre, su casa, su esposa, sus hijos.
La sabiduría se vende en el desierto mercado donde nadie va a comprar.
Y en el campo yermo, donde el campesino ara en vano para obtener pan.*

Así lo expresaba William Blake al escribir *Vala, or the Four Zoas* en 1796-1797. A medida que la corriente jacobina iba por canales más clandestinos, sus propias profecías se volvieron más misteriosas y particulares. A lo largo de los años en que siguieron los encarcelamientos: Kyd Wake, un encuadernador de Gosport, fue condenado, a finales de 1796, a 5 años de trabajos forzados, y a la picota por decir: «Abajo Jorge, abajo la guerra» (el mismo Blake escapó por poco de una acusación como ésta, en 1803); encarcelaron a Johnson, el librero y amigo de Godwin; se hicieron procesos por sedición en Lancashire y Lincolnshire; se encarceló a un cestero de Somerset por decir «Deseo que los franceses tengan suerte».[135] El duque de Portland, en el Ministerio del Interior, dio instrucciones de que se cerraran las sociedades de las tabernas, y de que se entregasen al correccional a los pequeños que vendían las hojas de Spence a 1/2*d.*[136] En Hackney, el excéntrico erudito en lenguas clásicas, Gilbert Wakefield, levantó la vista de sus libros y dio la opinión de que las clases trabajadoras tenían poco que perder con una invasión francesa: «Dentro del área de tres millas alrededor de la casa donde estoy escribiendo estas páginas, hay

134. T. Evans, *Christian Polity*, p. iv; *Reasoner* (26 de marzo de 1808); «Narrative of John Oxlade», Add. MSS. 27809; P.C. A.161.

* What is the price of Experience? do men buy it for a song? / Or wisdom for a dance in the street? No, it is bought with the price / Of all that a man hath, his house, his wife, his children. / Wisdom is sold in the desolate market where none come to buy, / And in the wither'd field, where the farmer plows for bread in vain.

135. T.S. 11.5390.

136. H.O. 119.1; H.O. 65.1.

una cantidad mucho mayor de seres humanos miserables, que mueren de hambre ... que en cualquier otra porción de tierra igual, en toda la zona habitable del globo terrestre».[137] Ni su amistad con Fox, ni su propia erudición le salvaron de la prisión. «La Bestia y la Prostituta gobiernan sin control», anotó Blake en la portada de *Apology for the Bible* del obispo Watson: «Defender la Biblia en este año de 1798, le costaría la vida a un hombre.» Ciertamente, Kyd Wake murió en prisión, mientras que Wakefield sólo fue puesto en libertad cuando estaba a punto de morir.

La persecución acabó con los últimos intelectuales jacobinos, además de los artesanos y los trabajadores. En Francia, como le parecía a Wordsworth,

> ... todo estaba silenciado por las cadenas de hierro
> Del dominio militar. Los propósitos mudables,
> Las diversas funciones y los elevados atributos
> De la acción civil, sometidos a un poder
> Formal, y detestable, y vil.
> En Inglaterra reinaba un miedo terrible al cambio;
> Los débiles eran alabados, recompensados y promovidos;
> E, impulsado por un justo desdén,
> Una vez más, me encerré en mí mismo.*

Ahí empezó, para una generación intelectual, el modelo de desencanto revolucionario que prefigura los modelos más burdos de nuestro siglo. Perdidas sus fantasías pantisocráticas, los arrepentidos acusaban a los jacobinos de sus propias locuras intelectuales. En el verano de 1797, andando con Tehlwall por los Quantocks, los poetas llegaron a un pequeño valle apartado. «Ciudadano John —dijo Coleridge—, este es un buen lugar para hablar de traición.» «No, Ciudadano Samuel —respondió Thelwall—, es más bien un lugar para olvidar que exista alguna necesidad de traición.» La anécdota prefigura el descenso hacia la «apostasía» política; muy rastrera en Southey, muy compleja en Coleridge, muy dolorosa e interrogativa en Wordsworth. «Me gustaría

137. G. Wakefield, *Reply to the Bishop of Llandaff*, 1798, p. 36.

* ... all was quieted by iron bonds / Of military sway. The shifting aims, / The varied functions and high attributes / Of civil action, yielded to a power / Formal, and odious, and contemptible, / -In Britain ruled a panic dread of change; / The weak were praised, rewarded, and advanced; / And, from the impulse of a just disdain, / Once more did I retire into myself.

que escribieses un poema en verso puro —le escribió Coleridge a Wordsworth, en 1799— dirigido a quienes, como consecuencia del fracaso completo de la Revolución francesa, han abandonado todas las esperanzas de mejora de la humanidad, y se están hundiendo en un egoísmo casi epicúreo, disfrazándolo bajo los suaves títulos de apego doméstico y desprecio hacia los *philosophes* visionarios ...» Por esta época Thelwall se había retirado a una granja aislada en South Wales. (Al llegar allí quedó sorprendido al descubrir que un espía lo vigilaba. ¿O era su manía persecutoria?) Allí, Wordsworth le hizo su última visita; y fue en estos parajes desolados donde describió al Solitario de *The Excursion*, reflexionando sobre los errores de aquellos años del milenio.[138]

En el otro extremo, tenemos a los obreros, desorganizados y perseguidos, sin una dirección a nivel nacional, luchando para mantener algún tipo de organización ilegal. Su difícil situación queda muy bien expresada en una carta dirigida a la SCL por una sociedad de Leeds, escrita en nombre de un centenar de miembros, en octubre de 1797:

> Somos principalmente Obreros Manuales como pocos de los hombres de oficio de aquí que son amigos de nuestra causa tienen Fortaleza suficiente para darse a conocer Públicamente como la influencia Aristocrática es tan grande que tienen todo el comercio en sus manos de este modo tienen el Poder de arruinar a cualquier hombre de oficio que denuncie la Vileza de un Sistema Corrupto. Aquí había una excelente Sociedad hace unos tres años, pero desde que los arbitrarios procesamientos de nuestros Jueces actuaron de una forma tan terrible sobre nuestros Amigos en general que sus espíritus se han hundido bajo el Estandarte de la Moderación y la llama Sagrada que ardía en sus Pechos casi se extinguió ...

Ningún tabernero se atreve a albergarles, y necesitan carnets de socios «con urgencia» «porque no hay ningún impresor en la ciudad que se atreva a hacer algo para nosotros».[139]

138. Thelwall, a diferencia del Solitario, siguió en la política radical. Durante las guerras subsistió como profesor de elocución, y reapareció en una plataforma radical en Westminster, en noviembre de 1818, «para el gran asombro de la Compañía, —observó el *Gorgon*— como un resucitado» (21 de noviembre de 1818). Después editó el *Champion*, se preocupó de seguir adelante con las sociedades, y tomó parte en la agitación de la *Reform Bill* de 1831-1832. Pero no estaba a tono con el nuevo movimiento, y su trabajo careció de la primera originalidad y provocación.

139. LCS libro de cartas, Add. MSS. 27815.

Es una equivocación considerar esto como el fin, porque también era un comienzo. En la década de 1790 acaeció algo parecido a una «Revolución inglesa», de profunda importancia en la conformación de la conciencia de la clase obrera de la posguerra. Es cierto que el impulso revolucionario fue ahogado en sus albores, y la primera consecuencia fueron la amargura y la desesperación. El terror contrarrevolucionario de las clases dominantes se manifestó en todos los aspectos de la vida social; en actitudes hacia el tradeunionismo, hacia la educación del pueblo, hacia sus diversiones y sus modales, hacia sus publicaciones y sus asociaciones, y hacia sus derechos políticos. Y el reflejo de la desesperación entre el pueblo común se puede ver, durante los años de la guerra, en el quiliasmo trastocado de los partidarios de Joanna Southcott, y en el nuevo resurgimiento del metodismo. En las décadas posteriores a 1795 hubo un profundo alejamiento entre clases en Inglaterra, y la población obrera se vio empujada a una situación de *apartheid* cuyos efectos —en los detalles de discriminación social y educativa— pueden percibirse hasta nuestros días. Inglaterra se diferenció de otras naciones europeas en lo siguiente: que la pleamar del sentimiento contrarrevolucionario y la disciplina coincidieron con la pleamar de la Revolución industrial; a medida que avanzaban las nuevas técnicas y formas de organización industrial, los derechos políticos y sociales retrocedían. La alianza «natural» entre la impaciente burguesía industrial de ideas radicales y un proletariado en configuración se rompió tan pronto como se formó. El fermento que se dio entre los industriales y los ricos negociantes disidentes pertenece, en lo fundamental, a los años 1791 y 1792; el momento culminante del «descontento» entre los artesanos y los asalariados de Londres, Norwich y Sheffield —ya fuese a causa de la agitación jacobina o a causa del hambre— pertenece a 1795. Coinciden sólo durante unos pocos meses de 1792; y después de las matanzas de septiembre, todos los industriales, excepto una pequeña minoría, habían sido ahuyentados de la causa de la reforma. Si en Inglaterra no hubo revolución en la década de 1790, no fue debido al metodismo, sino a que la alianza que hubiese tenido suficiente fuerza para hacerla se desintegró; después de 1792 no hubieron girondinos que abriesen las puertas por las que pudieran entrar los jacobinos. Si hombres como Wedgwood, Boulton y Wilkinson hubiesen actuado junto con hombres como Hardy, Place y Binns —y si la pequeña *gentry* de Wyvill se hubiese unido a ellos— Pitt (o Fox) se hubiesen visto obligados a conceder una amplia implantación de la

reforma. Pero la Revolución francesa *consolidó* la Vieja Corrupción al unir a los terratenientes y a los industriales en un pánico común; y las sociedades populares eran demasiado débiles y demasiado inexpertas para llevar a cabo una revolución o una reforma por sí mismas.[140]

Algo de eso percibió Thelwall cuando visitó Sheffield, en 1796. Se alegró de la inteligencia y la conciencia política de la *«sansculotterie»* de Sheffield. «Pero es un cuerpo sin cabeza. Por desgracia no tiene ningún líder.» Aunque varias personas «con propiedad e influencia considerables ... *piensan* como ellos», ninguna tiene el valor de colaborar:

> Si por lo menos tres o cuatro personas con influencia de prestigio y de dinero de este lugar, condujesen a esos honrados, inteligentes fabricantes y su causa, completa y públicamente (como personas de ese tipo ... lo han hecho en Norwich), en Sheffield, como en Norwich, la pequeña tiranía de la persecución provincial desaparecería dentro de poco ...[141]

Este no era un signo de apostasía jacobina por parte de Thelwall. En 1796, se enfrentó a un dilema real: por una parte, el paternalismo reformista, que cuando —como en el caso de Gurney en Norwich— lo había visto poner en práctica le disgustaba; por otra, la exposición de los reformadores plebeyos a la represalia, en una escala que estaba destruyendo al movimiento o conduciéndolo a la clandestinidad.

Además, el movimiento tenía gran necesidad de los recursos intelectuales de aquellos hombres de la clase media educada, algunos de los cuales se encontraban muy desolados por el desencanto revolucionario. El movimiento había perdido prematuramente, debido a la emigración forzosa y voluntaria, a dos de sus propagandistas y organizadores más capacitados, Gerrald y Cooper.[142] No podría sobrevivir siempre basándose en *Los derechos del hombre*, y la

140. Para estudios sobre las conexiones entre los reformadores y los intereses industriales a principios de la década de 1790, véase E. Robinson, «An English Jacobin: James Watt», *Camb. Hist. Journal*, XI (1953-1955), p. 351; W. H. Chaloner, «Dr. Joseph Priestley, John Wilkinson, and the French Revolution», *Trans. Royal Hist. Soc.*, 5th Series, VIII (1958), p. 25.

141. Thelwall, *The Rights of Nature*, Carta I, p. 20.

142. Dos de sus folletos más convincentes fueron *A Convention the Only Means of Saving Us from Ruin*, 1793, de Gerrald, y T. Cooper, *Reply to Mr. Burke's Invective against Mr. Cooper and Mr. Watt*, Manchester, 1792. Para la emigración de Cooper a Norteamérica, véase D. Malone, *The Public Life of Thomas Cooper*, New Haven, 1926.

imitación de las formas francesas, o en las togas romanas y las blusas sajonas. Pero en su momento culminante, en 1795, el movimiento apenas tenía 4 años de desarrollo; su pensamiento se tenía que elaborar bajo la presión de la organización, en medio de inquietudes y acusaciones de traición, con partidarios ausentes y con un Robespierre que interrumpía las floridas épocas de sus discursos con la tétrica guillotina. Las conferencias de Thelwall se planeaban sin descanso, para un público que siempre contaba con uno de los informadores de Su Majestad. Su mejor obra (de forma significativa) no se realizó hasta la relativa calma de 1796, cuando el movimiento empezaba a desintegrarse. Apenas sorprende que los jacobinos ingleses fueran culpables de falta de madurez y fueran víctimas de su inexperiencia, y que muchos de sus oradores parecieran ridículos debido a sus exageradas actitudes.

Hasta aquí, podría parecer, que se trata de la constatación de la frustración y el fracaso. Pero la experiencia tenía otro aspecto más positivo en su conjunto. No fue una sola tradición, sino muchas las que tuvieron su origen en esos años. Está la tradición intelectual de Godwin y Mary Wollstonecraft, que Shelley reafirmaría. Está la tradición del deísmo y el librepensamiento; apenas habían finalizado las guerras antes de que Richard Carlile empezara a reeditar todas las obras de Paine. Está la tradición de los unitaristas avanzados y los «cristianos libreprensadores», transferida por hombres como Benjamin Flower y William Frend a la *Monthly Depository* de W. J. Fox.[143] Está la tradición de Place, y de los hombres de oficio y artesanos de ideas constitucionales moderadas (algunos de los cuales, como Hardy, Galloway y el propio Place prosperaron, más tarde, como pequeños o grandes patrones), que reaparecieron en la elección de Westminster, de 1807, en apoyo del discípulo de Tooke, sir Francis Burdett, y que permanecieron desde aquel momento en asociación activa.

Estas tradiciones se encarnan, no sólo en ideas, sino en personas. Aunque algunos jacobinos se retiraron y otros —John Gales, Thomas Cooper, el «ciudadano Lee», John Binns, Daniel Isaac Eaton y muchos otros— emigraron a América,[144] otros estaban alerta a todas las

143. Véase F. E. Mineka, *The Dissidence of Dissent*, 1944.

144. Eaton fue el único de éstos que volvió. Véase más adelante, vol. 2, p. 189. También había una pequeña colonia de jacobinos ingleses *émigrés* en París, entre los que estaban Sampson Perry, Ashley, Goldsmith, el doctor Maxwell y John Stones, que publicaron *Argus*, contrario a Pitt, y la mayor parte de ellos tuvieron una profunda desilusión con el bona-

oportunidades de volver a iniciar la propaganda. John Gale Jones y John Frost fueron miembros, durante las guerras, de clubs de debate de Londres, donde influyeron a una generación radical más joven; y Jones siguió siendo una persona destacada en los círculos del Londres radical, hasta la década de 1820.[145] Y en muchos centros provinciales se puede dar testimonio de la misma continuidad. Pocos centros pueden hacer ostentación de un historial tan largo como el de George Bown de Leicester, que en 1792 fue secretario de su Sociedad Constitucional, en 1794 fue detenido, y todavía en 1848 escribía como defensor del cartismo partidario de la «fuerza física».[146] Pero en muchas ciudades seguían reuniéndose hombres de oficios y artesanos, contrarios a las guerras, que pensaban del mismo modo. El gran grabador, Thomas Bewick, recuerda el «grupo» de partidarios incondicionales de las libertades de la humanidad», que se reunió en Newcastle en la Campana Azul, el Unicornio y el gabinete de lectura. Aquellos eran «hombres juiciosos e influyentes», «hombres de oficio distinguidos», «empleados de banca, artesanos y apoderados». Entre los que se relacionaban particularmente con Bewick había un zapatero, un constructor, un fundidor, un hojalatero, un editor, un maestro de esgrima, un caballero radical y varios actores. Les unía a todos la condena de la guerra y sus consecuencias sociales:

> Los navieros que nadaban en la riqueza, la *gentry* que giraba alrededor del fausto aristocrático, todos ellos olvidaban cuál solía ser su actitud y su comportamiento, bondadoso y amable, hacia los que pertenecían a condiciones más humildes; y parecían mirarles, demasiado a menudo, como si fuesen bazofia. También cambió la naturaleza de los granjeros. Se comportaban como si fuesen caballeros, de forma muy torpe, y en aquel momento no podían beber otra cosa que no fuese vino. ... Cuando esos presuntuosos caballeros salían del mercado, estaban dispuestos a pasar por encima de todo lo que encontrasen ... por el camino; pero eso no era nada comparado con el orgullo y la locura que se posesionaba de sus cabezas vacías o llenas de humos, cuando iban

partismo. Véase S. Perry, *Argus*, 1796, p. 257; J. G. Alger, *Englishmen in the French Revolution*, 1889.

145. Entre los que estuvieron influidos por Gale Jones y John Frost estaba el homónimo de Frost, el antiguo alcalde de Newport, que dirigió la insurrección cartista de 1839 en Gales; véase D. Williams, *John Frost*, Cardiff, 1939, pp. 13-14.

146. A. T. Patterson, *op. cit.*, pp. 70, 74; J. F. C. Harrison, «Chartism in Leicester», *Chartist Studies*, compilado por A. Briggs, 1959, p. 132; G. Bown, *Physical Force*, Leicester, 1848.

> vestidos de escarlata ... y se les llamaba la «caballería de la *yeomanry*». ... No ocurría lo mismo con los laboriosos trabajadores. Sus privaciones eran grandes ...[147]

Si bien entre los pequeños menestrales, los empleados y los hombres de oficio había hostilidad hacia la *gentry* y los grandes labradores, y solidaridad con el «trabajador industrioso» (y esta es una característica muy importante de la conciencia radical, que permanecerá por lo menos 50 años después de 1795), sin embargo, se sentían intimidados, como los hombres de oficio de Leeds, por la «influencia aristocrática». Incluso Bewick, con su valor puritano, tenía cuidado durante las guerras de relacionarse sólo con aquellos que podían «dar ejemplo de conducta decorosa a los que tenían una actitud más violenta», y cuya indignación con «las atrocidades políticas de la época» se mantenía «dentro de unos límites». De aquí que los jacobinos plebeyos estuviesen aislados y se viesen obligados a replegarse sobre sí mismos y a descubrir medios de organización independiente cuasilegal o clandestina. (En el Newcastle de Bewick, se formaron durante las guerras muchísimas sociedades de socorro mutuo que tenían su sede en las tabernas, muchas de las cuales eran sin duda coberturas de la actividad de las *trade unions*, en las que antiguos jacobinos contribuían al «caluroso debate y al violento lenguaje» de las reuniones de club.)[148] Aislados de las otras clases, los trabajadores manuales radicales, los artesanos y los obreros, forzosamente, tenían que fomentar tradiciones y formas de organización propias. De modo que, en tanto que los años que van de 1791 a 1795 proporcionaron el empuje democrático, fue en los años de represión cuando se puede hablar de la maduración de una inequívoca «conciencia obrera de clase».

Incluso en los años más oscuros de la guerra, se puede advertir, a pesar de todo, cómo el impulso democrático actuaba por debajo de la superficie. Éste proporcionó una afirmación de los derechos, una visión momentánea de un milenio plebeyo que jamás se extinguió. Las *Combination Acts** (1799-1800) sólo sirvieron para unir de forma más estrecha los hilos de los ilegales jacobinos y las *trade unions*.[149]

147. T. Bewick, *A. Memoir*, compilado por M. Weekley, Cresset, 1961, pp. 146-148, 153.
148. Véase más adelante, pp. 465-469.
* Leyes dirigidas contra la libre asociación. Fueron derrogadas en 1824. (*N. de la t.*)
149. Véase más adelante, vol. 2, pp. 66-67.

Incluso durante los años en que se estaba bajo la fiebre de la «invasión», continuaron fermentando nuevas ideas y nuevas formas de organización. Hay una alteración radical de las actitudes subpolíticas del pueblo, a la cual contribuyeron decenas de miles de soldados renuentes. Hacia 1811 podemos presenciar la emergencia simultánea de un nuevo radicalismo popular y de una militancia reciente en el tradeunionismo. Este fue el producto, en parte, de nuevas experiencias y, en parte, fue la inevitable respuesta a los años de reacción: «*No he olvidado el Reino del Terror en Inglaterra;* ahí tenéis el origen de mis inclinaciones políticas», escribió Ebezener Elliott, el «Rimador de las *Corn-Laws*», cuyo padre era administrativo en una herrería cercana a Sheffield, y a costa del cual se divertía de vez en cuando la *yeomanry* haciendo recular los caballos a través de sus ventanas».[150]

La historia de la agitación en favor de la reforma, entre los años 1792 y 1796, fue la historia (en términos generales) de la simultánea ausencia de reformadores de la clase media y el rápido movimiento «hacia la izquierda» de los radicales plebeyos. La experiencia marcó la conciencia popular durante 50 años, y durante este tiempo la dinámica del radicalismo no estuvo trazada por la clase media, sino por los artesanos y los obreros. A los hombres de las sociedades populares se les denomina, correctamente, jacobinos. Algunos de sus líderes, entre los que se incluía Thelwall, estaban deseosos de aceptar el término:

> Asumo el término *Jacobinismo* sin dudar: 1. Porque nuestros enemigos nos lo han impuesto como un estigma ... 2. Porque aunque condeno la ferocidad sanguinaria de los últimos Jacobinos en Francia, sin embargo, sus principios ... son los que más se parecen a mis ideas de la razón y la naturaleza del hombre, de todas las que conozco ... Utilizo el término Jacobinismo simplemente para indicar *un sistema de reforma amplio y global, que no pretende basarse en las autoridades y los principios de la tradición Gótica.*[151]

La peculiaridad de su jacobinismo se encontraba en el acento que pone sobre la *égalité*. «*Equality*» es un término demasiado negativo (en las connotaciones inglesas habituales) para aplicarlo a las penetrantes y constructivas doctrinas, con respecto a la eliminación de todas las dis-

150. Citado en *Poor Man's Guardian* (17 de noviembre de 1832), y añade (referente a la memoria del Terror) «esto es válido en miles de ejemplos junto al del señor Elliott».
151. J. Thelwall, *Rights of Nature*, 1796, II, p. 32.

tinciones de rango, que informaban sus procedimientos. El movimiento obrero de los años posteriores continuaría y enriquecería las tradiciones de la fraternidad y la libertad. Pero la propia existencia de sus organizaciones, y la protección de sus fondos, requería la promoción de un cuadro de dirigentes experimentados, así como un cierto respeto o exagerada lealtad hacia su liderazgo, lo cual resultó ser una fuente de formas y controles burocráticos. Los jacobinos ingleses de la década de 1790 iniciaron tradiciones muy distintas. Había un prurito en la *égalité*, frente a los atropellos en las formas cometidos en el siglo XVIII, que se mostraba por ejemplo cuando lord Daer, jacobino, se sentaba con los artesanos y los tejedores como el simple «ciudadano Daer». Pero la creencia de que «un hombre es un hombre, para todo» encontraba expresión en otras formas, que pueden recordarse como una crítica según las prácticas de nuestros días. *Todos* los ciudadanos de un comité debían tomar parte en alguna de las tareas, la presidencia de los comités era a menudo rotativa, se vigilaban las pretensiones de los líderes, los procedimientos se basaban en la meditada creencia de que todos los hombres eran capaces de razonar y de desarrollar sus habilidades, y de que la referencia y las distinciones de rango eran una ofensa a la dignidad humana. Esos valores jacobinos, que aportaron mucho al cartismo, decayeron en el movimiento de finales del siglo XIX, cuando el nuevo socialismo transfirió el acento de los derechos políticos a los económicos. La fuerza de las distinciones de clase y posición social en la Inglaterra del siglo XX, en parte, es una consecuencia de la falta de las cualidades jacobinas en el movimiento obrero del siglo XX.

No hace falta subrayar la importancia evidente de otros aspectos de la tradición jacobina; la tradición de la autodidaxia y de la crítica racional de las instituciones políticas y religiosas; la tradición del republicanismo consciente; y sobre todo, la tradición del internacionalismo. Es extraordinario que una agitación tan breve difundiera sus ideas por tantos rincones de Inglaterra.[152] Quizá la consecuencia más profunda del jacobinismo inglés, aunque es la más difícil de definir, fuera el derrumbe de los tabúes acerca de la agitación entre «innumerables miembros». Dondequiera que subsistiesen ideas jacobinas, y dondequiera que se apreciasen los ejemplares escondidos de *Los derechos del hombre*, las personas no estaban dispuestas a esperar por más tiempo el ejem-

152. W. A. L. Seaman, *op. cit.*, p. 20, da pruebas de sociedades en más de cien lugares en Inglaterra y Escocia.

plo de un Wilkes o un Wyvill antes de empezar una agitación democrática. A lo largo de los años de la guerra hubo muchos Thomas Hardy en cada ciudad y en cada pueblo por toda Inglaterra, con un arcón o una estantería llena de libros radicales, ofreciendo su tiempo, intercalando palabras en la taberna, el templo, la herrería, la zapatería, esperando el momento para volver a actuar. Y el movimiento que esperaban no pertenecía a los caballeros, los industriales o los contribuyentes; era suyo.

En una fecha tan tardía como 1849, un astuto escritor satírico del Yorkshire publicó una pieza corta sobre un cierto «político del pueblo» que daba la sensación de autenticidad. Es, típicamente, un zapatero remendón, un hombre viejo y el sabio de su población industrial:

> Tiene una biblioteca de la que se enorgullece. Es una colección de libros extraña. ... Están la *Pearl of Great Price* y *Twopenny Trash* de Cobbett. El *Pilgrim's Progress* ... y *The Go-a-head Journal*, *The Wrongs of Labour* y *Los derechos del hombre. La historia de la Revolución francesa* y *Holy War* de Bunyan ... *La edad de la razón* y una Biblia anticuada.

Es, «por supuesto, un gran admirador de Bonaparte». «Su viejo corazón se caldea como un cuarto* de cerveza caliente con especias, cuando tiene noticia de una revolución que ha triunfado: un trono derribado, reyes que se van, y príncipes diseminados por el extranjero. Entonces piensa que los sueños de su juventud están a punto de cumplirse.» Se permite hacer grandes metáforas sobre «el sol de la libertad» que se alza sobre la «atmósfera horizontal», y afirma tener conocimiento acerca de los acontecimientos de Rusia.

> Recuerda el día en que apenas se atrevía a andar por las calles. Puede decir cómo le abuchearon, apedrearon y despreciaron ... y la gente le dijo que podía dar gracias de que no le quemasen vivo alguna noche, junto con la efigie de Tom Paine ... Sorprende a los más jóvenes cuando les habla de una época en que no había Hábeas Corpus ... y el Fiscal de la Corona iba por todo el país como un león rabioso. ... Habla de un hombre que dijo ... que el rey había nacido desnudo, y por consiguiente fue deportado por sedición ...[153]

* Cuarto de galón = 1,136 litros. (*N. de la t.*)

153. E. Sloane, *Essays, Tales and Sketches*, 1849, pp. 61 y siguientes.

La revolución que había soñado nunca ocurrió, pero sin embargo hubo revolución de una clase. Fueron los legitimistas, se lamentaba James Watt el joven en 1793, los que —espoleando a la muchedumbre contra los reformadores— se habían «entrometido» en «las clases más bajas del pueblo»:

> Poco se les ocurre pensar lo peligroso que es permitir que el pueblo conozca su poder y tampoco piensan que llegará el día en que maldecirán el absurdo grito de Iglesia y Rey, y verán cómo sus propias armas se vuelven contra ellos.[154]

Después del año 1795, que casi fue de hambruna, puede percibirse el cambio en muchísimos lugares. En Nottingham, donde los jacobinos habían sido derrotados en 1794, tenían suficiente fuerza para enfrentarse y vencer a sus oponentes en combate abierto, durante las elecciones de 1796.[155] «En casi todas las entradas a esta ciudad —escribió un legitimista escandalizado en 1798— hay un poste con un cartel clavado, en el que se lee "Todos los Vagabundos serán apresados y castigados como dicta la ley". Ahora, sobre la palabra "Vagabundos" se ha pintado la palabra "Tiranos", y nadie da un paso para sacarlo.»[156] «Durante mucho tiempo hemos procurado descubrirnos como hombres, —declaraban los amotinados de la armada en 1797—, ahora hemos descubierto que lo somos. Seremos tratados como tales.»[157]

En 1812, Scott, viendo a su alrededor con consternación el poder del tradeunionismo escocés y del ludismo en Inglaterra, le escribió a Southey: «El país está sembrado de minas bajo nuestros pies». Fue Pitt quien condujo a los «mineros» a la clandestinidad. Apenas se encontraban hombres como nuestro «Político del Pueblo» en las poblaciones de 1789. Las ideas jacobinas introducidas en las poblaciones de tejedores, las tiendas de los tejedores de punto de Nothingham, los cultivadores del Yorkshire y los hilanderos de Lancashire se propagaron en todos los momentos de subida de precios y de privaciones. No fue Pitt, sino John Thelwall, quien tuvo la última palabra. «Necesariamente se desarrollará una especie de espíritu socrático dondequiera que se reúnan grandes grupos de hombres»:

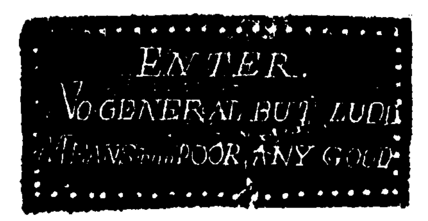
154. Véase E. Robinson, *op. cit.*, p. 355.
155. J. F. Sutton, *Date-book of Nottingham*, 1880, p. 212.
156. J. W. Cartwright al duque de Portland, 19 de junio de 1798, H.O. 42.43.
157. C. Gill, *The Naval Mutinies of 1797*, p. 300.

... el monopolio y la terrible acumulación de capital en pocas manos ... lleva consigo, en su propia atrocidad, las semillas del remedio ... Cualquier cosa que agrupe a los hombres ... aunque puede dar lugar a vicios, favorece la difusión del conocimiento y, a la larga, promueve la libertad humana. Por lo tanto, todo gran taller e industria es una especie de sociedad política, que ninguna ley del Parlamento puede acallar y ningún magistrado puede disolver.[158]

158. Thelwall, *Rights of Nature*, I, pp. 21, 24.

Segunda parte

LA MALDICIÓN DE ADÁN



Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella has sido tomado; ya que polvo eres, y al polvo volverás

GÉNESIS, *III, 19*

6. EXPLOTACIÓN

John Thelwall no era el único que veía en cada «manufactura» un centro potencial de rebelión política. Un viajero aristocrático que visitó los valles del Yorkshire en 1792 se alarmó al descubrir una nueva hilandería en el «valle pastoril» de Aysgarth: «Ahora, hay aquí una fábrica grande y ostentosa, cuyo arroyo ha acaparado la mitad del agua de los saltos de más arriba del puente. Con el tañido de la campana y el griterío de la fábrica, todo el valle está trastornado; la traición y los sistemas igualitarios son los temas de conversación; y la rebelión puede estar próxima.» La fábrica aparecía como un símbolo de energías sociales que estaban destruyendo el mismo «curso de la Naturaleza». Encarnaba una doble amenaza hacia el orden establecido. En primer lugar la de los propietarios de la riqueza industrial, aquellos advenedizos que gozaban de una injusta ventaja sobre los terratenientes cuyo ingreso dependía de los libros del registro de sus rentas:

> Cuando los hombres acceden así a las riquezas, o cuando las riquezas que provienen del comercio se consiguen con demasiada facilidad, el infortunio se cierne sobre nosotros, hombres de ingresos medianos y renta fija; como lo hizo sobre todos los Nappa Halls y la *Yeomanry* de la tierra.

En segundo lugar, la amenaza de la población obrera industrial, a la que nuestro viajero describía con una aliterada hostilidad* que revela una reacción no muy alejada de la que tienen los racistas blancos, hoy en día, hacia la población de color: «La gente, es cierto, tiene trabajo; pero

* En la versión inglesa, el final del texto es como sigue: «... *they issue out to poaching, profligacy and plunder...*» (*N. de la t.*)

todos ellos se abandonan al vicio propio de la muchedumbre ... En los ratos que las gentes no trabajan en la fábrica se aplican a la caza furtiva, al libertinaje y al pillaje ...»[1]

La correlación entre la fábrica de algodoneros y la nueva sociedad industrial, y la correspondencia entre nuevas formas de relaciones de producción y sociales era algo común entre los observadores, entre 1790 y 1850. A fin de cuentas es lo que expresaba Marx, con una energía poco corriente, cuando decía: «el molino de agua lo asociamos con el señor feudal; la fábrica a vapor, con el capitalista industrial». Y no sólo era el propietario de la fábrica lo que les parecía «nuevo» a los contemporáneos, sino también la población obrera que se había establecido en las fábricas y alrededor de ellas. «Nada más llegar a las lindes de las zonas manufactureras del Lancashire —escribió un magistrado rural en 1808— encontramos una nueva estirpe de seres, tanto por lo que se refiere a las costumbres y la ocupación como a la subordinación ... »; mientras que Robert Owen afirmaba, en 1815, que «la difusión generalizada de manufacturas en todo un país da lugar a un nuevo carácter en sus habitantes ... un cambio esencial en el carácter general del grueso de la población».

En las décadas de 1830 y 1840, los observadores todavía se sorprendían ante la novedad del «sistema fabril». Peter Gaskell, en 1833, hablaba de la población manufacturera como de «un Hércules todavía en la cuna», «sólo desde la introducción del vapor como fuerza motriz ha adquirido su importancia primordial». La máquina de vapor había «reunido a la población en densas masas» y Gaskell había visto ya en las organizaciones de la clase obrera un «*imperium in imperio* de la más detestable descripción».[2] Diez años más tarde Cooke Taylor escribía en términos similares:

> La máquina de vapor no tenía precedente, la *spinning-jenny** no tiene ascendencia, la *mule*** y el telar mecánico iniciaron un patrimonio im-

1. *The Torrington Diaries*, compilado por C. B. Andrews, 1936, III, pp. 81-82.

2. P. Gaskell, *The Manufacturing Population of England*, 1833, p. 6; Asa Briggs, «The Language of "Class" in Early Nineteenth-century England», en *Essays in Labour History*, compilado por Briggs y Saville, 1960, p. 63.

* La *spinning-jenny* era una máquina de hilar con varios husos, fue inventada por James Hargreaves en 1764. (*N. de la t.*)

** La *mule* era una variante de la *spinning-jenny* inventada por Samuel Crompton en 1797. En España se la conocía como «mula». (*N. de la t.*)

previsto: surgieron de forma repentina como Minerva de la cabeza de Júpiter.

Pero lo que más inquietud causaba a este observador eran las consecuencias humanas de esas «innovaciones»:

> Cuando un extraño atraviesa las masas de seres humanos que se han aglomerado alrededor de las hilanderías y estampaciones ... no puede contemplar esas «atestadas colmenas» sin sentimientos de ansiedad y aprensión que llegan a consternarle. La población, como el sistema al que pertenece, es NUEVA; pero está creciendo por momentos en extensión y fuerza. Es un agregado de multitudes, que nuestras ideas expresan con términos que sugieren algo amenazador y pavoroso ... como el lento crecimiento y la plenitud de un océano que, en un futuro no lejano, tiene que arrebatar a todos los elementos de la sociedad en la cresta de sus olas y transportarlos Dios sabe dónde. Hay poderosas energías que yacen inactivas en esas masas ... La población manufacturera no es nueva únicamente en su formación: es nueva en sus hábitos de pensamiento y acción, que han sido conformados por las circunstancias de su condición, con poca instrucción, y menor guía, a partir de influencias exteriores ...[3]

Cuando Engels describía *La situación de la clase obrera en Inglaterra en 1844* le parecía que «los primeros proletarios estaban relacionados con la manufactura, fueron engendrados por ella ... los trabajadores fabriles, primogénitos de la Revolución industrial, han formado desde el comienzo hasta el presente el núcleo del Movimiento Obrero».

Por muy distintos que fuesen sus juicios de valor, los observadores conservadores, radicales y socialistas sugerían la misma ecuación: la energía del vapor y la fábrica de algodoneros = la nueva clase obrera. Se veía a los instrumentos físicos de la producción dando lugar, de forma directa y más o menos compulsiva, a nuevas relaciones sociales, instituciones y formas culturales. Al mismo tiempo, la historia de la agitación popular durante el período 1811-1850 parece confirmar esa imagen. Es como si la nación inglesa entrara en un crisol en la última década del siglo XVIII y surgiera con una nueva forma después de las guerras. Entre 1811 y 1813, la crisis ludista; en 1817 el motín de Pentridge;* en 1819, Peterloo; durante toda la década siguiente, prolife-

3. W. Cooke Taylor, *Notes of a Tour in the Manufacturing Districts of Lancashire*, 1842, pp. 4-6.

* Sublevación que tuvo lugar en junio de 1817. (*N. de la t.*)

ración de la actividad de las *trade unions*, propaganda owenita, periodismo radical, el movimiento por las diez horas, la crisis revolucionaria de 1831-1832; y, además de eso, la multitud de movimientos que constituyeron el cartismo. Quizá sea la escala e intensidad de esa agitación popular multiforme la que, más que cualquier otra cosa, ha dado lugar (tanto entre los observadores contemporáneos, como entre los historiadores) a la sensación de algún cambio catastrófico.

Casi todo fenómeno radical de la década de 1790 se puede encontrar reproducido, diez veces mayor, después de 1815. El puñado de panfletos jacobinos dio lugar a una multitud de publicaciones ultrarradicales y owenitas. Donde Daniel Eaton cumplía prisión por publicar a Paine, Richard Carlile y sus vendedores cumplían un total de más de doscientos años de cárcel por delitos similares. Donde las Sociedades de Correspondencia mantenían una precaria existencia en muchas ciudades, los Clubs Hampden de la posguerra, o las organizaciones políticas echaban raíces en las pequeñas poblaciones industriales. Y cuando toda esa agitación popular se asocia al espectacular ritmo de cambio de la industria del algodón, es natural suponer una relación causal directa. La fábrica de algodoneros aparece no ya como el agente de la Revolución industrial, sino también de la social; produce no sólo las mercancías, sino también el propio «Movimiento Obrero». La Revolución industrial, que empezó como una descripción, se invoca hoy como una explicación.

Desde la época de Arkwright hasta los tumultos de Plug* y más allá, la imagen que domina nuestra reconstrucción visual de la Revolución industrial es la «sombría fábrica Satánica». En parte, quizá, porque es una imagen visual dramática: los edificios parecidos a cuarteles, las grandes chimeneas, los niños trabajando en la fábrica, los chanclos y las pañoletas, las viviendas arracimándose en torno de las fábricas como si éstas las hubieran parido. (Es una imagen que nos obliga a pensar primero en la industria, y sólo en segundo lugar en la gente relacionada con ella o que está a su servicio.) En parte, porque a los contemporáneos les parecía que la fábrica de algodoneros y la nueva ciudad fabril —lo repentino de su crecimiento, la ingeniosidad de sus técnicas y la novedad o severidad de su disciplina— eran espectaculares y portento-

* Los cartistas recogieron 3.315.752 firmas para su segunda petición de 1842. El Parlamento se negó de nuevo a tomarla en consideración. Este mismo año hubo serias huelgas y motines en el norte de Inglaterra y en las áreas industriales. (*N. de la t.*)

sas: un indicador más satisfactorio para el debate sobre el problema de la «condición-de-Inglaterra»* que aquellos *distritos* manufactureros, anónimos y dispersos, que aún más a menudo figuran en los «libros de disturbios» del Ministerio del Interior. Y de ambos se derivó una tradición literaria e histórica. Casi todos los relatos clásicos de los contemporáneos acerca de las condiciones de vida en la Revolución industrial se basan en la industria del algodón; y en su mayoría en el Lancashire: Owen, Gaskell, Ure, Fielden, Cooke, Taylor, Engels, por mencionar a unos pocos. Novelas como *Michael Armstrong* o *Mary Barton* o *Tiempos difíciles*** perpetúan la tradición. Y el mismo énfasis se encuentra, de manera notable, en la literatura posterior de historia económica y social.

Pero quedan muchos puntos oscuros. El algodón fue, desde luego, la industria puntera de la Revolución industrial,[4] y la fábrica de algodón sirvió de modelo básico para el sistema fabril. Sin embargo, no deberíamos dar por sentada cualquier correspondencia automática, o demasiado directa, entre la dinámica del crecimiento económico y la dinámica de la vida social o cultural. Porque medio siglo después del «avance decisivo» de la fábrica de algodón (alrededor de 1780) los trabajadores fabriles seguían siendo una minoría de la fuerza de trabajo adulta en la propia industria del algodón. A principios de la década de 1830, los tejedores manuales del algodón eran todavía, ellos solos, más numerosos que todos los hombres y las mujeres empleados en el hilado y el tejido de las fábricas algodoneras, laneras y sederas reunidas.[5] El hilador adulto no era aún, en 1830, más representativo de aquella figura esquiva, el «obrero medio», de lo que, en la década de 1960, lo es el obrero de la Coventry.***

La cuestión es importante, porque el énfasis exagerado en la novedad de las fábricas de los algodoneros puede conducir a una subestima-

* Se refiere a la larga polémica sobre las condiciones de vida de la población obrera inglesa durante la Revolución industrial. (*N. de la t.*)

** *Michael Armstrong* fue escrita por Throllope, *Mary Barton* por Gaskell y *Tiempos difíciles* es de Dickens. (trad. cast. en Orbis S.A., 1982. *N. de la t.*)

4. Para una admirable exposición de las razones de la primacía de la industria del algodón en la Revolución industrial, véase E. J. Hobsbawm, *The Age of Revolution*, 1962, cap. 2. (Hay trad. cast.: *Las revoluciones burguesas*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1976, 2 vols.)

5. Estimación para el Reino Unido de 1833. Total de la fuerza de trabajo adulta en todas las fábricas textiles; 191.671. Número de tejedores manuales; 213.000. Véase más adelante, p. 433.

*** Téngase en cuenta que el libro se publicó por primera vez en 1963. (*N. de la t.*)

ción de la continuidad de las tradiciones políticas y culturales en la formación de las comunidades obreras. Los trabajadores fabriles, lejos de ser los «primogénitos de la Revolución industrial», eran los recién llegados. Muchas de sus ideas y formas de organización habían sido ya adoptadas por los trabajadores a domicilio, como los cardadores de lana de Norwich y el West Country, o los tejedores de cintas de Manchester. Y es discutible si la mano de obra fabril —excepto en los distritos algodoneros— «formó el núcleo del movimiento obrero» antes de los últimos años de la década de 1840 (y, en algunas ciudades del norte y las Midlands, los años 1832-1834, que conducen a los grandes cierres patronales). Como hemos visto, el jacobinismo echó raíces muy profundas entre los artesanos. El ludismo fue la obra de obreros cualificados en pequeños talleres. Desde 1817 hasta el cartismo, los trabajadores a domicilio, en el norte y las Midlands, jugaron un papel tan destacado como la mano de obra fabril en todas las agitaciones radicales. Y en muchas ciudades, el núcleo real de donde el movimiento obrero extrajo ideas, organización y líderes estaba constituido por zapateros, tejedores, talabarteros y guarnicioneros, libreros, impresores, obreros de la construcción, pequeños comerciantes y otros por el estilo. El vasto mundo del Londres radical, entre 1815 y 1850, no sacó su fuerza de las principales industrias pesadas (la construcción naval tendía a declinar, y los mecánicos no dejarían sentir su influencia hasta más avanzado el siglo), sino de la multitud de oficios y ocupaciones menores.[6]

Esa diversidad de experiencias ha llevado a algunos autores a poner en duda tanto la noción de una «Revolución industrial» como la de una «clase obrera». El primer reparo no requiere que nos detengamos.[7] El término es bastante útil en su connotación habitual. En cuanto al segundo, muchos autores prefieren el término *clases* trabajadoras, que subraya la gran disparidad por lo que hace a posición, adquisiciones, calificaciones y circunstancias, que incluye en su seno aquella híbrida expresión. Y en este sentido se hacen eco de las quejas de Francis Place:

> Si el carácter y la conducta de la gente trabajadora han de deducirse a partir de los estudios, revistas, folletos, diarios, informes de las dos

6. Cf. Hobsbawm, *op. cit.*, cap. 2.

7. Hay un resumen de esta controversia en E. E. Lampard, *Industrial Revolution*, American Historical Association, 1957. Véase también Hobsbawm, *op. cit.*, cap. 2.

> Cámaras del Parlamento y de los Comisionados fabriles, les encontraremos a todos mezclados en los «órdenes inferiores»; los trabajadores más cualificados y los más prudentes con los obreros más ignorantes e imprudentes y los mendigos, aunque la diferencia es muy grande y, en realidad, en muchos casos apenas admitirá comparación.[8]

Por supuesto, Place tiene razón: el marinero de Sunderland, el bracero irlandés, el baratillero judío, el asilado de un pueblo de East Anglia obligado a trabajar en una *workhouse*, el cajista de *The Times*; todos podrían ser considerados por sus «superiores» como pertenecientes a las «clases bajas», aunque ni siquiera pudiesen entenderse en el mismo dialecto.

Sin embargo, cuando se han tomado todas las precauciones oportunas, el hecho destacable del período comprendido entre 1790 y 1830 es la formación de «la clase obrera». Esto se revela, primero, en el desarrollo de la conciencia de clase; la conciencia de una identidad de intereses a la vez entre todos esos grupos diversos de población trabajadora y contra los intereses de otras clases. Y, en segundo lugar, en el desarrollo de las formas correspondientes de organización política y laboral. Hacia 1832, había instituciones obreras —sindicatos, sociedades de socorro mutuo, movimientos educativos y religiosos, organizaciones políticas, publicaciones periódicas— sólidamente arraigadas, tradiciones intelectuales obreras, pautas obreras de comportamiento colectivo y una concepción obrera de la sensibilidad.

La formación de la clase obrera es un hecho de historia política y cultural tanto como económica. No nació por generación espontánea del sistema fabril. Tampoco debemos pensar en una fuerza externa —la «Revolución industrial»— que opera sobre alguna materia prima de la humanidad, indeterminada y uniforme, y la transforma, finalmente, en una «nueva estirpe de seres». Las relaciones de producción cambiantes y las condiciones de trabajo de la Revolución industrial fueron impuestas, no sobre una materia prima, sino sobre el inglés libre por nacimiento; un inglés libre por nacimiento tal y como Paine lo había legado o los metodistas lo habían moldeado. Y el obrero fabril o el calcetero era también el heredero de Bunyan, de derechos locales no olvidados, de nociones de igualdad ante la ley, de tradiciones artesanas. Era el objeto de un adoctrinamiento religioso a gran escala y el crea-

8. Citado por M. D. George, *London Life in The Eighteenth Century*, 1930, p. 210.

dor de tradiciones políticas. La clase obrera se hizo a sí misma tanto como la hicieron otros.

Considerar a la clase obrera de ese modo es defender una visión «clásica» del período frente a la actitud predominante de las escuelas contemporáneas de historia económica y sociología. Porque el territorio de la Revolución industrial, que fue primero acotado y examinado por Marx, Arnold Toynbee, los Webb y los Hammond, hoy parece un campo de batalla académico. La conocida visión «catastrófica» del período ha sido discutida punto por punto. En lugar de contemplar esa etapa al modo habitual, como de desequilibrio económico, intensa miseria y explotación, represión política y agitación popular heroica, hoy se dirige la atención hacia la tasa de crecimiento económico (y las dificultades del «despegue» en la reproducción tecnológica autosostenida). Ahora, el proceso de las *enclosures** importa menos por su rigor en desplazar a los pobres de las aldeas, que por su éxito en alimentar una población que crecía con rapidez. Se considera que los infortunios del período se deben a las convulsiones que trajeron las guerras, a las comunicaciones defectuosas, a la inmadurez bancaria y crediticia, a los mercados inseguros y al ciclo comercial, más que a la explotación o a la competencia salvaje. El malestar popular se ve como resultado de la coincidencia inevitable de los elevados precios del trigo y las depresiones comerciales, y explicable en términos de un cuadro de «tensión social» elemental derivado de esos datos.[9] En general, se sugiere que la situación del obrero industrial en 1840 era, en muchos aspectos, mejor que la del trabajador a domicilio de 1790. La Revolución industrial no sería ya una época de catástrofe o de grave conflicto y opresión de clase, sino de mejora.[10]

La ortodoxia catastrófica clásica ha sido reemplazada por una nueva ortodoxia anticatastrófica, que se distingue de forma muy clara por

* Proceso de aplicación del principio de propiedad absoluta de la tierra, cuya manifestación externa era el cercado de los campos. (*N. de la t.*)

9. Véase W. W. Rostow, *British Economy in the Nineteenth Century,* 1948, especialmente las pp. 122-125.

10. Algunas de las visiones que aquí se han bosquejado se encuentran, de forma implícita o explícita, en T. S. Ashton, *Industrial Revolution,* 1948 (hay una traducción castellana en Fondo de Cultura Económica, México) y A. Radford, *The Economic History of England,* 2.ª edición, 1960. Una variante sociológica es desarrollada por N. J. Smelser, *Social Change in the Industrial Revolution,* 1959, y una confusa popularización se encuentra en John Vaizey, *Success Story,* WEA, sin fecha.

su prudencia empírica y, entre sus exponentes más notables (sir John Clapham, doctora Dorothy George, profesor Ashton), por una crítica adusta de la imprecisión de ciertos autores de la vieja escuela. Los estudios de la nueva ortodoxia han enriquecido la erudición histórica y han modificado y revisado el trabajo de la escuela clásica en aspectos importantes. Pero como hoy en día la nueva ortodoxia está, a su vez, envejeciendo y se encuentra atrincherada en la mayoría de los centros académicos, está expuesta, también, al desafío de la crítica. Y los sucesores de los grandes empiristas manifiestan con demasiada frecuencia una complacencia moral, una estrechez de miras y un conocimiento insuficiente de los movimientos reales de la población obrera de la época. Están más enterados de las posturas empíricas ortodoxas que de los cambios en las relaciones sociales y en las formas culturales que provocó la Revolución industrial. Lo que se ha perdido es un sentido de todo el proceso: el contexto político y social global del período. Lo que surgió como aportaciones valiosas se ha convertido, a través de imperceptibles etapas, en nuevas generalizaciones (que los hechos pocas veces pueden confirmar), y de generalizaciones en actitudes arbitrarias.

La ortodoxia empírica se define a menudo en función de una crítica sistemática de la obra de J. L. y Barbara Hammond. Es cierto que los Hammond eran propensos a moralizar la historia y a organizar en exceso sus materiales desde el punto de vista de la «sensibilidad ofendida».[11] Muchos aspectos de su obra han sido criticados o modificados a la luz de investigaciones posteriores y nosotros pretendemos también señalar otros. Pero una defensa de los Hammond tiene que basarse no sólo en el hecho de que sus volúmenes sobre los trabajadores, con sus copiosas citas y amplia documentación, seguirán siendo una de las fuentes más importantes para estudiar este período, sino también en que a través de su narración nos aproximaron al contexto político en el que tuvo lugar la Revolución industrial. Para un investigador que examina los libros contables de una fábrica de algodón, las guerras napoleónicas sólo aparecen como una influencia anormal que afecta los mercados exteriores y que hace fluctuar la demanda. Los Hammond no habrían olvidado, ni por un momento, que también fue una guerra contra el jacobinismo. «La historia de Inglaterra en la época de la que se ocupan estas páginas aparece como una historia de guerra civil.» Este es el comienzo del capítulo introductorio de *The Skilled Labourer*. Y

11. Véase E. E. Lampard, *op. cit.*, p. 7.

en la conclusión a *The Town Labourer*, entre otros comentarios de mediocre valor, hay una perspicacia que realza con imprevista claridad todo el período:

> En la época en que media Europa estaba embriagada y la otra media aterrorizada por la nueva magia de la palabra ciudadano, la nación inglesa estaba en manos de hombres que contemplaban la idea de la ciudadanía como un desafío a su religión y su civilización; que pretendían convertir deliberadamente las desigualdades de la vida en la base del Estado, y acentuar y perpetuar la posición de los obreros como una clase sometida. De ahí el hecho de que la Revolución francesa haya dividido menos al pueblo francés de lo que la Revolución industrial ha dividido al pueblo de Inglaterra ...

«De ahí el hecho ...» Se puede poner en duda el juicio. Y sin embargo, es en esa intuición —que la revolución que *no* tuvo lugar en Inglaterra fue tan completamente devastadora, y en algunos aspectos más lacerante, que la que tuvo lugar en Francia— donde encontramos una clave para la naturaleza verdaderamente catastrófica del período. En toda esa época hay tres grandes influencias, y no dos, que actúan simultáneamente. Está el tremendo crecimiento demográfico (en Gran Bretaña, de 10,5 millones en 1801 a 18,1 millones en 1841, con el mayor índice de crecimiento entre 1811-1821). Está la Revolución industrial en sus aspectos tecnológicos. Y está la *contra*-revolución política de 1792 a 1832.

Al final, tanto el contexto político como la máquina de vapor tuvieron una influencia determinante sobre la conciencia y las instituciones de la clase obrera que se estaban configurando. Las fuerzas que contribuían a la reforma política a finales del siglo XVIII —Wilkes, los negociantes de la *City*, la pequeña *gentry* de Middlesex, la «muchedumbre»; o Wyvill y la pequeña *gentry* y *yeomen*, los pañeros, los cuchilleros y los artesanos— estuvieron en vísperas de conseguir al menos algunas victorias aisladas en la década de 1790: a Pitt le correspondió el papel de primer ministro reformista. Si los hechos hubieran seguido su curso «natural», hubiera sido lógico esperar algún conflicto, mucho antes de 1832, entre la oligarquía agraria y comercial y los fabricantes y la pequeña *gentry*, con la clase obrera a remolque de la agitación de la clase media. E incluso en 1792, cuando los industriales y los profesionales liberales destacaban en el movimiento de reforma, el equilibrio de fuerzas aún era ése. Pero después del triunfo de *Los de-*

rechos del hombre, la radicalización y el terror de la Revolución francesa, y la arremetida de la represión de Pitt, sólo la plebeya Sociedad de Correspondencia se mantuvo firme contra las guerras contrarrevolucionarias. Y esos grupos plebeyos, a pesar de lo pequeños que eran en 1796, formaron una tradición «subterránea» que actuó hasta el fin de las guerras. La aristocracia y los fabricantes, alarmados por el ejemplo francés y en el fervor patriótico de la guerra, hicieron causa común. El *ancien régime* inglés recobró su vigor, no sólo en los asuntos nacionales, sino también en la perpetuación de las antiguas corporaciones municipales que mal administraban las abultadas poblaciones industriales. Los fabricantes recibieron a cambio importantes concesiones; y señaladamente la derogación o revocación de la legislación «paternalista» que protegía el aprendizaje, la regulación de los salarios o las condiciones de trabajo en la industria. La aristocracia estaba interesada en reprimir las «conspiraciones» jacobinas del pueblo, los fabricantes estaban interesados en frustrar sus «conspiraciones» para aumentar los salarios: las *Combination Acts* servían para ambos propósitos.

De ese modo, los obreros se vieron abocados al *apartheid* político y social durante las guerras (en las que, en parte, también tuvieron que combatir). Es cierto que eso no era completamente nuevo. Lo que era nuevo era que coincidiese con una Revolución francesa; con una conciencia creciente de la propia identidad y unas aspiraciones más amplias (puesto que se había plantado el «árbol de la libertad» desde el Támesis al Tyne); con un aumento demográfico, en el que la pura sensación de cantidad, en Londres y en los distritos industriales, se volvió más impresionante de año en año (y a medida que crecían en cantidad, probablemente disminuía el respeto hacia el patrono, el magistrado o el párroco); y con unas formas de explotación económica más intensas y transparentes. Más intensivas en la agricultura y en las viejas industrias domésticas, más transparentes en las nuevas fábricas y quizá en las minas. En la agricultura, los años comprendidos entre 1760 y 1820 son los años de la generalización de las *enclosures*, durante los cuales se pierden los derechos comunales, pueblo tras pueblo, y al que no tiene tierra y —en el sur— al trabajador empobrecido no le queda más remedio que sustentar a los arrendatarios, los terratenientes y los diezmos de la Iglesia. En las industrias domésticas, desde 1800 en adelante, se consolida la tendencia de que los menestrales dejen paso a los patronos más grandes (ya sean fabricantes o intermediarios) y de que la mayoría de los tejedores, calceteros o los que hacían clavos se convirtie-

sen en trabajadores a domicilio asalariados con un empleo más o menos precario. Estos son los años del empleo de niños (y de mujeres, de forma clandestina) en las fábricas y en muchas áreas mineras; y la empresa a gran escala, el sistema fabril con su nueva disciplina, las comunidades de las fábricas —donde el fabricante no sólo se enriquecía con el trabajo de la «mano de obra», sino que se podía *ver* cómo se enriquecía en una generación—, todo contribuía a la transparencia del proceso de explotación y a la cohesión social y cultural de los explotados.

Podemos ver ahora algo de la naturaleza verdaderamente catastrófica de la Revolución industrial, así como algunas de las razones por las cuales en esos años se conformó la clase obrera inglesa. El pueblo estaba sometido, a la vez, a una intensificación de dos tipos de relaciones intolerables: las de explotación económica y las de opresión política. Las relaciones entre patrón y obrero se volvían más estrictas y menos personales; y aunque es cierto que eso aumentaba la libertad potencial del trabajador, puesto que el jornalero agrícola o el oficial en la industria doméstica estaba (en palabras de Toynbee) «situado a medio camino entre la condición del siervo y la condición del ciudadano», esa «libertad» hacía que percibiese más su *no* libertad. Pero en cada uno de los aspectos que buscase para resistir la explotación, se enfrentaba con las fuerzas del patrono o del Estado, y normalmente con las dos.

La mayor parte de los trabajadores sintió la crucial experiencia de la Revolución industrial en términos de cambio en la naturaleza y la intensidad de la explotación. Esta no es una idea anacrónica extraída abusivamente de la documentación. Podemos describir algunas partes del proceso de explotación tal como las veía un notable operario de la industria del algodón en 1818, el año en que nació Marx. El relato —una declaración dirigida al público de Manchester, que estaba al borde de la huelga, firmada por «Un Oficial Hilandero de Algodón»— comienza describiendo a los patronos y a los obreros como «dos clases distintas de personas»:

> En primer lugar, pues, por lo que se refiere a los patronos: con muy pocas excepciones, son un grupo de hombres que han surgido del negocio del algodón sin educación ni preparación, excepto la que hayan podido adquirir, gracias a su relación con el pequeño mundo de comerciantes en la lonja de Manchester; pero para contrarrestar ese defecto, dan unas apariencias, gracias a un ostentoso despliegue de mansiones elegantes, ajuares, libreas, parques, caballos, perros de caza, etc., que se cuidan de exhibir ante el comerciante extranjero de la forma más fas-

tuosa. Por supuesto, sus casas son elegantes palacios que superan con mucho, en volumen y extensión, las residencias refinadas y fascinantes que se pueden ver en los alrededores de Londres ... pero el observador puro de las bellezas de la naturaleza y el arte combinados advertirá en ellas una deplorable falta de gusto. Educan a sus familias en las escuelas más caras, decididos a dar a su descendencia una doble ración de lo que a ellos les falta. Así, sin que apenas haya en sus cabezas una segunda intención, son materialmente pequeños monarcas, absolutos y despóticos en sus distritos particulares; y para que todo eso se mantenga, ocupan todo su tiempo en maquinar cómo obtener la mayor cantidad de trabajo a cambio del menor gasto. ... En resumen, me atreveré a decir, sin miedo a la contradicción, que se observa una mayor distancia entre el amo y el hilandero aquí, de la que hay entre el mayor comerciante de Londres y su último criado o el más humilde artesano. Desde luego no se puede comparar. Sé que es un hecho que la mayor parte de los patronos de hilanderos desean mantener bajos los salarios con el propósito de mantener a los hilanderos indigentes y sin ánimos ... así como con el propósito de llevarse el beneficio a sus bolsillos.

Los patronos de hilanderos son una clase de hombres distinta de todos los demás maestros artesanos del reino. Son ignorantes, orgullosos y tiránicos. ¿Cómo deben ser los hombres, o mejor dicho los seres, que son los instrumentos de tales amos? Porque, durante años y años, han sido, con sus esposas y sus hijos, la paciencia personificada, esclavos y esclavas para sus crueles amos. Es inútil ofender nuestro sentido común con la observación de que aquellos hombres son libres; de que la ley protege por un igual a los ricos y a los pobres, y que un hilandero puede abandonar a su amo si no le gustan los salarios que paga. Es cierto, puede, pero ¿dónde debe ir?; por supuesto, a otro amo. De acuerdo, va; le preguntan dónde trabajó antes, «¿te despidieron?» No, no nos poníamos de acuerdo acerca de los salarios. Bueno, no puedo darte empleo a ti ni a nadie que deje a su amo por este motivo. ¿Por qué ocurre esto? Porque existe un abominable *pacto vigente entre los amos*, que se estableció por primera vez en Stockport, en 1802, y desde entonces se ha generalizado tanto, que abarca a todos los grandes amos en una área de muchas millas alrededor de Manchester, aunque no a los pequeños patronos: éstos están excluidos. En opinión de los grandes, son los seres más detestables que se puedan imaginar ... Cuando se estableció el pacto, uno de sus primeros artículos fue que ningún amo debía emplear a un hombre hasta que hubiese averiguado si su último patrono le había despedido. ¿Qué debe hacer entonces el hombre? Si va a la parroquia, que es la tumba de toda independencia, le dicen: No podemos ayudarte, si riñes con tu amo te mandaremos a prisión, y no vamos a mantener a tu familia; de modo que el hombre se ve obligado, debido

a una combinación de circunstancias, a someterse a su amo. No puede viajar y encontrar trabajo en cualquier ciudad como zapatero, ensamblador o sastre, está confinado en el distrito.

En general, los obreros son un grupo inofensivo de hombres instruidos y sin pretensiones, aunque es casi un misterio para mí el cómo adquieren esa instrucción. Son dóciles y tratables, si no se les irrita demasiado; pero esto no es sorprendente, si tenemos en cuenta que están acostumbrados a trabajar, a partir de los 6 años, desde las cinco de la mañana hasta las ocho y las nueve de la noche. Dejad que uno de los defensores de la obediencia al amo se aposte en la avenida que conduce a una fábrica, un poco antes de las cinco de la mañana, y que observe el aspecto miserable de los pequeñuelos y de sus padres, arrancados de sus camas a una hora tan temprana y en todo tipo de tiempo; dejadle que examine la miserable ración de comida, compuesta básicamente de gachas y torta de avena troceada, un poco de sal, y a veces coloreado con un poco de leche, junto con unas pocas patatas y un trocito de tocino o manteca para comer; ¿comería esto un trabajador manual de Londres? En la fábrica están encerrados hasta la noche (si llegan algunos minutos tarde, se les descuenta una cuarta parte del salario) en estancias con una temperatura más elevada que la de los días más calurosos de este verano, y no se les deja tiempo, excepto tres cuartos de hora para comer, en todo el día: cualquier otra cosa que coman en otro momento la deben ingerir mientras trabajan. El esclavo negro que trabaja en las Indias Occidentales, cuando trabaja bajo un sol abrasador, tiene probablemente una pequeña brisa, de vez en cuando, para airearse; tiene un trozo de tierra y un tiempo permitido para cultivarlo. El esclavo hilandero inglés no disfruta de un espacio abierto ni de las brisas del cielo. Encerrado en fábricas de ocho pisos de altura, no tiene descanso hasta que el pesado motor se detiene, y entonces se va a su casa a recuperarse para el día siguiente; no hay tiempo para mantener una agradable relación con su familia; todos están igual de fatigados y agotados. No se trata de una imagen exagerada, es literalmente cierto. Yo pregunto de nuevo, ¿se someterían a esto los trabajadores manuales del sur de Inglaterra?

Cuando la hilatura del algodón estaba en sus inicios, y antes de que se utilizaran esas terribles máquinas, llamadas máquinas de vapor, destinadas a suplir la necesidad de trabajo humano, había gran número de lo que luego se llamaron *pequeños patronos*; hombres que con un pequeño capital se podían procurar unas pocas máquinas y emplear a unos pocos trabajadores, hombres y muchachos (es decir, de 20 a 30 años), el producto de cuyo trabajo se llevaba todo al mercado central de Manchester y se ponía en manos de los agentes de negocios ... Los agentes lo vendían a los comerciantes, gracias a los cuales el patrono de hilan-

deros podía seguir trabajando en su casa y ocuparse de sus trabajadores. En aquellos días, el algodón en rama siempre se distribuía en pacas a las esposas de los hilanderos en casa, donde lo calentaban y lo limpiaban a punto para los hilanderos de la fábrica. Con ello podían ganar 8, 10 o 12 chelines a la semana, y cocinar y atender a sus familias. Pero ahora nadie tiene ese trabajo, porque todo el algodón se desmenuza con una máquina, accionada por la máquina de vapor, que se llama diablo; de modo que las esposas de los hilanderos no tienen trabajo, a no ser que vayan a trabajar todo el día en la fábrica en lo que pueden realizar niños a cambio de unos pocos chelines, 4 o 5 por semana. En aquel momento, si un hombre no se ponía de acuerdo con su amo, le dejaba y podía emplearse en cualquier otro sitio. Sin embargo, hace pocos años cambió el cariz de las cosas. Se empezaron a utilizar las máquinas de vapor, y se requería un gran capital para comprarlas y para construir edificios suficientemente grandes para que cupiesen aquéllas y 600 o 700 trabajadores. La máquina producía artículos más vendibles (aunque no mejores) que los que podía hacer el pequeño patrón por el mismo precio. El resultado fue su ruina en poco tiempo; y los prósperos capitalistas triunfaron con su caída, puesto que aquéllos eran el único obstáculo que quedaba entre ellos y el absoluto control de los obreros.

Luego surgieron diversas disputas entre los obreros y los patronos con respecto a la pulcritud del trabajo, puesto que los obreros cobraban de acuerdo con el número de madejas o yardas de hebra que producían a partir de una cantidad de algodón dada, que siempre debía ser verificada por el supervisor, cuyo interés le obligaba a inclinarse en favor del patrono y a considerar el material como más burdo de lo que era. Si el obrero no se sometía *debía emplazar a su patrón ante un magistrado*; el conjunto de magistrados en activo de aquel distrito, con la excepción de dos honestos clérigos, eran caballeros cuyo origen era el mismo que el de los patronos de hilanderos del algodón. El patrono, en general, se contentaba con enviar a su supervisor para que respondiese a cualquiera de esos requerimientos, considerando que situarse frente a frente con su sirviente era rebajarse. La decisión del magistrado era, por lo general, favorable al patrono, aunque sólo se basaba en la declaración del supervisor. El obrero no se atrevía a apelar a los tribunales a causa del gasto ...

Estos males que se infligen a los hombres han surgido de aquel terrible monopolio que existe en aquellos distritos, en donde la riqueza y el poder están en manos de unos pocos, que, con la arrogancia en sus corazones, se creen los señores del universo.[12]

12. *Black Dwarf* (30 de septiembre de 1818).

Esta lectura de los hechos, en su lógica notable, es una manifestación *ex parte* tanto como lo es la «economía política» de lord Brougham. Pero el «Oficial Hilandero de Algodón» describía hechos de una clase diferente. No es necesario que nos preocupemos por la solidez de todas sus afirmaciones. Lo que hace esta declaración es especificar, una detrás de otra, las injusticias que los obreros sentían como cambios en el carácter de la explotación capitalista: la ascensión de una clase de patronos que no tenía autoridad tradicional ni obligaciones; la creciente distancia entre el patrono y el hombre; la transparencia de la explotación en el origen de su nueva riqueza y poder; el empeoramiento de la condición del trabajador y sobre todo su pérdida de independencia, su reducción a la dependencia total con respecto a los instrumentos de producción del patrono; la parcialidad de la ley; la descomposición de la economía familiar tradicional; la disciplina, la monotonía, las horas y las condiciones de trabajo; la pérdida de tiempo libre y de distracciones; la reducción del hombre a la categoría de un «instrumento».

El hecho de que los obreros sintiesen esas injusticias de alguna manera —y que las sintiesen de forma apasionada— es suficiente en sí mismo para merecer nuestra atención. Y nos recuerda, a la fuerza, que algunos de los conflictos más ásperos de aquellos años versaron sobre temas que no están englobados por las series del coste-de-la-vida. Los temas que provocaron la mayor intensidad de sentimiento fueron aquellos en los que estaban en litigio valores como las costumbres tradicionales, «justicia», «independencia», seguridad o economía familiar, más que los simples temas de «pan-y-mantequilla». Los primeros años de la década de 1830 están encendidos por agitaciones que versaban sobre temas en los que los salarios tenían una importancia secundaria: los alfareros contra el *Truck System*;* los trabajadores de la industria textil en favor del proyecto de ley de las diez horas; los obreros de la construcción, en favor de la acción directa cooperativa; todos los trabajadores en favor del derecho a afiliarse a las *trade unions*. La gran huelga de la cuenca minera del noreste, en 1831, se hizo por la seguridad de empleo, los «*tommy shops*»** y el trabajo de los niños.

La relación de explotación es más que la suma de injusticias y an-

* Sistema de pago de salarios en vales intercambiables por productos, en lugar de dinero. (*N. de la t.*)

** Almacenes en los que pueden cambiarse los vales que obtienen los trabajadores, en lugar de dinero, por productos. (*N. de la t.*)

tagonismos mutuos. Es una relación que puede verse que adopta formas distintas en contextos históricos diferentes, formas que están en relación con las formas correspondientes de propiedad y poder del Estado. La relación de explotación clásica de la Revolución industrial es despersonalizada, en el sentido de que no se admiten obligaciones durables de reciprocidad: de paternalismo o deferencia, o de intereses del «Oficio». No hay indicios del precio «justo», o de un salario justificado en relación a las sanciones sociales o morales, como algo opuesto a la actuación de las fuerzas del libre mercado. El antagonismo se acepta como intrínseco a las relaciones de producción. Las funciones de dirección o supervisión exigen la represión de todos los atributos excepto aquellos que promueven la expropiación del máximo valor excedente del trabajo. Esta es la economía política que Marx analizaba minuciosamente en *El capital*. El trabajador se ha convertido en un «instrumento», o una entrada entre las demás partidas del coste.

De hecho, ninguna empresa industrial compleja se podría dirigir con esa filosofía. La necesidad de paz industrial, de una fuerza de trabajo estable y de un cuerpo de trabajadores cualificados y con experiencia exigía la modificación de las técnicas de dirección —y, por supuesto, el desarrollo de nuevas formas de paternalismo— en las fábricas de los algodoneros hacia la década de 1830. Pero en las industrias que tenían un exceso de trabajo externo, donde siempre había una cantidad suficiente de «mano de obra» desorganizada que competía por el empleo, esas consideraciones no afectaban. Ahí, dado que las viejas costumbres se habían erosionado y se había desechado el viejo paternalismo, la relación de explotación surgía omnipotente.

Eso no significa que podamos echar la «culpa» de cada una de las penurias de la Revolución industrial a «los patronos» o al *laissez faire*. El proceso de industrialización debe acarrear sufrimiento, en cualquier contexto social que podamos concebir, y la destrucción de las formas de vida más antiguas y apreciadas. Muchas investigaciones recientes han arrojado luz sobre las dificultades particulares de la experiencia británica: los riesgos de los mercados, las múltiples consecuencias comerciales y financieras de las guerras, la deflación de la posguerra, los movimientos en la relación real de intercambio, y las presiones resultantes de la «explosión» demográfica. Además, las preocupaciones del siglo XX nos han hecho tener conciencia de la magnitud de los problemas del crecimiento económico. Se puede argüir que Gran Bretaña, en la Revolución industrial, se tropezó con los proble-

mas del «despegue»: la fuerte inversión a largo plazo —canales, fábricas, vías férreas, fundiciones, minas, infraestructura— se hizo a costa del consumo cotidiano; las generaciones de trabajadores situadas entre 1790 y 1840 sacrificaron al futuro parte de, o todas, sus perspectivas de aumento del consumo.[13]

Todos estos argumentos merecen una atención cuidadosa. Por ejemplo, los estudios de la fluctuación de la demanda del mercado sudamericano, o la crisis bancaria en el país, nos pueden decir mucho acerca de las razones del crecimiento o retraso de industrias determinadas. La crítica que se hace a la ortodoxia académica predominante no se dirige a los estudios empíricos *per se*, sino a la fragmentación de nuestra comprensión del proceso histórico completo. En primer lugar, el empirista separa determinados hechos de este proceso y los examina de forma aislada. Como se dan por sentadas las condiciones que dan lugar a los hechos, éstos aparecen no sólo como explicables en sus propios términos, sino como inevitables. Las guerras se debían pagar con una fuerte imposición fiscal; aceleraron el crecimiento de ese modo y lo retrasaron en aquel otro. Dado que esto se puede demostrar, también quería decir que *necesariamente* fue así. Pero miles de ciudadanos ingleses de la época estaban de acuerdo con la condena que Thomas Bewick hacía de «esta guerra extremadamente malvada».[14] El peso desigual de los impuestos, los inversores en deuda pública que sacaban beneficios de la deuda nacional, el papel moneda, no eran aceptados por muchos contemporáneos como datos dados, sino que eran el punto central de una agitación radical intensiva.

Pero hay un segundo nivel en el que el empirista puede volver a juntar de nuevo todos esos estudios fragmentarios, construyendo un modelo del proceso histórico compuesto de una multiplicidad de elementos inevitables entrelazados, una sucesión fragmentaria. Cuando examinamos las facilidades de crédito o la relación real de intercambio, en las que cada hecho es explicable y además aparece como una causa, suficiente en sí misma, de otros hechos, llegamos a un determinismo *post facto*. Se pierde la dimensión de la intervención humana, y se olvida el contexto de las relaciones de clase.

Es absolutamente cierto que existía aquello que señala el empirista. Las Órdenes Reales llevaron, en 1811, a ciertos oficios a la casi pa-

13. Véase S. Pollard, «Investment, Consumption, and the Industrial Revolution», *Econ. Hist. Review*, 2ª serie, XI (1958), pp. 215-226.

14. T. Bewick, *Memoir*, edición de 1961, p. 151.

ralización; los precios crecientes de la madera, después de las guerras, aumentaron excesivamente los costes de la construcción; un cambio pasajero en la moda (encaje en vez de cinta) podía silenciar los telares de Coventry; el telar mecánico competía con el telar manual. Pero incluso estos hechos evidentes, con sus limpias credenciales, merecen ser cuestionados. ¿Consejo de quién, y por qué las Órdenes? ¿Quién sacaría más beneficio del acaparamiento con la escasez de madera? ¿Por qué deberían permanecer ociosos los telares, si decenas de miles de muchachas del país suspiraban por las cintas, pero no se podían permitir comprarlas? ¿Por medio de qué alquimia social se convertían los inventos para ahorrar trabajo en máquinas de empobrecimiento? El hecho en sí —una mala cosecha— parece estar más allá de la elección humana. Pero la forma en que aquel hecho se desarrollaba tenía que ver con las condiciones de un complejo particular de relaciones humanas: ley, propiedad, poder. Cuando nos tropezamos con alguna frase sonora como ésta: «el intenso flujo y reflujo del ciclo del comercio», debemos ponernos en guardia. Porque detrás de este ciclo del comercio hay una estructura de relaciones sociales, que fomenta algunas clases de expropiación (renta, interés y beneficio) y proscribe otras (el robo, derechos feudales), que legitima algunos tipos de conflicto (la competencia, la guerra armada) e inhibe otros (el tradeunionismo, los motines de subsistencia, las organizaciones políticas populares); una estructura que, a los ojos del futuro, puede parecer a la vez bárbara y efímera.

Plantear esas amplias preguntas podría ser innecesario, puesto que el historiador no puede estar cuestionando siempre las credenciales de la sociedad que estudia. Pero, de hecho, todas esas preguntas fueron planteadas por los contemporáneos; no sólo por hombres de las clases más elevadas (Shelley, Cobbett, Owen, Peacock, Thompson, Hodgskin, Carlyle), sino por miles de obreros organizados. Sus portavoces pusieron en cuestión no sólo las instituciones políticas, sino la estructura social y económica del capitalismo industrial. Opusieron sus propios hechos y sus propios cálculos a los hechos que presentaba la economía política ortodoxa. Así, en fecha tan temprana como 1817, los tejedores de punto de Leicester propusieron, en una serie de resoluciones, una teoría del subconsumo de las crisis capitalistas:

> Que el consumo de nuestros fabricantes se debe reducir en la misma proporción en que la Reducción de los Salarios hace a la gran Mayoría del Pueblo pobre y desgraciado.

> Que si, en general, se dieran salarios abundantes a los Trabajadores Manuales de todo el País, el Consumo Interior de nuestras manufacturas sería, de inmediato, más del doble, y en consecuencia todo trabajador encontraría empleo pronto.
>
> Que Reducir el Salario del Trabajador Manual en este País a un nivel tan bajo que no puede vivir de su trabajo, para vender Manufacturas Extranjeras a un precio inferior en un Mercado Extranjero, es ganar un cliente fuera y perder dos en el país ...[15]

Si los que tienen empleo trabajaran menos horas, y si se restringiera el trabajo de los niños, habría más trabajo para los trabajadores manuales y los desempleados podrían trabajar por su cuenta y cambiar los productos de su trabajo de forma directa, substrayéndose a los caprichos del mercado capitalista; las mercancías serían más baratas y el trabajo estaría mejor remunerado. Oponían, a la retórica del libre mercado, el lenguaje del «nuevo orden moral». El hecho de que el historiador sienta, todavía hoy, la necesidad de tomar partido se debe a que, entre 1815 y 1850, se enfrentaban puntos de vista alternativos e irreconciliables respecto del orden humano.

Apenas es posible escribir la historia de la agitación popular durante esos años, a no ser que hagamos al menos el esfuerzo imaginativo de entender cómo interpretaba la realidad un hombre como el «Oficial Hilandero de Algodón». Él hablaba de los «patronos», no como un agregado de individuos, sino como una clase. Como clase, «ellos» le denegaban sus derechos políticos. Si había una recesión comercial, «ellos» recortaban sus salarios. Si el comercio mejoraba, tenía que luchar contra «ellos» y su Estado para obtener cualquier porción de la mejora. Si la comida era abundante, «ellos» sacaban beneficio. Si era escasa, algunos de «ellos» sacaban más beneficio. «Ellos» conspiraban, no sobre este o aquel hecho aislado, sino sobre la relación esencial de explotación, dentro de la cual todos los hechos tenían validez. Verdaderamente había fluctuaciones de mercado, malas cosechas y todo lo demás; pero mientras que la experiencia de la explotación intensificada era constante, las causas de las penurias eran variables. Éstas afectaban a la población obrera, no de forma directa, sino a través de la refracción de un sistema particular de propiedad y poder que distribuía las ganancias y las pérdidas con una gran parcialidad.

15. H.O. 42.160. Véase también Hammond, *The Town Labourer*, p. 303, y los datos de Oastler sobre los tejedores manuales más adelante, pp. 326-327.

Estas consideraciones más amplias han estado recubiertas, durante algunos años, por el ejercicio académico conocido como la «controversia acerca del nivel de vida» (por la cual los estudiantes pasan y vuelven a pasar). ¿Aumentó o disminuyó el nivel de vida del grueso de la población entre 1780 y 1830, o entre 1800 y 1850?[16] Para entender el significado de la discusión, debemos repasar brevemente su desarrollo.

El debate sobre valores es tan viejo como la Revolución industrial. La controversia acerca del nivel de vida es más reciente. La *confusión* ideológica es todavía más reciente. Podemos empezar por uno de los puntos más lúcidos de la controversia. Sir John Clapham escribió en su prefacio a la primera edición de su *Economic History of Modern Britain*, en 1926:

> La leyenda de que todo empeoró para el obrero, a partir de una fecha no especificada que se sitúa entre la preparación de la Carta del Pueblo y la Gran Exposición [1837 y 1851: E.P.T.], tarda en morir. El hecho de que, después de la caída de los precios de 1820-1821, el poder adquisitivo de los salarios en general —por supuesto, no de todos los salarios— fuera claramente mayor de lo que había sido antes de las guerras revolucionarias y Napoleónicas, encaja tan mal con la tradición que pocas veces se menciona; los historiadores sociales ignoran constantemente el trabajo de los estadísticos acerca de los salarios y los precios.

J. L. Hammond dio, en la *Economic History Review* (1930), una respuesta de dos tipos: en primer lugar, criticó las estadísticas de ingresos agrícolas que utilizaba Clapham. Éstas se basaban en la suma de los promedios del país, y luego su división por el número de condados, para llegar a un promedio nacional; como sea que la población con bajo nivel de salarios de los condados del sur era más numerosa que la de los condados con altos niveles salariales (en los que los ingresos de la agricultura se hinchaban por la proximidad de la industria), Hammond pudo demostrar que el «promedio nacional» ocultaba el hecho de que el 60 por 100 de la población trabajadora se encontraba en condados donde los salarios estaban por debajo de la cifra «promedio». La segunda parte de su respuesta consistió en una desviación hacia las discusiones de valor (felicidad) en su forma más nubosa e insatisfactoria. Clap-

16. La inutilidad de una parte de esta discusión se demuestra por el hecho de que tomando distintos grupos de datos puede llegarse a diferentes respuestas. Los del período 1780-1830 favorecen la visión de los «pesimistas»; los de 1800-1850 favorecen la de los «optimistas».

ham aceptó la primera parte de esta respuesta, en el prefacio a la segunda edición de su libro (1930); refutó la segunda parte con una seca prudencia («un rodeo en palabras», «asuntos más importantes») pero, sin embargo, reconoció: «Estoy profundamente de acuerdo ... en que las estadísticas sobre bienestar material nunca pueden medir la felicidad de la población.» Además, afirmaba que cuando había criticado el punto de vista de que «todo empeoró», «no quería decir que todo mejorase. Sólo quería decir que los historiadores actuales han subrayado demasiado a menudo ... los empeoramientos y omitido o ignorado las mejoras». Los Hammond, por su parte, en una posterior revisión de *The Bleak Age*, edición de 1947, hicieron las paces: «Los estadísticos nos dicen que ... están convencidos de que los salarios aumentaron y de que la mayoría de los hombres y mujeres eran menos pobres cuando ese descontento era ruidoso y activo, que cuando el siglo XVIII empezaba a envejecer en un silencio como el del otoño. Los datos, por supuesto, son insuficientes y su significado no es muy sencillo, pero esta visión general es más o menos correcta.» La explicación al descontento «se debe buscar fuera de la esfera de las condiciones estrictamente económicas».

Hasta aquí, bien. *Los historiadores sociales del período, más fecundos* —pero menos consistentes—, se han tropezado con la severa crítica de un notable empirista; y finalmente ambas partes han cedido terreno. Y a pesar del acaloramiento que más tarde se ha generado, la divergencia real entre las firmes conclusiones económicas de los protagonistas es insignificante. En la actualidad, si bien ningún investigador serio está dispuesto a sostener que todo iba peor, tampoco ninguno que lo sea sostendrá que todo iba mejor. Tanto el doctor Hobsbawm (un «pesimista») como el profesor Ashton (un «optimista») coinciden en que los salarios reales disminuyeron durante las guerras napoleónicas y sus consecuencias inmediatas. El doctor Hobsbawm no afirma que haya con seguridad un aumento notable del nivel de vida hasta mediados de la década de 1840; mientras que el profesor Ashton observa un clima económico «más benigno» después de 1821, un «acusado movimiento hacia arriba sólo interrumpido por los retrocesos de 1825-1826 y 1831»; y en vista de las crecientes importaciones de té, café, azúcar, etc., «es difícil creer que los obreros no participaron de la ganancia». Por otra parte, su propia lista de precios de los distritos de Oldham y Manchester muestra que «en 1831 la dieta normal de los pobres apenas podía costar mucho menos que en 1791», aunque no ofrece ningu-

na tabla de salarios correspondiente. Su conclusión consiste en sugerir la existencia de dos grupos principales dentro de la clase obrera: «una amplia clase situada muy por encima del nivel de la mera subsistencia» y «masas de trabajadores no cualificados o poco cualificados —obreros agrícolas empleados de manera estacional y tejedores manuales, en particular— cuyos ingresos quedaban casi por completo absorbidos con el pago de las escuetas necesidades de subsistencia». «Mi *suposición* sería que el número de los que podían compartir los beneficios del progreso económico era mayor que el número de los que estaban excluidos de esos beneficios y que aquél crecía constantemente.» [17]

De hecho, por lo que se refiere al período 1790-1830, hay muy pocas mejoras. La situación de la mayoría era mala en 1790, y siguió siendo mala en 1830 (y 40 años son mucho tiempo), pero existe algún desacuerdo en cuanto al tamaño de los grupos relativos dentro de la clase obrera. Y en la década siguiente el asunto no está mucho más claro. Sin duda, los salarios reales aumentaron entre los obreros organizados, durante el estallido de actividad de las *trade unions*, entre 1832 y 1834; pero el período de buenos negocios, entre 1833 y 1837, estuvo acompañado por la destrucción de las *trade unions* mediante los esfuerzos conjugados del gobierno, los magistrados y los patronos; mientras que los años 1837-1842 son de depresión. De modo que, ciertamente, en «alguna fecha no especificada que se sitúa entre la preparación de la Carta del Pueblo y la Gran Exposición» la marcha de los acontecimientos empieza a cambiar; digamos, con el *boom* del ferrocarril en 1843. Por otra parte, incluso a mediados de la década de los cuarenta la situación de grupos muy grandes de obreros continúa siendo desesperada, en tanto que la quiebra del ferrocarril condujo a los años de depresión de 1847-1848. Esto no se parece mucho a la «historia de un triunfo»; durante medio siglo del más pleno desarrollo del industrialismo, el nivel de vida todavía se mantenía —para grupos muy grandes aunque indeterminados de población— en el límite de subsistencia.

Sin embargo, esta no es la impresión que se da en muchas obras contemporáneas. Ya que, del mismo modo que una generación anterior

17. La cursiva es mía. T. S. Ashton, «The Standard of Life of the Workers in England, 1790-1830», en *Capitalism and the Historians*, compilado por F. A. Hayek, pp. 127 y siguientes; E. J. Hobsbawm, «The British Standard of Living, 1790-1850», *Economic History Review*, X (agosto 1957). (De este último hay trad. cast.: «El nivel de vida en Gran Bretaña entre 1790 y 1850», en *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Crítica, Barcelona, 1979, pp. 84-121.)

de historiadores, que también eran reformadores sociales (Thorold Rogers, Arnold Toynbee, los Hammond), dejaban que su solidaridad con los pobres les condujera en ocasiones a una confusión de la historia con la ideología, hoy encontramos que la solidaridad de algunos historiadores de la economía hacia el patrón capitalista les ha conducido a una confusión de la historia con las disculpas.[18] El punto de transición estuvo marcado por la publicación, en 1954, de un simposio sobre *Capitalism and the Historians*, compilado por el profesor F. A. Hayek, que era el trabajo de un grupo de especialistas «que durante algunos años se han venido reuniendo con regularidad para tratar los problemas de la salvaguardia de una sociedad libre contra la amenaza totalitaria». Puesto que este grupo de especialistas internacionales consideraba que «una sociedad libre» era, por definición, una sociedad capitalista, los resultados de una mezcla tal de teoría económica y argumentos especiosos fueron deplorables; y no lo fueron menos en la obra de uno de los colaboradores, el profesor Ashton, cuyos prudentes descubrimientos de 1949 se han trasmutado ahora —sin nuevos datos— en la categórica afirmación de que «en general, hoy día se reconoce que, para la mayoría, el aumento de los salarios reales fue substancial».[19] En este punto *la controversia degeneró en una confusión*. Y a pesar de los intentos más recientes de rescatarla para la investigación,[20] la controversia sigue existiendo desde muchos puntos de vista como una confusión de aseveraciones y argumentos especiosos.

La controversia se divide en dos partes. En primer lugar, está la auténtica dificultad de construir series de salarios, de precios e índices estadísticos a partir de los abundantes pero desiguales datos. Cuando

18. Para que el lector no juzgue con demasiada severidad al historiador, podemos recordar la explicación de sir John Clapham respecto de la forma en que el principio selectivo puede organizar la información. «Es muy fácil hacerlo de manera involuntaria. Hace 30 años leí y subrayé el libro de Arthur Young *Travels in France*, e impartí mis clases a partir de los párrafos señalados. Hace 5 años volví a leerlo, y descubrí que siempre que Young hablaba de un francés desgraciado, yo lo había subrayado, pero que muchas de sus referencias a los franceses felices o prósperos las había dejado sin señalar.» Tengo la sospecha de que durante 10 o 15 años, la mayor parte de historiadores de la economía se han dedicado a subrayar la información próspera y feliz del texto.

19. T. S. Ashton, «The Treatment of Capitalism by Historians», en *Capitalism and the Historians*, p. 41. El ensayo del profesor Ashton sobre «The Standard of Life of the Workers in England», que está reimpreso en este volumen, apareció originariamente en el *Journal of Economic History* (1949).

20. La valoración más constructiva de la controversia se encuentra en A. J. Taylor, «Progress and Poverty in Britain, 1780-1850», *History* (febrero, 1960).

tratemos de los artesanos examinaremos algunas de las dificultades que existen al interpretar los datos. Pero en este punto empieza una serie adicional de dificultades, puesto que el término «nivel» nos conduce desde los datos susceptibles de medición estadística (salarios o artículos de consumo) hacia aquellas satisfacciones de las necesidades que los estadísticos describen a veces como «imponderables». De la alimentación pasamos a las viviendas, de las viviendas a la salud, de la salud a la vida familiar, y de aquí al ocio, a la disciplina del trabajo, la educación y el juego, la intensidad del trabajo, etc. De un estándar de vida pasamos a un modo de vida. Pero las dos cosas no son lo mismo. La primera es una medición de cantidades, la segunda una descripción (y a veces una valoración) de calidades. Mientras que los datos estadísticos son apropiados para la primera, en cuanto a la segunda debemos apoyarnos ampliamente en los «testimonios literarios». Sacar conclusiones para una de ellas en base a los datos apropiados sólo para la otra da lugar a un importante foco de confusión. A veces parece que los estadísticos sostuvieran lo siguiente: «los índices revelan un aumento del consumo *per cápita* de té, azúcar, carne y jabón, *por consiguiente* la clase obrera era más feliz», mientras que los historiadores sociales respondían: «las fuentes literarias demuestran que el pueblo no era feliz, *por consiguiente* su nivel de vida debió empeorar».

Esto es una simplificación. Pero se deben establecer argumentos sencillos. Es perfectamente posible que los promedios estadísticos y las experiencias humanas vayan en direcciones opuestas. Pueden tener lugar al mismo tiempo un aumento *per cápita* de factores cuantitativos y un gran trastorno cualitativo en la forma de vida, las relaciones tradicionales y las legitimaciones de la población. La población puede consumir más bienes y a la vez ser menos feliz y menos libre. Junto con los obreros agrícolas, el grupo uniforme de población trabajadora más numeroso, durante todo el período de la Revolución industrial, era el de los criados. Muchos de ellos eran criados domésticos que vivían con la familia que los había empleado, compartían estrechas habitaciones y trabajaban excesivas horas a cambio de unos pocos chelines. Sin embargo, los podemos catalogar, con seguridad, entre los grupos más favorecidos, cuyos niveles de vida (o de consumo de alimento y vestido) por término medio mejoraron un poco durante la Revolución industrial. Pero el tejedor manual y su esposa, en el límite de la miseria, seguían considerando que su posición social era superior que la de un «lacayo». O de nuevo, podríamos citar aquellos oficios, como la minería del car-

bón, en los que los salarios reales mejoraron entre 1790 y 1840, pero lo hicieron a costa de más horas y mayor intensidad de trabajo, de modo que la persona que mantenía a la familia estaba «acabada» antes de los 40 años. En términos estadísticos esta realidad revela una curva ascendente. Para las familias implicadas podía significar la depauperización.

Así, es perfectamente posible sostener dos proposiciones que, vistas por encima, parecen ser contradictorias. A lo largo del período 1790-1840, hubo una pequeña mejora en la media del nivel de vida material. A lo largo del mismo período hubo una explotación intensificada, una mayor inseguridad y una miseria humana creciente. Hacia 1840, la mayor parte de la población estaba «más acomodada» de lo que lo habían estado sus predecesores 50 años antes, pero había sufrido y seguía sufriendo esa pequeña mejora como una experiencia catastrófica. Con el fin de explorar esta experiencia, en base a la cual surgió la expresión política y cultural de la conciencia de la clase obrera, debemos hacer lo siguiente: primero, estudiar la experiencia vital cambiante de tres grupos de trabajadores: los trabajadores rurales, los artesanos urbanos y los tejedores manuales;[21] segundo, hablar de algunos de los elementos menos «ponderables» del nivel de vida de la población; tercero, examinar las coacciones más íntimas que provocó la forma de vida industrial y la relación que el metodismo tiene con ellas. Por último, analizar algunos de los elementos que hay en las nuevas comunidades de la clase obrera.

21. He seleccionado estos grupos porque parece que su experiencia tiñe más la conciencia social de la clase obrera, durante la primera mitad del siglo. La influencia de los mineros y los obreros del metal no se sentirá plenamente hasta más avanzado el siglo. Los otros grupos clave —los hilanderos del algodón— son el tema de un estudio admirable en la obra de los Hammond, *The Skilled Labourer*.

7. BRACEROS DEL AGRO

Si analizamos la historia, entre 1790 y 1830, de los trabajadores que constituían el mayor grupo de todas las ocupaciones —los braceros agrícolas—,[1] veremos las dificultades que existen a la hora de fijar «niveles». No es completamente cierto (como suponían los Hammond) que los datos sean «insuficientes». La dificultad reside, más a menudo, en su interpretación. Existe documentación abundante referente a precios y salarios de principios del siglo XIX, pero son más escasas las series continuas con cifras fiables, para el mismo trabajo o la misma región. Cualquiera que haya examinado la densa maleza de datos que hay en la *Economic History of Modern Britain* de sir John Clapham, con su diversidad de usos regionales y ocupacionales, se puede sentir ciertamente abrumado por su exuberancia. Y, desde luego, los capítulos de Clapham sobre «Organización Agraria» y «Organización Industrial» son, en sí mismos, una lección; pero no una lección en cuanto a la interpretación de los datos, sino en cuanto a su cualificación.

A lo largo de toda esa laboriosa investigación, el gran empirista evita todas las generalizaciones excepto una, la busca del mítico «promedio». Cuando trata de la agricultura, encontramos la «granja media», la «pequeña tenencia media», la proporción «media» de braceros en relación con los patronos; conceptos que a menudo oscurecen más de lo que aclaran, puesto que se obtienen mezclando datos de las montañas de Gales y las tierras cerealícolas de Norfolk, que el propio Clapham se había tomado el trabajo de distinguir. Seguimos para encontrarnos con «el *cottager** medio de un área afectada por las *enclosures*», la pér-

1. El censo de 1831 indicaba 961.000 familias empleadas en la agricultura: el 28 por 100 de todas las familias de Gran Bretaña.

* Bracero agrícola que vivía en una pequeña casa de campo y tenía un minúsculo trozo

dida «media» de ingresos rurales debida a los subempleos industriales, los ingresos brutos de «esa figura más bien vaga, el trabajador Inglés (incluyendo al Galés) medio», etc. Ya hemos visto que esta actividad de «promediar» puede darnos resultados muy extraños: el 60 por 100 de los braceros que, en 1830, vivían en condados con un bajo nivel de salarios quedaban por debajo del «promedio».[2] «En cualquier promedio —admitía Clapham— se puede esperar que más o menos el 50 por 100 de las cifras promediadas esté por debajo del límite.» Pero si el mismo promedio se basa en el salario convencional de un trabajador con empleo regular —es decir, si el *squire* hojea sus libros de cuentas e informa al Ministerio de Agricultura que el salario convencional de un arador o un carretero es de 12*s.*—, podemos esperar que todos o la mayor parte de los braceros eventuales queden por debajo de este nivel.

Pero en el punto que trata de los ingresos complementarios y de las consecuencias de las *enclosures* —como Clapham nos remite de detalles empíricos (las «amorosas siegas» en Glamorgan y los huertos de medio acre en Ludlow) a estimaciones «promedio»— tenemos la sensación de haber perdido el contacto con la realidad social:

> Si el cerdo y el huerto del *cottage* le producían menos al jornalero Inglés medio en 1824 que en 1794 ... es muy posible que, de nuevo por promedio, la parcela de patatas equilibrase la pérdida. Verdaderamente, la pérdida de acceso a los bienes comunales durante aquellos 30 años había empeorado la suerte de muchos hombres en muchos lugares, aunque es dudoso que la pérdida de bienestar debida a las *enclosures* de los bienes comunales, hecho el promedio para toda Gran Bretaña, fuese muy grande. El recuerdo popular lo ha exagerado, puesto que en muchas partes de Inglaterra tuvo una importancia muy pequeña, todavía menos en Gales, y en Escocia, para el simple trabajador, no tuvo ninguna.[3]

¿Qué es lo que se promedia hora? La primera parte de su afirmación podría tener algún valor, si se pudiera demostrar que en las mismas aldeas en las que los huertos de los *cottages* se perdieron, se introdujeron las parcelas de patatas (aunque también deberíamos examinar

de tierra. El equivalente castellano podría ser: pegujalero, pelantrín o labrantín. (*N. de la t.*)

2. Véase p. 217 más arriba. Los «promedios» de los condados en los que se basa el «promedio» nacional se pueden someter exactamente a la misma crítica. Por otra parte, están calculados a partir de datos de los patronos, no de los trabajadores.

3. *Loc. cit.*, p. 126.

los ingresos relativos). Pero la segunda parte, que ya se ha incorporado a la tradición, no es un ejemplo de promedio, sino de *adulteración* estadística. Se nos invita a mezclar las cifras que corresponden a las zonas de Gran Bretaña donde *tuvieron* lugar las *enclosures*, con las de las zonas donde *no tuvieron* lugar, a dividir la suma de esa solución rebajada, por el número de condados, y a obtener un «promedio» de pérdida de bienestar «debido a las *enclosures*». Pero esto es absurdo. No se puede sacar un promedio de cantidades desemejantes; ni se pueden dividir cantidades por condados para obtener un promedio cualitativo. Esto es lo que ha hecho Clapham.

Por supuesto, lo que estaba haciendo en realidad era ofrecer un juicio de valor provisional en relación a esa cualidad esquiva, el «bienestar», durante el período de máximas *enclosures*. Pero para hacer esto, deberían haberse introducido muchísimos más factores —tanto culturales como materiales— para sostener el juicio. Y como el juicio surge como un roble de la espesura de los detalles circunstanciales —y puesto que se le disfraza de «promedio»—, fácilmente se confunde con una afirmación de hecho.

Tampoco los hechos son tan claros como sugiere Clapham. Los ingresos agrícolas, durante gran parte del siglo XIX, se resisten tenazmente a ser reducidos a una forma estadística.[4] No sólo debemos enfrentarnos a las acusadas fluctuaciones estacionales de la demanda de trabajo, sino que tenemos por lo menos cuatro formas diferentes de relación entre patrono y empleado. 1) Empleados de la explotación agrícola, contratados por año o por trimestre. 2) Una fuerza de trabajo regular —en las grandes explotaciones agrícolas— con, más o menos, pleno empleo durante todo el año. 3) Trabajo eventual, pagado a jornal o a destajo. 4) Especialistas más o menos cualificados a los que se contrataba por un trabajo.

En la primera categoría, que disminuyó durante este período, se da la mayor seguridad y la menor independencia: salarios muy bajos, muchas horas de trabajo, pero casa y comida en la vivienda del agricul-

4. Es significativo que cuando Clapham se comprometía en estimaciones de las variaciones porcentuales de salarios y coste de la vida, no confiaba en una ordenación de sus propios datos, sino en el trabajo de otros investigadores, señaladamente Silberling, cuyas series sobre el coste de la vida han sido duramente criticadas recientemente: véase, p.e., T. S. Ashton, en *Capitalism and the Historians*. Para más precauciones respecto de las dificultades de la generalización, véase J. Saville, *Rural Depopulation in England and Wales*, 1957, pp. 15-17.

tor. En la segunda categoría se encontrarán algunas de las mejores y algunas de las peores condiciones: el arador, que el agricultor prudente mantiene con regularidad, cuya esposa e hijos tienen preferencia en los trabajos eventuales, y que puede comprar leche y grano a precios bajos; en el otro extremo, los jóvenes peones, alojados y alimentados tan pobremente como cualquiera de los aprendices pobres de las primeras fábricas, que viven en los heniles y están sujetos a despido en cualquier momento; y en medio, «aquellos infelices a quienes la necesidad ha obligado a convertirse en esclavos de un hombre», que viven en *cottages* del patrono, y «se ven forzados a trabajar todo el año a cambio, con seguridad, de salarios bajos».[5] En la tercera categoría existe una gran variedad: trabajo indigente; mujeres y niños con salarios míseros; trabajadores migratorios irlandeses (incluyendo obreros u otros artesanos urbanos que dejaban su trabajo para aprovecharse de los altos ingresos de la cosecha); y los trabajos a destajo sutilmente graduados, como los de la siega de las diferentes calidades de heno. En la cuarta categoría, tenemos incontables usos diferentes e ingresos familiares o de subcontrato disfrazados que hacen estragos en cualquier serie estadística:

21 de marzo	Samson, construir canales de drenaje en 29 acres	8.9
	Robert, 1 día serrando árboles desmochados	1.9
20 de mayo	Forasteros, escardar 5 acres de trigo a 3*s*. 6*d*.	17.6
29 de julio	Wright, segar 7 acres de trébol	14.0
	Richardson y Pavely, limpiar la alberca del corral	2.12.6

esto se lee en el libro de cuentas de un agricultor de Essex en 1797.[6] «Trabajé como constructor de vallas, de bardas, y a destajo haciendo cercas de seto vivo», le dijo Joseph Carter a Alexander Somerville, refiriéndose a los años 1823-1830:

5. Ministerio de Agricultura, *Agricultural State of the Kingdom*, 1816, p. 162. Una respuesta de Lincolnshire, que contrasta la situación de los *cottagers* vinculados en una hacienda con los braceros de otra hacienda en la que el señor le arrienda a cada uno un acre para cultivar patatas y cuatro acres para una vaca.

6. A. F. J. Brown, *English History from Essex Sources*, Chelmsford, 1952, p. 39.

> El *squire* se comportaba como si yo obtuviese de él 64 libras al año, por un trabajo de aquel tipo hecho durante siete años. Pero luego no decía que la mayor parte de las veces tenía a un hombre que me ayudaba, y además a veces dos mujeres. No decía que yo pagaba más de 20 libras al año por los ayudantes.[7]

Si las cifras «no dicen eso», es imposible que muestren una multitud de otras cosas que influyen: pagos en especie o a precios reducidos; huertos y parcelas de patatas; las consecuencias de las *enclosures*; la repercusión de los impuestos, los diezmos, las leyes de caza y los impuestos para asistir a los pobres; las fluctuaciones en el empleo rural industrial; y, sobre todo, la aplicación de las *Poor Laws*, antes y después de 1834. La incidencia de los diversos agravios se siente de manera completamente distinta en diferentes momentos y diferentes lugares. En algunas áreas, y en algunas explotaciones agrícolas, el pago en especie puede ser adicional a los salarios e indicar una mejora de nivel; pero en general (nos ha advertido un historiador de la agricultura) deberíamos considerar esos pagos como «el refinado eufemismo del *truck** en la agricultura»: un medio para mantener bajos los salarios y en casos extremos prescindir completamente de los salarios en dinero.[8]

En medio de toda esta maraña de datos contradictorios —entre las consecuencias de las *Poor Laws* aquí y las nuevas parcelas de patatas allí, este derecho comunal perdido y aquel huerto del *cottage*—, el trabajador «medio» resulta ser algo más que esquivo.[9] Pero si bien los promedios se nos escapan, todavía podemos esbozar algunos de los procesos generales que están actuando en muchas partes del país. Y en primer lugar deberíamos recordar que el espíritu que animaba las mejoras en la agricultura, durante el siglo XVIII, estaba empujado menos por deseos altruistas de acabar con los ominoso yermos o —como reza la tediosa frase— para «alimentar a una población creciente» que por el

7. A. Somerville, *The Whistler at the Plough*, Manchester, 1852, p. 262.

* Se refiere al *Truck System*. Véase nota de la traductora en el capítulo 6, p. 212. (*N. de la t.*)

8. Para este y otros aspectos relacionados, véase la valiosa introducción de O. R. McGregor a la obra de Lord Ernle, *English Farming, Past and Present*, edición de 1961, en especial pp. cxviii-cxxi.

9. Las mejores descripciones generales son todavía las que aparecen en J. L. y B. Hammond, *The Village Labourer*, y Lord Ernle, *English Farming, Past and Present*, y (por lo que se refiere a viviendas, vestido y comida) G. E. Fussell, *The English Rural Labourer*, 1947.

deseo de obtener rentas más pingües y beneficios más cuantiosos. Esto se convertía, con respecto al bracero, en una actitud mezquina:

> Predomina la costumbre ... de darles bebida tanto por la mañana como por la tarde, sea cual sea el trabajo que tienen que realizar; esta es una costumbre absurda y se debería abolir sin pérdida de tiempo. ¿Qué otra cosa puede ser más absurda que ver a un arador que para su caballo durante media hora, en un día frío de invierno, para beber cerveza?[10]

Los argumentos de los propagandistas de la *enclosure* se expresaban habitualmente en términos de valores más altos para los arriendos y rendimientos por acre más elevados. En una aldea detrás de otra, el cercado destruyó la más que precaria economía de subsistencia de los pobres. El *cottager* que no tenía prueba legal de sus derechos fue indemnizado pocas veces. Al *cottager* que podía probar su derecho se le dejaba una parcela de tierra insuficiente para la subsistencia y debía pagar una parte desproporcionada de los elevadísimos costes del cercado.

Las *enclosures* (cuando se tienen en cuenta todos los artificios) fueron un caso bastante evidente de robo de clase, puesto en práctica según *las ajustadas reglas de la propiedad y la ley, establecidas por un* parlamento de propietarios y abogados. La investigación reciente sugiere que las reglas del juego se observaron con más imparcialidad de la que indican los Hammond en su magnífico *Village Labourer*: incluso los pequeños propietarios recibieron un trato razonable, muchos comisarios de las *enclosures* actuaron concienzudamente, etc.[11] Pero, al

10. Rennie, Broun y Shirreff, *General View of the Agriculture of the West Riding*, 1794, p. 25.

11. Un resumen sólido de la investigación reciente se encuentra en J. D. Chambers y G. E. Mingay, *The Agricultural Revolution, 1750-1880*, 1966, cap. 4; véase también W. E. Tate, *The English Village Community and the Enclosure Movements*, 1967, caps. 8-10, 16. Véase también mi reseña del primer libro en el *Times Literary Supplement* del 16 de febrero de 1967, a partir de la cual he redactado los párrafos siguientes (añadidos en la edición de Penguin), en donde planteo determinadas preguntas acerca de las consecuencias sociales de las *enclosures* que estas autoridades en la materia quizás han estudiado de forma demasiado superficial. Entre el número creciente de estudios de *enclosures* particulares, he encontrado de gran ayuda la serie de publicaciones de R. C. Russell, que incluyen *The Enclosures of Barton-on-Humber and Hibaldstow*, Barton, sin fecha; *The Enclosures of Scartho and Grimsby*, Grimsby, 1964; *The Enclosures of Bottesford and Yaddlethorpe, Messingham and Ashby*, Scunthorpe, sin fecha. Cada uno de los estudios del señor Russell investiga con gran detalle el proceso real, desde su inicio hasta la concesión.

hacer esas útiles precisiones, es posible pasar por alto el hecho, de mayor alcance, de que aquello que estaba en cuestión era una redefinición de la naturaleza misma de la propiedad agraria. De modo que Chambers y Mingay han observado que, en las *enclosures*,

> Los *ocupantes* de *cottages* de derecho comunal ... que disfrutaban del derecho comunal en virtud de su *tenencia* del *cottage*, no recibieron indemnización porque, por supuesto, no eran los propietarios de los derechos. Esta era una distinción perfectamente adecuada entre propietario y tenedor, y no suponía fraude ni desconsideración alguna para los *cottagers* de parte de los comisarios.[12]

Pero lo que era «perfectamente adecuado» en términos de las relaciones de propiedad capitalistas implicaba, sin embargo, una ruptura del tegumento de las costumbres y el derecho de la aldea; y la violencia social del cercado consistió precisamente en la imposición drástica y total de las definiciones de propiedad capitalistas sobre la aldea. Estas definiciones, por supuesto, habían ido penetrando en la aldea durante siglos antes de las *enclosures*; pero habían coexistido con aquellos elementos autónomos y tradicionales de la estructura de la comunidad aldeana precapitalista, que —aunque sin duda se estaban desmoronando bajo la presión de la población creciente— persistieron con una notable fuerza en muchos lugares. Las *copyhold** y otras tenencias familiares tradicionales todavía más imprecisas (que conllevaban derechos comunales) podían ser invalidadas legalmente aunque estuvieran aprobadas por la memoria colectiva de la comunidad. Esos pequeños derechos de los aldeanos, como espigar, acceder al combustible y el pastoreo del ganado en los caminos o en los rastrojos, que son irrelevantes para los historiadores del desarrollo económico, podían tener una importancia crítica para la subsistencia de los pobres.

Las *enclosures* fueron, ciertamente, la culminación de un largo proceso secular por medio del cual se socavaron las relaciones tradicionales de los hombres con los medios de producción agrarios. Tuvieron una profunda repercusión social porque revelan, tanto hacia atrás como hacia adelante, la destrucción de los elementos tradicionales de la socie-

12. Chambers y Mingay, *op. cit.*, p. 97.

* Tenencia de tierras que forman parte de un señorío, «a voluntad del señor de acuerdo con la costumbre del *manor*», por la posesión de una copia del documento guardado en el tribunal señorial. (*N. de la t.*)

dad campesina inglesa. Si estudiamos la agricultura inglesa del siglo XVIII, a través de las páginas de la obra de Arthur Young *Annals of Agriculture*, o los diversos informes que se prepararon (en el cambio de siglo) para el Ministerio de Agricultura, podemos suponer que las legitimidades tradicionales habían perdido fuerza desde hacía tiempo. Pero si examinamos la escena de nuevo, desde el punto de vista del aldeano, encontramos un denso racimo de derechos y costumbres que se extiende desde los bienes comunales hasta la plaza del mercado y que, tomados en su conjunto, componían el universo económico y cultural de los pobres del agro.

El profesor Chambers ha escrito con razón:

> El hecho de que los propietarios legales se apropiasen de casi todas las tierras baldías para su uso exclusivo significó arrancar la cortina que separaba al creciente ejército de braceros de la proletarización absoluta. Sin duda, era una cortina delgada y raquítica ... pero era real, y privar a los braceros de ella sin proporcionarles un sustituto suponía su exclusión de los beneficios que sólo el trabajo intensificado de aquéllos hacía posibles.[13]

Para los pobres, la pérdida de los bienes comunales acarreó una sensación de desplazamiento radical. En algunas de las protestas contra las *enclosures*, que afloran de vez en cuando entre la documentación del Ministerio del Interior, se encuentra una excepcional nota de violencia; como testimonio de ello tenemos una carta anónima de 1799 dirigida al *Esquire* Oliver Cromwell de Cheshunt Park:

> Estas líneas se las escriben los Asociados de la Parroquia de Cheshunt en Defensa de los derechos de nuestra Parroquia de los que vos ilícitamente estáis a punto de desheredarnos ...
>
> Los susodichos Asociados han acordado que si intentáis cercar Nuestros bienes Comunales campos Comunales *Lammas** Praderas Marismas &c Acordamos que ante ... ese acto sangriento e ilícito está decidido que

13. J. D. Chambers, «Enclosure and Labour Supply in the Industrial Revolution», *Econ. Hist. Rev.* 2ª serie, V (1952-1953), p. 336.

* La «Tierra de *Lammas*» era una tierra de posesión privada hasta el día de *Lammas*, fiesta de la cosecha en la antigua Iglesia de Inglaterra que se celebraba el primero de agosto; desde aquel momento estaba sujeta a derechos comunales de pastoreo hasta la primavera. El equivalente castellano es la «derrota de mieses» o «abertura de heredades». (*N. de la t.*)

obtendremos la sangre de vuestro corazón si lleváis a cabo el susodicho sangriento acto Nosotros os daremos caza, como sanguijuelas de caballo, os la daremos hasta que hayamos derramado la sangre de todos aquellos que quieren robar a los Inocentes que todavía no han nacido. No podréis decir estoy a salvo de las manos de mi Enemigo porque Nosotros como aves de rapiña estaremos secretamente al acecho para verter sangre de los susodichos Tipos cuyos nombres y moradas son como úlceras pútridas en nuestras Narices. Declaramos que no podréis decir estoy a salvo cuando vayais a la cama porque deberéis estar alerta de no abrir los ojos en medio de las llamas ...[14]

Los «Asociados» de Cheshunt estaban excepcionalmente organizados y decididos; consiguieron elevar al Parlamento una contra-petición, y a consecuencia de su presión se tuvieron en cuenta los derechos comunales en la concesión de la *enclosure*. Pero el tono de una carta como ésa nos recuerda que las *enclosures* se deben entender en el seno de una situación global de poder y deferencia en el campo. Los hombres de la condición social y cultural de los autores de tales cartas sólo pudieron haber recurrido a los trámites costosos y dilatorios de una cultura y un poder ajenos, en las más excepcionales circunstancias, y con la ayuda de algunos hombres con educación y recursos. El fatalismo del *cottager* frente a ese poder siempre presente, y la incidencia desigual y poco sistemática de las *enclosures* (podían pasar varias décadas entre los cercados de dos pueblos vecinos), ayudan de algún modo a explicar la aparente pasividad de las víctimas.

Aún así, esta pasividad se puede haber exagerado; se ha investigado poco sobre las respuestas reales de los pobres ante las *enclosures*, y esta investigación presenta unas dificultades particulares porque tiene que ver con los analfabetos y no organizados, que sufrieron experiencias distintas en cientos de aldeas diferentes, durante muchas décadas.[15] Los disturbios contra las *enclosures*, el derribo de los cercados, las cartas amenazadoras, los incendios fueron más comunes de lo que suponen algunos historiadores agrarios. Se puede encontrar una razón explicativa del carácter muy poco uniforme de la resistencia por parte de los pobres en las divisiones existentes entre los mis-

14. 27 de febrero de 1799, en H.O. 42.46.

15. Hoy existe un importante estudio de los disturbios agrarios: A. J. Peacock, *Bread or Blood. The Agrarian Riots in East Anglia: 1816*, 1965.

mos pobres. Un indicio de ello lo podemos encontrar en un pasaje posterior de la carta de los «Asociados» de Cheshunt:

> No podemos dejar de decir que hay mucho espacio para hacer Cambios ya que no podemos entender por qué esos Ruskins y unos pocos más deberían invadir nuestros Comunales cuando no hay espacio para que nadie más ponga nada (Si) vos habéis Cambiado los derechos del Común tu Nombre en vez de ser respetado sería como un Ungüento Pestilente que hubiese caído sobre nosotros Nuestra voz y la de la mayor parte de la parroquia está a favor de la regulación de los derechos comunales ...

A finales del siglo XVIII, hay pruebas de una presión creciente sobre los bienes comunales y de un exceso de ganado, no sólo por parte de los *squatters** y los *cottagers*, sino también por parte de los grandes ganaderos como «esos Ruskins». En una situación como ésta, las líneas divisorias entre los intereses del propietario muy pequeño y del *cottager* pobre llegaron a tener una importancia clave. El pequeño propietario estaba interesado en la limitación y regulación más estricta de los derechos comunales; por el contrario, al *cottager* o al *squatter* le interesaba que prevaleciera una definición más laxa de la costumbre. Los ojos del pequeño propietario podían brillar (como los de cualquier campesino en cualquier época y país) ante la perspectiva, a corto plazo, de tener la propiedad absoluta, aunque fuera de los cuatro o cinco acres que el cercado le podría proporcionar; pero el *cottager* que no tenía derecho alguno de propietario, lo perdía todo con el cercado. A largo plazo se podría demostrar que las conquistas de los pequeños propietarios eran ilusorias; pero la ilusión se mantuvo durante los años de precios altos de las guerras francesas.

En efecto, los dos objetivos principales de la operación (más alimentos y rentas más elevadas) se consiguieron durante las guerras. Las rentas aumentaron de forma notable en las zonas de *enclosures* recientes,[16] y se apoyaban a la vez en los precios y en los rendimientos por acre más altos. Cuando cayeron los precios, en 1815-1816 y en 1821,

* Ocupante no autorizado que cultiva una tierra en precario. (*N. de la t.*)

16. Chambers y Mingay, *op. cit.*, pp. 84-85, estiman que el promedio de las rentas se dobló después de la *enclosure*, durante el período álgido de las *Enclosure Acts;* véase también F. M. L. Thompson, *English Landed Society in the Nineteenth Century*, 1963, pp. 222-226.

las rentas continuaron siendo altas —o disminuyeron, como siempre ocurre, lentamente— significando, de ese modo, la ruina de muchos pequeños propietarios que todavía se sostenían en sus propiedades de pocos acres obtenidas con el cercado.[17] Entre los terratenientes, las elevadas rentas sustentaban el gasto de un lujo extraordinario y ostentoso, mientras que los precios altos alimentaban las pretensiones sociales más elevadas —de las que Cobbett tanto se lamentaba— entre los agricultores y sus esposas. Este fue el cenit para aquellos «patriotas del campo» a quienes Byron descuartizó en su *Age of Bronze*.

Pero la codicia sola no puede explicar la situación a la que fue reducido el bracero durante estos años. ¿Cómo era posible que se mantuviese al bracero en un brutal nivel de subsistencia, mientras la riqueza de los terratenientes y los agricultores aumentaba? La respuesta debemos buscarla en el tono contrarrevolucionario general de todo el período. Es probable que los salarios reales de los braceros aumentasen en las décadas anteriores a 1790, especialmente en las áreas contiguas a los distritos manufactureros o mineros. «Es necesaria una guerra para reducir los salarios», este era el grito de alguna *gentry* del norte en la década de 1790.[18] Y los reflejos de pánico y antagonismo de clase, que se habían avivado en la aristocracia debido a la Revolución francesa, bastaron para acabar con las inhibiciones y agravar las relaciones de explotación entre patronos y empleados. Las guerras presenciaron no sólo la desaparición de los reformadores urbanos, sino también el eclipse de la *gentry* humanitaria, de la que Wyvill es un representante. Además del argumento de la codicia, se añadió otro argumento en favor de la *enclosure* generalizada: el de la disciplina social. Los bienes comunales, «el patrimonio de los pobres desde hace mucho tiempo», respecto de los cuales Thomas Bewick podía recordar a los braceros independientes, que habían construido sus cabañas con sus propias manos, viviendo todavía en ellas,[19] eran ahora considerados como un peligroso centro de indisciplina. Arthur Young los veía como un terreno abonado para los «bárbaros», «que alimentaba una estirpe dañina de gente»; con respecto a los pantanos del Lincolnshire decía, «una

17. Para ejemplos del declive de la propiedad campesina de la tierra, véase W. G. Hoskins, *The Midland Peasant*, 1957, pp. 265-268.

18. R. Brown, *General View of the Agriculture of the West Riding*, 1799, Apéndice, p. 13.

19. Bewick, *op. cit.*, pp. 27 y siguientes.

región tan salvaje alimenta a una estirpe de gente salvaje como el pantano».[20]

Al individualismo se sumó la ideología. Para los señores, sacar a los *cottagers* de las tierras comunales, reducir a sus trabajadores a la subordinación, menguar los ingresos complementarios, expulsar al pequeño propietario, se convirtió en una cuestión política públicamente fomentada. En un momento en que Wordsworth ensalzaba las virtudes del viejo Miguel y su esposa, en su lucha por mantener sus «tierras patrimoniales», el *Commercial and Agricultural Magazine*, muchísimo más influyente, miraba al «*yeoman*» bajo una perspectiva diferente:

> Un pequeño agricultor malvado y perverso es como la cerda en su corral, casi un individuo aislado, que no tiene comunicación con, y por lo tanto ningún respeto por, el mundo.

Y en cuanto a los derechos del *cottager* en la *enclosure*, «parece innecesario tener en cuenta sus demandas»:

> Pero el interés de los otros demandantes implica, en el fondo, permitir que el trabajador obtenga cierta porción de tierra ... porque mediante esta gratificación los impuestos para asistir a los pobres disminuirán con prontitud; puesto que un cuarto de acre de tierra de huerto será una buena forma para que el campesino deje de necesitar cualquier ayuda. Sin embargo, hay que ser moderado en este benéfico intento, o corremos el peligro de transformar al bracero en un pequeño agricultor; es decir, de trasladarlo de la más provechosa a la más inútil de todas las aplicaciones de la laboriosidad. Cuando un bracero posee más tierra de la que él y su familia pueden cultivar por las tardes ... el agricultor ya no puede contar con él para el trabajo regular, y la siega del heno y la cosecha ... sufrirán las consecuencias hasta tal punto que ... en algún momento se convertiría en un perjuicio nacional.

Y en cuanto a los pobres de la aldea, son «pícaros intencionados que, bajo diversos pretextos, intentan estafar a la parroquia», y «aplican todos sus recursos para practicar el engaño, que les puedan proporcionar un subsidio en dinero de los asistentes de la parroquia para sus fines ociosos y libertinos».[21]

20. A. Young, *General View of the Agriculture of Lincolnshire*, 1799, pp. 223, 225, 437.
21. *Commercial and Agricultural Magazine* (julio, septiembre, octubre de 1800).

Por supuesto, hay excepciones. Pero así es como iban las cosas entre 1790 y 1810. Aumentar la dependencia de reservas baratas de trabajo era una cuestión de política: «las aplicaciones de la laboriosidad» en beneficio del agricultor en la época de la siega del heno y la cosecha, y para la construcción de carreteras y los eventuales trabajos de vallado y drenaje que se derivaban de las *enclosures*. Tanto los terratenientes como los industriales aprobaban sinceramente lo que Cobbett llamaba la «Filosofía Escocesa» y los Hammonds denominaban «el espíritu de la época». Pero mientras que éste se ajustaba como un guante a las condiciones de la Revolución industrial, en la agricultura rivalizaba (en el mejor de los casos) con las viejas tradiciones paternalistas (el deber del *squire* hacia sus trabajadores) y con la tradición de los ingresos basados en la necesidad (las viejas costumbres de diferenciación según la edad, el estado civil, los hijos, etc. que se perpetuaron bajo el sistema Speenhamland de ayuda a los pobres); en tanto que (en el peor de los casos) estaba forzado por la arrogancia feudal de la aristocracia hacia la estirpe inferior de los trabajadores. Hacía tiempo que la doctrina de que el trabajo encuentra su propio precio «natural», de acuerdo con las leyes de la oferta y la demanda, había empezado a sustituir la noción de salario «justo». Durante las guerras se propagó por todos los medios. «La demanda de trabajo debe, necesariamente, regular los salarios», escribía un magistrado rural en 1800. Y seguía para argumentar que los impuestos para asistir a los pobres, al mantener un excedente de población y favorecer los matrimonios —asegurando de ese modo una oferta de trabajo en los momentos de exceso de demanda—, bajaba el coste total de los salarios. Desde luego, demostró ser un precursor de la ciencia del «promedio»:

> Vamos a suponer que sumamos los impuestos anuales para asistir a los pobres y el monto total de los salarios en toda Inglaterra; creo que este total sería menor que la suma *exclusiva* de los salarios, en el caso de que los impuestos para asistir a los pobres no existiesen.[22]

Los motivos que condujeron a la introducción de diversos sistemas de ayuda a los pobres, que ponían en relación la ayuda con el precio del pan y el número de hijos, sin duda fueron variados. La decisión de Speenhamland, de 1795, estuvo impulsada tanto por el humanitarismo

22. *Ibid.*, octubre de 1800.

como por la necesidad. Pero la perpetuación de los sistemas Speenhamland y «*roundsman*»,* en toda su variedad, se vio asegurada por la demanda de los grandes labradores —en una actividad que tiene necesidades excepcionales de trabajo temporero o eventual— de una reserva permanente de mano de obra barata.

Después de las guerras existe un nuevo énfasis: los agricultores están mucho más dispuestos a escuchar las advertencias de Malthus en contra de «una plétora de población». Los impuestos para asistir a los pobres habían aumentado desde menos de 2 millones de libras anuales en la década de 1780, hasta más de 4 millones en 1803, y unos 6 millones después de 1812. En aquel momento una plétora de población apareció, tal y como lo describiría la comisión de las *Poor Law* en 1834, como «una plétora de indolencia y de vicio». Los terratenientes y los agricultores acomodados empezaron a lamentar la pérdida de los bienes comunales —la vaca, la oca, los pastos— que habían permitido que los pobres subsistiesen sin tener que recurrir al inspector de la parroquia. Volvieron algunas vacas; las parcelas de patatas hicieron algunos avances aquí y allí; el Ministerio de Agricultura prestó un tenaz apoyo a la propaganda de la parcelación. Pero era demasiado tarde para invertir el proceso general: nunca se devolvieron unas tierras comunales (si bien se cercaron muchas más) y pocos terratenientes iban a arriesgarse arrendando tierras (quizá cuatro acres para una vaca, a un mínimo de 6 libras por año) a un bracero. Los agricultores, que habían convertido la mezquindad en una doctrina durante los años de prosperidad de la guerra, no estaban dispuestos a ser menos mezquinos cuando los precios del trigo cayeron. Además, la población de las aldeas se vio aumentada con el retorno de los soldados, los pequeños propietarios en bancarrota ingresaron en el grupo de los jornaleros, el trabajo eventual en los cercados disminuyó y la concentración de las industrias textiles en el norte y en las Midlands debilitó todavía más la situación del bracero en East Anglia, el West Country y el sur. En algunos condados, las nuevas industrias rurales o las que estaban en expansión (trenzado de paja o el encaje) proporcionaban una ayuda temporal; pero el decaimiento global (muy particularmente en el hilado) está fuera de toda dis-

* Trabajador que necesitaba ayuda de la parroquia, al que se enviaba de una explotación agrícola a otra en busca de trabajo. Su salario se costeaba en parte a expensas del agricultor y en parte a expensas de la parroquia. (*N. de la t.*)

puta. Y como faltaban los trabajos a domicilio, aumentaba el trabajo barato de las mujeres como jornaleras agrícolas.[23]

Las rentas elevadas o los precios bajos; la deuda de la guerra y las crisis monetarias; los impuestos sobre la malta, las ventanas, los caballos; las *Game Laws* con toda su parafernalia de guardabosques, trampas de alambre con escopeta, cepos y (después de 1816) sentencias de deportación, todo ello tenía como fin apretarle los tornillos al trabajador. «Los jacobinos no hicieron esas cosas», exclamó Cobbett:

> ¿Y pretenderá el Gobierno que esto lo hizo la «Providencia»? ... ¡Bah! Esas cosas son el precio de los esfuerzos que hicieron para aplastar la libertad en Francia, *para que el ejemplo de Francia no produjese una reforma en Inglaterra*. Esas cosas son el precio de aquella empresa ...[24]

El bracero tampoco podía esperar encontrar un protector en el párroco «medio», que, según Cobbett, era un absentista que detentaba varios beneficios eclesiásticos al mismo tiempo y que tenía a su familia en Bath,* mientras un cura mal pagado atendía los servicios.

Durante casi cuatro décadas, existe una sensación de erosión de las legitimidades tradicionales y de un agro gobernado con licencia contrarrevolucionaria. «Por lo que se refiere a los *impuestos para asistir a los pobres* —escribió un «filósofo» de Bedfordshire (el doctor Macqueen) al Ministerio de Agricultura en 1816— siempre los he visto asociados con la holgazanería y la depravación de la clase obrera»:

> La moralidad y las costumbres de los órdenes más bajos de la comunidad han ido degenerando desde los momentos más tempranos de la Revolución francesa. La doctrina de la igualdad y de los derechos del hombre no se ha olvidado todavía, al contrario se mantiene con fervor y se abandona a regañadientes. Consideran a sus parroquias respectivas como su derecho y su patrimonio, donde tienen derecho a recurrir ...[25]

23. I. Pinchbeck, *Women Workers and the Industrial Revolution*, 1930, pp. 57 y siguientes.

24. *Rural Rides*, edición Everyman, I, p. 174.

* Ciudad situada en el oeste de Inglaterra que recibe su nombre y es famosa por sus aguas termales. (*N. de la t.*)

25. *Agricultural State of the Kingdom*, 1816, p. 25.

Uno tiene que esforzarse para recordar que Inglaterra también pertenecía a los braceros.

En las parroquias del sur y el este, la larga guerra de desgaste se centró en el derecho de los pobres a recibir ayuda. Después de la pérdida de los bienes comunales, éste era el último —el único— derecho que tenía el bracero. El joven, el soltero —o el artesano de la aldea— se podía arriesgar a ir a las ciudades, a trabajar en los canales (y más tarde en las vías férreas) o a emigrar. Pero el bracero maduro que tenía una familia, tenía miedo de perder la seguridad de su *settlement*;* esto junto con el apego a su propia comunidad y a las costumbres rurales le impedía competir en masa con los irlandeses pobres (que, todavía más infelices que él, ni siquiera tenían un *settlement* que perder) en el mercado de trabajo industrial. Incluso en las épocas de «escasez» de mano de obra en los distritos industriales, no se alentó su migración. Cuando los comisarios de las *Poor Laws* intentaron estimular esta emigración, después de 1814, principalmente hacia las fábricas del Lancashire y el Yorkshire —quizá para asestar un golpe contra las *trade unions*—, se dio preferencia a las «viudas con familia numerosa, o artesanos ... con mucha familia. Los hombres adultos no podrían adquirir la cualificación necesaria para los métodos superiores de las fábricas». En Manchester y en Leeds se establecieron mercados de mano de obra, donde los propietarios de las fábricas podían escudriñar los detalles de las familias: la edad de los niños, el carácter como trabajador, el carácter moral, diversas observaciones («absolutamente saludable», «magnífico para su edad», «dispuestos a asumir el papel de padres para tres huérfanos»); como si fueran ganado de venta. «Tenemos muchas pequeñas familias —añadía un esperanzado guardián de Suffolk— como ésta, compuesta de marido y esposa que estarían dispuestos a cobrar, si usted les contrata juntos, digamos el hombre 8*s*. y la mujer 4*s*.»[26]

Así pues, los impuestos para asistir a los pobres eran el último patrimonio del bracero. Desde 1815 a 1834, continuó la contienda. Del lado de la *gentry* y los inspectores, hacer economías, litigios en torno a los establecimientos, picar piedra y trabajos de castigo, cuadrillas de

* Residencia o establecimiento legal en una parroquia determinada, que le daba derecho a una persona a recibir ayuda de los impuestos para asistir a los pobres. (*N. de la t.*)

26. *First Annual Report of Poor Law Commissioners*, 1836, pp. 313-314; W. Dodd, *The Factory System Illustrated*, 1842, pp. 246-247. Véase también A. Redford, *Labour Migration in England, 1800-1850*, 1926, cap. 6.

trabajadores con salarios muy bajos, las humillaciones de las subastas de mano de obra, e incluso de los hombres enganchados a los carros. Del lado de los pobres, amenazas a los inspectores, sabotajes esporádicos, un espíritu «servil y astuto» o «taciturno y malhumorado», una desmoralización evidente que está documentada, página tras página, en los Informes de los comisarios de las *Poor Laws*. «Sería mejor para nosotros convertirnos inmediatamente en esclavos que trabajar bajo este sistema ... cuando un hombre tiene el ánimo abatido, ¿para qué sirve?» En los condados del sur, que estaban bajo el sistema Speenhamland, los braceros tenían sus propios chistes amargos: los agricultores «nos mantienen aquí [con los impuestos para asistir a los pobres] como si fuéramos patatas en un hoyo, y sólo nos cogen para utilizarnos cuando ya no pueden pasar sin nosotros».[27]

Esta es una descripción acertada. Cobbett tenía razón en cuanto a la descripción de las causas, cuando lanzaba sus improperios contra la despoblación rural masiva, pero se equivocaba en las conclusiones. Parece probable que las *enclosures* —particularmente de las tierras de labranza del sur y del este durante las guerras— no tuvieron como consecuencia la despoblación general. Al mismo tiempo que los braceros emigraban —en oleadas, desde las aldeas a la ciudad, y de condado en condado—, el crecimiento demográfico general compensó de sobras la pérdida. Después de las guerras, cuando cayeron los precios y los agricultores ya no pudieron «tener un escape para nuestros jóvenes en el ejército o la armada» (un poder disciplinario útil en manos de un magistrado rural), la queja fue acerca del «exceso de población». Pero, después de que se aplicasen las nuevas *Poor Laws* en 1834, se demostró que en algunos pueblos ese «exceso» era ficticio. En esos pueblos la mayor parte del coste de la mano de obra se cubría a través de los impuestos para asistir a los pobres; los jornaleros eran contratados de vez en cuando o por medio día y luego devueltos a la parroquia. «Si hay una helada les despiden —decía un inspector—, cuando empieza la temporada vienen a mí y los contratan de nuevo. Los agricultores convierten mi casa en lo que en nuestro oficio llamamos una lonja.» El tiempo húmedo crea «excedente»; la cosecha «escasez». Los patronos, recelosos de subvencionar la mano de obra de sus vecinos a través de

27. *First Annual Report of the Poor Law Commissioners*, 1836, p. 212. El mismo chiste se «entendía a la perfección» en Wiltshire en 1845; pero en este caso el «hoyo» se había convertido en un asilo de pobres; A. Somerville, *op. cit.*, p. 385.

los impuestos para asistir a los pobres, despedirían a sus propios braceros y solicitarían su trabajo a través del inspector: «Fulano ha despedido a dos de sus hombres; si yo tengo que pagar por sus salarios, él debe pagar por los vuestros; por lo tanto, tenéis que ir». Es un sistema abierto a infinitas combinaciones de embrollos, despilfarro y extorsión; y también abierto a unos pocos trucos por parte de los jornaleros. Pero —aparte de las picardías y las testarudeces absolutas— iba dirigido a una única cosa: destruir el último vestigio de control, por parte del bracero, de su propio salario o de su vida de trabajo.[28]

«Un sistema —reza la sesgada frase de la economía política de la época, cuando tiene que referirse a Speenhamland— que ha roto los vínculos de mutua dependencia entre el patrono y su empleado.» En realidad, el bracero del sur había quedado reducido a una dependencia total en relación con los patronos como clase. Pero el trabajo esclavo es «antieconómico», en particular cuando se les impone a los hombres que alimentan agravios en base a derechos perdidos y a las resistencias rudimentarias del «inglés libre por nacimiento». Es «antieconómico» supervisar las cuadrillas de trabajadores (aunque esto se hizo durante muchos años en los condados del este); durante la mayor parte del año los braceros trabajan en grupos de dos o tres con el ganado, en los campos, haciendo trabajos de cercado, por su propia iniciativa. A lo largo de esos años, la relación de explotación se intensificó hasta el punto en que, simplemente, dejó de «salir a cuenta»; quienes constituían este tipo de mano de obra pobre pasaron a ser rateros de nabos, gorrones de cervecería, cazadores furtivos y vagos. Era más fácil emigrar que resistir; porque reforzar las relaciones de explotación significaba reforzar la represión política. El analfabetismo, el agotamiento, la emigración de los ambiciosos, los listos y los jóvenes de las aldeas, la sombra del *squire* y el párroco, el violento castigo contra los que participaban en tumultos de subsistencia o contra las *enclosures* y contra los cazadores furtivos; todo esto se conjugaba para inducir al fatalismo e inhibir la articulación de los agravios. Cobbett, el mayor tribuno de los braceros, tenía muchos partidarios entre los agricultores y en las pequeñas ciudades de mercado. Es dudoso que, antes de 1830, muchos braceros conociesen su nombre o comprendiesen cuál

28. Véase A. Redford, *op. cit.*, pp. 58-83; y en cuanto a los excedentes ficticios, *First Annual Report of the Poor Law Commissioners*, 1836, pp. 229-238; W. T. Thornton, *Over-Population*, 1846, pp. 231-232.

era su propósito. Cuando Cobbett pasaba cabalgando por la «Cuesta Maldita» de Old Sarum, se encontró a un jornalero que regresaba del trabajo:

> Le pregunté cómo le *iba*. Dijo: muy mal. Le pregunté cuál era la causa. Dijo: los *tiempos difíciles*. «¿Qué *tiempos*? —dije— ¿Hubo jamás un verano más bueno, una cosecha mejor ...?» «¡Ah! —dijo— así y todo, *ellos* hacen que sea mala para los pobres.» «¿*Ellos*? —dije— ¿Quiénes son *ellos*?» Se mantuvo en silencio. «¡Oh, no, no! amigo mío —dije— no son *ellos*; es esta Cuesta Maldita la que te ha robado ...»[29]

A lo largo de las guerras, la «gran fábrica de la sociedad» se sustentó sobre esa «afligida ... base rústica». «Son las esposas de esos hombres —escribió David Davies— quienes crían a esas robustas camadas de hijos que, además de suministrar al campo los brazos que necesita, llenan los vacíos que deja la muerte de continuo en los campos y las ciudades.»[30] Después de las guerras, con la subida de precios y el retorno de los soldados a sus pueblos, se produjo algún estímulo de revuelta. «No estamos Dispuestos a soportar por más tiempo la Carga que ahora ha recaído sobre nosotros», rechazaba una carta del distrito de Yeovil, firmada con un corazón sangrante: «Sangre, Sangre y Sangre, debe haber una Revolución General ...».[31] Pero la misma violencia de estas amenazas sugiere una sensación de impotencia. Sólo en 1816, en East Anglia, donde los jornaleros eran contratados en grandes cuadrillas, estallaron disturbios serios. A la demanda de un salario mínimo (2*s*. por día) se unió la demanda de un máximo de precios; hubo motines de subsistencia, recaudaciones forzosas de dinero de la *gentry*, y destrucción de máquinas trilladoras. Pero el desorden se reprimió brutalmente, y provocó la vuelta a la clandestinidad de la caza furtiva, la carta anónima y la quema de los almiares de grano.[32]

Cuando llegó la revuelta, en 1830, con una muchedumbre curiosamente vacilante y no sanguinaria («la turbulencia de los hombres libres desmoralizados»), se afrontó con la misma sensación de ultraje que hu-

29. *Rural Rides*, edición Everyman, II, pp. 56-57.

30. W. Belsham, *Remarks on the Bill for the Better Support ... of the Poor*, 1795, p. 5; D. Davies, *The Case of Labourers in Husbandry*, 1795, p. 2.

31. Carta adjunta a la de Moody a Sidmouth, 13 de mayo de 1816, H.O. 42.150.

32. H.O. 42.149/51. Para las cuadrillas de trabajadores en East Anglia, véase W. Hasbach, *History of the English Agricultural Labourer*, 1908, pp. 192-204.

biese provocado un levantamiento de los «negros». «Exhorté a los magistrados a que cabalgasen», consignaba el vencedor de Waterloo,

> cada uno a la cabeza de sus propios criados, partidarios, mozos de cuadra, monteros, guardabosques armados con látigos, pistolas, escopetas y todo lo que pudiesen tener, y atacasen con coordinación ... a esas muchedumbres, las dispersaran, las destruyesen y que cogiesen y pusieran en prisión a los que no pudieran escapar.[33]

Sin embargo, no fue el duque, sino el nuevo gabinete *whig* (que aprobaría el proyecto de reforma) el que envió comisiones especiales para aterrorizar a los insurgentes. Y fue el órgano del radicalismo de la clase media, *The Times*, el que encabezó la demanda de ejemplos de severidad. Se siguió el consejo:

> El 9 de enero [1831], se dictó sentencia de muerte contra veintitrés acusados, por la destrucción de una máquina de papel en Buckingham; en Dorset, el día 11, contra tres por obtener dinero mediante extorsión, y contra dos por robo; en Norwich, fueron condenados cincuenta y cinco acusados por rotura de máquinas y amotinamiento; en Ipswich, tres por obtener dinero mediante extorsión; en Petworth, veintiséis por rotura de máquinas y amotinamiento; en Gloucester, más de treinta; en Oxford, veintinueve; y en Winchester, de más de cuarenta acusados, seis pasaron a ser ejecutados. ... En Salisbury, fueron condenados cuarenta y cuatro acusados ...[34]

Y de nuevo fue un gabinete *whig* el que, 3 años más tarde, decretó la deportación de los jornaleros de Tolpuddle, en Dorsetshire, que habían cometido la insolencia de formar una *trade union*.

Esta revuelta de los braceros rurales se extendió más ampliamente por East Anglia y las Midlands, así como en los condados del sur, y duró más tiempo de lo que se trasluce en la narración de los Hammond. Han sobrevivido unos pocos relatos de primera mano, de la parte de los braceros. En 1845, Somerville tomó nota de la historia de Joseph Carter, un jornalero de Hampshire del pueblo de Sutton Scotney (uno de

33. *Wellington Despatches*, serie segunda, viii, p. 388, cit. H. W. C. Davis, *op. cit.*, p. 224.

34. A. Prentice, *Historical Sketches of Manchester*, p. 372. En total, fueron ahorcados 9 braceros, 457 fueron deportados y casi 400 encarcelados. Véase J. L. y B. Hammond, *The Village Labourer*, caps. X y XI.

los lugares donde se inició la revuelta) que fue condenado a ser deportado por su participación en ella, y que estuvo durante 2 años en las galeras de Portsmouth. «Todo el mundo se sintió impulsado por un igual al ir —decía Carter—: Nadie se negó.»

> Yo estuve en la reunión en aquella casa de la esquina, allí, al otro lado de la calle, la noche en que Joe Mason nos leyó a todos la carta que provenía de Overton. La carta no estaba firmada. Pero Joe dijo que sabía de quién era. Joe era un hombre instruido. La carta, yo lo sé, era del viejo D--s; que bien muerto esté; y venía de Newton, nunca vino de Overton. Decía que teníamos que parar el trabajo, y que los hombres de Sutton tenían que salir al campo y parar los arados. Tenían que mandar las caballerías a los agricultores para que se las arreglasen ellos solos e iban a llevar hombres con ellos. E irían y sacarían a los hombres de los establos. Y todos irían a romper las máquinas que los agricultores habían comprado para hacer la trilla ...
>
> Bien, en cuanto a la carta, Joe Mason la leyó. Entonces no sabíamos de quien era. Pero ahora todos los de este lugar lo sabemos, aquel viejo D--s tenía que ver con aquello. Era un gran amigo del señor Cobbett. Solía escribirle al señor Cobbett. Nunca se puso en líos. Era demasiado buen político para poner a la gente en líos, y para ponerse él mismo en ellos. No, no le doy la culpa de eso al señor Cobbett. Sólo me refiero al viejo D--s, el zapatero ...

Luego los trabajadores recogieron dinero, o lo obtuvieron por extorsión, de la *gentry* y los agricultores, e hicieron tesorero a Joseph Carter:

> Dijeron que yo era honrado y me lo dieron para que lo guardase. En cierto momento tuve 40 libras: 40 libras chelín por chelín. Desde entonces, mucha gente me ha dicho que debería haberme ido con él. Una vez pensé en hacerlo. Llegó el coche cuando estábamos en la carretera de Londres, y me vino a la cabeza subir al coche con las 40 libras, y desentenderme de todo el asunto. Pero pensé que dejaba a mi esposa y que todos me llamarían vagabundo, y el coche pasó de largo ...
>
> No era necesario que me pusiesen a prueba. Vinieron una y otra vez cuando estaba en la prisión de Winchester, para hacerme hablar en contra de los dos Mason. Me ofrecieron la absolución con decirles simplemente lo que sabía contra ellos. Si hubiese dicho lo que sabía, les hubiesen colgado, tan seguro como colgaron a Borrowman, y Cooke y Cooper. Me llevaron junto con otros prisioneros a verles colgados. Con

eso intentaban asustarnos para que dijésemos todo lo que sabíamos unos de otros. Pero yo no iba a chivar. De ese modo a Mason sólo lo deportaron y también me deportaron a mí. La muchedumbre me arrastró contra mi voluntad, pero eso no era suficiente para chivar luego, porque como ves, yo seguí estando con ellos. ... Fueron los compañeros jóvenes quienes lo hicieron ...[35]

La revuelta de los braceros fue un auténtico estallido de destrucción de máquinas, con pocos indicios de una motivación política ulterior. Aunque se destruyeron almiares de grano y otras propiedades (así como maquinaria industrial en los distritos rurales), el principal ataque fue contra las máquinas trilladoras, que (a pesar de los sermones futuristas) desplazaban de manera evidente a los casi famélicos trabajadores. Por lo tanto, la destrucción de las máquinas tenía, de hecho, como resultado cierto alivio momentáneo.[36] Pero es posible que entre los «compañeros jóvenes» se divulgasen ideas políticas de mayor trascendencia.[37] Un hombre «instruido» como Joe Mason puede prefigurar a George Loveless. Remendones radicales como D--s podían encontrarse en la mayor parte de las pequeñas ciudades de mercado. Es tentador sugerir que en Norfolk las agitaciones de los jacobinos y los radicales habían dejado algunas huellas en los pueblos. En Lincolnshire, en 1830, se hicieron los más enérgicos esfuerzos para intimidar a los braceros que habían leído el *Register* de Cobbett.[38] Pero si bien se estaba despertando una conciencia política, ésta no alcanzó el punto necesario para que los trabajadores urbanos y rurales pudiesen formar organizaciones comunes o hiciesen causa común, hasta varios años después de que la revuelta de los braceros hubiese sido reprimida.[39]

35. A. Somerville, *op. cit.*, pp. 262-264.

36. Véase E. J. Hobsbawm, «The Machine-Breakers», *Past and Present* (1 de febrero de 1952), p. 67. (Hay trad. cast.: «Los destructores de máquinas» en *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*. Crítica, Barcelona, 1979, pp. 16-35.)

37. Tuvo amplia repercusión lo que, al parecer, dijo un bracero de Kent: «Este año destruiremos las hacinas y las máquinas trilladoras. El año que viene les tocará a los Párrocos, y el tercer año les declararemos la guerra a los Hombres de Estado»; véase, como ejemplo, octavilla en H.O. 40.25.

38. Véase J. Hughes, «Tried Beyond Endurance», *The Landworker* (noviembre, 1954).

39. En 1833, James Watson hizo un llamamiento a los miembros de la *National Union of Working Classes* para que hiciesen un esfuerzo especial para crear secciones entre los trabajadores rurales. *Working Man's Friend* (3 de agosto de 1833). Véase también *Radical Reformer* (19 de noviembre de 1831).

La revuelta de 1830 no dejó de tener resultados por completo. En los condados del sur condujo a una elevación temporal de los salarios. Y, de forma indirecta, dio un empujón final a la Vieja Corrupción. Muchos agricultores, y unos pocos miembros de la *gentry*, se habían avergonzado de la cuestión, habían negociado con las muchedumbres o les habían dado un apoyo pasivo. La revuelta, por una parte socavó la confianza de la *gentry*, y por otra contribuyó a que surgiera la agitación en favor de la reforma de los años 1831-1832. «La característica importante del asunto —escribió Cobbett— es que la *clase media*, que anteriormente siempre se había alineado, hablando en general, contra la *clase obrera*, está ahora *con ella* en corazón y en pensamiento, aunque no siempre en acto. ... Entre los hombres de oficio, incluso los de la metrópolis, *99 de cada 100 están del lado de los braceros.*»[40] La aristocracia perdió «prestigio»: la necesidad y la urgencia de la reforma se hizo más evidente. Y desde este momento en adelante se puede ver un desarrollo político articulado entre los braceros rurales: bolsas de tradeunionismo en la década de 1830; el padre de Joseph Arch («firme como el Pasado, un hombre perseverante») represaliado en 1835 por negarse a firmar una petición en favor de las *Corn Laws*; una propagación de secciones cartistas en East Anglia y el sur.

Pero los agravios de los braceros tuvieron, por así decirlo, una existencia delegada, ensortijados con las otras hebras que componían la conciencia de la clase obrera urbana. Aunque —a diferencia de Francia o Irlanda— nunca dio lugar a una agitación nacional coherente, el mar de fondo de la protesta rural siempre volvía al acceso a la *tierra*. «Los tiempos solían ser mejores antes de que Bedlow fuese cercado ... Estaríamos contentos de vivir en un *rood** de tierra y pagar la renta máxima por él» (Petición de los Braceros de Buckinghamshire, 1834). « ... pequeñas parcelas de tierra para que los trabajadores las cultivasen con una laya ...» (Petición de los Braceros de Essex, 1837). «Deseaba que todo jornalero tuviese tres o cuatro acres de tierra a la misma renta que pagaban los agricultores. Pagarían esto y estarían contentos. (Fuertes aplausos ...)» (discurso de un jornalero de Wiltshire, 1845). Cuando el bracero o sus hijos se trasladaban a la ciudad,

40. *Political Register* (4 de diciembre de 1830).

* Medida de superficie para medir tierras, que tiene unos 40 *poles* o *perches* (medidas de longitud que equivalen a 5,029 m), pero que pueden variar localmente. (*N. de la t.*)

esta aspiración permanecía. Y cuando los diezmos, las *Game Laws* y las máquinas trilladoras se habían olvidado, la sensación de haber perdido unos derechos persistía; o, como dice Clapham, se «exageraba» en «el recuerdo popular». Veremos cómo Cobbett y Hunt, ambos agricultores, ayudaron a configurar el nuevo radicalismo urbano; pero los recuerdos rurales se alimentaron en la cultura de la clase obrera urbana a través de innumerables experiencias personales.[41] A lo largo del siglo XIX, el obrero urbano elaboró de forma articulada el odio al «hacendado aristócrata», que quizá su abuelo había alimentado en secreto: le gustaba ver al *squire* repudiado en horribles melodramas, e incluso prefería un Comité Protector a la caridad de lady Bountiful; consideraba que el terrateniente no tenía «derecho» a su riqueza, mientras que el propietario de la fábrica, aunque fuese con medios poco honrados, se la había «ganado». La respuesta de los miembros urbanos de las *trade unions* ante la deportación de los braceros de Tolpuddle fue inmediata y abrumadora; y ante las luchas posteriores de la *Arch's union* apenas fue menor. Y el anhelo de tierra emerge una y otra vez, entremezclado con el deseo de «independencia» de los trabajadores a domicilio, desde los tiempos de Spence hasta el *Land Plan* cartista y más allá. Quizá sus vestigios se encuentren aún hoy entre nosotros, en las parcelas y los pequeños huertos. La tierra siempre lleva consigo asociaciones —de posición social, seguridad, derechos— más profundas que el valor de su cosecha.

La influencia de esto la encontramos, en un momento tan temprano como la década de 1790, en el odio jacobino hacia la aristocracia terrateniente. Esta fue una característica perdurable del radicalismo de los artesanos, alimentada por la *Agrarian Justice* de Paine y la propaganda de Spence en favor de la nacionalización de la tierra. Durante la fuerte depresión de la posguerra, el doctor Watson y otros oradores se ganaron un gran apoyo por parte de los desempleados, los soldados y marineros licenciados que asistieron a los mines de Spa Fields: « ... los oficios y el comercio han sido aniquilados, pero la tierra, por naturaleza, todavía estaba preparada para sostener a la humanidad. La tierra siempre es suficiente para que el hombre supere la miseria ... si por lo menos tiene una pala y un azadón ...».[42] En la década siguien-

41. Richard Hoggart ha dado testimonio respecto de la supervivencia de recuerdos rurales entre la clase obrera de Leeds, en la década de 1930. Véase *Uses of Literacy*, 1957, pp. 23-25.

42. W. M. Gurney, *Trial of James Watson*, 1817, I, p. 70.

te, a medida que el owenismo cambió de forma entre sus seguidores plebeyos, el sueño de una comunidad cooperativa basada en la tierra adquirió una fuerza extraordinaria.

Y de ese modo, al mito político de la libertad inglesa anterior al «Bastardo normando y su ejército de bandidos», se le añadió el mito social de la edad dorada de la comunidad aldeana antes de las *enclosures* y antes de las guerras:

> En eso reside que podamos ver la restauración de los viejos tiempos de Inglaterra, de la vieja comida inglesa, las viejas fiestas inglesas, y la vieja justicia inglesa, y que cada hombre viva con el sudor de su frente ... cuando el tejedor trabajaba en su propio telar y desentumecía sus miembros en su propio campo, cuando las leyes reconocían el derecho del pobre a una abundancia de todo ...

Quien lo dice es Feargus O'Connor, el líder cartista, que le daba proporciones gargantuescas al mito; pero Cobbett, Hunt, Oastler y otros muchos líderes radicales contribuyeron a ello. Se olvidaron del feroz código penal, las privaciones, los correccionales de la vieja Inglaterra; sin embargo, el mito de la comunidad paternalista perdida se convirtió en una fuerza de derecho propio, quizá una fuerza tan poderosa como las proyecciones utópicas de Owen y los socialistas. Decir que era un «mito» no quiere decir que todo era falso; más bien era un montaje de recuerdos, un «promedio» en el que cada pérdida y cada injuria queda insertada en un total. En su juventud, «el Viejo Robin» le dice al propietario de la fábrica (en un folleto de O'Connor) «todas esas calles nuevas que están detrás de la casa del señor Twist y el señor Grab y el señor Screw ... eran *open fields*,* y los niños solían ir allí a los ocho, nueve, diez, once, sí, y a los doce años a emplear su tiempo jugando al criquet, al lazo, a las bolas y a la pelota ... y a la pídola...». Luego vino la época «en que la gente rica aterrorizó a la gente pobre hasta sacarla de sus cabales con su «Ya viene» y «ellos ya vienen». «¿Quiénes son "ellos", Robin?»

> Pues, *Boney*** y los franceses, seguro. Bien, fue la época en que la gente rica asustó a la gente pobre y le robó toda la tierra. Todo esto era

* Sistema por el que la tierra cultivable de un pueblo se separaba en diversas porciones o franjas no cerradas y se distribuía entre los aldeanos. (*N. de la t.*)

** Se refiere a Bonaparte. (*N. de la t.*)

comunal, señor Smith ... Todo, a la derecha y a la izquierda, más allá de la prisión y los cuarteles todo era comunal. Y toda la gente (de Polvo del Diablo) tendría una vaca, o un burro, o un caballo en los pastos comunales, y jugarían a criquet y a carreras y a lucha libre ...

... Construyeron el cuartel en un extremo y la iglesia en el otro ... y, por fin, todo el pueblo tuvo que vender la vaca para pagar al Abogado Molinero, y al Abogado Recaudador ... y ahora el hijo de uno de ellos es alcalde, y el del otro ... es director de un banco. Sí, querido, muchos de los hombres honrados fueron colgados y deportados lejos de las viejas tierras comunales.[43]

Es una ironía histórica que no fuesen los braceros rurales, sino los obreros urbanos los que organizaron la mayor agitación coherente a nivel nacional, en favor del retorno de la tierra. Algunos de ellos eran hijos y nietos de braceros, cuyo talento se había agudizado con la vida política de las ciudades, liberados de las sombras del *squire*. Algunos —los que apoyaban el *Land Plan*— eran tejedores y artesanos de ascendencia rural: «mi padre y mi abuelo y toda la gente de mi pueblo trabajaban la tierra y ésta no acabó con ellos, ¿por qué debería acabar conmigo?».[44] Enfrentado con los tiempos difíciles y el desempleo en los desiertos de ladrillo de las crecientes ciudades, el recuerdo de los derechos perdidos se alzó con la nueva amargura de la privación.

Nos hemos desviado lejos de los promedios. Esa era nuestra intención. Porque no podemos hacer un promedio del bienestar. Hemos atisbado algo de la otra cara del mundo de las novelas de Jane Austen; y los que vivieron en aquella cara *experimentaron* el período como bastante catastrófico. «Cuando los agricultores se convirtieron en *gentlemen* —escribió Cobbett— sus braceros se convirtieron en *esclavos*.» Si es posible argumentar que, al final del proceso, hubo mejora, debemos recordar que la mejora fue para otra gente. Cuando comparamos a un bracero de Suffolk con su nieta que trabaja en una fábrica de los algodoneros, estamos comparando —no dos niveles—, sino dos formas de vida.

Sin embargo, hay dos puntos importantes que se deben señalar acerca de esos promedios. El primero es que, dadas las mismas cifras, es posible demostrar tanto un relativo declive como un aumento absoluto de la pobreza. La agricultura es una actividad con una demanda de tra-

43. F. O'Connor, *The Employer and the Employed*, 1844, pp. 15, 41-42, 56.
44. *The Labourer*, 1847, p. 46.

bajo inelástica: si en 1790, se necesitaban diez jornaleros en una explotación agrícola determinada, en 1830 podrían ser diez u —con arados perfeccionados y máquinas trilladoras— ocho. Podríamos demostrar que el bracero o el carretero que tenían su empleo regular aumentaron sus salarios reales durante este período; mientras que el aumento demográfico de la aldea —trabajo eventual y desempleados— conducía a un aumento absoluto del número de los pobres. Y aunque esto podía ser más evidente en la agricultura, la misma hipótesis podría surgir en nuestra mente cuando tratemos la visión de conjunto a nivel nacional. Si, por mor de la discusión, tomamos la hipótesis de que un 40 por 100 de la población (10,5 millones) vivía por debajo de un nivel de pobreza determinado en 1790, pero en 1841 sólo el 30 por 100 de la población (18,1 millones) continuaba en la misma situación; sin embargo, nos encontramos con que el número absoluto de pobres habrá aumentado desde, más o menos, cuatro millones hasta bastante más de cinco millones. Se «notará» más pobreza, y por otra parte, habrá, de hecho, más gente pobre.

Esto no es hacer malabarismos con las cifras. Es posible que lo que ocurriese fuera algo de ese estilo. Pero a la vez ninguna valoración de este tipo de los promedios nos puede decir algo acerca de las relaciones humanas «medias». Para juzgarlas, estamos obligados a abrirnos camino como podamos a través de las problemáticas fuentes de información subjetivas. Y una opinión sobre este período debe incluir, con seguridad, alguna impresión del *gentleman* inglés «medio». No debemos aceptar el improperio de Cobbett: «la más cruel, la más insensible, la más brutal e insolente» de las criaturas de Dios. Pero tampoco debemos retroceder a algunas de las más sospechosas ideas que han reaparecido desde hace poco tiempo: «Los *gentlemen* rurales ingleses eran, ciertamente, quizá la más notable clase de hombres que jamás haya producido sociedad alguna en cualquier parte del mundo».[45] En lugar de ésta, podemos dar la opinión de un bracero de Norfolk, en una carta anónima dirigida a los «*Gentlemen* de Ashill»: «Nos habéis sometido ya a la carga más pesada y nos habéis uncido al yugo más severo que jamás conocimos»;

> Es demasiado cruel para soportarlo, a menudo nos habéis cegado diciéndonos que toda la culpa era de los que tienen un escaño en el Par-

45. R. J. White, *Waterloo to Peterloo*, 1957, pp. 40-44.

> lamento, pero ... ellos no tienen nada que ver con la regulación de esta parroquia.
>
> Hacéis lo que queréis, les robáis a los pobres sus derechos Comunales, roturáis la hierba que Dios mandó crecer para que el pobre pueda alimentar una Vaca, un Cerdo, un Caballo y no un Asno; dejáis inmundicias y piedras en el camino para impedir que crezca la hierba ... Hay 5 o 6 de vosotros que tenéis toda la Tierra de esta parroquia en vuestras manos y desearíais ser ricos y matar de hambre a todos los demás pobres ...

«Hemos contado que somos 60 por cada 1 de vosotros: por consiguiente ¿deberíais gobernar, siendo tantos contra 1?» [46]

Pero el odio especial de la comunidad rural se reservaba para el clero que consumía el diezmo. «Prepara tu perversa Alma para la Muerte», ésta es la amenaza que recibió un vicario de Essex en 1830, dentro de la carta había dos fósforos: «Tú & tu pandilla sois los más Desamparados de esta parroquia ...». El párroco de Freshwater (Isla de Wight) recibió una intimidación todavía más explícita de uno de sus parroquianos, en forma de un fuego suave acompañado de una carta. «Durante los últimos 20 años hemos vivido en una Condición Miserable para mantener tu Maldito Orgullo»:

> Lo que hemos hecho ahora es luchar contra nuestra Voluntad, pero tu corazón es tan duro como el corazón de un Faraón ... De modo que de momento y por este fuego no te lo debes tomar como una ofensa, porque si no te lo hubieses merecido no lo hubiésemos hecho. En cuanto a ti mi Viejo amigo suerte que no estabas aquí, de lo contrario me temo que te hubieras asado, y si eso hubiese ocurrido cómo se hubieran reído los agricultores al ver a su Párroco asado al fin ...

«Y en cuanto a este pequeño fuego —finalizaba el escritor con el mismo mal humor—, no te asustes, cuando Quememos tu granero será mucho peor ...» [47]

46. Carta adjunta a la del reverendo Edwards a Sidmouth, 22 de mayo de 1816, H.O. 42.150.

47. Cartas adjuntas a las del reverendo W. M. Hurlock, 14 de diciembre de 1830, y el mismo reverendo deán Wood, 29 de noviembre de 1830, en H.O. 52.7.

8. ARTESANOS Y OTROS

Si en la agricultura el promedio es esquivo, no lo es menos cuando nos referimos a los trabajadores de la industria urbana. Todavía en 1830, el obrero industrial característico no trabajaba en una fábrica o factoría, sino (como artesano o «trabajador manual») en un pequeño taller o en su propia casa, o (como peón) en empleos callejeros más o menos eventuales, en solares para edificación, en los muelles. Cuando Cobbett dirigía su *Political Register* hacia la gente común, en 1816, no lo hacía a la clase obrera, sino a los «Oficiales y Peones». Debajo del término «artesano» había grandes diferencias de grado, desde el próspero maestro artesano que tenía mano de obra empleada por cuenta propia y que era independiente de cualquier patrono, a los explotados peones de buhardilla. Por esa razón, es difícil dar cualquier estimación precisa del número y la posición social de los artesanos en los diferentes oficios. Los cuadros referentes a oficios del censo de 1831, no se esfuerzan en diferenciar entre el patrono, el que trabaja por cuenta propia y el peón.[1] Después de los braceros agrícolas y los criados domésticos (para Gran Bretaña, en 1831, se cuentan 670.491 mujeres empleadas en el servicio doméstico), los oficios relacionados con la construcción componían el siguiente grupo más numeroso que daba trabajo a un conjunto de 350.000 a 400.000 hombres y muchachos en 1831. Dejando de lado las industrias textiles, en las que aún predominaba el trabajo a domicilio, el oficio artesano independiente más numeroso era el de la zapatería, con una estimación de 133.000 trabaja-

1. Más tarde, Mayhew describió las estadísticas sobre ocupación como «crudas, no digeridas y esencialmente acientíficas», un documento «cuya insuficiencia es una desgracia nacional para nosotros, puesto que en ellas se encuentran revueltas las clases negociantes y trabajadoras en la más compleja confusión, y los oficios se hallan clasificados de una forma que avergonzaría al simple principiante».

dores masculinos adultos para 1831, seguido de la sastrería, con 74.000. (Estas cifras incluyen al patrono, al zapatero remendón o al sastre rural, al trabajador a domicilio, al tendero y al artesano propiamente dicho.) Con respecto a Londres, el mayor centro artesano del mundo, para el que la doctora Dorothy George parece prestar su autoridad a una estimación grosera de 100.000 oficiales de todo tipo a principios del siglo XIX, sir John Clapham nos informa:

> ... el típico obrero cualificado de Londres no era ni empleado de una fábrica de cerveza, ni carpintero de navíos, ni tejedor de seda, sino miembro de los oficios de la construcción, o zapatero, sastre, ebanista, impresor, relojero, joyero, panadero, ... para mencionar los oficios principales, cada uno de los cuales tenía unos 2.500 miembros adultos en 1831.[2]

Los salarios de los artesanos especializados, a principios del siglo XIX, estaban a menudo menos determinados por «la oferta y la demanda» en el mercado de trabajo que por nociones de prestigio social o «costumbre». La regulación tradicional de salarios puede abarcar muchas cosas, desde la posición conferida al artesano rural por la tradición, a la intrincada regulación institucional en los centros urbanos. La industria estaba todavía ampliamente dispersa por todas las zonas rurales. El calderero, el afilador y el buhonero solían llevar sus cacharros y sus habilidades de hacienda en hacienda y de feria en feria. En las poblaciones grandes habría albañiles, techadores, carpinteros, carreteros, zapateros, herreros; en las pequeñas ciudades donde se hacía mercado habría talabarteros, guarnicioneros, curtidores, sastres, zapateros, tejedores y muy posiblemente alguna especialidad local como, por ejemplo, hacer estribos, aplicar encajes a las almohadas, así como todo lo relacionado con los mesones de las postas, el transporte de la producción agrícola y el carbón, la molienda, el hornear y otras cosas por el estilo. Muchos de esos artesanos rurales eran más instruidos y polifacéticos que los trabajadores urbanos —tejedores, calceteros o mineros—, con los que entraban en contacto cuando iban a las ciudades, y se sentían «superiores» a ellos. Llevaban consigo sus propias cos-

2. Para esas cifras, véase *Parliamentary Papers*, 1833, *XXXVII*; Clapham, *op. cit.*, en especial pp. 72-74, y cap. 5; R. M. Martin, *Taxation of the British Empire*, 1833, pp. 193, 256.

tumbres, y sin duda algunas de ellas influyeron en la fijación de salarios y la gradación de éstos en los oficios de aquellas pequeñas ciudades que se convirtieron, con el tiempo, en grandes industrias urbanas: la construcción, la construcción de coches, e incluso la mecánica.

En muchas de las industrias de los pueblos, los precios se regían por la tradición más que por el cálculo del coste (que rara vez se conocía), en especial cuando se utilizaban materiales —madera o piedra— locales. El herrero podía trabajar a tanto dinero la libra en un trabajo tosco y un poco más caro si se trataba de un trabajo delicado. George Sturt, en su clásico estudio de *The Wheelwright's Shop*, ha descrito hasta qué punto prevalecían todavía los precios tradicionales en Farnham cuando él se hizo cargo de la empresa de la familia en 1884. «Mi gran problema fue averiguar los precios tradicionales»,

> Dudo que hubiera un hombre de oficio en el distrito —estoy seguro de que no había ningún ruedero— que supiese en realidad cuál era el coste de su producción, o cuáles eran sus beneficios, o si ganaba o perdía dinero en un trabajo en particular.

Gran parte del beneficio provenía de las «chapuzas» y las reparaciones. En cuanto a las carretas y los carros, «la única posibilidad que tenía de sacar beneficio hubiese sido bajando la calidad de los productos; y esto quedaba excluido debido a la idiosincracia de los hombres que trabajaban». Éstos trabajaban al ritmo que su arte exigía: «posiblemente (y de manera apropiada) exageraban el respeto por la buena hechura y el buen material»; y en cuanto al último, «ocurría con cierta frecuencia que un trabajador disgustado se negara a utilizar el material que yo le había suministrado». En el trabajador se hallaba «depositado todo el saber local respecto de cómo debía ser el buen trabajo de un carretero».[3]

Las acostumbradas tradiciones de la artesanía traían normalmente consigo rudimentarias ideas de precio «equitativo» y de salario «justo». En las primeras discusiones de las *trade unions* eran tan destacados los criterios sociales y morales —la subsistencia, la dignidad, el orgullo de ciertos valores de la artesanía, las retribuciones tradicionales para los diversos grados de destreza—, como los argumentos estrictamente «económicos». El taller de ruedero de Sturt conservaba prácticas mucho más

3. G. Sturt, *The Wheelwright's Shop*, 1923, caps. 10, 37.

antiguas, y era el primo rural de la industria de la construcción de coches en la ciudad, en la que —a principios del siglo XIX— había una verdadera jerarquía cuyas diferencias en los salarios apenas podían justificarse por motivos económicos. «Los salarios están en proporción a la minuciosidad del trabajo», se nos dice en un *Book of English Trade* de 1818: para los que hacen el armazón, de 2 libras a 3 libras por semana; los que cepillan y pulen la madera «cerca de dos guineas»; los que construyen el carruaje de 1 libra a 2 libras; el herrero alrededor de 30*s*.; mientras que los pintores tenían su propia jerarquía, los pintores heráldicos, que adornaban con emblemas los carruajes de los grandes y los ostentosos, cobraban desde 3 libras a 4 libras, los que pintaban el armazón cerca de 2 libras, y los oficiales pintores de 20*s*. a 30*s*. Las diferencias respaldaban, o quizá reflejaban, gradaciones de prestigio social:

> Los primeros son los que construyen el armazón; luego vienen los que construyen el carruaje; luego los que cepillan y pulen la madera, después los herreros; luego los que hacen las ballestas; luego los ruederos, los pintores, los niqueladores, los que hacen los tirantes de la suspensión, etc. Los que construyen el armazón son los más ricos de todos y entre ellos constituyen una especie de aristocracia a la que los demás trabajadores admiran con sentimientos medio de respeto, medio de envidia. Ellos advierten su importancia y tratan a los otros con diversas consideraciones: los que construyen los carruajes tienen derecho a una especie de familiaridad condescendiente; los que cepillan y pulen la madera son considerados demasiado buenos para ser despreciados; a un capataz de los pintores lo pueden tratar con respeto, pero los operarios de los pintores como mucho se pueden ver favorecidos con una inclinación de cabeza.[4]

Estas condiciones estaban respaldadas por las actividades de una «Sociedad de Socorro Mutuo de los Constructores de Coches», y sobrevivieron a la condena, en 1819 bajo las *Combination Acts*, del secretario general y otros veinte miembros de la sociedad. Pero en este punto, es importante observar ese uso primitivo del término «aristocracia»,

4. W. B. Adams, *English Pleasure Carriages*, 1837, citado en E. Hobsbawm, «Custom, Wages and Work-load in Nineteenth Century Industry», en *Essays in Labour History*, compilado por A. Briggs y J. Saville, p. 116. (Hay trad. cast.: «Costumbre, salarios e intensidad de trabajo en la industria del siglo XIX» en *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Crítica, Barcelona, 1979, pp. 352-383.)

con referencia al artesano cualificado.[5] A veces se da por supuesto que el fenómeno de una «aristocracia obrera» coincidió con el sindicalismo de los obreros cualificados de las décadas de 1850 y 1860, o incluso fue una consecuencia del imperialismo. Pero de hecho, en los años comprendidos entre 1800 y 1850 encontramos a la vez una vieja y nueva élite del trabajo. La vieja élite estaba compuesta por los maestros artesanos que se consideraban tan «importantes» como los patronos, los tenderos o los profesionales.[6] (El *Book of English Trades* cataloga al boticario, al abogado, al óptico y al escribano junto al carpintero, tintorero de pieles, sastre y alfarero.) En algunas industrias, la posición privilegiada del artesano sobrevivió en la producción del taller o la fábrica, merced a la fuerza de la costumbre, o a la asociación y la restricción del aprendizaje, o porque el oficio siguió siendo altamente cualificado o especializado, como por ejemplo, el trabajo delicado y «caprichoso» de las secciones de lujo de los oficios del vidrio, la madera y el metal. La nueva élite surgió con las nuevas técnicas en el acero, la mecánica y las industrias manufactureras. Esto está bastante claro por lo que a la mecánica se refiere, pero incluso en la industria del algodón debemos recordar la advertencia, «no todos somos hilanderos». Entre las 1.225 subdivisiones de las secciones de empleo de la industria del algodón, que se enumeran en el censo de 1841, se encuentran los inspectores, los diversos tipos de «encargados de mantenimiento» especializados que ajustaban y reparaban las máquinas, los diseñadores de dibujos para el estampado del percal, y multitud de otros oficios auxiliares cualificados en los que se podían ganar salarios excepcionales.

Si bien encontramos una aristocracia especialmente favorecida en los oficios de lujo de Londres y en el límite entre las especialidades y las funciones técnicas y de dirección en las grandes industrias manufactureras, también había una aristocracia inferior de artesanos o trabajadores privilegiados casi en cada una de las industrias especializadas. Esto lo podemos detectar si miramos, por un momento, a través de la visión inquisitiva y divertida de Thomas Large, un calcetero de Leicester que formó parte de una delegación que fue a Londres en 1812, para con-

5. Otro uso primitivo del término se encuentra en el *First Report of the Constabulary Commissioners*, 1839, p. 134, en un contexto que indica que el término se difundió en aquel momento.

6. Para la «aristocracia» del siglo XVIII, véase M. D. George, *op. cit.*, cap. 4.

vencer a los miembros del Parlamento en favor de un proyecto de ley para regular las condiciones en la industria calcetera.[7] Cuando hubieron llegado a Londres, los tejedores de punto —que en aquel momento no tenían una *trade union* organizada de manera permanente, sino sencillamente un comité *ad hoc* que se había formado para promover la aprobación de su proyecto de ley— se pusieron en contacto con los sindicalistas de Londres que, a pesar de las *Combination Acts*, se encontraban con facilidad en sus locales de reunión:

> Hemos ocupado la misma Sala en la que el comité de carpinteros se reunió [escribió Thomas Large a sus amigos de las Midlands] cuando decidieron acelerar el último Proceso sobre el sistema de corte. Hemos tenido la oportunidad de hablar con ellos sobre el tema, ellos pensaban que nosotros teníamos un fondo en base al principio inalterable de responder cualquier demanda en cualquier momento, y si este hubiera sido el caso, nos hubiesen dejado dos o tres mil libras (ya que en el fondo que pertenece a ese Oficio hay 20.000 libras), pero cuando supieron que nuestro Oficio no guardaba ningún fondo regular para mantenerse, En lugar de Prestarnos dinero, hicieron un mecánico gesto de desprecio y se hicieron señas unos a otros con miradas significativas, Exclamando, ¡¡¡Que el Señor nos bendiga!!! ¡¡¡qué locos¡¡¡ ¡tienen muy merecido todo lo que les ocurre! ¡¡¡y diez veces más!!! ¡Siempre habíamos pensado que los tejedores de punto eran un atajo de pobres criaturas! Tipos tan faltos de espíritu como sus bolsillos lo están de dinero. ¿Qué sería de nuestro Oficio si no nos asociáramos?, ¡quizá un día como hoy, seríamos tan pobres como vosotros! ¡Mirad los otros Oficios! todos se Asocian (exceptuando a los tejedores de Spitalfields, y en qué Miserable Condición se encuentran). Fijaos en los Sastres, Zapateros, Encuadernadores, Batidores de oro, Impresores, Albañiles, sastres especializados en confeccionar abrigos, Sombrereros, Tintoreros de pieles, Canteros, Hojalateros, ninguno de esos oficios Cobra Menos de 30/- por semana, y de aquello a cinco guineas todo es gracias a la Asociación, sin ella sus Oficios estarían tan mal como el vuestro ...[8]

A la lista de Thomas Large se pondrían añadir muchos más. Los cajistas y los periodistas estaban en aquel momento en el límite de los 30*s*., línea de privilegio, habiendo sostenido una lucha particularmen-

7. Véase más adelante, vol. 2, pp. 107-113.

8. *Records of the Borough of Nottingham 1800-1835*, 1952, VIII, de Thomas Large al Comité de Tejedores de punto, 24 de abril de 1812.

te dura para organizarse frente a los patronos asociados de Londres. Algunos trabajadores cualificados eran menos afortunados. La asociación de fundidores de tipos de letras se había disuelto, y se afirmaba que sus salarios eran de 18*s*. a la semana, por promedio, en 1818, sin haber experimentado ningún avance desde 1790. Lo mismo era también cierto para los ópticos y los constructores de cañerías. El *Gorgon* indicaba en 1819 que el salario del «trabajador manual» medio de Londres podía ser de 25*s*. si se hacía un promedio para todo el año.[9] Pero en 1824, cuando se revocan las *Combination Acts* y las *craft unions* de los oficios de Londres se mostraron abiertamente, es cuando podemos hacernos una idea de la «aristocracia inferior», con la mención de algunos oficios que aparecían con mayor frecuencia en las columnas del *Trades Newspaper* de 1825; a la larga lista de Large podemos añadir los toneleros, carpinteros de navío, aserradores, calafateadores de barcos, estiradores de alambre, fundidores de piezas navales, tratantes de pieles, curtidores, cordeleros, fundidores de latón, tintoreros de seda, relojeros, peleteros y otros. Es una lista impresionante; y esos hombres, tanto en Londres como en las ciudades más grandes, constituían el mismo corazón de la cultura artesana y de los movimientos políticos de esos años. Todos estos oficios de ningún modo eran privilegiados por un igual. En 1825, algunos de los oficios tenían menos de 100 miembros y muy pocos excedían los 500. Había una gran variedad que iba desde grupos excepcionalmente privilegiados, como los tapiceros (que cobraban «enormes primas» por la admisión al aprendizaje), a los zapateros, los cuales (como veremos) se encontraban ya en las garras de una crisis que les estaba degradando a la posición de trabajadores a domicilio.[10]

En las provincias encontraremos parecidos e importantes grupos de artesanos privilegiados o de trabajadores especializados, no sólo en los mismos oficios, sino en oficios que apenas estaban representados en Londres. Esto era particularmente cierto para la cuchillería de Sheffield y las pequeñas industrias de mercería de Birmingham. Más adelante, continuaron existiendo, hasta muy entrado el siglo XIX, los numerosos pequeños talleres que convirtieron a Birmingham en la metrópoli de los menestrales. Los talleres del soho de Boulton tienen un papel importante en el crecimiento económico. Pero la gran mayoría de la pobla-

9. Véase *Gorgon* (17 de octubre, 21 y 28 de noviembre de 1818, 6 de febrero y 20 de marzo de 1819).

10. *Trades Newspaper* (1825-1826), *passim*.

ción de la ciudad, a finales del siglo XVIII, estaba empleada en talleres muy pequeños, ya fuera como peones o como artesanos casi independientes. Enumerar algunos de los productos de Birmingham es evocar la intrincada constelación de especialidades: hebillas, cuchillería, espuelas, palmatorias, juguetes, pistolas, botones, mangos de látigo, cafeteras, escribanías, campanas, accesorios para carruajes, máquinas de vapor, tabaqueras, cañerías de plomo, joyería, lámparas, cacharros de cocina. «Cada hombre que me encontraba —escribió Southey en 1807— apesta a aceite de ballena y esmeril.» [11]

Aquí, en el Black Country, el proceso de especialización durante las tres primeras décadas del siglo XIX tendió a trasladar los procesos más simples, como la fabricación de clavos y cadenas, a las poblaciones circundantes habitadas por trabajadores a domicilio, mientras que las actividades de especialización más elevada seguían estando en la propia metrópoli de Birmingham.[12] En estos oficios artesanos el abismo, en términos psicológicos y a veces económicos, entre el pequeño menestral y el oficial especializado podía ser menor que el que había entre el oficial y el trabajador urbano no cualificado. El acceso a un oficio completo podía estar limitado a los hijos de los que ya trabajaban en él, o sólo se podía comprar mediante una elevada prima de aprendizaje. La restricción con respecto al acceso a un oficio podía estar respaldada por regulaciones corporativas (como las de la Compañía de Cuchilleros de Sheffield, que no fueron abolidas hasta 1814), alentadas por los patronos y mantenidas por las *trade unions* bajo el sobrenombre de sociedades de socorro mutuo. A principios del siglo XIX, entre estos artesanos (observaron los Webb) «tenemos todavía la sociedad industrial dividida de manera vertical, oficio por oficio, en lugar de horizontalmente entre patronos y asalariados».[13] De igual modo, podía ocurrir que sólo los obreros de una sección privilegiada de una industria determinada consiguieran restringir o aumentar las condiciones de entrada en ella. Así, un estudio reciente de los mozos de cuerda de Londres ha revelado la fascinante complejidad de la historia de una sección de tra-

11. J. A. Langford, *A Century of Birmingham Life*, I, p. 272; C. Gill, *History of Birmingham*, I, pp. 95-98; Southey, *Letters from England*, Carta XXVI.

12. Véase S. Timmins (Comp.), *Birmingham and the Midland Hardware District*, 1866, pp. 110 *et passim;* H. D. Fong, *Triumph of Factory System in England*, Tientsin, 1930, pp. 165-169.

13. S. y B. Webb, *The History of Trade Unionism*, edición de 1950, pp. 45-46.

bajadores —incluyendo a los mozos de cuerda de Billingsgate— de quienes, a primera vista, se podría pensar que eran braceros eventuales, pero que, en realidad, se encontraban bajo la vigilancia particular de las autoridades de la *City* y que mantenían una posición privilegiada dentro del océano del trabajo no cualificado, hasta mediados del siglo XIX.[14] Con más frecuencia la distinción se establecía entre el trabajador cualificado, o que había pasado un proceso de aprendizaje, y su operario: el herrero y su *striker*,* el albañil y su peón, el diseñador de estampados para la tela de percal y sus ayudantes, etc.

La distinción entre el artesano y el trabajador no cualificado —en términos de posición social, organización y remuneración económica— seguía siendo tan grande, si no mayor, en el Londres de Henry Mayhew de fines de la década de 1840 y la de 1850, como lo era durante las guerras napoleónicas. «Al pasar de los operarios especializados del *west-end* a los trabajadores no cualificados del barrio este de Londres —comentaba Mayhew—, el cambio moral e intelectual es tan grande, que parece como si estuvieras en otro país con otra población»:

> Los artesanos son, casi todos sin excepción, políticos vehementes. Tienen educación suficiente y son bastante serios para calibrar su importancia en el seno del Estado. ... Los peones no cualificados son un tipo de gente diferente. Hasta ahora son tan apolíticos como los lacayos, y en lugar de sostener violentas opiniones democráticas, parecen no tener opiniones políticas en absoluto; o, si las tienen ... más bien apuntan hacia el mantenimiento de «las cosas como están» que hacia el poder de la población obrera.[15]

En el sur, la mayor participación en las sociedades de socorro mutuo se daba entre los artesanos[16] y también era entre ellos donde la organización de las *trade unions* era más estable y continuada, donde florecieron los movimientos educativos y religiosos y donde el owenismo enraizó con mayor profundidad. De nuevo, la costumbre de «deambular» estaba tan extendida entre los artesanos, que un historiador la ha

14. W. M. Stern, *The Porters of London*, 1960.

* Operario ayudante en las herrerías, que manejaba el mazo o martillo. (*N. de la t.*)

15. H. Mayhew, *London Labour and the London Poor*, 1862, III, p. 243. Frente a ello se debería poner la afirmación de uno de los basureros de Mayhew: «No me preocupo de la política en absoluto, pero soy cartista.»

16. Sobre la composición social de las sociedades de socorro mutuo, véase P. H. J. H. Gosden, *The Friendly Societies in England*, Manchester, 1961, pp. 71 y siguientes.

descrito como «el equivalente, para el artesano, del *Grand Tour*».[17] Veremos cómo su dignidad y su deseo de independencia tiñeron el radicalismo político de los años de posguerra. Y, por otra parte, si despojamos al artesano de su oficio y de las defensas que le proporcionaba su *trade union*, era una de las figuras más miserables del Londres de Mayhew. «Los trabajadores manuales desamparados —le dijo a Mayhew el Maestro de la Wandsworth and Clapham Union— son una clase totalmente diferente de los vagabundos habituales.» Sus casas de huéspedes y sus «locales de encuentro» eran diferentes de los de los vagabundos y de la fraternidad de los «viajeros»; sólo acudirían al asilo cuando estuviesen absolutamente desesperados: «Ha ocurrido algunas veces que, antes de solicitar la entrada, han vendido la camisa y el chaleco que llevaban puestos ...». «El trabajador manual pobre irá a parar al asilo como un hombre perdido, asustado. ... Cuando le vapulean es como un pájaro fuera de su jaula; no sabe a dónde ir, ni cómo conseguir algo.»[18]

El artesano de Londres se vería pocas veces tan abatido, había muchos estadios intermedios antes de llegar a la puerta del asilo. Su historia cambia mucho de oficio en oficio. Y si miramos más allá de Londres hacia los centros industriales del norte y las Midlands, encontraremos otras clases importantes de trabajadores cualificados u operarios de las fábricas —mineros en algunas cuencas mineras, hilanderos de algodón, obreros de la construcción cualificados, trabajadores especializados en las industrias del hierro y del metal— que están entre aquellos a quienes el profesor Ashton describe como «con posibilidad de compartir los beneficios del progreso económico». Entre ellos estaban los mineros de Durham (en el área de Sunderland) a quienes Cobbett describió en 1832:

> Aquí no se ve nada bonito, pero todo parece tener mucho valor, y una cosa importante es que los obreros viven bien ... Los mineros reciben 24 chelines a la semana, no pagan alquiler, el combustible no les cuesta nada, y el médico tampoco les cuesta nada. Su trabajo es terrible, por supuesto, y, quizá, no reciben lo que merecerían; pero, de cualquier modo, viven bien, sus casas y su mobiliario son buenos; y ... sus

17. E. J. Hobsbawm, «The Tramping Artisan», en *Econ. Hist. Review.* Serie 2, III (1950-1951), p. 313. (Hay trad. cast.: «El artesano ambulante», en *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Crítica, Barcelona, 1979, pp. 49-83.)
18. Mayhew, *op. cit.*, I, p. 351.

> vidas son todo lo bueno que razonablemente puede esperar la parte trabajadora de la humanidad.[19]

Los mineros, que en muchos distritos eran casi una «casta hereditaria», tenían fama de ser unos asalariados que comparativamente ganaban bastante:

> Los muchachos de la mina de carbón obtienen oro y plata
> Los muchachos de la fábrica nada obtienen, sino latón...*

El profesor Ashton considera probable que sus salarios fueran más elevados en la década de 1840 que en cualquiera de los años de la guerra, si se exceptúa el mejor. Pero probablemente sus condiciones de trabajo eran peores.[20]

Muchos grupos como éste aumentaron sus salarios reales entre 1790 y 1840. El progreso no fue tan uniforme ni tan continuo como a veces se supone. Estaba estrechamente relacionado con el éxito o el fracaso del sindicalismo en cada industria, y frente a esa serie salarial «optimista» se debe situar el desempleo o la jornada reducida según las estaciones. Pero si sólo nos preocupásemos de los «trabajadores asociados» cualificados que tenían un empleo regular, entonces la controversia en torno al nivel de vida haría tiempo que se habría resuelto por el lado optimista.

Pero de hecho, el problema en su conjunto presenta infinitas complejidades. El estudiante que se encuentra, en su libro de texto, con una confiada afirmación de este tipo:

> En 1830, el coste de la vida era un 11 por 100 más elevado que en 1790, pero en este lapso de tiempo los salarios urbanos habían aumentado, al parecer, por lo menos un 43 por 100.[21]

19. *Rural Rides*, II, p. 294. Frente a esta descripción se deberían situar los tempestuosos incidentes ocurridos en la cuenca minera del noreste: el surgimiento y destrucción de la *union* de Hepburn, entre 1830 y 1832, referidos en R. Fynes, *The Miners of Northumberland and Durham*, caps. 4-6, y *The Skilled Labourer*, caps. 2 y 3.

* Collier lads get towd and silver, / Factory lads gets nowt but brass...

20. Véase T. S. Ashton, «The Coal-Miners of the Eighteenth Century.», *Econ. Journal* (Suplemento), I (1928), pp. 325, 331, 334.

21. T. S. Ashton, *The Industrial Revolution, 1760-1830*, 1948, p. 158.

debería percibir inmediatamente el peligro. No sólo se trata de que los mismos índices del coste de la vida sean objeto de una seria disputa (el propio profesor Ashton ha descrito el índice sobre el que fundamenta su propia afirmación como derivado, quizá, de la dieta de un «diabético»),[22] deberíamos darnos también cuenta de que el índice de salarios urbanos se basa, en lo fundamental, en los salarios de trabajadores cualificados con pleno empleo. Y es precisamente aquí donde aparecen multitud de problemas adicionales. ¿Por qué razón deberíamos suponer, en un período de crecimiento demográfico muy rápido, que la proporción de trabajadores cualificados con empleo en relación con la de trabajadores eventuales y desempleados debería evolucionar de manera favorable a los primeros? ¿Cuál es la razón por la que los historiadores sociales encuentren repetidamente datos que sugieren que este fue un período excepcionalmente penoso para las grandes masas de la población? ¿Cómo se explica —si los años que van de 1820 a 1850 revelan un aumento apreciable del nivel de vida— que después de 30 años más de mejora incuestionable, entre 1850 y 1880, los trabajadores no cualificados de Inglaterra viviesen todavía en las condiciones de privación extrema que demostraron, para la década de 1890, Booth y Rowntree?

La primera mitad del siglo XIX debemos verla como un período de subempleo crónico, en el que los oficios especializados son como islas amenazadas por todos lados por la innovación tecnológica y la irrupción del trabajo juvenil no cualificado. Los mismos salarios por trabajo cualificado esconden a menudo una serie de deducciones obligadas: alquiler de maquinaria, pago por el uso de fuerza motriz, multas por trabajo defectuoso o indisciplina, o sustracciones forzosas de otros tipos. La subcontratación era predominante en la minería, las industrias del hierro y la alfarería, y estaba bastante extendida en la construcción, por lo cual el «intermediario» o el «capataz» emplearía él mismo a trabajadores menos cualificados; mientras que los niños —los *pieceners** en las hilanderías o los *hurryers*** en las minas— eran tradicionalmente empleados por el hilandero o el minero. Los hilanderos de algodón de Manchester declaraban, en 1818, que un salario de 2 libras 3*s*. 4*d*. estaba sujeto a las siguientes deducciones:

22. T. S. Ashton en *Capitalism and the Historians*, p. 146.

* Jóvenes empleados en las hilanderías para mantener los bastidores llenos de algodón en rama y para unir los cabos de los hilos que se rompían. (*N. de la t.*)

** Literalmente, uno que va deprisa o que empuja deprisa. (*N. de la t.*)

1er *piecer** por semana	0	9	2	
2° *piecer* por semana	0	7	2	
3er *piecer* por semana	0	5	3	
Velas, promedio, de invierno y verano, por semana	0	1	6	
Enfermedad y otros gastos no previsibles	0	1	6	
Gasto	1	5	0	libras

y quedaba un resto de 18*s*. 4*d*.[23] Pueden citarse casos similares para todas las industrias, por lo cual los salarios mencionados por los obreros tienen una fisonomía distinta de los que mencionan los patronos. El «*Truck*», o pago en productos, y los «*tommy shops*» complican todavía más el panorama; mientras que los marineros y los trabajadores ribereños estaban sujetos a extorsiones peculiares, a menudo a manos de los taberneros, por ejemplo, los descargadores de carbón del Támesis —hasta la aparición, en 1843, de una ley que les protegía—, sólo podían obtener empleo a través de los taberneros, quienes, a su vez, sólo daban empleo a los hombres que consumían un 50 por 100 de su salario en la taberna.[24]

Cuando entraba en juego un oficio, el artesano se preocupaba tanto de mantener su posición frente al trabajador no cualificado, como de presionar a los patronos. Antes de 1830, son muy pocas las *trade unions* que trataban de atender los intereses de los cualificados y los no cualificados a la vez, en el mismo oficio; y cuando los constructores, durante el período de entusiasmo owenita, adoptaron propuestas que abarcaban a los peones, establecieron muy claramente la distinción:

> Estas Logias** se deberían componer, gradualmente, por arquitectos, canteros, albañiles, carpinteros, pizarreros, yeseros, fontaneros, vidrieros, pintores; y también picapedreros, ladrilleros y peones tan pronto como se puedan preparar con mejores costumbres y más conocimiento

* En las hilanderías, *piecener* (véase nota p. 262) (*N. de la t.*)

23. *Black Dwarf* (9 de septiembre de 1818). Sin embargo el reconocimiento de las cuotas de una asociación mutua para enfermedad (y posiblemente de la *trade union*) como «gastos» necesarios indica una mejora en los niveles de vida.

24. Véase G. W. Hilton, *The Truck System*, Cambridge, 1960, pp. 81-87 *et passim*.

** Taller de un grupo de «*freemasons*». El *freemason* (francmasón) era miembro de un grupo determinado de canteros cualificados que iban de ciudad en ciudad trabajando en construcciones importantes. Se reconocían unos a otros por signos secretos y contraseñas. Por extensión se refiere a los talleres de cualquier oficio. (*N. de la t.*)

que les permita actuar por sí mismos, ayudados por las otras secciones que tendrán un interés muy grande en mejorar el espíritu, la moral y la condición general de sus familias en el menor tiempo posible.[25]

Pero también debemos tener presente la *inseguridad* general de muchos oficios en un período de rápidas innovaciones técnicas y de débiles defensas de las *trade unions*. El invento devalúa simultáneamente los viejos oficios y encumbra a otros nuevos. El proceso es poco uniforme. En fecha tan tardía como 1818, el *Book of English Trades* (un libro de bolsillo que se basa principalmente en los oficios de Londres) no cataloga los oficios de mecánico, constructor de máquinas de vapor o constructor de calderas; el tornero se consideraba todavía principalmente como ebanista y las destrezas del mecánico se encuadraban en las del «maquinista»: un versátil maestro de muchos oficios, «considerablemente ingenioso y con un gran conocimiento mecánico» que «necesita del talento y la experiencia del ensamblador, el fundidor de latón y hierro, el herrero y el tornero, en su más amplia diversidad». Sólo 10 años más tarde se publicó *The Operative Mechanic and British Machinist*, con no menos de 900 páginas, que mostraba la extraordinaria diversidad de lo que en otro tiempo había sido el oficio de *mill-wright*.* Y la separación de nuevos oficios la podemos observar en la formación de las primeras sociedades o *trade unions* que más tarde iban a organizar los mecánicos; los bien organizados clubs de oficio de los *mill-wrights* dan lugar, a finales del siglo XVIII, a la Friendly Society of Iron-moulders (1809), la Friendly and Benevolent Society of Vicemen and Turners (Londres, 1818), la Mechanic's Friendly Union Institution (Bradford, 1822), Steam Engine Makers' Society (Liverpool, 1824) y la Friendly Union of Mechanics (Manchester, 1826).

Pero la progresión de estas sociedades no nos debería llevar a suponer que se da un historial de avance continuo a medida que se establecen nuevos oficios. Por el contrario, puesto que el *mill-wright* era un aristócrata (al menos en Londres) que se encontraba protegido a la vez por su propia organización (que era tan poderosa que se esgrimió su existencia como razón para aprobar las *Combination Acts)* [26] y por

25. *Pioneer* (septiembre 1833), en R. Postgate, *The Builder's History*, 1923, p. 93.

* Diseñador o constructor de molinos o de maquinaria para molinos. (*N. de la t.*)

26. Según un cierto «Statement of facts respecting the Journeymen Mill-wrights» en P.C. A.158, los *millwrights* habían aumentado sus salarios desde 2*s.* 6*d.* a 3*s.* por día en 1775 y a 4*s.* 6*d.* por día en 1799. Los oficiales trabajaban para pequeños menestrales que a su vez estaban empleados por «Cerveceros, Molineros y diversos Fabricantes».

las restricciones al aprendizaje, y que mantenía un salario de dos guineas en los primeros años del siglo XIX, la revocación de las cláusulas sobre aprendizaje del *Elizabethan Statute of Artificers* en 1814 le dejó expuesto a una seria competencia. En 1824, Alexander Galloway, que había sido secretario adjunto de la SCL y era entonces uno de los patronos de mecánica importantes de Londres, puso de manifiesto que después de la revocación, «cuando un hombre podía trabajar en cualquier empleo, tanto si había servido en él uno, dos, tres o ningún año, aquello decapitó todas las asociaciones». Los viejos *mill-wrights* estaban «tan derrotados por los nuevos trabajadores, que podríamos pasar sin ellos», mientras que el trabajo a destajo y otros incentivos completaban el desconcierto de los sindicalistas. A los *mill-wrights*, que «solían mofarse y desdeñar la reputación de un mecánico» considerándolo un oficio inferior y advenedizo, les tocaba ahora el turno de desaparecer. Se podían encontrar mecánicos que no habían pasado un período de aprendizaje, por 18*s*. a la semana; y la aplicación del principio automático al torno (el soporte de corredera o «carretilla» de Maudslay) llevó a la afluencia de los jóvenes y los no cualificados.

Por lo tanto ni siquiera esta industria —que seguramente es una de las más notables en relación a la introducción de nuevas técnicas— muestra una progresión cómoda en cuanto a posición y salarios, que sea proporcionada al ritmo de las innovaciones técnicas. Más bien, muestra su punto más alto a finales del siglo XVIII, un declive rápido en la segunda década del siglo XIX, acompañada por una afluencia de mano de obra no cualificada, seguida del establecimiento de una nueva jerarquía y de nuevas formas de asociación. El trabajo era sumamente diferenciado, y durante algunos años (como indica la diversidad de nombres de las primeras *trade unions*) no se sabía a ciencia cierta qué oficio tendría la primacía.[27] La ascensión del mecánico especializado, en la industria de construcción de maquinaria, fue más fácil debido a la escasez de personas con su experiencia. El movimiento de la mano de obra en los primeros talleres mecánicos era prodigioso; Galloway, que

---

y cuyos talleres se paraban por cualquier huelga. De aquí que los oficiales en huelga pudieran hacer contratos con aquéllos, compitiendo con sus propios patronos.

27. Véase el testimonio de Galloway: «Nuestro negocio se compone de seis u ocho secciones diferentes; los que trabajan la madera, a los que llamamos carpinteros; éstos cuentan con buenos ebanistas, ensambladores, *millwrights* y otros que trabajan la madera; fundidores de hierro y de latón; herreros, fogoneros y martilladores; ... prensadores y limadores; y torneros del latón, hierro y madera de todas las variedades.»

daba trabajo a unos ochenta o noventa hombres en 1824, declaraba que durante los 12 años anteriores habían pasado entre 1.000 y 1.500 hombres por sus talleres; eso significa la total renovación de la mano de obra *per annum*. Agentes de algunos patronos extranjeros recorrían Inglaterra con la esperanza de atraer trabajadores cualificados hacia Francia, Rusia, Alemania y Norteamérica.[28] Naturalmente, los patronos de Londres sufrían en especial. Un agente extranjero (decía Galloway) «sólo tiene que apostarse a mis puertas cuando entran y salen, y obtener los nombres de los hombres más capaces: de ese modo se han hecho muchos contratos de este tipo». Por consiguiente, los salarios de los mejores hombres subieron constantemente mientras, hacia las décadas de 1830 y 1840, pertenecieron a una élite privilegiada. En 1845, en Messrs Hibbert y Platt's (Oldham), que era el primer taller de maquinaria textil de Gran Bretaña, con cerca de 2.000 obreros empleados, se pagaban a los hombres valiosos salarios de 30*s*. y más. Los mecánicos (se lamentaba un obrero metodista) gastaban con liberalidad, apostaban en las carreras de caballos y en las de galgos, adiestraban lebreles y comían carne «dos o tres veces al día». Sin embargo, ahora la rueda había dado la vuelta completa. Donde Galloway se había visto obligado a sobornar a sus mejores hombres para que se quedaran, en 1824, ahora el oficio de mecánico se había multiplicado hasta tal punto que Hibbert y Platt's podían seleccionar cuidadosamente sólo a los hombres mejor cualificados. «Vi a muchos principiantes —recuerda nuestro metodista— que fueron despedidos el mismo día, y algunos en un período de prueba todavía más corto.» El mecánico ya no podía confiar por más tiempo en la escasez de su oficio para proteger sus condiciones. Estaba obligado a volver al sindicalismo, y es significativo que Hibbert y Platt's fuese el centro de la agitación del plante de los mecánicos de 1851.[29]

28. En un esfuerzo por proteger la supremacía industrial británica, se declaró ilegal la salida del país para muchas clases de obreros especializados.

29. Véase *The Book of English Trades*, 1818, pp. 237-241; J. Nicholson, *The Operative Mechanic and British Machinist*, 1829; J. B. Jeffrerys, *The Story of the Engineers*, 1945, pp. 9-18, 35 y siguientes; *First Report from Select Committee on Artizans and Machinery*, 1824, pp. 23-27; Clapham, *op. cit.*, I, pp. 151-157, 550; Thomas Wood, *Autobiography*, Leeds, 1856, p. 12 *et passim*. Véase también W. H. Chaloner, *The Hungry Forties: A Re-Examination*, Historical Association, 1957, en el que, sin embargo, se da a entender de manera imprudente que las buenas condiciones de los trabajadores cualificados en Hibbert y Platt's son más características de los «Cuarenta» que las malas condiciones de los tejedores manuales.

También debemos tener en cuenta este solapamiento entre la extinción de los viejos oficios y el surgimiento de los nuevos. Uno detrás de otro, a medida que el siglo XIX avanza, los antiguos oficios domésticos se ven reemplazados en la industria textil: los «tundidores», los estampadores manuales de percal, los cardadores de la lana, los cortadores de fustán. Y sin embargo, hay ejemplos en sentido contrario de tareas laboriosas y mal pagadas, que se hacían a domicilio a veces realizadas por niños, que con la innovación técnica se transformaron en oficios celosamente defendidos. Así ocurrió con el cardado en la industria de la lana que se hacía con «cardas» cuyo lomo era de cuero, en el que había clavados miles de pequeños dientes de alambre; en las décadas de 1820 y 1830, este trabajo lo hacían niños al precio de ½*d.* por 1.500 o 1.600 dientes colocados, y (nos cuentan de un pueblo pañero del West Riding) «en casi todos los hogares de los *cottages*, pequeños trabajadores que apenas si sabían andar aligeraban la monotonía de la fatigosa tarea poniendo un diente en la carda por cada habitante del pueblo, diciendo en voz alta cada nombre a la vez que insertaban el alambre que los representaba.[30] Menos de cincuenta años más tarde, las innovaciones en la maquinaria de fabricación de cardas habían permitido que la pequeña *union* del oficio de cardero y el de mantenimiento de maquinaria se situara en una posición privilegiada entre la «aristocracia» de la industria lanera.

Pero cuando reseguimos la historia de industrias particulares y vemos cómo surgen nuevos oficios a medida que los viejos declinan, puede ocurrir que olvidemos que el viejo oficio y el nuevo casi siempre constituían retribuciones para personas distintas. En la primera mitad del siglo XIX, los industriales favorecían cada innovación que les permitía prescindir de los artesanos varones adultos y reemplazarlos con mujeres o mano de obra juvenil. Incluso cuando se reemplazaba un oficio viejo con un nuevo proceso que exigía la misma o mayor destreza, pocas veces encontramos a los mismos trabajadores trasladados del uno al otro, o desde la producción doméstica a la fábrica. La inseguridad y la hostilidad frente a la maquinaria y la innovación, no era el resultado del simple prejuicio y (como a la sazón suponían las autoridades) del conocimiento insuficiente de la «economía política». El tundidor o del cardador de lana sabían bastante bien que, aunque la nueva maquinaria le podía ofrecer un empleo cualificado a su hijo, o al hijo

30. Frank Peel, «Old Cleckheaton», *Cleckheaton Guardian* (enero-abril 1884).

de cualquier otro, a él no le ofrecería ninguno. Las recompensas de la «marcha del progreso» siempre parecían ser cosechadas por otros.

Cuando estudiemos el ludismo veremos esto con más claridad. Pero aun así, sólo estamos en la orilla del problema, porque esas inseguridades particulares eran sólo un aspecto de la inseguridad *general* de todos los oficios durante este período. La misma noción de regularidad en el empleo —en un puesto de trabajo, durante un número de años, por una cantidad regular de horas y un nivel salarial— es anacrónica. Hemos visto que en la agricultura el problema crónico era el del empleo a tiempo parcial. También era este el problema en la mayoría de industrias y en la experiencia urbana por lo común. El trabajador cualificado, que había seguido un proceso de aprendizaje, era propietario de sus herramientas de trabajo y trabajaba en un oficio durante toda la vida, era una minoría. Es de todos conocido que en los primeros estadios de la industrialización, las ciudades en crecimiento atraían mano de obra desarraigada y migratoria de todo tipo; esta es todavía la experiencia actual en África y Asia. Incluso los trabajadores establecidos pasaban con rapidez por una sucesión de empleos. Las series salariales extraídas de los sueldos que se pagaban en los oficios cualificados no nos ofrecen la realidad desagradable, e imposible de reducir a estadísticas, del ciclo del desempleo y del trabajo eventual que aparece en los recuerdos de un cartista del Yorkshire, que evocan su mocedad y su juventud desde finales de la década de 1820 hasta la de 1840.

> Los Años de Colegio de Tom Brown no hubiesen tenido encanto alguno para mí, puesto que nunca en mi vida asistí a un día de escuela; cuando era muy joven tuve que empezar a trabajar, y me sacaban de la cama entre las 4 y las 5 en punto ... en verano para ir con un asno a una milla y media de distancia, y luego participar en el ordeño de diversas vacas; y por la tarde tenía que ir de nuevo con la leche, y se harían los ocho antes de que acabara. Más tarde fui a un taller de cardas y allí tenía que hincar 1.500 dientes de carda por ½*d*. Desde 1842 a 1848 no llegué a cobrar 9/- de salario semanal por término medio; el asilo y el trabajo eran difíciles de conseguir en aquella época y los salarios eran muy bajos. He sido tejedor de lana, cardador de lana, peón caminero en el ferrocarril y en el desmonte en la cantera; por todo ello declaro que conozco un poco la situación de las clases trabajadoras.[31]

31. B. Wilson, *The Struggles of an Old Chartist*, Halifax, 1887, p. 13. El que trabajaba en el «desmonte de la cantera» era un cantero.

Hay algunas pruebas que indican que el problema empeoraba hacia las décadas de 1820 y 1830 y durante los años cuarenta. Es decir, mientras los salarios evolucionaban lenta pero favorablemente en relación al coste de la vida, la proporción de trabajadores crónicamente subempleados evolucionaba de manera desfavorable en relación a los que tenían pleno empleo. Henry Mayhew, que dedicó una sección de su gran estudio de los pobres de Londres al problema del trabajo eventual, creía que éste era el punto capital del problema:

> En todos los oficios hay ... un *exceso de mano de obra,* y esto sólo tendería a darle al empleo de un amplio número de trabajadores un carácter eventual más que regular. En los oficios, en general, se hace el cálculo de que una tercera parte de la mano de obra está plenamente empleada, una tercera parte lo está parcialmente y una tercera parte está desempleada durante el año.[32]

Mayhew era sin comparación el mejor investigador social de mediados de siglo. Perspicaz, irónico, objetivo y, sin embargo, compasivo, sabía apreciar todas las particularidades desagradables que se le escapan a la medición estadística. En una época de investigación, buscaba los hechos que quienes trabajan con cifras olvidaban; escribió conscientemente a contra corriente de las ortodoxias de su época, poniendo de manifiesto sus propias terribles «leyes» de la economía política: «los salarios insuficientes provocan un exceso de trabajo» y «el exceso de trabajo provoca los salarios insuficientes». Sabía que cuando un viento del este obstruía el paso por el Támesis, 20.000 estibadores de sus muelles quedaban de inmediato sin trabajo. Conocía las fluctuaciones estacionales del negocio de la madera o de la confección de gorras y la repostería. Se tomaba la molestia de averiguar durante cuántas horas y por cuántos meses al año estaban en realidad empleados los barrenderos y los carreteros que trajinaban basuras. Asistió a reuniones de los que trabajaban en los oficios que investigaba y tomaba nota de sus historias de vida. Si (como sugiere el profesor Ashton) la controversia sobre el nivel de vida se basa realmente en una «estimación» respecto de qué grupo tenía un mayor crecimiento, los que «tenían la posibilidad

32. Mayhew, *op. cit.*, II, p. 338. Las partes de la obra de Mayhew en las que me he basado más ampliamente para las próximas páginas incluyen su relato sobre los sastres y los zapateros en el *Morning Chronicle*, 1849, y *London Labour and the London Poor*, II, pp. 335-382, III, pp. 231 y siguientes.

de participar de los beneficios del progreso económico» y «los que se hallaban excluidos», entonces la estimación de Mayhew merece nuestra atención.

Mayhew nos da su estimación de la siguiente forma:

> ... si calculamos que las clases trabajadoras totalizan entre cuatro y cinco millones de personas, creo que podemos afirmar con seguridad, teniendo en cuenta cuántos dependen de épocas particulares como las estaciones, las modas y las casualidades para obtener empleo, y teniendo en cuenta la gran cantidad de sobretrabajo y de trabajo chapucero que hay en casi todos los oficios ... la cantidad de mujeres y niños que son incorporados continuamente a las diversas actividades manuales con el fin de reducir los ingresos de los hombres, en algunos casos el desplazamiento de trabajo humano por parte de la maquinaria ... teniendo en cuenta todas estas cosas, afirmo que creo que podemos concluir que ... apenas hay suficiente trabajo para el empleo *regular* de la mitad de nuestros trabajadores, de modo que sólo 1.500.000 de ellos tienen pleno empleo de forma constante, mientras que 1.500.000 más sólo están empleados la mitad de su tiempo, y los 1.500.000 restantes están completamente desempleados obteniendo *de vez en cuando* trabajo por un día debido al desplazamiento de alguno de los otros.[33]

Esto no pasa de ser una simple estimación, un intento de captar, en términos estadísticos, las complejidades de la experiencia de Londres. Pero se basa en otros hallazgos; en particular, que «por norma general ... los hombres de cada oficio que pertenecían a una asociación comprenden más o menos a uno de cada diez del conjunto».[34] Los salarios de los hombres asociados eran los que estaban regulados por la tradición y la presión de las *trade unions;* los salarios de los hombres que no pertenecían a una asociación estaban «determinados por la competición». En Londres, hacia la década de 1840, había una demarcación clara entre las partes «honrosas» y «deshonrosas» de los mismos oficios; y los oficios en los que esta división era escandalosa incluían a los ebanistas, carpinteros y ensambladores, los que confeccionaban zapatos y

33. Mayhew, *op. cit.*, II, pp. 364-365. Cf. *Mechanics Magazine* (6 de septiembre de 1823): «Es evidente que la razón por la cual no hay trabajo para la mitad de nuestra población es que la otra mitad trabaja el doble de lo que debería.»

34. Según los datos que Mayhew presenta en otras partes, referentes a los ebanistas y los sastres, esto sería una exageración: quizás una cifra más probable sea 1 de cada 15 o 1 de cada 16.

botas, los sastres y todos los que trabajaban en la pañería y la industria de la construcción. La parte honrosa comprendía las secciones de lujo y calidad; la parte deshonrosa comprendía todo el abanico de lo «feo y barato»: los vestidos de confección, el mobiliario ostentoso u ordinario, costureros chapados y espejos baratos, trabajo subcontratado (por los *«lumpers»**) en la construcción de iglesias, trabajo contratado para la armada o el gobierno.

En varios oficios, que Thomas Large había apuntado como a la vez organizados y bien pagados en 1812, se produjo un serio deterioro en cuanto a la posición social y al nivel de vida de los artesanos durante los siguientes treinta años. La degradación de los oficios adoptó muchas formas, y a veces sólo se consumaba después de un intenso conflicto, en algunos casos en fecha tan tardía como la década de 1830. Cuando William Lovett, que había sido aprendiz de cordelero en Penzance, fue a Londres en 1821 y —como no encontraba empleo en su propio oficio— intentó obtener trabajo como carpintero o ebanista, la distinción entre los oficios honrosos y deshonrosos todavía no era tan marcada. El hecho de no haber pasado el aprendizaje pesaba mucho contra él, pero después de algunas experiencias malas en un taller deshonroso, y experiencias peores al intentar vender sus propios productos por las calles, por fin consiguió empleo en un gran taller de ebanistería. Cuando descubrieron que no había hecho el aprendizaje, los hombres ...

> hablaban de «ponerme encima a *Mother Shorney*»; éste es un término en la jerga del oficio que significa esconderte tus herramientas, estropear tu trabajo y molestarte de tal modo que por fin te vayas del taller ... Tan pronto ... como supe sus sentimientos ... pensé que lo mejor era convocar una reunión de taller y exponer mi caso ante ellos. Para convocar una reunión de este tipo, el primer requisito era encargar una cantidad respetable de bebida (en general un galón** de cerveza), y luego golpear el martillo y el garfio, los cuales haciendo un sonido similar al de una campana son una llamada que hace que todo el taller se agrupe alrededor de tu banco. Luego se elige un presidente y te invita a exponer tus problemas.

La explicación que hizo Lovett de su difícil situación satisfizo a los

* Pequeño contratista. (*N. de la t.*)
** Medida de capacidad que equivale a 4,546 litros. (*N. de la t.*)

hombres; «pero las peticiones de bebida que me hacían algunos individuos, a cambio de enseñarme cómo hacer algún tipo particular de trabajo, junto con las multas y las cuentas del taller, a menudo ascendían a siete u ocho chelines por semana, que tenía que descontar de mi guinea».[35] Diez o veinte años más tarde no hubiese conseguido obtener empleo en un taller respetable o asociado: la influyente Sociedad de Ebanistas (de la que el propio Lovett llegó a ser presidente) había consolidado la posición de sus miembros en las ramas de calidad del oficio y había cerrado las puertas a la masa de mano de obra sin aprendizaje o semicualificada que clamaba desde fuera. Al mismo tiempo, el oficio deshonroso había proliferado:[36] los intermediarios habían instalado «mataderos» o grandes almacenes de mobiliario, y los pobres *«garret-masters»** de Bethnal Green y Spitalfields empleaban a sus propias familias y a «aprendices» en hacer sillas y mobiliario de bajísima calidad para vender en los almacenes a precios de regalo. Incluso los obreros más desafortunados comprarían o reunirían poco a poco madera para construir costureros o mesas de baraja que vendían por las calles o saldaban a precios reducidos en las tiendas del East End.

La historia de cada oficio es distinta. Pero es posible indicar el esbozo de un modelo general. Aunque se acepta en general que los niveles de vida declinaron durante los aumentos de precios de los años de las guerras (y esto es verdaderamente cierto para los braceros, los tejedores y los trabajadores no organizados en su conjunto), con todo la guerra estimuló muchas industrias y contribuyó al pleno empleo. En Londres el arsenal, los astilleros y los muelles estaban llenos de actividad, y había grandes contratos del gobierno para la confección de ropa y equipamientos destinados a los cuerpos militares. Birmingham prosperó de manera similar hasta los años del bloqueo continental. Los últimos años de la guerra presenciaron una erosión generalizada de las restricciones en el aprendizaje, tanto en la práctica como en la legis-

35. W. Lovett, *Life and Struggles in Pursuit of Bread, Knowledge, and Freedom*, edición de 1920, I, pp. 31-32. Para la vieja costumbre de «pagar el derecho de ingreso» y el *«maiden garnish»* (cuando el obrero nuevo o el aprendiz tenían que invitar a beber a todo el taller), véase J. D. Burn, *A Glimpse of the Social Condition of the Working Class*, sin fecha, pp. 39-40.

36. Mayhew, III, p. 231, habla de 600-700 trabajadores asociados, y 4.000-5.000 trabajadores no asociados.

* Ebanista o cerrajero que trabajaba por cuenta propia, en general en unas condiciones muy precarias. De ahí el nombre que equivaldría a maestros de buhardilla. (*N. de la t.*)

lación, que culminaron en la revocación de las cláusulas de aprendizaje del *Elizabethan Statute of Artificers*, en 1814. Acorde con su posición social, los artesanos reaccionaron enérgicamente ante esa amenaza. Debemos recordar que en aquella época había muy poca escolarización y no existían ni institutos mecánicos ni escuelas técnicas, y que la técnica y el «misterio» del oficio se transmitían casi por completo mediante el precepto y el ejemplo en el taller, por parte del oficial a su aprendiz. Los artesanos consideraban este «secreto« como *propiedad* suya y afirmaban su derecho incuestionable al «uso y disfrute privado y exclusivo de sus ... artes y oficios». En consecuencia, no sólo opusieron resistencia a la revocación, formándose en Londres un «consejo de oficios nacientes» y recogiendo 60.000 firmas a nivel nacional para una petición dirigida a *reforzar* las leyes del aprendizaje,[37] sino que hay pruebas de que, como consecuencia de la amenaza, los clubs de oficios se reforzaron realmente, de modo que muchos artesanos de Londres salieron de las guerras en una situación comparativamente fuerte.

Pero en este punto las historias de los diferentes oficios empiezan a diverger. La presión de la marea de los trabajadores no cualificados, que golpeaba las puertas, se abrió camino de distintas formas y con diversos grados de violencia. En algunos oficios la demarcación entre un oficio honroso y otro deshonroso podía detectarse ya en el siglo XVIII.[38] El hecho de que el oficio honroso hubiese mantenido su posición a pesar de la existencia, desde hacía mucho tiempo, de esta amenaza, se puede explicar por varias razones. Gran parte de los oficios del siglo XVIII se dedicaba a los artículos de lujo, lo cual exigía una calidad de hechura que no podía obtenerse con trabajo mal pagado. Además, en las épocas de pleno empleo, el oficio deshonroso a pequeña escala podía ofrecer, en realidad, mejores condiciones que aquellos oficios de los hombres que pertenecían a una asociación. Así, la *Gorgon* observó, en 1818, a propósito de los ópticos y los fundidores de tipos de imprenta, que habían aumentado...

> una pequeña clase de hombres de oficio, llamados *garret-masters*, que no sólo venden sus manufacturas a precio más bajo que las de aquellos

37. Véase T. K. Derry, «Repeal of the Apprenticeship Clauses of the Statute of Apprentices», *Econ. Hist. Review*, III (1931-1932), p. 67. Véase también vol. 2, p. 86.

38. La doctora Dorothy George observa que hay «*garret-masters*»y «*chamber-masters*» entre los relojeros y los zapateros: véase *London Life in the 18th Century*, pp. 172-175, 197-198. Véase también E. W. Gilboy, *Wages in Eighteenth Century England*, Cambridge, Mass., 1934.

que poseen una gran capital, y que tienen el oficio en una escala más extensiva, sino que en realidad pagan salarios más elevados a los hombres que emplean. Creemos que esto es lo que ocurre en todos los oficios ...[39]

El perfil de esta demarcación se puede ver en la diferenciación que existía entre los sastres «*Flint*» y «*Dung*», y entre los agresivos y bien organizados zapateros que confeccionaban zapatos para las damas y los trabajadores del oficio de confección de botas y zapatos para hombres. Sin embargo, los zapateros de ambos grupos fueron de los primeros que experimentaron de lleno el efecto del influjo de los trabajadores «ilegales». La posición de los londinenses se debilitó con el crecimiento de la gran industria de la bota y el zapato, en la que predominaba el trabajo a domicilio, de Northamptonshire y Staffordshire.[40] Allen Davenport, un socialista spenceano, recogió algunos incidentes de la historia de los zapateros de Londres:

En 1810 empecé a trabajar para el señor Bainbridge, y entonces fue cuando asistí por primera vez a una reunión de taller, porque todos los talleres donde había trabajado con anterioridad estaban desconectados de cualquier reunión ... quizá se les consideraba demasiado insignificantes ... Fui recibido con amabilidad por los miembros de la quinta sección de operarios de mujeres (es decir, los que confeccionaban zapatos de mujer), que luego se reunió en el York Arms, en Holborn; y en muy poco tiempo me convertí en delegado. ... Desde que ingresé hasta 1813, la de operarios de mujeres adquirió una gran fuerza en cuanto al número de sus miembros y experimentó un aumento considerable en cuanto a recursos pecuniarios. Teníamos a la vez catorce divisiones en Londres, que además de formar parte de la *union*, mantenían correspondencia regular con gente del oficio en cada ciudad y población de alguna importancia, por todo el reino. Pero hacia esta época el oficio inició un pleito contra un patrono que había empleado a un trabajador ilegal y se negaba a despedirle. El caso fue llevado a los Tribunales Reales por dos inteligentes compañeros de taller ... ayudados por un abogado. ... Ganamos el caso, pero el proceso le costó al oficio cien libras que fueron dinero

39. *Gorgon* (21 de noviembre de 1818).

40. Véase Clapham, *op. cit.*, I, pp. 167-170; M. D. George, *op. cit.*, pp. 195-201; A. Fox, *History of the National Union of Boot and Shoe Operatives*, Oxford, 1958, pp. 12, 20-23. Para el reglamento de los Oficiales de la Confección de Botas y Zapatos, 1803, véase Aspinall, *op. cit.*, pp. 80-82.

> malgastado, porque casi inmediatamente después se revocó la ley de Elizabeth que consideraba ilegal que un patrono emplease a un hombre que no hubiese hecho el aprendizaje en nuestro oficio; y entonces el oficio quedó abierto a todo el mundo.

En la primavera de 1813, la *union* sostuvo una huelga en apoyo de una lista de precios detallada: «se concedieron todas las demandas y volvimos cómodamente a nuestro trabajo»:

> Pero algunos de los miembros más turbulentos, embriagados por el éxito de la última huelga, propusieron alocadamente que empezásemos otra huelga pocas semanas después. ... Esta arrogante forma de proceder suscitó una crisis en el oficio; los patronos, que hasta aquel momento no estaban asociados y no se conocían unos a otros, se alarmaron, se reunieron y formaron una asociación y, al estar completamente organizados, resistieron la huelga; los hombres fueron derrotados y dispersados a los cuatro vientos y cientos de hombres, mujeres y niños sufrieron las mayores privaciones durante el invierno siguiente. En esta huelga sitúo la fecha de la caída del poder de los trabajadores, y el inicio del despotismo entre los patronos zapateros.[41]

Se puede calibrar el encarnizamiento de la lucha de los zapateros por el extremo radicalismo de muchos de sus miembros a lo largo de los años de posguerra. Los que confeccionaban zapatos para las damas alcanzaron su posición en los años del *boom*, 1820-1825; pero la recesión de 1826 mostró su debilidad inmediatamente. Los hombres organizados se encontraban rodeados de multitud de pequeños talleres «deshonrosos», en los que «*snobs*» o «*translators*»* confeccionaban zapatos a 8*d*. o 1*s*. el par. En el otoño de 1826, algunos de sus miembros fueron procesados por motín y asalto a raíz de una huelga de una duración de siete o más semanas; se afirmaba que un sindicalista le había dicho a un «esquirol» que «le deberían haber sacado el hígado por trabajar a un precio inferior».[42] Pero los obreros del ramo de la confección de botas y zapatos, a pesar de todo, mantuvieron algún tipo de organización nacional, y en la gran ola de creación de *unions*, de

41. *Life* de Davenport, reimpreso en *National Co-operative Leader*, 1861. Estoy en deuda con el señor Roydon por dirigir mi atención hacia esta fuente.

* La primera palabra hace referencia a los zapateros remendones. La segunda se refiere en particular a los remendones que remozan los zapatos viejos. (*N. de la t.*)

42. *Trades Newspaper* (10 de septiembre, 10 de diciembre de 1826).

1832-1834, los trabajadores a domicilio de Northamptonshire y Staffordshire se incorporaron a la misma lucha por la «igualación».[43] Sólo la destrucción generalizada del sindicalismo en 1834 les privó de su categoría de artesanos.

Los sastres mantuvieron su categoría de artesanos durante bastante más tiempo. Podemos tomar su *union* como modelo de las *trade unions* cuasilegales de los artesanos.[44] En 1818 Francis Place publicó el relato más completo que poseemos acerca de su actuación. Gracias a la organización eficaz los sastres de Londres habían conseguido empujar hacia arriba sus salarios durante la guerra, aunque probablemente quedándose un poco por detrás del avance del coste de la vida. Las cifras son la siguientes (en el promedio que ofrece Place), 1795, 25*s*.; 1801, 27*s*.; 1807, 30*s*.; 1810, 33*s*; 1813, 36*s*. Con cada avance la resistencia de los patronos se volvió más firme: «En cualquiera de esos períodos, no se obtuvo un solo chelín que no fuese a la fuerza». Y en los numerosos locales de reunión de los sastres «*Flint*» se llevaban libros con los nombres de los miembros, y los patronos las utilizaban virtualmente como agencias de colocación.[45] «Nadie está autorizado a pedir empleo», los patronos tienen que recurrir a la *union*. El trabajo se asignaba por lista de tanda, y la *union* disciplinaba a quienes «no eran buenos trabajadores». Los sastres tenían una suscripción doble, la cotización más grande se reservaba para los subsidios y la más pequeña para las necesidades de la propia *union*. Era obligado hacer una jornada laboral de doce horas, excepto en las épocas de pleno empleo. Había recaudaciones para los desempleados y se podían hacer recaudaciones especiales cuando se preparaba una huelga, con respecto a lo cual los miembros no hacían preguntas, incluso en el caso de que no se les hubiese explicado el objetivo. La dirección real de la *union* se protegía cuidadosamente de la persecución a que estaba sujeta bajo las *Combination Acts*. Cada local de reunión tenía un representante,

> escogido mediante una especie de acuerdo tácito, con frecuencia sin que una gran mayoría sepa quién ha sido escogido. Los representantes for-

43. Véase más adelante, p. 474, para la organización en Nantwich.

44. Place consideraba que la asociación de los sastres era «con mucho, la más perfecta de todas». Pero, por supuesto, tenía la oportunidad excepcional de descubrir sus secretos.

45. Cf. anuncios como éste en los periódicos: «Trabajador competente para dirigir cualquier obra en la rama de la construcción, se puede conseguir dirigiéndose a los siguientes locales...» (oficiales carpinteros, en *Trades Newspaper* 17 de julio de 1825).

man un comité, y escogen de nuevo, de forma algo parecida, un comité muy pequeño, en el que, en ocasiones muy especiales, reside todo el poder ...

«Ninguna ley podía suprimirlo —escribió Place—, nada excepto la falta de reserva entre los mismos hombres podía impedir su existencia.» Y de hecho los «Caballeros de la Aguja» parecían sumamente fuertes, al menos hasta la recesión de 1826. Su organización se podría describir con imparcialidad como «casi un sistema militar». Pero en el propio relato de Place se escondía un presentimiento de debilidad:

Están divididos en dos clases, llamadas *Flints* y *Dungs*; los *Flints* tienen más de treinta locales de reunión, y los *Dungs* alrededor de nueve o diez; los *Flints* trabajan por días, los *Dungs* por días o por piezas. Entre ellos existía una gran hostilidad anteriormente, porque los *Dungs* trabajaban en general a cambio de salarios más bajos, pero durante los últimos años no han habido grandes diferencias en los salarios ... y en algunas de las últimas huelgas, habitualmente ambas partes han hecho causa común.

Esto puede verse como un intento impresionante de mantener al oficio deshonroso en algún tipo de relación organizativa con los «*Flints*», que eran extremadamente conscientes de su posición social. En 1824, Place calculaba una proporción de un «*Dung*» por cada tres «*Flints*»; pero los «*Dungs*» trabajan muchas más horas y sus familias les ayudan». Hacia principios de la década de 1830, la marea del oficio barato y de confección ya no se podía refrenar por más tiempo. Los «Caballeros» fueron por fin degradados en 1834, sólo después de un conflicto formidable, en el que se dijo que 20.000 estaban en huelga bajo el lema de «igualación».[46]

John Wade todavía podía hablar de los sastres de Londres de 1833, como trabajadores «que tienen una remuneración más elevada de la que recibe por regla general la gente trabajadora de la metrópoli». En verdad, los citaba como un ejemplo de artesanos que gracias a la fuerza

46. *Gorgon* (26 de septiembre, 3 y 10 de octubre de 1818); *First Report ... Artizans and Machinery*, 1824, pp. 45-46; Cole y Filson, *op. cit.*, pp. 106-107; [T. Carter], *Memoirs of a Working Man*, 1845, pp. 122-124. Para la huelga de 1834, véase G. D. H. Cole, *Attempts at General Union*, 1953. Para el antagonismo entre los organizados sombrereros y los deshonrosos «alcornoques», véase J. D. Burn, *op. cit.*, pp. 41-42, 49-50.

de su asociación habían «fortalecido sus propios intereses frente a los intereses del público y de otras gentes trabajadoras».[47] Sin embargo, cuando Mayhew empezó su investigación para el *Morning Chronicle*, en 1849, citaba a los sastres como uno de los peores ejemplos de industria explotada, «barata y de mala calidad». Mayhew calculaba que de los 23.517 sastres de Londres, en 1849 había 2.748 maestros sastres independientes. De los restantes, 3.000 eran hombres asociados en el oficio honroso (en comparación con los 5.000 o 6.000 que lo estaban en 1821), y los 18.000 que estaban en el oficio deshonroso dependían completamente para sus ingresos de grandes intermediarios de los negocios del «*slop*»* o de la confección.

La situación de Londres no debería considerarse excepcional, aunque Londres fuese la Atenas del artesano. Y es importante observar que existe un modelo de explotación que contradice las pruebas de las series salariales recopiladas a partir de los precios de la mano de obra que se hallaba en los oficios honrosos. Éste adopta la forma tanto de la desintegración de las restricciones y las condiciones tradicionales, como de las defensas de las *trade unions*. En general es cierto que los oficios «artesanos» atravesaron dos períodos críticos de conflicto. El primero fue en 1812-1814, cuando las regulaciones referentes al aprendizaje fueron revocadas. Aquellos oficios, como el de los zapateros y el de los sastres, que tenían ya una organización fuerte, fueran las *unions* o los clubs del oficio, pudieron defender en alguna medida su situación después de la revocación, mediante huelgas y otras formas de acción directa, aunque en los mismos años se diera una mayor organización entre los patronos. Pero la consolidación en talleres «asociados» cerrados, entre 1815 y 1830, se hizo a un precio. Se mantuvo a los «ilegales» fuera de las mejores partes del oficio sólo para aumentar el número de los que estaban fuera, en el desorganizado oficio «deshonroso». El segundo período crítico es 1833-1835, cuando, en la cresta de la gran ola de las *trade unions*, se hicieron intentos de «igualar» las condiciones, disminuir las horas de trabajo en el oficio honroso y suprimir el trabajo deshonroso. Esos intentos (señaladamente el de los sastres de Londres) no sólo fracasaron ante las fuerzas conjugadas de los patronos y el gobierno, además condujeron a un deterioro al menos temporal de la posición de los trabajadores «asociados». Los historiadores de la econo-

47. J. Wade, *History of the Middle and Working Classes*, 5ª edición, 1835, p. 293.
* Prendas de vestir, de confección, baratas y de mala calidad. (*N. de la t.*)

mía deberían considerar los casos de los mártires de Tolpuddle y de los grandes cierres patronales de 1834 como algo tan importante para todas las clases de trabajo como los radicales y los sindicalistas de la época opinaban que lo fueron.[48]

Pero este conflicto entre los artesanos y los grandes patronos sólo fue parte de un modelo de explotación más general. La parte deshonrosa del oficio creció con el desplazamiento de los pequeños menestrales (que empleaban a unos pocos oficiales y aprendices) por parte de grandes «fábricas» e intermediarios (que empleaban trabajadores a domicilio o subcontrataban); con el hundimiento de cualquier protección significativa del aprendizaje (excepto en la honrosa isla) y el influjo de las mujeres y los niños, no cualificados; con el aumento de horas y de trabajo los domingos; y con la rebaja de los salarios, los precios del trabajo a destajo y por tarea realizada. La forma y la extensión del deterioro está en relación directa a las condiciones materiales de la industria: el coste de las materias primas, las herramientas, la cualificación necesaria, las condiciones que favorecen o desalientan la organización de las *trade unions*, la naturaleza del mercado. Así, los ebanistas y los zapateros podían obtener sus materiales baratos y ser propietarios de sus propias herramientas, de modo que el artesano sin empleo se establecía como «*garret-master*» o «*chamber-master*»,* con toda su familia trabajando —y quizá otros menores— cerca de siete días a la semana y vendiendo los productos por cuenta propia. Los carpinteros que necesitaban una inversión más costosa no tuvieron otra salida que los «grandes talleres» en los que se mantenía un ritmo infernal de producción de objetos sin valor bajo la vigilancia de un capataz, y donde cada hombre que se quedaba atrás era despedido. Los trabajadores de sastrería, que pocas veces podían adquirir sus propias telas, se vólvieron totalmente dependientes de los intermediarios que cultivaban el trabajo externo a precios de explotación. La costura —un oficio notoriamente «explotado»— la hacían costureras (a menudo inmigrantes del campo o de pequeñas ciudades) en talleres contratados por establecimientos más grandes. El trabajador de la construcción, que no podía ni comprar sus ladrillos ni vender por su cuenta una parte de una catedral por las calles, se encontraba a merced del subcontratista; incluso el traba-

48. La mejor descripción —aunque todavía incompleta— de este segundo período se encuentra en G. D. H. Cole, *Attempts at General Union*.

* Zapatero que trabaja en su propia casa. (*N. de la t.*)

jador cualificado «asociado» esperaba que le despidiesen en los meses de invierno; y ambos tipos de trabajadores intentaban con frecuencia escapar de su situación apurada mediante la construcción especulativa directa; «la tierra —como dice Clapham— alquilada a cambio de promesas, los materiales conseguidos a base de créditos, con una hipoteca sobre la casa a medio construir, antes de ser vendida o arrendada, y un elevado riesgo de quiebra».[49] Por otra parte, el constructor de coches, el constructor de navíos o el mecánico que no eran propietarios de todas sus herramientas ni adquirían sus propios materiales, estaban, sin embargo, bien situados, en razón del carácter de su trabajo y de la escasez de personas de su oficio, para mantener o extender las defensas de la *trade union*.

En los viejos centros provinciales tuvo lugar un hundimiento parecido de la categoría del artesano. Se dan muchas complejidades y modificaciones. Por un lado, la industria de botas y zapatos de Stafford y de Northamptonshire había perdido desde hacía tiempo su carácter artesano y se llevaba a cabo en base a un trabajo a domicilio, en un momento en que los zapateros de Londres estaban todavía intentando frenar el oficio deshonroso. Por otra parte, la especialización extrema de la industria cuchillera de Sheffield —junto con las tradiciones políticas y de las *trade unions*, excepcionalmente fuertes, de unos obreros que habían sido los más resueltos jacobinos— había conducido al mantenimiento de la posición del trabajador cualificado en un mundo intermedio de semiindependencia, en donde trabajaba para un comerciante (y, a veces, para más de uno), alquilaba su fuerza motriz en la «rueda pública», y observaba de manera estricta las listas de precios. A pesar de la Declaración de los Cuchilleros de Sheffield (1814) que abolía las restricciones que habían limitado el oficio a los hombres avecindados* y que daba paso a una situación en la que «cualquier persona puede trabajar en los oficios asociados sin necesidad de estar avecindado, y puede tomar cualquier número de aprendices por el tiempo que sea», las *unions* eran suficientemente fuertes —a veces con la ayuda del «robo y la destrucción» y otras formas de intimidación— para frenar el avance de los no cualificados, aunque existía la amenaza continua de los «pequeños menestrales», a veces hombres «ilegales» u oficiales que traba-

49. Clapham, *op. cit.*, I, p. 174.

* En el original inglés «*freemen*», hombres que poseían los derechos de ciudadanía o vecindad de una ciudad. (*N. de la t.*)

jaban por cuenta propia, que intentaban rebajar los precios para competir con el oficio legal.[50] En las industrias de Birmingham se encuentran todo tipo de variantes, desde el gran taller, pasando por los laberintos de los pequeños talleres y los oficiales que trabajaban por cuenta propia, honrosos y deshonrosos, a los trabajadores a domicilio medio desnudos y degradados que vivían en las poblaciones donde se fabricaban clavos. Una descripción de Wolverhampton en 1819, nos muestra cómo aparecía el «*garret master*» en una época de depresión:

> El orden de las cosas ... está completamente invertido. Hoy día, el último recurso del famélico oficial es establecerse como patrono, su patrono no le puede dar trabajo del que sacar cualquier beneficio y se ve obligado por lo tanto a despedirle; entonces el pobre infeliz vende su cama, y compra un yunque, se procura un poco de hierro, y cuando ha manufacturado unos pocos artículos, los vende por ahí ... a cambio de lo que le den. ... Antes podría haber cobrado 10*s*. a la semana trabajando como criado; pero ahora es afortunado si obtiene 7*s*. trabajando como patrono fabricante.[51]

En la industria de tejido de cintas de Coventry había otra situación intermedia, medio trabajador a domicilio, medio artesano: los tejedores que conservaban una condición artesana precaria, eran propietarios de sus costosos telares y a veces empleaban a un mancebo; mientras que otros tejedores de la ciudad estaban empleados en talleres o fábricas por salarios equiparables, pero hacia el norte, en los pueblos tejedores había una amplia fuente de reserva de tejedores medio desempleados, que trabajaban a precios degradados como trabajadores a domicilio eventuales.[52]

Desde un punto de vista, puede considerarse que la auténtica industria a domicilio es aquella que ha perdido completamente su categoría artesanal y en la que no queda parte «honrosa» alguna del oficio:

50. T. A. Ward (comp. A. B. Bell), *Peeps in to the Past*, 1909, pp. 216 y siguientes; S. Pollard, *A History of Labour in Sheffield*, Liverpool, 1959, cap. 2; Clapham, *op. cit.*, I, p. 174.

51. *New Monthly Magazine* (1 de julio de 1819), citado por S. Maccoby, *op. cit.*, p. 335. Véase también T. S. Ashton, «The Domestic System in the Early Lancashire Tool Trade», *Econ. Journal* (Suplemento, 1926-1929), I, pp. 131 y siguientes.

52. Véase el lúcido relato en J. Prest, *The Industrial Revolution in Coventry*, Oxford University Press, 1960, caps. 3 y 4.

> Se puede decir que el trabajo capitalista a domicilio está establecido por completo sólo cuando el material pertenece al patrono comerciante y se le devuelve después de que el proceso, para el cual se necesita la destreza del trabajador a domicilio, se ha completado: la lana distribuida para ser hilada, el hilo distribuido para ser tejido, la camisa distribuida para «coser las costuras, poner escudetes y ribetes», el cuero que es devuelto en forma de botas.[53]

Clapham estimaba que esta era la «forma predominante» de organización industrial durante el reinado de Jorge IV; y si añadimos a los verdaderos trabajadores a domicilio (tejedores manuales, los que hacían clavos, la mayor parte de los cardadores, los que hacían cadenas, algunos trabajadores del calzado, los tejedores de punto, los cortadores de fustán, los guanteros, algunos alfareros, las encajeras de bolillos y muchos más) los que trabajaban en las partes «deshonrosas» de los oficios artesanos urbanos y de Londres, probablemente siguió siendo dominante hasta 1840.

Más adelante estudiaremos al tejedor como ejemplo del trabajador a domicilio. Pero existen algunos aspectos generales que ponen en relación a los trabajadores a domicilio y a los artesanos. En primer lugar, no vale la pena dar razones convincentes de la situación de los tejedores o de los trabajadores del «*slop*» como «ejemplos del declinar de los viejos oficios que estaban siendo desplazados por un proceso mecánico»; ni tampoco aceptaremos la afirmación, en su contexto peyorativo, de que «los ingresos más bajos se daban, no entre los que trabajaban en la fábrica, sino entre los trabajadores a domicilio, cuyas tradiciones y métodos eran los del siglo XVIII».[54] Lo que nos sugieren estas afirmaciones es que estas condiciones se pueden, de algún modo, separar en nuestra mente del verdadero impulso de mejora de la Revolución industrial; pertenecen a un orden preindustrial «más viejo», en tanto que los auténticos rasgos del nuevo orden capitalista se pueden ver donde hay vapor, operarios de las fábricas y mecánicos que comen carne. Pero el número de los que trabajaban en la industria doméstica se multiplicó enormemente entre 1780 y 1830; y muy a menudo *el vapor y la fábrica eran los multiplicadores*. Los que empleaban a los trabajadores a domicilio eran las fábricas que hilaban el hilo y las fundi-

53. Clapham, *op. cit.*, I, p. 179.
54. F. A. Hayek y T. S. Ashton en *Capitalism and the Historians*, pp. 27-28, 36.

ciones que hacían las varillas de los clavos. La ideología puede desear exaltar una y desacreditar a la otra, pero los hechos nos deben llevar a decir que cada una era un componente complementario de un solo proceso. Este proceso multiplicó primero a los trabajadores manuales (estampadores manuales de percal, tejedores, cortadores de fustán, cardadores) y luego hizo desaparecer su sustento con la nueva maquinaria. Además, la degradación de los trabajadores a domicilio muy pocas veces fue tan simple como indica la frase «desplazados por un proceso mecánico»; se llevó a cabo con métodos de explotación parecidos a los que había en los oficios deshonrosos y a menudo precedió a la competencia de la máquina. Tampoco es cierto que «las tradiciones y los métodos» de los trabajadores a domicilio «fueran los del siglo XVIII». El único grupo amplio de trabajadores a domicilio de aquel siglo cuyas condiciones anticiparon las de los proletarios a tiempo parcial del siglo XIX que hacían trabajo a domicilio son los tejedores de seda de Spitalfields; y esto debido a que la «Revolución industrial» en la seda precedió a la del algodón y la lana. En verdad, podemos decir que el trabajo a domicilio explotado a gran escala fue tan intrínseco a esta revolución, como lo fue la producción fabril o el vapor. Por lo que se refiere a las «tradiciones y métodos» de los trabajadores del «*slop*» en el oficio deshonroso, éstos, por supuesto, han sido endémicos durante siglos dondequiera que hubiese mano de obra barata y abundante. Sin embargo, debió aparecer como un cambio serio de las condiciones de los artesanos londinenses de finales del siglo XVIII.

Lo que podemos afirmar con seguridad es que el artesano *sentía* que su posición social y su nivel de vida estaban amenazados o se habían deteriorado entre 1815 y 1840. La innovación técnica y la superabundancia de mano de obra barata debilitaban su posición. No tenía derechos políticos y el poder del Estado se utilizaba, aunque sólo fuese de manera caprichosa, para destruir sus *trade unions*. Como demostró claramente Mayhew, el pago de un sueldo insuficiente (en los oficios deshonrosos) no sólo provocaba el trabajo excesivo, también provocaba que hubiese *menos* trabajo por todos lados. Esta experiencia es la que subyace a la radicalización política de los artesanos y, de forma más drástica, de los trabajadores a domicilio. Las injusticias reales e imaginadas se combinan para dar forma a su cólera: el prestigio perdido, la degradación económica directa, la pérdida del orgullo del oficio a medida que éste se envilecía, las perdidas aspiraciones de llegar a ser patronos (como todavía podían esperar los hombres de la generación

de Hardy y Place). Los hombres que estaban «asociados», aunque eran más afortunados, no eran los menos radicales; muchos de los líderes de la clase obrera de Londres y las provincias provenían, lo mismo que William Lovett, de ese estrato social. Sólo habían podido mantener su posición social gracias a su ingreso en la militancia en las *trade unions*; y su forma de ganar el sustento les proporcionaba una educación corriente en los vicios de la competencia y las virtudes de la acción colectiva. Presenciaban cómo los vecinos o compañeros de taller menos afortunados (debido a un accidente o a su debilidad por la bebida) caían en los más bajos fondos. Quienes se encontraban en esos fondos eran los más necesitados, pero también quienes menos tiempo tenían de reflexión política.

Si los braceros del agro suspiraban por la tierra, los artesanos aspiraban a la «independencia». Esta aspiración tiñe gran parte de la historia del radicalismo primitivo de la clase obrera. Pero en Londres el sueño de convertirse en un pequeño menestral (que todavía era fuerte en la década de 1790; y aún lo era en Birmingham en la década de 1830) no podía sostenerse, en las décadas de 1820 y 1830, frente a las experiencias de los «*chamber*» o «*garret-masters*»; una «independencia» que significaba la esclavitud de toda la semana respecto de los almacenes o a los talleres de *slop*. Esto nos ayuda a explicar la súbita oleada de apoyo al owenismo, a finales de la década de 1820; las tradiciones de las *trade unions* y la aspiración a la independencia estaban entrelazadas en la idea del control social de los propios medios de subsistencia; se trataba de una independencia *colectiva*.[55] Cuando la mayor parte de las empresas owenitas fracasaron, el artesano de Londres todavía luchó hasta el final: cuando se acabaron el cuero, la madera y la tela, pasaron a engrosar el tropel de los vendedores callejeros que pregonaban la venta de cordones de zapato, de naranjas o nueces. Principalmente se trataba de trabajadores rurales que ingresaron en los «grandes talleres». El artesano de origen londinense apenas podía soportar el ritmo, pero tampoco quería convertirse en un proletario.

Quizá no hemos clarificado los índices salariales, pero hemos propuesto una forma de interpretar y criticar esos índices tal y como se nos presentan ahora. En particular, debemos averiguar siempre si las cifras se han obtenido a partir de los trabajadores asociados o no asociados

55. Véase la discusión del owenismo más adelante, vol. 2, pp. 391-422.

y cuán lejos llegó la división, en cualquier oficio y en cualquier momento determinado. Hubo ciertas experiencias comunes a la mayor parte de oficios e industrias. Unas pocas no se vieron afectadas durante la depresión de la posguerra, y la mayor parte de ellas fueron boyantes entre 1820 y 1825; por supuesto, en un período como aquél, del más pleno empleo, los oficios deshonrosos podían extender realmente su radio de acción y pasar casi inadvertidos, puesto que no amenazaban la situación de los obreros asociados. Los doce meses posteriores a la revocación de las *Combination Acts* fueron un período de optimismo excepcional, cuando la prosperidad general junto con el agresivo sindicalismo llevó a considerables avances por parte de muchos grupos de trabajadores. En el verano de 1825, se publicó un informe de las alfarerías en el *Trades Newspaper*, que admitía su situación de prosperidad en un lenguaje completamente insólito en el periodismo radical u obrero de la época. «Sería difícil señalar un período ... en el que las clases trabajadoras, excepción hecha de los tejedores, hayan disfrutado de un grado más elevado de bienestar.» Las alfarerías habían sido sacudidas, durante los ocho meses anteriores, por una verdadera oleada de huelgas:

> En Staffordshire, los carpinteros fueron los primeros en ponerse en huelga, y luego todos los demás oficios tomaron el relevo por turno. Los mineros sabían que los alfareros no podían seguir adelante sin ellos, y cuando los últimos hubieron obtenido un avance, no se levantó ni un solo pico, ni se bajó un solo cubo. ... Los alfareros resistieron un segundo momento y jugaron sus cartas con la siguiente declaración, que un trabajador ordinario hoy en día cobra 6*s*. al día, mientras que un oficial de mayor categoría que trabaje a destajo ingresa realmente 3 libras a la semana. Incluso los sastres se negaron tenazmente a cortar, coser, planchar o hacer las costuras o acolchar un cuello, a menos que supieran la razón detallada; mientras que los animosos barberos ... insistían en obtener un anticipo del 50 por 100 ...[56]

Gran parte de estas conquistas se perdieron en 1826, se recuperaron en los 3 años siguientes y se volvieron a perder de nuevo a principios de la década de 1830. Y dentro de esta historia más amplia se encuentran las historias particulares de los oficios individuales. En general, en

56. *Trades Newspaper* (24 de julio de 1825). Véase también W. H. Warburton, *History of T.U. Organization in the North Staffordshire Potteries*, 1931, pp. 28-32.

aquellas industrias en las que se necesitaba mucho capital, técnica y maquinaria el artesano perdió algo de su independencia, pero pasó a ser, por etapas bastante sencillas, un proletario especializado e incluso privilegiado: el *mill-wright* se convirtió en mecánico o trabajador del metal, el oficio de constructor de navíos estaba todavía dividido entre los oficios de la construcción naval. En aquellas industrias en las que se podía prescindir de trabajo o se podía hacer entrar mano de obra joven o no cualificada, el artesano conservaba algo de su independencia. pero sólo al precio de una inseguridad creciente y una seria pérdida de categoría.

Lo que más nos interesará cuando volvamos a la historia política de los años de la posguerra es el punto de vista del artesano. Podemos ser, por lo tanto, más impresionistas al tratar a aquellos que vivían en los bajos fondos indignos de aquél. De hecho, se conoce menos acerca de los trabajadores no cualificados durante las primeras décadas del siglo XIX, puesto que no tenían *unions*, pocas veces tenían líderes que articulasen sus agravios y pocos comités parlamentarios investigaron su situación a no ser como problema sanitario o de vivienda. El artesano degradado pocas veces tenía las condiciones físicas o las aptitudes necesarias para incorporarse a las penosas tareas semicualificadas o no cualificadas. Estos grupos de ocupación o bien se reclutaban a sí mismos o se ampliaban por medio de los inmigrantes rurales o irlandeses. Algunos de ellos ganaban buenos salarios a cambio de un trabajo irregular, en los muelles, como peones camineros o paleadores. Éstos se transforman en los «afortunados», o trabajadores eventuales; y los que se encontraban totalmente sin empleo e inmigraban a la ciudad podían quedar reducidos, al igual que el joven William Lovett cuando por primera vez llegó a Londres, a «una hogaza de pan de un penique al día y un trago de la fuente más cercana durante varias semanas seguidas». Él y un compatriota de Cornualles;

> ... en general nos levantábamos a las cinco de la mañana y andábamos por todas partes preguntando en diferentes talleres y edificios hasta las nueve; luego comprábamos una hogaza de un penique y la dividíamos entre los dos; luego volvíamos a andar por ahí hasta las cuatro o cinco de la tarde, hora a la que terminábamos nuestro día de trabajo con otra hogaza repartida; y nos íbamos a la cama muy temprano con los pies cansados y hambrientos.[57]

57. Lovett, *op. cit.*, I, pp. 25-26.

Pero esta austeridad para hacer que se estiren los últimos pocos peniques era muy poco frecuente. La inseguridad habitual en el empleo, como saben todos los investigadores sociales, desalienta la previsión y da lugar al familiar ciclo de penuria alternado con las ocasionales parrandas con mucho gasto de dinero, cuando se tiene trabajo. Aquellos para quienes el «azar» se había convertido en una forma de vida (vendedores callejeros, mendigos y gorrones, pobres, delincuentes ocasionales y profesionales, el ejército) eran distintos de los peones (mozos de cuadra, barrenderos, trabajadores ribereños, peones de albañil, carreteros, etc.). Algunos de los vendedores callejeros eran negociantes prósperos, otros eran sablistas incorregibles; otros, como los vendedores ambulantes, charlatanes y los vendedores de baladas, constituían una antítesis cómica y devastadora de las tesis sentenciosas de Edwin Chadwick y el doctor Kay. El entendimiento se queda anonadado ante los recursos de los seres humanos para sobrevivir, recolectando excrementos de perro o vendiendo pamplinas o escribiendo cartas a 1*d.* o 2*d.* por un tiempo determinado (para las cartas de amor «se necesita el mejor papel con orla dorada y un sobre de lujo, y un diccionario»). Verdaderamente, hacia la década de 1840, la mayor parte de los vendedores callejeros eran desesperadamente pobres. Siguiendo una profunda inspiración estadística, podemos aventurar la opinión de que el nivel de vida del delincuente medio (sin contar a las prostitutas) aumentó durante este período hasta el establecimiento de un cuerpo de policía eficaz (a finales de la década de 1830), puesto que las oportunidades de robar en los almacenes, los mercados, las gabarras de los canales, los muelles y los ferrocarriles se multiplicaban. Con toda probabilidad muchos trabajadores eventuales complementaban de ese modo sus ingresos. Parecería que el auténtico delincuente profesional o «viajante», según su propia confesión, tenía un nivel de vida espléndido: se le puede considerar un «optimista». El nivel de las madres solteras, excepto en los distritos donde el trabajo femenino era abundante, como en el Lancashire, probablemente descendió: habían cometido una ofensa no sólo contra Wilberforce, sino contra Malthus y las leyes de la economía política.

Hubo una época en que una viuda con seis hijos de entre 5 y 15 años, que viviese en una ciudad fabril, podía considerarse afortunada; y en la que un mendigo ciego era un «aristócrata» de la fraternidad de los vagabundos, con quien intentaban viajar quienes tenían la vista normal y quienes estaban sanos para compartir sus ingresos. «Un hombre

ciego puede encontrar un guía para ir a cualquier sitio, porque sabe que obtendrá algo con seguridad», le dijo a Mayhew el ciego vendedor de cordones de zapatos. Viajando de casa de huéspedes en casa de huéspedes, desde mi Northumberland nativo hacia abajo, y llegando a ser «avisado en los trucos» del mendigar, «estuve cada vez más y más complacido con esta vida, y me preguntaba cómo cualquiera podía vivir de otro modo». Cuando por fin llegó a Londres, «a medida que andaba por las calles ... no sabía si yo iba por las calles o ellas me llevaban».[58]

Entre los optimistas también se encontraban los sumamente profesionales «sablistas», que tenían tantos disfraces como un transformista, y que se hacían eco de los cambios, según la situación del oficio, a base de apropiarse de las desgracias de otros: «el respetable hombre de oficio arruinado o el caballero juerguista venido a menos», «el hurto del trabajador manual indigente», «los marineros del portazgo en los canales»:

> Salí ... como uno de la Brigada Shallow, vestido con una camisa y unos calzones Guernsey, o unos pantalones andrajosos. Era una comitiva de cuatro. Sólo nos ganábamos justo la vida: 16*s*. o 1 libra entre todos. Solíamos abordar a todo aquel que se nos cruzaba —cargadores de carbón incluidos— capitanes de barcos de pesca. «Bien, mi noble capitán de pesquero —solíamos decir—, que nos disparen fuego y metralla desde vuestro arsenal de babor, a nosotros, *bulldogs* de Nelson»; ... La Shallow se hizo tan conocida en Londres que los suministros escasearon y abandoné la armada de tierra. Los naufragios se volvieron algo tan corriente en las calles, sabe, que la gente ya no se preocupaba de ellos ...[59]

Los impostores, que estudiaban el mercado y eran ágiles para cambiar los surtidos de sufrimiento para satisfacer la cansada e inelástica demanda de compasión humana, tenían mejor suerte que las auténticas víctimas, que eran demasiado orgullosas o demasiado inexpertas para poner a la venta su propia miseria para sacar provecho de ella. Hacia la década de 1840 se conocían muchos de los trucos de los impostores; y el hombre de clase media, a menos que tuviese el conocimiento de

58. Mayhew, I, p. 452.
59. *Ibid.*, I, p. 461. Durante algunos años después de las guerras, el mayor grupo de mendigos de Londres se componía de verdaderos marineros licenciados: *Fourth Report of the Society for the Suppression of Mendicity*, 1822, p. 6.

la humanidad que poseían Dickens y Mayhew, veía en todas las palmas abiertas la prueba de la holgazanería y el fraude. Y por lo que se refiere al centro de Londres o de las grandes ciudades, podía estar perfectamente en lo cierto, puesto que andaba por un mundo surrealista: la palma abierta podía ser la de un receptador de cosas robadas; el hombre medio desnudo en medio de la nevada podía estar haciendo el «truco de tiritar» («un buen truco en una estación bastante inclemente ... no era tan buen recurso por dos tembleques al día como antes»); el niño sollozando en el arroyo sobre un paquete de té derramado y una historia sobre el cambio perdido, podría haber sido aleccionado por su madre para el truco. El minero que había perdido ambos brazos era un hombre que merecía la envidia por parte de los demás, y: «Está el hombre con una pierna, que se sienta en el pavimento y cuenta una larga historia acerca de la vagoneta que le había atropellado en la mina. Lo hace muy bien, notablemente bien.» [60]

La mayor parte de las peores víctimas no estaban allí. Seguían, con sus familias, en las buhardillas de Spitalfields; los sótanos de Ancoats y el sur de Leeds; en las aldeas de trabajadores a domicilio. Podemos estar bastante seguros de que el nivel de vida de los pobres declinó. Los 30 años que conducen hasta las nuevas *Poor Laws* de 1834 presencian los continuos intentos de rebajar los impuestos para asistir a los pobres, acabar con la beneficiencia fuera de los asilos, o promover los asilos de nuevo tipo.[61] Crabbe escribió en *The Borough* (1810), no sobre una de las «Cárceles» de Chadwick, sino sobre un modelo anterior:

No me gusta vuestro plan; con un número
Habéis puesto a vuestros pobres, a ese grupo digno de lástima;
Allí, en una casa, para toda la vida,
El palacio de los pobres, al cual detestan ver:
Aquel edificio gigantesco, con aquel elevado muro que lo rodea,
Aquellos paseos desnudos, aquel vestíbulo grandioso e imponente
Aquel reloj grande y estrepitoso, que da cada temida hora,
Aquellas verjas y cerraduras, y todos aquellos signos de poder:
Es una cárcel, con un nombre más suave,
En la que pocos viven sin miedo o vergüenza.*

60. *Ibid.*, I, p. 465.

61. Véase J. D. Marshall, «The Nottinghamshire Reformers and their Contribution to the New Poor Law», *Econ. Hist. Review*, 2ª serie, XIII (3 de abril de 1961).

* Your plan I love not; -with a number you / Have placed your poor, your pitiable few; / There, in one house, throughout their lives to be, / The pauper-palace which they hate to see: / That giant building, that high-bounding wall, / Those bare-worn walks,

La ley de 1834 y su aplicación subsiguiente, por parte de hombres como Chadwick y Kay, fue quizá el intento más prolongado, en la historia de Inglaterra, de imponer un dogma ideológico desafiando la evidencia de la necesidad humana. Ninguna discusión acerca del nivel de vida después de 1834 puede tener sentido si no se analizan las consecuencias, a medida que preocupadas comisiones de vigilantes intentaban aplicar las insensatas circulares de órdenes de Chadwick referentes a la abolición o a la restricción salvaje de la beneficencia al margen de los asilos, en los centros industriales deprimidos; y si no sigue la pista al celo misional de los comisarios auxiliares en su intento de llevar la doctrinaria luz del benthamismo malthusiano al empírico norte. La doctrina de la disciplina y el control fue, desde el principio, más importante que la de la «menor elegibilidad» material,[62] el Estado más ingenioso hubiera encontrado difícil crear instituciones que simulasen condiciones peores que las de los *garret-masters*, los braceros de Dorset, los tejedores de punto y los que hacían clavos. Se desplazó la poco práctica política de la miseria sistemática por la de la disuasión psicológica: «trabajo, disciplina y control». «Nuestra intención —dijo un comisario auxiliar— es hacer que los asilos se parezcan a las cárceles tanto como sea posible»; y otro añadía, «nuestro objetivo ... es establecer allí dentro una disciplina tan severa y repulsiva como para convertirlo en un espanto para los pobres e impedir que ingresen». El doctor Kay señalaba con satisfacción sus éxitos en Norfolk; la reducción de la dieta demostró ser menos eficaz que «una observación minuciosa y regular de la rutina», los ejercicios religiosos, el silencio durante las comidas, «la obediencia inmediata», la separación total de sexos, separación de familias (incluso en el caso de que fuesen del mismo sexo), trabajo en una reclusión absoluta. «He observado», anotaba en ese bastardo inglés ceremonial que algún día será tan chocante como las empulgaderas y los cepos:

> que se había conservado la costumbre de permitirles a los pobres retener sus posesiones mientras vivían entre las paredes del asilo, cajas, por-

---

that lofty thund'ring hall! / That large loud clock, which tolls each dreaded hour, / Those gates and locks, and all those signs of power: / It is a prison, with a milder name, / Which few inhabit without dread or shame.

62. Se tenía la intención de que las condiciones de los pobres en los asilos después de 1834 fueran «menos elegibles» que las de los peones peor situados, que estaban fuera de ellos.

> celana, prendas de vestir, etc. ... Por lo tanto, mandé que esos artículos fueran puestos en poder de varias gobernantas ... y fueran depositados en la despensa. Al efectuar esos cambios en el asilo de la Cosford Union, el señor Plum encontró grandes cantidades de pan escondidas en las cajas (lo cual muestra cuán abundante es la dieta), y asimismo encontró jabón y otros artículos hurtados de los almacenes del asilo ... La mañana siguiente a este cambio doce mujeres pobres y sanas abandonaron la casa, diciendo que preferían trabajar fuera.

«Ni las viudas con hijos, ni los viejos y los achacosos, ni los enfermos —seguía el doctor Kay, en pleno alarido al estilo de Chadwick— deberían librarse de esas humillaciones del asilo, por miedo a mantener la imprevisión y la impostura, y de socavar las motivaciones para la laboriosidad ... la frugalidad ... la prudencia ... los deberes filiales ... esfuerzos independientes de los braceros durante sus años de capacidad y actividad. ...»

¡Fue una notable victoria para el doctor Kay y el señor Plum! ¡Doce mujeres sanas se habían convertido en frugales y prudentes (¡quizá se habían transformado por arte de encantamiento de pesimistas en optimistas?) de golpe! Y sin embargo, a pesar de todos sus esfuerzos, los informes incompletos de 443 *unions* de Inglaterra y Gales en las que estaban en funcionamiento las nuevas cárceles desde hacía tres meses de 1838 (con exclusión, entre otras áreas, del Lancashire y el West Riding) daban la cifra de 78.536 asilados. Hacia 1843 la cifra había subido hasta 197.179. El testimonio más elocuente de la intensidad de la pobreza reside en el hecho de que a pesar de todo, los pobres acudían a los asilos.[63]

63. El testimonio del doctor Kay se encuentra en G. Cornewall Lewis, *Remarks on the Third Report of the Irish Poor Inquiry Commissioners*, 1837, pp. 34-35; los informes de los asilados en 1838, en el *Fifth Report of the Poor Law Commissioners*, 1839, pp. 11, 181; un ejemplo de las «insensatas» cartas de órdenes de Chadwick, cuando se contrastan con la necesidad de beneficencia durante la depresión industrial, se encuentra en su correspondencia con los vigilantes de Mansfield, *Third Annual Report PLC*, 1837, pp. 117-119; *Tenth Annual Report*, 1844, p. 272. Entre la extensa literatura sobre las *Poor Laws*, recomiendo la lúcida descripción de la resistencia a ella en el norte, que se encuentra en C. Driver, *Tory Radical*, 1946, caps. 25 y 26.

9. LOS TEJEDORES

La leyenda de los mejores tiempos está constantemente presente en la historia de los tejedores del siglo XIX. Los recuerdos más intensos son los del Lancashire y el Yorkshire. Pero los recuerdos prevalecen en la mayor parte de Gran Bretaña y en la mayoría de las ramas de la industria textil. Por ejemplo, de los calceteros de las Midlands, en la década de 1780: «Para la víspera de fiesta, el calcetero tenía guisantes y judías en su abrigado huerto, y un buen barril de espumosa cerveza.» Tenía «un traje de diario y uno para los domingos y tenía mucho tiempo libre».[1] De los tejedores de Gloucester: «Sus pequeños *cottages* parecían felices y contentos ... ocurría a menudo que un tejedor pedía ayuda a la parroquia. ... La paz y la satisfacción perduraban en la frente del tejedor.»[2] Del barrio de tejedores de lino de Belfast: «... un barrio que en una época fue notable por su pulcritud y su orden; recordaba sus casas blanqueadas y sus pequeños jardines floridos, y el aspecto decente de sus familias en los mercados o en el culto público. Esas casas eran ahora un montón de suciedad y miseria ...»[3] La doctora Dorothy George, en su lúcida y persuasiva obra *England in Transition*, ha argumentado que la «época dorada», en general, fue un mito. Y sus argumentos se han impuesto.

Quizá lo han hecho con demasiada facilidad. Al fin y al cabo, si eri-

1. W. Gardiner, *Music and Friends*, 1838, I, p. 43. Véase también M. D. George, *England in Transition*, edición Penguin, 1953, p. 63.

2. T. Exell, *Brief History of the Weavers of Gloucestershire*, citado en E. A. L. Moir. «The Gentlemen Clothiers», en H. P. R. Finberg (comp.), *Gloucestershire Studies*, Leicester, 1957, p. 247.

3. Emmerson Tennant, miembro del Parlamento por Belfast, en la Cámara de los Comunes, el 28 de julio de 1835. Véase también (para los tejedores de seda de Spitalfields) el relato de Thelwall, aparecido con anterioridad, pp. 145-146.

gimos el bolo de una «edad de oro» no será difícil derribarlo. Verdaderamente, la situación de los tejedores de seda de Spitalfields en el siglo XVIII no era envidiable. Y es cierto que la organización capitalista de las industrias de la lana y el estambre del sudoeste y de Norwich pronto dio lugar a muchas formas de antagonismo que mostraban de antemano procesos desarrollados de forma más tardía en el Lancashire y el Yorkshire. Es cierto que las condiciones de las comunidades de tejedores del siglo XVIII fueron idealizadas por Gaskell en su influyente obra *Manufacturing Population of England* (1833); y por Engels cuando (siguiendo a Gaskell) evocó una imagen de los abuelos de los obreros de las fábricas de 1844 «llevando una vida virtuosa y pacífica con toda devoción y honradez».

Pero la realidad de un siglo XVIII con penuria y conflicto por un lado, y la idealización del siglo XIX por el otro, no acaban con el problema. Los recuerdos perduran. Y lo mismo ocurre con la abundante información que no permite una fácil interpretación. La existencia de ingresos complementarios que provenían de la agricultura en pequeña escala o simplemente de estrechas franjas de huerta, del hilado, del trabajo durante la cosecha, etc., está confirmada para la mayor parte del país. Han llegado pruebas arquitectónicas hasta nuestros días que testimonian la solidez de muchas pequeñas aldeas de tejedores de finales del siglo XVIII, situadas en los Peninos. Hoy en día, el error más común no es el de Gaskell y Engels, sino el del optimista que emborrona la naturaleza difícil y dolorosa del cambio de posición social, desde la de artesano a la de trabajador a domicilio deprimido, con algunas frases consoladoras como las siguientes:

> La visión de que el período anterior a la Revolución industrial fue una especie de edad de oro es un mito. Muchos de los males de la primera época de la fábrica no fueron peores que los de un período anterior. Los hilanderos y los tejedores domésticos del siglo XVIII habían sido «explotados» por los pañeros de manera tan despiadada como los obreros de las fábricas fueron «explotados» por los fabricantes en la década de 1840.[4]

De entre las relaciones tejedor-patrono que se encuentran en el siglo XVIII, podemos distinguir cuatro tipos: 1) La relación cliente-

4. Introducción de W. O. Henderson y W. H. Chaloner a F. Engels, *Condition of the Working Class in England in 1844*, 1958, p. xiv.

tejedor, el Silas Marner* que vivía en una situación de independencia en un pueblo o ciudad pequeña, de forma muy parecida a un maestro en sastrería, realizando los encargos para los clientes. Su número era decreciente, y aquí no debemos preocuparnos de él. 2) El tejedor, con la categoría de artesano superior, que trabajaba por cuenta propia, y lo hacía por piezas para una selección de patronos. 3) El oficial tejedor, que trabajaba en el taller del maestro pañero o, más comúnmente, en su propia casa y con su propio telar para un solo patrono. 4) El agricultor o pequeño propietario que también era tejedor y sólo trabajaba a tiempo parcial en el telar.

Los tres últimos grupos se interseccionan unos con otros, pero es útil hacer las distinciones. Por ejemplo, a mediados del siglo XVIII, en Manchester los oficios de la mercería y el tejido de telas de cuadros eran ampliamente controlados por tejedores-artesanos (grupo 2) con un elevado grado de organización. A medida que la industria del algodón se expandía, en la segunda mitad del siglo, más y más agricultores con pequeños trozos de tierra (grupo 4) se sentían tentados, gracias a los elevados salarios, de convertirse en tejedores a tiempo parcial. Al mismo tiempo, la industria lanera del West Riding seguía estando ampliamente organizada sobre la base de pañeros con pequeños talleres, en donde ellos mismos trabajaban, que empleaban a un puñado de mancebos y aprendices (grupo 3) en su propia unidad doméstica. Podemos simplificar las diversas experiencias de los años que van de 1780 a 1830, si decimos que estos años presenciaron la fusión de los tres grupos en uno solo cuya categoría se degradó en gran medida: el grupo de los proletarios a domicilio, que trabajaban en su propia casa, unas veces eran propietarios y otras veces alquilaban el telar, y que tejían el hilo según las órdenes del agente o representante de una fábrica o de algún intermediario. Perdieron la categoría y la seguridad que podían esperar los grupos 2 y 3, y los ingresos complementarios del grupo 4; se vieron expuestos a condiciones que, a juicio del artesano de Londres, eran completamente «deshonrosas».

Entre los tejedores del norte, los recuerdos de la condición perdida se basaban en experiencias auténticas y persistieron mucho más tiempo. En el West Country, hacia finales del siglo XVIII, los tejedores eran ya trabajadores a domicilio, empleados por el gran *gentleman* pañero

* Personaje principal de una novela de George Elliot que tiene por título el mismo nombre. Hay traducción castellana en Fontamara, Barcelona, 1980. *(N. de la t.)*

que «compra la lana, paga por el hilado, tejido, batanado, teñido, tundido y apresto, etc.», y que podía dar trabajo hasta a 1.000 obreros que trabajasen en esos procesos. Un testimonio del Yorkshire, de 1806, comparaba los dos sistemas. En el West Country,

> no existe lo que nosotros, en el Yorkshire, denominamos el sistema doméstico; al decir sistema doméstico me refiero a los pañeros con pequeños talleres que viven en pueblos o en lugares aislados, con todas sus comodidades, sosteniendo el negocio con su propio capital ... Tengo entendido que en el oeste de Inglaterra ocurre exactamente lo contrario, allí el pañero es igual que el obrero común de una fábrica en el Yorkshire, excepto en que vive en una casa independiente; en el oeste le entregan la lana para que la teja, en el Yorkshire es propiedad del propio trabajador.[5]

Pero en la industria doméstica del Yorkshire, en el siglo XVIII, la lana era propiedad, no del tejedor, sino del maestro pañero que tenía un pequeño taller. La mayor parte de los tejedores eran oficiales que trabajaban para un solo pañero y (por mucho que luego se haya idealizado) estaban en una situación de dependencia. En un «Poema Descriptivo de las Costumbres de los Pañeros, escrito hacia el año 1730»[6] encontramos una imagen «idílica» de la vida de los pañeros. Nos muestra a los tejedores —no sabemos si Tom, Will, Jack, Joe y Mary son mancebos, aprendices o hijos e hijas del «Maestro»— comiendo en una misma mesa, después de haber empleado el «tiempo con las manos y los pies/¡Desde las cinco de la madrugada hasta las Ocho de la *noche*!»

> Dice el Maestro: «Muchachos, os ruego que trabajéis con ahínco,
> El paño debe estar listo el próximo día de Mercado.
> Y Tom tiene que ir mañana a casa de los hilanderos,
> Y Will tiene que ir a buscar las bobinas;

5. Citado por E. A. L. Moir, *op. cit.*, p. 226. Para la industria del oeste de Inglaterra, véase también D. M. Hunter, *The West of England Woolen Industry*, 1910, y J. de L. Mann, «Clothiers and Weavers in Wiltshire during the Eighteenth Century», en L. S. Presnell (comp.), *Studies in the Industrial Revolution*, 1960.

6. La copia del manuscrito que se encuentra en la Leeds Reference Library ha sido transcrita por F. B. en *Publications of the Thoresby Society*, XLI, Parte 3, N.° 95 (1947), pp. 275-279; hay resúmenes en H. Heaton, *Yorkshire Woollen and Worsted Industries*, 1920, pp. 344-347. El libro del profesor Heaton sigue siendo la principal autoridad sobre la industria doméstica en el Yorkshire durante el siglo XVIII.

Y Jack, mañana debe levantarse pronto,
E ir a la casa de aprestos para aprestar los paños,
Y hacer que os preparen el urdido de la pieza
Para que podáis montarla en el telar.
Joe, ve a darle pienso a mi caballo
Pues mañana quiero ir a los Wolds;
Así que encárgate de limpiar mis botas y mis zapatos,
Porque mañana me levantaré ¡muy *temprano*!
Mary, aquí hay lana, cógela y tíñela
¡Es aquella que está en el hatillo!»

Ama: «Tal y como me estás diciendo qué trabajo debo hacer,
Creo que es más necesario que zurza tu camisa,
Te ruego que me digas, ¿quién debe sentarse en el torno de hilar?
¡Y nunca hay un bizcocho en la cesta!
Y nosotras tenemos que cocer al horno, amasar y mezclar,
Y ordeñar y mandar a los niños a la escuela,
Y hacer pastelitos de frutas para los muchachos,
E ir a buscar levadura enferma y todo
Y fregar platos mañana, tarde y noche,
Y lavar las escudillas con agua caliente y desnatar la leche,
¡E ir otra vez a por los niños cuando anochece!».*

La imagen nos induce a establecer una comparación con la nostálgica reconstrucción de Cobbett de las relaciones patriarcales que se establecían entre el agricultor del sur con pocas tierras y sus braceros, que compartían su mesa y su suerte en el siglo XVIII. Es una imagen creíble de una época en que, en los distritos de Halifax y Leeds, casi todos los procesos de la fabricación del paño tenían lugar en una sola unidad doméstica. Hacia finales del siglo XVIII serían necesarias algu-

* Quoth Maister -'Lads, work hard, I pray, / 'Cloth mun be pearked next Market day. / 'And Tom mun go to-morn to t'spinners, / 'And Will mun seek about for t'swingers; / 'And Jack, to-morn, by time be rising, /'And go to t'sizing house for sizing, / 'And get you web, in warping, done / 'That ye may get it into t'loom. / 'Joe -got give my horse some corn / 'For I design for t'Wolds to-morn; / 'So mind and clean my boots and shoon, / 'For I'll be up it 'morn right *soon*! / 'Mary -there's wool- tak thee and dye it / 'It's that 'at ligs i th'clouted sheet!'/ Mistress: 'So thou's setting me my wark, / 'I think I'd more need mend thy sark, / 'Prithie, who mun sit at' bobbin wheel? / 'And ne'er a cake at top o' the' creel! / 'And we to bake, and swing, to blend, / 'And milk, and barns to school to send, / 'And dumplins for the lads to mak, / 'And yeast to seek, and 'syk as that'! / 'And washing up, morn, noon and neet, / 'And bowls to scald, and milk to fleet, / 'And barns to fetch again at neet!

nas modificaciones. El patrono ya no compraría la lana en los *Wolds** (ahora podía comprar el hilo directamente a una hilandería) y los procesos de acabado se encargarían a talleres especializados. Ni era tan «libre» el mercado para sus piezas, aunque la última de las grandes Lonjas de Paños del *yeoman* se construyese en fecha tan tardía como 1779, y en la década de 1790 se estableciera una nueva lonja pirata en Leeds, en la que los comerciantes no autorizados, los «zapateros y hojalateros» que no habían hecho el aprendizaje y los tejedores que trabajaban por cuenta propia vendían sus paños. El pañero con un pequeño taller se iba haciendo progresivamente dependiente de los comerciantes, los agentes comerciales o las fábricas. Si tenía éxito, podía convertirse en un pequeño capitalista, que emplease a 15 o 20 tejedores, muchos de los cuales trabajaban en sus propias casas. Si no lo tenía, podía encontrarse en la situación de perder su propia independencia; si perdía su beneficio al hacer un simple pago del trabajo encargado, podía quedar reducido a tejer el hilo bajo las órdenes de un intermediario. En los períodos malos para el oficio podía quedar endeudado con el comerciante. Estaba en camino de convertirse en un simple tejedor manual y, a medida que la competencia se hacía más intensa, la economía doméstica del ama de la casa se perdió debido a las exigencias del oficio.

Estos procesos fueron lentos y al principio no fueron excepcionalmente dolorosos. Entre quienes cabalgaron hacia York para votar por Wilberforce en 1807, había cientos de pañeros *yeomen*. Las complicadas subdivisiones de la industria permitieron a algunos menestrales sostenerse todavía durante 50 años más, mientras otros creaban pequeños talleres de acabado y de tundido. Además, el gran aumento de la producción de hilo forzaba una demanda especial sobre el trabajo del tejedor; entre los años 1780 y 1820 la pérdida de independencia y de categoría del pañero se vio paliada hasta cierto punto por la abundancia de trabajo. Y, si bien la categoría del Maestro, en algunos casos, estaba descendiendo hacia la de sus oficiales, la de Tom, Will, Jack y Joe parecía estar ascendiendo. A medida que los agentes comerciales y las fábricas buscaban tejedores, el oficial ganaba alguna independencia respecto del maestro pañero. Ahora podía elegir cuidadosamente a sus patronos. Esa fue, tanto por lo que se refiere a la lana como al algodón, la «época dorada» del oficial tejedor.

* Se usa en designaciones específicas de ciertas regiones montañosas de Inglaterra, por ejemplo, la zona montañosa del este y North Riding (Yorkshire Wolds). (*N. de la t.*)

Las relaciones que se describen en el poema, para los primeros años del siglo XVIII, son idílicas sólo en un sentido patriarcal. En el debe, el mancebo no gozaba de mucha más independencia, con respecto a su amo, que la mano de obra con contrato anual en la explotación agrícola. El aprendiz de la parroquia, si se colocaba con un mal amo, estaba durante años en una situación cercana a la servidumbre. En el haber, el mancebo se consideraba más un «pañero» que un simple tejedor; su trabajo era variado, la mayor parte de él se realizaba en el telar, pero alguno tenía lugar fuera; tenía alguna esperanza de obtener crédito para comprar lana y convertirse en menestral por cuenta propia. Si trabajaba en su propia casa, en vez de hacerlo en el taller del amo, no estaba sujeto a disciplina alguna excepto la de su forma de hacer. Las relaciones entre los menestrales y sus trabajadores eran personales y algunas veces estrechas: seguían las mismas costumbres y eran fieles a los mismos valores comunitarios.

> Los «*little makers*»* ... eran hombres que no se descubrían ante nadie, y no reconocían derecho alguno, por parte del *squire* ni del párroco, a hacer preguntas o entrometerse en sus asuntos. ... Su brusquedad y su forma simple de expresarse podía resultar a veces ofensiva. ... Si el *little maker* ... se elevaba alguna vez lo suficiente como para emplear a unos pocos de sus vecinos, no por ello dejaba de trabajar con sus propias manos, sino que trabajaba tan duro o quizá más que cualquiera de los que había empleado. No pretendía tener ninguna superioridad ni en la forma de hablar ni en la de vestir.[7]

El maestro pañero fue el campesino, o pequeño *kulak*, de la Revolución industrial; y con respecto a él se puede establecer la fama de franqueza e independencia del Yorkshire.

En la industria del algodón la historia es distinta. En ésta, la unidad de producción media es mayor y se pueden encontrar relaciones parecidas a las de Norwich y el oeste de Inglaterra desde finales del siglo XVIII. Hacia la década de 1750, los merceros y los tejedores de tela de cuadros de Manchester habían organizado poderosas sociedades del oficio. Estaban ya intentando mantener su posición por medio de resistir

* Fabricantes con pequeños talleres, equivalente a menestrales. (*N. de la t.*)

7. Frank Peel, «Old Cleckheaton», *Cleckheaton Guardian* (enero-abril de 1884). Peel, historiador local de gran precisión, escribía hacia la década de 1830 en una zona del West Riding, en donde los maestros pañeros persistieron durante más tiempo.

el influjo de la mano de obra que no había hecho el aprendizaje. Los trabajadores «ilegales» empezaron a «multiplicarse tan deprisa que aparecían uno detrás de otro». En verano, se quejaban los tejedores, esos hombres «acudían a trabajar al campo, por ejemplo a jornal», y en otoño «volverían de nuevo al Telar, y estarían satisfechos de trabajar a cualquier Precio, o conformarse con hacer cualquier Tipo de Trabajo servil, antes que morir de hambre en Invierno; y las condiciones a las que se resignaban, se convirtieron pronto en Norma general ...».[8] Cuando los tejedores de telas a cuadros intentaron, en 1759, asegurar la imposición legal de las restricciones al aprendizaje, el juez del *Assize* dictó una sentencia desfavorable en la que se dejaban de lado las leyes del país en favor de las todavía-no-establecidas doctrinas de Adam Smith. Si se imponía el aprendizaje, «aquella Libertad de establecer Oficios (el Fundamento de la actual Condición floreciente de Manchester) [sería] destruida»:

> En los Inicios del Oficio, las Leyes de la Reina Elizabeth podían estar bien pensadas para el Bienestar público; pero ahora, cuando ha alcanzado la Perfección que podemos observar, quizá sería Útil revocar dichas Leyes, porque tienden a estorbar y a restringir aquel Conocimiento que al principio era necesario obtener como Norma ...

Y en cuanto a las asociaciones, «si los Inferiores tienen que dar órdenes a sus Superiores, si el Pie aspira a ser la Cabeza ... ¿con qué Fin se promulgan las Leyes?». Era el «Deber indispensable de cada uno, como Amigo de la Comunidad, esforzarse por reprimirlas en sus Inicios».[9]

Este notable veredicto se anticipaba en más de medio siglo a la revocación real del *Statute of Artificers*. Aunque de ningún modo desaparecieron sus organizaciones, los tejedores quedaron sin la menor sombra de protección legal, cuando el gran crecimiento de la producción de hilo que provenía de las primeras hilanderías condujo a la asombrosa expansión del tejido por todo el sudeste del Lancashire. Es bien conocida la descripción hecha por Radcliffe de estos años en las tierras altas de los Peninos:

8. Véase A. P. Wadsworth y J. de L. Mann, *The Cotton Trade and Industrial Lancashire*, Manchester, 1931, p. 348.
9. *Ibid.*, pp. 366-367.

> ... como los talleres de tejido eran insuficientes, todos los trasteros, incluso los graneros viejos, los almacenes para carretas y los cobertizos de cualquier tipo se separaron, se abrieron ventanas en las paredes y se adecuaron todos para ser talleres de tejido. Al agotarse por fin este modo de hacer espacio, surgieron en todas direcciones nuevos *cottages* de tejedores con sus telares ...[10]

Fue el telar y no la hilandería quien atrajo a los inmigrantes por miles. A partir de la década de 1770 en adelante, empezó la gran colonización de las tierras altas: Middleton, Oldham, Mottram, Rochdale. Bolton pasó de tener 5.339 habitantes en 1773 a tener 11.739 en 1789; al principio de las guerras, «a pesar del gran número que se han enrolado, no se consiguen con facilidad casas para la clase obrera; y el verano pasado se construyeron muchas casas en las afueras de la ciudad, que ahora ya están ocupadas».[11] Los agricultores con pequeñas explotaciones se transformaron en tejedores, y los braceros agrícolas y los artesanos inmigrantes ingresaron en el oficio. Radcliffe describió los 15 años que van desde 1788 a 1803 como «la época dorada de este gran oficio» para las comunidades tejedoras:

> Sus viviendas y pequeños huertos limpios y bien arreglados; toda la familia bien vestida; los hombres cada uno con un reloj en su bolsillo, y las mujeres vestidas cada una a su gusto; la iglesia llena a rebosar todos los Domingos; todas las casas bien amuebladas con un reloj de pared de elegante caoba o una caja lujosa; distinguidos servicios de té de Staffordshire ... Alfarería de Birmingham y baterías de Sheffield para uso cotidiano u ornamento ... muchas de las familias de los *cottages* tenían su vaca ...[12]

Aquí la experiencia y el mito se encuentran entrelazados, al igual que en el relato de Gaskell acerca de las familias de tejedores que ganaban 4 libras a la semana en el cambio de siglo y en la descripción de Bamford de sus propios *Early Days* en Middleton. A través de un viejo diarista de Oldham sabemos que la prosperidad no se extendía hasta los

10. W. Radcliffe, *Origin of Power Loom Weaving*, Stockport, 1828, p. 65.
11. J. Aikin, *A Description of the Country ... round Manchester*, 1795, p. 262. Obsérvese el temprano uso del término «clase obrera».
12. Radcliffe, *op. cit.*, p. 167.

tejedores de fustán, que constituían la rama más burda del oficio.[13] De hecho, probablemente sólo una minoría de tejedores alcanzaba el nivel descrito por Radcliffe, pero muchos aspiraban a él. Durante esos 15 o 20 años de prosperidad moderada surge en las comunidades de tejedores un modelo cultural diferenciado; un ritmo de trabajo y ocio; en algunos pueblos, un wesleyanismo más suave y más humanizado de lo que sería en las primeras décadas del siglo XIX (en la escuela dominical de Bamford le enseñaron tanto a escribir como a leer), con líderes de clase y predicadores locales entre los tejedores; una agitación de radicalismo político, y una profunda adhesión a los valores de la independencia.

Pero la prosperidad ocasionada por el vertiginoso aumento de producción de hilo hecho a máquina enmascaraba una pérdida de categoría más esencial. Es precisamente en la «época dorada» cuando el artesano, u oficial tejedor, se convierte en el genérico «tejedor manual». Excepto en algunas ramas especializadas, los viejos artesanos (habiendo sido totalmente derribados los muros del aprendizaje) quedaron equiparados con los nuevos inmigrantes; a la vez que muchos agricultores-tejedores abandonaron sus pequeñas explotaciones agrícolas para centrar su actividad en el telar. Reducidos a una dependencia completa respecto de la hilandería o de los *«putters-out»** que llevaban hilo a las tierras altas, los tejedores estaban ahora expuestos a las reducciones salariales una vez tras otra.

La reducción de los salarios había sido sancionada desde hacía tiempo, no sólo por la codicia del patrono, sino por la teoría ampliamente difundida de que la pobreza era un estímulo fundamental para la industria. El autor de *Memoirs of Wool* estaba probablemente pensando en la industria del oeste de Inglaterra cuando escribió:

13. Véase S. J. Chapman, *The Lancashire Cotton Industry*, Manchester, 1904, p. 40. Hay indicaciones de reducciones generalizadas alrededor de 1797. Una Asociación de Tejedores de Algodón, con sede en Bolton, afirmaba que los salarios se habían reducido una tercera parte entre 1797 y 1799; reverendo R. Bancroft, 29 de abril de 1799, P.C. A.155; A. Weaver, *Address to the Inhabitants of Bolton*, Bolton, 1799; Radcliffe, *op. cit.*, pp. 72-77. Pero los salarios parecen haber alcanzado su máximo de 45*s*. a 50*s*. por semana, en Blackburn en 1802; *Blackburn Mail* (26 de mayo de 1802).

* Término derivado del verbo *to put out:* dar trabajo para que se realice fuera del establecimiento industrial, o para que lo haga alguien que no tiene un empleo regular. (*N. de la t.*)

> Es un hecho bien conocido ... que la escasez, hasta cierto punto, fomenta la industria, y que el fabricante que subsiste con tres días de trabajo estará ocioso y borracho el resto de la semana. ... Los pobres que viven en los condados manufactureros nunca trabajarán, en general, más tiempo del que les es exactamente necesario para vivir y mantener sus vicios semanales. ... Podemos afirmar con justicia que la reducción de salarios en la manufactura de la lana sería una bendición nacional y una mejora, y no sería un perjuicio real para los pobres. Gracias a ello, podríamos mantener nuestra industria, sostener nuestras rentas, y reformar al pueblo por añadidura.[14]

Pero esta teoría la encontramos, de manera casi universal, entre los patronos, así como entre muchos magistrados y clérigos, y también la encontramos en los distritos algodoneros.[15] La prosperidad de los tejedores generó sentimientos de viva alarma en las mentes de algunos patronos y magistrados. «Hace algunos años —escribía un magistrado en 1818—, los tejedores recibían unas retribuciones tan excesivas que trabajando tres o cuatro días a la semana se podían mantener con relativo nivel de lujo.» «Gastaban gran parte de su tiempo y su dinero en las cervecerías, y en su casa la mesita del té estaba provista, dos veces al día, con una botella de ron y el mejor pan de trigo con mantequilla».[16]

Durante las guerras napoleónicas, las reducciones las impusieron a veces los grandes patronos, a veces los patronos menos escrupulosos, a veces los menestrales o los tejedores que trabajaban por cuenta propia y que producían para las «*commission houses*».* Cuando los mercados estaban inactivos, los fabricantes sacaban partido de la situación dando trabajo a los tejedores que estaban desesperados por encontrar cualquier trabajo a cualquier precio; por esa razón les obligaban a «fabricar gran cantidad de productos en un momento en que no eran en absoluto necesarios».[17] Cuando volvía a haber demanda, entonces lanzaban los productos al mercado a precio de saldo; de modo que después de cada recesión menor había un período en el que el mercado se hallaba abarrotado de mercancías baratas que, de ese modo, mantenían

14. J. Smith, *Memoirs of Wool*, 1747, II, p. 308.
15. Véase Wadsworth y Mann, *op. cit.*, pp. 387 y siguientes.
16. Aspinall, *op. cit.*, p. 271.
* Casas que subcontrataban trabajo, llamadas también «mataderos». (*N. de la t.*)
17. Petición de los tejedores en favor de un proyecto de ley de salario mínimo, 1807,

bajos los salarios al mismo nivel que tenían en la época de recesión. Las prácticas de algunos patronos eran sumamente desaprensivas, tanto por lo que hace a la deducción de penalizaciones por trabajo defectuoso como a la estafa en el peso del hilo. Sin embargo, a la vez que los salarios eran presionados más y más abajo, el número de tejedores siguió creciendo durante las tres primeras décadas del siglo XIX; porque el tejido, junto con el trabajo no cualificado en general, constituía el gran recurso de los desempleados del norte. El tejido del fustán era pesado, monótono, pero se aprendía con facilidad. Los obreros agrícolas, los soldados desmovilizados, los inmigrantes irlandeses; todos seguían engrosando la mano de obra disponible.

Las primeras reducciones fuertes generalizadas tuvieron lugar en el cambio de siglo: se produjo una mejora en el último año o dos de las guerras, seguida por una nueva reducción después de 1815 y una disminución ininterrumpida después. La primera petición de los tejedores, desde 1790 en adelante, fue de un salario mínimo legal; demanda a la que dieron apoyo algunos patronos como forma de imponer unas condiciones justas de competencia con sus rivales menos escrupulosos. Al rechazo de esta petición por parte de la Cámara de los Comunes, siguió una huelga durante la cual de 10.000 a 15.000 tejedores se manifestaron en días sucesivos en St Georges Fields, Manchester. La manifestación fue dispersada, por orden de los magistrados, con efusión de sangre; y la actitud plenamente vengativa de las autoridades se hizo patente con el juicio y posterior encarcelamiento, por parte del Estado, de un destacado fabricante, el coronel Joseph Hanson de los Voluntarios, quien había prestado su apoyo al proyecto de ley de salario mínimo, por el delito de cabalgar entre los tejedores profiriendo «palabras rencorosas e incendiarias»: «Persiste en tu causa y seguro que triunfarás. Hoy, ni Nadin ni nadie de su banda te impedirán nada. *Gentlemen*, no podéis vivir de vuestro trabajo. ... Mi padre era tejedor; a mí me enseñaron el oficio de tejer; soy un auténtico amigo de los tejedores». Más tarde, los tejedores rindieron homenaje al coronel Hanson en forma de una copa de plata, en la compra de la cual contribuyeron 39.600 personas. «Los efectos de ese desafortunado juicio —comentaba el historiador de Manchester, Archibald Prentice— se dejaron sentir durante mucho

---

suscrito —según se afirma— por 130.000 tejedores de algodón; véase J. L. y B. Hammond, *The Skilled Labourer*, p. 74.

tiempo como una ofensa. Introdujeron aquel resentimiento de los empleados contra los patronos que se manifestó en 1812, 1817, 1819 y 1826 ...»[18]

Las fechas que ha escogido Prentice son las de la destrucción de telares mecánicos (1812, 1826), de la marcha de los tejedores de mantas (1817) y Peterloo (1819). Sin esperanza alguna de protección legal, los tejedores se dirigieron de manera más directa hacia los canales del radicalismo político.[19] Pero durante algunos años después de 1800, una alianza entre el metodismo y el gamberrismo de los partidarios de la «Iglesia y el Rey» mantuvo a la mayor parte de los tejedores como «legitimistas» políticos. Se dijo que 20.000 de ellos se alistaron en los Voluntarios al principio de las guerras, y que hubo un tiempo en que a uno le podían derribar de un golpe si criticaba la monarquía o la lista de los que cobraban una pensión real. «Tengo a la vista a dos o tres individuos —declaró un testigo de Bolton ante la Comisión Especial que investigaba sobre los tejedores manuales en 1834— que estuvieron en grave peligro por el hecho de ser reformadores de la vieja escuela.» Después de las guerras fue cuando se inició la verdadera corriente radical; y en 1818 tuvo lugar una segunda confrontación crítica entre los tejedores y sus patronos. Fue el año de la gran huelga de hilanderos de algodón de Manchester, y del primer intento impresionante de sindicalismo generalizado (la «*Philanthropic Hercules*»). Una vez más los tejedores se pusieron en huelga, reunieron las lanzaderas y las encerraron en las capillas o los talleres, y no sólo lo hicieron en Manchester, sino en todas las ciudades de tejedores: Bolton, Bury, Burnley. La huelga finalizó con unas concesiones efímeras de parte de los patronos, y con el procesamiento y el encarcelamiento de varios de los líderes de los tejedores.[20] Fue el último movimiento de huelga general eficaz de los tejedores del Lancashire; después de esto, en la mayoría de las ramas los salarios siguieron siendo rebajados —9*s*., 6*s*, 4*s*. 6*d*. e incluso menos semanalmente por un trabajo sin regularidad— hasta la década de 1830.

Atribuir la causa de la degradación de las condiciones de los teje-

18. *State Trials* de Howell, vol. XXXI, pp. 1-98; Prentice, *op. cit.*, p. 33.

19. Para los sucesos que conducen al ludismo (1812), véase más adelante, vol. 2, p. 114.

20. Hammond, *op. cit.*, pp. 109-121. Los documentos del Ministerio del Interior sobre la huelga de 1818, utilizados por los Hammond, son hoy asequibles por completo en Aspinall, *op. cit.*, pp. 246-310.

dores al telar mecánico constituye una simplificación excesiva.[21] La situación social de los tejedores se había quebrantado hacia 1813, en un momento en que el número total de telares mecánicos en el Reino Unido se estimaba en 2.400 y en que la competencia de lo mecánico con lo manual era en gran parte psicológica. El cálculo de telares mecánicos aumenta a 14.000 en 1820, pero incluso entonces el telar mecánico era lento y tosco y todavía no se había adaptado al sistema Jacquart, de modo que no podía tejer difíciles modelos con dibujos. Puede argumentarse que el mismo bajo precio y la abundancia de mano de obra para el telar manual *retrasó* la invención mecánica y la inversión de capital en el tejido. La degradación de los tejedores se parece mucho a la de los obreros de los oficios artesanos deshonrosos. Cada vez que se les rebajaban los salarios, su situación era más indefensa. Ahora el tejedor tenía que trabajar más horas por la noche para ganar menos; al trabajar más aumentaba la posibilidad de que otros quedaran sin empleo. Incluso los partidarios de la nueva «economía política» estaban horrorizados. «¿Ha visto alguna vez el doctor A. Smith un estado de cosas como éste?», exclamó un patrono humanitario, cuya honorable práctica fue la causa de su propia ruina:

> Es inútil leer su libro para encontrar remedio a una enfermedad que ni siquiera se imaginaba que existía, a saber: 100.000 tejedores hacían el trabajo de 150.000 cuando no había demanda (como se dice), y lo hacían por la mitad de la manutención y el resto pagado con los impuestos para asistir a los pobres, ¿podía imaginarse que los beneficios de una Manufactura fueran lo que un Patrono pudiera exprimir, más que otro, de los fatigosos ingresos de los pobres?[22]

«100.000 tejedores hacían el trabajo de 150.000»: esta es la esencia de los oficios deshonrosos, como más tarde observó Mayhew para Londres; una reserva de mano de obra excedente, empleo a tiempo parcial, indefensión y la rebaja continua de los salarios de unos y otros. Las mismas circunstancias del trabajo de los tejedores, especialmente las de las pequeñas aldeas de las tierras altas, constituían un obstácu-

21. Se pueden ver procesos similares en la industria del tejido de seda de Spitalfields, en el siglo XVIII, en los que el telar mecánico no intervino para nada. Véase M. D. George, *London Life in the Eighteenth Century*, p. 187.

22. Hammond, *op. cit.*, p. 123. Véase también la impresionante declaración de los tejedores de Manchester en 1823, en el libro de los Hammond, *Town Labourer*, pp. 298-301.

lo adicional para el sindicalismo. Un tejedor de Salford explicaba esas condiciones ante la Comisión Especial de 1834:

> Las mismas circunstancias particulares en que se encuentran los tejedores manuales excluyen la posibilidad de que tengan el menor control sobre el valor de su propio trabajo. ... El hecho de que incluso los tejedores de un mismo patrono estén diseminados por un vasto distrito ofrece a ese patrono la continua oportunidad, si está dispuesto a hacerlo, de utilizar a sus tejedores como medios para reducir los salarios de unos y otros de manera alternativa; a algunos les dirá que otros están tejiendo por mucho menos y que no deben cobrar más o se quedarán sin trabajo, y a su vez les dice lo mismo a los demás. ... Ahora bien, la dificultad y la pérdida de tiempo que les acarrearía a los tejedores el descubrir la verdad o falsedad de esa afirmación, el miedo de que, en el ínterin, otros se entrometieran y le dejaran sin el trabajo que se le había ofrecido en aquellas condiciones ... la envidia y el resentimiento encendidos en todos los espíritus, con su tendencia a dividirles por lo que hace a sentimientos y opiniones, todo se confabula para que la reducción se lleve a cabo, con seguridad ...

El declive de los tejedores de lana y estambre del Yorkshire siguió un curso paralelo, aunque se rezagaran unos quince años o más con respecto a los cambios en el algodón. Las pruebas que se presentaron ante la Comisión del Oficio de la Lana de 1806 ponían de manifiesto que el sistema doméstico todavía dominaba la industria lanera. Pero los «*little makers*» iban disminuyendo: «muchas de las casas que antes eran ocupadas por patronos, ahora son casas de obreros»; mientras que al mismo tiempo los fabricantes comerciantes reunían una cantidad de telares manuales, así como de procesos de acabado, bajo un solo techo en «fábricas» no mecanizadas. («Una fábrica —decía un testigo— es el lugar en el que trabajan quizá unos 200 obreros en un solo y el mismo edificio.») Las fábricas —en particular las de Benjamin Gott de Leeds— dieron lugar a un acerbo disgusto tanto entre los menestrales como entre los oficiales, puesto que les estaban quitando los mejores clientes, y estaban contratando trabajadores «ilegales» en los procesos de acabado, en los que los aprestadores o los tundidores estaban sumamente organizados. La riqueza, declaraba un testigo, «ha ido cada vez más a los contratistas». Los oficiales se quejaban de que las fábricas daban más trabajo a los tejedores a domicilio en las épocas de actividad, y les dejaban sin trabajo en las épocas de inactividad sin el menor escrúpulo,

mientras que los maestros pañeros que tenían pequeños talleres todavía intentaban encontrar trabajo para sus propios mancebos. Además, incluso antes de la mecanización, las «fábricas» que tenían telares manuales vulneraban prejuicios morales profundamente arraigados. Entre los tundidores y los tejedores existía una *trade union* —la Comunidad de los Pañeros o «la Tradición»— cuyo objetivo declarado era unirse con los pañeros que tenían pequeños talleres para solicitar la restricción de las fábricas y la obligatoriedad del aprendizaje.[23]

Ni los «*little makers*», ni los oficiales recibieron respuesta satisfactoria alguna que proviniese de la Cámara de los Comunes: sus peticiones sólo sirvieron para llamar la atención sobre su asociación y sobre los viejos estatutos paternalistas que un poco después fueron abolidos. En los distritos pañeros de Leeds y Spen Valley, los pañeros que tenían pequeños talleres fueron tenaces y su declive se prolongó durante unos cincuenta años más. En los distritos de Bradford y Halifax, que trabajaban mayoritariamente el estambre, y en el distrito lanero suntuario al sur de Huddersfield, fue donde el *putting-out system** se desarrolló más plenamente hacia la década de 1820; y, al igual que en el algodón, los tejedores fueron las víctimas del recorte de los salarios, y de los comisionistas que almacenaban existencias de productos de precios rebajados.

Del mismo modo que los tundidores eran la élite artesana de la industria lanera, los cardadores eran los trabajadores de élite del estambre. Al controlar un cuello de botella en el proceso de fabricación, estaban en situación de mantener su posición tanto tiempo como pudiesen limitar la entrada a su oficio. Y esto lo habían conseguido con bastante éxito, gracias a su extraordinaria organización de *trade union* que se remontaba por lo menos a la década de 1740. A principios del siglo XIX, a pesar de las *Combination Acts*, tenían una organización nacional eficaz, una constitución imponente, con todos los inconvenientes de una *union* clandestina, y la fama de rebeldía e indisciplina en cuanto a la organización del tiempo: «Vienen el Lunes por la mañana, y cuando hayan encendido el fuego de la marmita de la carda, a menudo se irán y quizá no volverán hasta el Miércoles, o incluso el Jueves. ... Siem-

23. Véase más adelante, vol. 2, pp. 94-98.

* Organización de una red de trabajo a domicilio por parte de los comerciantes empresarios o *putters-out*. (*N. de la t.*)

pre hay un banco de más en el taller, en el que pueden descansar los *ambulantes* ...».[24]

En febrero de 1825, la fiesta en honor del obispo Blaize, el santo de los cardadores, se celebró en Bradford con una gran magnificencia.[25] En junio, como si fuera para señalar la transición hacia el nuevo industrialismo, se inició la huelga más dura de la historia de Bradford, en la que partiparon 20.000 cardadores y tejedores, que tuvo una duración de 23 semanas y acabó en una derrota total para los huelguistas.[26] Las *Combination Acts* habían sido revocadas el año anterior. Habiendo empezado en demanda de mejoras salariales y racionalización, la huelga devino una lucha por el reconocimiento de la *union*, y los patronos llegaron al punto de despedir de las hilanderías a todos los niños cuyos padres se negasen a firmar un documento de renuncia a la *union*. La contienda fue considerada como algo crucial en todo el país, y se recogieron más de 20.000 libras de ayuda para los fondos de la huelga. Después de la derrota, el cardador, de la noche a la mañana, pasó de ser un artesano privilegiado a ser un trabajador a domicilio indefenso. Las restricciones en el aprendizaje se habían acabado y durante los años anteriores a 1825 miles de trabajadores se habían sentido atraídos hacia el oficio debido a los elevados salarios. Aunque algunos cardadores trabajaban en grandes talleres, para otros lo acostumbrado había sido reunirse en grupos de tres o cuatro que compartían un taller independiente. Ahora veían cómo aumentaba su número debido a cientos de recién llegados cuyo insalubre oficio se llevaba a cabo en sus propias casas. Aunque hacia 1825 existía ya maquinaria para el cardado, su utilidad era dudosa para el cardado de calidad; y el hecho de que la mano de obra para la carda fuera barata permitió que la amenaza de la maquinaria se mantuviera durante más de 20 años sobre sus cabezas. Durante este tiempo los cardadores siguieron distinguiéndose por su independencia y su política «democrática». La *union* calculó que en 1825 había 7.000 u 8.000 empleados en el oficio, en Bradford; 20 años más tarde todavía había 10.000 cardadores manuales en el distrito. Muchos

24. *Book of English Trades*, 1818, p. 441.

25. Véase más adelante, pp. 473-474.

26. Para conocer relatos de la huelga, véase J. Burney, *History of Wool and Woolcombing*, 1889, pp. 166 y siguientes; J. James, *History of the Worsted Manufacture*, 1857, pp. 400 y siguientes; *Trades Newspaper* (junio-septiembre de 1826); W. Scruton, «The Great Strike of 1825», *Bradford Antiquary*, 1888, I, pp. 67-73.

de ellos llegaron, durante la década de 1820, desde los distritos agrícolas:

> Venían de Kendal, North Yorkshire, Leicester, Devonshire e incluso de Emerald Isle; de modo que si se permanecía una hora en una taberna (el cardador la llamaba la hora sedienta) se podía oír una perfecta Babel de dialectos diferentes. ... Su apego a la vida rural estaba claro por el hecho de que durante la siega del heno y la cosecha, abandonaban sus cardas, cogían su guadaña ... y se iban a segar a su propia tierra. ... También eran aficionados a los pájaros, y a menudo transformaban sus talleres de carda en perfectos aviarios. ... Algunos cardadores tenían talento para la elocución y podían recitar con una capacidad maravillosa. ... Otros eran tan hábiles en la representación dramática que llegaban al extremo de constituir compañías ...

así reza un relato de Bradford.[27] Un relato que proviene de Cleckheaton se expresa en términos más sombríos:

> Quizá no existió jamás una clase de trabajadores más desgraciados que los viejos cardadores de lana. Todo el trabajo se hacía en sus propias casas, ocupando la mejor parte de sus *cottages*. Toda la familia, de seis u ocho miembros a veces, tanto hombres como mujeres, trabajaban juntos alrededor de una «marmita de carda» calentada con carbón vegetal, cuyos humos tenían un efecto nocivo sobre su salud. Si a eso añadimos que el taller era a la fuerza el dormitorio, no nos sorprenderá que los cardadores de lana estuviesen ojerosos de manera casi invariable ... y que muchos de ellos no viviesen ni la mitad de sus días ...

También sus esposas debían «permanecer a menudo atadas a la tarea y trabajar desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche como sus maridos». «Otra peculiaridad de los cardadores de lana era que sin excepción eran políticos exaltados. ... El movimiento Cartista no tuvo otros partidarios más entusiastas que ellos; su único libro de estudio era la "*Northern Star*".»[28]

27. W. Scruton, *Bradford Fifty Years Ago*, Bradford, 1897, pp. 95-96.

28. Frank Peel, *op. cit.* La situación de los cardadores en la década de 1840 se describe en J. Burney, *op. cit.*, pp. 175-185; su repentina desaparición debido al perfeccionamiento de la maquinaria del cardado, en Bradford a finales de la década de 1840, es descrita por E. Sigsworth en C. Fay, *Round About Industrial Britain*, 1830-1850, 1952, pp. 123-128; para su extinción en Halifax en 1856, véase E. Baines, *Yorkshire Past and Present*, II, p. 145.

Quizá ningún otro grupo fue arrojado, de forma tan precipitada, de las condiciones «honrosas» a las «deshonrosas» como los cardadores de lana. Los tejedores de estambre y de lana no habían conocido una posición tan privilegiada como la de los cardadores del siglo XVIII; y en un primer momento resistieron de manera menos resuelta a medida que sus salarios disminuían. En fecha tan tardía como 1830, el mayor patrono de tejedores manuales de Bradford escribía:

> Los tejedores son, de todos los tipos con los que tenemos que tratar, los más disciplinados y trabajadores, nunca en ningún momento, que yo sepa, han forzado un aumento de salarios, sino que se han resignado a todas las privaciones y sufrimientos con una paciencia y un dominio de sí mismos casi sin igual.[29]

Dos años más tarde, Cobbett fue a caballo por el distrito de Halifax e informó que:

> Es verdaderamente lamentable contemplar a tantos miles de trabajadores, que anteriormente ganaban 20 o 30 chelines por semana, obligados ahora a vivir con 5*s*., 4*s*. o incluso menos. ... Es de lo más pesaroso contemplar a esos trabajadores en esta situación, porque todavía conservan el carácter franco y valiente que adquirieron en los días de su independencia.[30]

La depresión en el oficio «de lujo» de Huddersfield había continuado sin interrupción desde 1825. En 1826, había 3.500 familias en el registro de pobres de Delph, en el distrito de Saddleworth, y se dio cierta extensión del sistema «Speenhamland industrial» (que ya se aplicaba en algunos distritos algodoneros del Lancashire), por el cual los tejedores que todavía tenían trabajo recibían ayuda que provenía de los impuestos para asistir a los pobres, reduciendo de ese modo sus salarios todavía más. (En Saddleworth, los tejedores recibían, por dos días de trabajo, a la semana, 12 libras de harina de avena al día.) En Huddersfield, una comisión de los patronos verificó que, en 1829, de una población de 29.000 personas había más de 13.000 que —cuando dividían el salario entre todos los miembros de la familia— subsistían

29. Citado en W. Cudworth, *Condition of the Industrial Classes of Bradford & District*, Bradford, 1887.
30. *Political Register*, 20 de junio de 1832.

con 2*d*. al día por cabeza. Pero esta fue una curiosa «depresión» en la que la producción real de paño de lana sobrepasó la de cualquier período anterior. Las condiciones de los tejedores se atribuyeron abiertamente al «abominable sistema de reducir los salarios».[31]

Una vez más el declive precedió a la competencia seria con el telar mecánico. La mecanización no se introdujo en el tejido del estambre, a cualquier escala, hasta finales de la década de 1820; en los géneros de lana «de lujo» hasta finales de la década de 1830 (y entonces sólo parcialmente); mientras que el telar mecánico no se adaptó de manera eficaz al tejido de alfombras hasta 1851. Incluso donde se daba una competencia directa con el telar mecánico, la velocidad de tejido aumentó sólo muy lentamente hasta conseguir triplicar o cuadruplicar la producción del telar mecánico.[32] Pero se produjo sin duda una reacción en cadena, a medida que los tejedores eran sacados a la fuerza de los algodones y fustanes bastos, empezaron a hacer tejidos de calidad o seda o estambre y de ahí a la ropa de lana «de lujo» o a las alfombras.[33] Durante 10, 15 o 20 años, el tejido mecánico, en realidad, siguió siendo en muchas ramas del textil un auxiliar del tejido manual. Informó un testigo a la Comisión Especial (de forma un tanto ilógica):

31. W. B. Crump y G. Ghorbal, *History of Huddersfield Woollen Industry*, Huddersfield, 1935, pp. 120-121.

32. Este es un argumento técnico difícil. Los testigos que comparecieron ante la *Comisión Especial para las Demandas de los Tejedores del Telar Manual* no coincidían en cuanto a si se debía estimar la proporción media de producción de tejidos de algodón sencillos en telares mecánicos y manuales en 3 a 1 o 5 a 1. Se afirmaba que el *dandy-loom*, un tipo de telar manual que funcionaba mecánicamente por lo que se refiere al movimiento de la tela en el telar, y a cuyo ritmo se debía adaptar el tejedor mediante acelerados movimientos de la lanzadera manejada de forma manual, trabajaba al mismo ritmo que el telar mecánico, pero con unos grandes costes en cuanto a la salud del tejedor. En el estambre, J. James estimaba que en el West Riding había 2.768 telares mecánicos en 1835, en comparación con los 14.000 telares manuales que se estimaban en el distrito de Bradford en 1838; hacia 1841, había 11.458 telares mecánicos en el West Riding. Las estimaciones que aparecen en el *Leeds Times* (28 de marzo, 11 de abril de 1835) indican que el tejedor de estambre que trabajaba en un telar mecánico (en general una muchacha o mujer que atendía dos telares) podía producir de dos y media a tres veces más que el tejedor manual. Pero durante los 15 años siguientes la velocidad de los movimientos de la lanzadora de un *six-quarter loom* pasó a ser más del doble (H. Forbes, *Rise, Progress, and Present State of the Worsted Manufactures*, 1852, p. 318). El telar mecánico Crossley para alfombras, patentado en 1851, podía tejer a una velocidad de 12 a 14 veces mayor que el telar manual («Reminiscences of Fifty Years by a Workman», *Halifax Courier*, 7 de julio de 1888).

33. Véase *S. C. on Handloom Weavers' Petitions*, 1835, p. 148 (2066).

> En Halifax hay dos fábricas muy grandes, de dos hermanos (los señores Akroyd); el uno teje con telares mecánicos y el otro con telares manuales. ... tienen que vender sus mercancías compitiendo el uno con el otro, por lo tanto tienen que situar sus salarios en un punto de comparación tan cercano como sea posible ... para tener beneficio.[34]

En este caso el telar mecánico podría aparecer como un recurso para reducir los salarios de los tejedores manuales y *viceversa*. Desde otro punto de vista, el fabricante estaba satisfecho con un arreglo que le permitiera sostener el negocio regular con sus naves de telares mecánicos, y en las épocas de mayor actividad en el negocio dar más trabajo a los trabajadores manuales que soportaban por sí mismos los costes de los gastos fijos debidos al alquiler, el telar, etc. «En el caso de que haya una demanda decreciente —informaba el comisario auxiliar que investigaba en el West Riding en 1839— el fabricante que emplea telares mecánicos a la vez que telares manuales, hará trabajar por supuesto su capital fijo tanto como sea posible. De ahí que prescinda en primer lugar de los servicios del tejedor manual.»

Las condiciones de la mayor parte de los tejedores, desde la década de 1820 a la de 1840 y más allá, se mencionan como «indescriptibles» o como «conocidas». Sin embargo, merecen ser descritas y mejor conocidas. Había grupos escogidos de tejedores que mantuvieron su categoría de artesanos gracias a alguna habilidad especial, hasta la década de 1830; los tejedores de paños de Leeds estaban mejor situados que la mayoría, mientras que los tejedores de estambre de Norwich, cuyas tradiciones jacobinas y sindicales eran excepcionalmente fuertes, consiguieron mantener altos los salarios en la década de 1830, gracias a la combinación de formar piquetes, intimidar a los patronos y a los trabajadores «ilegales», la política municipal y la violenta oposición a la maquinaria; todo lo cual contribuyó a la sustitución de la industria de Norwich por parte de la del West Riding.[35] Pero la gran mayoría de los tejedores vivía al borde —y algunas veces más allá del borde— de los límites del hambre. La Comisión Especial sobre Emigración

34. *Ibid.*, 1835, p. 60 (465-466).

35. En el *First Report of the Constabulary Commissioners*, 1839, pp. 135-146, aparece una descripción de la fuerza del Comité de Tejedores de Norwich durante su resistencia a «esa cosa sucia que se llama trabajo a bajo precio» (desde el punto de vista de los patronos). Véase también J. H. Clapham «The Transference of the Worsted Industry from Norfolk to the West Riding», *Econ. Journal*, XX.

(1827) recibió información respecto a las condiciones de vida en algunos distritos del Lancashire que parecen una anticipación del hambre irlandesa de las patatas:

> Mientras visitábamos a los pobres, una persona casi famélica nos pidió, a la señora Hulton y a mí, que entráramos en una casa. Allí encontramos a un lado del fuego a un hombre muy viejo, que parecía moribundo, al otro lado a un joven de unos 18 años con un crío en sus rodillas, cuya madre acababa de morir y ser enterrada. Ya nos íbamos de esta casa, cuando la mujer dijo: «Señor, no lo ha visto todo». Subimos las escaleras, y, bajo algunos andrajos, encontramos a otro hombre joven, el viudo; y al doblar los harapos, que él mismo era incapaz de retirar, descubrimos a otro hombre que estaba muriendo, y que murió durante el día. No tengo la menor duda de que la familia estaba realmente muriendo de hambre en aquel momento ...

La información provenía de West Houghton, donde la mitad de los 5.000 habitantes estaban «totalmente desprovistos de lecho y casi totalmente desprovistos de vestidos». Seis de ellos fueron descritos en el proceso real de morir de hambre.

Es cierto que los salarios citados para esos años (de 10*s*. a 4*s*.) quizá sólo representan uno de los varios salarios de la misma familia, puesto que muchas viudas, niñas o jóvenes trabajaban en un segundo o tercer telar. Pero los salarios también escondían pagos o deducciones adicionales. Los tejedores de estambre de Bradford, en 1835, afirmaban que de un salario medio de 10*s*. habría un desembolso de 4*d*. por aprestar, 3*d*. por montar la urdimbre en el telar, 9 ½*d*. por devanar la trama, 3 ½*d*. para luz y aún se deberían añadir 4*d*. por la inversión, el desgaste y las reparaciones del telar. Si a eso se añadía el desembolso por el alquiler (1*s*. 9*d*.) y el fuego y la colada (1*s*. 6*d*.), las deducciones sumaban en total 5*s*. 3*d*., aunque cuando la esposa o el hijo también trabajaban en un segundo telar, esos gastos generales se podían repartir entre dos salarios.[36] En algunos casos el mismo tejedor alquilaba el telar, en otros casos era propietario, pero tenía que alquilar al patrono los engranajes o lizos para tejer según la muestra. Muchos tejedores estaban en un perpetuo estado de endeudamiento respecto del «*putter-out*», deshaciéndose de la deuda mediante entregas de su traba-

36. *Leeds Times* (7 de marzo de 1835).

jo, y en una situación en la que eran incapaces de rechazar cualesquiera salarios por bajos que fueran.

A medida que empeoraban sus condiciones, debían invertir más y más tiempo en trabajos no remunerados: llevando y yendo a buscar trabajo, y una serie de cosas más. «Aún recuerdo el tiempo», escribía un observador en 1844,

> en que los fabricantes alquilaban habitaciones en los distritos, y las tramas y las urdimbres se les llevaban a caballo o en carro, para facilitar el trabajo de los tejedores, y el patrono preguntaba por el empleado; pero hoy la situación es diametralmente opuesta, el trabajador no sólo emprende largos viajes en busca de trabajo, sino que está condenado a tener muchas contrariedades.[37]

Y de Pudsey proviene una descripción todavía más gráfica de todo este trabajo adicional no remunerado:

> Cuando el oficio no iba mal, era muy común ver a los tejedores y los hilanderos yendo de un lugar a otro en busca de trabajo. ... Si lo conseguían era, en general, a condición de que a cambio ayudasen a desempaquetar la lana; es decir, abrían los fardos, luego seleccionaban los vellones de lana, sacando las partes más bastas que se llamaban el *britch*, lo ponían en grandes sábanas y luego iban al molino y ayudaban a limpiarlo y luego a «tintarlo» o teñirlo. ... Todo esto se hacía a cambio de nada, a no ser en algunas ocasiones una pequeña paga para un poco de cerveza o pan y queso. ... Cuando el torcedor había sacado la primera tanda de hilaza, a menudo se convertía en un serio problema saber a quién le tocaba quedársela, y con frecuencia el modo de decidirlo sería echarlo a suertes. ... Cuando la tela estaba deformada se llevaba a cabo el proceso de aprestado y, por norma, los tejedores tenían que comprar su propio apresto. ... Después de aprestar la tela, uno de los procesos más críticos es tenderla al aire libre para el secado. ... Se escoge un lugar, se sacan los bastidores de la tela, y si hiela, se coge un pico con el fin de hacer agujeros en el suelo para poner estacas que sirvan para atar los extremos de la tela. ... A veces se puede ver a un hombre y a su esposa de rodillas sobre la nieve, con una tela para secar ...

Después, el trabajo de tejer, a última hora de la tarde a la luz de una vela o una lámpara de aceite, con «un muchacho o una muchacha o qui-

37. R. Howard, Cirujano, *History of the Typhus of Hepstonstall-Slack*, Hebden Bridge, 1844.

zá la esposa del tejedor, de pie a un lado del telar atentos para ver cuando se rompía un hilo, mientras el tejedor vigilaba el otro lado, puesto que si se rompía un hilo y arrancaba otro se podían romper una docena más». Y después de tejer, había que volver a hacer media docena de trabajos más antes de que el trajinero se llevase la pieza a Leeds: «Toda esa labor de más, afirmamos, se hacía a cambio de nada. ... Además, no era extraño que, cuando ya habían hecho el trabajo, los tejedores no consiguieran cobrarlo hasta algún tiempo después. ... No podemos asombrarnos de que al tejedor manual se le llegase a llamar «aldaba de la pobreza».[38]

Algunas de esas prácticas no se daban en el algodón, o en todo caso, en el estambre se habían incorporado, desde hacía tiempo, a los procesos especializados. Son un indicador de lo anticuado del oficio de la lana en pequeña escala. Pero en los distritos tejedores del estambre y los productos laneros de lujo había también formas de trabajo que suponían pérdidas de tiempo. Entre las pequeñas aldeas dispersas de la tierra alta era conocido el «caballo de carga humano»: el hombre o la mujer que alquilaba su trabajo para transportar las pesadas piezas acabadas, 5 o incluso 10 millas, por los caminos de los páramos. Las mayores poblaciones de trabajadores a domicilio, deprimidas en extremo, se encontraban en los distritos tejedores situados en los alrededores de centros como Bradford, Keighley, Halifax, Huddersfield Todmorden, Rochdale, Bolton, Macclesfield. La Comisión Especial de 1834 informó que consideraba que «no sólo no se habían exagerado los sufrimientos de ese amplio y valioso grupo de trabajadores, sino que durante años habían continuado hasta llegar a un extremo y una intensidad que apenas se podía creer o imaginar». Cuando John Fielden testificó ante la misma Comisión en 1835, declaró que un gran número de tejedores no podía obtener suficientes alimentos del tipo más sencillo y barato; iban vestidos con harapos y estaban avergonzados de mandar a sus hijos a la escuela dominical; no tenían muebles y en algunos casos dormían sobre paja; trabajaban «a menudo 16 horas al día»; estaban desmoralizados por el abatimiento y debilitados por la subalimentación y la mala salud. Las adquisiciones que habían conseguido en la «época dorada» se habían desvanecido de los hogares de los tejedores. Un testimonio de Bolton declaraba:

38. J. Lawson, *Letters to the Young on Progress in Pudsey*, Stanningley, 1887, pp. 26-30.

> Por lo que puedo recordar, casi todos los tejedores que yo conocía tenían una cómoda en su casa y un reloj y sillas y camas con somier y candelabros e incluso cuadros, artículos de lujo; y ahora me encuentro con que aquello ha desaparecido, ha ido a parar a las casas de los obreros, o a las de las personas de clase más alta.

El mismo testigo, un fabricante, sólo podía «recordar un caso en que uno de mis tejedores se comprase una chaqueta, durante muchos años». Un basto cobertor, que valía 2*s*. 6*d*. cuando era nuevo, servía a menudo como manta; «he visto muchas casas que sólo tenían dos o tres taburetes de tres patas y he visto algunas sin un taburete o una silla, sólo con un cajón de té para guardar sus ropas y sentarse encima».

Por lo que se refiere a la dieta del tejedor pobre y su familia, hay unanimidad: harina de avena, torta de avena, patatas, gachas de avena y cebolla, leche fermentada, melaza o cerveza elaborada en casa, y como cosas de lujo té, café, tocino entreverado. «Muchos de ellos —afirmaba Richard Oastler— no saben lo que es probar carne fresca de año en año ... y sus hijos irán a veces a Huddersfield a mendigar y traerán un trozo a casa, y esto constituye un verdadero lujo. ...» Si hacía falta tener una confirmación, ésta la aportaron las cuidadosas investigaciones de los Comisarios Auxiliares que viajaron por el país después del nombramiento de la Comisión Real en 1838. Quizá las peores condiciones fueran las que se encontraron en los sótanos de las viviendas de las grandes ciudades —Leeds y Manchester— donde los desempleados irlandeses intentaban ganarse unos pocos chelines con el telar.

Pero es fácil suponer que los tejedores de las zonas rurales que vivían en sólidos *cottages* de piedra, con amplias ventanas divididas por el parteluz de los talleres de tejido, en las hermosas tierras altas de los Peninos —en la zona alta del valle del Calder o Wharfedale, Saddleworth o Clitheroe— gozaban de atractivos que les compensaban por su pobreza. Un cirujano que investigó una epidemia de tifus en una pequeña aldea cerca de Heptonstall (un pequeño pueblo lanero que era floreciente durante la Guerra Civil) nos ha dejado una imagen terrible de la muerte de una de esas comunidades. Aunque estaba situada arriba en los páramos, las provisiones de agua estaban contaminadas: un riachuelo que discurría por la superficie, contaminado por un matadero, se convertía en verano en «un criadero de nauseabunda vida animal». La alcantarilla pasaba directamente por debajo de las losas de uno de los *cottages* de los tejedores. Las casas eran húmedas y frías, los pa-

vimentos estaban por debajo del nivel de la tierra: «Se puede decir con justicia que la harina de avena y las patatas son casi lo único que les permite subsistir», junto con la leche vieja y la melaza. Si no podían conseguir té o café, se preparaban una infusión de menta, tanaceto o hisopo. Pero incluso de esta dieta «de ningún modo tienen suficiente ... Los habitantes están sufriendo un rápido deterioro». La atención médica y los gastos del entierro se pagaban, en general, con los impuestos para asistir a los pobres; sólo una de cada diez mujeres recibía atención médica durante el parto:

> ¿Cuál es la situación de la esposa del tejedor manual durante los esfuerzos del parto? Está de pie, con una mujer a cada lado, sus brazos alrededor de los cuellos de aquéllas; y, en los dolores de dar a luz, casi derriba a sus sostenes; y en estas condiciones tiene lugar el nacimiento. ... ¿Y por qué se hace así? La respuesta es, porque no hay mudas de ropa de cama ...

«Cómo consiguen subsistir —exclamaba ese humanitario cirujano— es algo que desconcierta a las propias facultades de ver y oír.»[39]

La reacción contemporánea contra «los Hammond» ha llegado tan lejos que es casi imposible citar estas fuentes, donde las hay en superabundancia para esos años, sin ser acusado de intenciones peyorativas. Pero es necesario hacerlo porque, sin ese pormenor, es posible que la mirada pase por encima de la frase «la decadencia de los tejedores manuales» sin darse en absoluto cuenta de la escala de la tragedia que tenía lugar. Las comunidades de tejedores —algunas situadas en el West Country y los Peninos, con 300 y 400 años de existencia ininterrumpida, algunas de fecha mucho más reciente pero, sin embargo, con sus propias pautas y tradiciones culturales— se estaban literalmente extinguiendo. Los patrones demográficos de Heptonstall-Slack eran extraordinarios: en una población de 348 personas, más de la mitad tenían menos de 20 años (de éstos, 147 estaban por debajo de los 15), mientras que sólo había 30 por encima de los 25 años; estos datos no representan una comunidad creciente, sino una baja esperanza de vida. Durante los catastróficos años de las décadas de 1830 y 1840, cuando el telar mecánico, la afluencia irlandesa y la nueva *Poor Law* remataron lo que ya había iniciado el recorte de los salarios, se produjeron —junto

39. R. Howard, *op. cit.*, *passim.*

con las esperanzas insurreccionales de los tejedores cartistas— las historias más horripilantes: los clubs de entierro de los niños (en los que cada alumno de la escuela dominical contribuía con 1*d*. a la semana a su propio funeral o al de un compañero); la difusión y seria discusión de un folleto (firmado por «Marcus») que estaba en favor del infanticidio. Pero esta no es toda la historia. Hasta que tuvieron lugar esos sufrimientos finales, los miembros de las comunidades más antiguas de tejedores preferían con mucho la forma de vida que éstas les ofrecían, frente a los niveles de vida material más elevados de las ciudades fabriles. El hijo de un tejedor del distrito de Heptonstall, que en la década de 1820 era un chiquillo, recordaba que los tejedores «tuvieron sus buenos tiempos». «El humo de la fábrica ... no ensuciaba la atmósfera.»

> No había sirena alguna que les llamase a las cuatro o a las cinco ... había libertad para empezar y dejar de trabajar cuando quisieran. ... Por las tardes, mientras trabajaban, en las celebraciones de las escuelas dominicales, los hombres y mujeres jóvenes se unirían con entusiasmo al canto de los himnos, mientras el ritmo musical de las lanzaderas marcaría el tiempo ...

Algunos tejedores obtenían frutas, hortalizas y flores de sus huertos. «Mi trabajo estaba al lado del telar, y cuando no devanaba, mi padre me enseñaba a leer, a escribir y aritmética.» Un niño de la fábrica de Keighley, que a la edad de 18 años había dejado la fábrica por un telar manual, informó a la Comisión Sadler (1832) que prefería «con mucho» el telar a la fábrica: «Estoy más relajado; puedo mirar a mi alrededor y salir y refrescarme un poco.» En Bradford, los tejedores tenían la costumbre de reunirse en el descanso de la comida a mediodía:

> ... y charlar con otros tejedores y cardadores sobre las noticias o contar chismes del momento. Algunos de estos grupos pasarían una hora hablando del engorde del cerdo, de la cría de la gallina y de la caza de pájaros y de vez en cuando habría disputas muy acaloradas sobre la gracia redentora, o acerca de si el bautismo de los niños o la inmersión de los adultos era la forma correcta y bíblica de realizarlo. Más de una vez he visto a varios hombres dispuestos a pelear unos contra otros por este ... tema.[40]

40. J. Greenwood, «Reminiscences», *Todmorten Advertiser* (10 de septiembre de 1909); J. Hartley, «Memorabilia», *Todmorten and District News* (1903); W. Scruton, *op. cit.*, p. 92.

Una mezcla única de conservadurismo social, orgullo local y elaboración cultural componía la forma de vida de la comunidad tejedora del Yorkshire o el Lancashire. Estas comunidades eran, en un sentido, ciertamente «atrasadas»; se adherían con igual fuerza a sus tradiciones dialectales y a sus costumbres regionales como a la enorme ignorancia médica y a las supersticiones. Pero cuando más de cerca observamos su modo de vida, más inadecuadas nos parecen las nociones simples de progreso económico y de «atraso». Además, entre los tejedores del norte había verdaderamente un fermento de hombres autodidactas y organizados que habían alcanzado logros considerables. Cada distrito tejedor tenía sus tejedores poetas, biólogos, matemáticos, músicos, geólogos, botánicos: el tejedor viejo de *Mary Barton* está sacado con certeza de la vida real. Hay museos del norte y sociedades de historia natural que todavía poseen relaciones o colecciones de lepidópteros hechas por los tejedores; a la vez que existen relatos sobre tejedores de aldeas aisladas que se enseñaban geometría dibujando con tiza sobre las losas del suelo y que ansiaban discutir sobre cálculo diferencial.[41] En algunos tipos de trabajo sencillo con hilo resistente se podía realmente apoyar un libro en el telar y leer mientras se trabajaba.

También existe poesía de los tejedores, alguna de tipo tradicional, otra más sofisticada. Las baladas de «Jone o' Grinfilt» del Lancashire atravesaron un ciclo patriótico a principio de las guerras (con contrabaladas jacobinas) y continuaron durante la época cartista hasta la guerra de Crimea. La más conmovedora es la canción de «Jone o' Grinfilt el joven», al final de las guerras:

> Soy un pobre tejedor, como muchos ya sabéis,
> No tengo qué comer ni ropa qué vestir,
> Todo lo que hay en casa no vale ni seis peniques,
> Mis zuecos y mis botas están rotos y voy sin calcetines;
> Y que luego te manden a la guerra
> A reventar y hacerlo lo mejor que puedas.

41. Véase también J. F. C. Harrison, *Learning and Living*, 1961, p. 45; y M. D. George, *op. cit.*, p. 188, para los tejedores de Spitalfields. Esas tradiciones también eran fuertes en el West Country, Norwich y, de forma más señalada, entre los tejedores escoceses. En Spitalfields, los tejedores de seda daban apoyo a sociedades de matemáticas, historia, floricultura, entomología, recitación y música: G. I. Stigler, *Five Lectures on Economic Problems*, 1949, p. 26.

El cura de la parroquia hace mucho que nos dice,
Que vendrán días mejores si tengo la lengua quieta,
La he tenido tanto tiempo que no puedo ni respirar,
Tal vez me quiera decir que al final reventaré;
Él se lo pasa muy bien, maldiciendo al diablo,
Pero sin dar golpe en su vida.

Llevamos seis semanas y cada día nos parece el último,
Esperando y dando vueltas, y hasta la fecha en ayunas;
Viviríamos de agujas, si se pudiesen tragar,
Las gachas de Waterloo son lo mejor que comimos;
Y a decir verdad, poca gente veo
Que viva mejor que yo ...*

Irrumpen los alguaciles y después de un forcejeo se llevan el mobiliario.

Le he dicho a mi Marget, acostado con ella en el suelo,
«Nunca estaremos peor en este mundo, estoy seguro ...» **

Cuando le lleva la pieza al patrono, le dicen a Jone que está en deuda porque por la última pieza le dieron sobrepaga. Sale del almacén desesperado y vuelve con su mujer.

Mi Marget dice: si tuviésemos ropa qué ponernos,
Nos iríamos a Londres para ver la gran ciudad;
Y, si una vez allí, las cosas no nos fuesen mejor,
Quién sabe lo que haríamos, luchando hasta el final,

* Aw'm a poor cotton-wayver, as mony a one knaws, / Aw've nowt t'ate i' th' heawse, un' aw've worn eawt my cloas, / Yo'd hardly gie sixpence fur o' aw've got on, / Meh clogs ur' booath baws'n, un' stockins aw've none; / You'd think it wur hard, to be sent into th'ward / To clem un'do best 'ot yo' con. / Eawr parish-church pa'son's kept tellin'us lung, / We'st see better toimes, if aw'd but howd my tung; / Aw've howden my tung, toll aw con hardly dran breoth. / Aw think i' my heart he meons t'clem me to deoth; / Aw knaw he lives weel, wi'backbitin' the de'il. / Bur he never pick'd o'er in his loife. / Wey tooart on six weeks, thinkin'aich day wur th'last, / Wey tarried un' shifted, till neaw wey're quite fast; / Wey liv't upo' nettles, whoile nettles were good, / Un' Wayterloo porritch wur' the best o' us food; / Aw'm tellin' yo' true, aw con foind foak enoo. / Thot're livin' na better nur me ...

** Aw said to eawr Marget, as wey lien upo' th' floor, / 'Wey ne'er shall be lower i' this wo'ald, aw'm sure...'

No tenemos nada contra el rey, pero queremos justicia,
Y quién sabe a lo que puedes llegar cuando te hieren.[42]

El otro tipo de tejedor poeta era el autodidacta. Un ejemplo notable fue Samuel Law, un tejedor de Todmorden, que publicó un poema en 1772 siguiendo el modelo de las *Seasons* de Thomson. El poema tiene poco valor literario, pero revela un conocimiento de Virgilio, Ovidio y Homero (en sus versiones originales), y también conocimientos de biología y astronomía:

Sí, el largo día, y en cada melancólico atardecer,
Meditaba en el telar...
Mientras tanto, tejía la florida y ondeante tela,
Con dedos más fríos que el témpano de hielo;
Y a menudo, mi entera complexión de hombre,
La recorrían oscuros y fríos horrores, y un malestar.[43]

Otros tejedores poetas posteriores transmiten a menudo poco más que patetismo, los tímidos esfuerzos por emular las formas literarias ajenas (en particular la «poesía de la naturaleza») que poco recoge de la experiencia real de los tejedores. Un tejedor, que de 1820 a 1850 trabajó en un telar manual y luego obtuvo trabajo en una fábrica con telares mecánicos, lamentaba las consecuencias que el cambio había operado en sus versos:

> Entonces trabajaba en una habitación pequeña, dominando con la vista el cementerio de Luddenden. Solía salir por los campos y los bosques ... durante las horas de las comidas, y escuchar los sonidos de los pájaros veraniegos, o contemplar las temblorosas aguas del Luddon ... Al-

42. J. Harland, *Ballads and Songs of Lancashire*, 1865, pp. 223-227. («Eawr Marget declares, if hoo'd, if hoo'd clooas to put on, / Hoo'd go up to Lunnon to see the great mon; / Un' if things didno' awter, when theere hoo had been, / Hoo says hoo'd begin, un' feight blood up to th' e'en, / Hoo's nout agen th' king, bur hoo loikes a fair thing, / Un' hoo says hoo acon tell when hoo's hurt.»)

43. *A Domestic Winter-piece* ... de Samuel Law, natural de Barewise, cerca de Todmorden, tejedor del Lancashire (Leeds, 1772). (Yes, the day long, and in each evening gloom, / I meditated in the sounding loom... / Meanwhile, I wove the flow'ry waved web, / With fingers colder than the icy glebe; / And oftentimes, thro' the whole frame of man, / Bleak chilling horrors, and a sickness ran.)

> gunas veces me despertaba de esos ensueños alguna doncella abandonada, enferma de amor, que ... había lanzado los lamentos de su corazón al ingrato viento. Entonces iba a casa y escribía. ... Pero todo esto se acabó; tengo que continuar trabajando en medio del estruendo de la maquinaria.

Es triste que los años de autodidaxia sólo tuviesen como resultado una pátina de tópico. Pero era el logro en sí mismo lo que producía satisfacciones auténticas; como persona joven a finales de la década de 1820, sus observaciones de la naturaleza parecen tener una base mucho más sólida que sus observaciones de doncellas enfermas de amor:

> Coleccionaba insectos junto con varios jóvenes del pueblo. Creamos una biblioteca. ... Creo que un compañero y yo ... reunimos 22 grandes cajas de insectos; 120 tipos diferentes de huevos de pájaros británicos; además de una gran cantidad de conchas (de tierra y de agua), fósiles, minerales, monedas antiguas y modernas ...[44]

Samuel Bamford hace las veces de puente entre las tradiciones populares de las comunidades del siglo XVIII (que persistieron largo tiempo en el siguiente siglo) y los logros de tipo intelectual con una mayor conciencia de sí mismos que tuvieron lugar en las primeras décadas del siglo XIX. Entre estos dos períodos se dan dos experiencias profundamente transformadoras: la del metodismo y la del radicalismo político.[45] Pero por lo que se refiere al fermento intelectual, deberíamos recordar también la cantidad de pañeros con pequeños talleres que quedaron reducidos a la categoría de tejedores,[46] y que trajeron consigo logros educativos y pequeñas bibliotecas.

La expresión más completa de los valores de las comunidades de tejedores pertenece a la historia del movimiento cartista. Una elevada proporción de los dirigentes cartistas locales del norte y las Midlands eran trabajadores a domicilio, cuyas experiencias formativas tuvieron lugar en los años que van de 1810 a 1830. Entre ellos se encuentran

44. W. Heaton, *The Old Soldier*, 1857, pp. xxiii, xix.

45. Para el metodismo y los tejedores, véase el capítulo 11, más adelante. Para el radicalismo político de la posguerra, véase más adelante, vol. 2, pp. 233-237.

46. John Fielden declaró ante la Comisión Especial de 1835: «Pienso que por lo menos las tres cuartas partes de los fabricantes del vecindario en el que vivo han sido reducidos a la pobreza.»

Benjamin Rushton de Halifax, nacido en 1785 y que en 1832 era ya un «veterano» reformador. O William Ashton, un tejedor de lino de Barnsley nacido en 1806, deportado en 1830 por supuesta complicidad en tumultos sucedidos durante las huelgas, puesto en libertad en 1838 y retornado de Australia gracias a las suscripciones de sus compañeros tejedores, para jugar un papel dirigente en el movimiento cartista y sufrir un nuevo período de encarcelamiento. O Richard Pilling, un tejedor manual que había pasado a los telares mecánicos, y al que se conocía como el «Padre» de los motines de Plug en el Lancashire. O John Skevington, predicador local de los metodistas primitivos, calcetero y dirigente cartista de Loughborough; William Rider, un tejedor de paño de Leeds, y George White, un cardador de lana de Bradford.[47]

La trayectoria de estos hombres nos conduciría más allá de los límites de este estudio. Pero el radicalismo del Lancashire de los años 1816-1820, fue en gran medida un movimiento de tejedores, y la *formación* de estos últimos dirigentes se dio en las comunidades de ese tipo. Lo que aportaron al primer movimiento obrero apenas si se puede valorar en exceso. En la medida que se mantenían los recuerdos de su «época dorada» tenían, al igual que los artesanos de la ciudad, una sensación de posición social perdida, y con ella fomentaban los valores de la independencia. En este sentido, en 1816, proporcionaron un público natural para Cobbett. Aparte de la enojosa cuestión del desfalco de hilo, casi todos los testimonios hablaban en favor de la honradez y la independencia de los tejedores: «tan leales, honrados y dignos de confianza como cualquier cuerpo colectivo entre los súbditos de su Majestad ...». [48] Pero poseían, en mayor medida que los artesanos de la ciudad, un profundo igualitarismo social. Del mismo modo que su forma de vida, en los mejores años, había sido compartida por la comunidad, los sufrimientos eran los de toda la comunidad; y quedaron tan degradados que no existía clase alguna de trabajadores no cualificados o eventuales que estuviese por debajo de ellos y frente a la cual hubiesen erigido muros protectores de tipo económico y social. Esto confería a su protesta una resonancia moral particular, cuando se expresa-

47. Para Rushton, véase más adelante, pp. 444-446. Para Ashton, diversas fuentes en la Barnsley Reference Library. Para Pilling, véase *Chartist Trials*, 1843. Para Skevington, véase J. F. C. Harrison, «Chartism in Leicester», en A. Briggs, *Chartist Studies*, 1959, pp. 130-131. Para White Rider, véase Harrison, «Chartism in Leeds», *ibíd.*, pp. 70 y siguientes.

48. Radcliffe, *op. cit.*, p. 107.

ba en lenguaje owenita o bíblico; hacían un llamamiento a los derechos fundamentales y a las nociones elementales de solidaridad y de comportamiento humanos, más que a intereses sectoriales. Al pedir mejoras lo hacían como comunidad entera, y las ideas utópicas de volver a crear la sociedad de nuevo, de golpe —las comunidades owenitas, la huelga general universal, el *Land Plan* cartista— se extendieron entre ellos como fuego en un pajar. Pero en esencia el sueño que surgió con formas muy distintas era el mismo: una comunidad de pequeños productores independientes, que intercambiasen sus productos sin la distorsión de los patronos y los intermediarios. En fecha tan tardía como 1848, un tejedor de lino de Barnsley (un compañero que había sido deportado junto con William Ashton) declaró ante la Convención Cartista Nacional que cuando se ganara la Carta «dividirían la tierra en pequeñas casas de labranza, y darían a todos los hombres la oportunidad de ganar su sustento con el sudor de su frente».[49]

Llegados a este punto deberíamos informarnos con mayor rigor acerca de la situación real de los tejedores en la década de 1830, y de los remedios posibles. Se acostumbra a describir su situación como «sin esperanza», en un oficio «enfermo» u «obsoleto», librando una «batalla perdida» y encaminado a una «decadencia inevitable». Por otra parte, puede afirmarse que hasta finales de la década de 1820 se utilizó el telar mecánico como *una excusa* para desviar la atención de otras causas de su decadencia.[50] Hasta 1820 es difícil dar una razón fundada para la competencia *directa* entre el telar mecánico y el manual; aunque los telares mecánicos se multiplicaban, se olvida a veces que el consumo de algodón estaba aumentando al mismo tiempo.[51] Algo parecido es cierto

49. *Halifax Guardian* (8 de abril de 1848).

50. G. H. Wood, *History of Wages in the Cotton Trade*, 1910, p. 112, ofrece salarios medios para los tejedores de algodón que fluctúan desde 18*s*. 9*d*. (1797); 21*s*. (1802); 14*s*. (1809); 8*s*. 9*d*. (1817); 7*s*. 3*d*. (1828); 6*s*. (1832). Estos datos, probablemente, subestiman el declive: en muchos distritos, en la década de 1830, el promedio era verdaderamente de 4*s*. 6*d*. En la mayoría de ramas del estambre y la lana, el declive era el mismo, empezando un poco después y cayendo pocas veces con tal lentitud. Quienes prefieran las estadísticas pueden consultar las voluminosas pruebas de los Informes de la Comisión Especial y de los Comisarios Auxiliares; se encuentran útiles cuadros estadísticos en *S.C. on Hand-Loom Weaver's Petitions*, 1834, pp. 432-433, 446; y en J. Fielden, *National Regeneration*, 1834, pp. 27-30.

51. Estimación de telares mecánicos de algodón en Inglaterra: 1820, 12.150; 1829, 55.000; 1833, 85.000. Estimación del consumo de torzal en libras de peso: 1820, 87.096 millones de libras; 1829, 149.570 millones de libras. Estimación del número de tejedores

para la industria del estambre hasta 1835; y en otras ramas de la lana hasta la década de 1840.[52] Así, hubo dos fases en el declive de los tejedores manuales. La primera, hasta 1830 o 1835, en la que el telar mecánico fue una causa secundaria que avanzaba con lentitud, aunque en términos psicológicos jugaba un papel más importante (y, en ese sentido, era un mecanismo para reducir los salarios); la segunda, en la que los productos del telar mecánico realmente desplazaron los productos manuales. La mayor reducción de salarios (digamos, de 20*s*. a 8*s*.) tuvo lugar en la primera fase.

¿Eran inevitables las dos fases? En opinión de la mayor parte de los historiadores parecería que lo fueron, aunque a veces se apunta que los tejedores podrían haber recibido una mayor asistencia o consejo. En opinión de muchísimos contemporáneos —incluyendo a los tejedores y a sus representantes— no lo eran. A la primera fase del declive contribuyeron una docena de factores, que comprendían las consecuencias generales de la década deflacionaria de la posguerra; pero las causas subyacentes serían, al parecer: primero, el deterioro tanto de la tradición como de la protección de las *trade unions*; segundo, el hecho de que los tejedores estuviesen expuestos a las peores formas de recorte de salarios; tercero, la sobresaturación del oficio por parte de los desempleados para quienes se había convertido en «el último refugio de los fracasados». Un fabricante de Bolton definía la causa eficiente de forma sucinta:

> ... Opino que desde el mismo principio de la fabricación de muselinas en Bolton, el oficio de tejer ha estado sujeto a reducciones arbitrarias que empezaron a un ritmo muy rápido. Se suponía que la remuneración del trabajo encontraría un nivel adecuado; pero ya desde el principio, cualquier fabricante ha podido ofrecer un ejemplo de reducción de salarios; y sé de cierto, que cuando no podían obtener por las mercancías un precio como el que pensaban que debían obtener, inmediatamente empezaban a reducir los salarios de los tejedores.

---

manuales de algodón en el Reino Unido: 1801, 164.000; 1810, 200.000; 1820, 240.000; 1830, 240.000; 1833, 213.000; 1840, 123.000. Véase N. J. Smelser, *Social Change in the Industrial Revolution*, 1959, pp. 137, 148-149, 207.

52. En la parroquia de Halifax, en donde predominaba el estambre, el consumo de lana dio un salto desde los 3.657.000 de libras, en 1830, a los 14.423.000 de libras, en 1850. Durante el mismo período, los telares mecánicos para estambre pasaron, de ser algunos cientos, a ser 4.000. En el sector del estambre de Bradford, la proporción de telares mecánicos respecto de telares manuales, en 1836, era todavía de 3.000 a 14.000, más o menos.

Pero al mismo tiempo, en Bolton, en 1834 —que fue un buen año— «no hay tejedores sin empleo; no hay peligro de que alguien esté sin empleo en esta época».[53]

La intervención del Estado tuvo una influencia directa en la desintegración de la tradición y el sindicalismo. Ésta fue «inevitable» sólo si aceptamos la ideología dominante y el tono contrarrevolucionario de esos años. Los tejedores y sus defensores oponían a esta ideología un análisis contrario y políticas contrarias, que se centraban en la demanda de un salario mínimo regulado que se impusiera desde comisiones del oficio compuestas por fabricantes y tejedores. Daban una negativa directa a los sermones de «la oferta y la demanda». A la pregunta de por qué no se debía dejar que los salarios encontrasen su propio «nivel», un tejedor de seda de Manchester respondió que entre «lo que se llamaba capital y trabajo» no había semejanza alguna:

> En cuanto al capital, puedo afirmar que no es otra cosa que la acumulación de los productos del trabajo. ... Siempre llevan el trabajo al mercado quienes no tienen nada más que guardar o que vender y que, por lo tanto, deben desprenderse de él inmediatamente. ... ¿Puedo embotellar el trabajo que ... podría realizar esta semana, si, a imitación del capitalista, me niego a desprenderme de él ... porque me ofrecen un precio inadecuado por él? ¿Puedo conservarlo en salmuera? ... Estas dos distinciones entre la naturaleza del trabajo y del capital (a saber, que el trabajo siempre lo venden los pobres y siempre lo compran los ricos, y que el trabajo no se puede almacenar de ningún modo, sino que se debe vender o perder en cada momento), son suficientes para convencerme de que el trabajo y el capital jamás pueden, en justicia, estar sujetos a las mismas leyes ...[54]

Los tejedores veían con claridad, declaraba Richard Oastler, que *«el capital y la propiedad están protegidos y su trabajo se deja a la suerte»*. El testimonio de Oastler ante la Comisión Especial, al ser asediado a preguntas por uno de los partidarios de la «economía política», pone de manifiesto los puntos de vista alternativos acerca de la responsabilidad social:

> [*Oastler.*] Se debería reducir el tiempo de trabajo, y ... el Gobierno debería crear una comisión ... escogida por los patronos y los traba-

53. *S.C. on Hand-Loom Weavers' Petitions*, 1834, p. 381 (4901), p. 408 (5217).
54. *Ibid.*, 1835, p. 188 (2686).

jadores ... que decidiera la cuestión de cómo se deben regular los salarios. ...

P. ¿Pondría usted fin a la libertad de trabajo?

R. Pondría fin a la libertad para el asesinato, y a la libertad de emplear trabajadores más allá de su fuerza; pondría fin a todo aquello que impide que el trabajador pobre se gane bien la vida con un trabajo justo y razonable; y le pondría fin, porque destruye la vida humana.

P. ¿Tendría el resultado deseado?

R. Estoy seguro de que el resultado actual del trabajo libre es la pobreza, el dolor y la muerte. ...

P. Suponga que tuviera que aumentar el precio de forma muy considerable, y ... ¿podría dejar de exportar mercancías?

R. Podemos consumirlas en el país.

P. No consumirían tantas, ¿no es cierto?

R. El triple y mucho más, porque los trabajadores estarían mejor pagados y ellos las consumirían. Los capitalistas no consumen las mercancías, y ahí está la gran equivocación ... Si los salarios fueran más elevados, el trabajador podría vestirse ... y alimentarse ... y aquellos trabajadores son, después de todo, los grandes consumidores de la producción agrícola e industrial, y no el capitalista, porque un gran capitalista, por muy rico que sea, sólo viste un abrigo cada vez, a lo sumo, en verdad rara vez viste dos abrigos a la vez; pero 1.000 obreros que pudiesen comprar mil abrigos, mientras que ahora no pueden comprar ni uno, aumentarían sin duda el comercio ...

Por lo que se refiere a las *commission-houses* o «mataderos», Oastler abogaba por la intervención legislativa directa:

> Jamás hacéis una ley en esta Cámara que no limite la libertad; hacéis leyes para impedir a la gente que robe, esto es una limitación de una libertad del hombre; y hacéis leyes para impedir que los hombres asesinen, esto es una limitación de una libertad del hombre ... Y yo debería afirmar que esos trabajadores de los mataderos no deben hacer lo mismo ...

Los capitalistas «parecen ser seres de un orden privilegiado, pero nunca supe por qué lo eran».[55]

«Ahí está la gran equivocación»: los tejedores que tejían telas, mientras ellos mismos vestían harapos, eran educados a la fuerza en el error

55. *S.C. on Hand-Loom Weavers' Petitions*, 1834, pp. 283-288.

corruptor de la economía política ortodoxa. Antes de que se diera la competencia del telar mecánico —y mientras todavía aumentaban numéricamente— los tejedores del Lancashire ya cantaban su triste «Lamento»:

Vosotros caballeros y hombres de negocios, que os enseñoreáis por doquier a voluntad,
Dignaos mirar a esa pobre gente; es suficiente para haceros llorar;
Dignaos mirar a esa pobre gente, cuando cabalgáis arriba y abajo,
Creo que hay un Dios por encima de todos que rebajará vuestro orgullo.

Coro: Vosotros tiranos de Inglaterra, quizá vuestra estirpe desaparezca pronto,
Quizá se os pidan cuentas de todo lo que habéis hecho de forma abusiva.

Bajáis nuestros salarios, da vergüenza contarlo;
Vais a los mercados y decís que no podéis vender;
Y cuando os preguntamos cuándo se arreglarán los malos tiempos,
Nos respondéis con rapidez, «Cuando se acaben las guerras».*

Los vestidos de los hijos de los tejedores son harapos, mientras «los vuestros visten tan monos como micos de feria»:

Los domingos vais a la iglesia, estoy seguro que no es otra cosa que arrogancia,
No puede haber religión donde la humanidad se deja de lado;
Si el lugar del cielo va a ser como el de la Bolsa,
Nuestras pobres almas no deben acercarse allí, sino vagar como oveja perdida.
Vuestras mesas están cubiertas de los más exquisitos manjares,
Con buena cerveza y coñac fuerte, para que vuestros rostros se pongan colorados;
Invitáis a una serie de visitas —lo cual constituye todo vuestro placer—
Y conspiráis juntando vuestras cabezas para que nuestros rostros palidezcan.

Decís que *Bonyparty* ha sido la ruina total,
Y que tenemos motivo para rezar por su derrota;

* You gentlemen and tradesmen, that ride about at will, / Look down on these poor people; it's enough to make you crill, / Look down on these poor people, as you ride up and down, / I think there is a God above will bring your pride quite down. / *Chorus:* You tyrants of England, your race may soon be run, / You may be brought into account for what you've sorely done / You pull down our wages, shamefully to tell; / You go into the markets, and say you cannot sell; / And when that we do ask you when these bad times will mend, / You quickly give an answer, 'When the wars are at an end'.

Ahora *Bonyparty* está muerto y ha desaparecido, y se ha visto claramente
Que nuestros mayores tiranos son nuestros propios *Boneys*.[56]

A su ira y a sus sufrimientos se añadía la transparencia de su explotación: nada del sistema que llevaba tropas a Peterloo o permitía a sus patronos erigir grandes mansiones en los distritos manufactureros les parecía «natural» o «inevitable».

Los historiadores que dan por sentado que la regulación de los salarios era «imposible» no se han molestado en presentar un ejemplo que pudiese ser contestado. Las propuestas de John Fielden de un salario mínimo estudiado en cada distrito por comisiones del oficio no eran más «imposible» que el proyecto de ley de las 10 horas que sólo se ganó después de tres décadas se agitación intensiva y frente a una oposición igual. Fielden tenía a su favor no sólo a los tejedores, sino a muchos de los patronos que deseaban poner límite a los menos escrupulosos y a los «mataderos». La dificultad residía no (como ha señalado el profesor Smelser) en el «sistema de valores dominante en la época», sino en la fuerte oposición de una minoría de patronos y en el carácter del Parlamento (al cual elogia el profesor Smelser por su éxito en «manejar» y «canalizar» los «injustificados síntomas de alboroto» de los tejedores).[57] En 1834 la Cámara nombró una Comisión Especial presidida por un comprensivo fabricante de Paisley, John Maxwell. Él y John Fielden (que era miembro de la Comisión) aseguraron que estuviese provista de testigos comprensivos. La Comisión, aunque expresando una profunda preocupación por la situación de los tejedores, no llegó a ninguna recomendación firme en 1834; pero en 1835, después de recoger pruebas adicionales, se pronunció con un inequívoco informe en favor de la propuesta de ley sobre el salario mínimo de Fielden: «el resultado de la medida sería quitarles a los patronos que pagan peor, el

56. J. Harland, *op. cit.*, pp. 259-261. (You go to church on Sunday, I'm sure it's nought but pride, / There can be no religion where humanity's thrown aside; / If there be a place in heaven, as there is in the Exchange, / Our poor souls must not come near there; like lost sheep they must range. / With the choicest of strong dainties your tables overspread, / With good ale and strong brandy, to make your faces red; / You call'd a set of visitors —it is your whole delight— / And you lay your heads together to make our faces white. / You say that Bonyparty he's been the spoil of all, / And that we have got reason to pray for his downfall; / Now Bonyparty's dead and gone, and it is plainly shown / That we have bigger tyrants in Boneys of our own.)

57. Véase N. J. Smelser, *op. cit.*, p. 247. Para hacer justicia al profesor Smelser, debería añadirse que su libro, aunque profundamente insensible en sus argumentos ge-

poder que tienen en la actualidad de regular los salarios». Era imprescindible hacer una prueba de la aplicación de esta medida, y «se demostrará al menos, que el Parlamento se ha compadecido de su dolor, y ha prestado oídos a sus súplicas de ayuda».

> En cuanto a la opinión de que el Parlamento no puede y no debe intervenir en casos de esta naturaleza, Vuestra Comisión se opone decididamente. Por el contrario, cuando el bienestar y la felicidad de cualquier número considerable de súbditos británicos está en juego, Vuestra Comisión cree que el Parlamento no debería perder un momento para informarse y, si es posible, poner en marcha el remedio.
>
> Vuestra Comisión, por lo tanto, sugiere que se presente inmediatamente un proyecto de ley de la naturaleza del que proponía el señor Fielden ...[58]

Siguiendo estas recomendaciones, John Maxwell presentó realmente un proyecto de ley el 28 de julio de 1835. La fuerza de la oposición se expresó en un discurso de Poulett Thomson: «¿Era posible que el Gobierno del país fijara una tarifa para los salarios? ¿Era posible que el trabajo del hombre no debiera ser libre?» Una medida como aquella constituiría «un acto de tiranía». El doctor Bowring y Edward Baines (del *Leeds Mercury*) aconsejaban a los tejedores que se ayudasen a sí mismos haciendo que sus hijos aprendieran otros oficios. El *Hansard* consideró que John Fielden era «inaudible». Se rechazó el proyecto de ley por 41 votos contra 129. Propuesto de nuevo por Maxwell en 1836, su segunda lectura fue pospuesta repetidas veces y finalmente abandonada. Vuelto a presentar en mayo de 1837 por Maxwell en una moción por la suspensión, se negó el permiso de presentar una propuesta de ley por 39 votos contra 82. En las garras de una legislatura del *laissez faire*, los fabricantes de Paisley y Todmorden (muchos de cuyos miembros estaban al borde del hambre) siguieron luchando. John Fielden propuso presentar un nuevo proyecto de ley el 21 de diciembre de 1837; rechazado por 11 votos a 73. Pero entonces Fielden se mantuvo firme e hizo saber que se opondría a cualquier proyecto de ley referente a di-

---

nerales, contiene algunas valiosas ideas sobre el efecto de los cambios tecnológicos en las relaciones familiares de los obreros del algodón.

58. *S. C. on Hand-Loom Weavers' Petitions*, 1835, p. xv. He citado esta parte del Informe con el fin de corregir las informaciones incorrectas que hay en Smelser, *op. cit.*, pp. 263-264, y Clapham, *op. cit.*, I, p. 552.

nero hasta que la Cámara hiciese algo. Esta vez fue «audible». Se nombró una Comisión Real, que estaba firmemente controlada por aquel *decano* de la «economía política» ortodoxa, Nassau Senior, y se inició otra etapa de «manejo y canalización». En 1838, los comisarios auxiliares recorrieron los distritos afectados, prevenidos por Senior de que deberían «combatir muchas teorías predilectas, y puede defraudar esperanzas imprecisas o exageradas, pero abrigadas durante mucho tiempo». Por muy humanos e inteligentes que, en algunos casos, fueran esos hombres que investigaron minuciosamente las condiciones de los tejedores, eran, sin embargo, ideólogos del *laissez faire*. Sus informes —y el informe final de la Comisión— se publicaron en 1839 y 1840. El árido informe del comisario auxiliar para el West Riding indica que —a menos que fuera para el uso de futuros historiadores sociales— no había necesidad alguna de encargar su trabajo: «La conclusión general que me he esforzado por establecer es que es labor de la legislación acabar con todas las restricciones que afectan a la acumulación de capital, y aumentar de ese modo la *demanda* de trabajo; pero en cuanto a la *oferta* del mismo no tiene por qué intervenir». Pero éste era ya su punto de partida. «Ni el poder del Zar de Rusia», se decía,

> pudo aumentar los salarios de los trabajadores en una situación similar ... lo único que queda por hacer, por lo tanto, es instruir a los tejedores manuales respecto de su situación real, aconsejarles que abandonen el oficio y que se guarden de dirigir a sus hijos hacia él, del mismo modo que se guardarían de cometer los crímenes más atroces.[59]

Todo este «manejar y canalizar» tuvo por lo menos dos resultados: convirtió a los tejedores en cartistas partidarios inveterados de la «fuerza física», e hizo que hubiesen, sólo en el algodón, 100.000 tejedores menos en 1840 que en 1830. Sin duda alguna, la propuesta de ley de Fielden sólo hubiese sido parcialmente eficaz, sólo hubiese proporcionado un ligero alivio a medida que la competencia del telar mecánico aumentaba en la década de 1830, y podría haber trasladado el aumento del empleo a tiempo parcial hacia alguna otra industria. Pero debemos ser escrupulosos en cuanto a las palabras: el «ligero alivio» en la década de 1830 podría haber sido la diferencia entre la muerte y la su-

59. *Journals of House of Commons* y *Hansard, passim; Reports of Hand-Loom Weavers' Commissioners*, 1840, Parte III, p. 590; A. Briggs, *Chartist Studies*, pp. 8-9.

pervivencia. «Pienso que ha habido ya una demora demasiado larga —dijo Oastler ante la Comisión Especial de 1834—, creo que la demora ocasionada en este problema ha enviado a muchos cientos de operarios británicos a sus tumbas.» De los 100.000 tejedores que perdió el Lancashire en aquella década, es probable que sólo una minoría encontrara otros empleos: una parte de la mayoría murieron dentro de su plazo natural, mientras que la otra parte simplemente «murieron» prematuramente.[60] (A algunos de ellos los debieron mantener sus hijos que habían entrado a trabajar en las fábricas.) Pero fue en 1834 cuando la misma legislatura que se había considerado incapaz de ofrecerles cualquier medida de apoyo golpeó directa y activamente sus condiciones de vida mediante la propuesta de enmienda a la *Poor Law*. La beneficiencia —que era el recurso de muchas comunidades, a veces en una escala del tipo de «Speenhamland»— fue (por lo menos en teoría) reemplazada por las «Bastillas»* a partir de los últimos años de la década de 1830. El resultado fue verdaderamente catastrófico. Si el profesor Smelser analizase el «sistema de valores dominante» de los tejedores, descubriría que les disgustaba *todo* tipo de subsidio para los pobres, pero para el asilo malthusiano los valores de la independencia y del matrimonio eran un tabú absoluto. La nueva *Poor Law* no sólo le negó la ayuda al tejedor y a su familia, y le *mantuvo* en el oficio hasta el fin, sino que en realidad condujo a otros —como a algunos de los irlandeses pobres— al seno del oficio. «No puedo contemplar este estado de cosas sin perder la paciencia», dijo un tejedor de muselinas de Bolton a la Comisión de 1834:

> Mi situación es la siguiente: en este momento, dentro de un año cumpliré 60 años, y calculo que en el lapso de ocho años me habré convertido en un pobre. Me es imposible, por mucho que me esfuerce, ganar un chelín más; y cuando tengo salud necesito todos mis esfuerzos para mantener el alma y el cuerpo juntos. ... Hablo con sentimiento sobre este tema, como lo haría cualquier hombre en las mismas circunstancias; veo el presente proyecto de enmienda de la *Poor Law* como un sistema de coerción sobre el pobre, y que dentro de muy poco tiempo estaré bajo

60. Véase el diario de W. Varley, un tejedor, en W. Bennett, *History of Burnley*, Burnley, 1948, III, pp. 379-389; (febrero, 1827): «el mal y la enfermedad imperan por todas partes, y es normal que así sea, (helor) y el hambre y el duro trabajo a que están sometidos los pobres. ... la viruela y el sarampión se llevan a los niños a razón de dos o tres por casa.»

* En inglés, sinónimo de cárcel. Eran los nuevos asilos para los pobres. (*N. de la t.*)

su terrible actuación. No he merecido esto. Soy un hombre leal, con un gran cariño por las instituciones de mi país, y soy un amante de mi país. «Inglaterra, con todos tus defectos, y sin embargo, te amo», es el lenguaje de mi alma ...[61]

En estos distritos tejedores como Ashton (donde el párroco cartista, Joseph Raynor Stephens, hacía discursos insurreccionales), Todmorden (donde Fielden desafió abiertamente la ley), Huddersfield y Bradford la resistencia a la *Poor Law* fue violenta, prolongada e intensa.

Pero cuando se inició la segunda fase del declive de los tejedores, es decir, la competición plena con los telares mecánicos, ¿qué soluciones había? «Es difícil decir qué decreto —escribió Clapham— que no fuesen pensiones del Estado para los tejedores, la prohibición del telar mecánico, o la prohibición del adiestramiento en el tejido con telar mecánico, hubiese tenido la más mínima utilidad.»[62] Éstas no se encontraban entre las peticiones de los mismos tejedores, aunque ellos protestaban contra:

... el uso sin restricción (o, más bien, el abuso) de maquinaria mejorada y perfeccionada continuamente ...
... el descuido en cuanto a proporcionar empleo y manutención de los irlandeses pobres, que se ven obligados a invadir el mercado de trabajo inglés en busca de un pedazo de pan.
... La adaptación de las máquinas, en cada uno de sus perfeccionamiento, a los *niños*, los *jóvenes* y las *mujeres*, lo cual supone la expulsión de quienes deberían trabajar: LOS HOMBRES.[63]

La respuesta de los tejedores a la maquinaria fue, como indican estas resoluciones, más perspicaz de lo que se supone a menudo. Rara vez tuvo lugar la destrucción directa de telares mecánicos excepto cuando su introducción coincidía con una desgracia extrema y el desempleo (West Houghton, 1812; Bradford, 1826). Desde finales de la década de 1820, los tejedores hicieron tres propuestas constantes:

Primero, proponían un impuesto sobre los telares mecánicos para igualar las condiciones de la competencia, parte del cual se podría des-

61. *Loc. cit.*, 1834, pp. 456-460.
62. Clapham, *op. cit.*, I, p. 552.
63. *Report and Resolutions of a Meeting of Deputies from the Hand-Loom Worsted Weavers residing in and near Bradford, Leeds, Halifax, &c.*, 1835.

tinar a la ayuda de los tejedores. No se debe olvidar que el tejedor manual no sólo estaba él mismo gravado por los impuestos para asistir a los pobres, sino que pagaba una pesada carga en impuestos indirectos: «El telar mecánico les ha quitado el trabajo; su pan está gravado; su malta está gravada; su azúcar, su jabón y casi todas las cosas que usan y consumen están gravadas. Pero el telar mecánico no paga impuesto alguno ... », así rezaba una carta de los tejedores de paños de Leeds, en 1835.[64] Cuando tratamos los detalles de los asuntos financieros, a veces olvidamos las disparatadas y explotadoras bases del sistema impositivo posterior a las guerras, así como su función redistributiva, de los pobres hacia los ricos. Entre otros artículos gravados con impuestos se encontraban los ladrillos, el lúpulo, el vinagre, las ventanas, el papel, los perros, el sebo, las naranjas (que eran un artículo de lujo para los niños pobres). En 1832, de unos ingresos de 50 millones de libras, recaudados en su mayor parte mediante los impuestos indirectos sobre artículos de consumo corriente, se gastaron más de 28 millones de libras esterlinas en la Deuda Nacional y 13 millones de libras en el ejército, en contraste con las 356.000 libras gastadas en servicios civiles y las 217.000 libras en la policía. Un testigo dio el siguiente resumen de los impuestos que probablemente recaían cada año sobre el trabajador, ante la Comisión Especial en 1834:

> N.° 1. Impuesto sobre la malta, 4 libras 11*s*. 3*d*. N.° 2. Sobre el azúcar, 17*s*. 4*d*. N.° 3. Té o café, 1 libra 4*s*. N.° 4. Sobre el jabón, 13*s*. N.° 5. Sobre la vivienda, 12*s*. N.° 6. Sobre los víveres, 3 libras. N.° 7. Sobre los vestidos, 10*s*. Total de los impuestos que pesan sobre el trabajador anualmente, 11 libras 7*s*. 7*d*. Suponiendo que un trabajador gana al día 1*s*. 6*d*., y calculando que trabaja 300 días al año (cosa que muchos trabajadores hacen), el ingreso será de 22 libras 10*s*.; así, se reconocerá que por lo menos se le extrae, 100 por 100, o la mitad de sus ingresos mediante los impuestos ... porque haga lo que haga, comer, beber o dormir paga impuestos de un modo u otro.[65]

El resumen abarca artículos que pocos tejedores podían comprar, incluyendo, demasiado a menudo, el mismo pan:

64. *Leeds Times* (25 de abril de 1835).

65. *S.C. on Hand-Loom Weavers' Petitions*, 1834, pp. 293 y siguientes. El testigo, R. M. Martin, fue autor de *Taxation of the British Empire*, 1833.

Tejedor que tienes el pan tasado, todos pueden ver
En qué te ha beneficiado este impuesto,
Y tus hijos, con un destino infame,
Cantando himnos por un vergonzoso mendrugo de pan,
Hastà que las piedras de todas las calles
Conozcan sus pequeños pies desnudos.*

así reza una de las «*Corn Law Rhymes*» de Ebenezer Elliott.[66]

No es sorprendente que los ataques de Cobbett a los inversores en deuda pública encontrasen una buena acogida, y que Feargus O'Connor se ganara en primer lugar el aplauso de los que llevan «chaquetas de fustán y barbas sin afeitar» del norte, pulsando la misma nota: «Pensáis que no pagáis nada, cuando, en realidad, todo lo pagáis vosotros. Sois vosotros quienes pagáis seis u ocho millones en impuestos para mantener el ejército; ¿y, para qué? para mantener los impuestos ...».[67] Ciertamente, no parece más «imposible» poner un impuesto sobre los telares mecánicos que sobre las ventanas, las naranjas o los ladrillos.

Las otras dos propuestas eran relativas a la limitación de horas de trabajo en las fábricas que tenían telares mecánicos, y al empleo de tejedores masculinos adultos en los telares mecánicos. La primera de ellas constituyó un poderoso influjo que condujo a muchos tejedores de telares manuales a apoyar la agitación en favor de las diez horas. Sobre este tema se creó una difícil situación, desde la década de 1830 hasta la actualidad, con la acusación hecha a los hombres de «refugiarse en las faldas de las mujeres» o de utilizar la situación de los niños como pretexto para su propia demanda de una jornada laboral más corta. Pero, de hecho, los operarios y los tejedores declararon abiertamente su objetivo. En su modelo alternativo de economía política se hallaba intrínseco el hecho de que una jornada laboral de menos horas en la fábrica aligeraría el trabajo de los niños, permitiría hacer una jornada de trabajo más corta a los obreros adultos y extendería el trabajo disponible de manera más amplia entre los trabajadores manuales y los desempleados. En el segundo caso, mientras que el hilado con *mule* estaba en general reservado a los obreros, el telar mecánico estaba

* Bread-tax'd weaver, all can see / What that tax hath done for thee, / And thy children, vilely led, / Singing hymns for shameful bread, / Till the stones of every street / Know their little naked feet.

66. E. Elliott, *The Splendid Village, &c.*, 1834, I, p. 72.

67. *Halifax Guardian* (8 de octubre de 1836).

atendido más a menudo por mujeres o jóvenes. Y aquí debemos observar con más detención las razones de los tejedores para oponerse al sistema fabril.

«Razón» no es la palabra apropiada, ya que el conflicto se da entre dos modos o formas de vida distintos desde el punto de vista cultural. Hemos visto que incluso antes de la aparición del telar mecánico, a los tejedores de lana les disgustaban las fábricas con telares manuales. En primer lugar, se resentían por la disciplina: la campana o la sirena de la fábrica; el cronometraje que hacía caso omiso de la mala salud, la organización doméstica o la elección de ocupaciones más variadas. William Child, un oficial tejedor que fue castigado por sus actividades con «la Tradición» de 1806, se negó a entrar en una fábrica con telares manuales debido a sus reparos a «estar obligado a ir con exactitud a tal hora y tal minuto, y al mal comportamiento que allí se tenía ...»:

> Cuando un trabajador auxiliar trabajaba en casa podía hacer el trabajo en sus ratos libres; aquí debes llegar a la hora: la campana suena a las cinco y media, y luego de nuevo a las seis, luego se daban diez minutos para que la puerta estuviera abierta; cuando expiraba el minuto undécimo, se cerraba la puerta ante cualquiera, ya fuese hombre, mujer o niño; tienes que esperar ahí en la puerta o volver a casa hasta las ocho.[68]

En la «época dorada» una queja frecuente de los patronos había sido que los tejedores celebraban «San Lunes» —y algunas veces hacían fiesta los martes— acabando el trabajo los viernes y los sábados por la noche. Según la tradición, los primeros días de la semana el telar iba al ritmo lento de «Tiempo-de-sobra. Tiempo-de-sobra».* Pero durante el fin de semana el telar repiqueteaba, «Queda un día. Queda un día».** Sólo una minoría de tejedores del siglo XIX habrían tenido una vida tan variada como el tejedor pequeño propietario cuyo diario, en la década de 1780, le describe tejiendo en los días húmedos y faenando —acarreando, cavando y drenando, segando, batiendo mantequilla— en los días de buen tiempo.[69] Pero debió de existir variedad de algún

68. *Committee on the Woolen Trade*, 1806, p. 111 *et passim*.
* Plen-ty of time. Plen-ty of time.
** A day t'lat. A day t'lat.
69. T. W. Hanson, «Diary of a Grandfather», *Trans. Halifax Antiq. Soc.*, 1916.

tipo, hasta en los peores tiempos: aves de corral, algunos huertos, las «vigilias» o las fiestas e incluso un día de caza con perros:

Venga, todos vosotros tejedores de algodón, debéis levantaros muy temprano,
Porque tenéis que trabajar en las fábricas desde la mañana hasta la noche:
No podéis ir dos o tres horas al día a vuestros huertos,
Porque tenéis que estar a sus órdenes, y mantener sus lanzaderas en movimiento.[70]

«Estar a sus órdenes», esta era la afrenta que más profundamente se resentía. Porque, en el fondo, el tejedor sentía que era el verdadero *hacedor* de la tela (y sus padres recordaban la época en que el algodón o la lana se hilaban también en casa). Hubo un tiempo en que se creyó que las fábricas serían una especie de asilos para los niños pobres; e incluso cuando desapareció este prejuicio, entrar en la fábrica suponía descender, en cuanto a posición social, desde la del trabajador con interés propio, por muy pobre que fuese, a la del empleado o «mano de obra».

Además, se resentían por los efectos del sistema fabril sobre las relaciones familiares. El tejido había ofrecido un empleo a toda la familia, incluso cuando el hilado se había alejado del hogar. Los niños pequeños devanando las bobinas, los muchachos más mayores vigilando las imperfecciones, repasando la tela o ayudando a tirar la lanzadera en el telar ancho; los adolescentes trabajando en un segundo o tercer telar; la esposa alternando el tejido con sus tareas domésticas. La familia estaba junta, y por muy pobres que fuesen las comidas, al menos se podían sentar juntos en momentos escogidos. Alrededor de los talleres de tejido se había desarrollado un modelo completo de vida familiar y comunitaria; el trabajo no impedía conversar y cantar. Las hilanderías —que sólo daban empleo a sus hijos— y más adelante las naves de telares mecánicos, que en general sólo empleaban a las esposas o a los adolescentes, fueron resistidas hasta que la pobreza derribó todas las defensas. Aquellos lugares se consideraban «inmorales»: lugares de licencia sexual, lenguaje soez, crueldad, accidentes violentos y

70. J. Harland, *op. cit.*, p. 253. (So, come all you cotton-weavers, you must rise up very soon, / For you must work in factories from morning until noon: / You mustn't walk in your garden for two or three hours a-day, / For you must stand at their command, and keep your shuttles in play.)

costumbres extrañas.[71] Los testigos ante la Comisión Especial destacaban ahora una objeción y después otra:

> ... a nadie le gustaría trabajar en un telar mecánico, no les gusta, hay tal martilleo y estruendo que podría volver locos a algunos hombres; y además, tendría que estar sujeto a una disciplina que ningún tejedor de telar manual estaría dispuesto a aceptar jamás.
>
> ... todas las personas que trabajan en el telar mecánico lo hacen a la fuerza, porque no pueden vivir de otra forma; en general son personas que han tenido aflicciones familiares y cuyos negocios han fracasado ... tienen tendencia a ir como pequeñas colonias a colonizar las fábricas ...

Un testigo de Manchester, que había perdido un hijo en un accidente en la fábrica, declaró:

> He tenido siete hijos, pero si tuviera 77 nunca mandaría a uno de ellos a una hilandería. ... Uno de los reparos que tengo contra ellas es que su moralidad está muy corrupta. ... Tienen que estar en las fábricas desde las seis de la mañana hasta las ocho de la noche, por consiguiente no tienen medios de instrucción ... no se les da buen ejemplo ...

«Por mi parte estoy resuelto a que si inventan máquinas para sustituir el trabajo manual, deban encontrar muchachos de acero para atenderlas.» [72]

Por último, tenemos todas estas objeciones, no tomándolas por separado, sino tomándolas como indicadores del «sistema de valores» de la comunidad. Este sería un material verdaderamente valioso para un estudio de sociología histórica; puesto que, en la Inglaterra de la década de 1830, tenemos una «sociedad plural», con comunidades de fábrica, de tejedores y agrícolas que se influyen unas a otras, con diferentes tradiciones, normas y expectativas. La historia de los años que van desde 1815 a 1840 es, en parte, la historia de la confluencia de las

71. Véase la declaración de los tejedores de Manchester (1823): «Los males de la vida fabril son incalculables. ... Allí se mezcla la juventud, ignorante y sin control, de ambos sexos ... sin ningún tipo de vigilancia de los padres. ... Confinados en un calor artificial en perjuicio de su salud. ... El espíritu expuesto a la corrupción, y la vida y los miembros expuestos a la Maquinaria ... consumiendo una juventud en la que los 40 años de edad equivalen a los 60 en constitución física ... » (Hammond, *The Town Labourer*, p. 300).

72. *S.C. on Hand-Loom Weavers' Petitions*, 1834, p. 428 (5473), p. 440 (5618); p. 189 (2643-6).

dos primeras en una agitación política común (radicalismo, reforma de 1832, owenismo, campaña en favor de las 10 horas, cartismo); mientras que la última etapa del cartismo es, en parte, la historia de su frágil coexistencia y su disociación final. En las grandes ciudades como Manchester o Leeds en donde los tejedores manuales compartían muchas de las tradiciones de los artesanos, se casaban entre ellos y pronto enviaron a sus hijos a las fábricas, estas distinciones eran menos marcadas. En los pueblos de tejedores de las tierras altas, las comunidades tenían un sentido de clan mucho más fuerte; despreciaban a la «gente de la ciudad», todos ellos hechos de «desperdicios y mendrugos hervidos».[73] Durante años, en áreas como Saddleworth, Clitheroe, la zona alta del valle del Calder los tejedores de las aldeas de las laderas se mantuvieron alejados de las fábricas situadas en el fondo de los valles, adiestrando a sus hijos para que ocupasen sus lugares en el telar.

Verdaderamente, luego, hacia la década de 1830, podemos empezar a hablar de una ocupación «condenada», que en parte estaba autocondenada por su propio conservadurismo social. Pero incluso en los lugares en que los tejedores aceptaban su destino, el consejo de la Comisión Real de «abandonar el oficio» a menudo no venía al caso. Los niños podían encontrar un puesto de trabajo en las fábricas, o las hijas crecederas empezar a trabajar en el telar mecánico:

Si entráis en un taller de tejido, en el que hay tres o cuatro pares de telares,
Todos están desocupados, son estorbos en las habitaciones;
Y si preguntáis la razón, la vieja madre os dirá sencillamente,
Mis hijas los han abandonado, y se han ido a tejer con vapor.[74]

Pero esto no siempre era posible. En muchas fábricas, los hilanderos o la mano de obra existentes tenían prioridad para sus propios hijos. Donde eso tenía lugar, a la vergüenza de los tejedores se añadía su dependencia respecto de su esposa y sus hijos, la forzosa y humillante inversión de los papeles tradicionales.

Hay que recordar la falta de equilibrio entre trabajo juvenil y adulto

73. Edwin Waugh, Lancashire Sketches, 1869, p. 128.

74. J. Harland, *op. cit.*, p. 253. (If you go into a loom-shop, where there's three or four pairs of looms, / They all are standing empty, encumbrances of the rooms; / And if you ask the reason why, the old mother will tell you plain, / My daughters have forsaken them, and gone to weave by steam.)

en el primer sistema fabril. A principios de la década de 1830, entre una tercera parte y una mitad de la mano de obra (para todo tipo de trabajo) de las hilanderías tenía menos de 21 años. En el estambre, la proporción de mano de obra juvenil era bastante más elevada. De los adultos, bastante más de la mitad eran mujeres. El doctor Ure hacía una estimación de una mano de obra adulta en todas las fábricas textiles del Reino Unido, a partir de los informes de los inspectores de fábrica en 1834, de 191.671, de los cuales 102.812 eran mujeres y solamente 88.859 eran hombres.[75] El modelo de empleo masculino está bastante claro:

> En las fábricas de los algodoneros del Lancashire, los salarios de los hombres en el grupo de edad en que hay el mayor número de empleados —de los 11 a los 16 años— son de una media de 4*s*. 10 ¾ *d*. a la semana; pero en el siguiente grupo de edad de 5 años, de los 16 a los 21, el promedio aumenta a 10*s*. 2½*d*. por semana; y por supuesto, el fabricante tendrá tan pocos como pueda a ese precio. ... En el siguiente grupo de edad de 5 años, de 21 a 26, el promedio de salarios semanales son 17*s*. 2½*d*. Aquí hay un motivo todavía más fuerte para no seguir empleando hombres en la medida que ello sea posible. En los dos grupos de edad subsiguientes el promedio salarial todavía aumenta más, hasta 20*s*. 4½*d*., y 22*s*. 8½*d*. En este nivel salarial sólo se empleará a aquellos hombres que son necesarios para realizar un trabajo que requiera una gran fuerza física, o una gran cualificación en algún arte, oficio o misterio ... o personas empleadas en cargos de confianza.[76]

Debemos señalar dos aspectos evidentes, pero importantes, acerca de este modelo de empleo. El primero —que ya lo hemos apuntado en relación a los oficios «deshonrosos»— es que no podemos separar de manera artificial en nuestras mentes los salarios «buenos» de las fábricas, de los salarios malos de las industrias «anticuadas». En un sistema que se basa en la discontinuidad del empleo de los varones adultos «en la medida que ello sea posible», el salario del obrero fabril cualificado y el salario del obrero no cualificado desplazado de la fábrica a los 16 o los 21 años se debe inscribir en las dos caras de la misma

75. A. Ure, *The Philosophy of Manufactures*, 1835, p. 481; J. James, *History of the Worsted Manufacture*, pp. 619-620; James, *Continuation of the History of Bradford*, 1866, p. 227. Los informes subestiman, a menudo, la mano de obra juvenil.
76. Ure, *op. cit.*, p. 474.

moneda. En realidad, en las industrias textiles laneras, los trabajadores jóvenes desplazados de las fábricas a veces se veían obligados, antes de cumplir los 20 años, a volver al telar manual. El segundo punto es que el tejedor de telar manual, varón y adulto, incluso cuando las privaciones vencían sus prejuicios, tenía pocas oportunidades más que el trabajador agrícola de encontrar empleo en una fábrica. Pocas veces se adaptaba al trabajo de la fábrica. No tenía ni una «gran fuerza física» ni cualificación en cualquier oficio de la fábrica. Uno de los patronos mejor dispuestos, John Fielden, recordaba respecto del año 1835:

> Semanalmente acudían a mí multitud de tejedores de telar manual que se hallaban en una situación tan apremiante como para verse obligados a buscar un trabajo como aquel, y tanto a mí como a mis compañeros nos causaba un gran dolor estar ... obligados a negarles el trabajo a la mayoría de los que lo pedían.[77]

En los oficios artesanos del Lancashire, a principios de la década de 1830, los salarios eran razonablemente elevados: entre los fundidores de hierro, los mecánicos, los zapateros, los sastres y los trabajadores de la construcción cualificados oscilaban entre 15*s*. y 25*s*. (y en las industrias mecánicas eran todavía más altos). Pero esos sueldos se habían alcanzado sólo gracias a la fuerza de la organización, uno de cuyos objetivos era mantener alejados de la fábrica a los despedidos jóvenes y a los tejedores de telar manual. Si el tejedor hubiese podido cambiar de ocupación hacia otro oficio *artesano* —o hubiera podido colocar a sus hijos de aprendices—, el conservadurismo social no lo hubiese impedido. Había un cierto prejuicio comprensible contra el trabajo no cualificado, era considerado como una pérdida definitiva de categoría:

> Pero dejaré este oficio, y trabajaré con una azada.
> O iré a picar piedra a la carretera ...*

declara «Jone o' Grinfilt» en el punto álgido de sus tribulaciones.

Pero incluso aquí había dificultades. El tejedor de seda de Manchester que expuso los elementos de una teoría obrera del valor a la Cámara

77. J. Fielden, *The Curse of the Factory System*, 1836, p. 68.
* But aw'll give o'er this trade, un work wi' a spade. / Or goo un' break stone upo' th' road ...

de los Comunes había fracasado en su intento de obtener trabajo como mozo de cuerda (con unos salarios de 14*s*. a 15*s*). La constitución física de los tejedores pocas veces era apta para realizar trabajos pesados no cualificados (los salarios de los peones de albañil y los «paleadores» eran de 10*s*. o 12*s*.), y competían con los braceros irlandeses que eran más fuertes y estaban dispuestos a trabajar por menos dinero.[78] Y mientras que los tejedores de las grandes ciudades encontraban sin duda trabajos sueltos mal pagados muy variados, el tejedor rural de mediana edad no podía trasladar su casa y su familia:

> El cambio tuvo un efecto terrible en los espíritus de algunos tejedores viejos de telar manual ... Vimos a un viejo tejedor de Pudsey con lágrimas en los ojos mientras ... contaba las buenas cualidades de su telar. Sí, estaba sujeto como debe estar un telar, y se balanceaba de un lado a otro como un telar debe hacerlo, la lanzadera volvía con facilidad y hacía su trabajo sin trabas y admitía cualquier cantidad de trama. Cuando el telar llegó desde uno de los mejores talleres de construcción de telares de Inglaterra ... todos los vecinos vinieron a verlo, lo admiraron y lo codiciaron. Pero ahora durante algún tiempo tanto este telar como otro ... han enmudecido y están cubiertos de polvo y de telarañas ...[79]

La historia de los tejedores de telar manual afecta en multitud de aspectos a la cuestión general de los niveles de vida durante la Revolución industrial. En sus primeras etapas parece proporcionar pruebas al lado «optimista»: las hilanderías son los multiplicadores que atraen a miles de trabajadores a domicilio y aumentan su nivel de vida. Pero a medida que su nivel de vida aumenta, su posición social y sus defensas disminuyen; y desde 1800 a 1840 el balance es casi absolutamente «pesimista». Si vamos a enjuiciar los niveles de vida de esos años, no en términos «futuristas», sino en los términos de las generaciones vivas que los experimentaron, entonces debemos ver a los tejedores como un grupo que no sólo no «compartió los beneficios» del progreso económico, sino que sufrió una decadencia drástica. Puesto que las textiles fueron las principales industrias de la Revolución industrial, y pues-

78. Los salarios que aquí se apuntan son los que dio como promedio la Cámara de Comercio de Manchester en 1832: véase *First Annual Report P.L.C.*, 1836, p. 331, y *British Almanac*, 1834, pp. 31-61.

79. J. Lawson, *Progress in Pudsey*, pp. 89-90.

to que había muchos más adultos involucrados en las ramas del tejido que en las del hilado, esta parecería ser una forma tan válida de describir la experiencia de esos años como cualquier otra. La historia tradicional, quizá debido a cuestiones de estilo dramático, fija su atención sobre el multiplicador (la *mule*, la fábrica y el vapor); nosotros hemos observado a la gente que se multiplicó.

Los «optimistas» reconocen, por supuesto, la situación de los tejedores; en todos los relatos hay alguna salvedad, que exceptúa a «unos pocos y reducidos grupos de población especialmente infelices, como los tejedores de telar manual», «un pequeño grupo en una comunidad que florece», o «bolsas de desempleo tecnológico».[80] Pero como muy bien sabía Clapham, los tejedores no se pueden describir de ningún modo como un «pequeño» grupo antes de los últimos años de la década de 1840. Los tejedores eran, y probablemente lo habían sido durante algunos cientos de años, el mayor grupo singular de trabajadores industriales de Inglaterra. Fueron los labradores de nuestras principales industrias. En algún momento entre 1820 y 1840 llegaron a ser los terceros en las listas de ocupación, después de los braceros agrícolas y los criados domésticos, y sobrepasando con mucho cualquier otro grupo industrial. «Nunca se hizo un censo de ellos [por ejemplo, de telares en el Reino Unido]; pero no pudieron ser menos de 500.000 y debieron ser muchos más.»[81] Las estimaciones para el Reino Unido, incluyendo los telares de algodón, lana, seda, hilo, lino, así como las ramas especializadas como el tejido de cintas (pero excluyendo a los tejedores de punto), se elevaban algunas veces hasta 740.000. Pero en muchas familias habría dos, tres y cuatro telares. La estimación de la Comisión Especial de 1834-1835 de que de 800.000 a 840.000 personas eran completamente dependientes del telar debe ser lo más exacto que podemos obtener.

El persistente mito de la libertad en una ideología anticuada permite que no hacer nada y dejar que las fuerzas económicas «naturales» inflijan daño a una parte de la comunidad constituya una justificación completa para una legislatura. El telar mecánico proporcionó una excusa de oro tanto al Estado como a los patronos. Pero, del mismo

80. Clapham, *Economic History*, I, p. 565; F. A. Hayek en *Capitalism and the Historians*, p. 28; R. M. Hartwell, «The Rising Standard of Living in England, 1800-1850», *Econ. Hist. Review*, 2.ª serie, XIII (abril 1961).
81. Clapham, *op. cit.*, I, p. 179.

modo, podríamos considerar la historia de los tejedores como la expresión de la situación sumamente anormal que existía durante la Revolución industrial. En la historia de los tejedores tenemos un caso paradigmático de la actuación de un sistema represivo y explotador sobre un grupo de trabajadores sin las defensas de las *trade unions*. El gobierno no sólo intervino contra sus organizaciones políticas y sus *trade unions*, también impuso a los tejedores el dogma negativo de la libertad del capital de forma tan intransigente como lo iba a hacer sobre las víctimas del hambre irlandesa.

Hoy en día todavía está presente el fantasma de este dogma. El profesor Ashton lamenta que los factores financieros retrasaran la inversión en telares mecánicos:

> A veces se sugiere que los «males» de la Revolución industrial se debieron a la rapidez con que aquélla se produjo: el caso de los trabajadores textiles a domicilio indica exactamente lo contrario. Si en el tejido hubiese habido un hombre como Arkwright, si los tipos de interés se hubiesen mantenido bajos, si no hubiesen habido inmigraciones ni subsidios con la *Poor Law*, la transferencia a la fábrica se hubiese realizado con rapidez y con menos sufrimiento. Tal y como se produjo, grandes cantidades de trabajadores manuales siguieron, durante más de una generación, librando una batalla perdida contra la energía del vapor.[82]

Pero, como hemos visto, para los patronos de los telares mecánicos no era una «batalla», sino una gran ventaja tener una fuerza de trabajo barata adicional, como recurso en los buenos tiempos y como medio de mantener bajos los salarios de las mujeres y las chicas (de 8*s*. a 12*s*. en Manchester, en 1832) que atendían los telares. Además, apenas había «transferencia hacia la fábrica». Si la introducción del telar mecánico hubiese sido más rápida, sus consecuencias —siendo todo lo demás igual— habrían sido incluso más catastróficas.

Algunos historiadores de la economía parecen no estar dispuestos (quizá debido a un «progresismo» encubierto, que iguala el progreso humano con el crecimiento económico) a afrontar el hecho evidente de que la innovación tecnológica durante la Revolución industrial, hasta la época del ferrocarril, desplazó (excepto en las industrias del metal) al obrero cualificado adulto. Los obreros desplazados de ese modo pa-

82. T. S. Ashton, *The Industrial Revolution*, p. 117.

saban a engrosar la provisión ilimitada de mano de obra barata que se empleaba en los penosos trabajos de pura fuerza humana muscular, que eran tan pródigos en la época. Había poca mecanización o ninguna en las minas, en los muelles, las ladrillerías, las fábricas de gas, la construcción, en la construcción de canales y tendidos de ferrocarril, en el acarreamiento y el porteo. El carbón todavía se subía a hombros por las largas escaleras de las bodegas de los barcos: en Birmingham todavía se podían alquilar hombres, en la década de 1830, por 1*s*. al día para acarrear arena en carretillas nueve millas por carretera y nueve millas de vuelta sin carga. La disparidad de salarios de un mecánico (de 26*s*. a 30*s*.) o un carpintero (24*s*.) y el paleador (de 10 a 15*s*.) o el tejedor (digamos 8*s*.) en 1832 es tal que no podemos dejar que la explique sólo el conservadurismo social. Indica que los trabajos cualificados son los excepcionales, y que las condiciones en el trabajo manual no cualificado o en las industrias domésticas, lejos de ser «especialmente infelices» eran características de un sistema diseñado por los patronos, los legisladores y los ideólogos para abaratar el trabajo humano de todas las formas posibles. Y el hecho de que el tejido llegara a estar sobresaturado en un momento en que las circunstancias eran de rápido declive es una confirmación elocuente. En las industrias domésticas, escribió Marx, era donde la explotación era más «desvergonzada», «porque en esos últimos reductos de las masas que se han vuelto "superfluos" debido a la industria y la agricultura modernas, la competencia por el trabajo alcanza sus máximas cotas».[83]

Por supuesto, hay un argumento «futurista» que merece atención. De hecho, es un argumento que muchos obreros, que vivieron hasta llegar a tiempos mejores, aceptaron. Uno de esos obreros comentaba, a pesar de haber sufrido plenamente la transición:

> ...los tejedores del telar mecánico no tienen que comprarse los telares y una *jenny* que hile para ellos; o las bobinas, frascos y canastos; o pagar renta e impuestos para establecerse; tampoco tienen que pagar velas, o gas y carbón para iluminar y calentar el taller. No tienen que pagar las reparaciones, por el desgaste ... no tienen que comprar lanzaderas, recogedores, aparadores, mostradores, guíahilos, estacas, mallas y cuerdas. ... No tienen que atarse a los pedales y bancos ... ni

83. *El capital*, edición de 1938, p. 465. (Hay trad. cast. en OME, 40 (1976), 41 (1970), 42 (1980), Crítica, Barcelona.)

> deben vendar su muñeca para reforzarla. ... No tienen que ir a buscar hilazas ni preparar el urdido, reforzar los orillos, aprestar, sacar los tejidos a secar, estirarlos en el tendedero, sacarlos, humedecerlos y teñirlos; ni, además de todo, tendrían que seleccionar la lana, limpiarla y teñirla y *hacerlo todo a cambio de nada.*[84]

Si contemplamos el trabajo de los tejedores de telar manual bajo esta perspectiva, éste era verdaderamente penoso y obsoleto, y cualquier transición, por muy llena de sufrimiento que estuviese, estaría justificada. Pero este es un argumento que desestima el sufrimiento de una generación a cuenta de las ganancias del futuro. Para quienes sufrieron, este consuelo retrospectivo no sirve de nada.

84. J. Lawson, *op. cit.*, p. 91.

10. NIVELES DE VIDA Y EXPERIENCIAS

I. Los bienes

La controversia que se refiere a los niveles de vida durante la Revolución industrial posiblemente ha adquirido mayor valor cuando ha abandonado la búsqueda, un tanto irreal, de los niveles salariales de unos hipotéticos obreros medios y ha dirigido su atención hacia los artículos de consumo: alimentos, vestidos, vivienda, y, además de éstos, salud y mortalidad. Muchos de los aspectos expuestos a debate son complejos, y todo lo que aquí se puede intentar ofrecer son observaciones acerca de una discusión que continúa. Cuando tomamos en consideración cantidades mensurables, parece claro que entre los años 1790 y 1840 el producto nacional aumentaba con mayor rapidez que la población. Pero es extremadamente difícil establecer cómo se distribuía este producto. Incluso en el caso de que dejemos otras consideraciones de lado (¿Qué parte de este aumento salía fuera debido a la desfavorable relación real de intercambio? ¿Qué parte se dirigía a inversiones de capital, más que a artículos de consumo?), no es fácil descubrir qué parte de este aumento iba a los diferentes sectores de la población.

El debate acerca de la dieta de la población durante la Revolución industrial versa principalmente sobre cereales, carne, patatas, cerveza, azúcar y té. Es probable que el consumo *per cápita* de trigo disminuyese, desde los niveles de los últimos años del siglo XVIII, durante las cuatro primeras décadas del siglo XIX. El señor Salaman, el historiador de la patata, ha ofrecido un convincente relato, punto por punto, de la «batalla de la hogaza», mediante la cual los terratenientes, los labradores acomodados, los párrocos, los fabricantes y el gobierno mismo intentaron hacer pasar a los braceros de una dieta de trigo a una de patatas. El año crítico fue 1795. Después, la necesidad del tiempo de

guerra reemplazó los argumentos referentes a los beneficios de reducir a los pobres a una dieta básica barata. El aumento del área cultivada de patatas durante las guerras no se puede atribuir sólo a la escasez de trigo: «había alguna deficiencia, pero la división desigual entre las diferentes clases de la sociedad, que era resultado de los precios excesivos, fue un factor mucho más poderoso ...» La gran mayoría de la población inglesa, incluso en el norte, había pasado, hacia 1790, de los cereales más bastos al trigo; y el pan blanco se consideraba celosamente como un símbolo de su posición social. El bracero rural del sur se negaba a dejar su dieta de pan y queso, incluso cuando se encontraba al borde de la inanición; y durante casi cincuenta años tuvo lugar una guerra dietética regular entre las clases, con las patatas invadiendo el terreno del pan en el sur, y con la harina de avena y las patatas invadiendo en el norte. En realidad, el señor Salaman descubre en la patata un estabilizador social más eficaz incluso que el que Halévy encontró en el metodismo:

> ... el consumo de la patata ... permitió, de hecho, que los obreros sobrevivieran con el mínimo salario posible. Es probable que, de este modo, la patata prolongara y fomentara el empobrecimiento y la degradación de las masas inglesas, durante otro centenar de años; pero seguramente, la alternativa no era otra que la revolución sangrienta. El hecho de que Inglaterra escapase a tal trastorno violento, en las primeras décadas del siglo XIX, ... se debe anotar, en gran medida, en el haber de la patata.[1]

Hoy en día, los expertos en nutrición nos informan de que la patata está llena de virtudes, y verdaderamente, siempre que los niveles de vida subieron de forma suficiente para que la patata fuese un artículo añadido que proporcionaba variedad a la dieta, ello fue un logro. Pero la sustitución del pan o la harina de avena por las patatas se vivió como una degradación. Los inmigrantes irlandeses con su dieta de patatas (Ebezener Elliott les llamaba «hordas irlandesas alimentadas de raíces») constituían un testimonio elocuente, y muchísimos ingleses estaban de acuerdo con Cobbett acerca de que los pobres eran víctimas de una

1. R. N. Salaman, *The History and Social Influence of the Potato*, Cambridge, 1949, en especial las pp. 480, 495, 506, 541-542. J. C. Drumond y A. Wilbraham, los historiadores de *The Englishman's Food*, 1939, también consideran que este es un período de declive.

conspiración para reducirlos al nivel de los irlandeses. Durante toda la Revolución industrial, el precio del pan (y de la harina de avena) fue el índice principal del nivel de vida, en opinión de la población. Cuando, en 1815, se aprobaron las *Corn Laws*, las tropas tuvieron que defender las cámaras del Parlamento de los ataques de la población. Entre las pancartas que había en Peterloo, destacaban las que decían: «NO A LAS *CORN LAWS*», y las cosas siguieron como estaban (especialmente en el Lancashire) hasta la agitación de la década de 1840 contra las *Corn Laws*.

La carne, como el trigo, acarreaba sentimientos de posición social muy por encima de su valor dietético. El cordero asado de la Vieja Inglaterra era el orgullo del artesano y la aspiración del bracero. Una vez más, el consumo *per cápita* disminuyó probablemente entre 1790 y 1840, pero las cifras están en discusión. La discusión gira en torno al número y al peso de las reses sacrificadas en los mataderos de Londres. Pero incluso en el caso de que estas cifras estén establecidas, no podemos todavía estar seguros respecto de qué sectores de la población consumían la carne y en qué proporciones. Verdaderamente, la carne sería un indicador sensible de los niveles de vida, puesto que era uno de los primeros artículos en los que se debe haber gastado cualquier aumento de los salarios reales. Los trabajadores estacionales no planificaban meticulosamente su consumo sobre 52 comidas de domingo; más bien, gastaban el dinero cuando tenían trabajo y durante el resto del año tomaban lo que la fortuna les deparaba. «En los largos y hermosos días de verano», le contaron a Henry Mayhew,

> la hija pequeña de un obrero de una ladrillería solía encargarle al carnicero chuletas y otros manjares selectos, diciendo, «Por favor, señor, a mi padre no le importa el precio, ahora mismo; pero quiere unas buenas chuletas, señor, y tiernas, por favor ... porque es ladrillero.» En invierno la cosa era como sigue, «Oh, por favor, señor, aquí tiene una monedita de cuatro peniques, y debe darme algo barato para mi padre. No le importa qué trozo sea mientras sea barato. Estamos en invierno y no tiene trabajo, señor, porque es ladrillero.»[2]

Los londinenses tendían a tener unos niveles de expectativas mayores que los braceros de provincias. En el punto más bajo de la depre-

2. Mayhew, *op. cit.*, II, p. 368.

sión de 1812, un observador tuvo la impresión de que a los pobres de Londres les iba mejor que a los del norte y el oeste:

> Los Pobres de la Metrópoli, a pesar del enorme precio de los productos de primera necesidad, viven en realidad, comparativamente, de manera confortable. El peón más humilde aquí consigue carne (carne comestible) con frecuencia, y siempre consigue pan y queso, con algún tipo de cerveza, para sus comidas, en cambio un campesino del West Country no puede conseguir esta comida para su familia.[3]

Por supuesto, había una variedad de «carnes» inferiores en venta: arenques ahumados, arenques salados, pies de vaca, pies de oveja, orejas de cerdo, albóndigas, callos y morcillas. Los tejedores rurales del Lancashire despreciaban la comida de la ciudad, y preferían (la carne de animales muertos a cuchillo —una frase que sugiere, a la vez, la supervivencia de su propia economía de la cría directa del cerdo y la sospecha de que la carne de la ciudad no estaba en buenas condiciones—; si se veían obligados a comer en la ciudad, «cada bocado se tragaba en medio de dolorosas especulaciones en torno a qué debía ser el cuadrúpedo cuando estaba vivo y sobre qué razón particular había tenido para morir».[4] Para los habitantes de la ciudad, no era algo nuevo estar expuestos a los alimentos impuros o adulterados; pero a medida que la proporción de los trabajadores urbanos aumentaba, la exposición devenía peor.[5]

No hay duda de que el consumo *per cápita* de cerveza disminuyó entre 1800 y 1830, y tampoco hay duda de que el consumo *per cápita* de té y de azúcar aumentó; mientras que entre 1820 y 1840 se produjo un notable aumento en el consumo de ginebra y whisky. Una vez más, esta es una cuestión tanto cultural como dietética. La cerveza se consideraba —por parte de los braceros agrícolas, los descargadores de carbón, los mineros— como algo fundamental para realizar cualquier tarea pesada (para «restituir el sudor»), y en algunas zonas del norte la cerveza era sinónimo de «bebida». La fabricación casera de cerveza de poca calidad era tan esencial para la economía doméstica que «si una mujer joven sabe cocer tortas de avena y hacer buena cerveza, se con-

3. *Examiner* (16 de agosto de 1812).
4. E. Waught, *Lancashire Sketches*, pp. 128-129.
5. Véase J. Burnet, «History of Food Adulteration in Great Britain in the Nineteenth Century», *Bulletin of Inst. of Historical Research* (1959), pp. 104-107.

sidera que será una buena esposa»; mientras que «algunos jefes de clase metodista dicen que no podrían dirigir sus clases sin darles una jarra de bebida».[6] La disminución se atribuyó de manera directa al impuesto de la malta; un impuesto tan impopular que algunos contemporáneos lo consideraban como una incitación a la revolución. Abolid el impuesto de la malta, argumentaba un magistrado eclesiástico en 1816, y el obrero:

> irá alegremente a su trabajo diario, y lo hará con energía viril y satisfacción, y sentirá apego por su casa, su familia y, por *encima de todo*, su país, que le permite compartir, junto con sus superiores, esa sencilla y saludable bebida, a lo cual aspira un pobre, más, por supuesto, que a cualquier otra cosa que le pueda conceder un Parlamento Británico.[7]

El impuesto adicional sobre la cerveza fuerte condujo a una extensa evasión fiscal, y los «despachos clandestinos» proliferaron, como aquel en el que casi asesinaron a Samuel Bamford como sospechoso de ser un recaudador del *excise*, hasta que uno de los bebedores lo reconoció como un radical *bona fide* «en activo».

Sin duda, los impuestos tuvieron como resultado reducir la producción casera de cerveza y el consumo casero de ésta y, del mismo modo, hicieron que la bebida fuese cada vez menos una parte de la dieta normal y más una actividad externa a la casa. (En 1830 se revocó el impuesto sobre la cerveza fuerte y se aprobó la *Beer Act*, y en 5 años aparecieron 35.000 cervecerías, como si de setas se tratase.) El aumento en el consumo de té se dio, en parte, como reemplazo de la cerveza y, quizá también, de la leche; y una vez más, muchos contemporáneos —con Cobbett a la cabeza— vieron en ello pruebas de deterioro. El té se consideraba un sustituto y, junto con el mayor consumo de alcohol, como un indicador de la necesidad de estimulantes debido a las excesivas horas de trabajo con una dieta inadecuada. Pero hacia 1830 el té se juzgaba como algo indispensable: las familias que eran demasiado pobres para comprarlo, pedían a los vecinos las hojas de té utilizadas, o incluso imitaban su color echando agua hirviendo sobre una corteza de pan tostado.[8]

6. J. Lawson, *op. cit.*, pp. 8, 10.
7. *Agricultural State of the Kingdom*, 1816, p. 95.
8. Para tener una indicación de los puntos que aquí se discuten, véanse los artículos sobre el nivel de vida de los autores T. S. Ashton, R. M. Hartwell, E. Hobsbawm y J. Taylor citados con anterioridad.

En resumen, es un recuerdo común. En 50 años de la Revolución industrial, la participación de la clase obrera en el producto nacional casi había disminuido en relación con la participación en el mismo de las clases propietarias y profesionales. El obrero «medio» permanecía muy cerca del nivel de subsistencia en un momento en que se hallaba rodeado por la evidencia del crecimiento de la riqueza nacional, gran parte de la cual era claramente el producto de su propio trabajo, y pasaba, por medios igualmente claros, a manos de sus patronos. En términos psicológicos, esto se sentía en gran medida como una disminución de los niveles de vida. Su propia parte de los «beneficios del progreso económico» consistía en más patatas, unas pocas prendas de vestir de algodón para su familia, jabón y velas, un poco de té y azúcar, y un buen número de artículos que constan en la *Economic History Review.*

II. Las viviendas

Los datos referentes al entorno urbano no son mucho más fáciles de interpretar. A finales del siglo XVIII había braceros agrícolas que vivían con sus familias en casuchas de una sola habitación, húmedas y por debajo del nivel del suelo: 50 años más tarde esas condiciones eran menos frecuentes. A pesar de todo lo que se pueda decir acerca de la construcción no planificada de mala calidad y de la especulación que se desarrolló en las ciudades industriales en crecimiento, las casas propiamente dichas eran mejores que aquellas a las que estaban acostumbrados muchos de los inmigrantes del campo. Pero a medida que las ciudades industriales envejecían, los problemas de suministro de agua, saneamiento, superpoblamiento y de la utilización de las viviendas para actividades industriales se multiplicaron hasta llegar a las espantosas condiciones que revelaron las investigaciones sobre vivienda y condiciones sanitarias realizadas en la década de 1840. Es cierto que las condiciones en los pueblos rurales o las pequeñas aldeas de tejedores pudieron ser tan malas como las de Preston o Leeds. Pero la magnitud del problema era verdaderamente peor en las grandes ciudades, y la multiplicación de las malas condiciones facilitaba la propagación de las epidemias.

Además, las condiciones en las grandes ciudades eran —y se vivían como tales— más enérgicamente ofensivas y molestas. El agua de la al-

dea, si nacía cerca del cementerio, muy bien podía ser impura: pero al menos los aldeanos no tenían que levantarse por la noche y hacer cola para tener un turno en la única cañería que abastecía varias calles, ni tenían que pagar por ello. A menudo, el habitante de la ciudad industrial no podía escapar al hedor de los residuos industriales y las cloacas abiertas, y sus hijos jugaban por entre los desperdicios y los muladares privados. Después de todo, algunos de los testimonios continúan existiendo hoy en día en el paisaje industrial del norte y de las Midlands.

Hoy, este deterioro del entorno urbano nos disgusta, como disgustó a muchos contemporáneos, por ser una de las consecuencias más desastrosas de la Revolución industrial, tanto si se considera en términos estéticos, en términos de comodidades para la comunidad o en términos de sanidad y densidad de población. Además, esto ocurrió de manera más acentuada en algunas de las áreas de salarios altos, en las que los datos «optimistas» relativos a la mejora de los niveles de vida están mejor fundamentados. El sentido común nos aconsejaría tomar en consideración los dos tipos de datos a la vez; pero, en realidad, se han dado diversos argumentos como atenuantes. Se han encontrado ejemplos de propietarios modelo de fábricas que se preocupaban por las condiciones de vivienda de sus empleados. Esto nos puede conducir a pensar mejor acerca de la naturaleza humana, pero no hace otra cosa que tocar el problema general de refilón, al igual que los admirables hospitales de caridad afectaban probablemente los índices de mortalidad sólo en una décima. Además, la mayor parte de los experimentos serios de comunidades modelo (aparte de New Lanark) datan de después de 1840; o de después de que la opinión pública se despertase con las investigaciones sobre las Condiciones Sanitarias de las Clases Trabajadoras (1842) y la Higiene de las Ciudades (1844), y fuera alertada por las epidemias de cólera de los años 1831 y 1848. Los experimentos de este tipo anteriores a 1840, como el de los Ashworths en Turton, tuvieron lugar en poblaciones fabriles autosuficientes.

También se sugiere que el empeoramiento de las condiciones se puede dispensar de algún modo porque no era culpa de nadie, y menos de los «capitalistas». No se puede encontrar a ningún bribón que responda al nombre de *«Jerry»*.* Algunas de las peores construcciones fue-

* Abreviación de *jerry-builder*. Un *jerry-builder* es un especulador cuyo negocio consiste en construir casas con materiales de mala calidad. *(N. de la t.)*

ron emprendidas por intermediarios con pequeños negocios, negociantes especuladores de poca monta o incluso obreros de la construcción que trabajaban por cuenta propia. Un investigador de Sheffield situaba la culpa entre el propietario de la tierra, el pequeño capitalista (que ofrecía préstamos a elevadas tasas de interés), y el pequeño constructor especulativo «que sólo podía disponer de unos pocos cientos de libras», y algunos de los cuales «en realidad, no pueden ni siquiera escribir sus nombres».[9] Los precios se mantenían altos debido a los impuestos sobre la madera del Báltico, los ladrillos, las baldosas y las pizarras; y el profesor Ashton puede disculpar completamente a todos los acusados: «sin ningún género de dudas quienes tuvieron la culpa no fueron la máquina, ni la Revolución industrial, ni siquiera el albañil especulador o el carpintero».[10] Todo esto puede ser cierto: de todos es sabido que la vivienda de la clase obrera proporciona ejemplos del proverbio según el cual todas las pulgas tienen «pulgas menores que les piquen». En la década de 1820, cuando muchos tejedores de Lancashire hicieron una huelga de alquileres, se dijo que algunos propietarios de *cottages* se vieron arrojados a subsistir de los impuestos para ayudar a los pobres. En los barrios pobres de las grandes ciudades, se citaba a los taberneros y los tenderos con pequeños establecimientos entre los propietarios de los peores «rediles» o madrigueras humanas, hechos de mortero que se desmoronaba. Pero nada de eso mitiga ni pizca las condiciones reales; ni puede, la discusión sobre la correcta asignación de responsabilidades, disculpar un proceso por el cual algunos hombres estuvieron en condiciones de vivir a costa de las necesidades de otros.

Una observación más valiosa es la que subraya en qué medida, en algunas ciudades más antiguas, las mejoras del pavimento, alumbrado, alcantarillado y limpieza de los barrios pobres se pueden situar en el siglo XVIII. Pero en el ejemplo de Londres, que a menudo se cita, no está de ningún modo claro si las mejoras que se hicieron en el centro de la *City* se extendieron al East End y a los distritos portuarios, o hasta qué punto se mantuvieron durante las guerras. De suerte que el reformador sanitario, doctor Southwood Smith, daba la siguiente información de Londres en 1839:

> Mientras que se han hecho esfuerzos sistemáticos, a gran escala, para ensanchar las calles ... para extender y perfeccionar el desagüe y el al-

9. G. C. Holland, *The Vital Statistics of Sheffiled*, 1843, pp. 56-58.
10. *Capitalism and the Historians*, pp. 43-51.

cantarillado ... en los lugares donde residen las clases más ricas, nada en absoluto se ha hecho por mejorar la situación de los distritos que habitan los pobres.[11]

Las condiciones en el East End eran tan nocivas que los doctores y los funcionarios de las parroquias arriesgaban sus vidas en el curso de la realización de sus deberes. Además, como señalaron los Hammond, donde se encontraban las peores condiciones era en las ciudades *boom* de la Revolución industrial: «lo que sufrió Londres (durante la revolución comercial) lo sufrió el Lancashire a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX».[12] Casi con seguridad, Sheffield, una ciudad antigua y comparativamente próspera con una elevada proporción de artesanos cualificados, vio una mejora en las condiciones de vivienda —a pesar de los *jerry-builders*— durante la primera mitad del siglo XIX, con un promedio, en 1840, de cinco personas por vivienda, la mayoría de las cuales eran artesanos que alquilaban un *cottage* familiar para ellos solos, que tenía una sala y dos dormitorios. Las pruebas más atroces de deterioro —densa superpoblación, viviendas en sótanos, suciedad indescriptible— se encuentran en los distritos textiles y en las ciudades que más expuestas estaban a la inmigración irlandesa: Liverpool, Manchester, Leeds, Preston, Bolton, Bradforf.[13]

Por último, se indica con pesada repetición que los barrios pobres, los ríos fétidos, el expolio de la naturaleza y los horrores arquitectónicos pueden perdonarse porque todo ocurrió de forma tan rápida y tan fortuita, bajo una intensa presión demográfica, sin premeditación y sin experiencia previa. «La causa de la miseria fue más a menudo la ignorancia que la avaricia.»[14] De hecho, ambas cosas se pueden demostrar, y no está de ningún modo claro que una característica sea más benigna que la otra. El argumento es válido sólo hasta cierto punto; hasta el punto en que, en la mayor parte de las grandes ciudades, en las déca-

11. *Fifth Annual Report of the Poor Law Commisioners*, 1938, p. 170. Véase también el *Fourth Report*, 1838, Apéndice A, N.° 1.

12. Véase M. D. George, *London Life in the Eighteenth Century*, cap. 2; *England in Transition*, Penguin, p. 72; Hammond, *The Town Labourer*, cap. 3 y prefacio a la segunda edicición; doctor R. Willan, «Observations on Disease in London», *Medical and Physical Journal* (1800), p. 299.

13. G. C. Holland, *op. cit.*, p. 46 *et passim*. En la obra de J. F. C. Harrison, *Learning and Livings*, 1961, pp. 7-20, se encuentra una excelente descripción del entorno urbano de los obreros de Leeds a mediados de siglo.

14. R. M. Hartwell, *op. cit.*, p. 413.

das de 1830 o 1840, doctores y reformadores sanitarios, benthamitas y cartistas, libraron repetidas batallas en favor de la mejora y contra la inercia de los que detentaban la propiedad y la demagogia de los contribuyentes del «gobierno barato». Hacia esta época los obreros estaban virtualmente segregados en sus hediondos enclaves, y las clases medias mostraron su auténtico parecer respecto de las ciudades industriales, yéndose tan lejos de ellas como el transporte ecuestre las hiciese accesibles. Incluso en Sheffield, ciudad comparativamente bien construida: «Todas las clases, excepto la de los artesanos y los tenderos necesitados, se sienten atraídas por las comodidades y el retiro del campo. El abogado, el fabricante, el abacero, el pañero, el zapatero y el sastre fijan sus residencias principales en algún lugar hermoso ...» De los 66 abogados que había en Sheffield en 1841, 41 vivían en el campo, y 10 de los 25 restantes eran recién llegados a la ciudad. Los pobres, en sus patios interiores y sótanos vivían,

> ... ocultos a la vista de las categorías más altas, por las moles de los almacenes, las fábricas, los depósitos y los locales industriales, y son menos conocidos para sus acaudalados vecinos —que viven principalmente en los espacios abiertos de Cheetham, Broughton y Chorlton— que los habitantes de Nueva Zelanda o Kamchatka.

«Los ricos pierden de vista a los pobres, o sólo los reconocen cuando su atención se ve obligada a constatar su existencia, debido a su aparición como vagabundos, mendigos o delincuentes.» «Hemos perfeccionado el proverbio ''Medio mundo ignora cómo vive la otra mitad'', cambiándolo por ''Medio mundo *no se preocupa* de cómo vive la otra mitad''. Ardwick sabe menos acerca de Ancoats que acerca de China ...»[15]

Ciertamente, el índice de crecimiento demográfico sin precedentes y la concentración en las áreas industriales hubiesen creado problemas importantes en cualquier sociedad conocida, y sobre todo en una sociedad cuya racionalidad se hallaba en la búsqueda del beneficio y en la hostilidad hacia la planificación. Deberíamos contemplar éstos como los problemas del industrialismo, agravados por los ataques de rapiña del capitalismo del *laissez faire*. Pero, por muy definidos que estén los problemas, las definiciones no son más que diferentes formas de descri-

15. G. C. Holland, *op. cit.*, p. 51; W. Cooke Taylor, *Notes of a Tour in the Manufacturing Districts of Lancashire*, 1842, pp. 12-13, 160.

bir o interpretar los mismos hechos. Y ninguna visión general de los núcleos industriales puede pasar por alto la evidencia de la devastación visual y la privación de comodidades. Al fin y al cabo, el siglo que reedificó Bath no estaba desprovisto de sensibilidad estética ni ignoraba la responsabilidad cívica. Las primeras etapas de la Revolución industrial presenciaron un declinar de ambas; o, por lo menos, una drástica lección de que esos valores no se iban a hacer extensivos a la clase obrera. Por muy espantosas que fueran las condiciones de los pobres en las grandes ciudades antes de 1750, sin embargo en siglos anteriores la ciudad encarnaba ciertos valores cívicos y bellezas arquitectónicas, cierto equilibrio entre oficios, comercio y manufactura, cierto sentido de la variedad. Las «*Coketowns*» fueron quizá las primeras ciudades de más de 10.000 habitantes que se dedicaron de forma tan absoluta al trabajo y a la «acción».

III. LA VIDA

Los problemas de la salud y la longevidad aún presentan mayores dificultades de interpretación. Hasta hace poco tiempo era ampliamente aceptado que el factor principal de la «explosión» demográfica en Gran Bretaña, entre 1780 y 1820, era el descenso de la tasa de mortalidad, y en particular el descenso de las tasa de mortalidad infantil. Por lo tanto, era razonable suponer que ello era resultado de las mejoras en los conocimientos médicos, la nutrición (la patata), la higiene (el jabón y la camisa de algodón), el abastecimiento de agua o la vivienda. Pero, hoy en día, se ha puesto en cuestión toda esta línea de razonamiento. La «explosión» demográfica puede considerarse un fenómeno europeo, que tiene lugar de manera simultánea en Gran Bretaña, en Francia, y en España e Irlanda, donde muchos de esos factores no actuaban con la misma intensidad. En segundo lugar, en el presente los demógrafos discuten los datos que se habían aceptado, y se han propuesto sólidos argumentos que ponen un énfasis renovado en el ascenso de la tasa de natalidad, más que en el descenso en la tasa de mortalidad, como factor causal.[16]

16. Véase especialmente J. T. Krause, «Changes in English Fertility and Mortality, 1781-1850», *Econ. Hist. Review*, 2.ª serie, XI, N.° 1 (agosto 1958), y «Some Neglected Factors in the English Industrial Revolution», *Journal of Economic History*, XIX (4 de diciembre de 1959).

Si aceptamos el punto de vista del doctor Krause respecto de que la tasa de natalidad aumentó después de 1781 y descendió después de 1831 y de que «no se observa ningún cambio importante en la tasa de mortalidad», esto de ningún modo proporciona pruebas en cuanto a una mayor salud o longevidad de la clase obrera. Es interesante observar que la tasa de fertilidad (es decir, el número de niños de 0 a 4 años por 1.000 mujeres, de los grupos de mujeres en edad de tener hijos) era más elevada en 1821: primero, en el núcleo central de la Revolución industrial (Lancashire, el West Riding, Cheshire, Staffordshire); segundo, en los «condados de la *Poor Law*» más maltratados del sur. A primera vista, parecería que esto aporta confirmación a los argumentos malthusianos —tan ampliamente defendidos en la época y que tanto disgustaban a Cobbett— de que la beneficencia del tipo Speenhamland y las oportunidades de empleo en las fábricas (incluyendo el trabajo de los niños) contribuían a aumentar la tasa de natalidad. No es necesario suponer que los padres decidían, conscientemente, tener más hijos para proveerse de asalariados adicionales o para tener derecho a los impuestos para asistir a los pobres. Un aumento en la tasa de natalidad podría explicarse en términos de la ruptura de los modelos tradicionales de comunidad y vida familiar (tanto el sistema Speenhamland como las fábricas pudieron debilitar los tabúes contra el matrimonio temprano y «desprovisto»), el debilitamiento de la costumbre de que los criados agrícolas y los aprendices vivieran en la casa, el impacto de las guerras, la concentración en nuevas ciudades, o incluso la selección genética de las más fértiles. Además, un aumento de la tasa de natalidad no puede considerarse, desde luego, como una prueba del aumento de los niveles de vida.[17] A principios del siglo XIX, el hecho de que los más pobres y los más «desprovistos» de entre los obreros tuviesen las familias más numerosas, era un tema que continuamente trataban los observadores; mientras que en Irlanda hizo falta la lacerante experiencia del Gran Hambre para que se alterase todo el modelo matrimonial de la vida campesina irlandesa.[18]

Los argumentos son complejos y, por el momento, es mejor dejárselos a los demógrafos. Pero hemos llegado a un punto en el que los

17. Véase J. T. Krause, «Some Implications of Recent Work in Historical Demography», *Comparative Studies in Society and History*, I, 2 (enero 1959).

18. K. H. Connell, «The Land Legislation and Irish Social Life», *Econ. Hist. Review*, XI (1 de agosto de 1958).

datos —que tradicionalmente se han interpretado en base al supuesto de que la tasa de mortalidad descendía— requieren que los examinemos de nuevo. Al parecer, los avances médicos sólo pudieron tener una mínima influencia sobre la esperanza de vida de la población obrera antes de 1800. Es posible que a medidados del siglo XVIII tuviera lugar algún descenso real en Londres y otras ciudades «artesanas» más antiguas, al cual contribuyó la disminución del consumo de ginebra y los primeros esfuerzos dedicados a la mejora de las condiciones sanitarias y la educación. También es posible que los comienzos de la «explosión» demográfica daten de mediados de este siglo y surjan del declive de las epidemias debido a «cambios en la virulencia y la resistencia, sobre los cuales el esfuerzo humano no tenía ninguna influencia».[19] El crecimiento demográfico inicial se apoyó en una larga serie de buenas cosechas y en una mejora de los niveles de vida que pertenecen, no a los últimos, sino a los primeros años de la Revolución industrial. A medida que la Revolución se aceleraba y a medida que vamos encontrando las condiciones clásicas de superpoblación y desmoralización en las grandes ciudades que crecen con rapidez —engrosadas por una multitud de inmigrantes desarraigados— se produce un serio deterioro en la salud de las poblaciones urbanas. En las primeras tres o cuatro décadas del siglo XIX, la tasa de mortalidad infantil era mucho más elevada —y a veces era el doble— en las nuevas ciudades industriales que en las áreas rurales. «Ni el 10 por 100 de los habitantes de las grandes ciudades disfrutan de plena salud», declaró el doctor Turner Thackrah de Leeds;[20] y existen abundantes testimonios literarios, muchos de ellos pertenecientes a médicos, relativos a la incidencia de la enfermedad, malnutrición, mortalidad infantil y malformaciones laborales entre la población obrera. La información es a veces contradictoria, particularmente en cuanto a las consecuencias del trabajo infantil en las fábricas, ya que, en el punto culminante de la agitación en favor de las 10 horas, en la década de 1830, los médicos argumentaban, algunas ve-

19. T. McKeown y R. G. Brown, «Medical Evidence Related to English Population Changes in the Eighteenth Century», *Population Studies* (noviembre 1955). Véase también J. H. Habakkuk, «English Population in the Eighteenth Century», *Econ. Hist. Review*, VI, 2 (1953); G. Kitson Clark, *The Making of Victorian England*, 1962, cap. 3; y para un análisis minucioso de los datos económicos y demográficos de una región, J. D. Chambers, *The Vale of Trent, 1670-1800*, Economic History Society, suplemento, 1957.

20. *The Effects of Arts, Trade and Professions ... on Health and Longevity*, 1832, compilado por A. Meiklejohn, 1957, p. 24.

ces, representando intereses opuestos. Pero ya era hora de que se pusiera fin a la tendencia de los historiadores «optimistas» a despreciar, como «sesgada», la información de los médicos favorable a las demandas de los reformadores, mientras se aceptaba como «objetiva» y autorizada la información de los testimonios médicos solicitados para dar apoyo a la causa de los patronos.[21]

El Primer Informe del *Registrar-General** (1839) mostraba que cerca de un 20 por 100 de la tasa de mortalidad total se atribuía a la tisis: una enfermedad que se asociaba normalmente a la pobreza y la superpoblación, tan frecuente en las zonas rurales como en las urbanas. De 92 muertes de obreros jóvenes y adultos de una fábrica lanera de Leeds, entre los años 1818-1827, por lo menos 22 se atribuyeron a la tisis o «consunción», las dos categorías siguientes eran «agotado» o «demasiado viejo» (9) y asma (7). Es interesante examinar las cifras más detalladas presentadas por el doctor Holland, médico del Hospital General de Sheffield, y que abarcan las causas de muerte del registro del distrito de Sheffield, durante los 5 años que van de 1837 a 1842. De las 11.944 muertes de este período (incluyendo a los niños) se citaron las siguientes enfermedades como causantes de la muerte de más de 100 personas, en el período de 5 años:

1.	Tisis	1.604
2.	Convulsiones	919
3.	Inflamación de los Pulmones	874
4.	Decaimiento Físico	800
5.	Accidentes (declarados por el *Coroner***)	618
6.	Fiebre, Escarlatina	550
7.	Debilidad	519
8.	Dentición	426
9.	Infección Intestinal	397
10.	Infección Cerebral	351

21. El único respaldo para esa forma de interpretar los datos parecería ser la discusión impresionista y sumamente insatisfactoria de las pruebas médicas sobre el trabajo de los niños que se halla en W. H. Hutt, «The Factory System in the Early Nineteenth Century», *Economica* (marzo 1926); vuelto a publicar en *Capitalism and the Historians*, pp. 166 y siguientes. Véase más adelante, p. 372.

* Funcionario jefe de la Oficina del Registro General. *(N. de la t.)*

** En la época moderna su función principal es llevar a cabo investigaciones sobre los cuerpos de los que han muerto supuestamente de forma violenta o por accidente. *(N. de la t.)*

11.	Consunción	346
12.	Sarampión	330
13.	Viruela	315
14.	Tos Ferina	287
15.	Inflamaciones diversas	280
16.	Fiebre, Común	255
17.	Asma	206
18.	Garrotillo	166
19.	Parálisis	107
20.	Afección hepática	106

No es necesario señalar la insuficiencia de los diagnósticos (no constan ni la gastroenteritis, ni la difteria). El doctor Holland comentó que las declaraciones no eran «muy de fiar»: la «consunción» así como muchos de los casos de «asma», se deberían atribuir a la tisis. Y por lo que se refiere a *un* solo caso de muerte por «falta de alimentos»:

> Muy limitada debe ser la observación de cualquier médico, que no le haya llevado a la conclusión de que las muertes de cientos de personas de esta ciudad se deben atribuir a una carencia de las cosas indispensables para vivir. Puede que mueran de enfermedad, pero ésta es ocasionada por el hecho de vivir en la pobreza, conjugada con el excesivo esfuerzo en el trabajo.

Sin embargo, las cifras de Sheffield sólo muestran 64 muertes por parto durante los 5 años (muertes en las que los errores de diagnóstico apenas son probables). Esto representa una mejora drástica respecto de los 100 años anteriores, a la cual pudieron contribuir de manera fundamental la disminución de las fiebres puerperales, los avances de la higiene y la asistencia a las parturientas. Pero si en todas las clases disminuía la mortalidad maternal las madres de la clase obrera sobrevivían sólo para parir más hijos cuyas oportunidades de vivir, en los centros industriales, disminuían. Y la mortalidad infantil era elevada, debemos recordar que el período crítico de la vida de un niño no era de 0 a 1 año, sino de 0 a 5 años. De este modo, de las 11.944 muertes de Sheffield en este período, la distribución por edad es la siguiente:

Menos de 1 año	2.893
1 año	1.511
de 2 a 4 años	1.544

Esto nos da un total de 6.038 muertes por debajo de los 5 años, y las 5.906 restantes se distribuyen entre los otros grupos de edad. La tasa de mortalidad infantil (de 0 a 1 año) en Sheffield en esta época era aproximadamente de 250 por 1.000, mientras que la tasa de mortalidad (de 0 a 5 años) era de 506 por 1.000. Más o menos lo mismo es cierto para Manchester donde (según observó el doctor Kay) «más de la mitad de la prole de los pobres ... muere antes de acabar el quinto año», y donde el informe del *Registrar-General* (1839) indicaba un índice de muertes en el grupo de edad de 0 a 5 años de 517 por 1.000. Pero estas cifras subestiman —y quizá subestiman seriamente— la tasa real de mortalidad infantil, porque los centros industriales eran continuamente engrosados por inmigrantes adultos. Así, el censo de 1851 (que registraba los lugares de nacimiento) mostraba que «en casi todas las grandes ciudades los inmigrantes que provenían de otros lugares excedían en número a las personas nacidas en la ciudad»; y las muertes de los inmigrantes tendrían el efecto de diluir continuamente los datos reales de mortalidad infantil. El crecimiento de las ciudades grandes no se puede atribuir, antes de 1840, a una tasa de crecimiento natural mayor que la del campo. Si el punto de vista tradicional es cierto, y el grueso de la población, en los centros más antiguos, ciudades con mercado y pueblos, se beneficiaba en algún grado en cuanto a su salud de los productos (y el conocimiento sanitario) de la Revolución industrial, los que producían aquellos bienes no lo hacían. A uno se le ocurre la idea de que en los centros industriales en los que se ganaban salarios elevados, se engendraba una generación tras otra de niños, más de la mitad de los cuales morían antes de que supiesen hablar; mientras que en las zonas rurales donde se ganaban salarios bajos, los niños se mantenían vivos gracias a los impuestos para asistir a los pobres, con fin de suplir, mediante la migración, la cuantiosa mano de obra adulta de las ciudades.[22]

No hay razón para suponer que la salud de los obreros adultos de las fábricas estuviera por debajo de la media, y hay algunos datos que sugieren que la salud de los hilanderos de algodón mejoró entre 1810 y 1830 y con mayor rapidez a partir de entonces a medida que se restringió el horario, se pusieron protecciones en la maquinaria, y el es-

22. G. C. Holland, *op. cit.*, cap. 8; J. P. Kay, *The Moral and Physical Condition of the Working Classes employed in the Cotton Manufacture of Manchester*, 1832; *First Annual Report of the Registrar-General*, 1839, *passim*; A. Redford, *op. cit.*, p. 16.

pacio, la ventilación y el encalado de las paredes se mejoraron. Pero sus hijos parecen haber sufrido junto con el resto de la mano de obra. En un informe encargado por parte de los empresarios de Manchêster en 1833, se veía que los hilanderos casados estudiados habían tenido 3.166 hijos (un promedio de cuatro y medio por cada matrimonio): «de esos niños, 1.922, es decir el 60,5 por 100, estaban vivos, y 1.244, es decir el 39,5 por 100, habían muerto».[23] Se puede razonablemente suponer que el 39,5 por 100 podría aumentar hasta el 50 por 100 en el momento que los niños, que eran muy pequeños cuando se hizo el informe, alcanzaran la edad de 5 años o no llegaran a ella. Esta elevada mortalidad infantil entre los hijos de los obreros, que a menudo se citan como los beneficiarios de la Revolución industrial, puede atribuirse en parte a las condiciones generales de salud ambiental. También se puede haber debido a la deformación característica y al estrechamiento de los huesos pélvicos, en las chicas que habían trabajado desde la infancia en las fábricas, que contribuían a los partos difíciles;[24] la debilidad de los niños nacidos de madres que trabajaban hasta la última semana del embarazo; pero sobre todo a la falta de un cuidado apropiado de los niños. Las madres, por miedo a perder el empleo, volvían a la fábrica tres semanas después, o menos, del nacimiento; todavía más, en algunas ciudades del Lancashire y el West Riding, en la década de 1840, se llevaban los niños a las fábricas para amamantarles en el descanso de la comida. Las madres solteras, que quizá habían trabajado en la fábrica desde la edad de 8 o 9 años, no tenían preparación doméstica; la ignorancia en cuestiones médicas era espantosa; los padres eran víctimas de supersticiones fatalistas (que algunas veces fomentaban las iglesias); se utilizaban los narcóticos, particularmente el láudano, para tranquilizar a los bebés que lloraban. Los recien nacidos y los pequeños que empezaban a andar se dejaban al cuidado de parientes, viejas nodrizas o niños que eran todavía demasiado pequeños para encontrar trabajo en la fábrica. A algunos les daban sucios muñecos de trapo para chupar, «a los que se ataba un mendrugo de pan remojado en leche y agua», y se podía ver a los pequeñuelos de 2 y 3 años «co-

23. W. Cooke Taylor, *op. cit.*, p. 261.

24. Véase la información del doctor S. Smith, de Leeds, en *Poor Man's Advocate* (5 de mayo de 1832). La baja incidencia de las muertes maternas en el parto, en Sheffield, se puede relacionar quizá con el hecho de que menos chicas jóvenes trabajaban en empleos que requerían estar de pie durante 12 o 14 horas al día.

rreteando arriba y abajo con esos trapos en la boca, alrededor de las fábricas».[25]

«Un peón de fábrica», escribió uno que era él mismo un lisiado:

> se puede reconocer con facilidad cuando anda por las calles; es casi seguro que tiene algunas articulaciones mal. O bien tiene las rodillas hacia adentro, los tobillos hinchados, un hombro más bajo que el otro, o es cargado de espaldas, el pecho hundido por ambos lados, o está deformado de algún modo.[26]

Pero esto mismo era cierto para muchas profesiones industriales, tanto si se hacían dentro como fuera de la fábrica. Si a los hilanderos pocas veces se les daba trabajo después de los 40 (y quienes lo conseguían era a través de un largo proceso selectivo que eliminaba a los débiles), lo mismo ocurría con los mineros o los cuchilleros viejos. El doctor Thackrah encontró una gran incidencia de enfermedad laboral entre los emborradores y los traperos, mientras que el doctor Holland escribió un tratado detallado sobre las enfermedades y los accidentes entre los amoladores de Sheffield. Hemos visto las malas condiciones de trabajo de los cardadores de lana a domicilio, mientras que los tejedores estaban también sujetos a deformidades. Lo mismo es cierto para los obreros del vidrio en los Mendips, los de las panaderías o los de muchos de los oficios mal pagados de Londres. Los sastres tenían una deformidad característica de los hombros y el pecho, que era resultado de estar sentado cada día durante muchas horas «con las piernas cruzadas sobre un banco».

El doctor Turner Thackrah veía poca diferencia entre los peores empleos domésticos y las hilanderías. Los niños que salían de las hilanderías de Manchester le parecían:

> ... casi todos con mal aspecto, pequeños, enfermizos, descalzos y mal vestidos. Muchos *parecían* no tener más de 7 años. Los hombres, en general de 16 a 24 años, y ninguno de edad, estaban casi tan pálidos y delgados como los niños. Las mujeres eran las que tenían un aspecto más tolerable ...

Los comparaba con los obreros de las fábricas de menor tamaño y los

25. W. Dodd, *The Factory System Illustrated*, 1842, p. 149.
26. *Ibid.*, pp. 112-113.

talleres de acabado del West Riding: «los fornidos obreros que lavaban los paños, los robustos torcedores, los sucios pero alegres *pieceners* con sus caras sonrosadas». Observando a los obreros del algodón, «vi, o creí ver, una estirpe degenerada —seres humanos mal desarrollados, debilitados y depravados— hombres y mujeres que no iban a llegar a viejos, niños que jamás llegarían a ser adultos saludables». Puso en cuestión los datos sobre salud recogidos por los patronos del algodón, puesto que la mayor parte de los obreros varones eran desechados en los primeros años de su edad adulta, y el hilandero de algodón a quien le faltasen las fuerzas moriría en algún otro oficio. Tanto en las nuevas fábricas como en muchos de los viejos oficios domésticos, los obreros viejos parecían «enormemente inferiores, en cuanto a fuerza y aspecto, comparados con los campesinos viejos».[27]

Tenemos que ver el multiplicador y el multiplicando al mismo tiempo. Frente al, sin duda, amplio número de niños que eran lisiados de la fábrica, tenemos que poner el número de víctimas del raquitismo entre los hijos de los tejedores y de los trabajadores a domicilio en general. Hacia 1830, se daba por supuesto que el obrero urbano industrial medio estaba mal desarrollado y no estaba capacitado, debido a su debilidad física, para el trabajo manual pesado que estaba reservado a los irlandeses pobres; cuando el hilandero de algodón se quedaba sin trabajo estaba indefenso, o, como mucho, podía esperar que le emplearan para «hacer recados, servir a los vendedores del mercado, vender alfileres y fruslerías, baladas, cintas y encajes, naranjas, pan de jengibre ...».[28]

Mientras las principales estadísticas demográficas estén en discusión, cualquier conclusión debe ser provisional. Nada debería llevarnos a subestimar las espantosas tasas de mortalidad de Londres durante la «epidemia» de la ginebra de principios del siglo XVIII. Pero al parecer, las condiciones de vida y de trabajo de los artesanos y de algunos braceros rurales eran más saludables en la segunda mitad del siglo XVIII, que las de los obreros de las fábricas o los trabajadores a domicilio de la primera mitad del siglo XIX. Si Londres y Birmingham muestran un descenso en la tasa de mortalidad durante estos años, quizá se debe a que siguieron siendo en gran medida ciudades «artesanas» con niveles elevados de cuidado de los hijos y unas condiciones de trabajo

27. Trackrah, *op. cit.*, en especial las pp. 27-31, 146, 203-205.
28. W. Dodd, *op. cit.*, p. 113.

algo más saludables. En el norte industrial, en las alfarerías y en la mayor parte de cuencas mineras, la mortalidad infantil aumentó y la vida se volvió más corta y más difícil. Quizá como resultado de ello, aumentó el consumo de alcohol y el uso de narcóticos, añadiéndose a los riesgos de las enfermedades laborales. Y la miseria absoluta puede haber contribuido a aumentar el índice de reproducción. El doctor Holland encontró a «los más disolutos, imprudentes y poco previsores» entre los obreros peor pagados y menos organizados de Sheffield: «al afirmar que, cuando más miserable es la condición de los artesanos más jóvenes se casan, lo hacemos en base a extensas investigaciones».[29]

Si aceptamos que la tasa nacional de mortalidad —y más en particular la tasa de mortalidad infantil— presentó un leve descenso durante las primeras cuatro décadas del siglo XIX, debemos preguntar todavía a las estadísticas exactamente las mismas cuestiones que hemos visto en cuanto a los salarios y los artículos de consumo. No hay razón para suponer que los niños moribundos o la enfermedad se distribuyesen de forma más equitativa que los vestidos o la carne. En realidad, sabemos que no ocurría. El hombre adinerado raras veces podía —como observó Oastler— vestir dos abrigos a la vez, pero su familia tenía diez veces más oportunidad de obtener un diagnóstico, medicinas, enfermeros, dieta, espacio, tranquilidad. Se han hecho intentos para establecer la edad promedio de fallecimiento según los diversos grupos sociales en varios centros urbanos, en 1842:

	Gentry	Gentes de oficio	Obreros
Rulandshire	52	41	38
Truro	40	33	28
Derby	49	38	21
Manchester	38	20	17
Bethnal Green	45	26	16
Liverpool	35	22	15

En Leeds, donde se estimaba que las cifras eran 44, 27, 19, la media *global* de los tres grupos era 21. En Halifax, una parroquia amplia y dispersa, que tenía un resultado favorable en cuanto a tasa de mortalidad al ser comparada con otros centros más concentrados, un médico

29. G. C. Holland *op. cit.*, pp. 114-115.

local calculaba que el promedio de edad de defunción para la «*gentry*, los fabricantes y sus familias» era de 55 años; para los tenderos, 24 años; para los obreros, 22 años.[30]

Los demógrafos estarían en lo cierto al considerar éste como «un dato literario más que estadístico». Pero sugiere que un descenso sustancial de la mortalidad infantil y un aumento de la esperanza de vida entre varios millones de las clases medias y la aristocracia del trabajo ocultarían, en promedios nacionales, un empeoramiento de la situación de la clase obrera en general. Y en esta opinión, se nos adelantó el doctor Holland de Sheffield:

> No tenemos ningún género de dudas al afirmar que los sufrimientos de las clases trabajadoras, y por consiguiente la tasa de mortalidad, son mayores en la actualidad que en épocas anteriores. Por supuesto, en la mayor parte de distritos fabriles es espantoso ver la tasa de mortalidad en estas clases, cuando se puede estudiar sólo respecto de ellas *y no en relación a toda la población*. El supuesto avance, por lo que se refiere a la longevidad, proviene principalmente de ... una clase media relativamente mucho más numerosa que la que anteriormente existía ...

Las «estadísticas groseras —seguía diciendo— pueden engañarnos»;

> ... en la creencia de que la sociedad mejora progresivamente por lo que se refiere a su condición física y social, cuando, en realidad, la clase más numerosa puede estar en situación estacionaria o en proceso de deterioro.[31]

IV. La infancia

Ya hemos tocado el tema del trabajo infantil, pero merece un análisis adicional. En un sentido, es curioso que la cuestión se pueda aceptar como polémica: se produjo un aumento drástico de la intensidad de explotación del trabajo infantil entre 1780 y 1840, y todo historiador que esté familiarizado con las fuentes sabe que eso ocurrió así. Fue

30. *Report on the Sanitary Condition of the Labouring Classes*, 1842, p. 153; G. C. Holland, *op. cit.*, p. 128; para Halifax, doctor Alexander, citado en W. Ranger, *Report on ... Halifax*, 1851, pp. 100 y siguientes; para más datos, véase James Hole, *The Homes of the Working Classes*, 1866, pp. 18 y siguientes.

31. G. C. Holland, *op. cit.*, p. 124.

cierto en las minas, tanto en los ineficaces pozos a pequeña escala, en donde los pasadizos eran tan estrechos algunas veces que los niños podían pasar más fácilmente por ellos, como en diversos yacimientos de carbón mayores, en los que —a medida que la veta de carbón se alejaba del pozo— se requerían niños para trabajar como *«hurryers»* y para accionar las portillas de ventilación. En las fábricas la fuerza de trabajo infantil y juvenil aumentaba de año en año; y en varios de los oficios «deshonrosos» o que se hacían a domicilio aumentaron las horas de trabajo y éste se intensificó. ¿Qué queda, entonces, por discutir?

Pero los «optimistas» han rodeado la cuestión de tantas reservas, desde la época de los Hammond, que casi podría sospecharse que existe una conspiración para justificar el trabajo de los niños. Se dice que no había «nada nuevo» en ello; que las condiciones eran tan malas en las «viejas» industrias como en las nuevas; que gran parte de la información es partidista y exagerada; que las cosas ya estaban mejorando antes de que tuviera lugar la protesta de la década de 1830; que los propios obreros eran los peores culpables del trato que recibían los niños; que la protesta provino de partes «interesadas» —terratenientes hostiles a los fabricantes o sindicalistas adultos que querían una limitación de horas para sí mismos— o de los intelectuales de clase media que no sabían nada acerca del asunto; o que (paradójicamente) todo el problema revela, no el infortunio y la insensibilidad, sino la creciente humanidad de la clase de los patronos. Pocas cuestiones se han perdido de igual modo para la historia, mediante una mezcla liberal de argumentos especiosos e ideología.

El trabajo de los niños no era nuevo. Antes de 1780, el niño era una parte intrínseca de la economía agrícola e industrial, y lo siguió siendo hasta que la escuela le liberó. Algunas de sus ocupaciones —deshollinadores o grumetes— eran peores que cualquier cosa excepto las peores condiciones en las primeras fábricas: un huérfano cedido como «aprendiz», por parte de la parroquia, a un Peter Grimes* o a un minero borracho trabajando en una pequeña galería de una mina de carbón estaría sujeto a una crueldad y a un aislamiento aún más espantoso.[32] Pero es una equivocación generalizar, a partir de ejemplos tan

* Personaje principal y título de una historia rimada de George Crabbe (1755-1832) en base al cual Benjamin Britten (1913-1976) compuso, en 1945, una ópera con el mismo título. *(N. de la t.)*

32. Véase M. D. George, *London Life in the Eighteenth Century*, cap. 5.

extremos, por lo que se refiere a las actitudes predominantes antes de la Revolución industrial; y, de todos modos, uno de los puntos importantes de la historia de Peter Grimes es su reducción al ostracismo por parte de las mujeres de la comunidad de pescadores, y la culpabilidad que le conduce a la tumba.

La forma predominante de trabajo infantil se daba en el hogar o en el seno de la economía familiar. Los niños que apenas sabían caminar se podían poner a trabajar trayendo y llevando cosas. Uno de los hijos de Crompton recordaba que le pusieron a trabajar «poco después de que supiese andar»:

> Mi madre solía pasar el algodón en rama por un cedazo de alambre. Luego lo ponía en un lebrillo hondo y oscuro con una fuerte lejía de jabonaduras. Entonces, mi madre me arremangaba las enaguas alrededor de la cintura y me ponía dentro del cubo para que pisoteara el algodón que estaba en el fondo. ... Este proceso seguía hasta que el lebrillo estaba tan lleno que ya no podía mantenerme de pie con seguridad en su interior, en aquel momento ponía una silla al lado y yo me cogía en el respaldo ...

Otro hijo recordaba que «cuando tenía 7 años le ponían encima de un escabel para extender el algodón sobre un aparato que preparaba el hilado, mientras otro hermano mayor hacía girar la rueda para ponerlo en marcha».[33] Luego venía la tarea de devanar las bobinas; y cuando se llegaba a los 10 u 11 años, el hilado o —si las piernas eran bastante largas para alcanzar los pedales— un turno en el telar. Tan profundamente arraigado estaba el trabajo infantil en las industrias textiles, que a menudo éstas se presentaban como algo envidiable para los obreros de otros oficios en los que los hijos no podían ser empleados y acrecentar de este modo los ingresos familiares; a la vez que las primeras «factorías» de la industria lanera, que trabajaban con telares manuales, encontraron oposición sobre la base de que conducirían al desempleo de los niños. Si el sistema fabril llegaba a ser predominante, declaró un testigo en 1806,

> sacará a todos los obreros pobres de sus habitaciones y sus hogares, y les llevará a la fábrica, y allí ... no tendrán la ayuda y la asistencia de

33. G. F. French, *Life of Samuel Crompton*, 1859, pp. 58-59, 72; véase también B. Brierley, *Home Memories*, Manchester, 1886, p. 19.

> sus familias que antes tenían en casa. Suponiendo que yo fuera padre de cuatro, cinco o seis hijos, y uno de ellos tuviera 14, otro 12 y otro 10 años; si trabajase en casa con mi familia, les podría dar empleo, uno devanar bobinas, otro trabajar en el telar y el otro en la *jenny*; pero si voy a trabajar a la Fábrica no me dejarán tener a los muchachos, sino que debo dejar que se echen a perder por el ancho mundo ...[34]

Para los valores contemporáneos esto era penoso, incluso brutal. En todos los hogares las chicas se ocupaban horneando, haciendo cerveza, limpiando y haciendo tareas domésticas. En la agricultura, los niños —a menudo mal vestidos— trabajaban con buen o mal tiempo en los campos o alrededor de la casa labriega. Pero si lo comparamos con el sistema fabril, hay importantes diferencias. Había alguna variedad en las tareas (y la monotonía es particularmente cruel para los niños). En circunstancias normales, el trabajo sería intermitente: seguiría un ciclo de tareas, e incluso las ocupaciones regulares, como devanar bobinas, no sería necesario hacerlas todo el día a no ser en circunstancias especiales (como por ejemplo si había uno o dos niños al servicio de dos tejedores). Ningún niño tenía que pisar algodón en un cubo durante ocho horas al día y durante seis días a la semana. En resumen, podemos suponer que se daba una introducción gradual al trabajo, relacionada de algún modo con las capacidades del muchacho y su edad, entremezclado con llevar recados, coger moras, recoger leña o jugar. Y sobre todo, el trabajo se hacía en el seno de la familia y bajo el cuidado de los padres. Es cierto que las actitudes de los padres hacia los hijos eran excepcionalmente severas en el siglo XVIII. Pero no se puede argumentar que hubiese un sadismo generalizado o falta de cariño.

Otras dos circunstancias confirman esta interpretación: la persistencia, durante el siglo XVIII, de juegos, danzas y deportes que apenas hubiese sido posible si los niños hubiesen estado confinados las mismas horas en la fábrica; y la resistencia de los trabajadores manuales a mandar a sus hijos a las primeras fábricas, lo que constituyó una de las causas de que en ellas se emplease a los aprendices pobres. Pero no sólo fue la fábrica lo que condujo a la intensificación del trabajo infantil entre los años 1780 y 1830; y, quizá, ni siquiera fue lo fundamental. Fue en primer lugar, el mismo hecho de la especialización, la diferenciación creciente de los papeles económicos y la ruptura de la economía

34. *Committee on the Woollen Trade*, 1806, p. 49.

familiar. Y, en segundo lugar, el fracaso del humanitarismo de finales del siglo XVIII, y el clima contrarrevolucionario de las guerras, que alimentó los áridos dogmatismos de la clase patronal.

Volveremos sobre el segundo punto. Por lo que se refiere al primero, casi todos los vicios conocidos en el siglo XVIII se perpetuaron en las primeras décadas del XIX, pero de forma intensificada. Como sabía Dickens, Peter Grimes se podía encontrar al igual en el Londres victoriano que en el Aldeburgh georgiano. Los informes de las comisiones que trataban el asunto del empleo de los niños, de 1842, mostraban un nuevo modelo de Juntas Tutelares en Staffordshire, Lancashire y Yorkshire que todavía se desembarazaban de los muchachos pobres de 6, 7 y 8 años colocándolos como aprendices con mineros, con una guinea de propina «para ropa». Los muchachos estaban «totalmente en poder de los *butties*»* y no recibían un solo penique de paga; un chico de Halifax al que su patrono le pegaba y le tiraba trozos de carbón se escapó, durmió en galerías abandonadas y comió «durante mucho tiempo las velas que encontraba en los pozos que los mineros abandonaban por la noche».[35] La mezcla de terror y fatalismo de los niños se revela a través de sus lacónicas explicaciones. Una niña de 8 años, empleada durante 13 horas al «día», para abrir y cerrar trampillas: «Tengo que manipular la trampilla sin ninguna luz, y estoy asustada ... A veces, cuando tengo una luz, canto, pero no lo hago en la oscuridad; entonces no me atrevo». O Patience Kershaw, de 17 años, quien trataba sobre los pros y los contras de distintos empleos:

> ... la calva que tengo en la cabeza me la hice empujando cargas; mis piernas jamás se han hinchado, pero a mis hermanas sí les ocurrió cuando fueron a la fábrica; empujo a toda prisa las cargas una milla o más por debajo del suelo y luego de vuelta; pesan 3 quintales. ... los picadores para quienes trabajo van desnudos excepto sus gorras ... algunas veces me pegan, si no voy bastante deprisa. ... Preferiría trabajar en una fábrica que en una mina de carbón.[36]

Esto no es otra cosa que la multiplicación de las peores condiciones del siglo XVIII. Pero la especialización y la diferenciación econó-

* Intermediarios que contrataban trabajadores para extraer carbón o mineral a tanto por tonelada. (*N. de la t.*)

35. *Children's Employment Commission. Mines*, 1842, p. 43.

36. *Ibid.*, pp. 71, 80.

mica llevó a que se les dieran, a los niños que trabajaban fuera de las fábricas, tareas especiales pagadas a destajo y que requerían una monótona aplicación de trabajo durante 10, 12 o más horas. Ya hemos citado con anterioridad la población de carderos de Cleckheaton, en la que «pequeñuelos de 4 años de edad ... estaban hora tras hora haciendo la monótona tarea de clavar los alambres en las cardas con sus minúsculos dedos, hasta que sus pequeñas cabezas estaban aturdidas, sus ojos rojos y doloridos y los más débiles crecían encorvados y contrahechos». Esto todavía se podía hacer en casa, y los datos indican que el trabajo infantil mal pagado de este tipo incluso aumentó, durante las primeras décadas del siglo, en la mayoría de industrias a domicilio, en las industrias rurales (trenzado de paja, encaje), y en los oficios deshonrosos.[37] El delito del sistema fabril fue heredar las peores características del sistema doméstico en un contexto que no tenía ninguna de las compensaciones domésticas: «sistematizó el trabajo infantil, pobre y libre, y lo explotó con una persistente brutalidad ...».[38] En el hogar, las condiciones del niño debieron variar de acuerdo con el carácter de los padres o del patrono, y hasta cierto punto su trabajo debió ser escalonado de acuerdo con su habilidad. En la fábrica, la maquinaria determinaba el ambiente, la disciplina, la velocidad y la regularidad del trabajo y las horas de trabajo, tanto para los frágiles como para los fuertes.

No es necesario que repitamos la crónica, larga y miserable, de los niños en la fábrica, desde los primeros aprendices pobres de la fábrica hasta la agitación fabril de las décadas de 1830 y 1840. Pero, puesto que hoy en día se divulgan consoladoras ideas referentes a las «exageradas» historias de los contemporáneos y los historiadores, deberíamos tratar algunas de estas afirmaciones. La mayor parte de ellas se encuentran en un provocativo, casi frívolo, artículo publicado por el profesor Hutt en 1926. Una cucharada de zumo de limón a veces es buena para el sistema, pero no podemos vivir siempre de zumo de limón. Este artículo flojo, apenas documentado, y a menudo directamente engañoso ha aparecido citado en notas a pie de página hasta nuestros días, y se ha vuelto a publicar en *Capitalism and the Historians*.[39] Casi cada uno

37. Hay que señalar que algunos de los ejemplos más terribles de *El capital* de Marx están tomados de la Comisión de Empleo de los Niños de la década de 1860.

38. H. L. Beales, *The Industrial Revolution*, 1928, p. 60.

39. W. H. Hutt, «The Factory System of the Early Nineteenth Century», *Economica* (marzo de 1926).

de los puntos que introduce había sido previsto y refutado en los argumentos de los partidario de las 10 horas y particularmente en el comedido y bien documentado libro de John Fielden, *The Curse of the Factory System*, 1836.

Sería aburrido volver a tratar de nuevo todos los puntos. Es cierto —y este es un aspecto que se cita con frecuencia— que la información expuesta ante la Comisión Sadler de 1832 era parcial; y que historiadores como los Hammond y Hutchin y Harrison (pero no Fielden o Engels), pueden ser criticados por basarse en ella de forma demasiado acrítica. Con la ayuda de Oastler, los Comités para la Reducción de la Jornada Laboral, de los obreros, organizaron la recogida de datos —particularmente del West Riding— para presentarlos ante esa Comisión; su presidente, Michael Sadler, fue el principal defensor parlamentario del proyecto de ley de las 10 horas; y su información se publicó antes de que se recogiera información alguna de parte de los patronos. Pero de ello no se deduce que la información presentada ante la Comisión Sadler pueda, por lo tanto, ser calificada de falsa. En realidad, cualquiera que lea el grueso de la información encontrará que tiene una autenticidad que empuja a creerla, aunque se debe tener el cuidado de distinguir entre testimonios, y de observar las diferencias entre algunas de las peores condiciones en las fábricas pequeñas en los centros industriales menores (por ejemplo, Keighley y Dewsbury) en comparación con las condiciones en las fábricas mayores de las grandes ciudades algodoneras. No existe ningún tipo de fundamento para las afirmaciones hechas por el profesor Hutt acerca de que la Comisión de Fábrica nombrada —debido a la insistencia de los patronos— durante el siguiente año, aportara «respuestas verdaderas a casi todas las acusaciones hechas ante la comisión [de Sadler]». Gran parte de la información presentada ante la Comisión de Fábrica tiende hacia conclusiones diferentes. Además, cuando la información es contradictoria, uno queda perplejo ante el razonamiento lógico por el cual se nos pide que demos preferencia, sin duda alguna, a lo que alegan los patronos (y sus vigilantes) frente a lo que aducen sus empleados.[40]

Quienes, como los profesores Hutt y Smelser, ensalzan la información de la Comisión de Fábrica (1833), como opuesta a la de la Comi-

40. *Capitalism and the Historians*, pp. 165-166. El profesor Hutt repite incluso el chismorreo de los patronos y del doctor Ure, como por ejemplo la acusación infundada de que John Doherty había sido declarado culpable de «agresión grave» a una mujer.

sión Sadler, son culpables del mismo error del que se acusa a los Hammond. Correcta o equivocadamente, Oastler y el Comité para la Reducción de la Jornada Laboral consideraban que el nombramiento de aquella Comisión era una medida deliberada de dilación y que sus comisarios eran instrumentos de los patronos. Como cuestión política se negaron a testimoniar ante ellos. Se vigilaban atentamente los movimientos de los Comisarios Auxiliares en los distritos fabriles. Se les criticaba por comer y beber con los propietarios de las fábricas y por dedicar sólo una parte irrisoria de su tiempo en las tareas de inspección. Se observó que antes de sus visitas, se encalaban y se limpiaban las fábricas, y los niños que tenían menos edad de la autorizada eran quitados de la vista. Los obreros se contentaban organizando manifestaciones hostiles.[41] Las informaciones de los comisarios recibieron tantas críticas de parte de los obreros como recibió la Comisión Sadler por parte de los empresarios.

«Uno de mis vecinos me pidió», declaró uno de los testigos de Sadler,

> que le recomendase a la Comisión ir al Puente de Leeds a las cinco y media de la mañana, mientras pasan los pobres niños de las fábricas, y en una sola hora de estar allí recogerán más información que la que obtendrían en 7 años de investigación. He visto a algunos niños corriendo hacia la fábrica y llorando, con un mendrugo de pan en la mano que es todo lo que deben comer hasta las 12 de la noche; lloraban por miedo a llegar demasiado tarde.

Incluso si dejamos de lado las historias de los vigilantes sádicos, en aquel momento empezaba un día, para multitudes de niños, que no acabaría hasta las siete o las ocho; y en las últimas horas del cual, los niños lloraban o se dormían de pie, con las manos sangrando debido a la fricción del hilo al «unir las hebras», incluso sus padres les abofeteaban para mantenerlos despiertos, mientras los vigilantes patrullaban con la correa. En las fábricas de las zonas rurales que funcionaban con

41. Véase *The Voice of the West Riding* (1 de junio de 1833): «Los hombres de Leeds —las clases trabajadoras— han cumplido su deber notablemente. Se han negado con indignación a cooperar con un grupo de hombres que, si tuvieran el más mínimo sentido de la honestidad, hubiesen dejado que los Tiránicos Señores de las Fábricas hiciesen su propio trabajo sucio ...» También *ibid.* (15 y 22 de junio de 1833) y Driver, *op. cit.*, cap. 10.

energía hidráulica, cuando había trabajo «acumulado», comúnmente se trabajaba por la noche o se hacían jornadas de 14 y 16 horas. Si bien el profesor Hutt no considera esto como «crueldad sistemática», los empresarios humanos como Fielden y Wood no tenían la menor duda de que sí lo era.

Tampoco hay misterios por lo que se refiere a la actitud de los obreros adultos, muchos de los cuales eran padres o parientes de los niños. Como ha demostrado el profesor Smelser,[42] la economía familiar del sistema doméstico se perpetuó en la fábrica en un sentido. Los ingresos de los niños eran un componente fundamental del salario familiar. En muchos casos, aunque probablemente no en la mayoría, el hilandero adulto o el obrero podía ser pariente del niño que trabajaba para él. La demanda de reducción de horas tanto para los adultos como para los niños era una necesidad por el hecho de que trabajaban en un proceso común; si sólo se reducía el horario de los niños, no podría evitarse la distracción del adulto, o el hecho de que los niños trabajasen en turnos dobles (alargando de este modo la jornada laboral del adulto). La reducción sólo se podía garantizar con la detención real de la maquinaria de la fábrica. Pero que los adultos también se plantaran para beneficiarse de la reducción de horarios no significa que fueran indiferentes a las consideraciones de tipo humano ni tampoco justifica la sugerencia ofensiva de que las grandes peregrinaciones y manifestación en nombre de los niños de las fábricas, en la década de 1830, fueran hipócritas.

Es absolutamente cierto que los padres no sólo necesitaban los ingresos de sus hijos, sino que esperaban que éstos trabajasen. Pero aunque unos pocos de los obreros se comportaban de forma brutal incluso con sus propios hijos, los datos indican que la comunidad fabril esperaba que se observasen ciertos niveles de humanidad en el trato. Un hilandero de la zona de Dewsbury, que se distinguía por su mal carácter y porque les pegaba a los niños con el torno para torcido, «no consiguió que trabajase nadie para él en toda la ciudad y se fue a otro lugar ...». Son frecuentes las historias de padres que se vengaban de los obreros que maltrataban a sus hijos. Así, un testigo ante la Comisión Sadler describió cómo, cuando era un niño, el torcedor le pegó. «Uno de los jóvenes que trabajaba para el cardero salió y fue a buscar a mi madre»: «Ella entró ... y me preguntó cuál era el instrumento con

42. N. J. Smelser, *op. cit.*, en especial los caps. 9 y 10.

el que me había golpeado, pero no me atreví a decírselo; algunos de los espectadores señalaron el instrumento ... y entonces ella lo cogió ... y lo blandió contra la cabeza del tipo, y le hizo uno o dos ojos morados.»[43]

Este hecho concuerda poco con las afirmaciones que se hacen a la ligera respecto de la indiferencia general de los padres. Los testimonios de los dos Informes indican que la fuente de la crueldad provenía de la propia disciplina de la maquinaria, complementada con profusión por la actuación de los vigilantes o (en las fábricas pequeñas) del patrono. Decir que prácticas comunes a industrias enteras se continuaban «contra la voluntad y contra el conocimiento de los patronos» es algo que no requiere refutación. Es cierto que muchos padres hacían la vista gorda al empleo de sus hijos que no llegaban a la edad legal decretada en 1819 y 1833. Hay que decir en honor a hombres como Doherty y de los Comités para la Reducción de la Jornada Laboral que hicieron una enérgica campaña entre los obreros contra tales males, fomentando la dignidad entre los degradados y explicando el valor de la educación entre los ignorantes. El Movimiento Fabril también comprometió a muchos cientos de personas que no eran obreros fabriles: los tejedores que deseaban «amordazar al monstruo del vapor»; los padres desplazados de las fábricas por los jóvenes y que se mantenían gracias a los ingresos de sus hijos. Gaskell observó (en 1833) que el descontento de los obreros se debía menos a los simples problemas salariales que a «la separación de las familias, la destrucción de los hogares, la ruptura de todos aquellos lazos que unen el corazón del hombre a la mejor parte de su naturaleza; es decir, sus instintos y sus sentimientos sociales ...».[44] El Movimiento Fabril, en sus primeras etapas, representaba menos un crecimiento del humanitarismo de la clase media que una afirmación de los derechos humanos por parte de los mismos trabajadores.

De hecho, pocos argumentos son tan especiosos como el que dice: dado que en el siglo XVIII se toleraba el trabajo infantil ilimitado, pero éste, en sus nuevas y más intensas formas, se volvió menos tolerable en la década de 1830, ello constituye un signo del creciente humanitarismo de «la época». El profesor Hayek ha hecho referencia a «este des-

43. Frente a estas historias tenemos que situar los espantosos relatos de sadismo, que los mismos obreros adultos empleaban con los aprendices pobres, durante el período de las guerras. Véase J. Brown, *Memoir of Robert Blincoe*, Manchester, 1832, pp. 40-41.

44. P. Gaskell, *The Manufacturing Population of England*, p. 7.

pertar de la conciencia social», a este «creciente conocimiento de hechos que antes habían pasado desapercibidos. ... El sufrimiento económico se volvió más visible y pareció menos justificado, puesto que la riqueza general crecía más rápido que nunca». El profesor Ashton ha ofrecido una variante de este argumento. Las Comisiones Reales y los comités parlamentarios de investigación, de principios del siglo XIX, «son una de las glorias de la primera época victoriana. Señalaron una aceleración de la conciencia social, una sensibilidad hacia la desgracia, que no se había puesto de manifiesto en ningún otro período ni país». Y ha mostrado un apasionamiento desacostumbrado en su defensa de los investigadores parlamentarios:

> ... una generación que tuvo el espíritu emprendedor y la laboriosidad de reunir los hechos, la honestidad de revelarlos y la energía de emprender la tarea de la reforma, ha sido presentada hasta la calumnia como la autora, no de los *Blue Books,** sino de los propios males.[45]

Los *Blue Books,* a principios del siglo XIX, eran útiles para muchos propósitos, pero la reforma era uno de los últimos. Las investigaciones parlamentarias se realizaban como respuesta rutinaria a las peticiones; como un medio de «manejar y canalizar» el descontento, aplazar decisiones o apartar de sus propósitos a los miembros del Parlamento que no se comportaban adecuadamente; o puramente debido a un exceso de oficiosidad utilitarista. El declive de Irlanda a través de sufrimientos consecutivos hasta llegar al punto culminante, aparentemente inevitable, de la Gran Hambre estuvo acompañado por la ausencia de cualquier medida importante de mitigación; y por un promedio de cinco investigaciones parlamentarias por año.[46] Los tejedores de telar manual y los tejedores de punto fueron debidamente investigados mientras morían de hambre. Ocho investigaciones en 10 años precedieron el establecimiento de la policía. (Es aleccionador el hecho de que las investigaciones tuvieran como resultado la acción en el último caso, pero no en los anteriores.) El señor Grandgrind se repuso con toda seguridad

* Uno de los informes oficiales del Parlamento y del Consejo Privado, que se publica con cubiertas azules. *(N. de la t.)*

45. *Capitalism and the Historians*, pp. 18-19, 35-36.

46. Véase E. Strauss, *Irish Nationalism and British Democracy*, 1951, p. 80; y el comentario del señor Strauss: «La ignorancia de los hechos no fue una de las causas de la miseria irlandesa durante el siglo XIX.»

después de 1815, pero como muy bien sabía Dickens no representaba un «despertar de la conciencia social» o «sensibilidad hacia la desgracia», sino la eficacia, el gobierno centralizado con pocos gastos, el *laissez faire* y la «economía política» sólida.

Los *Blue Books* (al menos hasta que lleguemos a las grandes investigaciones sobre sanidad) no eran el producto de «una época» o el fruto de «una generación», sino un campo de batalla en el que luchaban reformadores y obstruccionistas, y en el que las causas humanitarias, las más de las veces, eran enterradas. Y por lo que se refiere a las clases más elevadas, lo que vemos en la década de 1830 no es un nuevo «despertar de la conciencia», sino la erupción casi volcánica, en distintos lugares y entre distintas gentes, de una conciencia social que había estado inactiva durante las guerras napoleónicas. Esta conciencia es verdaderamente evidente en la segunda mitad del siglo XVIII. La campaña para proteger a los deshollinadores, en la que participó Hanway, alcanzó el *statute-book*,* en 1788, frente a una reducida oposición. Durante las guerras volvieron todos los abusos, y todos los intentos de asegurar una nueva protección legislativa, después de aquéllas, chocó con una oposición frontal, y fueron rechazados en la Cámara de los Lores; puesto que, si se hubiese prescindido de los chicos, sus señorías tendrían que haber reformado sus chimeneas.[47] Todo el honorable trabajo de Howard en nombre de los prisioneros dejó una impresión poco perdurable, cuando las condiciones retrocedieron después de su muerte. Hemos advertido ya cómo la infección de odio de clase y de miedo corrompió la conciencia humanitaria. Es cierto que la *Peel's Act* de 1802 destaca en esta situación de ofuscación; pero su aplicación se limitaba a los aprendices pobres y era menos un precedente para una nueva legislación que un intento de extender las salvaguardas tradicionales del aprendizaje en un nuevo contexto. Lo más importante —y lo más desastroso para los niños que trabajaban en la fábrica— fue la atrofia de la conciencia de la *gentry* rural, los únicos hombres que tenían la autoridad o la obligación tradicional de proteger a los pobres.

No hay nada que confirme mejor esta atrofia, y la profunda alienación de las clases, que la forma que tomó el «despertar» real cuando llegó. Multitud de *gentlemen* y de profesionales que prestaron algún apoyo

* Serie completa de los volúmenes que forman el registro oficial de las leyes. *(N. de la t.)*

47. Véase J. L. y B. Hammond, *The Town Labourer*, pp. 176-193.

a las causas humanitarias en las décadas de 1830 y 1840 parecen haber estado viviendo, en la década de 1820, en medio de los populosos distritos manufactureros, inconscientes de los abusos que tenían lugar a pocos cientos de metros de sus puertas. El mismo Richard Oastler vivía en las afueras de Huddersfield, pero no se dio cuenta de la existencia del trabajo infantil hasta que el fabricante de Bradford, John Wood, le *habló* de él. Cuando sacaron a las niñas medio desnudas de los pozos de las minas, las lumbreras locales parecieron estar auténticamente sorprendidas: «El señor Holroyd, procurador, y el señor Brook, cirujano, que ejercen su profesión en Stainland, estaban presentes, y confesaron que, aunque vivían a pocas millas de aquí, no habían podido creer que existiera un sistema de crueldad no cristiana como éste.»[48] Olvidamos por cuánto tiempo los abusos pueden seguir siendo «desconocidos» hasta que son evidentes; por cuánto tiempo la gente puede contemplar la miseria y no advertirla, hasta que la propia miseria se rebela. Según la visión de los ricos, entre 1790 y 1830, los niños de las fábricas eran «activos», «laboriosos», «útiles»; se les mantenía lejos de sus jardines y huertos y eran baratos. Si surgían remordimientos de conciencia, en general, podían silenciarse mediante los escrúpulos religiosos; como subrayó un Miembro honorable acerca de los deshollinadores en 1819: «los muchachos que generalmente trabajaban en esta profesión no eran los hijos de los pobres, sino hijos de hombres ricos engendrados de manera ilícita».[49] Esto demuestra un delicado sentido de la propiedad moral, así como una completa ausencia de prejuicio de clase.

Pero la conciencia de «los ricos» en esta época está llena de complejidad. El argumento de que los exaltados ataques «*Tory*» hacia los abusos del industrialismo, en la década de 1830, expresados por hombres como Sadler, Shaftesbury, Oastler o Disraeli, eran poco más que la venganza de los intereses de los terratenientes sobre los fabricantes y su Liga *Anti-Corn Law* tiene cierto sentido en términos de «política de partido». Es cierto que revelaban profundas fuentes de resentimiento y de inseguridad entre los tradicionalistas ante las innovaciones y el poder creciente de la clase media adinerada. Pero incluso una lectura apresurada de *Sybil*, de la vida de Shaftesbury escrita por los Hammond o de la impresionante vida de Oastler escrita por Cecil Driver nos reve-

48. *Children's Employment Commission, Mines*, 1842, p. 80.
49. Citado en *The Town Labourer*, p. 190.

lará la superficialidad de cualquier valoración que se limite a esos términos. Parece que seamos testigos de una mutación cultural; o, como en el caso del constitucionalismo del siglo XVIII, de una retórica aparentemente hueca y convencional que se encendió, en espíritus individuales, como una creencia meditada y apasionada.

Además, junto con los viejos argumentos del paternalismo *tory* tenemos la nueva influencia del romanticismo frustrado. En su repugnancia hacia la Ilustración, Wordsworth, Coleridge y Southey habían reafirmado certidumbres tradicionales, «los instintos del hombre natural y social». En su vuelta hacia el orden, la autoridad, el deber, no habían olvidado la enseñanza de Rousseau acerca de lós niños. En el Libro VIII de *The Excursion*, Wordsworth condenaba el sistema fabril por contraste con la vieja economía familiar rural:

> ¡Las habitaciones vacías! o por ventura
> La Madre sola, sin ninguna ayuda
> Para mecer la cuna de su inquieto bebé;
> Ninguna hija a su alrededor, que esté ocupada en el torno de hilar,
> O que le cuente los pequeños progresos diarios
> De las tareas del hogar; ningún delicado arte
> De bordado; ninguna actividad en el fuego,
> En el que un tiempo se preparó con orgullo la comida;
> Nada para hacer que corra el día, o para animar el espíritu;
> ¡Nada que alabar, que enseñar o que ordenar!
> El Padre, si por ventura todavía sigue haciendo
> Sus antiguas tareas, va al campo o al bosque
> Sin que le sigan o le precedan sus hijos;
> Acaso estuvieran ociosos; pero lo estaban bajo *su* mirada;
> Respirando el aire fresco y pisando la verde tierra:
> Hasta que acabó la corta fiesta de su infancia,
> ¡Para no volver jamás! Hoy se ha perdido este derecho de nacimiento.*

* The habitations empty! or perchance / The Mother left alone —no helping hand / To rock the cradle of her peevish babe; / No daughters round her, busy at the wheel, / Or in dispatch of each day's little growth / Of household occupation; no nice arts / Of needle-work; no bustle at the fire, / Where once the dinner was prepared with pride; / Nothing to speed the day, or cheer the mind; / Nothing to praise, to teach, or to command! / The Father, if perchance he still retain / His old employments, goes to field or wood / No longer led or followed by the sons; / Idlers perchance they were - but in *his* sight; / Breathing fresh air and treading the green earth: / Till their short holiday of childhood ceased, / Ne'er to return! That birthright now is lost.

La equivocación, hoy en día, es suponer que el sentimiento paternalista debe ser distante y lleno de superioridad. Puede ser apasionado y comprometido. Esta corriente del radicalismo social tradicionalista, que va desde Wordsworth y Southey pasando por Carlyle y más allá, parece contener, tanto en su origen como en su desarrollo, una dialéctica por la cual apunta continuamente conclusiones revolucionarias. El punto de arranque de los tradicionalistas y de los jacobinos era el mismo. «Qué otra cosa es una inmensa fábrica —exclamaba Thelwall—, sino una prisión corriente, en la que una desventurada multitud está condenada al libertinaje y al duro trabajo, para que un individuo pueda elevarse a la opulencia desmesurada.»[50] «Detesto el sistema fabril» declaraba su compañero jacobino, Thomas Cooper, que había sufrido las primeras etapas de la Revolución industrial en el Lancashire: «En este sistema se debe convertir a una gran proporción de la población en meras máquinas ignorantes, viciosas y brutales, para que el excedente de sus 12 o 14 horas de trabajo diarias pueda ir a parar a los bolsillos y suministrar los lujos de los ricos, capitalistas comerciales y fabricantes».[51] Southey puso furioso al «filósofo» de los fabricantes, el doctor Andrew Ure, con su condena, incluso más radical, del sistema fabril como «un quiste, una excrecencia fungosa del cuerpo político».[52] A pesar de que los jacobinos y los *tories* están en polos políticos opuestos, entre ellos se dan continuos intercambios de destellos de sentimiento y argumentación. Los profetas de la «marcha del intelecto» —Brougham, Chadwick, Ure— parecen pertenecer a un mundo diferente. Siempre que los tradicionalistas *tories* iban más allá de la discusión de ideas acerca del sistema fabril e intentaban dar rienda suelta a sus sentimientos en la acción, se veían obligados a una embarazosa alianza con los sindicalistas o los radicales obreros. La clase media liberal sólo veía en ello la prueba de la hipocresía *tories*. Cuando Sadler luchó por su escaño en Leeds (y perdió) en las elecciones del proyecto de ley de la Reforma de 1832, un tendero que escribía un diario observó: « ... nadie le apoyaba excepto unos pocos que están bajo el yugo de la Tiranía y unos pocos Radicales de la clase más baja, ha sido obra

50. *Monthly Magazine* (1 de noviembre de 1799). Estoy en deuda con el doctor D. V. Erdman por esta referencia.

51. T. Cooper, *Some Information Respecting America*, 1794, pp. 77-78.

52. R. Southey, *Sir Thomas More: or Colloquies* ... 1829, I, p. 711; A. Ure, *The Philosophy of Manufactures*, 1835, pp. 277-278. Véase también Raymond Williams, *Culture and Society*, Penguin, 1961, pp. 39 y siguientes.

de *Bony* que el Viejo Partido *Tory* se vea Obligado a volverse Radical en todas y cada una de las cosas para mantener su sistema ... ».[53] Dos años más tarde, con la promulgación de la *Poor Law,* que con sus disposiciones malthusianas y chadwickianas atropellaba todo «instinto del hombre natural y social», pareció que se les presentaba a unos pocos *tories* radicales una elección definitiva entre los valores del orden y los de la humanidad. La mayoría se retiraron y se contentaron con proyectos de diferente tipo para una mejora humanitaria; pero unos pocos estaban preparados para asociarse, no sólo con los cobbettitas, sino con los owenitas, los librepensadores y los cartistas. Joseph Raynor llegó incluso a hacer llamamientos para incendiar las «Bastillas» y Oastler fomentó la desobediencia civil —algunas veces, muy incivil— y, en su papel de protector de los niños de la fábrica, incluso recomendó el uso del sabotaje industrial contra los propietarios de las fábricas que violaran la ley:

> En este caso imprimiré una pequeña tarjeta que trate sobre *Inutilizar* y *Arena* y *Clavos Oxidados,* con directrices precisas y muy explícitas, que harán que esos transgresores de la ley miren a su alrededor y se arrepientan de haber sido tan locos como para reírse de la Ley y del Rey. Esas cartas mías deberán ser entonces el catecismo de los niños de la fábrica.[54]

Durante 10 años pisó Oastler los límites de la revolución; pero el título que le puso a una de sus publicaciones fue *The Home, the Altar, the Throne, and the Cottage.*

Difícilmente podemos atribuir esta erupción de compasión a una «época» que, a la vez, encarceló a Stephens y vilipendió a Oastler. Muchos de los que realmente se esforzaron en favor de los niños de la fábrica durante los primeros años se enfrentaron con los malos tratos, el ostracismo por parte de su clase y algunas veces con pérdidas personales. Y, como ha señalado el señor Driver, el momento crucial en la trayectoria de Oastler no fue la toma de conciencia respecto del trabajo infantil, sino el «*Fixby Hall Compact*» entre él mismo y los sindicalistas radicales. La toma de conciencia no fue, en todo caso, característica del toryismo como conjunto. Si quisiéramos analizar

53. MS. Diario de Robert Ayrey, Leeds Reference Library.
54. C. Driver, *op. cit.*, pp. 327-328.

minuciosamente la conciencia *tory* del año 1800 o del 1830, deberíamos empezar por la actitud del *squire* hacia sus propios braceros. Verdaderamente, puede encontrarse un antecedente cultural del humanitarismo de la década de 1830, tanto en el paternalismo *tory* como en las tradiciones más sumisas de servicio y «buenos trabajos» de la disidencia liberal. Pero, como una verdadera fuerza, sólo aflora aquí y allí, en mujeres y hombres individuales; Oastler y Bull no son más representativos de los *tories*, de lo que Fielden y la señora Gaskell lo son de la conciencia liberal inconformista.

Si Tawney tenía razón, y el trato que recibía la infancia y la pobreza son las dos «piedras de toque» que revelan «el verdadero carácter de una filosofía social»,[55] la que sale peor parada de esta prueba, en 1830, es la tradición liberal e inconformista. Es cierto que hay un humilde mundo crepuscular, medio escéptico, medio disidente, del cual provendría gran parte de lo mejor de la temprana vida intelectual y espiritual victoriana. Pero es igualmente cierto que durante los años que van desde 1790 a 1830 se produce un espantoso declinar de la conciencia social de la disidencia. Y sobre todo están los proverbiales empresarios inconformistas, con sus vigilantes metodistas, con su odiosa fama de mentores de los niños en los días laborables, trabajando para sus fábricas hasta cinco minutos antes de la medianoche del sábado y obligando a los niños a que asistieran a la escuela dominical el *Sabbath*.*

La imagen está sacada, en parte, de la novela de Frances Trollope, *Michael Armstrong, The Factory Boy*, 1840, en la que «los señores Robert y Joseph Tomlins, los dos circunspectos *gentlemen*, como corresponde a la fábrica ... asisten en persona todos los domingos por la mañana para comprobar que tanto los niños como el maestro aprovechan el tiempo». Es una imagen de ficción y pintoresca, que pertenece quizá más a 1820 que a 1840, que es más aplicable a las fábricas rurales apartadas en las que sobrevivía el sistema de los aprendices de la parroquia, que a cualquier gran ciudad algodonera. Pero las condiciones que describe la señora Trollope en «*Deep Dale*»,** en el Derbyshire, se pueden encontrarse todavía, en la década de 1830, en muchos valles aislados tanto del lado de los Peninos que corresponde al Lanca-

55. R. H. Tawney, *Religion and the Rise of Capitalism*, Penguin, p. 239.
* Séptimo día de la semana, considerado día de descanso religioso, en la tradición judía corresponde al sábado; en la cristiana al domingo. *(N. de la t.)*
** «Valle Profundo». *(N. de la t.)*

shire como en el del Yorkshire. Un viaje de investigación a la zona alta del río Calder, emprendido por un propagandista de las 10 horas, y en el que se prestó una atención especial a las reacciones del clero local, muestra la complejidad de cualquier generalización. En Ripponden el vicario se negó a dar su apoyo, pero la capilla metodista fue prestada para hacer un mitin en favor de las 10 horas. En Hebden Bridge un viejo predicador metodista laico declaró que él siempre predicaba contra el sistema fabril «porque, dice, podemos predicar hasta que nuestras lenguas hiendan el paladar de nuestras bocas, ¡pero nunca haremos nada bueno mientras se permita que el sistema funcione como en la actualidad!». Pero se había hecho tan detestable, que el empresario metodista local, en Mytholmroyd, cerraba siempre la capilla cuando le tocaba predicar. En Sowerby Bridge, el reverendo Bull, hermano del párroco Bull de Bierley (famoso compañero de Oastler durante la agitación en favor de las 10 horas), negó su apoyo y se mostró seguro de que la benevolencia de los patronos «no se puede superar». Un grupo de obreros, al pasar ante la capilla metodista construida por uno de los empresarios, el señor Sutcliffe, «se volvieron hacia la capilla y desearon que se fuera al infierno y el señor Sutcliffe con ella». «Dije que estaba muy mal, porque el señor Sutcliffe había construido la capilla para su provecho. ''Maldito sea —dijo otro— le conozco, he tenido buena muestra de él, y considero que una esquina de esta capilla es mía, y que toda ella pertenece a sus obreros''.»[56] El valle del Cragg, un afluente aislado del Calder, era un verdadero *«Deep Dale»*. Un pastor del que se desconoce la filiación declaró:

> Si había algún lugar en Inglaterra que necesitaba intervención legislativa, era este lugar, porque trabajaban 15 y 16 horas al día con frecuencia, y algunas veces toda la noche: ¡oh! éste es un sistema asesino, y los propietarios de las fábricas son la plaga y la desgracia de la sociedad. Las leyes humanas y divinas son insuficientes para tenerles a raya; no hacen caso del proyecto de ley de Hobhouse y dicen «Dejad que el Gobierno haga las leyes que se le antoje, que en este valle saben cómo hacer pasar por ellas carros y carretas».

56. Se cree que muchos propietarios de fábricas tenían un fondo especial que provenía de las multas que ponían a sus obreros, y que lo dedicaban a fines caritativos o a la construcción de capillas. En Dewsbury hay una gran capilla que se conoce todavía, entre la generación vieja, como «la capilla del hilo roto» debido a las multas que se cobraban por los hilos que se rompían.

Explicó la historia de un muchacho al que había enterrado hacía poco, le habían encontrado durmiendo de pie con los brazos llenos de lana y la habían golpeado para mantenerle despierto. Aquel día trabajó 17 horas; su padre le llevó a casa, no pudo ingerir la cena, se despertó a las cuatro de la mañana y les preguntó a sus hermanos si podían ver las luces de la fábrica porque tenía miedo de llegar tarde y luego murió. (Su hermano menor, de 9 años, había muerto con anterioridad; el padre era «sensato y laborioso», era maestro de la escuela dominical.) El cura anglicano del lugar dio su apoyo sin reservas en favor de la limitación del trabajo infantil:

> He visto cómo los pobres de este valle estaban oprimidos, y he creído que era mi deber revelarlo ... Tengo el deber, desde la responsabilidad que se desprende de la naturaleza de mi cargo, de contrastar esta realidad con la verdad liberal y bondadosa del Evangelio. ... Y donde se ejerce la opresión, ésta en general recae de la forma más pesada sobre aquellos que son menos capaces de soportarla ... porque la viuda no tiene marido, y sus hijos no tienen padre terrenal ... a menudo les vemos muy maltratados ...

A consecuencia de sus sermones —y de protestas personales a los patronos—, los propietarios de las fábricas maldijeron e injuriaron a él y a sus hijas en las calles. A las denuncias siguió un mitin de protesta que fue anunciado con carteles del estilo característico de Oastler:

> ... sois más Tiránicos, más Hipócritas que los tratantes de esclavos de las Indias Occidentales. ... Vuestra cacareada *Liberalidad* ... Demostraré que vuestro alarde de *Piedad* es, en realidad, *Tiranía* ... ni más ni menos que *Blasfemia*. ... Vuestro sistema de «*Palizas*» —de «*Multas*», de «*Turnos alargados*», de «*Truck*», de «*limpieza de la maquinaria durante el tiempo de la comida*»— de «*Trabajo en Domingo*», de «*Salarios Bajos*» ... todo ello debe someterse a la Prueba de la «*Investigación Pública*» ...

«El mismo sábado por la noche, cuando regresaba del mitin,» declaró Oastler:

> Vi dos fábricas que brillaban a toda furia en el valle. Sus ocupantes, pobres pequeños sufridores, tenían que permanecer allí hasta las 11.30,

y descubrí que el propietario de una de ellas era un destacado murmurador, rezador e hipócrita religioso ... [57]

Debemos volver al metodismo y ver por qué su misión particular consistió en actuar como justificadora del trabajo infantil.[58] No hay ninguna duda de que el párroco Bull tenía principalmente en la cabeza a los empresarios inconformistas, cuando atacaba a la «estirpe» de los patronos:

> ... una estirpe, toda la sabiduría de la cual consiste en aquella astucia que les permite inventar los medios más baratos para obtener la mayor cantidad de trabajo posible de los obreros más jóvenes que sea posible, en el mínimo tiempo posible, a cambio de los mínimos salarios posibles ... una estirpe de hombres de los cuales Agur hubiese dicho: *existe una generación, ¡oh, qué orgullosa es su mirada! y sus párpados están abiertos. Existe una generación cuyos dientes son como espadas, y sus molares son como cuchillos para devorar a los pobres de la superficie de la tierra, y a los necesitados de entre los hombres.*[59]

Por otra parte, aunque la efectiva complicidad unánime de parte del inconformismo oficial se exponía a los ataques bíblicos de Bull y Oastler, así como a los de los obreros del Comité para la Reducción de la Jornada Laboral (algunos de los cuales habían aprendido a leer en las escuelas dominicales de los propietarios de las fábricas), de ningún modo se debe suponer que la iglesia oficial estuviese trabajando de manera unitaria y sin remisión en favor de los niños. Por cierto, lo dice el mismo Shaftesbury —quien con seguridad hubiese creído a la iglesia si ello hubiese sido conveniente— que con la notable excepción de Bull, el clero anglicano como «un cuerpo ... no hará nada».[60]

Así pues, la afirmación referente a un «despertar de la conciencia» es engañosa. Lo que hace es minimizar el verdadero frenesí de piedad que conmovió a la escasa veintena de profesionales del norte que adoptaron la causa de los niños; empequeñecer la violencia de la oposición

57. G. Grabtree, obrero, *Brief Description of a Tour through Calder Dale*, 1833; *Voice of the West Riding*, 20 (27 de julio de 1833); *Account of a Public Meeting Held at Hebden Bridge* (24 de agosto de 1833).

58. Sin embargo, es interesante señalar que Cecil Driver, *op. cit.*, p. 110, dice que los Metodistas Primitivos prestaban a menudo sus templos a Richard Oastler.

59. *Manchester and Salford Advertiser* (29 de noviembre de 1835).

60. E. Hodder, *Life of Shaftesbury*, edición de 1887, pp. 175, 378.

con la que se enfrentaron, y que les condujo en ocasiones a posiciones casi revolucionarias; y —como han tendido a hacer los historiadores humanitarios— a subestimar la parte que desempeñaron en la agitación a lo largo de 20 años agotadores, o más, hombres como John Doherty y el Comité para la Reducción de la Jornada Laboral que era propio de los trabajadores. Más recientemente, un escritor ha examinado el problema con ese aire de fastidio apropiado a la holgada conciencia de la Era Nuclear. El lector moderno, dice, «bien disciplinado por su familiaridad con los campos de concentración» se queda «comparativamente impasible» ante el espectáculo del trabajo infantil.[61] Se nos puede permitir pues reafirmar un punto de vista más tradicional: que la explotación de los niños pequeños, a esa escala y con esa intensidad, fue uno de los sucesos más vergonzosos de nuestra historia.

61. R. M. Hartwell, «Interpretations of the Industrial Revolution in England», *Journal of Econ. Hist.*, XIX (2 de junio de 1959).

11. EL PODER TRANSFORMADOR DE LA CRUZ

I. LA MAQUINARIA MORAL

Puritanismo, Disidencia, Inconformismo: el declive desemboca en una capitulación. La *disidencia* todavía lleva consigo el sonido de la resistencia frente a Satanás y a la Prostituta de Babilonia, el *inconformismo* es modesto y está lleno de disculpas: pide que le dejen solo. Mark Rutherford, uno de los pocos que comprendió la completa desolación de la historia interna del inconformismo del siglo XIX —y que, sin embargo, es en sí mismo una prueba de los valores que de algún modo sobrevivieron—, describió en su *Autobiography* la forma tradicional del servicio durante su juventud:

> En general, empezaba con una confesión de que todos éramos pecadores, pero nunca se confesaban los pecados individuales, y luego seguía una especie de diálogo con Dios, que se parecía mucho a los discursos que he oído, en los últimos años, en la Cámara de los Comunes, hechos por los promotores de las peticiones dirigidas a la Corona y los que les dan apoyo, en las sesiones de apertura del Parlamento.

El ejemplo se ha tomado de los calvinistas independientes, pero también servirá de manera excelente para describir la actitud del metodismo ante la autoridad temporal. Esta capitulación estaba implícita en el origen del metodismo: en el torysmo de su fundador y en su actitud ambivalente ante la Iglesia oficial. Desde el principio los wesleyanos se situaron de manera ambigua entre la disidencia y la oficialidad, e hicieron todo lo que estuvo a su alcance para combinar las peores características de ambas, sirviendo como justificadores de una autoridad a cuyos ojos eran un objeto de ridículo o de condescendencia, pero ja-

más de confianza. Después de la Revolución francesa, las conferencias anuales sucesivas manifestaron siempre su sumisión y su celo para combatir a los enemigos del orden establecido; y llamaron la atención en cuanto a su actividad para «elevar el nivel de moralidad pública, y promover la lealtad entre las categorías medias, así como la subordinación y la laboriosidad entre los órdenes más bajos de la sociedad».[1] Pero los metodistas pocas veces eran admitidos como interlocutores de la oficialidad; y cuando esto ocurría lo eran sólo por la puerta trasera; nunca fueron condecorados con ninguno de los honores del rango; y si hubiesen sido mencionados en los despachos, probablemente se habría entorpecido el tipo de espionaje moral que acometían con mayor facilidad.

Durante las guerras se observó un aumento notable de los partidarios del metodismo.[2] También se asistió (nos dice Halévy) a «un declive ininterrumpido del espíritu revolucionario» entre todas las sectas inconformistas. El metodismo es muy destacable durante las guerras por dos cosas: en primer lugar, sus avances fueron mayores entre la clase obrera industrial; en segundo lugar, los años posteriores a la muerte de Wesley presencian la consolidación de una nueva burocracia de ministros eclesiásticos, que consideraban como su deber manipular la sumisión de sus seguidores y disciplinar toda tendencia que se desviara en el seno de la Iglesia y que pudiera ofender a la autoridad.

En eso fueron muy eficaces. Durante siglos la Iglesia oficial había predicado a los pobres los deberes de la obediencia; pero estaba tan lejos de ellos —y su distancia casi nunca fue mayor que en aquella época de absentismo y vida plural— que sus homilías habían dejado de surtir efecto. El respeto del campo se basaba en la amarga experiencia del poder del *squire*, más que en cualquier convicción interior. Y hay pocas pruebas respecto de que el movimiento evangélico en el seno de la Iglesia encontrase un éxito mucho mayor: muchos de los folletos de medio penique, de Hannah More, se dejaban para cubrir los sueldos de los alojamientos de los criados de las grandes casas. Pero los metodistas

1. Citado en Halévy, *op. cit.*, III, p. 53. Para tener información sobre la postura política del metodismo durante estos años, véase E. R. Taylor, *Methodism and Politics, 1791-1850*; y R. F. Wearmouth, *Methodism and the Working Class Movements of England, 1800-1850*, 1937, en especial los capítulos que tratan sobre «The Methodist Loyalty» y «The Methodist Neutrality». Véase también *The Town Labourer*, cap. 13, «The Defences of the Poor».

2. Véase más adelante, p. 433.

—o muchos de ellos— *eran* los pobres. Muchos de sus folletos eran confesiones de pecadores arrepentidos, de entre los pobres; muchos de sus predicadores locales eran hombres humildes que hallaban las imágenes para su discurso (como dijo uno de ellos) «detrás de mi *spinning-jenny*». Y la gran expansión que se produjo después de 1790 fue en los distritos mineros y fabriles. Junto con las Salems y Bethels, más viejas, las nuevas capillas de ladrillo de Brunswick y Hanover proclamaban la lealtad al metodismo. «He oído cosas extraordinarias acerca de vuestro anfiteatro de Liverpool», escribió un pastor al reverendo Jabez Bunting en 1811: «Se necesitarán unos poderosos pulmones para que las palabras lleguen de un extremo al otro de él. En Bradford y en Keighley están construyendo templos casi tan amplios como la Capilla de Carver Street de Sheffield. ¿En qué se convertirá el metodismo en pocos años?».[3]

Jabez Bunting, cuyo ministerio activo abarca plenamente medio siglo, era la figura dominante del wesleyanismo ortodoxo, desde la época del ludismo hasta los últimos años del movimiento cartista. Su padre, un sastre de Manchester, había sido un «Radical de pies a cabeza» que «se adhirió apasionadamente a la causa de los primeros revolucionarios franceses», pero no por ello fue menos metodista.[4] Pero a finales de la década de 1790, y después de la separación de la Nueva Conexión Kilhamita, surgió un grupo de pastores más jóvenes, entre los cuales se hallaba Bunting, cuya preocupación principal era eliminar la mancha jacobina del metodismo. En 1812, Bunting ganó distinción al renegar de los metodistas luditas; al año siguiente, en Leeds, contaba con «varios magistrados *tory* de la vieja escuela, partidarios de la Iglesia y el Rey, que, probablemente, jamás habían cruzado el umbral de un templo disidente, entre sus asiduos oyentes».[5] Él y sus compañeros de ministerio —de los cuales uno de los más detestables se llamaba reverendo Edmund Grindrod— eran sobre todo organizadores y administradores, ocupados con las interminables intrigas de la Conexión y un exceso de celo disciplinario. Los sucesores de Wesley continuaron con el desagrado de éste hacia la anarquía de carácter autónomo de la Vieja Disi-

3. T. P. Bunting, *Life of Jabez Bunting*, D. D., 1887, p. 338.

4. *Ibid.*, p. 11. Es interesante señalar que el padre de Oastler, un pañero de Leeds, también era metodista y partidario de Tom Paine. En su madurez, la opinión de Oastler acerca del metodismo apenas si fue algo más lisonjera que la de Cobbett.

5. J. Wray, «Methodism in Leeds», Leeds Reference Library.

dencia, con la autoridad que se le concedía a la Conferencia Anual (escorada con los ministros que el propio Wesley había designado) y su Comité de Privilegios (1803). Los metodistas primitivos fueron expulsados porque se temía que sus reuniones al aire libre derivaran en «tumultos» y sirvieran de precedentes políticos (como de hecho lo fueron); los «metodistas» de *«tent methodist»* y los cristianos de la Biblia, o bryanitas, fueron sometidos a disciplina de forma similar; se les prohibió predicar a las mujeres; se reforzaron los poderes de la Conferencia y de los inspectores de circuito. Se alentó el espionaje de las flaquezas morales de los demás; se hizo más severa la disciplina dentro de las clases; y, después de 1815, se expulsó o se borró del «proyecto» a muchos predicadores locales tanto por «reincidencias» de tipo político, como religioso. En el libro de actas de los predicadores locales de Halifax, encontramos la siguiente entrada: «Bro. M. acusado de asistir a una reunión política, cuando debería haber estado en su clase» (16 de diciembre de 1816); también encontramos allí el alarmado escrito de un corresponsal de Newcastle a Bunting:

> ... un tema de dolorosa y penosa preocupación, que dos de nuestros predicadores locales (de North Shields) han asistido al inmenso mitin de los Reformistas Radicales ... espero que ninguna parte considerable de nuestros hermanos se encuentre entre los Radicales; pero un pequeño número de nuestros líderes están entre los amigos más acérrimos de su espíritu y proyecto ... y un sentido equivocado de la hermandad ha hecho que algunos de los auténticamente devotos se pongan de su lado. Por lo que se refiere a las amonestaciones, me alegro de decir que varios miembros han dejado sus clases (ya que han adoptado casi toda la organización metodista, de modo que entre ellos son completamente corrientes los términos «Jefes de Clase», «Reuniones de Distrito», etcétera, etcétera). Si los hombres se tienen que adiestrar a estar frente a una multitud con serenidad y adquirir soltura para hablar en público, en las reuniones Misionales y Bíblicas y luego empiezan a emplear la terrible arma moral, que han obtenido de ese modo, para poner en peligro la misma existencia del Gobierno del país, verdaderamente *nosotros* podemos empezar a temblar ...

Esto ocurría en 1819, el año de Peterloo. La respuesta del Comité Metodista de Privilegios a los sucesos de ese año fue hacer pública una circular, que «tiene vestigios claros» de la redacción de Bunting, que expresaba

> una firme y decidida desaprobación de ciertas reuniones tumultuosas que se han presenciado últimamente en diversas partes del país; en las cuales han sido reunidas grandes masas de población de forma irregular (a menudo bajo pancartas con las inscripciones más sorprendentes e impías) ... planeadas, a la vez desde los principios paganos, las teorías políticas disparatadas y engañosas, y las arengas incendiarias y violentas ... para desprestigiar a todo gobierno e introducir el descontento universal, la insubordinación y la anarquía.[6]

Al menos Wesley había sido un valiente caballo de guerra; jamás se había excusado a sí mismo; era un exaltado que se había mantenido en pie en la plaza del mercado para que le apedreasen. Bunting, con su «sólida, matemática manera de hablar», es un carácter menos admirable. Su propio consejo era «adaptar tus principios a tus exigencias». «En nuestro trato familiar», informaba un amigo de la época de su ministerio juvenil a su hijo:

> su conversación era uniformemente seria e instructiva. Al igual que su ministerio en el púlpito, todas las palabras tenían su lugar apropiado y todas las frases podrían haber sido meditadas con anterioridad. ... Algunas veces el irrefrenable ingenio de tu querida madre interrumpía de pronto nuestra seriedad; pero jamás se le vio de otro modo que en su carácter adecuado como ministro del evangelio de Cristo.

El sabatismo intransigente de Bunting se paraba a corta distancia de donde empezaba su propia conveniencia: «no dudaba en emplear animales, en el necesario cumplimiento de su trabajo pastoral; aunque siempre con la reserva que se imponía a sí mismo ...» Respecto de los niños era otro problema. A menudo estamos tentados de perdonar al metodismo alguno de sus pecados cuando recordamos que al menos proporcionaba una rudimentaria educación a los niños y a los adultos, en sus escuelas dominicales; y a veces se recuerda la feliz imagen dada por Bamford de la escuela de Middleton a finales de la década de 1790, a la que asistían «los grandes muchachos de los mineros del carbón y sus hermanas», y los hijos de los tejedores y los braceros de Whittle, Bowlee, Jumbo y el White Moss. Pero precisamente *esta* imagen de indisciplina de los primeros metodistas es lo que Bunting no podía perdonar. Cuando, durante su ministerio en Sheffield en 1808, vio que se

6. T. P. Bunting, *op. cit.*, pp. 527-528.

les enseñaba a *escribir* a los niños en la escuela dominical su indignación no tuvo límites. Aquello era «una terrible ofensa al *Sabbath*». Por lo que se refiere a la impropiedad teológica, no podía haber duda alguna: para los niños aprender a leer las Escrituras era un «bien espiritual», mientras que escribir era un «arte secular» del que podía resultar un «provecho temporal». La batalla, de la cual Bunting salió victorioso, empezó en Sheffield (con James Montgomery, que había sido «jacobino», defendiendo la causa de los niños en el *Sheffield Iris*; se repitió de nuevo al año siguiente en Liverpool (1809) con el mismo resultado; y Bunting estuvo en la vanguardia de un movimiento que tuvo un éxito muy amplio en extirpar esa perniciosa «violación» del Día del Señor, hasta la década de 1840. Esta fue, por cierto, una de las formas en que Bunting demostró su valía a nivel nacional.[7]

Quizá era necesaria esta valía para espolear a los niños durante los seis días de la semana. En el caso de Bunting y de sus compañeros parece que tropecemos con una deformidad de la sensibilidad, complementaria de las deformidades laborales de los niños de la fábrica cuyo trabajo no condenaban. En toda la copiosa correspondencia del período de sus primeros ministerios en los núcleos industriales (Manchester, Liverpool, Sheffield, Halifax y Leeds, 1804-1815), entre interminables pequeñas disputas de la Conexión, tonterías moralistas y salaces investigaciones de la conducta privada de mujeres jóvenes, ni él ni sus colegas parecen haber tenido ni un solo escrúpulo respecto de las consecuencias del industrialismo.[8] Pero los líderes más jóvenes del metodismo no sólo eran culpables de complicidad con el hecho del trabajo infantil por omisión. Debilitaron a los pobres desde su interior, añadiéndoles el ingrediente activo de la sumisión; y alentaron dentro de la iglesia metodista aquellos aspectos más adecuados para componer los elementos psíquicos de la disciplina laboral, de la cual estaban muy necesitados los fabricantes.

En fecha tan temprana como 1787, el Robert Peel de la primera épo-

7. *Ibid.*, pp. 295-297, 312-314, 322-323; Bamford, *Early Days*, pp. 100-101. Es justo señalar que la Iglesia oficial y otras sectas inconformistas también prohibieron enseñar a escribir en domingo.

8. La única causa humanitaria a la que los metodistas como Bunting dieron un apoyo coherente fue a la agitación antiesclavista; pero a medida que pasan los años y el tema se saca a relucir una y otra vez, se empieza a sospechar que aquello que mantenía en alto su estandarte era menos un vestigio de conciencia social que un deseo de desarmar a la crítica.

ca escribió: «He dejado la mayor parte de mis talleres del Lancashire bajo la dirección de metodistas, y me sirven maravillosamente bien.»[9] Weber y Tawney han analizado de forma tan completa la interpenetración del modo de producción capitalista y la ética puritana que a primera vista poco se puede añadir. Se puede ver el metodismo como una simple extensión de esta ética en un medio social cambiante; y en el hecho de que el metodismo, en la época de Bunting, demostrase estar excepcionalmente bien adaptado, gracias a su exaltación de los valores de la disciplina y el orden y a su opacidad moral, tanto a los propietarios de fábricas, que lo eran por su propio esfuerzo, y a los fabricantes, como a los capataces, vigilantes y grupos que estaban inmediatamente por debajo de los patronos, tenemos a mano un argumento de tipo «económico». Y este argumento —que el metodismo servía como autojustificación ideológica para los patronos-fabricantes y para sus satélites— contiene una parte importante de la verdad. Por cuanto, John Wesley —en un pasaje que a menudo se cita— preveía y deploraba a la vez:

> ... la religión debe dar lugar a un tiempo a la laboriosidad y a la frugalidad, y éstas sólo pueden producir riqueza. Pero a medida que la riqueza aumenta, lo mismo harán la soberbia, la ira y el amor al mundo. ... ¿Cómo es posible entonces que el metodismo, que es una religión del corazón, aunque hoy florezca como un laurel, pueda continuar en el mismo estado? Porque los metodistas en todos los lugares crecen diligentes y frugales; en consecuencia aumentan sus bienes. Por tanto, aumentan en proporción la soberbia, la ira, el deseo de la carne, el deseo de los ojos, y el orgullo de la vida. Así, aunque permanezca la forma de la religión, el espíritu se desvanece rápidamente.

Muchos propietarios de fábricas metodistas —y, por supuesto, el mismo Bunting— podrían servir como confirmación de ello a principios del siglo XIX.[10] Y sin embargo, el argumento se tambalea en un punto crítico. Porque exactamente en este momento el metodismo obtuvo su mayor éxito al servir *simultáneamente* como religión de la burguesía industrial (aunque en este grupo compartía el terreno con otras sectas inconformistas) y de amplios sectores del proletariado. Ni pue-

9. L. Tyerman, *John Wesley*, 1870, III, p. 499. Véase también J. Sutcliffe, *A Review of Methodism*, York, 1805, p. 37.
10. Véase W. J. Warner, *op. cit.*, pp. 168-180.

de haber duda alguna respecto de la lealtad, profundamente arraigada, de muchas comunidades de la clase obrera (de igual modo entre los mineros, los tejedores, los obreros industriales, los marineros, alfareros y braceros rurales) a la iglesia metodista. ¿Cómo fue posible para el metodismo desempeñar, con una energía tan notable, este doble servicio?

Este es un problema que ni Weber ni Tawney trataron. Los dos estaban preocupados, fundamentalmente, por el puritanismo de los siglos XVI y XVII, y por la génesis del capitalismo comercial; ambos se dedicaron, de manera principal, al desarrollo psíquico y social de la clase media, el primero subrayando el concepto puritano de una «llamada», el segundo los valores de la libertad, la autodisciplina, el individualismo y la ambición. Pero en los dos argumentos está intrínseco que el puritanismo contribuyó a la energía psíquica y a la coherencia social de los grupos de la clase media que se sentían «llamados» o «elegidos» y que se hallaban comprometidos (con algún éxito) en actividades ambiciosas. ¿Cómo debió, entonces, una religión como ésta atraer al naciente proletariado cuya masificación, en un período de dureza excepcional, no les predisponía a ningún sentido de llamada colectiva, cuyas experiencias en el trabajo y en sus comunidades favorecían los valores colectivos más que los individuales, y cuyas virtudes de frugalidad, disciplina o ambición proporcionaban beneficios a sus patronos más que éxito a ellos mismos?

Tanto Weber como Tawney aducen, ciertamente, poderosas razones referentes a la *utilidad*, desde el punto de vista de los patronos, de que se extendieran los valores puritanos o pseudopuritanos a la clase obrera. Tawney analizó la «Nueva Medicina para la Pobreza», con su denuncia de la pereza y la negligencia del trabajador, y su cómoda creencia de que —si el éxito era una señal de elección— la pobreza era, en sí misma, una prueba de vileza espiritual.[11] Weber ponía más énfasis en la cuestión crucial para la clase obrera: la disciplina en el trabajo. «Dondequiera que el capitalismo moderno ha empezado su tarea de incrementar la productividad del trabajo humano mediante el incremento de su intensidad —escribió Weber— se ha encontrado con la resistencia enormemente terca del ... trabajo precapitalista.»

> La economía capitalista de los tiempos presentes es un cosmos inmenso en el que nace el individuo y que se le presenta ... como un orden

11. R. H. Tawney, *op. cit.*, pp. 227 y siguientes.

> de cosas inalterable en el que debe vivir. Obliga al individuo, en la medida que se halla implicado en el sistema de relaciones de mercado, a ajustarse a las reglas de funcionamiento capitalistas.

Pero, cuando surgió el capitalismo industrial, esas reglas de funcionamiento se veían como limitaciones antinaturales y odiosas: el campesino, el bracero rural de los pueblos que no habían sufrido el proceso de cercado, incluso el artesano urbano o el aprendiz, no medían la remuneración del trabajo exclusivamente en términos de ingresos monetarios, y se rebelaban contra la idea del trabajo disciplinado semana tras semana. En la forma de vida que describe Weber (de manera poco satisfactoria) como «tradicionalismo», «un hombre por naturaleza no desea ganar más y más dinero, sino vivir simplemente de la forma que está acostumbrado y ganar lo que sea necesario con este objeto». Incluso el pago a destajo y otros incentivos pierden su eficacia en un punto determinado, si no existe una coacción interna; cuando ha ganado suficiente, el campesino abandona la industria y vuelve a su pueblo, el artesano se emborracha. Pero, al mismo tiempo, la disciplina opuesta de los salarios bajos es ineficaz en un trabajo que requiere atención o responsabilidad. Lo que se necesita —y aquí Fromm amplía la explicación de Weber— es una «coacción interna» que demostraría ser «más eficaz en canalizar todas las energías hacia el trabajo de lo que cualquier otra coacción externa pueda serlo jamás»:

> Contra la coacción externa siempre hay cierta dosis de rebeldía que impide la eficacia del trabajo o incapacita a la gente para realizar cualquier tarea específica que requiera inteligencia, iniciativa y responsabilidad. ... Sin duda el capitalismo no se hubiese podido desarrollar si no se hubiera canalizado la mayor parte de la energía humana hacia el trabajo.

Hay que convertir al trabajador «en su propio capataz de esclavos».[12]

Los ingredientes de la coacción no eran nuevos.[13] Weber apuntó las dificultades que tuvieron los patronos en las industrias de «putting-out»

12. Weber, *op. cit.*, en especial pp. 54, 60-67, 160-161, 178; E. Fromm, *The Fear of Freedom*, edición de 1960, p. 80.

13. Esta disciplina de trabajo tampoco se limita al metodismo. Aquí tratamos al metodismo como el ejemplo sobresaliente de tendencias que también corresponden a la historia del evangelismo y de la mayor parte de sectas inconformistas durante la Revolución industrial.

—en particular en el tejido—, durante el siglo XVII, como consecuencia de los hábitos irregulares de trabajo de los obreros (embriaguez, desfalco de hilo, etc.). En la industria lanera del oeste de Inglaterra —en Kidderminster— el eclesiástico presbiteriano, Richard Baxter, realizó un cambio notable, con su ministerio, en las relaciones laborales; y muchos de los elementos de la disciplina de trabajo metodista se pueden hallar completamente formulados en su *Christian Directory* de 1673.[14] A lo largo del siglo XVIII, los propietarios de las minas, los fabricantes laneros del norte y los algodoneros se encontraban con dificultades parecidas. En general, los mineros del carbón recibían una paga mensual; la queja era que «son de natural turbulento, apasionado y tienen un carácter y un comportamiento rudos»:

> Sus ingresos son cuantiosos e *inciertos*, y su empleo es una especie de trabajo a destajo, cuyo beneficio pocas veces se puede determinar con anterioridad. Esta circunstancia hace que adquieran los hábitos derrochadores de un jugador. ...
>
> Otro rasgo del carácter del minero del carbón es su predilección por los cambios de situación. ... Los cambios anuales son casi tan habituales en los mineros, como el paso de las estaciones. ... Cualesquiera que sean los favores que pueda haber recibido, está dispuesto a considerarlos todos invalidados con el rechazo de una sola petición.[15]

El tejedor que además era pequeño propietario tenía fama de abandonar su trabajo cuando sucedía cualquier emergencia agrícola; la mayor parte de los obreros del siglo XVIII cambiaban con mucho gusto sus empleos por un mes de trabajo en la cosecha; muchos de los obreros adultos de las primeras hilanderías tenían «hábitos relajados y errabundos, y pocas veces permanecían por mucho tiempo en el establecimiento».[16]

14. Weber, *op. cit.*, pp. 66-67, 282; Tawney, *op. cit.*, pp. 198 y siguientes. Los escritos de Baxter eran lecturas preferidas entre los primeros metodistas, y se reimprimieron muchas veces en las primeras décadas del siglo XIX.

15. *Report of the Society for Bettering the Condition of the Poor*, I, 1798, pp. 238 y siguientes; relato de los mineros del carbón del duque de Bridgewater (cerca de Manchester). Los mineros del carbón del duque tenían fama de ser «más morales» que la mayoría, y «algunos de los representantes del duque son personas religiosas y han fundado escuelas dominicales ...»

16. A. Redford, *op. cit.*, pp. 19-20. En fecha tan tardía como la década de 1830, Samuel Greg se lamentaba de «ese espíritu inquieto y migratorio que es una de las características peculiares de la población fabril».

Algunos de los problemas de dirección de las primeras empresas se indican en la lista de multas de los talleres Etruria de Wedgwood:

> ... Cualquier obrero que golpee, o maltrate de forma parecida, a un vigilante perderá su empleo.
>
> Cualquier trabajador que tenga cerveza o licor en la fábrica durante las horas de trabajo, pagará un multa de 2/—.
>
> Cualquier persona que practique el juego de pelota contra cualquiera de las paredes en las que hay ventanas, pagará una multa de 2/—.[17]

Tanto si sus obreros estaban empleados en una fábrica como si lo estaban en sus casas, el patrono-fabricante de la Revolución industrial estaba obsesionado con estos problemas de disciplina. Los trabajadores a domicilio necesitaban (desde el punto de vista de los patronos) ser educados en cuanto a los hábitos «metódicos», atención meticulosa a las instrucciones, cumplimiento de los contratos a tiempo y en cuanto a la maldad de malversar los materiales. Hacia la década de 1820 (nos dice un contemporáneo) «la gran mayoría de los Tejedores» estaban «profundamente imbuidos de las doctrinas del Metodismo». Algunos de los hombres que, gracias a sus propios esfuerzos, eran ahora sus patronos, eran metodistas o disidentes cuya frugalidad —como había predicho Wesley— había producido riqueza. Éstos tenderían a favorecer a sus compañeros de religión, ya que en ellos encontraban una «garantía de buena conducta» y «una conciencia de la importancia del carácter».[18] Las tradiciones «artesanas» de los tejedores, con su acento en los valores de la independencia, ya les había preparado para alguna variante de la religión puritana.[19] Y ahora, ¿qué decir de los obreros fabriles?

En el libro del doctor Andrew Ure, *Philosophy of Manufactures* (1835) —un libro que, con su invocación satánica, influenció mucho a Engels y a Marx— encontramos una completa anticipación del argumento de tipo «económico» que explica la función de la religión como

17. V. W. Bladen, «The Potteries in the Industrial Revolution», *Econ. Journal* (suplemento), 1926-1929, I, p. 130. Véase también M. McKendrick, «Josiah Wedgwood and Factory Disciple», *His. Journal*, IV, 1 (1961), p. 30. La intención de Wedgwood era «convertir a los *Hombres* en *Máquinas* que no se puedan equivocar».

18. R. Guest, *A Compendious History of the Cotton Manufacture*, 1823, pp. 38, 43.

19. Durante el siglo XVII las sectas puritanas tenían muchos seguidores entre los tejedores, pero —si exceptuamos el oeste de Inglaterra— esta tradición tuvo una corta vida durante los primeros años del siglo XVIII.

disciplina del trabajo. Para Ure, el término fábrica: «acarrea la idea de un vasto autómata compuesto por varios órganos mecánicos e intelectuales, que actúan con una coordinación ininterrumpida para la producción de un objeto común, y todos ellos están subordinados a una fuerza motriz que se regula de forma automática.» «La dificultad principal» del sistema fabril no se hallaba tanto en la tecnología como en la «organización de los diferentes miembros del aparato en un cuerpo cooperativo», y, sobre todo, «en el adiestramiento de los seres humanos para que renunciasen a sus hábitos de trabajo poco regulares y se identificasen con la regularidad invariable del complejo autómata»:

> La hercúlea empresa, la noble consecución de Arkwight, fue idear y poner en práctica un código de disciplina logrado, que fuese adecuado a las necesidades de celeridad de la fábrica. Incluso en la actualidad, cuando el sistema está perfectamente organizado, y el trabajo ha sido aligerado al máximo, se hace casi imposible convertir a las personas que han pasado la pubertad, tanto si provienen de ocupaciones rurales como artesanas, en mano de obra fabril útil. Después de luchar durante un período de tiempo para someter sus hábitos apáticos o levantiscos, o bien renuncian espontáneamente al empleo, o los vigilantes les despiden debido a su poca atención.

«Someter los caracteres obstinados de los obreros, acostumbrados a paroxismos irregulares de actividad, requería, de hecho, un hombre de nervio y ambición napoleónicos ... Esto era Arkwight.» Además, cuanto más cualificado era un obrero, más difícil de someter a disciplina se volvía, «más terco, y ... un componente menos adecuado de un sistema mecánico, en el que, debido a irregularidades circunstanciales, se podían provocar grandes perjuicios al conjunto». Por ello, los fabricantes tenían la intención de eliminar cualquier proceso que exigiera «una habilidad y una regularidad de manipulación particular, ... de manos del *astuto* trabajador» y ponerlo a cargo de un «mecanismo regulado de forma tan automática, que hasta un niño pudiese supervisarlo». «Por lo tanto, el gran objetivo del fabricante moderno es, mediante la unión del capital y la ciencia, reducir la tarea de sus obreros al ejercicio de vigilancia y destreza, facultades ... que en los jóvenes alcanzan la perfección con rapidez».[20]

20. Ure, *op. cit.*, pp. 13-21. Cf. también p. 23: «De hecho, el objetivo permanente y la tendencia de todas las mejoras de la maquinaria es reemplazar totalmente el traba-

Para los niños, la disciplina del vigilante y de la maquinaria podían ser suficientes; pero para los que habían «pasado la pubertad» eran necesarias coacciones internas. De ahí que Ure dedicara una parte de su libro a la «Economía Moral del Sistema Fabril», y un capítulo especial a la religión. El obrero irredento era una criatura terrible a los ojos de Ure; una víctima de «los demagogos astutos»; continuamente dado a las conspiraciones y las asociaciones secretas; capaz de cualquier atrocidad contra sus patronos. Los elevados salarios que cobraban los hilanderos de algodón les permitían «comer caprichosamente durante los achaques nerviosos provocados por una dieta demasiado rica y excitante para sus actividades que se desarrollaban en locales cerrados»:

> Las fábricas concentran, de forma natural, a un gran número de población en un espacio reducido; dan todas las facilidades para las conspiraciones secretas ... ; comunican información y energía a los espíritus vulgares; con sus generosos salarios proporcionan los recursos pecuniarios de la revuelta ...

En tales circunstancias, las escuelas dominicales constituían un «espectáculo sublime». El comité de la escuela dominical de Stockport, construida en 1805, se felicitaba por el «decoro» que se había mantenido en la ciudad, en 1832, en una época en que reina la «excitación política» por doquier: «es casi imposible acercarse a la ciudad ... sin tropezar con una o más de esas silenciosas fortalezas, que una sabia generosidad ha construido frente a los abusos del vicio y la ignorancia». Y Ure extraía una lección moral de ello, no sólo respecto de la subordinación política general, sino respecto del propio comportamiento en la fábrica: «Una mirada experimentada detecta con facilidad la inobservancia de la disciplina moral, en cualquier establecimiento, por el desorden del sistema general, las irregularidades de las máquinas individuales, la pérdida de tiempo y de material ...» El simple pago de los salarios jamás podría asegurar unos «servicios cuidadosos». El patrono que descuidase las consideraciones y fuese él mismo «un extraño para las abnegadas bendiciones del Evangelio»

---

jo humano, o disminuir su coste, sustituyendo el trabajo de los hombres por la laboriosidad de las mujeres y los niños; o el de los artesanos cualificados por el de simples peones.» Como expresión de las intenciones de los propietarios de las fábricas es interesante y aplicable a la industria textil; pero como expresión de una «ley» del desarrollo capitalista, quizá Marx y Engels dieron demasiado crédito a las afirmaciones de Ure.

> sabe que está destinado exclusivamente al servicio de vigilancia, y por lo tanto ejercerá la más estrecha vigilancia para impedir que sus obreros le dominen, pero lo hará en vano; ellos en su totalidad, como si de un instinto natural se tratase, conspiran contra un patrono como él. Por mucho que se esfuerce, nunca podrá imponer un funcionamiento superior. ...
>
> Por lo tanto, es de sumo interés para todo empresario *organizar su maquinaria moral sobre principios tan sólidos como los de la mecánica*, porque de otro modo nunca dispondrá de las manos aplicadas, los ojos vigilantes y la cooperación rápida, que son esenciales para la excelencia del producto. ... De hecho, no hay otro caso al que se pueda aplicar mejor la verdad Evangélica «La Piedad es un gran beneficio», que a la administración de una gran fábrica.[21]

De este modo se completa el argumento. El sistema fabril exige una transformación de la naturaleza humana, los «paroxismos de trabajo» del artesano y el trabajador a domicilio se deben someter a disciplina hasta que el trabajador se adapte a la disciplina de la máquina.[22] ¿Pero, cómo se les deben inculcar esas virtudes disciplinarias a aquellos cuya Piedad, probablemente, no les reportará ningún beneficio temporal (a no ser que lleguen a ser vigilantes)? Sólo se puede conseguir inculcando «la primera y gran lección ... que el hombre debe esperar su completa felicidad, no en el presente, sino en un estado futuro». El trabajo se debe emprender como un «*acto de virtud puro* ... inspirado por el amor a un Ser superior, que actúa ... sobre nuestra voluntad y nuestros afectos»:

> ¿Dónde encontrará la humanidad este poder transformador?: en la cruz de Cristo. Es el sacrificio que borra la culpa del pecado; es el móvil que acaba con el amor al pecado; mortifica al pecado mostrando que su vileza es imborrable si no es con esta terrible expiación; expía la desobediencia; motiva la obediencia; proporciona fuerza para la obediencia; hace que la obediencia sea factible; la convierte en aceptable; la hace de algún modo inevitable, porque la convierte en necesaria; no sólo es, por fin, el motivo para la obediencia, sino el modelo de ella.[23]

21. *Ibid.*, III, caps. 1 y 3. La cursiva es mía.

22. Cf. D. H. Lawrence en *The Rainbow*: «Creen que deben transformarse para adecuarse a la mina y al empleo, en vez de transformar las minas y los empleos para que se adecúen a ellos. Es más fácil.»

23. Ure, *op. cit.*, pp. 423-425.

Así pues, Ure es el Richard Baxter de *Cottonopolis*.* Pero llegados a este punto debemos descender desde sus alturas trascendentales para considerar, con mayor brevedad, los problemas mundanos de la teología. Es evidente que, en 1800, había suficientes sofismas en la teología de todas las iglesias inglesas asequibles, para reforzar el propio sentido de autoestima de los fabricantes. Tanto si tenía una fe jerárquica, como si se sentía elegido, o consideraba que su éxito era una prueba de gracia o de piedad, sentía pocos impulsos para cambiar su residencia junto a la fábrica en Bradford, por una celda monástica en Bardsey Island. Pero la teología metodista, gracias a su oportunismo inmoral, estaba mejor adaptada que cualquier otra para servir como religión de un proletariado cuyos miembros no tenían la más mínima razón, por lo que a experiencia social se refiere, para considerarse «elegidos». Wesley parece haber prescindido, en su teología, de los mejores elementos del puritanismo y haber seleccionado, sin vacilar, sus peores elementos: si en términos de clase el metodismo era hermafrodita, en términos doctrinales era un mulo. Ya hemos observado la ruptura del metodismo con las tradiciones intelectuales y democráticas de la Vieja Disidencia. Pero en cambio, las doctrinas de sumisión a la autoridad de Lutero podrían haber servido como texto para cualquier conferencia wesleyana de los años posteriores a 1789:

> Incluso en el caso de que los que detentan la autoridad sean malvados o no tengan fe, no obstante la autoridad y su poder es buena y proviene de Dios. ...
>
> Dios prefiriría sufrir que exista el gobierno, sin importarle cuán malvado fuera, que permitir a la canalla que se amotinase, sin importarle cuán justificado estuviera que lo hiciesen ...

(Sin embargo, Jabez Bunting, a diferencia de Lutero, jamás hubiese admitido la idea de que se pudiese «justificar» a la canalla.) Se han apuntado a menudo los sesgos luteranos generales del wesleyanismo.[24] La

* La Ciudad del Algodón, es decir, Manchester. *(N. de la t.)*.

24. Weber, cuando trata brevemente el metodismo en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, exagera los elementos calvinistas de su teología, y por esa razón no capta su especial capacidad de adaptación como religión del proletariado. Así, lleva demasiado lejos el sentido de «llamada» entre los wesleyanos, en especial cuando intenta aplicarlo a la «llamada» del obrero, una doctrina que en Inglaterra tiene menos importancia que la de la sumisión y la obediencia.

adhesión de Wesley a la doctrina de la universalidad de la gracia era incompatible con la idea calvinista de la «elección». Si la gracia era universal, también lo era el pecado. Cualquier hombre que llegase a declararse culpable de pecado podría ser visitado por la gracia y podría saberse redimido por la sangre de Cristo. Así, lejos como está de ser una doctrina del igualitarismo espiritual, al menos supone la existencia de una igualdad de oportunidades en el pecado y en la gracia, tanto para los ricos como para los pobres. Y como religión «del corazón» más que del intelecto, los más simples y menos educados podían tener esperanza de alcanzar la gracia. En este sentido, el metodismo suprimía todas las barreras doctrinales y sociales y abría sus puertas de par en par a la clase obrera. Y esto nos recuerda que también el luteranismo era una religión de los pobres; y que, como anunció Munzer y Lutero aprendió a su costa, el igualitarismo espiritual tenía tendencia a rebasar sus orillas y a fluir por los canales temporales, ocasionando de ese modo una tensión constante en los credos luteranos que también se reprodujo en el metodismo.

Pero la redención de Cristo era sólo provisional. En este punto la doctrina de Wesley no estaba establecida. Jugaba con la idea de que la gracia era perpetua una vez que había visitado al penitente, y de este modo una forma desaparecida de calvinismo (ahora el «elegido» se había convertido en el «redimido») volvía a entrar por la puerta trasera. Pero a medida que el siglo XVIII avanzaba lentamente la doctrina de la justificación mediante la fe se consolidaba, quizá debido a la evidencia de que multitud de quienes habían sido «redimidos» en las campañas del resurgimiento recaían en sus viejas costumbres después de años o sólo meses. De este modo, se convirtió en doctrina que el perdón del pecado sólo duraba mientras el penitente siguiera sin pecar. Los hermanos y hermanas que habían sido «redimidos» se encontraban en un estado condicional, de elección provisional. Siempre era posible «recaer», y, teniendo en cuenta la fragilidad humana, eso era, a los ojos de Dios y de Jabez Bunting, más que probable. Además Bunting se esmeró en señalar que desde el punto de vista de Dios:

> La naturaleza del pecado no cambia, mediante el perdón del pecador, para que deje de ser «censurable en extremo». Se perdona el castigo, y desaparece la obligación de sufrir dicho castigo; pero por naturaleza todavía lo merece, aunque graciosamente se perdone. De ahí provienen la conveniencia y el deber de seguir confesando y lamentan-

> do incluso los pecados perdonados. Aunque estemos libres de sus perjudiciales consecuencias gracias a un acto de clemencia divina, deberíamos seguir recordando que nuestro lugar apropiado ante Dios es el polvo de la humillación ...[25]

Pero existen complejidades adicionales para la doctrina. Sería presuntuoso suponer que un hombre se pudiese salvar *a sí mismo* mediante un acto de voluntad propia. La salvación era prerrogativa de Dios, y todo lo que un hombre podía hacer era prepararse para la redención, mediante la humillación absoluta. Sin embargo, una vez convencido de la gracia e introducido completamente en la hermandad metodista, «recaer» no era una cuestión que un hombre o una mujer pudiesen tomar a la ligera. Podía significar la expulsión del único grupo comunitario que conocían en el desierto de la Revolución industrial; y significaba el miedo, siempre presente, a una eternidad futura de castigo espeluznante:

> Hay un infierno espantoso
> Y tormentos perpetuos,
> Donde los pecadores deben vivir con los demonios
> En medio de la oscuridad, el fuego y las cadenas.*

Entonces, ¿cómo seguir en gracia? No mediante las buenas obras, puesto que Wesley había elevado la fe por encima de las obras: «Sólo debéis ocuparos de salvar las almas». Las obras eran las trampas de la soberbia y las mejores obras estaban mezcladas con la escoria del pecado; aunque —mediante otra estratagema oportunista— las obras podían ser una *señal* de gracia. (Aquí nos encontramos con un calvinismo residual dirigido a los propietarios de las fábricas y a los tenderos.) Puesto que este mundo es la antesala de la eternidad, las cosas temporales como la riqueza y la pobreza importan muy poco: los ricos podrían dar pruebas de gracia sirviendo a la iglesia (particularmente, construyendo templos para sus propios obreros). Los pobres eran afortunados por tener

25. Jabez Bunting, *Sermon on Justification by Faith*, Leeds, 1813, p. 11. La metáfora de Bunting nos recuerda que en enero del mismo año (1813), algunos luditas habían sufrido las máximas «consecuencias penales» en la horca, mientras que otros habían visto su pena «graciosamente rebajada» a 40 años de deportación.

* There is a dreadful hell / And everlasting pains, / Where sinners must with devils dwell / In darkness, fire and chains.

menos tentaciones provenientes de «el deseo de la carne, el deseo de los ojos y el orgullo de la vida». Tenían más probabilidades de permanecer en gracia, no debido a su «llamada», sino porque debían hacer frente a menos tentaciones de recaer.

Se presentaban tres medios seguros de preservar la gracia. Primero, a través del servicio a la misma iglesia, como jefe de clase, predicador local o en ocupaciones más humildes. Segundo, a través del cultivo de la propia alma, en los ejercicios religiosos, la lectura de los tratados, pero sobre todo en los esfuerzos por reproducir las convulsiones emocionales de la conversión, contrición de los pecados, penitencia y visita de la gracia. Tercero, a través de una metódica disciplina en todos los aspectos de la vida. Sobre todo, en el trabajo mismo (que, al ser humilde y desagradable, no se debe confundir con las buenas obras), que se lleva a cabo sin ulteriores motivos que no sean (como dijo el doctor Ure) «un acto de virtud puro», hay una señal evidente de gracia. Además, la maldición de Dios sobre Adán, cuando fue expulsado del Jardín del Edén, daba un apoyo doctrinal irrefutable a la bendición del trabajo arduo, la pobreza y el dolor durante «todos los días de tu vida».

Podemos ver ahora la extraordinaria correspondencia entre las virtudes que el metodismo inculcaba y los desiderata del utilitarismo.[26] El doctor Ure señala el punto de confluencia, en su consejo al propietario de la fábrica de «organizar su maquinaria moral sobre principios tan sólidos como los de la mecánica». Desde este punto de vista, el metodismo fue el desierto paisaje interior del utilitarismo en una época de transición hacia la disciplina laboral del capitalismo industrial. A medida que los «paroxismos de trabajo» del trabajador manual se disciplinan y sus impulsos hacia la inactividad se ponen bajo control, aumentan sus paroxismos emocionales y espirituales. La otra cara de la moneda del deshumanizado estilo en prosa de Edwin Chadwick y el doctor Kay son los rastreros folletos de confesiones. La «marcha del intelecto» y la represión del corazón van al unísono.

Pero Wesley había declarado que el metodismo era, por encima de

26. Weber y Tawney, por supuesto, dirigen su atención al desarrollo paralelo de los dogmas puritano y utilitario: cf. Tawney, *op. cit.*, p. 219: «Algunos de los eslabones de la cota de malla utilitarista habían sido forjados por los teólogos puritanos del siglo XVII.» Sin embargo, fue el metodismo el que forjó los últimos eslabones de las cadenas utilitaristas que ataban al proletariado.

todas las cosas, una «religión del corazón». Precisamente sus diferencias más marcadas respecto de las sectas puritanas más viejas estaban en el «entusiasmo» y los éxtasis emocionales.[27] Podríamos apuntar algunas de las etapas acostumbradas de la experiencia religiosa, a partir de un folleto característico que describe la conversión de un marinero, Joshua Marsden, durante la década de 1790. Estos folletos siguen, normalmente, un modelo convencional. En primer lugar, están las descripciones de una juventud pecaminosa: maldiciones, juego, embriaguez, pereza, sexualidad disoluta o simple «deseo de la carne».[28] Luego sigue, o bien alguna experiencia dramática que hace al pecador consciente de la muerte (una curación milagrosa de una enfermedad mortal, un naufragio o la muerte de la esposa o los hijos); o bien algún encuentro casual con la palabra de Dios, en el que el pecador empieza mofándose, pero acaba por descubrir el camino de la salvación. Nuestro marinero tuvo todas estas experiencias. Un naufragio le dejó «temblando de horror al borde del abismo húmedo y ardiente, ... los fantasmas de sus pecados pasados pasaron por delante de él con pálidas formas». Una grave enfermedad «le condujo, sollozante y traspasado de dolor, a un trono de gracia», «extinguidos y consumidos sus deseos sensuales», y «le mostró el horror de morir en la ignorancia de Cristo». Cuando un amigo le invitó a una reunión de clase metodista, «su corazón se deshizo en sollozos como el de un niño. Las lágrimas corrían por sus mejillas como riachuelos». A continuación viene la larga prueba de la intercesión para el perdón y la lucha con la tentación de reincidir en la anterior vida de pecado. Sólo la gracia puede abrir «los siete sellos de lacre con los que la ignorancia, la soberbia, la falta de fe, la enemistad, el egoísmo, la lujuria y la codicia cierran el corazón del pecador». Una y otra vez sucumbe el penitente, durante su «noviciado», a «tentaciones» oscuramente indicadas:[29]

27. Exceptuando, por supuesto, a los baptistas, particularmente en Gales.

28. Para un ejemplo sacado de este folleto, véase p. 48 más arriba.

29. El lenguaje sugiere a menudo que el componente objetivo del «pecado» era la masturbación. Y esto se podía deducir claramente de tres hechos: 1) La naturaleza introvertida del estado de abstracción en que se hallaba el penitente. 2) La obsesiva enseñanza metodista referente a lo pecaminoso de los órganos sexuales. 3) El hecho de que se esperaba que los hijos de los metodistas adquiriesen sentido del pecado hacia la edad de la pubertad. Véase G. R. Taylor, *The Angel Makers*, 1958, p. 326, para el aumento de la literatura sobre este tema durante esos años.

A pesar de todo, a veces era arrebatado por la violencia y el ímpetu de la tentación, que atraía sobre él toda la angustia de un espíritu desesperado. Después de ser vencido por el pecado, redoblaría sus plegarias. ... A veces el miedo de morir en estado de culpa agitaba mucho su espíritu, y le impedía dormirse por miedo a despertarse en la vida eterna.

Cuando el «deseo de la carne» ha sido humillado hasta cierto punto, el «Enemigo» pone tentaciones espirituales más sutiles en el camino del penitente. Entre ellas, la más importante es *cualquier* actitud que conduzca a la «dureza de corazón»: la frivolidad, la soberbia, pero sobre todo la tentación de «comprar la salvación» con buenas obras en vez de esperar con paciencia hasta «recibirla como obsequio de Dios, a través de las virtudes infinitas del sangrante Redentor». La doctrina de las buenas obras es «esa doctrina Hebrea y Católica de la valía humana». Así, la «dureza de corazón» es cualquier rasgo del carácter que se resista a la sumisión completa:

Antes de que Dios pueda perdonarnos libremente ... debe aplastar nuestra falsedad, marchitar la flor de la esperanza altanera, quitar el sostén de la confianza en uno mismo, despojarnos de la envoltura de la virtud no cristiana, detener la jactancia farisea de independencia, y conducir al pecador, culpable, avergonzado, ruboroso, desesperado, a los pies de la Cruz.

Llegados a este punto de humillación, «todas sus esperanzas parecían un yermo desierto». Pero «ahora había llegado el momento de la redención». En la fiesta del amor del templo metodista, el penitente se arrodillaba en el reclinatorio «y, en una situación de tormento del alma, empezaba a luchar con Dios». Aunque «el enemigo se enfurecía y avanzaba hacia él como una marea»,

Algunos de los líderes, con algunas mujeres piadosas, entraron en la galería, y se unieron para interceder por él ante el trono de gracia: cuanto más rezaban, más aumentaba su dolor y su carga, hasta que por fin quedó casi agotado; y empezó a sudar ... y se tendió en el suelo del reclinatorio casi sin poder moverse. Sin embargo, este fue el momento de la redención. ... Sintió lo que no puede describir palabra alguna, y pareció que algo, como la presencia de Dios que penetraba en su cuerpo, se posaba en él; se levantó de un salto y sintió que podía confiar en Cristo gracias a la fe.

A partir de este momento la «carga del pecado disminuyó». «La nueva creación se manifestó con nuevas bellezas morales: amor, alegría, esperanza, paz, respeto filial, gozo en Cristo, tierna confianza, deseo de una comunión más estrecha y una conformidad más plena. ... Un nuevo reino de virtud se estableció en su corazón.» La gloria de Dios se convirtió en «el fin de cada acción». Pero la salvación era condicional; la creencia en la gracia coexistía con el conocimiento de que el hombre «es un pobre, ciego, perdido, desdichado, miserable y (sin la gracia divina) indefenso pecador».[30]

Nuestro pecador ha sido pues «trasladado desde el poder de Satanás al reino y a la imagen del querido Hijo de Dios». Y en la fantástica expresión figurada podemos ver la penosa experiencia psíquica mediante la cual la estructura del carácter del rebelde bracero o artesano preindustrial se reconvirtió de manera violenta en la del sumiso obrero industrial. Aquí está, por cierto, el «poder transformador» de Ure. Es un fenómeno, que podría considerarse casi diabólico en su penetración hasta las mismas fuentes de la personalidad, dirigido a la represión de las energías emocionales y espirituales. Pero «represión» es un término engañoso; no se trató tanto de inhibir esas energías como de desplazarlas de su expresión en la vida personal y social, y confiscarlas para ponerlas al servicio de la iglesia. Los templos ennegrecidos, parecidos a cajas, se levantaban en los distritos industriales como grandes trampas para la psique humana. Dentro de la misma iglesia había un drama emocional constante de reincidentes, confesiones, incursiones contra Satanás y ovejas descarriadas; uno sospecha que, en particular, la hermandad piadosa encontró en esto uno de los grandes «consuelos» de la religión. Para los más intelectuales había el drama espiritual de:

> pruebas, tentaciones, muerte del alma, dudas, luchas, tristeza, manifestaciones, victorias, frialdades, delirios, persecuciones, redenciones, ayudas, esperanzas, respuestas a la plegaria, interposiciones, consuelos, quejas ... convulsiones del alma, profesiones de fe, guías a través de los laberintos de las oscuras dispensas ... pruebas de fuego, y socorro en el momento de hundirse.[31]

30. Joshua Marsden, *Sketches of the Early Life of a Sailor* (autobiografía en tercera persona), Hull, sin fecha, *passim*.
31. *Sketches of the Early Life of a Sailor*, pp. 104, 111.

Pero lo que se debe subrayar es el *carácter intermitente* del sentimentalismo wesleyano. Lo que más a menudo destacaban los contemporáneos del carácter cotidiano del metodismo, o de la vida doméstica metodista, era su actitud metódica, disciplinada y reprimida. Es la paradoja de una «religión del corazón» que sería célebre por la inhibición de toda espontaneidad. El metodismo sólo aprobaba las «emociones del corazón» cuando se daban en acontecimientos de la iglesia; los metodistas escribieron himnos, pero no poesía secular importante; durante estos años, la idea de un amante metodista apasionado es ridícula. («Evita todo tipo de pasiones», aconsejaba Wesley.) Aunque la palabra es desagradable, es difícil no ver en el metodismo de estos años una forma ritualizada de masturbación psíquica. Las energías y las emociones que eran peligrosas para el orden social, o que simplemente eran improductivas (en el sentido del doctor Ure) se liberaban en la inofensiva forma de esporádicas fiestas del amor, vigilias nocturnas, reuniones musicales o campañas de resurgimiento. En estas fiestas del amor, después de los himnos y del ceremonial corte del pastel o del bizcocho de agua, hablaba el predicador, de una tosca manera emocional, de sus experiencias espirituales, tentaciones y luchas con el pecado: «Mientras el predicador está así ocupado, del público salen susurros, gemidos, deseos piadosos, y... exclamaciones de plegaria o elogio, en todas las direcciones.» En la tensión que seguía a esto, los miembros individuales de la congregación se levantaban y hacían sus confesiones íntimas de pecado o tentación, que a menudo tenían una implicación sexual. Un observador advirtió la «timidez y los signos evidentes de agitación interior de que había dado muestras la parte más joven de las mujeres, justo antes de levantarse para hablar».[32]

El metodismo —escribió Southey— convirtió la religión en «una cuestión de sensación y pasión, anhelando perpetuamente sentimientos y excitantes».[33] Esos orgasmos de sentimiento del *Sabbath* hacían posible, con mayor facilidad, la firme canalización cotidiana de esas energías hacia la consumación del trabajo productivo. Además, puesto que la salvación nunca estaba asegurada y las tentaciones estaban por todas partes al acecho, había un estímulo constante para el comportamiento «discreto y laborioso» —signo visible de la gracia— todas las horas

32. Joseph Nightingale, *Portraiture of Methodism*, 1807, pp. 203 y siguientes.

33. R. Southey, *Life of Wesley and Rise and Progress of Methodism*, edición de 1890, 318 y siguientes.

del día y todos los días del año. Las consecuencias de la indisciplina en el trabajo podían ser no sólo «el saco»,* sino además las llamas del infierno. Dios era el vigilante más atento de todos. Incluso colgaba sobre la campana de la chimenea la frase, «Dios me ve». Al metodista se le había enseñado no sólo a «soportar su Cruz» de pobreza y humillación; la crucifixión era (tal como opinaba Ure) el mismo modelo de su obediencia: «Los verdaderos seguidores de nuestro Cordero sangrante, morimos Ahora en Tu cruz cotidiana ... »[34] El trabajo era la Cruz de la que pendía el obrero industrial «transformado».

Pero esta nueva dirección de los impulsos no podía realizarse sin una desorganización capital de la personalidad humana. Podemos analizar por qué Hazlitt describió a los metodistas como «una colección de religiosos inválidos».[35] Si Wesley tomó su autoritarismo de Lutero, de los eclesiásticos puritanos ingleses del metodismo del siglo XVII adoptó la falta de alegría: una vida metódica y disciplinada «combinada con la evitación estricta de todos los placeres espontáneos».[36] De ambos adoptó el sentido casi maniqueo de culpabilidad en la perversión del hombre. Y, como adiciones gratuitas, los Wesley absorbieron y transmitieron en sus himnos y escritos el extraño fenómeno de la necrofilia de principios de siglo XVIII y las perversas metáforas que constituyen el aspecto menos agradable de la tradición morava. Weber ha apuntado la conexión que hay entre la represión sexual y la disciplina de trabajo en las enseñanzas de eclesiásticos como Baxter:

> El ascetismo sexual del Puritanismo sólo difiere en grado, no en cuanto a principio fundamental, del de la vida monástica; y debido a la concepción puritana del matrimonio, su influencia práctica tiene mayor alcance que la del segundo. Puesto que la relación sexual sólo se permite, incluso dentro del matrimonio, como el medio ordenado por Dios

* Castigo que consistía en ser metido dentro de un saco, cosido éste, y luego ahogado. En la antigua Roma era el castigo reservado a los parricidas. *(N. de la t.)*

34. J. E. Rattenbury, *The Eucharistic Hymns of John and Charles Wesley*, 1948, p. 240:

Arrojamos nuestro pecado a ese fuego
  Que tu sacrificio purificó,
Y todo deseo vil y vano
  Al juicio diario de la cruz.

35. W. Hazlitt, «On the Causes of Methodism», *The Round Table* (1817), *Works*, IV, pp. 57 y siguientes.

36. Weber, *op. cit.*, p. 53.

para aumentar Su gloria de acuerdo con el mandato «Creced y multiplicaos». Junto con una moderada dieta vegetariana y baños fríos, se da la misma prescripción para todas las tentaciones sexuales que contra las dudas de tipo religioso y una sensación de indignidad moral: «Trabaja con ahínco para ganar tu llamada.» [37]

El metodismo está impregnado de enseñanzas referentes a lo pecaminoso de la sexualidad y a la extremada maldad de los órganos sexuales. Éstos —y en especial los órganos sexuales masculinos (puesto que iba en aumento la opinión de que las mujeres no podían sentir «el deseo de la carne»)— eran las ciudadelas carnales visibles de Satanás, la fuente de continuas tentaciones y de incontables impulsos sumamente desordenados (a menos que estuvieran dirigidos a la procreación intencionada y piadosa) e improductivos.[38] Pero la obsesiva preocupación del metodismo por la sexualidad es, en sí misma, reveladora del pervertido erotismo de las metáforas metodistas. Hemos observado ya, en la conversión de John Nelson, la identificación de Satanás con el falo. Habitualmente, Dios es una simple imagen del padre, vengativa, autoritaria y prohibitiva, ante quien Cristo debe interceder, el Cordero del sacrificio «sangrante e implorando Gracia/ Para todas las Almas Humanas». Pero la asociación de Cristo a una imagen sexual femenina —o, con mayor frecuencia, ambivalente— es más complicada y desagradable.

Aquí nos enfrentamos a estratos y más estratos de simbolismo contradictorio. Cristo, que es la personificación del amor al que se dirigen la gran mayoría de los himnos wesleyanos, es a veces maternal, edípico, sexual y sadomasoquista. A menudo se ha subrayado la extraordinaria asimilación de las heridas y las imágenes sexuales en la tradición morava. El hombre, como «gusano» pecador, debe encontrar «Alojamiento, Cama y Comida en las Heridas del Cordero». Pero la metáfora sexual se transfiere con facilidad a la metáfora del útero. La «querida pequeña abertura del sagrado, amado e infinitamente bello pequeño costado» es también el refugio del pecado en el que «el Regenerado descansa y respira»:

37. *Ibid.*, pp. 158-159.

38. Sólo teniendo en cuenta hasta qué punto esta obsesión impregnó la cultura inglesa —y en particular la cultura de la clase obrera— puede llegar a entenderse por qué Lawrence se sintió impulsado a escribir *Lady Chaterley's Lover.* (Hay trad. cast.: *El amante de Lady Chaterley*. El libro de bolsillo, Alianza Editorial, Madrid, 1980.)

Oh, querida abertura del Costado hendido
Deseo vivir dentro de ti. ...
Ahí, en la alegría divina del Costado hendido,
Pasaré mis Días futuros.
Sí, sí, permaneceré por siempre
Ahí, donde tu Costado fue hendido.[39]

Aquí parecen estar asimiladas la metáfora sexual y «de regresión al útero». Pero después de que los Wesley rompieran con los hermanos moravos, el lenguaje de sus himnos y la acusación persistente de herejía antinomiana entre las comunidades moravas llegó a ser un escándalo público. En los himnos de John y Charles Wesley se reprimió de manera consciente la metáfora sexual abierta, y se dio paso a la metáfora del útero y las entrañas:

¡Venid, hermanos míos, pecadores, venid,
Gimiendo bajo vuestra carga de pecado!
Su corazón sangrante os hará sitio,
Su costado abierto os acogerá ...*

Esta metáfora está, sin embargo, subordinada a la abrumadora imagen del sacrificio de la sangre, como si las tradiciones subterráneas del sacrificio mitraico de la sangre, que preocupaban a la iglesia cristiana primitiva, salieran de pronto a borbotones en el lenguaje de los himnos metodistas del siglo XVIII. Ahí está el «amor sangrante» de Cristo, la sangre del Cordero del sacrificio en la que deben bañarse los pecadores, la asociación del sacrificio con la culpa del penitente. Ahí está la «fuente» que «brota de Su costado,/ Abierta de modo que todos puedan entrar»:

La fuente de Tu Sangre todavía
Se mantiene abierta de par en par para los pecadores;
Ahora, incluso ahora, Señor mío y Dios mío,
Me purifico en Tu costado.**

39. Véase R. A. Knox, *Enthusiasm*, Oxford, 1950, pp. 408-417; G. R. Taylor, *op. cit.*, pp. 166-167. (O precious Side-hole's cavity / I want to spend my life in thee ... / There in one Side-hole's joy divine, / I'il spend all future Days of mine. / Yes, yes, I will for ever sit / There, where thy Side was split.)

* Come, O my guilty brethren, come, / Groaning beneath your load of sin! / His bleeding heart shall make you room, / His open side shall take you in ...

** Still the fountain of Thy blood / Stands for sinners open'd wide; / Now, even now, my Lord and God, / I wash me in Thy side.

Y el lenguaje del sacrificio, el masoquismo y lo erótico, todos encuentran un nexo común en el mismo simbolismo de la sangre:

Estamos sedientos de Tu preciosa sangre,
Languidecemos por descansar en tus heridas,
Anhelamos el alimento inmortal,
Y suspiramos por regalarnos con todo Tu Amor.*

La unión con el amor de Cristo, en especial en la eucarística «fiesta del matrimonio» (en la que la iglesia, colectivamente, «se ofrece a sí misma a Dios» mediante la «ofrenda a Dios del Cuerpo de Cristo»)[40] une los sentimientos de mortificación de sí mismo, la añoranza por el olvido del útero y el deseo sexual atormentado, «escondidos en el pecho del Salvador»:

Aquí es donde me gustaría para siempre morar,
Y ni por un momento salir,
Escondido en la hendedura de Tu costado,
Eternamente asido a Tu corazón[41]

Es difícil imaginarse una desorganización más sustancial de la vida humana, una corrupción de las fuentes de la espontaneidad que se refleja, inevitablemente, en todos los aspectos de la personalidad. Puesto que la alegría estaba asociada con el pecado y la culpa, y el dolor (las heridas de Cristo) con la bondad y el amor, todos los impulsos quedaban transformados en sus contrarios, y llegó a ser algo natural el suponer que un hombre o un niño sólo alcanzaban la gracia a los ojos de Dios cuando realizaban tareas dolorosas, laboriosas o abnegadas. Trabajar y afligirse era hallar placer, y el masoquismo era «Amor».

* We thirst of drink Thy precious blood, / We languish in Thy wounds to rest, / And hunger for immortal food, / And long on all Thy love to feast.

40. J. E. Rattenbury, *op. cit.*, p. 132.

41. *Ibid.*, pp. 109-111, 202-204, 224-234; y J. E. Rattenbury, *The Evangelical Doctrines of Charles Wesley's Hymns*, 1941, p. 184. Este tema merece que los especialistas le presten atención de nuevo y que ésta sea mayor. El estudio del señor G. R. Taylor sobre *The Angel-Makers* es sugerente, pero su intento de encontrar una explicación «sexual» del cambio histórico, en las orientaciones paternas y maternas que se dan a los hijos, se lleva hasta el punto del absurdo. (This there I would always abide, / And never a moment depart, / Conceal'd in the cleft of Thy side, / Eternally held in Thy heart.)

Estas extrañas metáforas se mantuvieron durante los años de la Revolución industrial, no sólo en los himnos metodistas, sino también en la retórica de los sermones y las confesiones. Todo ello no pasó inadvertido. «La Divinidad se personifica y se encarna en la más grande de las imágenes», comentaba Leigh Hunt en un ensayo «Sobre las Indecencias y los Éxtasis Profanos del Metodismo». «Si debemos dirigirnos a Dios con un lenguaje de afecto mundano, ¿por qué no dirigirnos a él como a un padre en vez de como a un amante?»[42] Pero hacia finales del siglo XVIII, la tradición metodista estaba sufriendo un triste cambio. La negación o la sublimación del amor empezaba a tender hacia el culto a su opuesto: la muerte. El propio Charles Wesley había escrito más de un himno que presagiaba este cambio:

¡Ah, hermosa aparición de la Muerte!
  Ninguna otra Visión en la Tierra es tan bella.
Ni todos los alegres Espectáculos que *respiran*
  Se pueden comparar con un Cuerpo muerto.*

Aquí, la tradición metodista es ambivalente. Por un lado, los predicadores metodistas perfeccionaron sus técnicas para provocar paroxismos de miedo a la muerte y a los dolores ilimitados del infierno. Los niños, desde la edad en que aprendían a hablar, eran aterrorizados con las imágenes de infinito castigo por el más leve mal comportamiento. Sus noches se convertían en algo espeluznante con la lectura del *Book of Martyrs* de Fox y otras parecidas.[43] Pero al mismo tiempo, los que sabían leer se vieron inundados, a lo largo de los primeros años del si-

42. El editor del *Examiner An Attempt to shew the Folly and Danger of Methodism*, 1809, en [Leigh Hunt], en especial pp. 54-64, 89-97. El lenguaje también exponía a los metodistas a las acusaciones de que las fiestas del amor, las vigilias nocturnas y el fervor del resurgimiento se convertían en ocasiones de relaciones sexuales ilícitas. Entre los críticos moderados, Nightingale desechaba estas acusaciones, Leigh Hunt les daba crédito y Southey se reservaba la opinión. Véase la literatura de gente *canalla* como: Un Profesor, *Confesiones of a Methodist*, 1810.

* Ah, lovely Appearance of Death! / No Sight upon Earth is so fair. / Not all the gay Pageants that *breathe* / Can With a dead Body compare.

43. Cf. W. E. H. Lecky, *History of England in the Eighteenth Century*, edición de 1891, II, p. 585: «Las horribles imágenes [los predicadores metodistas] evocadas continuamente, emponzoñaban sus imaginaciones, les perseguían en cualquier hora de debilidad o depresión, marchitaban todas sus opiniones sobre el mundo, y añadían un horror diez veces mayor a la oscuridad de la tumba.»

glo XIX, con los folletos que celebraban la «Muerte Sagrada». Ninguna revista metodista o evangélica, ya fuera para los mayores o para los niños, estaba completa sin una escena del lecho de muerte en la que (como también advirtió Leigh Hunt) la muerte era a menudo anticipada en el lenguaje de una novia o un novio impaciente por la noche de boda. La muerte era el único fin que se podía desear sin culpa, era la recompensa de paz después de una vida de sufrimiento y trabajo.

En los últimos años, la historia del metodismo la han escrito, hasta tal punto, defensores o seglares imparciales que intentaban hacer concesiones a un movimiento que no podían entender, que nos provoca sobresalto la opinión de Lecky, a finales del siglo XIX: «Pocas veces ha existido un sistema más detestable de terrorismo religioso, un sistema que estuviera hecho más a medida para trastornar y arruinar el intelecto y para oscurecer y amargar una naturaleza sensible.»[44] La figura del reverendo Jabez Branderham (modelado casi con seguridad sobre la imagen de Jabez Bunting), que aparece en la macabra pesadilla de Lockwood al principio de *Cumbres borrascosas*,* se cernía sobre la Revolución industrial: «¡buen Dios! qué sermón, dividido en *cuatrocientas noventa partes* ... ¡y cada una de ellas tratando de un pecado distinto!» Frente a este omnipresente «¡No Debes!», que durante estos años impregnaba *todas* las creencias religiosas en diversos grados, podemos apreciar en toda su altura la talla de William Blake. En 1818, pasó de sus libros proféticos, densamente alegóricos, a una última fase de claridad proverbial en *The Everlasting Gospel*. En él reiteró los valores presentes en sus primeras canciones, la afirmación casi antinomiana de la alegría de la sexualidad y la afirmación de la inocencia. Casi cada línea puede considerarse como una declaración de «guerra mental» contra el metodismo y el evangelismo.[45] La «Visión de Cristo» de aquellos era «el mayor Enemigo» de su visión. Sobre todo, Blake negó su asentimiento a la enseñanza de la humildad y la sumisión. Esta humildad negadora era, en su opinión, la que «oscurece el Sol y la Luna», «Deforma los Cielos de Polo a Polo»,

44. Lecky, *op. cit.* III, pp. 77-78.

* Hay trad. cast. en Destino, Barcelona 1979, 8.ª ed. *(N. de la t.)*

45. Cf. Wilberforce, *A Practical View of Christianity*, p. 437: «Recordad que todos somos criaturas perdidas, nacidas en el pecado, y depravadas por naturaleza, la Cristiandad no reconoce ninguna *inocencia o bondad de corazón*.»

Hundiendo con las espinas y el tallo
El Alma sepultada con todos sus Tesoros.*

II. EL MILENARISMO DE LA DESESPERACIÓN

La utilidad del metodismo como disciplina para el trabajo es evidente. Lo que ya no es tan fácil de entender es por qué tantos obreros estaban dispuestos a someterse a esa forma de explotación psíquica. ¿Cómo pudo el metodismo representar, con tamaño éxito, el doble papel de religión de los explotadores y los explotados a la vez?

Durante los años que van de 1790 a 1830[46] se pueden aducir tres razones para ello: el adoctrinamiento directo, el sentido de comunidad de los metodistas y las consecuencias psíquicas de la contrarrevolución.

La primera razón —el adoctrinamiento— no se puede exagerar. Las escuelas dominicales evangélicas siempre fueron activas, aunque es difícil saber hasta qué punto se pueden designar sus actividades correctamente como «educativas». Los wesleyanos habían heredado de su fundador una convicción particularmente sólida respecto de la maldad natural de los niños; y ésta se expresaba —en el caso de Wesley— con una fuerza que podría haber hecho palidecer a más de un jesuita:

> Doblega su voluntad temprano. Empieza esta tarea antes de que puedan correr solos, antes de que puedan hablar claro, quizá antes de que sepan decir una palabra. Cueste lo que cueste, doblega su voluntad si no quieres condenar al chiquillo. Deja que a un niño de un año se le enseñe a temer la vara y a llorar silenciosamente; haz que haga lo que se le ordena desde esta edad, aunque tengas que azotarle diez veces con-

* Rooting over with thorns & stems / The buried Soul & all its Gems.

46. Estos años abarcan el período de ascensión y dominio de Jabez Bunting y su círculo. Después de 1830 se puede observar como actúan tendencias liberalizadoras en el seno de la Conexión Metodista; y a pesar de que Bunting libró un combate determinado para cubrir la retirada, hacia la década de 1840 el metodismo entró en una nueva fase de algún modo suavizada. Por una parte, una segunda o tercera generación de propietarios de fábricas y de patronos abandonaron el metodismo a cambio de la respetabilidad de la Iglesia oficial. Por otra parte, el metodismo aparece como la verdadera perspectiva de algunos que pertenecen a los grupos de tenderos con pequeños negocios, empleados de oficina y a los encargados de dirección, en quienes un radicalismo callado se ha unido a la ideología de la «ayuda a uno mismo». Véase E. R. Taylor, *op. cit.*, caps. 5, 6, y W. J. Warner, *op. cit.*, pp. 122-135.

secutivas para conseguirlo. ... Doblega su voluntad ahora, y su alma se podrá salvar y probablemente te bendecirá para toda la eternidad.[47]

En la escuela de Wesley, en Kingswood, sólo se permitían «recreaciones» rigurosamente activas —cortar madera, cavar y cosas parecidas— puesto que los juegos y las diversiones eran «indignos de un niño Cristiano». («Destruiré o curaré —dijo Wesley, que pocas veces decía cosas que no pensaba—. *Tendré* una cosa u otra, una escuela Cristiana o ninguna.») Una rápida ojeada a los materiales «educativos» que se usaban de forma corriente en las escuelas dominicales de las primeras décadas del siglo XIX revela su verdadero propósito. Los alucinantes himnos de Wesley, que se empleaban en los servicios para adultos, se sustituían por los *Divine Songs of Children* de Isaac Watts, u otras variantes moralistas de autores posteriores. Se les enseñaba a cantar a los pequeñuelos, que apenas sabían andar, que eran «Por naturaleza y también por costumbre, Un miserable esclavo del pecado». El «penetrante ojo» de Dios, que Todo lo ve, miraba sus más «secretas acciones»:

No hay un solo pecado de los que cometemos,
  Ni una sola palabra blasfema de las que decimos,
Que no esté escrita en tu terrible libro,
  Para el día del juicio.*

Una historia moral característica de la época ejemplifica la tendencia general de esta «enseñanza».[48] John Wise es hijo de «un hombre muy pobre que tenía muchos hijos y apenas conseguía pan para todos ellos aunque trabajase mucho. Tenía que trabajar con todas sus fuerzas cada día de la semana y se alimentaba de tortas de avena y harina de avena hervida con agua». Sin embargo, su padre era un buen «rezador», que

47. Southey, *op. cit.*, p. 561. Por ejemplo, a partir de las memorias de Bamford, de la década de 1790, y a partir de la obra de Thomas Cooper *Life* (que corresponde a la época en que trabajaba como maestro en una escuela metodista, en la década de 1820, y consideraba como una señal de gracia el hecho de que *no* les pegara a sus alumnos), podemos observar que las enseñanzas de Wesley fueron humanizadas por sus seguidores de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX. Pero véase la defensa utilitaria ortodoxa de Jabez Bunting en *Sermon on a great work described*, 1805.

* There's not a sint that we commit, / Nor wicked word we say, / But in thy dreadful book 'tis writ, / Against the judgement-day.

48. *The History of John Wise, a Poor Boy: intended for the Instruction of Children*, Halifax, 1810.

continuamente daba gracias por las bendiciones que recibía: por ejemplo, «Algunos de nosotros podrían haber muerto, pero todos estamos en el reino de los vivos». La madre de John le había enseñado el himno de Watts sobre el sol, disciplinado y trabajador:

Cuando desde la morada del este
  Empieza su recorrido matutino,
Nunca se cansa, ni se para a descansar,
  Sino que resplandece alrededor del mundo,

Así, como el sol, debería yo cumplir
  Los deberes de este día,
Empezar mi trabajo temprano, y seguir
  Andando por mi camino celestial.*

Los padres de John le enseñan la santidad del *Sabbath*, y le entregan diversas homilías sobre el deber, la obediencia y la laboriosidad. Luego sucede la terrible historia de Betty, la hermana mala de John, que sale un domingo a pasear y vuelve mojada y cubierta de barro, y ha perdido un zapato. Su padre la reprende y lee a toda la familia el decreto de Moisés según el cual el hombre que recogiera leña en el *Sabbath* debía ser apedreado hasta la muerte. El pecado de Betty es mucho peor que el de aquel hombre, pero por esta vez se le perdona. Pero siguen pecados peores: algunos niños hacen novillos a la escuela dominical y, en lugar de ello, van a jugar a *fútbol*. El siguiente domingo se reprende a los niños y se les cuenta la historia de los 42 niños que se burlaban del viejo Elisha, y que fueron despedazados por orden de un Dios misericordioso. Luego los niños cantaron otro de los himnos de Watts:

Cuando los niños en su travieso juego,
  Trataron de ese modo al viejo Elisha;
Y le dijeron que se fuera,
  «Lárgate tú, calvo, vete:»

Rápidamente Dios paralizó su perversa respiración,
  Y envió osos rabiosos,

* When from the chambers of the east / His morning race begins, / He never tires, nor stops to rest, / But round the world he shines, / So, like the sun, would I fulfil / The duties of this day, / Begin my work betimes, and still / March on my heavenly way.

Que los despedazaron, miembro a miembro, hasta la muerte,
Con sangre, gemidos y lágrimas.*

Al final, la piedad de John y su padre se ven recompensadas por una herencia que proviene de un extraño, profundamente conmovido por su paciencia y su sumisión a la pobreza.

Podemos reírnos, pero las atrocidades psicológicas a que fueron sometidos los niños eran terriblemente reales para ellos. Podemos tener dudas en cuanto al énfasis que pone un autor reciente en el efecto represivo de la costumbre puritana de ceñir a los niños (con apretados pañales) y el adiestramiento anal, aunque no se puede desechar el asunto.[49] Pero a pesar de todos los tópicos que se repiten en la mayoría de los libros de texto acerca de las «iniciativas educativas» de las iglesias en esta época, las escuelas dominicales fueron un cambio espantoso, incluso para las escuelas de damas de los pueblos. La provisión para la educación de los pobres, durante el siglo XVIII, por muy inadecuada y desigual que fuera, era, sin embargo, una provisión *para educación*, de algún modo, aunque (como en el caso de la maestra de Shenstone) consistiera en poco más que nombrar las flores y las plantas. Esta situación se corrompió, durante los años contrarrevolucionarios, debido a la actitud predominante de los evangélicos, de que la función de la educación empezaba y acababa con el «rescate moral» de los hijos de los pobres.[50] No sólo se desalentó la enseñanza de la escritura, sino que muchos de los alumnos de las escuelas dominicales las dejaron sin saber leer, lo cual, teniendo en cuenta las partes del Antiguo Testamento que se consideraban más edificantes, era por lo menos una bendición. Otros aprendieron poco más que la pequeña que le dijo a uno de los comisarios del trabajo infantil en las minas: «si muriese siendo una buena niña iría al cielo; si fuera mala sería quemada en azufre y fuego: me lo dijeron ayer en la escuela, antes no lo sabía».[51] Mucho antes de la pubertad, el niño estaba sujeto, tanto en la escuela dominical como en casa (si sus padres eran piadosos), al peor tipo de intimidación emo-

* When children in their wanton play, / Serv'd old Elisha so; / And bid the prophet go his way, / 'Go up, thou bald-head, go:' / GOD quickly stopt their wicked breath, / And sent two raging bears, / That tore them limb from limb to death, / With blood, and groans, and tears.

49. G. R. Taylor, *op. cit.*

50. Cf. Raymond Williams, *The Long Revolution*, 1961, pp. 135-136.

51. Citado en J. L. y B. Hammond, *Lord Shaftesbury*, edición de Penguin, p. 74.

cional para que hiciera confesión de sus pecados y alcanzara un sentido de la salvación; y muchos de ellos, como el joven Thomas Cooper, se dirigían «veinte veces al día a lugares secretos, para rezar por su perdón ...».[52]

El epíteto de Lecky, «terrorismo religioso», no es en modo alguno un término excesivo para aplicar a una sociedad que no proporcionaba programas educativos alternativos para los hijos de los pobres; al menos hasta que apareció el movimiento lancasteriano* de escuelas benéficas, en el que la idea de «rescate moral» era sustituida por auténticas intenciones educativas y por una preocupación utilitaria por preparar a los niños para los empleos industriales.[53] Pero debemos tener cuidado —y aquí llegamos a la segunda razón— de ofrecer una imagen demasiado poco afable e incompetente de las iglesias evangélicas, a partir de los testimonios de los libros de texto de las escuelas dominicales, o de los dogmas de hombres como Bunting. Lo que pretendía el pastor metodista ortodoxo es una cosa, lo que ocurría en realidad en muchas de las comunidades puede que sea otra. Los viejos metodistas «arminianos» tenían una actitud más humanitaria hacia la enseñanza en las escuelas dominicales; los metodistas de la Nueva Conexión siempre eran más intelectuales en su forma de enfocar las cuestiones que los pertenecientes a la ortodoxia wesleyana; ya hemos apuntado que James Montgomery (del *Sheffield Iris*) dirigió la lucha de los inconformistas de Sheffield para que se siguiera enseñando a escribir en los programas de estudios de la escuela dominical. Los profesores laicos, que ofrecían sus servicios de manera voluntaria, eran menos propensos a ser doctrinarios, y existía una continua tensión que, a veces, producía resultados desiguales. «Incluso nuestras Escuelas Dominicales —le escribía al duque de Portland, en 1798, un pastor de Bolton— se pueden convertir en algunos Casos en Seminarios de la Facción. Hemos descubierto uno o dos que han prestado Juramento a los Ingleses Unidos, que están actuando en calidad de Maestros de la Escuela Dominical *gra-*

52. T. Cooper, *Life*, p. 37.

* De Joseph Lancaster, que estableció un sistema de monitores en las escuelas. *(N. de la t.)*

53. Creo que los autores que en la actualidad denuncian, con razón, la degradación humana que resulta del abuso comercial de los medios de comunicación, sacan las cosas de quicio cuando consideran el alcance y el carácter del adoctrinamiento de masas en períodos anteriores.

tis ...»[54] Las «silenciosas fortalezas» de las escuelas dominicales de Stockport, que tanto había elogiado el doctor Ure en la década de 1830, habían sufrido un auténtico asedio (y en cierto grado se habían visto desplazadas), entre 1817 y 1820, cuando el reverendo Joseph Harrison y la Unión Política de Stockport respaldaron un movimiento radical de la escuela dominical que debió estar compuesto, en parte, por antiguos profesores y alumnos de las escuelas ortodoxas.[55]

Y procesos como éste se debieron dar no sólo en las escuelas, sino también en relación a la influencia general de las iglesias metodistas. Como dogma, el metodismo aparece como una implacable ideología del trabajo. En la práctica, este dogma se suavizaba en grados diversos, se humanizaba o se modificaba según las necesidades, los valores y las pautas de relación social de la comunidad en la que se hallaba. Después de todo, la iglesia era algo más que un edificio, y más que los sermones y las enseñanzas de su pastor. También estaba encarnada en las reuniones de clase, los grupos de costura, las actividades de recogidas de fondos, los predicadores locales que caminaban varias millas después de trabajar para asistir a pequeñas funciones en aisladas aldeas que pocas veces recibían la visita del pastor. La imagen de compañerismo entre los metodistas que por lo común se presenta es demasiado eufórica, se ha acentuado hasta el punto de olvidar todas las demás características de la iglesia.[56] Pero sigue siendo cierto y es importante que el metodismo, con las puertas de sus capillas abiertas, ofreció a la población desarraigada y abandonada de la Revolución industrial algún tipo de comunidad para reemplazar las viejas pautas comunitarias que estaban siendo desplazadas. Por el hecho de ser una iglesia no consolidada (aunque no democrática), existía un sentido en el que los obreros se la podían apropiar; y cuanto más estrechamente unida estaba la comunidad en la que arraigaba el metodismo (poblaciones de mineros, pescadores o tejedores) más ocurría esto.

Durante esos años, el «carnet» metodista de pertenencia a la iglesia adquirió para mucha gente una importancia verdaderamente fetichista;

54. Reverendo Thomas Bancroft, 12 de febrero de 1798, P.C. A.152.

55. Véase D. Read, *Peterloo*, Manchester, 1957, pp. 51 y siguientes, y más adelante, vol. 2, p. 320.

56. El sentido del compañerismo en los primeros años de la Iglesia se expresa con benevolencia en L. F. Church, *The Early Methodist People*, 1948. Véanse también, por supuesto, los libros del doctor Wearmouth, entre muchos otros.

para el obrero que emigraba podía ser la tarjeta de entrada a una nueva comunidad cuando se trasladaba de ciudad a ciudad. En esta comunidad religiosa había (como hemos visto) su drama propio, sus propias gradaciones de posición e importancia, su propio chismorreo y una buena dosis de ayuda mutua. Había incluso un cierto grado de movilidad social, aunque muy pocos de los eclesiásticos provenían de hogares proletarios. Los hombres y las mujeres tenían la sensación de ocupar algún lugar en un mundo, por otra parte hostil, cuando formaban parte de la iglesia. Allí obtenían un reconocimiento, quizá por su discreción, o su castidad o piedad. Y había otras cosas positivas, como por ejemplo la contribución a la estabilidad de la familia y el hogar; sobre ello volveremos más adelante. Además, la configuración del carácter no era algo que sólo se pudiese poner al servicio de la iglesia y del patrono. Una vez operada la transferencia, encontraremos la misma dedicación, que permitía a esos hombres cumplir esos papeles, en quienes encabezaban las *trade unions* y los clubs Hampden, que adquirían una educación por sí mismos estudiando por las noches y tenían la responsabilidad de dirigir las organizaciones obreras. Al analizar la ideología del metodismo, hemos mostrado una imagen intelectualizada. En la fluidez de la vida social, el simple sentido común, la piedad, la obstinada vitalidad de las viejas tradiciones comunitarias, todo está mezclado para suavizar sus perfiles severos.

Sin embargo, existe una tercera razón por la cual los obreros estaban expuestos, de manera excepcional, a la penetración del metodismo durante los años de las guerras napoleónicas. Es, quizá, la razón más interesante de todas, pero apenas si se la ha tenido en cuenta. Podemos aproximarnos mejor a ella si recordamos el aspecto histérico del resurgimiento metodista, baptista y de las pequeñas sectas. Durante los peores años de la Revolución industrial, en los distritos manufactureros, estaba ampliamente extendido el consumo de narcóticos. Y el epíteto de Charles Kingsley, «el opio de las masas», nos recuerda que mucha población obrera se dirigió a la religión como un «consuelo», a pesar de que los sueños inspirados por la doctrina metodista no eran muy felices. Los métodos de los predicadores del resurgimiento se destacaban por su violencia emocional: el inicio tenso, las vívidas descripciones de la muerte súbita y la catástrofe, la retórica indeterminada que versaba sobre la enormidad del pecado, la oferta dramática de redención. Y las multitudes que se reunían al aire libre y las primeras congregaciones del metodismo también se caracterizaban por su «entusiasmo»:

desvanecimientos, gemidos, gritos, llantos y estados de exaltación. Southey, por su parte, sugería que el resurgimiento era análogo al mesmerismo: Wesley «había provocado una nueva enfermedad, y la explicaba con una teoría teológica en vez de hacerlo con una teoría física».[57] Algunas veces esos síntomas adquirían la forma de una violenta histeria de las masas, como en el incidente de Bristol que Wesley anotó en su *Journal*, en marzo de 1788, cuando un «violento ruido ... estalló como un relámpago por toda la reunión»:

> El terror y la confusión fueron indescriptibles. Parecía una ciudad sacudida por la tormenta. Las gentes se precipitaron unos contra otros con suma violencia, los bancos se rompieron a trozos, y las nueve décimas partes de la congregación parecieron ser presas del mismo pánico.

En Chapel-en-le-Frith, escribía en 1786, esta histeria se ha convertido ya en un hábito morboso:

> Algunos de ellos, quizá muchos, chillan a la vez todo lo fuerte que pueden. Algunos de ellos utilizan expresiones inadecuadas, sin duda indecentes, en las plegarias. Algunos de ellos se dejan caer como muertos y permanecen inmóviles como cadáveres; pero al cabo de un momento se levantan y gritan, Gloria, gloria ...

Wesley condenaba este exceso de histeria, porque «desprestigiaba la auténtica labor».[58] Pero a lo largo de la Revolución industrial hubo otras muchas formas de histeria callada, que eran intrínsecas al resurgimiento metodista. Las comunidades de mineros, agricultores de las zonas montañosas o de tejedores que estaban estrechamente unidas podían, en un primer momento, resistir la campaña de predicación en los campos y las reuniones de plegaria entre ellos; luego se podía producir un «pequeño cambio entre los muertos de hambre»; y luego «el fuego prendía, como cuando se queman los matorrales de los campos comunales, ¡resplandecía magníficamente!».[59]

El ejemplo está tomado de la propaganda que se hacía en los pueblos tejedores del West Riding, entre 1799 y 1801, cuando comunidades enteras se declararon —aunque sólo fuera temporalmente—

57. Southey, *op. cit.*, pp. 382 y siguientes.
58. Véase la discusión sobre el «entusiasmo» en R. A. Knox, *op. cit.*, pp. 520-535.
59. F. A. West, *Memoirs of Jonathan Saville*, Halifax, 1844.

«redimidas». Y pocas veces se señala que durante los años de guerra, no sólo se produjo la mayor expansión del metodismo, particularmente entre la clase obrera del norte, sino que esto fue acompañado por nuevas demostraciones de histeria. Por ejemplo, durante los años 1805-1806, cuando gran cantidad de gentes afluyó hacia el metodismo en Bradford, «en muchas ocasiones, apenas se había anunciado el texto, cuando los gritos de las personas afligidas interrumpían al predicador, de tal modo que ... inmediatamente el servicio se convertía en una intercesión fervorosa generalizada».[60] «Mientras hablaba, cayeron tres —anotó complacido en su diario un predicador de los Cristianos de la Biblia en Devon, en 1816—, rezamos y en seguida cayeron algunos más, creo que fueron seis los que encontraron la paz.» Los servicios religiosos de esta secta entre los agricultores y los braceros de los páramos iban acompañados, con frecuencia, de angustias, abatimientos, «gritos de alabanza», y «de gritos fuertes y devotos de los penitentes».[61]

Puede que el metodismo inhibiera la revolución, pero podemos afirmar con certeza que su rápido crecimiento durante las guerras fue un componente de los procesos psíquicos de la contrarrevolución. En un sentido, cualquier religión que ponga un fuerte acento en la vida futura es el milenarismo de los derrotados y los desesperados. «La visión utópica generó una visión contraria. El optimismo milenarista de los revolucionarios dio lugar, a la larga, a la formación de una actitud conservadora de resignación ... »; estas son palabras de Karl Mannheim al describir otro movimiento. Y él mismo nos ofrece una pista sobre la naturaleza del proceso psíquico: «El milenarismo siempre ha acompañado los estallidos revolucionarios y les ha proporcionado su espíritu. Pero cuando este espíritu mengua o abandona esos movimientos, queda, por debajo, en el mundo un delirio colectivo manifiesto y una furia grosera.»[62] Puesto que en la Inglaterra de la década de 1790, el impulso revolucionario fue sofocado antes de que alcanzara el punto del «estallido», tampoco cayó, cuando menguó la energía, en la situación de delirio. Y sin embargo, durante estas décadas se producen muchos fenómenos que no se pueden explicar de otro modo. El auténtico mi-

60. W. M. Stamp, *Historical Notices of Wesleyan Methodism in Bradford*, 1841, p. 85.
61. F. W. Bourne, *The Bible Christians*, 1905, pp. 36-42.
62. K. Mamheim, *Ideology and Utopia*, edición de 1960, pp. 192-196.

lenarismo acaba a finales de la década de 1790, con la derrota del jacobinismo, el comienzo de las guerras y la reclusión de Richard Brothers en un manicomio. Pero en los siguientes 15 años prosperaron diversas sectas de la «Nueva Jerusalén».[63] Surgieron un profeta tras otro, como Ebezener Aldred, un pastor unitarista que estaba en un pueblo aislado en el Derbyshire Peak (Hucklow):

> Vivía allí en una especie de soledad, se volvió soñador y salvaje; interpretaba las profecías; creía ver a Napoleón en el Libro de la Revelación; al final, se figuraba que él era el Profeta que, sin sostenerse sobre la tierra ni el agua, proclamaría la destrucción de una gran ciudad ...

y, ataviado con una ropa blanca, con su cabello gris cayendo sobre las espaldas, navegó en una barca por el Támesis, repartiendo folletos y profetizando el juicio final.[64] El radical, el místico y el militarista se disputaron las túnicas de la Revelación: se descubrieron las tribus perdidas de Israel en Birmingham y Wapping; y se descubrieron «pruebas» de que «el Imperio Británico es la posesión particular del Mesías y su dominio naval de promisión».[65]

Pero la prueba más sobrecogedora de la existencia de una «furia grosera» se encuentra en los movimientos que rodean —y sobreviven— a la mayor de todas las profetisas, Joanna Southcott. Su primer estrafalario folleto profético, *The Strange Effects of Faith*, se publicó en 1801. La rapidez con que se extendió la fama de la hija del agricultor de Devon, que era criada doméstica, muestra el clima general de delirio expectante que existía. Su llamada estaba curiosamente compuesta de muchos elementos. Estaba la viva imaginación supersticiosa de la vieja Inglaterra, que era especialmente tenaz en el West Country, de donde era ella. «La creencia en la mediación sobrenatural —escribió el *Tauton Courier* en 1811— está extendida de manera universal por todos los Condados del Oeste, y hay muy pocos pueblos que no cuenten por lo menos con una persona conocedora de la "Gramática Negra del Infierno". El Espectro de Samford ganó, durante un tiempo, sus miles de de-

63. En marzo de 1801, Earl Fitzwilliam investigó las actividades de los seguidores de Brothers en Bradford, dirigido por Zacchaus Robinson, un tejedor, que «durante muchos años había sido un convencido metodista y lo que se denominaba un Jefe de Clase». Documentos Fitzwilliam, F 45 (a).

64. T. A. Ward, *op. cit.*, pp. 188-189; Eben-Eser, *The Little Book*, 1811.

65. R. Wedgwood, *The Book of Remembrance*, 1814.

votos ...»[66] Estaban las fantásticas metáforas y el fervor de la comunión metodista, a las cuales (según Southey) Joanna había estado «vinculada con entusiasmo».[67] Estaba la extraña amalgama que constituía el propio estilo de Joanna, en el que se ponían versos místicos ramplones junto con prosa autobiográfica perspicaz o poco imaginativa: relatos de sus memorias de la infancia, asuntos amorosos desgraciados y encuentros entre la testaruda hija del campesino y los descreídos párrocos y la *gentry*. Y sobre todo estaba la miseria y el abatimiento de esos años de guerra, y la expectación milenarista de una época en que los seguidores de Brothers vivían diariamente en la esperanza de una nueva revelación; una época en que: «Un loco publicaba sus sueños, otro sus visiones; uno había visto cómo un ángel salía del sol con una espada en la mano, otro había visto fieros dragones en el aire, y ejércitos de ángeles en orden de batalla. ... Las clases bajas ... empezaron a creer que se iban a abrir los Siete Sellos ...»[68]

Joanna no era Juana de Arco, pero compartía uno de los atractivos de Juana para los pobres: la opinión de que la Revelación podía recaer tanto en la hija de un campesino como en un rey. Se la aclamó como la verdadera sucesora de Brothers y reunió a su entorno un séquito que incluía a varios hombres y mujeres cultos. (Si bien los libros proféticos de Blake pueden considerarse, en parte, como un ensayo idiosincrásico al margen de la corriente profética predominante, su conocido, William Sharp, también grabador y con pasado jacobino, entregó toda su lealtad a Joanna.) Pero donde más fuerte caló la llamada de Joanna fue entre la población obrera del oeste y del norte: Bristol, el sur del Lancashire, el West Riding, Stockton-on-Tees.

> ¡Oh Inglaterra! ¡Oh Inglaterra! ¡Inglaterra! el hacha apunta hacia el árbol y éste debe ser y será cortado; no sabéis cuándo será el día de vuestro castigo ... La medianoche se acerca para todos vosotros, y os caerá encima. Os prevengo de peligros que están ante vosotros ahora, porque está llegando el momento en que se cumplirán todas las cosas. «Quién es aquel que venía de Esaú, con ropas teñidas de Bozrah; que hablaba con razón, y tenía el poder de salvar a todos los que creían en él; pero

66. Citado en *Alfred* (24 de agosto de 1811). Véase también F. W. Bourne, *op. cit.*, pp. 55, 64-65, para los relatos de mujeres poseídas por el diablo y de una mujer «que afirmaba que ella era Cristo».
67. Southey, *Letters from England*, 1808, segunda edición, III, p. 238.
68. *Ibid.*, III, p. 232.

a mis enemigos los pisaré con ira y los pisotearé con furia; porque el día de la venganza está en mi corazón y ha llegado el año de mis redimidos.»

La mayor parte de las profecías de Joanna transmiten poco más que una sensación apocalíptica y los augurios de catástofe son tan vagos que podían aplicarse con facilidad a las crisis y trastornos de la Europa napoleónica, con el propio Bonaparte representado en LA BESTIA. Su estilo carecía de la particularidad revolucionaria de Brothers; pero, con toda seguridad, su apocalipsis era de un tipo en el que había que separar irrevocablemente las ovejas de los machos cabríos. «La Tierra se llenará de Mi bondad —dijo el Señor a través de Joanna— y el infierno se llenará de Mis Terrores. ... Mi furia emergerá, y Mi Tierna Benevolencia salvará completamente a todos aquellos que ahora vienen hacia MÍ.» «Despierta, despierta, Oh Sión, viste tus bellos ropajes, Oh Jerusalén: porque el día del Señor está al llegar ... Rebajaré el orgullo de los Altaneros, y elevaré el Espíritu de los Mansos ...»

A los redimidos se les ofrecía una Utopía indefinida:

Cuando redima a mi pueblo
Del poder del infierno y el pecado,
Construiré de nuevo vuestras casas,
Y pondré palacios ante vosotros;
Porque tengo guardadas minas de oro:
Los mares espumeantes llevarán a la orilla
Millones de tesoros ocultos allí dentro,
Y se verán minas de diamantes ...
Tengo oro de Ofir, que llegará
Para construir de nuevo Jerusalén,
Y los primeros que sean redimidos
Pueden decir, exigimos estas promesas ...*

Había incluso un cierto eco del «Bastardo y sus bandidos armados» de Paine, y una sugerencia de que la tierra sería devuelta a la población trabajadora:

* When I my people do redeem / From every power of hell and sin, / Your houses I shall build anew, / And palaces bring to your view; For golden mines I have in store: / The foaming seas shall send on shore / Millions of treasure hid therein, / And mines of diamonds shall be seen... / I've gold of Ophir, that shall come / To build Jerusalem up again, / And those that are the first redeem'd / May say, these promises we claim...

Pero ahora quiero liberar a los herederos,
Y arrojaré a todos estos siervos,
Y los verdaderos herederos no deben dudar en absoluto;
Porque exterminaré la estirpe bastarda,
Y en su lugar pondré a los verdaderos herederos
Para que posean esta tierra ...*

Es probable que Joanna Southcott no fuera, en absoluto, una impostora, sino una sencilla y a veces insegura mujer, víctima de su propio desequilibrio y credulidad. (La opinión acerca de algunos miembros del círculo que la «promocionaba» puede ser más severa.) Las transcripciones de sus «Voces», tan poco imaginativas, tienen algo de patético. Los largos mensajes que el Señor le ordenaba que comunicase estaban repletos de los mejores testimonios de la habilidad de la propia Joanna:

Porque algo nuevo aparece sobre la tierra.
Os digo, que desde que creé la tierra,
Jamás hubo aquí abajo una mujer tan maravillosa ...**

Halagada de este modo por el mejor de los Árbitros, pudo ejercer una forma de chantaje psíquico sobre los crédulos que no era menos terrorífico que el de los predicadores de las llamas del infierno. Un día, mientras barría una casa después de una venta, «el Señor le permitió encontrar, *como por accidente*», un sello vulgar. Desde aquel momento sus seguidores —los «*Johannas*» o southcottianos— podían obtener un sello especial de ella, una especie de pagaré que daba derecho al portador a «heredar el Árbol de la Vida, ser Heredero de Dios junto con Jesucristo». La promesa del milenio sólo era asequible para «LA GENTE QUE POSEYERA EL SELLO», mientras los que se mofaban recibían las amenazas más terribles:

Y ahora, si aumentan los enemigos, os digo,
Que aumentarán con rapidez todas las aflicciones,
Las Guerras, sus tumultos jamás cesarán

* But now the heirs I mean to free, / And all these bondmen I'il cast out, / And the true heirs have nought to doubt; / For I'll cut off the bastard race, / And in their stead the true heirs place / For to possess that very land...

** For on the earth there's something new appears. / Since earth's foundation plac'd I tell you here, / Such wondrous woman never was below...

Hasta que los corazones de los hombres se vuelvan hacia mí
Y abandonen el furor de perseguirte a ti.*

De este modo, miles y miles recibieron el sello (según una estimación, 100.000). Durante una época existió, ciertamente, un mercado de sellos comparable al mercado de reliquias de la Cruz de finales de la Edad Media. El desequilibrio emocional de la época se hace patente, no sólo en el entusiasmo de los «*Johannas*», también en los violentos sentimientos correspondientes de las multitudes que, de vez en cuando, atacaban a los profetas subalternos de Joanna. El southcottianismo apenas era una forma de milenarismo revolucionario, no incitaba a los hombres a la acción social efectiva, y casi nunca se comprometía con el mundo real; su fervor apocalíptico era muy parecido a los fervores del metodismo: conducía a un punto de intensidad histérica, el deseo de salvación *personal*. Pero verdaderamente era un culto de los pobres. El dios de Joanna maldecía a los falsos pastores de Inglaterra (los terratenientes y gobernantes) que conspiraban para elevar el precio del pan:

> Mis acusaciones contra ellos serán graves, y mis sentencias deberán ser importantes en el país, si hacen pasar hambre a los pobres en medio de la abundancia. ... Lo que dije de Nínive, Sodoma y Gomorra, lo que dije de Tiro y Sidón, lo que dije referente a los Galileos, son ahora acusaciones contra los pastores de Inglaterra.

Se resucitó la vieja metáfora de la «Prostituta de Babilonia» con una confusión desbordante, y se señalaba a todo «el Clero de todo el país» como «Amantes y Adúlteros» con Jezabel, que «adulteró mi Biblia como un hombre adúltero cometería fornicación con una mujer adúltera». Como en todos los cultos de los pobres, se hacía una identificación directa entre su situación y las tribulaciones de los Hijos de Israel: «igual que el Faraón persiguió a los Hijos de Israel muy de cerca, perseguirá Satanás al Pueblo que posee el Sello, mediante tentaciones interiores y sin persecuciones ...». A veces, cualquier viso de sentido desaparece debajo de la avalancha de esas imágenes; en ellas los nombres

* And now if foes increase, I tell you here, / That every sorrow they shall fast increase, / The Wars, her tumults they shall never cease / Until the hearts of men will turn to me / And leave the rage of persecuting thee.

propios del Antiguo Testamento luchan con los ritmos del *Ancient Pistol*:

> ¡Venid! ¡venid! dejad que Sodoma sufra su perdición. ¿Dónde está Lot ahora? ¡Fuera de peligro en Zoar! ¿Dónde está su mujer? ¿No es toda ella de sal? En la pared está escrito: Tú te diviertes de manera obscena con las entrañas de Dios. ... ¡Deja que Bel estalle en pedazos! ... Los santos están juzgando la tierra. El omnipotente está aquí, en poder y espíritu en la palabra. ¡La espada, el caballo blanco, y el Rey de reyes ha desenfundado la flameante espada! ¡Alegraos, vosotros santos, alegraos! ... ¡Gran Og y Agag dónde estáis! ¡Las murallas de Jericó caen! Los cuernos de carneros de Josué, siete y doce, cruzan el río Jordán. ... Los reinos ungidos del Señor. Las varas o leyes de Efraim, diez en una, atadas a la falda de Judá. El Hijo del Hombre reina sobre Israel. Surgen los muertos de hambre. ... Ha llegado la novia. El novio recibe el sello del matrimonio. La ley y el evangelio están ahora unidos. Aparecen la luna y el sol. Caleb y Josué cruzan triunfalmente la corriente para restaurar. ¿Dónde estáis ahora, vosotros cananeos? ¿Dónde toda vuestra gente enloquecida?

¡Marchaos hititas! no vengáis más a hacer daño o a molestar;
Ahora los hijos de Israel triunfan y disfrutan de la tierra de Canaán.
Fijaos bien, vengo de Edom, con los ropajes manchados de sangre:
Mis hijos han sido liberados, y salvados y purificados en el torrente púrpura...[69]

El primer delirio del culto fue entre 1801 y 1804; pero se alcanzó

69. Este último pasaje no es de Joanna, sino una «pequeña parte de los pensamientos» de «un *gentleman* muy respetable» que se contaba entre los seguidores de aquélla. Todos los demás pasajes pertenecen a los escritos de Joanna. Véase *Strange Effects of Faith*, Libro 5.°, p. 235; Libro 6.°, p. 275; *A Continuation of Prophecies*, 1802, pp. 15, 48-49; *A Word in Season*, 1803, p. 17; *A Word to de Wise*, 1803, p. 32; *Sound an Alarm in My Holy Mountain*, 1804, pp. 31, 45; *A Warning to the World*, 1804, p. 8; *Copies and Parts of Copies*, &c, 1804, p. 49; *Letters and Communications*, 1804, pp. 44-45; *Answer to Five Charges in the Leeds Mercury*, 1805, pp. 20-21; *Divine and Spiritual Communications*, 1809, pp. 20, 39. Véase también G. R. Balleine, *Past Finding Out*, 1956, caps. del 1 al 7; William Sharp, *An Answer to the World*, 1806. (Hitites be gone! no more appear to hurt or to annoy; / Now Israel's sons in peace succeed and Canaan's land enjoy. / Behold, from Edom I appear, with garments dipt in blood: / My sons are freed, and sav'd and wash'd amidst the purple flood ...)

un segundo punto álgido en 1814, cuando la envejecida Joanna tuvo un embarazo histérico y prometió dar a luz a «Shiloh», el hijo de Dios. En el West Riding «todo el distrito estaba infestado de profetas barbudos», mientras que Ashton, en el Lancashire, se convirtió más adelante en una especie de «metrópolis» para los «*Johannas*» del norte.[70] El culto demostró estar profundamente arraigado cuando la profetisa murió en la última semana de 1814, trágicamente desilusionada por su propia «Voz». Aparecieron sucesivos pretendientes a la herencia del manto profético, el más célebre de los cuales fue un cardador de lana de Bradford, John Wroe. Los varios descendientes de los southcottianos pasaron de una aberración a otra, y se mostraron capaces de súbitas manifestaciones de vitalidad mesiánica hasta los últimos años del siglo XIX.[71]

No hay duda que el culto a la Southcott causó estragos en el terreno metodista, particularmente en Bristol, el Lancashire y el Yorkshire. Ciertamente, los pocos ensayos de Joanna que abordan polémicas de tipo teológico se dirigían a los metodistas, a quienes acusaba de sostener dogmas «calvinistas», y de ese modo: «convertir al gran Creador y Padre de todos en un ser de una crueldad tal, que no hay palabras que puedan expresarlo, o lápiz que pueda describirlo, en lugar de un SER cuyo AMOR está en todas partes y cuya MISERICORDIA está *en todas* SUS OBRAS».[72] Por supuesto, los metodistas tenían muchas ventajas sobre los southcottianos: estabilidad organizativa, dinero, una actitud indulgente por parte de las autoridades. Probablemente, los miembros que perdían para el culto los volvían a recuperar pronto. Pero esto no significa que podamos rechazar el culto como un mero «capricho» que no es relevante para las inalterables líneas del desarrollo social. Por el contrario, deberíamos considerar que los «*Johannas*» y el resurgimiento metodista de esos años están íntimamente relacionados. Las guerras fueron un momento de apogeo para los predicadores laicos itinerantes, con

70. Los seguidores del culto estaban obligados a llevar barbas. Para la penetración de los southcottianos en el norte, véase J. Crossley, *Remarks and Inquiries on a Sermon Preached by the Rev. J. Cockin*, Leeds, 1806; G. Turner, *A Vindication for the Honour of God*, Leeds, 1807; W. Cooke Taylor, *op. cit.*, p. 230; F. Peel, *Nonconformity in the Spen Valley*, p. 187-188.

71. Véase G. R. Balleine, *op. cit.*, caps. 8 al 14; W. H. G. Armytage, *Heavens Below*, pp. 274-276; y más adelante, vol. 2, pp. 413-417.

72. *Divine and Spiritual Communications*, 1809, p. 33.

sus «exclamaciones pías, sus gemidos celestiales, sus desmayos angelicales»;[73] las «absolutas tonterías» que tanto enfurecían a Cobbett:

> Sus dones celestiales, sus llamadas, sus inspiraciones, los sentimientos de gracia que actúan en su interior y todo el resto de su galimatías hipócrita, constituyen un insulto enorme y monstruoso al sentido común y un gran escándalo para el país. Es inútil que hagamos alarde de nuestro *ilustrado estado*, mientras una secta como ésta aumenta diariamente.[74]

A medida que el wesleyanismo ordodoxo prosperaba, lo mismo hacían los grupos disidentes de «*ranters*»*, los «*jumpers*»** galeses (primos de los «*shakers*» americanos), los metodistas primitivos, los «*tent methodists*», los «metodistas mágicos» de Delemere Forest, que entraban en trance y tenían «visiones», los bryanitas o cristianos de la Biblia, los «metodistas cuáqueros» de Warrington y los «metodistas independientes» de Macclesfield. En la Inglaterra de la guerra y la posguerra se podía ver por las calles a los misioneros del resurgimiento gritando: «¡Dirígete al Señor y busca la salvación!».

Es sorprendente, no sólo la sensación de desequilibrio, sino la *transitoriedad* del fenómeno de conversión metodista. Las gráficas de adscripción a la iglesia son engañosas; lo que se produce es, más bien, una palpitación de resurgimiento, o una oscilación entre períodos de esperanza y períodos de desesperación y angustia espiritual. Después de 1795, los pobres habían entrado de nuevo en el Valle de la Humillación. Pero esta vez entraron de mala gana, mirando continuamente hacia atrás; y cada vez que resurgía la esperanza, el resurgimiento religioso se dejaba de lado, sólo para reaparecer con un fervor renovado sobre las ruinas del mesianismo político que había sido derrumbado. En este sentido, puede considerase que el gran reclutamiento metodista, que se produce entre los años 1790 y 1830, es el milenarismo de la desesperación.

Esta no es la interpretación tradicional del período; y se ofrece sólo como una hipótesis que requiere una investigación más detallada. En

73. Cartel del Teatro Real de Halifax, 1793.

74. *Political Register* (12 de junio de 1813).

* Miembros de los metodistas primitivos, el grupo se originó en 1807-1810. Un *ranter* es una persona que reza en voz alta y de forma rimbombante. *(N. de la t.)*

** El nombre se aplicaba, en el siglo XVIII, a un grupo de metodistas galeses que solían saltar y danzar como parte de su culto religioso. *(N. de la t.)*

vísperas de la Revolución francesa los metodistas afirmaban tener unos 60.000 partidarios en Gran Bretaña. Esto sugiere que tenían poco más que un apoyo en todos, excepto unos pocos, los distritos industriales. Después las cifras mostraban un avance como sigue: 1800, 90.619; 1810, 137.997; 1820, 191.217; 1830, 248.592.[75] Los años especialmente destacados para el reclutamiento del resurgimiento fueron de 1797 a 1800, de 1805 a 1807, de 1813 a 1818, de 1823 a 1824 y de 1831 a 1834. Estos años están cerca de los de máxima conciencia y actividad política que el doctor Hobsbawm tiene razón al llamar la atención sobre el «marcado paralelismo entre los movimientos de conciencia religiosa, social y política».[76] Pero mientras que la relación entre la agitación política y la religiosa es, evidentemente, íntima, sigue siendo oscura la naturaleza de esta relación: no debe deducirse necesariamente la conclusión de que «el metodismo avanzaba cuando el radicalismo avanzaba y no lo hacía cuando éste se debilitaba».[77] Por el contrario, es posible que el resurgimiento religioso tomara el relevo exactamente en el momento en que las aspiraciones «políticas» o temporales se enfrentaran a la derrota. Así, casi podríamos ofrecer una gráfica espiritual que se iniciaría con los trastornos emocionales de gran alcance asociados con la Revolución francesa y *Los derechos del hombre*. En los primeros años de la década de 1790 encontramos un jacobinismo secular y las esperanzas milenaristas de Richard Brothers; a finales de la década de 1790 y durante la década de 1800, encontramos el resurgimiento metodista y el delirio de los «*Johannas*», que más de un testigo contemporáneo consideraron como parte del mismo fenómeno y reuniendo a la misma audiencia;[78] después del ludismo (1811-1812) se produce una nueva ola del resurgimiento, que dio paso luego al resurgimiento político del invierno de 1816-1817. En los dos

75. Censo del Culto Religioso, Inglaterra y Gales, 1851 (1853), p. LXXVIII. Se afirmaba que los circuitos ortodoxos wesleyanos con más de 1.000 miembros en 1815 eran: Londres, Bristol, Redruth, St Ives, Birmingham, Burslem, Macclesfield, Manchester, Bolton, Liverpool, Colne, Nottingham, Sheffield, Leeds, Birstal, Bradford, Halifax, Isle of Man, Sunderland, Wakefield, Dewsbury, Epworth, York, Hull, Darlington, Barnard Castle, Newcastle, Shields. Véase M. E. Edwards, «The Social and Political Influence of Methodism in the Napoleonic Period», Londres, tesis de doctorado, 1934, p. 244.

76. *Primitive Rebels*, pp. 129-130.

77. Véase E. J. Hobsbawm, «Methodism and the Threat of Revolution», *History Today* (1957), VII, p. 124.

78. Véase, por ejemplo, Leigh Hunt, *op. cit.*, p. XIV.

últimos años, los metodistas primitivos penetraron en los pueblos de tejedores de punto de Nottinghamshire, Derbyshire y Leicestershire, y parece que la relación entre el resurgimiento y el radicalismo político fue especialmente estrecha. El domingo de la Pascua de Pentecostés de 1816, se afirma que se reunieron 12.000 personas en el mitin al aire libre con acampada que tuvo lugar en Nottingham Forest. Desde el otoño de 1816 hasta el verano de 1817 parece que las energías populares están absorbidas por la agitación radical, que culmina en la «sublevación» de Pentridge de junio de 1817, en la que por lo menos un predicador local desempeñó una parte destacada. Pero el gran resurgimiento de los metodistas primitivos que en estos condados tuvo lugar en 1817 y 1818 («uno de los más notables ... que jamás se había experimentado»), parece que prendió *después* del desastre de Pentridge.[79] El año de máxima actividad política de la década de la posguerra, 1819, es un año sin importancia para el resurgimiento; mientras que el fervor del resurgimiento de los años que van de 1831 a 1834 puede atribuirse, en parte, a las campañas que se realizaron en los condados rurales del sur y el este, inmediatamente después de la «Última Revuelta de los Braceros».[80]

La sugerencia es provisional. Para seguir adelante con ella deberíamos saber más acerca, no sólo de los años del resurgimiento, sino de los meses; no sólo los condados, sino las ciudades y los pueblos. Además, la relación de los metodistas primitivos o de los cristianos de la Biblia con la agitación política era muy diferente de la que tenían los wesleyanos ortodoxos. Un examen minucioso de todas las iglesias que experimentaron resurgimientos muestra, sin embargo, que su progreso no se caracteriza por un movimiento ascendente constante, salpicado de pendientes más pronunciadas, de vez en cuando, en los momentos de conversiones masivas. Tenía más bien la naturaleza de una palpitación, una oleada hacia adelante seguida de una retirada. El relato de Thomas Cooper sobre su propia conversión, en la década de 1820, puede tomarse como característica: «el ejemplo era extraordina-

79. H. B. Kendall, *History of the Primitive Methodist Church*, 1919, pp. 7-8, 31. El papel del resurgimiento puede determinarse mediante el incidente legendario, registrado por Kendall, de un «ludita» de 1817 que estaba planeando un asesinato y fue detenido en su misión y llevado a un templo metodista.

80. De forma parecida, el profesor Armytage encuentra que los años de mayor emigración de los distritos industriales, en la década de 1840, hacia la ciudad mormona de Sión fueron años de inactividad cartista. Véase más adelante, vol. 2, p. 417.

riamente contagioso. Cientos de personas de la ciudad [Gainsborough] y del circuito empezaron a rezar por la santidad de corazón ... ». Durante semanas se sintió transfigurado, en un «cielo sobre una tierra de santidad». Luego, por fin, volvió a la tierra, se enojó con los niños de la escuela donde impartía clases y perdió su sensación de transfiguración:

> La experiencia de multitud de otros miembros de nuestra ciudad y de pueblos del circuito fue parecida a la mía. Y en todos los circuitos de la conexión se dio la misma. A menudo, lo que recibe el nombre de resurgimiento empieza con alguno o varios esfuerzos por conseguir la santidad. El asunto enciende el deseo en otras personas ... y algunas veces llena, durante varios meses, a todo un circuito de agitación entusiasta. Pero invariablemente empieza el declive ...[81]

Cooper nos proporciona la experiencia concreta. Pero en términos del proceso social podemos suponer que se daba algo parecido a una oscilación, con el resurgimiento religioso en el polo negativo, y la política radical (teñida de milenarismo revolucionario) en el positivo. La idea que los pone en contacto es siempre la de los «Hijos de Israel». En uno de los polos, el milenarismo de la desesperación podía convertir al obrero metodista en uno de los seres humanos más rastreros. Sus pastores le prevenían constantemente contra los reformadores, como «aquellos hijos del Mal»: « ... Debíamos esperar en silencio la salvación del Señor. Cuando sea el momento, librará a su *propio y querido pueblo escogido.*»[82] Como «persona escogida» a veces le destruían sus herramientas o se le negaba el ingreso a las *trade unions*, bajo la sospecha de ser un «soplón» del patrono. Cobbett todavía llevaba más lejos el ataque contra los metodistas: «Entre las gentes del norte han servido como espías y como hombres que cobraban dinero manchado de sangre.»[83]

Por otro lado, como para confundir las expectativas que de ellos se hacían, durante el siglo XIX, surgían repetidamente obreros metodistas y predicadores locales —en grupos, aquí y allá— que eran activos trabajadores en los diferentes campos de la política de la clase obrera.

81. T. Cooper, *Life*, pp. 85-86.
82. Estas palabras se ponen en boca de un predicador metodista en un folleto radical, *A Dialogue between a Methodist Preacher and a Reformer*, Newcastle, 1819, pero representan fielmente los sermones metodistas de la época.
83. *Political Register* (3 de enero de 1824).

Hubo unos pocos metodistas jacobinos, más metodistas ludistas, muchos metodistas tejedores que se manifestaron en Peterloo, metodistas sindicalistas y cartistas. Pocas veces (exceptuando el sindicalismo de las minas y, más tarde, de la agricultura) fueron los iniciadores; este papel lo cumplían más a menudo los owenitas o los librepensadores que provenían de distintas trayectorias morales. Pero a menudo se les encontraba como fieles oradores y organizadores, que llevaban consigo —incluso después de que les expulsasen de la iglesia metodista— la confianza de sus comunidades.

Una de las razones que explica esto reside en las tensiones que existían en el corazón del wesleyanismo. Al igual que las limitaciones represivas sobre la sexualidad conllevaban el peligro continuo de provocar lo opuesto, ya fuera en la forma del puritano rebelde característica (el precursor de Lawrence) o en la forma del antinomianismo; del mismo modo, las autoritarias doctrinas del metodismo engendraban a veces antítesis libertarias. El metodismo (y sus equivalentes evangélicos) eran religiones políticamente muy conscientes. Durante los 100 años anteriores a 1789, la disidencia, en su retórica popular, tuvo dos enemigos principales: el Pecado y el Papa. Pero en la década de 1790 se produce una reorientación del odio: se desplazó al papa de su asiento de conminación y en su lugar se situó a Tom Paine. «El metodismo —declaró Bunting— odia la democracia tanto como odia el pecado.» Pero el continuo sermoneo contra el jacobinismo también sirvió para que se mantuviera el asunto en un lugar destacado de la conciencia pública. En las épocas de privaciones o de agitación política ascendente, toda la «hostilidad reprimida»[84] en la mente del obrero metodista se podía desbordar; y entonces, con la misma rapidez de las campañas del resurgimiento, las ideas jacobinas o radicales podían extenderse «como fuego en los matorrales».

Además, deberíamos recordar la tensión que existía entre el igualitarismo espiritual y temporal característico del luteranismo. En el Antiguo Testamento, los obreros encontraban algo más que un Dios vengativo y autoritario, también encontraban una alegoría de sus propias tribulaciones. Este conjunto de simbolismos (junto con el *Pilgrim's Progress*) era lo que tenían en común los milenaristas, «*johannas*», «*jumpers*», y los wesleyanos ortodoxos. Ninguna ideología es completamente

84. Cf. E. Fromm, *Fear of Freedom*, edición de 1960, pp. 81-83. Traducción castellana: *El miedo a la libertad*, Paidós, Barcelona, 1984.

absorbida por sus partidarios; en la práctica, cede de cien formas diferentes bajo la crítica del estímulo y la experiencia: la comunidad obrera inyectó sus propios valores de ayuda mutua, buena vecindad y solidaridad en los templos. Además, debemos darnos cuenta de la increíble farsa que debían parecer aquellas genealogías hebreas, los anatemas y las crónicas cuando se ponían al lado de la experiencia diaria de los tejedores o los mineros. Aquí y allá acudirían a la vista textos aplicables a casi todos los contextos, y era tan probable que apareciesen como imágenes de la lucha de clases, como de la peregrinación espiritual. Este fue el caso de la organización «clandestina» de 1801, acerca de la cual se informó de manera creíble que los conspiradores del Lancashire habían prestado juramento en base a Ezequiel:

> Y tú, profano impío príncipe de Israel, llegó tu día, el término del tiempo de la iniquidad.
>
> Así dice Yavé: ¡Fuera tiara! ¡Fuera corona! Eso no será más. Será ensalzado lo humilde y humillado lo alto.
>
> ¡Ruina, ruina! ¡A ruina las reduciré!, y no serán más mientras no venga aquel a quien de derecho pertenecen y a él se las daré ...
>
> ¡La espada! Desenvainada está la espada para degollar, bruñida para consumir, para fulgurar.[85]

También lo encontramos en el lenguaje de uno de los ministros no remunerados de los metodistas independientes del distrito de Newcastle, un grupo que se disolvió después de las expulsiones de los predicadores laicos radicales en 1819:

> Las leyes desiguales y la administración parcial clavan una espina en todos los pechos y extienden la tristeza a todos los semblantes ... De tales gobernantes se puede decir con justicia que Su cepa es la cepa de Sodoma y los campos de Gomorra; sus uvas son uvas de hiel, sus racimos son amargos; su vino es el veneno de los dragones y el veneno cruel de los áspides. Pero en el reino del Mesías, la paz fluye como un río ...

85. R. F. Wearmouth, *Methodism and Working-Class movements, 1800-1850*, p. 61: Ezequiel, XXI, 25-28. Es interesante señalar que este texto también lo utilizaron los *levellers* ingleses: cf. Gerrald Winstanley, *Fire in the Bush*, 1650, «Vosotros poderes opresores del mundo ... ¿lo recordáis? Vuestra ruina, ruina, vuestra ruina ha llegado ...» Para otro ejemplo, véase más adelante, vol. 2, p. 80.

La vara de la fuerza de Dios, que crece en Sión, no es una vara de opresión.[86]

De este modo, incluso las «fortalezas» de las escuelas dominicales podían engendrar rebelión. Una hoja de colecta[87] de principios del siglo XIX, que proviene de Todmorden, en la que todos los que suscriben el fondo de apoyo a la huelga figuran en la lista con los seudónimos que han escogido, nos proporciona la impresión de este período, en el que el templo y la taberna hacían causa común en un momento de crisis industrial:

	l.	*s.*	*d.*
Uno que lamenta ver a un Hombre coronado con el manto de Plata del tiempo, confirma las verdades de Salomón, Pro. 27, versículo 22	0	2	6
Un tipo Salado con un Asno	0	0	2
Mantenerse Fiel	0	0	6
Posada de la Liebre y los Podencos	0	0	6
Amor misericordioso, haz justicia	0	0	4
Colgad a ese viejo amigo	0	0	2
La esposa de Jam a Tum	0	0	2
Amicus	0	1	0
Posada del Rey Jorge	0	1	0
Decidle al Viejo Robertshaw que lea el versículo 13 del capítulo 22 de Jeremías	0	0	6
Tejedores de Eastwood	0	5	4
Si la esposa de Dick de Jos deja de quemar las Notas, los Viejos Leños Fulminantes hablarán de su gasto de media corona en una Juerga del Domingo	0	4	3½
Un tipo que no tiene chaqueta	0	0	2
Corta su cola y vuélvesela a coser como castigo	0	0	4

Pero por lo que se refiere a los años que van entre 1790 y 1830, sería tan ridículo describir la participación de predicadores metodistas lai-

86. Hugh Kelly, *The Stone Cut Out of the Mountain* Newcastle, 1821, p. 13; H. Kelly, *An Impartial History of Independent Methodism*, Newcastle, 1824.

87. Cartel en posesión del autor. La lectura de Jeremías recomendada es: «¡Ay del que edifica su casa con la injusticia, / sus salones con la iniquidad, / haciendo trabajar a su prójimo sin pagarle, / sin darle el salario de su trabajo!»

cos que eran rebeldes, así como de otros, en las agitaciones radicales extremas como una «contribución metodista» al movimiento obrero, como lo sería describir la práctica del amor libre entre los antinomianos extremos como una «contribución puritana» a la liberación sexual. Ambos son modelos culturales *reactivos*; pero al igual que el puritano rebelde en materia sexual (como Lawrence) sigue siendo un «puritano» en su profunda preocupación por «una relación correcta» entre hombres y mujeres, del mismo modo el metodista rebelde desde el punto de vista político mantuvo en su actividad radical o revolucionaria una seriedad moral, un sentido de la virtud y de la «llamada», una capacidad «metodista» para la dedicación continuada a la organización y (en el mejor de los casos) un alto grado de responsabilidad personal. Esto lo hallamos en los metodistas que participaron en el levantamiento de Pentridge, uno de los cuales, ejecutado por alta traición en Derby, «había sido el predicador local más capacitado del Circuito».[88] Lo hallamos en las mejores cualidades de Samuel Bamford, y en la autodisciplina que aportó a los manifestantes de 1819. Lo hallamos en Loveless, el bracero de Dorchester y «Mártir de Tolpuddle». Siempre que la agitación popular aumentaba en intensidad, esta forma de «herejía» se volvía manifiesta. En realidad, hacia la década de 1830 —a pesar de todos los intentos de la vieja guardia de Bunting para controlar la situación mediante anatemas y expulsiones— comunidades enteras, en particular de tejedores y calceteros, habían llegado a combinar su metodismo y su cartismo.

Hubo otros factores que influyeron en este proceso. Hacia principios del siglo XIX existía una tensión notable entre el wesleyanismo profesionalizado de los ministros que cobraban un estipendio y el voluntarismo de los predicadores laicos. La separación de la Nueva Conexión Kilhamita no había puesto fin, de ningún modo, al resentimiento que experimentaban muchos laicos ante la cesión del gobierno supremo del metodismo ortodoxo a manos de un círculo de ministros nombrados de manera arbitraria. Una y otra vez Cobbett denominaba de forma satírica a la conferencia metodista como el «CÓNCLAVE». La presentaba como una nueva burocracia, compuesta por «el grupo de hombres más atareados y perseverantes del mundo», absorta en preservar sus intereses mundanos y en perpetuar un nuevo clero hereditario, que vivía confortablemente a costa de los peniques que cotizaban los pobres. Con-

88. Benjamin Gregory, *Autobiographical Recollections*, 1903, pp. 126-129.

sideraba que la escuela de Wesley, en Kingswood, era la maquinaria para perpetuar una nueva élite.[89] Cobbett acusaba a los ministros profesionales, y no a los predicadores locales, de ser «los enemigos más implacables de la libertad en Inglaterra»:

> ... a pesar de lo hostil que ha sido el clero oficial a la libertad, su hostilidad no ha sido nada, en cuanto a virulencia, comparada con la de esos canallas sectarios. ... Escriben libro tras libro, tratado tras tratado. Predican un sermón infame tras otro. Protestan amargamente ... contra los propietarios de esclavos de las Indias Occidentales; pero jamás oirás una palabra suya contra los propietarios de esclavos en el Lancashire o en Irlanda. Por el contrario, le dicen continuamente a la población que debería dar gracias a Dios ... no por tener la panza llena y la espalda abrigada, sino por esa gracia abundante de la que ellos son portadores, y por la cual sólo les cobran un penique a cada uno por semana.[90]

De todos modos, los ataques de Cobbett no eran totalmente desinteresados. En su época *tory*, había atacado a los metodistas, con la misma desmesura, pero por razones opuestas, cuando descubrió que varios de los compañeros del coronel Despard eran metodistas.[91] Este era uno de sus prejuicios constantes. Y, en los primeros años de la década de 1820, estaba enfurecido, no sólo con el fuerte torysmo de Bunting y el «CÓNCLAVE», sino también con la facilidad con la que la iglesia metodista utilizaba los peniques de los mismos hombres que asistían a las manifestaciones radicales. Pero sin duda muchos de los predicadores laicos y de los jefes de clase compartían su desagrado por el ministerio con dedicación completa, así como las prácticas como la *pew-rent**

89. «Los miembros de esta Conferencia tienen una escuela en *King's Wood*, ¡en la que se *educan sus hijos* (y no los hijos de sus congregaciones)! ... También esto se mantiene a expensas de las congregaciones ... Los hijos que se educan de este modo, salen decididamente, a su debido tiempo, para ser *gentlemen*; es decir ... para ser recaudadores del *excise*, recaudadores de impuestos, oficinistas y funcionarios de diversos tipos.» *Political Register* (27 de enero de 1820).

90. *Ibid.* (3 de enero de 1824).

91. *Ibid* (23 de julio de 1803): «De los seis trabajadores ... ejecutados junto con Despard ... *tres* eran *Metodistas*, y tuvieron un maestro metodista para atenderles en los últimos momentos. ... La secta está compuesta principalmente por pobres diablos rastreros, de las grandes ciudades y centros fabriles o sus alrededores ...» Cf. T. E. Owen, *Methodism Unmasked*, 1802.

* Renta que se pagaba para tener lugar, banco o reclinatorio, destacado en la iglesia. (*N. de la t.*)

y los privilegios para los ricos. Y Cobbett se esforzaba por fomentar este desagrado. «Un hombre que haya estado toda la semana haciendo zapatos —escribió— no por ello predicará peor el domingo.»

> Hay miles y miles de braceros, artesanos y fabricantes que, sin embargo, nunca intentaron predicar, y que son más capaces de hacerlo que los miembros de la Conferencia, que en su gran mayoría han sido braceros y artesanos, y se han convertido en *predicadores* porque era más agradable *predicar* que *trabajar*.

Los predicadores locales «piadosos y desinteresados», que no recibían remuneración alguna, estaban siendo (según la descripción de Cobbett) «*relegados a los puestos inferiores*» por la «arrogante» oligarquía de la Conferencia:

> Los Líderes de la Conferencia los miran con desprecio, los tratan como si fueran intrusos, los mandan a los pueblos pequeños para que prediquen ante media docena o una decena de personas, mientras ellos predican ante miles. Ahora bien, debería haber un acuerdo entre los metodistas de todo el reino de acudir a escuchar sólo a esos hombres desinteresados; y si la Conferencia les negase la entrada a los templos, les deberían ir a escuchar a sus propias casas, seguirles hasta los graneros o debajo de los árboles.

El otro «remedio» que Cobbett les proponía a los metodistas era «*negarse a pagar los peniques*», o por lo menos, negarse a pagárselos a todos los ministros excepto los partidarios de la reforma.[92]

No está claro si muchos metodistas siguieron el consejo de Cobbett, o si Cobbett dio este consejo porque ya había personas que habían tomado esa iniciativa. Pero verdaderamente nos ayuda a entender el carácter de muchas sectas que se separaron —particularmente los metodistas primitivos y los cristianos de la Biblia— durante las primeras décadas del siglo XIX. Mientras que la secesión kilhamita había mostrado una escisión vertical en el seno de la iglesia, en la que se habían separado los miembros más intelectuales, las secesiones de este período fueron, sobre todo, escisiones horizontales, en las que los predicadores laicos y sus congregaciones se separaban del ministerio profesional. Los cristianos de la Biblia aparecieron porque un laico apasiona-

92. *Ibid.* (27 de enero de 1820, 13 de enero de 1821).

do, William O'Bryan, descubrió que la oficialidad metodista se negaba a reconocer su llamada. Se dedicó a predicar de forma independiente por la zona del norte de Devon, ignorando las limitaciones disciplinarias de la sociedad, y fue expulsado como un «mendigo ambulante». Se llevó consigo a sus grupos de conversos. Al leer la biografía de Bunting junto con la de Hugh Bourne, el fervoroso *mill-wright* y ensamblador (a quien se le encargaba revisar la maquinaria, reparar maderamen, o trabajar con hierro en las minas de carbón o en las «explotaciones agrícolas de montaña» en Staffordshire) que fundó los metodistas primitivos, tenemos la sensación de pasar entre dos mundos diferentes. «Nuestros templos —recordaba Bourne— eran los bancos de las minas de carbón, o cualquier otro lugar, y en nuestro modo de conversar predicábamos el Evangelio a todos, buenos y malos, incultos y con cultura.»[93] La oficialidad wesleyana local tenía poco interés en los conversos que hicieran Bourne y Clowes en las minas y las ciudades alfareras. El entusiasmo evangélico que condujo a las primeras reuniones al aire libre en Mow Cop (1807 y 1808) fue rechazado con prontitud.

Bunting miraba con desprecio a los obreros desde las alturas de las intrigas de la conexión, Bourne y Clowes formaban parte de la población obrera. Bunting estaba resuelto a situar al metodismo en un puesto a la derecha de la Iglesia oficial: los metodistas primitivos vivían todavía en el mundo de las privaciones y las persecuciones del origen del wesleyanismo. Apenas si podemos tratar las dos iglesias en los mismos términos. La predicación de los primitivos era tan ardua como las vidas de sus congregaciones; requería (como ha dicho el doctor Hobsbawm) destacar el más agudo contraste «entre el oro de los redimidos y la negra llamarada de los condenados». Pero esto no se les predicaba a los pobres, sino que lo predicaban los *mismos* pobres. En esta y en otras sectas, los predicadores locales hacían suya la iglesia, y por este motivo esas sectas contribuyeron de forma mucho más directa a la historiar posterior del sindicalismo y el radicalismo político que la conexión ortodoxa.[94]

Había otro contexto en el que el metodismo de *cualquier* variedad

93. J. T. Wilkinson, Hugh Bourne, 1772-1852, 1952, pp. 21-32. Véase también la vida de William Clowes escrita por el mismo autor.

94. Véase E. J. Hobsbawm, *Primitive Rebels*, cap. 8. Los metodistas primitivos eran 200 en 1811, y 7.842 en 1820. Véase H. B. Kendall, *op. cit.*, p. 31.

asumía, necesariamente, una forma de mayor conciencia de clase: en las áreas rurales. En un pueblo agrícola, el templo era una afrenta inevitable para el párroco y el *squire*, y constituía un centro en el que el bracero ganaba independencia y dignidad. Una vez más, la influencia de los metodistas primitivos —particularmente en East Anglia— demostró ser muy notable. Pero su lógica podemos verla en un folleto de un indignado párroco rural de 1805, varios años antes de que se fundaran los metodistas primitivos.[95] Los braceros agrícolas convertidos al metodismo recibieron acusaciones de todo tipo de intenciones sediciosas. Decían «Que el Grano y todos los demás frutos de la tierra crecen y son un regalo de la Providencia, tanto para los pobres como para los ricos». Estaban menos satisfechos con sus salarios y menos dispuestos «a trabajar horas extraordinarias como sería necesario para las exigencias de sus patronos». Peor todavía, en vez de recuperarse para el siguiente día de trabajo, se agotaban caminando varias millas los domingos para ir a escuchar al predicador. Las noches de los días laborables, en lugar de irse derechos a la cama, malgastaban fuego y velas cantando himnos; una imagen que había horrorizado al párroco al verla «en algunos de nuestros *cottages* más pobres, a una hora tan tardía como las nueve ... de una noche de invierno». Muchos años más tarde George Howell destacó la perpetuación de esas actitudes entre la *gentry*, cuando hacía observaciones sobre el caso concreto de los braceros de Dorchester. El metodismo era «una ofensa vergonzosa en aquellos días en muchos pueblos, en especial en Dorset y otros condados del Oeste. Ciertamente, junto con la caza furtiva era la más grave de todas las ofensas».

De estas formas, se generaban continuamente tensiones en el corazón de una religión cuyos dogmas teológicos eran los de la sumisión y la santificación del trabajo. El máximo desarrollo de esta dialéctica reactiva corresponde a la historia posterior del sindicalismo entre los mineros y los trabajadores rurales, y a la historia del cartismo. Pero sus orígenes se sitúan en las décadas que van desde 1810 a 1830, cuando los líderes cartistas como Ben Rushton de Halifax y John Skevington de Loughborough atravesaban sus años de formación. Rushton, un tejedor de telar manual nacido en 1785 y predicador local con la Nueva Conexión Metodista, fue activo en la política radical en la época de Peterloo, probablemente le encarcelaron y o bien le expulsaron o se fue

95. *A Letter to a County Gentleman on the Subject of Methodism*, Ipswich, 1805.

de la Conexión en la época de la llamada de Cobbett a los metodistas para que se negaran a pagar sus obligaciones. Fue activo de nuevo durante la agitación contra la *Poor Law* y en favor de los tejedores manuales a principios de la década de 1830. En 1839, en uno de los primeros de la serie de grandes mítines con acampada de los cartistas (que se hacían siguiendo el modelo de los metodistas primitivos), varios predicadores locales intervinieron junto con Rushton. Uno de ellos, William Thornton, abrió el acto con una plegaria —que «se acabe la maldad de los malvados»— y Feargus O'Connor le dio unas palmadas en la espalda diciendo: «Bien dicho, Thornton, cuando consigamos la Carta del Pueblo procuraré que te nombren Arzobispo de York». Otro propuso una resolución que comprometiera a la reunión a «no asistir a ningún lugar de culto en el que quien administre los servicios sea enemigo de la libertad civil ... y en cambio reunirnos en el futuro en nuestras distintas localidades de forma y manera que sea adecuada a las circunstancias de cada caso». Ben Rushton apoyó la resolución, declarando que: «Por su parte no les había dado nada a los párrocos desde 1821, y el próximo penique que les diera les haría mucho bien». Otro predicador local, Hanson, añadió sus censuras al clero:

> Predicaban a Cristo y un mendrugo, una obediencia pasiva y la ausencia de resistencia. Que el pueblo deje de ir a esas iglesias y templos («¡Lo haremos!»). Que vayan a escuchar a esos hombres que predican a Cristo y una panza llena, Cristo y una espalda bien abrigada, Cristo y una buena casa para vivir, Cristo y el Sufragio Universal.[96]

Los hombres como Rushton, Thornton y Hanson hicieron una contribución al movimiento cartista que es imposible valorar en exceso. Lo vemos en el carácter de los mítines al aire libre y en el fervor de los himnos cartistas, como «Uníos Hijos de la Pobreza»:

> Vosotros, pobres de espíritu, mirad a los valientes,
> Que defienden vuestra justa causa:
> ¿Quién no les ha tratado como enemigos?
> Son, como lo fue Jesús,
> Perseguidos
> Por hombres malos y leyes malvadas.
> Sacadles de su cómoda inactividad,
> Importunadles en medio de su orgullo;

96. B. Wilson, *op. cit.*, p. 3; *Halifax Guardian* (25 de mayo de 1839). Hanson fue expulsado de los metodistas debido a esta intervención.

Acrecentad vuestras filas, aumentad vuestro número,
Extended la Carta por todas partes:
La verdad está con nosotros,
El mismo Dios está de nuestro lado.[97]

Lo vemos en los amotinados de Plug que entraron en Halifax cantanto el «Old Hundreth». Lo vemos en los lemas, como el de la gran pancarta que los tejedores del pueblo de Rushton, en Ovenden, llevaron a una de las manifestaciones cartistas: «No les tengáis miedo, recordad al Señor, que es grande y terrible, y luchad por vuestros hermanos, vuestros hijos e hijas, vuestras esposas y vuestras casas».[98] Lo vemos en los templos cartistas: en el Valle del Spen, donde el diácono Priestley les había dado trigo a los «pobres de Cristo», donde John Nelson había visto a Satanás en la cuesta de Gomersal, donde se encontrarían los southcottianos, los antinomianos y los metodistas ludistas a principios de siglo; en la década de 1840, encontramos un templo de este tipo del cual nos queda un relato de la predicación de Rushton, sobre el texto «Los pobres que siempre están con vosotros». Rushton dividía a los pobres en tres clases: los tullidos y los ciegos, que eran los «pobres de Dios»; los holgazanes y los derrochadores, que merecían ser abandonados a su suerte:

> Luego, en tercer lugar, estaban los pobres que se habían afanado y habían trabajado con ahínco toda su vida, pero que se habían empobrecido, o se habían mantenido en la pobreza, debido a la perversidad de otros. ... Con una vehemente elocuencia siguió para denunciar a los hombres que rechazaban la justicia política para su vecinos, y que los oprimían hasta que su vida se convertía en una lucha larga y desesperada por la simple existencia.

A medida que su elocuencia e indignación reunían fuerzas, «los sentimientos de la audiencia se manifestaban con apasionadas exclamaciones ... hasta que al fin una persona, exaltada por la fuerte denuncia que

97. *National Chartist Hymn Book*. (See the brave, ye spirit-broken, / Who uphold your righteous cause: / Who against them hath not spoken? / They are, just as Jesus was, / Persecuted / By bad men and wicked laws. / Rouse them from their silken slumbers, / Trouble them amidst their pride; / Spread the Charter far and wide: / Truth is with us, / God himself is on our side.)

98. *Halifax Guardian* (21 de abril de 1848). Véase también los lemas de 1819, más adelante, vol. 2, p. 292.

el señor Rushton hacía de los opresores, exclamó: «¡Ay! malditos sean, malditos sean».[99]

Aunque los hombres como Rushton aportaron un fervor moral excepcional al movimiento en muchos distritos, nada sería más equivocado que suponer que estaban predispuestos a favorecer el partido de la «fuerza moral» (como opuesto a la «fuerza física») dentro del cartismo. Por el contrario, servían a un Dios de Batallas a quien los hombres del Nuevo Ejército Modelo habrían comprendido; y más de unos cuantos ex predicadores laicos estaban deseosos de hablar sobre el texto, «El que no tenga espada, que venda sus ropas y compre una». Rushton —a quien un amigo había descrito como «el político más juicioso, valiente y honesto que jamás había pisado un estrado inglés»— estaba dispuesto a encabezar a los amotinados de Plug (y a incurrir en otro período de cárcel); y cuando tenía 60 años todavía hizo campaña en favor de Ernest Jones. El tejedor-predicador fue muy popular hasta su muerte; unas veces le encontramos predicando vestido con ropas usadas y calzado con zuecos, en un servicio de aniversario en una pequeña aldea de tejedores, ante una congregación ataviada con «sus mejores vestidos, es decir, zuecos y ropas de trabajo, incluidos largos delantales o *bishops*»; otras veces le encontramos andando muchas millas cada noche, esforzándose por mantener elevados los ánimos de algunas secciones cartistas que estaban en lucha. (Una vez, un joven compañero de Rushton advirtió que sus zuecos estaban gastados hasta los calcetines. «Ay —dijo el viejo interrumpiendo sólo por un momento su discurso político—, pero piensa en la recompensa futura.») Su muerte, en 1853, motivó un gran funeral cartista; y puesto que Rushton había estipulado que no debía oficiar ningún sacerdote pagado, las oraciones fueron pronunciadas por Gammage y Ernest Jones.[100]

Pero Jabez Bunting y Ben Rushton no pertenecían a los mismos mundos. Sólo violentando nuestra imaginación podemos concebir que el tejedor cartista y el autoritario sacerdote hubiesen coincidido alguna vez en un mismo «movimiento». Porque ¿quién era Rushton, sino el Adán a quien el Dios de Bunting había maldecido?

99. F. Peel, *Spen Valley, Past and Present*, Heckmondwike, 1893, pp. 317-319.
100. *Commonwealth* (16 de noviembre de 1866); *People's Paper* (2 de julio de 1853); *History of Luddenden Dean Chapel*, 1928, p. 5. Para tener información sobre un hombre de una fuerza y una integridad parecidas que pertenecía a los Metodistas Primitivos, John Skevington de Loughborough, véase Harrison, «Chartism in Leicester» en A. Briggs, *Chartist Studies*, 1959, pp. 70 y siguientes.

12. COMUNIDAD

I. TIEMPO LIBRE Y RELACIONES PERSONALES

El resurgimiento metodista de los años de guerra intervino en la disciplina de trabajo del industrialismo. También fue, en parte, un reflejo de la desesperación entre la población obrera. El metodismo y el utilitarismo, tomados en conjunto, componen la ideología dominante de la Revolución industrial. Pero en el metodismo vemos sólo la más clara expresión de procesos que actuaban en el conjunto de toda la sociedad. Muchas de sus características se reproducían en todas las iglesias del movimiento evangélico, y en las enseñanzas sociales de algunos utilitaristas y deístas. Hannah More sostenía con la misma firmeza que Wesley el punto de vista de que era «un error fundamental considerar que los niños era seres inocentes», en vez de seres de «naturaleza corrupta y propensión al mal».[1] Y en las escuelas dominicales que promovía la Iglesia de Inglaterra en muchos pueblos, durante las décadas de 1790 y 1800, encontramos exactamente el mismo énfasis (aunque a veces utilizando un tono más paternalista) sobre la disciplina y la represión que el que hemos señalado en las escuelas de Stockport o Halifax. Su función se describe, de manera invariable, como la de conservar en los hijos de los pobres «un espíritu de laboriosidad, economía y piedad»; los maestros de las escuelas dominicales de Caistor (Lincs) tenían orden de:

> ... contener la ferocidad de sus indómitas pasiones, resprimir la excesiva rudeza de sus modales, corregir la repugnante y desmoralizadora obscenidad de su lenguaje, someter la tenaz rebelión de sus voluntades,

1. H. More, *Strictures on the Modern System of Female Education*, 1799, p. 44.

> convertirles en personas honradas, obedientes, educadas, laboriosas, sumisas y ordenadas ...[2]

Las presiones tendentes a la disciplina y el orden se extendían desde la fábrica, por una parte, y la escuela dominical, por otra, a todos los aspectos de la vida: el ocio, las relaciones personales, la forma de hablar, los modales. Junto con la mediación disciplinaria de las fábricas, las iglesias, las escuelas, y los magistrados y militares, se establecieron medios cuasioficiales para reforzar una conducta moral ordenada. El lugarteniente moral de Pitt, Wilberforce, combinó el distintivo del metodismo con el celo de la oficialidad, y fue muy activo entre 1790 y 1810 en su causa. En 1797, explicó detenidamente «la gran ley de la subordinación», y fijó normas para el gobierno de los pobres:

> ... que su camino más humilde les ha sido asignado por la mano de Dios; que les corresponde cumplir sus deberes lealmente y sufrir con alegría sus incomodidades; que la vida presente es muy corta; que los objetos por los cuales hombres prolijos se pelean con ansia, no merecen la contienda ...[3]

Hacia 1809, estaba satisfecho de que el jacobinismo ostensible ya no fuese un peligro, pero en cada manifestación de indisciplina moral veía el peligro de un resurgimiento jacobino. «Somos sensibles a las ofensas políticas —escribió—, pero parecemos sumamente insensibles ante el delito moral.»

En esto era demasiado modesto, puesto que su propia Sociedad para la Supresión del Vicio había llevado a cabo con éxito 623 procesos por violar las leyes del *Sabbath*, sólo en 1801 y 1802.[4] Pero su convicción en cuanto a la íntima correlación existente entre la ligereza moral y la sedición política en las clases más bajas es una característica de su clase. Aumentaron los procesos por embriaguez y comportamiento obsceno; el viejo enemigo de Blake, el obispo Watson de Llandaff, pre-

2. R. C. Russell, *History of Elementary School & Adult Education in Nettleton and Caistor*, Caistor, 1960, pp. 5, 7.

3. W. Wilberforce, *A Practical View of the Prevailing Religious System of Professed Christians*, 1797, pp. 405-406.

4. Véase L. Radzinowicz, *op. cit.*, III, pp. 504-506, y las partes 3 y 4 *passim*. Véase también G. R. Taylor, *op. cit.*, p. 36: « ... el período de cambio moral decisivo no se dio en la época de ascenso al trono de Victoria, ni siquiera en el siglo XIX, sino ... durante la década de 1790-1800».

dicó un sermón en 1804 en el que consideraba que el papel del delator común era «un noble Designio ... tanto desde un Punto de Vista religioso como político». Se predicó y se legisló contra las diversiones de los pobres, hasta que incluso las más inofensivas fueron consideradas bajo un aspecto aterrador. La Sociedad para la Supresión del Vicio extendió su esfera de actuación hasta «los bailes de dos peniques, las ferias de pan de jengibre, y las imágenes obscenas».[5] Los que se bañaban desnudos en el mar eran perseguidos como si fueran premonitorios de potros de castigo y guillotina. «Con respecto al adulterio, —escribió oscuramente John Bowdler— al igual que está castigado de forma capital por los Judíos, algunos piensan que entre nosotros ... también debería estarlo.» Los evangélicos exhortaban a las clases altas a reformar su conducta como ejemplo para los pobres. En la propia «Sociedad» durante los años posrevolucionarios se observó una creciente reserva en los modales ... funesta para la alegría y el humor».[6]

El proceso de disciplina social encontró contestación. El intento de los seguidores del doctor Bowdler de elaborar nueva legislación para que se encarcelara a los adúlteros fracasó en la Cámara de los Comunes; a diferencia de los castigos que se impusieron a quienes violaban el *Sabbath*, vagabundos, gitanos, bailarines y saltimbanquis, cantores de baladas, librepensadores y bañistas desnudos, la legislación contra el adulterio estaba expuesta a las objeciones porque podía perjudicar tanto la diversión de los ricos como la de los pobres. Otros intentos de intervenir en las diversiones de los pobres fueron rechazados por la Cámara de los Comunes, gracias a mayorías escasas compuestas de una parte de la inercia del *laissez faire*, una parte de la defensa foxita de la libertad del individuo y una parte de la tradicional tolerancia *tory* hacia el «pan y circo» y del desagrado por el «fanatismo» metodista. (Una de las ironías de la época fue la defensa del *bull-baiting** por parte de Windham, ministro de la guerra, frente a los evangélicos y los reformadores; defensa que propició que surgiera el grito de «¡Windham y Libertad!», desde los baluartes de Satanás.)

Pero si bien los partidarios de la disciplina perdieron unas pocas escaramuzas legislativas, ganaron la batalla de la Revolución industrial; y en este proceso el temperamento «irlandés» que a menudo se atribuía

5. *Gorgon* (24 de abril de 1819).
6. T. Moore, *Life of Sheridan*, 1825, p. 217.
* Acoso de toros con perros. *(N. de la t.)*

a los ingleses pobres de la ciudad y del campo del siglo XVIII se tradujo en la forma de vida metódica del capitalismo industrial. En las zonas rurales esto se puede ver con mucha claridad en el triunfo de la economía monetaria por encima de los ritmos estacionales, «poco económicos», de la semisubsistencia campesina. En las áreas industriales se puede ver en la extensión de la disciplina de la sirena o el reloj de la fábrica, de las horas de trabajo a las de ocio, de los días laborables al *Sabbath*, y en el ataque al «Lunes del Zapatero» y a las fiestas y ferias tradicionales.

Aunque todavía tenían una gran importancia las funciones económicas de la feria del siglo XVIII —«contrataciones» anuales, las ferias de caballos y de ganado vacuno, la venta de diversas mercancías— no debemos olvidar su misma importancia por lo que se refiere a la vida cultural de los pobres. En los primeros tiempos de la Revolución industrial, el año del trabajador todavía se componía de ciclos de ardua tarea y comida en el mismo tajo, salpicados por días de «fiesta» en los que la bebida y la comida eran más abundantes, se compraban caprichos para los niños, como naranjas y cintas, y tenían lugar bailes, cortejos, visitas festivas y deportes. Hasta finales del siglo XIX, se mantenía todavía una red de ferias por todo el país (muchas de las cuales la autoridad trataba de limitar o proscribir), a las que asistían buhoneros, fulleros, gitanos auténticos o supuestos, vendedores de baladas y vendedores ambulantes.[7] Un hombre de Northumberland que escribía un diario en 1750 describe el domingo de la Pascua de Pentecostés:

> ... fuimos a los Juegos de Carton, con la silla de montar, la brida, el látigo, etc., todo lo necesario para Galopar. ... había muchos hombres y mujeres jóvenes que se divertían con el juego o pasatiempo que llaman Perder la Cena. ... Y después de todo esto, acababan su recreo hartándose de beber en las cervecerías y los hombres Besando y jugueteando casi toda la noche con sus queridas. ...

Tres semanas más tarde tuvieron lugar los Juegos de Lebberston. «Se jugaba a los Tejos una Cacerola de Cobre ... y también había una Paloma primorosamente engalanada y adornada con Cintas de diversos co-

7. El lector recordará las novelas acerca de Wessex, escritas por Hardy. Para una descripción de algunas de las ferias de la década de 1830, véase, *First Report of the Constabulary Comission*, pp. 30-42.

lores y otros elegantes Ornamentos, cuya danza realizaron las Muchachas del País ...»[8] En 1783, un magistrado de Bolton se lamentaba de que —en una época en que la harina de avena se vendía a dos guineas la carga—

> ... había tan poca apariencia de escasez en este pueblo que una tarde me encontré con una gran procesión de hombres y mujeres jóvenes con violines, guirnaldas y otras muestras de adornos rurales, bailando las *Morris dances** en la carretera simplemente para celebrar un frívolo aniversario, o lo que a ellos les gusta llamar desde hace un año o dos, una verbena en una miserable cervecería con el techo de paja cercana a la zona comunal.[9]

Es tentador explicar el declive de las viejas diversiones y fiestas simplemente en términos de la sustitución de los valores «rurales» por los «urbanos». Pero es engañoso. Las diversiones más arraigadas, ya fuesen en la violenta forma del acoso de animales y el boxeo, o en festividades más alegres, pueden encontrarse, tanto o más a menudo, en Londres o en las grandes ciudades durante el siglo XVIII como en las zonas rurales. Siguieron existiendo durante el siglo XIX con una fuerza que nos recuerda tanto las revoltosas tradiciones de los aprendices de Londres de la época de los Tudor, como la gran proporción de londinenses que había inmigrado desde los pueblos. La mayor festividad de todas era la Feria de San Bartolomé, con sus repertorios de fieras, carteristas, pantomimas de Arlequín y Fausto, tahures, juegos, exhibiciones de hombres salvajes y jinetes. En 1825, el *Trades Newspaper* se quejaba: «Desde muchas semanas antes se denuncia desde el púlpito y la prensa, y se sacan a relucir historias de aprendices desviados de los caminos de la honestidad, de criadas perdidas para cualquier trabajo, de cabezas rotas y reyertas ...».[10] En la década anterior las autoridades habían temido que la feria se convirtiese en «el lugar de encuentro general para la sedición y la señal para la insurrección».[11]

Por otra parte, la Revolución industrial, que vació las zonas rura-

8. MS. del Diario de Beswick, citado en G. R. Taylor, *op. cit.*, p. 16.

* Danza grotesca realizada por personas disfrazadas que representan los personajes de la leyenda de Robin Hood. *(N. de la t.)*

9. B. T. Barton, *Historical Gleanings of Bolton*, Bolton, 1881, I, p. 263.

10. 11 de septiembre de 1825.

11. *Sherwin's Weekly Political Register* (15 de septiembre de 1817).

les de algunas de sus industrias y destruyó el equilibrio entre la vida rural y la urbana, también creó en nuestras mentes una imagen de aislamiento rural y de «estupidez». La cultura inglesa urbana del siglo XIX era más «rural» (en sus connotaciones tradicionales), mientras que la cultura rural era más rica, de lo que a menudo suponemos. «Es una gran equivocación suponer —insistía Cobbett— que la gente se ha atontado por el hecho de permanecer siempre en el mismo lugar.» Y no se trata tanto de que la mayoría de las ciudades industriales desplazaran al campo, como de que crecieron *sobre* él. La configuración industrial más corriente de principios del siglo XIX era un núcleo comercial o industrial que servía como centro de un círculo de poblaciones industriales dispersas. Los grandes centros urbanos de finales del siglo XIX se formaron a medida que aquellas poblaciones se convirtieron en suburbios y las tierras labrantías se cubrieron de ladrillos.

Pero en todo este proceso no hubo nada tan violento como el forzar la ruptura de las viejas tradiciones. En el sur del Lancashire, las Potteries,* el West Riding y el Black Country, las costumbres locales, las supersticiones y el dialecto no fueron reprimidos ni trasplantados: el artesano del pueblo o la ciudad pequeña se convirtió en obrero industrial. Bamford, en su *Early Days*, ha dado testimonio del vigor de la tradición en los pueblos de tejedores del Lancashire en el cambio de siglo. Había cuentos de brujas, de espectros, de hadas; el violento pugilismo y la pelea de gallos; las tradiciones, como las carreras con huevos (por Pascua) o «montar al negro»; las fiestas con sus celebraciones tradicionales: Navidad, Carnaval, el «domingo de Cymbalin», y el *Rushbearing*** en agosto, cuando los bailarines de la *Morris dance* se podían encontrar en Middleton, Oldham o Rochdale:

> Mis zapatos nuevos son tan buenos,
> Que si quisiera podría bailar las *morris*;
> Y si me vistiera con camisa y sombrero,
> Bailaría las *morris* con la mejor.***

* Distrito del North Staffordshire en el que se encontraban Hanley y Stoke-upon-Trent, centro principal de la industria alfarera inglesa. *(N. de la t.)*

** Ceremonia anual de los distritos del norte que consiste en llevar juncos y guirnaldas a las iglesias y hacer alfombras o decorar las paredes con ellas. *(N. de la t.)*

*** My new shoon they are so good, / I cou'd doance morrice if I wou'd; / An' if hat an' sark be drest, / I will doance morrice wi' the best.

O había el «*Mischief-neet*», el primero de mayo, en el que los muchachos dejaban señales en los peldaños de la puerta de las mujeres del pueblo:

> Un arbusto de aulaga significaba una mujer con fama de deshonesta; y un arbusto de acebo, una mujer a la que aman en secreto; un cuerno de carnero especificaba que el hombre o la mujer no eran fieles al matrimonio; una rama de un árbol muy joven, verdaderamente enamorada; una ramita de abedul, una muchacha bonita.[12]

Junto a la descripción de Bamford, correspondiente a la década de 1790, podemos situar los recuerdos de Joseph Lawson, acerca de un pueblo pañero «atrasado» del West Riding —Pudsey— durante la década de 1820, en el momento de transición de las viejas a las nuevas formas de vida. Las casas estaban dispersas «como si hubiesen surgido de semillas caídas al azar», las calles sin iluminación ni pavimento, los grupos de casas comunicados por tortuosos apriscos y callejones. Las habitaciones son bajas, con pequeñas ventanas sin cristales: «Hay una gran ignorancia de los conocimientos sanitarios. Cuando un médico entra en una casa en la que hay alguien con fiebre y golpea el cristal con su bastón, la primera dosis de medicamento que le proporciona es el aire fresco.» La mayoría de las casas no tiene horno, pero tiene una *bakstone** para cocer. Los suelos de piedra están enarenados, el mobiliario es sencillo y escaso: «en algunas casas hay una cómoda de roble o un cofre, una reliquia de familia, o una pequeña alacena colgada en un ángulo, y un estante para ollas y platos de Delft**». El agua es escasa, y los días de colada se puede formar una cola de 20 o 30 personas en la fuente. El carbón y las velas son muy apreciados, y en invierno los vecinos se reúnen para compartir el fuego. El pan y la cerveza se hacen en casa; el pan blanco y la carne se consideran un lujo; «los principales artículos de alimentación son: tortas de avena, pan moreno, budín de gachas de avena, leche desnatada, patatas y cerveza casera».

Esta amplia rutina se rompe con las ocasionales «festividades» o banquetes, en los que se compra «un trozo de carne de vaca» y todos van a la feria, donde se vende pan de jengibre, frutas y juguetes, y se mues-

12. *Early Days*, caps. 13 al 16.

* Losa de piedra que se calienta para cocer pan. *(N. de la t.)*

** Ciudad holandesa conocida por sus baterías de cocina de loza de barro vidriado. *(N. de la t.)*

tran imágenes de la batalla de Waterloo, se hacen representaciones de Punch y Judy,* hay casetas de juego, columpios y un «mercado del amor» tradicional, en el que los hombres jóvenes cortejan a las muchachas con «presentes» de galletas de brandy y nueces. Muy pocos obreros pueden leer el periódico con suficiente soltura, aunque los periódicos se reciban (y se leen en voz alta) en la herrería, la barbería y en diversos establecimientos públicos. Muchas de las noticias todavía llegan por medio de los vendedores de folletos y los cantores callejeros. Las viejas supersticiones son una fuente de terror viva, tanto para los viejos como para los jóvenes. Hay espectros en el Manantial del Remolino, en la Horca de la Bailía, en el Sendero de los Espíritus; los padres, en general, castigan a sus hijos encerrándoles «en los sótanos u otros lugares oscuros para que los espíritus negros se los lleven». «Otra superstición muy seria y dañina, que prevalecía en todas partes, era la creencia de que cuando moría un niño, era la voluntad del Señor y, por lo tanto, debía ser así.» A los reformadores de la sanidad se les consideraba como «Descreídos». Eran corrientes las peleas de perros y de gallos; y también era corriente, en las épocas de fiestas, «ver diversos cuadriláteros instalados, en los que hombres desnudos lucharían a veces durante una hora, hasta que no se podía reconocer a los combatientes ... ». Emborracharse era muy común, especialmente en las fiestas y durante el «Lunes del Zapatero», que celebraban los tejedores y desborradores así como los zapateros. Pero también había muchos pasatiempos menos violentos: *knur and spell,*** «*duck knop*»,*** y fútbol en las calles. La aldea daba lugar a un fuerte sentimiento de pertenencia y era una comunidad cerrada para los forasteros, aunque fueran de lugares que sólo distaban dos o tres millas. Sobrevivían algunas tradiciones muy antiguas, como «*Riding the Stang*»,**** de modo que si un hombre maltrataba a su esposa y esto se sabía, o se creía que una mujer había cometido actos impúdicos, la multitud vociferante transpor-

* Espectáculo de títeres. Punch es la abreviación de Polichinela, representa a un personaje jorobado, Judy es su esposa. *(N. de la t.).*

** Juego de la zona norte del país parecido al *trap-ball*, que consiste en lanzar una bola de madera colocada en el extremo de una trampilla, a base de golpear el otro extremo con una maza y luego darle a la pelota con la misma maza. *(N. de la t.)*

*** Juego de chicos que se practica con un botón o una piedra, en el segundo caso se llama *duck stone*, en él puede participar un solo jugador. *(N. de la t.)*

**** Forma de expresar la desaprobación popular, llevando a un transgresor de la norma cabalgando sobre una estaca para burla pública. *(N. de la t.)*

taba por las calles una efigie de paja y la quemaba ante la casa del infractor o infractora.[13]

Es posible que durante los primeros años de la Revolución industrial, lejos de extinguirse las tradiciones locales, se produjera un aumento del orgullo provincial y de la valorización local. El sur del Lancashire y el West Riding no eran desiertos rurales antes de 1780, y habían sido durante dos siglos centros de industria doméstica. A medida que la disciplina fabril invadía la forma de vida de los trabajadores manuales, y a medida que se abrían las calles de la Corporación y la Coronación en el Pardillo y el Hoyo de la Rana y Los Acebos, se agudizaba la conciencia local por la pérdida, y en la cultura de los obreros industriales se mezcla un sentimiento cuasinacionalista con uno de clase (las nuevas máquinas contra las viejas costumbres, la tiranía de Londres o del capital «ajeno» contra el pañero local, el trabajo de los irlandeses rebajando los precios del tejedor nativo). George Condy, un importante propagandista del movimiento por las 10 horas, escribió un prefacio para el *Traditions of Lancashire* de Roby (1830); Bamford sólo era uno entre los muchos autores plebeyos que seguían los pasos del «Tim Bobbin» del siglo XVIII, al ensalzar e idealizar las costumbres locales y el dialecto.

Pero esto era una resistencia consciente ante la desaparición de una antigua forma de vida y con frecuencia estaba asociada con el radicalismo político.[14] En esta desaparición, la pérdida de tiempo libre para jugar y la represión de los impulsos de diversión fueron tan importantes como la simple pérdida material de los bienes comunales y de los «espacios de juego».[15] Wesley transmitió la totalidad de las enseñanzas puritanas de Bunyan o Baxter: «Evita cualquier ligereza, como evitarías el fuego del infierno; y evita hablar con despreocupación, como evitarías maldecir o blasfemar. No toques mujer alguna ...». Los juegos de cartas, los vestidos de colores, los adornos personales, el teatro, todo estaba incluido en la prohibición metodista. Se escribían tratados contra las canciones «profanas» y el baile;[16] la literatura y las

13. J. Lawson, *Progress in Pudsey*, *passim*.

14. El que acude a la mente es Cobbett. Pero quizá William Hone hizo más esfuerzos por recoger las viejas costumbres, al publicar sus *Date Book*, *Every-Day Book*, y *Table Book*, así como el *Sports and Pastimes* de Strutt, todos ellos en la década de 1820.

15. Véase la obra de los Hammond, *The Black Age*, cap. 6.

16. Los defensores de estos tratados se encontraban con algunas dificultades respecto de la referencia del *Eclesiastés* a «un tiempo para el baile». Pero puesto que «en la Bi-

artes que no tuviesen una orientación devota eran consideradas profundamente sospechosas; el terrible *Sabbath* «victoriano» empezó a extender las redes de su opresión incluso antes del nacimiento de la reina Victoria.

Un folleto característico pone de manifiesto el alcance de la determinación metodista para desarraigar las tradiciones preindustriales de los distritos manufactureros.[17] En una reunión trimestral de Sheffield, en 1799, se había observado que algunos miembros no se habían «liberado completamente de la costumbre de *visitar* y *recibir visitas*, en la *Fiesta anual*». Estas fiestas, que se conocían por diversos nombres como «Vísperas» (en Derbyshire y Staffordshire). «*Rushbearing*» (en el Lancashire) y «Veladas» (en el oeste de Inglaterra), en su origen podrían haber sido lícitas, pero habían llegado a estar «terriblemente prostituidas por los objetivos más diabólicos». Se pasaba el tiempo «comiendo y bebiendo sin moderación; hablando de cosas profanas, o por lo menos cosas inútiles; riendo y haciendo broma, practicando la fornicación y el adulterio ...». La más mínima participación en ellas suponía «la asociación con las obras más estériles de la oscuridad». Los pobres despilfarraban el dinero que debían haber ahorrado; muchos de ellos contraían deudas. Los metodistas que participaban en estas festividades se exponían a las costumbres mundanas de los no convertidos; la recaída era un resultado corriente. Debían rechazar alojar incluso a los amigos y parientes (que se encontraran entre los no convertidos) que pudiesen acudir; y si a tales visitantes no se les podía disuadir cuando llamaban a la puerta, entonces se les debía alojar, pero sólo bajo la condición de leerles la Biblia, hablarles de cosas sagradas y cantar himnos:«¡Oh, Hermanos, qué estamos haciendo! La muerte está aquí mismo. Ha empezado el tormento. Se ha desatado la ira contra los profesores estériles. La desidia del pecado pesa sobre nosotros ...» Otras costumbres que sobrevivían, como la de comer y beber en el «velatorio» del funeral, merecían la misma condena. Incluso la visita de

blia no se encuentran ejemplos de bailes, en los que los dos sexos se ejerciten al unísono», se argumentaba que sólo podía permitirse que bailasen los miembros de *un* sexo (separados de los del otro), y que bailasen en ocasiones sagradas a plena luz del día y en días laborables. (Tampoco se reseñan ocasiones como éstas en la Biblia.) Véase A. Young, *A Time to Dance*, Glasgow, sin fecha; y también Southey, *op. cit.*, pp. 546-549.

17. Rev. James Wood, *An Adress to the Members of the Methodist Societies*, 1799, *passim*.

parientes en un *Sabbath* normal no se podía permitir, excepto en casos de enfermedad repentina.[18]

El calor de la argumentación indica que en muchos lugares, como el Middleton de Bamford, la lucha entre la vieja forma de vida y la nueva disciplina fue aguda y prolongada. Y el relato que hacía Lawson acerca de Pudsey muestra a la «gente de iglesia» como un grupo que se mantenía *aislado* de la comunidad por su conducta sombría. Hubo muchas personas educadas en familias devotas que reaccionaron violentamente contra su educación, como William Lovett:

> ... el hecho de ser obligado a acudir tres veces durante el domingo a un lugar de culto, tener estrictamente prohibidos todos los libros excepto la Biblia y el Libro de Rezos, y de que no se me permitiera disfrutar de un paseo si no era a la capilla ... son suficientes para explicar aquellos sentimientos juveniles. Mi pobre madre ... creía que al gran poder que había creado las numerosas cosas alegres, divertidas y cantarinas de la tierra y el aire, se le debía complacer con los rostros solemnes, los vestidos gazmoños y el comportamiento medio soñoliento de los seres humanos; y que la religión consiste en escuchar la repetida historia de la caída del hombre ...[19]

A muchos hombres de la generación de la posguerra, como Lovett, les parecía que los metodistas eran incultos y atrasados. Y esto nos hace recordar la dificultad extrema que supone generalizar respecto de el tono moral y los comportamientos de las comunidades de la clase obrera durante la Revolución industrial. Está claro que entre 1780 y 1830 tuvieron lugar cambios importantes. El obrero «medio» inglés se volvió más disciplinado, más sujeto al ritmo productivo «del reloj», más reservado y metódico, menos violento y menos espontáneo. Los depor-

18. Los velatorios eran ocasiones importantes para la relación familiar, cuando las gentes de la ciudad visitaban a sus parientes que vivían en el campo, y «la hija casada volvía a su vieja casa con sus hijos». Howitt, que los describía como «una pequeña pausa en la, por otra parte imparable, maquinaria de la servidumbre», relataba cómo los viejos de los pueblos, cuando se les preguntaba acerca de sus hijos e hijas, decían: «Bien, bien, les veremos en el Velatorio.» Los velatorios podían incluso con el disciplinario Wedgwood, quien decía que los velatorios «se debían celebrar aunque llegara el fin del mundo»: R. E. Leader, *Reminiscences of Old Sheffield*, Sheffield, 1876, pp. 200-202; W. Howitt, *Rural Life of England*, 1838, I, p. 59, pp. 245-254; N. McKendrick, *op. cit.*, p. 46.

19. Lovett, *op. cit.*, I, p. 8.

tes tradicionales fueron sustituidos por aficiones más sedentarias: «Los ejercicios Atléticos de los Tejos, la Lucha Libre, el Fútbol, el *Prison-bars** y la Caza con Arco han caído en desuso ... ahora son aficionados a las Palomas, criadores de Canarios y cultivadores de Tulipanes ...» o cosas por el estilo, se lamentaba un escritor del Lancashire en 1823.[20] Francis Place hacía a menudo comentarios sobre un cambio que, desde su punto de vista, suponía un aumento de la dignidad personal y una elevación «del carácter del obrero». «Fijaos incluso en el Lancashire», escribió un mes después de Peterloo:

> Hace pocos años, cuando un extranjero se paseaba por sus ciudades se le «miraba con malos ojos», es decir, era abucheado, y algunas veces se apedreaba a un forastero. «Bruto del Lancashire» era un apelativo común y apropiado. Hasta hace muy poco hubiese sido peligroso tener reunidos a quinientos de ellos por cualquier motivo. Al menos los panaderos y los carniceros hubiesen sido saqueados. Hoy en día, se pueden reunir 100.000 personas y no tiene lugar motín alguno a continuación ...[21]

En este punto la valoración se convierte en algo extremadamente difícil. A pesar de que muchos escritores contemporáneos, desde Cobbett a Engels, lamentaban la desaparición de las viejas costumbres inglesas, es absurdo considerar la cuestión sólo en términos idílicos. No todas esas costumbres eran inofensivas o pintorescas. La madre soltera castigada en un correccional, y quizá repudiada por la parroquia en la que tenía derecho a recibir la beneficencia, tenía pocos motivos para admirar la «alegre Inglaterra». No es de lamentar la desaparición de la Senda de la Ginebra, la Feria de Tyburn, de las borracheras orgiásticas, de la sexualidad animal y de los combates a muerte con zuecos tachonados con clavos de hierro, en los que se ganaba un premio en dinero.

Pero, entre la vieja superstición y la nueva intolerancia, está bien tomar precauciones cuando nos encontramos con las afirmaciones de

* También denominado *prisoner's bars* o *prisoner's base*. Juego en el que participan dos equipos que ocupan dos «bases» o «casas» contiguas; cada jugador que corre fuera de su base es perseguido por uno del otro equipo, y si le cogen es hecho prisionero. *(N. de la t.).*

20. Guest, *op. cit.*, pp. 38-39.

21. Wallas, *op. cit.*, pp. 145-146.

que los evangélicos fueron un medio de educación intelectual. Ya hemos advertido la tendencia de los metodistas a encerrarse en una secta, a mantener a sus miembros separados del contagio de los no convertidos y a considerarse ellos mismos como en estado de guerra civil con la cervecería y los habitantes de los baluartes de Satán. Donde los metodistas eran un grupo minoritario dentro de una comunidad, las actitudes se endurecían por ambos lados; las profesiones de virtud y las declamaciones contra el pecado son menos reveladoras acerca de los comportamientos reales que acerca del rencor de los antagonismos. Además, el aire de principios del siglo XIX está viciado por los argumentos y contraargumentos, especialmente en los temas en que entraban en conflicto los valores de los trabajadores manuales y los obreros fabriles, o los de aquellos que se oponían o defendían el trabajo de los niños. Los críticos del sistema de la fábrica lo consideraban destructivo para la vida familiar y acusaban constantemente a las fábricas de ser centros de la mayor inmoralidad sexual; el lenguaje soez y el comportamiento independiente de las muchachas de las fábricas sorprendían a muchos espectadores. Gaskell comparaba la inocencia idílica de los trabajadores domésticos, cuya juventud se consagraba a una libertad pagana que acarreaba la obligación del matrimonio sólo si tenía lugar la concepción, con la promiscuidad de la fábrica en la que algunos de los patronos protagonizaban escenas con las muchachas de la fábrica, que «hacen ruborizar las lascivas Saturnales de los Romanos, los ritos de la Pagoda de las muchachas Indias, y la vida del Harén del Otomano más voluptuoso.» [22]

Estos relatos llenos de color suponían una ofensa no sólo para los patronos, en cuyo caso no carecían totalmente de razón, sino también para los mismos obreros. Éstos señalaron que la comparación de las tasas de ilegitimidad en muchos distritos rurales arrojaban un resultado desfavorable con respecto a las de las ciudades fabriles. En muchas fábricas se obligaba a guardar el mayor decoro. Y si había «Otomanos» entre los propietarios de las fábricas, tambien había patronos paternalistas que despedían a cualquier muchacha a la que se descubriera el menor desliz moral.

No es fácil hacer balance. Por una parte la afirmación de que la Revolución industrial mejoró la situación de las mujeres parecería no tener mucho significado si recordamos las horas de trabajo excesivas, las

22. *The Manufacturing Population of England*, p. 64.

malas condiciones de las viviendas, el excesivo número de partos y los terribles datos de mortalidad infantil. Por otra parte, las abundantes oportunidades de empleo femenino en los distritos textiles proporcionaban a las mujeres la categoría de asalariadas independientes. La soltera o la viuda se liberaron de la dependencia respecto de los familiares o la beneficencia parroquial. Incluso las madres solteras podían, gracias al relajamiento de la «disciplina moral» en muchas fábricas, alcanzar una independencia desconocida hasta entonces. En las mayores fábricas de tejidos de seda de Macclesfield, virtuosos patronos se enorgullecían de despedir a las muchachas que cometían un solo «paso en falso». Un testigo, que contrastó este comportamiento con las costumbres de manga más ancha de Manchester, hizo una serie de observaciones que inquietaron a los moralistas:

> He observado, de forma muy generalizada ... el caso de que, cuando las fábricas y las factorías están casi libres de madres con hijos ilegítimos, las calles están infestadas de prostitutas; y que por el contrario, donde se permite que las muchachas vuelvan a su trabajo, después de dar a luz un niño, allí las calles se encuentran comparativamente vacías de esos seres infelices.[23]

El período pone de manifiesto muchas paradojas como ésta. Los años de guerra presenciaron una superabundancia de folletos que limitaban o refutaban las reivindicaciones de los derechos de las mujeres, que se asociaban con el «jacobinismo». La subordinación de la mujer dentro del matrimonio se disponía en los términos más crudos. «Las escrituras Cristianas», declaraba Paley, imponen a la esposa una obediencia en el matrimonio en términos tan imperiosos y absolutos, que parece abarcar todo lo que no sea delictivo, o no sea completamente contrario a la felicidad de las mujeres».[24] Pero estos años también presenciaron la existencia de una inquebrantable tradición minoritaria, compuesta sobre todo por profesionales y artesanos radicales en las grandes ciudades, que planteaban reivindicaciones de más largo alcance que cualquiera de las planteadas antes de la Revolución francesa. Las

23. W. Dodd, *The Factory System Illustrated*, p. 194. Margaret Hewitt cuestiona alguna de la documentación, sobre todo las fuentes posteriores a 1840, en *Wives and Mothers in Victorian Industry*, 1958, en especial cap. 5.

24. W. Paley, *Concise Admonitions for Youth*, 1809, p. 68. Véase también T. Gisborne, *Enquiry into the Duties of the Female Sex*, 1797, en especial las pp. 226-229.

declaraciones que habían hecho en la década de 1790 Mary Wollstonecraft, William Blake y Thomas Spence jamás fueron abandonadas por completo; se repiten, no sólo en el círculo de Shelley, sino también en las publicaciones radicales de los años de la posguerra. Se hicieron eco de ellas, mostrando su desacuerdo, el *Black Dwarf*; de manera más estridente, las publicaciones de Richard Carlile; y con la mayor fuerza, Anna Wheeler y William Thompson y en el movimiento owenita.[25] Pero en los distritos textiles fue donde el cambio en la situación económica de las mujeres dio lugar a la primera participación amplia de las mujeres obreras en la agitación política y social. Durante los últimos años del siglo XVIII, las sociedades femeninas de socorro mutuo y las clases metodistas femeninas pueden haberles proporcionado experiencia y confianza en sí mismas; la demanda de las mujeres de actuar como predicadores locales fue una «herejía» wesleyana persistente. Pero los años de la guerra, con la mayor demanda de trabajo no sólo por parte de las hilanderías, sino también en el telar manual, aceleraron el proceso.[26] En 1818 y 1819, se fundaron las primeras Sociedades Femeninas para la Reforma, en Blackburn, Preston, Bolton, Manchester, Ashton-under-Lyne. El relato de Samuel Bamford —si podemos darle crédito— sugiere que se produjo un repentino salto hacia adelante en cuanto a conciencia. En un mitin en el distrito de Saddleworth, que está en el límite del Lancashire y el Yorkshire,

> en el transcurso de una intervención, insistí en el derecho, y también en la corrrección, de que las mujeres presentes en reuniones como aquella votasen con el brazo alzado en favor o en contra de las resoluciones. Esta era una idea nueva, y las mujeres, que asistían en gran número desde un palco elevado, se mostraron muy satisfechas. Como los hombres no discreparon, cuando se planteó la resolución las mujeres levantaron sus manos en medio de muchas risas; y desde entonces las mujeres votaron junto con los hombres en las reuniones Radicales ... Se convirtió en una costumbre, se formaron *unions* políticas femeninas, con su presidenta, sus comités y otros cargos; y a partir de nosotros, rápidamente adoptaron la misma costumbre ... las instituciones religiosas y de caridad.[27]

25. *Black Dwarf* (9 y 30 de septiembre de 1818); para Carlile y los owenitas, véase más adelante el capítulo 16.

26. Para el aumento del número de mujeres tejedoras durante las guerras, véase Ivy Pinchbeck, *Women Workers and the Industrial Revolution*, 1930, pp. 164-166.

27. *Passages in the Life of a Radical*, edición de 1893, pp. 141-142.

(Al mismo tiempo, en Newcastle, uno de los corresponsales de Jabez Bunting se lamentaba de la falta cometida por la «hermandad pía» que bordaba los estandartes de la reforma.) Durante los 20 años que median entre 1815 y 1835, también se producen los primeros síntomas de actuación de *trade unions* independientes entre las mujeres obreras. John Wade, al comentar una huelga de 1.500 mujeres carderas del West Riding en 1835, extraía la siguiente conclusión: «Los alarmistas consideran que estos síntomas de independencia femenina son más amenazadores respecto de las instituciones que existen, que la «educación de las clases bajas».[28]

Pero incluso en este progreso se da una paradoja de sentimientos. El radicalismo de las mujeres del norte se componía de nostalgia por la condición perdida y de afirmación de derechos recién descubiertos. Según convenciones profundamente arraigadas, la posición de la mujer dependía de su éxito como ama de casa en la economía familiar, en la organización doméstica y la previsión, la elaboración de pan y cerveza, la limpieza y el cuidado de los hijos. La nueva independencia, ya fuese en la fábrica o haciendo una jornada de trabajo completa en el telar manual, que hacía posibles los nuevos derechos, se vivía simultáneamente como una pérdida personal de importancia y de independencia. Las mujeres se volvieron más dependientes del patrono o del mercado de trabajo, y evocaban un pasado «dorado» en el que los ingresos domésticos que provenían del hilado, las aves de corral y cosas parecidas, se podían ganar cerca de la propia casa. En los buenos tiempos la economía doméstica, al igual que la economía campesina, sostenían una forma de vida centrada en el hogar, en la que los caprichos y las coacciones interiores eran mucho más evidentes que la disciplina externa. Cada etapa de la diferenciación y la especialización industrial afectó también a la economía familiar, alterando las relaciones tradicionales entre el hombre y la mujer, los padres y los hijos, y estableciendo una diferencia más aguda entre «trabajo» y «vida». Transcurrirían 100 años completos antes de que esta diferenciación trajera recompensas, en forma de aparatos que permiten ahorrar trabajo, a los hogares de las mujeres obreras. Mientras tanto, cada mañana la sirena de la fábrica separaba brutalmente a la familia, y la madre, que también era una asalariada, a menudo sentía que le tocaba la peor parte tanto del mundo doméstico como del industrial.

28. J. Wade, *History of the Middle and Working Classes*, 1835, pp. 570-571.

«Hubo un tiempo en que podríamos haberos dado la bienvenida, desplegando ante vos una mesa que representara la hospitalidad Inglesa, abastecida por nuestro trabajo», así se dirigían las Mujeres Reformadoras de Bolton a William Cobbett en 1819: «Hubo un tiempo, en que podríamos haberos recibido con los semblantes rosados de las mujeres Inglesas. ... Podríamos haberos mostrado nuestros *Cottages*, que rivalizaban en cuanto a pulcritud y orden con el Palacio de nuestro Rey.» Las Mujeres Reformadoras de Blackburn recogían el mismo tema: sus casas «despojadas de todos sus ornamentos», sus lechos «arrancados ... por la mano implacable del insensible recaudador de impuestos», de modo que «los tiranos que traficaban con los municipios» podían descansar en «camas de plumón» mientras que sus familias yacían sobre la paja. Sobre todo, protestaban en favor de sus hijos: «se nos rompe diariamente el corazón al verles devorar con avidez la basta comida que algunos apenas les darían a sus cerdos». Era natural que reaccionaran positivamente ante Cobbett, que pronto iba a consolidar su apoyo con su *Cottage Economy*, y también ante Oastler, que ponía mucho énfasis en «el hogar». Ni Cobbett ni Oastler dieron el más mínimo apoyo a la idea del sufragio femenino, pero tampoco las Sociedades Femeninas para la Reforma lo reivindicaron por su parte. Su papel se reducía a dar apoyo moral a los hombres, confeccionando pancartas y gorras de la libertad que se presentaban con ceremonia en las manifestaciones en favor de la reforma, aprobando resoluciones y discursos y aumentando el número de personas en los mítines.[29] Pero incluso estas formas de participación motivaban el insulto por parte de sus oponentes. El *Courier* describía a las «reformadoras con enaguas» de Manchester como «mujeres degradadas», culpables de «la peor prostitución del sexo, la prostitución del corazón», «abandonando su puesto en la sociedad» y cambiando la «naturaleza sagrada» de la esposa y la madre «por los turbulentos vicios de la sedición y la impiedad». Cualquiera que fuese la opinión de Cobbett acerca del sufragio de las mujeres, no tenía segundas intenciones en cuanto a prestar ayuda a las Mujeres Reformadoras:

29. Se puede observar el inicio de otra tradición en el relato de un confidente sobre la *Manchester Political Union*, del 17 de noviembre de 1819: «La *Union* es *miserablemente pobre*, ha tenido que pedir ayuda a la *Union* femenina porque no podía mantenerse desde el punto de vista financiero» (H.O. 42.198).

> ¡Exactamente como si las mujeres no supieran hacer otra cosa que cocinar la harina de avena y barrer una casa! ¡Cómo si las mujeres no fueran inteligentes! ¡Cómo si Hannah Moore y la *Gentry* hubiesen reducido a las mujeres al mismo nivel de los Negros del África! ¡Cómo si Inglaterra no hubiese tenido nunca una reina ...! [30]

II. Los rituales de la solidaridad

Una y otra vez la «desaparición de la vieja Inglaterra» elude el análisis. Si recordamos que la Revolución industrial no era una situación social consolidada, sino una fase de transición entre dos modos de vida, podemos ver las líneas de cambio con mayor claridad. Y debemos prestar atención, no sólo a la comunidad «típica» (Middleton o Pudsey), sino a muchas comunidades diferentes que coexisten unas con otras. Sólo en el sudoeste del Lancashire se podían encontrar, a pocas millas unas de otras, la cosmopolita ciudad de Manchester, a la que se dirigían emigrantes de todos los lugares del reino; poblaciones mineras (como las minas de carbón del duque de Bridgewater) que salían de una situación semifeudal; poblaciones modelo de carácter paternalista (como Turton); ciudades fabriles nuevas (como Bolton); y viejas aldehuelas de tejedores. En todas estas comunidades actuaban un número de influencias convergentes, todas ellas encaminadas hacia la disciplina y el desarrollo de la conciencia de la clase obrera.

La comunidad obrera de principios del siglo XIX no fue producto del paternalismo o del metodismo, sino, en gran medida, del esfuerzo consciente de la clase obrera. En Manchester o Newcastle las tradiciones de las *trade unions* y las sociedades de socorro mutuo, con su acento en la disciplina y sus fines comunitarios, se retrotraen al siglo XVIII. Las reglas que sobreviven de los tejedores de artículos de mercería, en la década de 1750, muestran ya una atención meticulosa hacia los procedimientos y la etiqueta institucional. Los miembros del comité deben sentarse en un orden determinado. Las puertas deben mantenerse cerradas. Existen minuciosas regulaciones para custodiar la «caja». Se les recuerda a los miembros que «la Intemperancia, el Rencor y la Impiedad son la Plaga y el Parásito que corroen las Partes Vitales de toda Sociedad».

30. *Political Register* (23 de octubre, 29 de diciembre de 1819); *Courier* (15 de julio de 1819).

> Si consideramos que esta Sociedad no es una Colectividad de Hombres que se reúnen para regalarse con Cerveza y Tabaco, y para hablar de forma indiferente sobre cualquier Tema; sino más bien una Sociedad reunida para Proteger los Derechos y Privilegios de un Oficio por medio del cual subsisten varios cientos de Personas ... qué desagradable debe parecer ver a sus Miembros revueltos de forma promiscua unos con otros, hablando de manera indiferente de cualquier Tema ...

Las consignas son «Decencia y Regularidad»; siempre se tiene la esperanza de que cuando los «Gentlemen y los Magistrados» acaten este orden «venerarán más que castigarán una Sociedad como ésta».[31]

Esto representa el código del artesano con dignidad, aunque la esperanza de que tal sensatez ganara el favor de las autoridades se vería ampliamente defraudada. Hombres como Hardy y Place recibieron su educación en una escuela parecida a ésta, en Londres. Pero a medida que la Revolución industrial avanzaba, este código (a veces en forma de leyes modélicas) se extendió a sectores crecientes de la población obrera. Las gentes con pequeños negocios, los artesanos, los braceros, todos intentaban asegurarse contra la enfermedad, el desempleo o los gastos del funeral,[32] mediante la pertenencia a *box clubs* o sociedades de socorro mutuo. Pero la disciplina que era esencial para proteger los fondos, mantener una conducta ordenada en las reuniones y la resolución de los casos conflictivos, suponía un esfuerzo de autoorganización tan grande como las nuevas disciplinas de trabajo. Un examen de las reglas y preceptos de las sociedades de socorro mutuo que existían en Newcastle durante las guerras napoleónicas nos proporciona una lista de multas y penalizaciones más severas que las de un patrono del algodón de Bolton. Una Sociedad General imponía multas a cualquier miembro que «pusiera en tela de juicio» a otro miembro que recibiera subsidio de enfermedad, por emborracharse durante el *Sabbath*, por golpear a otro, «por ponerse apodos unos a otros», acudir al local del club en estado de embriaguez, usar el nombre de Dios en vano. La her-

31. Wadsworth y Mann, *op. cit.*, pp. 345-347.

32. La población obrera le confería un gran valor a la ceremonia del funeral. Un funeral pobre era la desgracia social más extrema. La ceremonia ocupaba un papel importante en el folklore y preocupaba a los moribundos. «Desearía —escribió un condenado ludita— que John Rawson, John Roberts y John Roper llevasen mi féretro; querida esposa, escoge tú misma a los otros tres»: *The Surprising ... History of «General Ludd»*, Nottingham, sin fecha, p. 239.

mandad de los Malteadores ponía multas por embriaguez en *cualquier momento,* por dejar de asistir a los funerales de hermanos o de sus esposas. Los vidrieros (que se habían fundado en fecha tan temprana como 1755) imponían multas por dejar de asistir a las reuniones, o a aquellos que se negaban a cumplir su turno en la rotación de cargos; por no guardar silencio cuando se ordenaba, por hablar a la vez, por replicar al moderador, apostar en el club, o (por regla general) por revelar secretos fuera de la sociedad. Además: «Las personas infames, de mal carácter, pendencieras o desordenadas no serán admitidas en esta sociedad. ... Ningún pocero, minero del carbón, grabador o barquero debe ser admitido ...». Los barqueros, para no ser menos, añadieron una norma que excluía de los beneficios a cualquier hermano que sufriera «cualquier enfermedad adquirida por yacer con una mujer deshonesta, o que tenga gonorrea o sífilis». Los hermanos serían multados por ridiculizarse o provocarse hasta encolerizarse unos a otros. La Sociedad Unánime retiraría su ayuda a cualquier miembro que cobrando el subsidio de enfermedad fuera visto «en cervecerías, jugando o borracho». Con el fin de mantener su unanimidad, había multas para los miembros que proponían «disertar o discutir sobre temas políticos o eclesiásticos, o del gobierno y los gobernantes». La Sociedad de Socorro Mutuo de Todos los Oficios tenía una regla parecida al *huffing** cuando se juega a las damas: se imponía una multa «si cualquier miembro tiene oportunidad de multar a su hermano, y no lo hace». Los cordobaneros ponían multas por pedir tabaco o bebida antes de que el moderador abandonara la reunión. Los carpinteros y ebanistas tenían una prohibición a los «sentimientos desleales» o a las «canciones políticas».[33]

Es posible que algunas de estas reglas, como la prohibición de las disertaciones y las canciones políticas, se pusiesen con una cierta iro-

* Norma del juego de damas según la cual se saca del tablero, golpeándola, una ficha del oponente como penalización por haber dejado de matar una pieza que se encontraba *en prise. (N. de la t.)*

33. *Laws and Orders of the Friendly Society who meet at the House of Mr Wm Forster* ..., N. Shields, 1795, p. 11; *Rules and Orders of the Brotherhood of Maltsters*, Newcastle, 1796, p. 6; *Articles, Laws and Rules of the Glass-makers Friendly Society*, Newcastle, 1800, pp. 5, 11, 15; *Articles ... of the Friendly Society*, Newcastle, 1804, p. 11; *Articles of the Unanimous Society*, Newcastle, 1804, p. 11; *Articles ... of the Friendly Society of All Trades*, Newcastle, 1804, p. 9; *Articles ... of the Society of Cordwainers*, Hexham, 1806, p. 8; *Rules of the Philanthropic Society of House-Carpenters and Joiners*, Newcastle, 1812, p. 7; *Articles ... of the Miners Society*, Newcastle, 1817.

nía. Aunque algunas de estas sociedades eran clubs de enfermedad escogidos, de los que sólo formaban parte 20 o 30 artesanos que se reunían en una taberna, otros probablemente eran coberturas de la actividad de las *trade unions*; mientras que en Newcastle, como en Sheffield, es posible que después de las *Two Acts* se utilizara la formación de sociedades de socorro mutuo como tapadera de organizaciones jacobinas. (Un «grupo» de una sociedad de socorro mutuo daba, en 1816, testimonio de las «regulaciones leales, patrióticas y pacíficas» de muchas de las sociedades de Newcastle, pero se lamentaba de que esas regulaciones eran a menudo insuficientes para impedir el «debate apasionado y el lenguaje violento».)[34] Durante los años de guerra, las autoridades tenían profundas sospechas respecto de las sociedades, y uno de los objetivos de las reglas era asegurar su inscripción ante los magistrados locales. Pero todo aquel que esté familiarizado con los procedimientos y la etiqueta de algunas *trade unions* y clubs de obreros actuales, reconocerá el origen de prácticas que todavía existen en varias de sus normas. Tomadas en su conjunto, sugieren un logro de autodisciplina y una difusión de experiencia de un nivel realmente impresionante.[35]

Las estimaciones en torno al número de miembros de las sociedades de socorro mutuo indican 648.000 miembros en 1793, 704.350 en 1803, 925.429 en 1815. A pesar de que la inscripción de las sociedades ante los magistrados, bajo la primera *Friendly Society Act* de 1793, permitía la protección de los fondos por parte de la ley si se daba el caso de que hubiese encargados morosos, un gran número, pero desconocido, de clubs no se inscribieron, ya fuese por hostilidad hacia las autoridades, inercia local, o debido a una profunda reserva que, tal y como descubrió el doctor Holland, todavía era bastante fuerte en la década de 1840 como para dificultar sus investigaciones. Antes de 1815, casi todas las sociedades tenían un carácter estrictamente local y autónomo, y combinaban las funciones de seguro de enfermedad con veladas de convivencia del club y «excursiones» o fiestas anuales. En 1805, un observador presenciaba cerca de Matlock la siguiente escena:

34. *A Short Account of the Benevolent Society ... at Messrs Angus Manufactory*, Newcastle, 1816.

35. Para la situación legal de las sociedades de socorro mutuo en esta época, véase P. H. J. Gosden, *The Friendly Societies in England*, Manchester, 1961, p. 5. Para la composición social de las sociedades, véase G. C. Holland, *op. cit.*, cap. 17.

... unas cincuenta mujeres precedidas por un violinista solitario que interpretaba una tonada alegre. Era una sociedad femenina de ayuda mutua que había ido a Eyam a escuchar un sermón y ahora iba a comer en comandita, un lujo que nuestras mujeres de la sociedad de ayuda mutua de Sheffield no se permiten, sólo toman té y, en general, cantan, bailan, fuman y beben *negus*.[36]

Pocos de los miembros de las sociedades de socorro mutuo tenían una posición social más elevada que la de los oficinistas o las gentes de oficio con pequeños negocios; la mayor parte de ellos eran artesanos. El hecho de que cada hermano tuviera fondos depositados en la sociedad contribuía a la estabilidad en la afiliación y a la participación vigilante en el autogobierno. Casi no tenían miembros de la clase media y, aunque algunos patronos les veían con buenos ojos, en la práctica su conducta dejaba muy poco espacio para el control paternalista. Eran comunes los fracasos debidos a la inexperiencia como actuarios de seguros; eran frecuentes los empleados informales. Estas sociedades, que se difundieron por todos los rincones del país, fueron (a menudo de forma angustiosa) escuelas de experiencia.

En la propia clandestinidad de las sociedades de socorro mutuo y en su opacidad frente al examen a que les sometía la clase alta, tenemos una aüténtica prueba del desarrollo de una cultura y unas instituciones obreras independientes. Esta fue la subcultura en base a la cual crecieron las menos estables *trade unions*, y en la que los dirigentes de las *trade unions* hicieron su aprendizaje.[37] Las normas de las *unions*, en muchos casos, eran versiones más elaboradas del mismo código de conducta que los clubs de enfermedad. Algunas veces, como en el caso de los cardadores de lana, se complementaba con los procedimientos de las órdenes masónicas secretas:

Desconocidos, el designio de nuestras Logias es el amor y la unidad,
Nuestra protección se basa en las leyes de la equidad,

36. T. A. Ward, *op. cit.*, p. 78. Véase también J. H. Priestley, «Ripponden Female Society», *Trans. Halifax Antiq. Soc.*, 1943. *Negus*: vino (en especial oporto o jerez) y agua caliente, endulzado y aromatizado con limón y especias. *(N. de la t.)*

37. Una queja continua de las autoridades era que las sociedades de socorro mutuo permitían que sus miembros retirasen fondos cuando estaban en huelga. En 1812, se describió Macclesfield como «un nido de asociación ilícita», «lleno de sociedades para la enfermedad y el entierro, que son los gérmenes de la revolución»: C. S. Davies, *History of Macclesfield*, Manchester, 1961, p. 180.

Y cuando conozcas nuestros derechos místicos,
Te revelaremos todos nuestros secretos.[38]

Después de la década de 1790, bajo el impacto de la agitación jacobina, los preámbulos a los reglamentos de las sociedades de socorro mutuo adquieren una nueva resonancia; una de las consecuencias más extrañas del lenguaje del «hombre social» de la Ilustración filosófica es su reproducción en los reglamentos de oscuros clubs de reunión que se encontraban en tabernas o «despachos clandestinos» de la Inglaterra industrial. En el Tyneside, las sociedades «Sociales» y «Filantrópicas» expresaban sus aspiraciones en términos que abarcaban desde frases inútiles —«una sociedad firme, duradera y amistosa», «para promover la amistad y la verdadera caridad Cristiana», «el hombre no ha nacido sólo para sí mismo»— hasta imponentes afirmaciones filosóficas:

> El hombre, por la constitución de su cuerpo, y la disposición de su espíritu, es una criatura formada para la sociedad ...
>
> Nosotros, los miembros de esta sociedad, tomando en seria consideración, que el hombre está constituido como ser social ... con una necesidad continua de asistencia y apoyo mutuo; y habiendo entretejido en nuestras naturalezas aquellos sentimientos humanos y compasivos que siempre experimentamos ante la desgracia de cualesquiera de nuestros prójimos ...[39]

Las sociedades de socorro mutuo, que encontramos en comunidades de tan diverso tipo, fueron una influencia cultural unificadora. Aunque por razones financieras y legales fueron lentas en federarse entre sí, facilitaron la federación regional y nacional de las *trade unions*. Su lenguaje del «hombre social» también encaminó el desarrollo de la conciencia de la clase obrera. Unía el lenguaje de caridad cristiana y la metáfora latente de la «hermandad» en la tradición metodista (y morava),

38. (E. C. Tuffnell), *The Character, Objects and Effects of Trades' Unions*, 1834, vuelto a publicar en 1934, pp. 42 y siguientes. (Strangers, the design of all our Lodges is love and unity, / With self-protection founded on the laws of equity, / And when you have our mystic rights gone through, / Our secrets all will be disclosed to you.)

39. *Rules ... of the Sociable Society*, Newcastle, 1812; *Articles of the Friendly Society at West Boldon*, Sunderland, 1811; *Rules of the Good Intent Society*, Newcastle, 1815; *Articles of the Unanimous Society*, Newcastle, 1804; véase también H. J. Maltby, «Early Bradford Friendly Societies», *Bradford Antiquary*, VII, 1933, para encontrar ejemplos de reglamentos con influencia metodista.

con la afirmación social del socialismo owenita. Muchas de las primeras sociedades y cooperativas de consumo owenitas prolongaban sus reglamentos con la siguiente cita de Isaías (XLI, 6): «Uno a otro se ayudan, uno a otro se dicen: ¡Ánimo!». Pero todavía en la década de 1830 había en circulación una multitud de himnos y canciones de sociedades de socorro mutuo o de *trade unions* que eran elaboraciones del mismo tema.

El señor Raymond Williams ha indicado que «el elemento distintivo crucial de la vida inglesa desde la Revolución industrial está ... en la existencia de ideas alternativas en cuanto a la naturaleza y la relación social». En contraste con las ideas de individualismo o (como mucho) de servicio de la clase media, «lo que significa propiamente "cultura de la clase obrera" ... es la idea colectiva básica, y las instituciones, comportamientos, hábitos de pensamiento e intenciones que procedían de aquella».[40] Las sociedades de socorro mutuo no «procedían de» una idea, tanto las ideas como las instituciones surgieron en respuesta a ciertas experiencias comunes. Pero la distinción es importante. En la simple estructura celular de la sociedad de socorro mutuo, con su característica cotidiana de ayuda mutua, podemos encontrar muchas de las características que se reproducían, de manera más sofisticada y compleja, en las *trade unions*, cooperativas, Hampden clubs, organizaciones políticas y logias cartistas. Al mismo tiempo puede considerarse a las sociedades como la cristalización de un espíritu de solidaridad difundido de forma muchísimo más amplia en los detalles «densos» y «concretos» de las relaciones personales de los obreros, en el hogar y en el trabajo. Todos los testigos presenciales de la primera mitad del siglo XIX —clérigos, inspectores de fábrica, propagandistas radicales— subrayan el alcance de la ayuda mutua en los distritos más pobres. En momentos de emergencia, desempleo, huelgas, enfermedad, parto, el pobre «ayudaba sin excepción a su vecino». Veinte años después de que Place hiciera un comentario acerca del cambio en el comportamiento de los habitantes del Lancashire, Cooke Taylor se asombraba de la forma en que los obreros del Lancashire soportaban «la más extrema de las desdichas»,

> con un elevado tono de dignidad moral, un notable sentido de la propiedad, una decencia, una limpieza y un orden ... que no merecen el in-

40. *Culture and Society*, edición de Penguin, pp. 312-314.

> tenso sufrimiento que he presenciado. Contemplé la inmolación gradual de la población más noble y más valiosa que jamás existió en este país o en cualquier otro lugar bajo el cielo.

«Casi todos los desdichados obreros que encontré al norte de Manchester ... estaban completamente horrorizados de verse obligados a recibir la beneficencia parroquial.»[41]

Es un error considerar que esta era la *única* ética «obrera» auténtica. Las aspiraciones «aristocráticas» de los artesanos y los trabajadores manuales, los valores de la «ayuda a sí mismo» o la delincuencia y la desmoralización, también estaban ampliamente extendidos. Se libraba la batalla en torno al conflicto entre formas de vida alternativas, no sólo entre la clase media y la clase obrera, sino en el seno de las mismas comunidades obreras. Sin embargo, para los primeros años del siglo XIX, es posible afirmar que los valores colectivistas dominan en muchas comunidades industriales; existe un código moral con sanciones contra el esquirol, los «instrumentos» del patrono o la mala vecindad, que además es intolerante hacia los excéntricos o los individualistas. Los valores colectivistas se sustentan de forma consciente y se propagan en la teoría política, las ceremonias de las *trade unions*, la retórica moral. En realidad, es esta conciencia colectiva de sí mismos, con su correspondiente teoría, instituciones, disciplina y valores comunitarios, la que distingue a la clase obrera del siglo XIX de la multitud del siglo XVIII.

El radicalismo político y el owenismo a la vez se inspiraron, y enriquecieron, en esa «idea colectiva básica». Quizá Francis Place estaba en lo cierto cuando atribuía el cambio de comportamiento de las muchedumbres del Lancashire, en 1819, al avance de la conciencia política «que se extendía por todo el país desde que la Sociedad Constitucional y la Sociedad de Correspondencia habían empezado a actuar en 1792»:

> En la actualidad se pueden reunir 100.000 personas y no se produce ningún motín a continuación, y ¿por qué? ... La gente del pueblo tiene un objetivo, cuya consecución les confiere importancia ante sí mismos, les eleva en su propia opinión, y así ocurre que los mismos individuos que hubiesen sido los líderes del motín son los que mantienen la paz.[42]

41. Cooke Taylor, *op. cit.*, pp. 37-39. Taylor escribía en la época de la depresión del algodón de 1842.
42. Wallas, *op. cit.*, p. 146.

Otro observador atribuía los cambios ocurridos en el Lancashire a la influencia tanto de Cobbett como de las escuelas dominicales y advertía un «cambio general y radical» en el carácter de las clases trabajadoras: «Los pobres, cuando sufren y están insatisfechos, ya no provocan motines, sino que convocan un mitin; en lugar de atacar a sus vecinos, acusan al Ministerio».[43]

Este aumento de la dignidad propia y de la conciencia política fue un avance real de la Revolución industrial. Sirvió para desvanecer algunas formas de superstición y de deferencia e hizo que algunos tipos de opresión no se considerasen tolerables por más tiempo. Podemos encontrar testimonios abundantes por lo que se refiere al firme desarrollo del espíritu de solidaridad en la fuerza y el orgullo ceremonial de las *unions* y los clubs de oficios que surgieron, en una situación de cuasilegalidad, cuando se revocaron las *Combination Acts*.[44] Durante la huelga de cardadores de lana de Bradford de 1825, encontramos que en Newcastle, donde las sociedades de socorro mutuo estaban tan bien arraigadas, las *unions* que contribuían a reunir fondos para Bradford incluían herreros, *mill-wrights*, ensambladores, zapateros, marroquineros, aprestadores de piel, ebanistas, carpinteros de navíos, aserradores, sastres, cardadores de lana, sombrereros, curtidores, tejedores, alfareros y mineros.[45] Además, en cierto sentido las sociedades de socorro mutuo ayudaron a aprender e incorporar al movimiento de las *trade unions* el amor por la ceremonia y el elevado sentido de la categoría social del gremio artesano. Estas ceremonias, ciertamente, tenían todavía un notable vigor a principios del siglo XIX, en algunas de las antiguas Compañías o Cofradías con Estatutos de los maestros y maestros artesanos, cuyas ceremonias periódicas expresaban el orgullo tanto de los maestros como de sus oficiales en «el Oficio». Por ejemplo, en 1802, hubo una gran celebración de jubileo de las «Cofradías» de Preston. Durante una semana de procesiones y exposiciones en las que participaron la nobleza, la *gentry*, los comerciantes, los tenderos y los fabricantes,[46] se confirió un lugar prominente a los oficiales:

43. Un miembro del Comité de Manchester para mitigar los sufrimientos del 16 de agosto de 1819 (J. E. Taylor), *Notes and Observations Critical and Explanatory on the Papers relative to the Internal State of the Country ...*, 1820.

44. Véase más arriba, p. 257.

45. *Trades Newspaper* (11 de septiembre de 1825).

46. Entre las cofradías representadas se hallaban los curtidores, guanteros, cordobaneros, carpinteros, carniceros, vinateros, sastres, herreros, merceros y pañeros. Véase *Leeds Mercury* (4 de septiembre de 1802).

> Los Cardadores de Lana y los Obreros del Algodón ... estaban precedidos por veinticuatro mujeres jóvenes, bellas y florecientes, cada una con una rama de la planta del algodón, luego seguía una máquina de hilar sostenida a hombros de los hombres, y más adelante un telar erguido sobre una plataforma móvil, con obreros ocupados trabajando en él ...

En Bradford, en vísperas de la gran huelga de 1825, la fiesta del obispo Blaize, de los cardadores de lana, se celebró con un esplendor extraordinario:

> Heraldo, llevando una bandera.
> Veinticuatro Laneros a caballo, cada caballo enjaezado con un vellón de lana.
> Treinta y ocho Hilanderos de Estambre y Fabricantes a caballo, con chalecos de paño blanco, cada uno con una mecha de lana sobre sus hombros y un fajín de paño blanco; los cuellos de los caballos cubiertos con mallas de hilo grueso.

Y así sucesivamente, hasta que llegamos al:

> OBISPO BLAIZE
> Pastor y Pastora.
> Zagales.
> Ciento sesenta Clasificadores de Lana a caballo, con capas adornadas y bandas de diversos colores.
> Treinta Carderos.
> Carboneros.
> Colores de los Cardadores.
> *Banda de música.*
> Cuatrocientos setenta Cardadores de Lana, con pelucas de lana, etc.
> *Banda de música*
> Cuarenta Tintoreros, con escarapelas rojas, delantales azules y bandas cruzadas de color rojo y azul.[47]

Después de la gran huelga, una ceremonia como ésta no se podía repetir.

Este pasaje, que nos lleva desde la vieja perspectiva del «Oficio» hasta la dualidad de las organizaciones de los patronos por un lado, y

47. J. James, *History of Bradford*, 1866, pp. 164-167; J. Burnley, *Yorkshire Stories Retold*, Leeds, sin fecha, p. 165-175.

las *trade unions* por el otro, nos sitúa en el centro de la experiencia de la Revolución industrial.[48] Pero las sociedades de socorro mutuo y las *trade unions*, al igual que las organizaciones de los patronos, trataban de mantener el ceremonial y el orgullo de la antigua tradición; es más, desde el momento en que los artesanos (o, como todavía se llaman, las gentes de oficio) fueron conscientes de que ellos eran los *productores* sobre cuya destreza los patronos ejercían la función de parásitos, todavía enfatizaron más la tradición. Con la revocación de las *Combination Acts*, sus estandartes recorrieron abiertamente las calles. En Londres, en 1825, la *Union* de Calafateadores de Barcos del Támesis (fundada en 1794) presentó sus divisas: «*Main et Coeur*», «*Vigueur, Vérité, Concorde, Dêpêche*», que revelan el orgullo del oficio medieval. La *Union* de los Cordeleros seguía con un estandarte blanco en el que había dibujado un enjambre de abejas alrededor de una colmena: «¡Hijos de la Industria! La Unión hace la Fuerza». (Ante las casas de los patronos que les habían concedido un aumento, se detenían y saludaban.) La *Union* Previsora de Carpinteros de Navío del Támesis de John Gast, el abanderado de los «oficios» de Londres, los superaba a todos con un estandarte de seda azul: «Los Corazones de Roble Protegen a los Ancianos», un elegante barco tirado por seis caballos bayos, tres postillones vestidos con chaquetas azules, una banda de música, el comité, los miembros portando más estandartes y banderas y delegaciones en representación del oficio que provenían de Shields, Sunderland y Newcastle. Los miembros llevaban rosetones y ramitas de roble, y en el barco había algunos carpinteros de navío viejos que vivían en los asilos que la *union* tenía en Stepney.[49] En Nantwich, en 1832, los zapateros seguían manteniendo todo el sentido de la categoría de la *union* del oficio artesano, con su estandarte, «una colección completa de insignias de órdenes secretas, sobrepellices, mandiles engalanados ... y una corona y mantos para el Rey Crispín». En 1833, el rey cabalgó por la ciudad asistido por caudatarios, funcionarios con la «Dispensa, la Biblia, un voluminoso par de guantes, y también bellos ejemplares de botas y zapatos de señoras y caballeros»: «Casi 500 personas formaron

48. Para la formación de una «conciencia de clase media», entre 1780 y 1846, véase el artículo del profesor Briggs, «Middle-Class Consciousness», *Past and Present* (abril de 1956). Para la importancia de la idea de «el Oficio» en el movimiento ludita, véase más adelante, vol. 2, pp. 118-121.

49. *Trades Newspaper* (14, 21, 28 de agost de 1825). Los calafateadores tenían unos 300 miembros, los cordeleros 200, los carpinteros de navío unos 1.500.

parte de la procesión, vistiendo cada una de ellas un mandil blanco primorosamente adornado. Cerraba la procesión un miembro del oficio equipado de ambulante, con sus herramientas atadas a la espalda, y un bastón en la mano.» [50]

Ninguna explicación sencilla será suficiente para dar cuenta del cambio evidente en los comportamientos de los obreros.[51] Tampoco deberíamos exagerar el grado del cambio. La embriaguez y los alborotos eran todavía frecuentes por las calles. Pero es cierto que los obreros aparecen a menudo más moderados y disciplinados, durante los 20 años posteriores a las guerras, cuando la mayor parte de ellos afirmaba con la mayor seriedad sus derechos. Por lo tanto no podemos admitir la tesis según la cual la moderación era sólo, o incluso principalmente, consecuencia de la propaganda evangélica. Y esto también lo podemos ver, si le damos la vuelta a la moneda y miramos el reverso. Hacia 1830 no sólo la Iglesia oficial, sino también el resurgimiento metodista encontraba una fuerte oposición en la mayoría de centros obreros de librepensadores, owenitas y cristianos no sectarios. En lugares como Londres, Birmingham, el sudeste del Lancashire, Newcastle, Leeds y otras ciudades, los deístas partidarios de Carlile u Owen tenían un séquito muy numeroso. Los metodistas habían consolidado su posición, pero tendían a representar de forma creciente a las gentes de oficios y a los grupos privilegiados de obreros, y a estar moralmente aislados de la vida comunitaria de la clase obrera. Algunos de los antiguos centros del resurgimiento habían recaído en el «paganismo». Hacia la década de 1840, en el Sandgate de Newcastle, que en un tiempo se había «destacado tanto por rezar como por beber más de la cuenta, por cantar salmos y por blasfemar», los metodistas habían perdido a todos sus seguidores de entre los pobres. En zonas del Lancashire, tanto las comunidades de tejedores como los obreros de las fábricas se desvincularon mucho de los templos y fueron recuperados para la corriente del owenismo y el librepensamiento:

> Si no hubiese sido por las escuelas Dominicales, la sociedad hubiese llegado antes a una situación horrible. ... La infidelidad aumenta de

50. «Reminiscences of Thomas Dunning», compilado por W. H. Chaloner, *Trans. Lancs. & Cheshire Antiq. Soc.*, LIX, 1947. A este despliegue llamativo de fuerzas, le siguió la detención de los responsables de Nantwich en el asalto general a las *unions* en 1834.

51. Para una discusión adicional sobre la cultura artesana, véase más adelante, vol. 2, pp. 313-353.

> una forma extraordinaria. ... Los escritos de Carlile y Taylor y de otros infieles se leen más que la Biblia o cualquier otro libro. ... He visto, semana tras semana, como los tejedores se reunían en una sala, que podía dar cabida a unas 400 personas, para aplaudir a las personas que afirmaban y argumentaban que no había Dios. ... He entrado en los *cottages* que están alrededor del templo al que yo acudo, y he encontrado a 20 hombres reunidos leyendo publicaciones infieles ...[52]

A menudo el owenismo y los movimientos seculares prendieron fuego «como matorrales en tierras del común», al igual que el resurgimiento lo había hecho con anterioridad.

Engels, que escribía a partir de su experiencia en el Lancashire en 1844, afirmaba que «los obreros no son religiosos y no asisten a la iglesia», exceptuando a los irlandeses, «unas pocas personas mayores, y la mediana burguesía, los vigilantes, los capataces y otros por el estilo». «Entre las masas prevalece de forma casi universal una indiferencia total hacia la religión, o a lo sumo, algún rastro de deísmo ...» Engels debilitó su ejemplo al exagerarlo; pero Dodd citaba una fábrica de Stockport en la que nueve de cada diez no asistían a la iglesia, mientras que Cooke Taylor, en 1842, se asombró ante el vigor y el conocimiento de las Escrituras que mostraban algunos obreros del Lancashire que atacaban la ortodoxia cristiana. «Si yo creyera que el Señor era la causa de toda la miseria que veo a mi alrededor —le dijo uno de esos hombres a un predicador metodista— dejaría de servirle, y diría que no era el Dios en el que yo había creído.» De forma parecida, en Newcastle durante los años del cartismo cientos de artesanos y mecánicos eran librepensadores convencidos. En unos talleres que daban empleo a unas doscientas personas «no hay más de seis o siete que asistan a un lugar de culto». «Las clases trabajadoras», decía un obrero,

> están adquiriendo conocimientos, y cuanto más conocimientos adquieren, más amplia se vuelve la brecha que hay entre ellos y las diferentes sectas. Esto no se debe a que ignoren la Biblia. Yo mismo venero la Biblia ... y cuando la leo ... descubro que los profetas se mantenían entre el opresor y el oprimido, y denunciaban al que hacía mal, por muy rico y poderoso que fuese. ... Cuando los predicadores vuelvan a retomar el Antiguo Testamento, por una vez volveré a escucharles, pero no antes ...

52. Testimonio de un patrono de Bolton, *S.C. on Hand-Loom Weavers' Petitions*, 1834, p. 419.

Todas las escuelas dominicales estaban recogiendo una cosecha inesperada. [53]

El debilitamiento del dominio de las iglesias no significaba, de ningún modo, erosión alguna de la dignidad y la disciplina de clase. Por el contrario, Manchester y Newcastle, con su larga tradición de organización industrial y política, se destacaban durante los años del cartismo por la disciplina de sus manifestaciones masivas. Los ciudadanos y los tenderos sufrieron una vez la alarma de que los «terribles y salvajes mineros» entraban en Newcastle a cualquier precio; ahora en cambio, los propietarios de las minas de carbón se veían obligados a rastrear los barrios bajos para encontrar «*candy-men*»* o traperos que sustituyesen a los mineros en huelga. En 1838 y 1839, decenas de miles de artesanos, mineros y braceros se manifestaron semana tras semana en perfecto orden por las calles, pasando a menudo a poca distancia de los militares, y evitando toda provocación. «Nuestro pueblo había aprendido bien —recordaba uno de sus líderes— que no queríamos un motín, sino la revolución.»[54]

III. Los irlandeses

Este análisis ha dejado de lado, por necesidad, uno de los ingredientes de la nueva comunidad obrera: la inmigración irlandesa. En 1841 se estimaba que más de 400.000 habitantes de Gran Bretaña habían nacido en Irlanda; muchas más decenas de miles habían nacido en Gran Bretaña de familia irlandesa. La gran mayoría de ellos eran católicos y se encontraban entre los trabajadores peor remunerados; la mayor parte de ellos vivían en Londres y en las ciudades industriales. En Liverpool y en Manchester una cifra que oscilaba entre la mitad y una tercera parte de la población obrera era irlandesa.

Este no es el lugar adecuado para repetir la espantosa historia del empobrecimiento de la población irlandesa durante la primera mitad del siglo XIX. Pero los infortunios que afligieron Irlanda provinieron me-

53. Engels, *op. cit.*, pp. 125-126; Cooke Taylor, *op. cit.*, pp. 153-155; *Newcastle Chronicle*, *Inquiry into the Condition of the Poor*, Newcastle, 1850, pp. 32, 56. Véase también Dodd, *op. cit.*, pp. 181, 186.

* Vendedor ambulante de azúcar cande. *(N. de la t.)*

54. Fynes, *op. cit.*, p. 19; Thomas Burt, *Autobiography*, 1924, p. 34; T. A. Devyr, *The Odd Book of the Nineteenth Century*, New York, 1882, pp. 184-185.

nos del desastre de la patata que de las consecuencias de una contrarrevolución que tuvo lugar después de la despiadada represión de la rebelión de los Irlandeses Unidos (1798) y fue mucho más salvaje que cualquiera de las que se hicieron en Inglaterra; y de las consecuencias políticas, económicas y sociales de la *Act of Union* (1800). En 1794, un eclesiástico de la Iglesia de Irlanda, llamado William Jackson, que actuaba como mediador entre William Rowan, de los Irlandeses Unidos, y los franceses, fue detenido en Dublín en posesión de un documento que explicaba en términos generales la posición de Irlanda y las esperanzas de apoyo en el caso de una invasión francesa. La estimación (equivocada) de la población de Irlanda era de 4.500.000 de habitantes,[55] de los cuales se suponía que 450.000 eran anglicanos, 900.000 eran disidentes y 3.150.000 eran católicos. Acerca de los disidentes («el grupo más ilustrado de la Nación») se decía:

> Son Republicanos convencidos, dedicados a la Libertad y han estado de acuerdo de manera entusiasta con todas las Etapas de la Revolución Francesa. Los Católicos, la Gran mayoría de la Población, se encuentran en el punto más Bajo de la Ignorancia y la Necesidad, están dispuestos a cualquier Cambio puesto que ningún Cambio puede empeorar su situación, Todo el Campesinado de Irlanda, el más Oprimido y Afligido de Europa, se puede afirmar que es Católico.

Mientras que en Inglaterra los prejuicios antifranceses «unirían a todas las categorías sociales en oposición a los Invasores», en Irlanda, «un País Conquistado, oprimido e Insultado, el mismo Nombre de Inglaterra y su Poder es Universalmente Odioso ...».

> Los Disidentes son enemigos del Poder Inglés debido a la razón y a la Reflexión, los Católicos lo son por Aborrecimiento del Espíritu Inglés ...
>
> En una palabra, sea debido a la Reflexión, el Interés, el Prejuicio, el espíritu de Cambio, la miseria de la mayoría de la nación y sobre todo el Aborrecimiento del espíritu Inglés, como resultado de la Tiranía de cerca de siete siglos, parece haber pocas dudas de que una Invasión sería apoyada por la población.[56]

Se puede argumentar que los franceses perdieron Europa no ante

55. El primer censo, en 1821, arrojó una cifra de 6.803.000.
56. T.S., 11.3510 A (2); *Trial of the Rev. Wm. Jackson*, 1795, pp. 80-81.

Moscú, sino en 1797, cuando sólo una armada amotinada se interponía entre ellos y una Irlanda que estaba en vísperas de la rebelión.[57] Pero la invasión, cuando llegó, fue de una índole distinta: fue la invasión de Inglaterra y Escocia por parte de los irlandeses pobres. Y el escrito de Jackson nos recuerda que la emigración irlandesa fue más diferenciada de lo que a menudo se supone. Durante los años anteriores y posteriores al 98, los disidentes del Ulster, que era la provincia más industrializada, no eran los más leales, sino los más «jacobinos» de los irlandeses; mientras que sólo después de la represión de la rebelión, *The Castle** fomentó el antagonismo entre los «orangistas» y los «papistas» como medio de mantener el poder. Entre los emigrantes había segadores temporeros procedentes de Connaught, pequeños propietarios de tierra fugitivos de Wexford y artesanos del Ulster, que eran tan distintos unos de otros como los braceros de Cornualles y los hilanderos de algodón de Manchester. (Las célebres reyertas de los sábados por la noche se producían más a menudo entre irlandeses e irlandeses, que entre irlandeses e ingleses; tampoco eran siempre enfrentamientos religiosos: las rivalidades de Leinster, Munster y Connaught también se reproducían en los corrales y los patios de Preston y Batley.) Se sucedieron una ola de inmigración tras otra.[58] Entre 1790 y 1810 todavía había una mezcla considerable de protestantes y personas del Ulster, muchos de ellos gentes de oficios, artesanos, tejedores y obreros del algodón, algunos de ellos partidarios de *Los derechos del hombre*. A medida que se empezaron a sentir los efectos de la competencia económica desigual bajo la Unión, los tejedores de seda y lino y los obreros del algodón abandonaron sus industrias en decadencia por Manchester y Glasgow, Barnsley, Bolton y Macclesfield. En esta oleada llegó el joven John Doherty, que antes de los 20 años había trabajado en una hilandería en Meath, para convertirse en pocos años en el mayor de los líderes de los obreros del algodón del Lancashire.

Desde este momento en adelante se produjo más que nunca una migración católica y campesina. La *yeomanry* del Lincolnshire, señalaba un periódico en 1811, «no ha dejado de invitarles, durante muchos

57. Véase E. H. S. Jones, *The Invasion that Failed*, Oxford, 1950.

* Se refiere al Castillo de Dublín, sede de la corte virreinal y de la administración. Se sobreentiende, en términos políticos, a la autoridad y los funcionarios que administraban el gobierno de Irlanda. *(N. de la t.)*.

58. Respecto de la considerable colonia irlandesa en el Londres del siglo XVIII, véase M. D. George, *London Life in the Eighteenth Century*, pp. 113 y siguientes.

años, mediante un anuncio público». Esto hacía referencia a los migrantes temporeros, los segadores cuyo «espíritu de ardua laboriosidad» se elogiaba frente al «codicioso» bracero del Lincolnshire, «que está deseoso de obtener salarios excesivos a costa de la necesidad del agricultor, y a quien no satisface la paga de una guinea al día, en el punto culminante de la estación», y al que además se le reconvenía por mirar con envidia al «ayudante irlandés».[59] A medida que las rutas de migración se volvían familiares, más inmigrantes llegaban para quedarse. Sucesivos fracasos en la cosecha de patatas, en particular el hambre de 1821-1822, hicieron que aumentase la migración.

La expulsión masiva de campesinos «propietarios» entre 1828 y 1830 aumentó el número de viajeros en los atestados barcos hacia Liverpool y Bristol. Pero Inglaterra estaba «lejos de ser su Meca, y en realidad era el último lugar al que se hubiesen acercado voluntariamente». Los más afortunados, que podían ahorrar el dinero del pasaje, emigraban hacia Norteamérica y Canadá, y los más indigentes eran los que venían a este país. Una vez aquí, tan pronto como conseguían trabajo hacían esfuerzos heroicos para hacer envíos de dinero hacia Irlanda, y a menudo para ahorrar la pequeña suma necesaria para traer a los familiares y reunir a la familia en Inglaterra.[60]

Las condiciones que la mayor parte de los inmigrantes de la posguerra dejaban detrás suyo eran, en el lenguaje de los *Blue Books*, insuficientes para mantener «las exigencias más comunes para vivir»;

> Sus viviendas son tugurios miserables, varias personas de una misma familia duermen juntos sobre la paja o sobre el suelo desnudo ... su comida consiste por lo común en patatas a secas, y con las patatas se ven ... obligados a hacer sólo una comida al día ... A veces consiguen un arenque, o un poco de leche, pero nunca comen carne excepto en Navidad, Pascua y Carnaval.[61]

Esta parte de su historia es conocida, puesto que eran la mano de obra más barata de la Europa occidental. Una página tras otra, los *Blue*

59. *Boston Gazette*, en *Alfred* (21 de septiembre de 1811).

60. Para la migración en general, véase Redford, *op. cit.*, pp. 114 y siguientes; para un resumen excelente de sus causas económicas y sociales, véase E. Strauss, *Irish Nationalism and British Democracy*, 1951, en especial los caps. 9 y 10.

61. *Third Report of the Commissioners for Inquiring into the Condition of the Poorer Classes in Ireland*, 1836, p. 3.

Books que tratan de las condiciones sanitarias, los delitos, las viviendas, los tejedores de telar manual, están repletos de relatos sobre la miseria que los irlandeses traían consigo hacia Inglaterra; de sus viviendas en los sótanos; la escasez de su mobiliario y sus camas; las basuras delante de las puertas; el hacinamiento; la presión a la baja sobre los salarios de la mano de obra inglesa. No es necesario subrayar lo útiles que eran para los empresarios en este último aspecto. Un fabricante de seda de Manchester declaraba, «en el momento que hay una huelga y necesito conseguir mano de obra con urgencia, envío a buscar a Irlanda 10, 15 o 20 familias ...».[62]

Pero la influencia de la inmigración inglesa fue más ambivalente y más interesante que todo esto. Paradójicamente, el mismo éxito de las presiones que efectuaron los cambios en la configuración del carácter del obrero inglés creó la necesidad de una fuerza de trabajo adicional que no estuviera moldeada por la disciplina del trabajo industrial. Como hemos visto, esta disciplina exigía una dedicación metódica regular, unas motivaciones internas de seriedad, previsión y estricto cumplimiento de los contratos; en resumen, un gasto de energía controlado en los empleos cualificados o semicualificados. Por contraste, las tareas manuales pesadas que estaban en la base de la sociedad industrial exigían un pródigo gasto de pura energía física: una alternancia de trabajo intenso y relajación bulliciosa que corresponde a los ritmos de trabajo preindustriales, y para los cuales no era adecuado el artesano o el tejedor inglés, tanto debido a su debilidad física como a su temperamento puritano.

Así pues, la mano de obra irlandesa era esencial para la Revolución industrial, no sólo —y quizá no en primer lugar— debido a que era «barata» (el trabajo de los tejedores y jornaleros agrícolas era en verdad bastante barato), sino porque el campesinado irlandés había escapado a la impronta de Baxter y Wesley. Desmoralizados en Irlanda por una economía que les situaba por debajo de la subsistencia o por el *conacre system** (mediante el cual quedaban reducidos a una semiesclavitud ante los labradores, a cambio de utilizar una pequeña parcela de patatas) habían adquirido una reputación de letargo y poca seriedad. La energía no recibía incentivos en una tierra en la que al buen arrenda-

62. *Report on the State of the Irish Poor in Great Britain*, 1836, p. VII.
* Tipo de contrato por temporada. *(N. de la t.)*

tario se le penalizaba duplicándole la renta. En Inglaterra eran capaces de realizar hazañas asombrosas, y mostraban

> ... buena voluntad, presteza y perseverancia en los tipos de trabajo no cualificados más duros, molestos y desagradables, como por ejemplo ayudar a los canteros, albañiles y yeseros, excavar tierra para puertos, muelles, canales y carreteras, transportar bultos pesados, cargando y descargando barcos.

El doctor Kay, que investigó el valor de la mano de obra irlandesa entre los patronos del Lancashire en 1835, descubrió que preferían a los obreros ingleses en todas las tareas cualificadas, porque tenían «aquella perseverancia regular que el trabajo fabril exige en particular». «Los ingleses son trabajadores más regulares, limpios y hábiles y son más de fiar por lo que se refiere al cumplimiento de los contratos que se hacen entre señor y criado.» Aunque en la industria del algodón había empleados miles de irlandeses, «pocos, si es que había alguno ... trabajaban alguna vez en los procesos superiores ... ; casi todos se encuentran en talleres de preparación de la fibra para la hilatura ...». Casi ninguno llegaba a ocupar «puestos de confianza», y muy pocos «alcanzaban la categoría de hilanderos». Por otra parte, en las tareas no cualificadas la situación era la contraria. Un patrono de Birmingham en 1836 testimoniaba lo siguiente:

> Los peones irlandeses trabajarán siempre. ... Les considero trabajadores muy valiosos y no podríamos arreglárnoslas sin ellos. Si se les trata con amabilidad, harán cualquier cosa por ti. ... Un inglés no podría hacer el trabajo que ellos hacen. Cuando les ayudas tienen un deseo de complacer que los ingleses no tienen; preferirían morir debajo de cualquier cosa antes de ser golpeados; preferirían trabajar duramente hasta extenuarse antes de que otro hombre les sobrepasase ...

«Es necesario vigilarles más, hablan más en el trabajo.» Con ellos a menudo son más eficaces los incentivos personales que los económicos; puesto que eran personas de buen carácter, trabajaban mejor para patronos afables que les fomentasen la emulación mutua. «Los irlandeses son más violentos e irritables, pero son menos tercos, taciturnos y voluntariosos que los ingleses.» Era fácil abusar de su generosidad y su carácter impulsivo; es literalmente cierto que «preferirían morir ... antes de ser golpeados». «En su propio país tiene fama de ser perezoso

y negligente en extremo, después de cruzar el canal se convirtió en un modelo de laboriosidad y espíritu emprendedor.» Tanto si trabajan a destajo como en cuadrillas, en los muelles o de peones camineros, «ceden a la tentación de trabajar en exceso y de arruinar su salud y su fuerza física en pocos años. Este es el caso de los mozos de cuerda, los cargadores de carbón y muchos de los peones corrientes de Londres», que eran irlandeses en una proporción elevada. Un observador en los muelles de Liverpool señaló de qué forma se cargaba la avena en un barco:

> Esos hombres (la mayoría de los cuales eran irlandeses) recibían de un golpe los sacos llenos sobre sus hombros, a medida que la grúa los bajaba, y los transportaban a través de la calle. Proseguían su pesada tarea a lo largo de las horas de trabajo de un día de verano a un ritmo uniforme e infatigable, manteniendo un trote de al menos cinco millas a la hora, ya que la distancia del barco al almacén es de cinco yardas completas ... Haciendo este trabajo un buen peón ganaba, cobrando 16*d.* por saco, diez chelines al día; de modo que, en consecuencia, hacía setecientos cincuenta viajes ... cargando a su espalda, en la mitad de la distancia, un saco lleno de avena, recorriendo así una distancia de ... cuarenta y tres millas ...

Hacia la década de 1830, algunos tipos de trabajo habían pasado totalmente a manos de los irlandeses, puesto que los ingleses o bien se negaban a hacer tareas bajas y desagradables, o no podían seguir el ritmo de trabajo.[63]

De ese modo, los patronos obtenían, a un nivel excepcional, lo mejor de una oferta de trabajo que pertenecía al mundo preindustrial e industrial. El obrero disciplinado en el fondo detestaba su trabajo; la misma configuración del carácter que hacía posible la aplicación y la cualificación levantaba a la vez barreras de dignidad que no les hacían sumisos ante las tareas sucias o degradantes. Un patrono de la construcción, al explicar por qué los irlandeses estaban confinados al papel de trabajadores no cualificados, aportaba información:

63. *Report on the State of the Irish Poor in Great Britain*, 1836, pp. V, VII-IX, XXX-XXXI; Strauss, *op. cit.*, cap. 14, «The Irish in Great Britain»; *First Annual Report Poor Law Commissioners*, 1836, pp. 305-306; G. C. Lewis, *Remarks on the Third Report of the Irish Poor Inquiry Commissioners*, 1837, p. 24; John Wade, *History of the Middle and Working Classes*, pp. 242-243; sir G. Head, *A Home Tour of Great Britain*, 1835, pp. 190-191.

> Casi nunca tienen habilidad manual; no profundizan en los temas; su conocimiento es rápido, pero superficial; no son buenos *millwrights* o mecánicos, o cualquier otra cosa que requiera reflexión. ... Si se pone un proyecto en manos de un irlandés, es necesario vigilarle constantemente, de otro modo saldrá mal, o más probablemente no se hará.

Esto se debía más a la «falta de aplicación» que a cualquier «incapacidad natural»; era un defecto de tipo «moral» y no «intelectual»: «Un hombre que no se preocupa por el mañana y que sólo vive para el momento presente, no puede someter a su espíritu a una severa disciplina y hacer esos esfuerzos pacientes y fatigosos que debe hacer un buen trabajador manual.» [64] El *Report on the State of the Irish Poor in Great Britain*, que es uno de los ensayos sociológicos más impresionantes entre los que hay en los *Blue Books* de los años treinta, llega a la siguiente conclusión:

> La emigración irlandesa a Gran Bretaña es un ejemplo de población menos civilizada que se acomoda, como una especie de substrato, por debajo de una comunidad más civilizada; y sin sobrepasarla en ninguna rama de la industria, obtiene posesión de todos los sectores más bajos del trabajo manual.

Los empresarios lo encontraban «ventajoso», como observó un patrono de las Potteries, «puesto que la población nativa está empleada por completo en los trabajos más creativos y que requieren mayor habilidad». Sin embargo, desde el punto de vista de muchos patronos la inmigración «no ha sido un beneficio limpio». Porque los irlandeses mostraban la misma exuberancia e indisciplina en los momentos de descanso como en el trabajo. «Un gran número de los obreros irlandeses que trabajan en las ciudades fabriles ... gastan sus ingresos del siguiente modo»:

> El sábado por la noche, cuando reciben sus salarios, en primer lugar pagan la cuenta en la tienda ... y el alquiler ... y cuando han pagado sus deudas, se van a beber tanto alcohol como les permite lo que les queda del salario. El lunes por la mañana, no tienen ni un penique ...

Mantenían un «nivel de vida fijo, un poco superior al que tenían en su propio país», pero carecían de las virtudes puritanas de la economía y

64. *Report on the State of the Irish Poor in Great Britain*, pp. IX, XXX-XXXI.

la sobriedad, así como de la aplicación y la previsión. Cada sábado por la noche las calles de Manchester, Liverpool y otras ciudades manufactureras eran ocupadas por cientos de irlandeses borrachos y pendencieros.

Además, las virtudes y los vicios de los irlandeses eran, por multitud de cosas, los opuestos a los de los disciplinados artesanos ingleses. Los irlandeses despreciaban, ora con violencia, ora con buen humor, la autoridad inglesa. No sólo eran las leyes y la religión de unos gobernantes extranjeros, sino que no existían sanciones comunitarias que convirtieran en motivo de vergüenza los procesos en los tribunales ingleses. Si se les trataba bien, decía un patrono, eran dignos de confianza: «Si descubren a uno de ellos cometiendo un pequeño hurto, los otros le harán el vacío». Pero si se sabe de un irlandés que comete raterías con un patrono o agricultor impopular o que se niega a pagar el alquiler, no sólo recibe la autorización de sus compatriotas, sino su fuerza colectiva. Un patrono del algodón de Manchester declaraba que «no existe conducta temeraria de la que no hagan alarde alguna vez». Aunque estaban peleando continuamente entre ellos, se volvían como un solo hombre cuando uno de ellos era atacado por uno distinto a ellos. Cualquier intento de confiscar alambiques de destilación de alcohol conducía a guerras de chafarotes y ladrillos, en las que las mujeres irlandesas no se quedaban atrás. En la Pequeña Irlanda de Manchester, los intentos de cumplir sentencias legales referentes a alquileres, deudas o impuestos, se tenían que llevar a la práctica como pequeñas acciones militares contra la población en orden de batalla. «Es extremadamente peligroso —decía el representante de la policía de Manchester en 1836— ejecutar una orden en una fábrica en la que están empleados muchos irlandeses; éstos tirarán ladrillos y piedras contra las cabezas de los agentes a medida que suban la escalera ...» Y el inspector de vigilancia de Manchester testimoniaba que:

> ... para detener a un irlandés en las zonas irlandesas de la ciudad, nos vemos obligados a disponer de diez, veinte o más guardianes. Aparece todo el vecindario armado; incluso las mujeres, medio desnudas, trasladan trozos de ladrillo y piedras para que los hombres los lancen. Un hombre resistirá, luchando y esforzándose, para ganar tiempo hasta que sus amigos recojan dinero para el rescate ...[65]

65. *State of the Irish Poor in Great Britain*, pp. X, XVI-XVII, XX; *First Report of the Constabulary Commissioners*, 1839, pp. 167-169.

Esos irlandeses no eran ni estúpidos ni bárbaros. Mayhew subrayaba a menudo su generosidad, sus «capacidades de expresión oral y su rapidez de percepción». Tenían un sistema de valores distinto al del artesano inglés; y uno tiene la sensación de que cuando escandalizaban el decoro inglés, a menudo se divertían y hacían el papel de traviesos. Con frecuencia, recordaba un abogado de Bolton, cuando los sentaban en el banquillo de los acusados se hacían los locos, y presentaban a un tropel de paisanos como «testigos de su conducta», entonces mostraban un conocimiento minucioso de los procedimientos legales en sus sofismas, y mareaban a los magistrados con su labia. La misma indiferencia por la veracidad convertía a muchos de ellos en mendigos consumados. Generosos como eran unos con otros, sólo ahorraban dinero para un proyecto concreto: emigrar al Canadá o casarse. Eran capaces de «ahorrar penique tras penique» durante años, para traer a sus esposas e hijos, hermanos y hermanas a Inglaterra; pero «*no* ahorrarán para impedir que ellos o sus hijos lleguen a la degradación de un asilo ...». Como vendedores callejeros se mantenían en los estratos más bajos, como baratilleros o traperos; su temperamento, comentaba Mayhew escuetamente, no estaba adaptado a «comprar en el mercado más barato y vender en el más caro». Respecto de las *Poor Laws* inglesas mantenían una alegre actitud de rapiña. Se aprovechaban de las anticuadas *Settlement Laws*, paseando en coches arriba y abajo del país a expensas de las parroquias (y ¿quién iba a saber si Manchester era o no era la parroquia de origen de Paddy M'Guire? y escapándose de la carreta del inspector cuando la parada les parecía agradable. Aceptaban la beneficencia parroquial «sin el menor asomo de vergüenza».[66]

Este era un elemento perturbador en la comunidad obrera en formación: un flujo aparentemente inextinguible de refuerzos para guarnecer los baluartes de Satán. En algunas ciudades, los irlandeses se encontraban parcialmente segregados en sus propias calles y barrios. En el Londres de 1850, Mayhew les encontraba en el laberinto de callejuelas cercanas a Rosemary-lane, en cuyos recodos se podían ver «golfillos despeinados corriendo por los charcos con los pies desnudos, y muchachas sin cofia acurrucadas en sus manteletas y recostadas en los quicios de las puertas». En los sótanos de Manchester y Leeds había una segregación similar. Y también había una segregación de tipo religio-

66. H. M. Richardson, *Reminiscences of Forty Years in Bolton*, Bolton, 1885, pp. 129-131; Mayhew, *op. cit.*, I, pp. 109-121.

so. En 1800, el número de población obrera nativa que pertenecía a la fe católica era minúsculo. La iglesia católica vio pruebas de un plan divino para recuperar Inglaterra para la Fe en la inmigración irlandesa; y dondequiera que fuesen los irlandeses, les seguían de cerca los sacerdotes. Además, este sacerdocio irlandés era más pobre y estaba más cercano al campesinado que cualquier otro que hubiese en Europa. Con una media de ingresos que se ha estimado en 65 libras al año, vivían en un sentido literal a expensas de su grey, comiendo en las casas de sus feligreses y dependiendo de su buena voluntad. «El sacerdote», decía el obispo protestante de Waterford,

> debe seguir el impulso de la oleada popular, o ser abandonado en la playa para perecer. ... «Vive conmigo y como yo; no me oprimas con una sabiduría o un refinamiento superior, coge con gratitud lo que tenga a bien darte, y gánatelo estando de acuerdo con mi credo político o mi conducta.» Este ... es el lenguaje del *cottager* irlandés hacia su sacerdote.

El obispo católico de Waterford lo confirmaba en una amonestación sorprendente a sus eclesiásticos en 1797:

> No permitáis que os conviertan en instrumentos de los ricos de este mundo, que intentarán ... convertiros en instrumentos para oprimir a los pobres, sólo para sus fines temporales. ... Los pobres siempre han sido vuestros amigos, siempre estuvieron firmemente de vuestra parte y siguieron su religión, incluso en los peores momentos. Compartieron con vosotros y con vuestros predecesores su escasa comida. ... Si hubiesen ... imitado la conducta de los ricos, que no sólo os cerraron sus puertas, sino que a menudo os persiguieron como si fueseis bestias salvajes, hoy no podría dirigirme al importante grupo actual de clérigos que se encuentran bajo mi autoridad espiritual ...

Una Iglesia que había suministrado un sacerdote para cabalgar a la cabeza de los insurrectos en Wexford, y otro (O'Coigly) para sufrir en el patíbulo en Inglaterra, era una Iglesia profundamente comprometida con las aspiraciones nacionales del campesinado; durante 30 años después de 1810, Daniel O'Connell intentó que el clero (sobre todo a través de la Asociación Católica) jugara un papel complementario en la agitación política. Cuando los irlandeses pobres fueron a Inglaterra, el clero utilizó todos los medios a su alcance —un ministerio entregado (con un conocimiento del espíritu de sus feligreses, que ningún clé-

rigo inglés podía igualar), el terror psicológico, la ayuda financiera y la exacción financiera, la presión sobre los familiares, el consuelo en la desgracia— para mantener el dominio sobre su grey; y para ello confiaron en la única forma de evangelismo apropiado para tener éxito en la Inglaterra protestante: la tasa de natalidad. Los descargadores de carbón, los peones camineros y los vendedores ambulantes ingleses eran, muchos de ellos, «paganos», sus análogos irlandeses asistían a misa. El sacerdote era la única autoridad hacia la cual los peones irlandeses mostraban algún respeto. En Bolton, un canónigo católico pudo dominar un motín, durante un sábado por la noche, cuando los magistrados habían fracasado en el intento. Cuando Mayhew acompañaba a un sacerdote durante el recorrido por su grey:

> Por todas partes salía gente corriendo para saludarle. ... Las mujeres se agolpaban en los umbrales de sus puertas, y se acercaban silenciosamente desde los sótanos saliendo por las trampillas, simplemente para hacerle una reverencia. ... Incluso cuando el sacerdote andaba por la calle, los muchachos que corrían a toda velocidad se paraban en seco para que les tocase el pelo ...[67]

Ciertamente, para muchos de los emigrantes el poder del cura aumentó. Después del violento desarraigo que habían sufrido, el cura era el último punto de referencia respecto de su antiguo modo de vida. Instruido, pero no lejano por lo que se refiere a la clase social, libre de la identificación con los patronos y las autoridades inglesas, conociendo algunas veces el gaélico, el cura viajaba con mayor frecuencia entre Inglaterra e Irlanda, traía noticias de la tierra y a veces de los familiares, se le podían confiar envíos, ahorros o mensajes. De ahí que la tradición cultural más perdurable que aportó el campesinado irlandés —hasta la tercera o cuarta generación— a Inglaterra, fuera la de una iglesia nacionalista y semifeudal. En los sótanos más miserables, se podían encontrar todavía algunos de los *hocus-pocus** del romanismo, los cirios, el crucifijo y «las llamativas estampas coloreadas de santos y mártires» junto con la estampa de O'Connell, el «Liberador». Por con-

67. *Ibid.*, I, p. 12; E. Wakefield, *An Account of Ireland*, 1812, II, p. 557; Halévy, *op. cit.*, III, pp. 93-95; doctor Hussey, *Pastoral Letter to the Catholic Clergy*, Waterford, 1797.

* Conjuro o fórmula mágica que a veces hace alusión a una derivación de *hoc est corpus*. *(N. de la t.)*

traste, la herencia enormemente rica de canción y folklore irlandés pereció en muchos casos con la primera generación. Los inmigrantes debieron continuar con las costumbres de sus pueblos durante un tiempo, haciéndose visitas en las casas de unos y otros «donde bailaban y recitaban con denuedo». Pero sus hijos abandonaron el violín, la pipa y el gaélico.

Si bien en algunas ciudades los irlandeses se encontraban segregados, jamás fueron reducidos a *ghetto*. Hubiese sido difícil convertir en minoría sometida a un pueblo que hablaba el mismo lenguaje y eran ciudadanos británicos según el *Act of Union*. Se produjeron gran cantidad de matrimonios mixtos. Y lo que es notable no son los roces, sino la relativa facilidad con que los irlandeses fueron absorbidos en las comunidades obreras. Por supuesto, hubo muchos alborotos, en especial en aquellos lugares donde el trabajo inglés e irlandés no cualificados entraban en una competencia directa: en la industria de la construcción o en los muelles. En las décadas de 1830 y 1840 tuvieron lugar batallas campales, con víctimas mortales, entre los peones del ferrocarril. En particular, en Londres, el sentimiento anticatólico y antiirlandés siguió siendo fuerte; en la larga contienda parlamentaria para la Emancipación Católica (1800-1829), cada etapa tuvo lugar con un trasfondo de octavillas y baladas, y en fecha tan tardía como 1850 el nombramiento de obispos católicos provocaba la quema de efigies y el grito de «Agresión Papal». Mayhew conoció a «charlatanes» y «cantores» que consideraban que un buen parloteo antipapal era tan lucrativo como un buen asesinato:

Monjes y Monjas y bufones que os mantenéis a flote,
No oiremos más la eterna canción de las bulas,
¡Ánimo! y gritad ¡Abajo el Papa!,
Y su obispo el cardenal Wiseman!*

Pero ninguno de los cantos o letanías que Mayhew recogió contenía ninguna referencia a los irlandeses. Muchos recordaban el folklore de las quemas de Smithfiels y el sentimiento nacional, en la línea de «La Réplica del Viejo Inglés John Bull a la Bula Papal de Roma».** Los

* Monks and Nuns and fools afloat, / We'll have no bulls shoved down our throat, / Cheer up and shout down with the Pope, / And his bishop cardinal Wiseman.

** La frase del original es: «Old English John Bull's Reply to the Papal Bull of Rome». En inglés *bull* significa a la vez «toro» y «bula». *(N. de la t.)*

habitantes de los sótanos de Rosemary-lane difícilmente podían incluirse en el folklore de la agresión extranjera.[68]

Por el contrario, había muchas razones a favor de que el radicalismo inglés o el cartismo, y el nacionalismo irlandés, hiciesen causa común, aunque la alianza jamás se vio libre de tensiones. El antagonismo apenas podía adoptar formas racistas en el ejército, la armada o en las ciudades fabriles del norte, en todos los cuales los irlandeses luchaban o trabajaban codo con codo con otras víctimas que eran compañeros ingleses. Desde los tiempos de los Irlandeses Unidos y la época en que los irlandeses con sus cachiporras habían ayudado a defender la casa de Thomas Hardy, se había mantenido una alianza política consciente. Los reformadores ingleses, en general, apoyaban la causa de la Emancipación Católica. Durante años, sir Francis Burdett fue su principal líder parlamentario, mientras que Cobbett promovía la causa, no sólo en el *Political Register*, sino también en su obra, creadora de mitos, *History of the Protestant Reformation in England* (1823), en la que el origen de la Vieja Corrupción y de «*the Thing*» se remonta a la expoliación de monasterios y fundaciones caritativas por parte de los Tudor. Los propagandistas radicales también mantenían vivos los recuerdos de la salvaje represión de 1798, y Hone, Cruikshank y Wooler acosaron sin piedad a Castlereagh (el llamado «triángulo Derry-Down») por su complicidad en torturas y palizas. Roger O'Connor, el padre de Feargus, era íntimo amigo de Burdett y fue propuesto, a la vez que Burdett, para ser candidato junto con él por Westminster. En 1828, los irlandeses radicales y contrarios a O'Connell de Londres formaron una Asociación para la Libertad Civil y Política, que contaba con el apoyo de Hunt y Cobbett, que cooperaba estrechamente con los radicales ingleses avanzados y que fue una de las precursoras de la Unión Nacional de las Clases Trabajadoras (1830), precursora a su vez de la Asociación Cartista de Obreros de Londres (1836).[69]

68. Mayhew, *op. cit.*, I, pp. 243, 252-253.

69. Véase por ejemplo el *Political Register* de Sherwin (19 y 26 de julio de 1817); el *Reformists' Register* de Hone (19 de julio de 1817); el *Political Register* de Cobbett (17 de enero de 1818); *Cap of Liberty* (8 de septiembre de 1819); Cole, *Life of William Cobbett*, 1924, pp. 308-309; D. Read y E. Glasgow, *Feargus O'Connor*, 1961, pp. 12-14, 19. La conexión de Roger O'Connor con el movimiento inglés se vio complicada por su pretensión de ser el rey legítimo de Irlanda (pretensión que heredó Feargus). La propuesta de Roger de presentarse por Westminster la refutó Cobbett en los siguientes términos: «No: no queremos una multitud de familias reales; la familia real que tenemos

Así pues, se da una sucesiva alianza clara entre el nacionalismo irlandés y el radicalismo inglés, entre 1790 y 1850, avivada y confundida a veces por las fortunas de la familia O'Connor. Pero en las Midlands y en el norte la influencia de la inmigración irlandesa era menos explícita. Durante más de veinte años después de 1798, un condado irlandés tras otro fueron barridos por disturbios agrarios, en los que las sociedades secretas —Trilladores, Caravats, Shanavests, Tommy Downshires, Carderos, Tejedores de cintas y los últimos Molly Maguires— empleaban diversas formas de terrorismo para defender los derechos de los arrendatarios, mantener bajas las rentas y los precios, resistir a los diezmos, o expulsar a los terratenientes ingleses. En 1806, los trilladores prácticamente controlaban Connaught, en 1810 los belicosos Caravats y Shanavests era activos en Tipperary, Kerry, Waterford; en 1813, los disturbios se extendieron hasta Meath, King's County y Limerick; mientras que durante el hambre de la patata de 1821-1822 los disturbios se extendieron por Munster, Leinster y partes de Connaught. Por todas partes enseñoreaban la ley de las armas, la toma de rehenes por ambas partes para ejecutarlos, las enemistades locales, el robo de armas, las colectas de dinero forzosas: las contenidas aguas del odio agrario se desbordaban en un lugar tan pronto como en otro habían sido castigadas por medio de ejecuciones y deportaciones. Las zonas rurales mostraban, se lamentaba en 1811 el procurador general de Irlanda, las «formidables consecuencias de un campesinado armado y una *gentry* desarmada». El *Lord Chief Baron* declaraba, al sentenciar a muerte a un muchacho, que apenas tenía 10 años, por haber robado armas: «¿Se puede soportar que aquellas personas que durante el día trabajan, legislen por la noche? ¿Que aquellos que cultivan el suelo durante el día, promulguen leyes por la noche para gobernar el país?». Muchos inmigrantes, como Thomas Devyr de Donegal —que llegó a ser secretario de *Chartist Northern Political Union*, estaban acostumbrados, en su juventud, a oír la «pesada marcha» de los hombres «en formación semimilitar» por las calles del pueblo durante la noche.[70]

No podemos citar biografías reales (¿Qué irlandés hubiese confesa-

---

es completamente suficiente para satisfacer a cualquier nación que no carezca de toda conciencia.»

70. Véase Halévy, *op. cit.*, II, pp. 28-30; Wakefield, *op. cit.*, II, pp. 763 y siguientes; Strauss, *op. cit.*, pp. 88-89; Procesos de los Caravats y Shanavests, en Howell, *State Trials*, 1823, XXXI, pp. 419, 423, 464; Devyr, *op. cit.*, pp. 93, 101.

do, ante un tribunal inglés, que había pertenecido a los Carderos o a los «*Levellers*»?), pero sin duda algunos inmigrantes trajeron con ellos las tradiciones de estas organizaciones secretas. Su influencia se pondrá de manifiesto en los años 1800-1802 y durante los años luditas.[71] El movimiento rápido de hombres con los rostros tiznados por las noches, el robo de armas, el desjarretado de caballos y reses; esos eran métodos para los cuales muchos irlandeses habían tenido un aprendizaje. Además, la existencia de colonias irlandesas en todas las ciudades fabriles favorecía la comunicación rápida. Contribuían a la natural francmasonería de los desheredados; si bien los irlandeses estaban siempre prestos para pelearse, también lo estaban para ayudarse unos a otros.

Muchos de los campesinos trajeron consigo la herencia revolucionaria que habían recibido, pero no ocurrió lo mismo con los sacerdotes. La Iglesia no tenía deseo alguno de atraer la atención sobre la minoría católica creciente en Gran Bretaña o de hacer recaer sobre ella prohibiciones adicionales. En la década de 1830, la política de los sacerdotes no iba más allá de la lealtad hacia O'Connell; y O'Connell, que había abandonado a los muy pequeños propietarios en Irlanda a cambio de su libertad, que votó en contra del proyecto de ley de las 10 horas, y que aturdió y confundió a los paisanos más críticos que vivían en Inglaterra con su egoísmo, su realismo retórico, y sus continuas entradas y salidas de los *whigs*, ilustra la alianza entre el nacionalismo irlandés y el radicalismo inglés en su punto más débil. De este modo, sola entre las iglesias de Inglaterra, la Iglesia católica no dio lugar a que clero «inconformista» alguno llegara a ser destacado en los movimientos radicales nacionales. Y aunque los obreros irlandeses estaban prestos a ingresar en organizaciones, la mayoría de ellos trabajaban en oficios no cualificados en los que el sindicalismo era más débil. Por lo tanto produjeron pocos líderes destacados en el movimiento inglés. (John Doherty, con su tenaz interés por la organización de las *trade unions*, y con su adopción consciente de algunos de los métodos organizativos de O'Connell para la Asociación Nacional para la Protección del Trabajo, 1829, fue una excepción.) La influencia irlandesa es más notable en la actitud rebelde de las comunidades y los lugares de trabajo; en una actitud de reto hacia la autoridad, de hacer uso de la amenaza de la «fuerza física» y de negarse a dejarse intimidar por las in-

71. Véase más adelante, vol. 2, en especial las pp. 178-181.

hibiciones del constitucionalismo. Los irlandeses, admitió un sacerdote católico en 1836, eran «más propensos a participar en las *trade unions*, organizaciones y sociedades secretas que los ingleses». «Siempre son los oradores y los líderes de grupo», afirmaba otro testigo. Engels consideraba que «el temperamento irlandés vivo y apasionado» era el precipitado que llevaba a los obreros ingleses, más disciplinados y reservados, al punto de la acción política:

> ... la mezcla del temperamento irlandés, más ligero, excitable y orgulloso, con el inglés, más estable, racional y perseverante, a la larga deberá tener buenos resultados para ambos. El brutal egoísmo de la burguesía inglesa hubiese mantenido su dominio sobre la clase obrera inglesa de forma mucho más firme si la naturaleza irlandesa, generosa hasta el exceso y regida básicamente por el sentimiento, no hubiese intervenido y suavizado el frío y racional carácter inglés, en parte mediante la mezcla de las razas, en parte por el contacto de la vida cotidiana.[72]

Podemos poner en cuestión el lenguaje de Engels que habla de «naturaleza» y «raza». Pero sólo es necesario sustituir tales términos para descubrir que su opinión es válida. En una época en la que la mecánica de precisión coexistía con la construcción de túneles a pico y pala, era una ventaja para los patronos poder encontrar ambos tipos de trabajo. Pero el precio que tuvieron que pagar fue la confluencia del radicalismo político sofisticado con una actitud revolucionaria más primitiva y exaltada. Esta confluencia tuvo lugar en el movimiento cartista; y cuando Feargus O'Connor rompió con O'Connell, y Bronterre O'Brien adaptó el socialismo de la nacionalización de la tierra a las condiciones inglesas, amenazó con suponer un peligro todavía mayor. En un momento anterior, en la década de 1790, cuando el tío de Feargus, Arthur O'Connor, fue detenido con O'Coigly y Binns en Maidstone, pareció posible unir en una estrategia revolucionaria común el jacobinismo inglés y el nacionalismo irlandés. Si O'Connor hubiese sido capaz de ganarse Irlanda como se ganó el norte de Inglaterra, el movimiento cartista y el de la «Joven Irlanda» podrían haber llegado a un estallido insurreccional común. Las reservas de la «fuerza moral» cartista por un lado, y la influencia de O'Connell y el clero por el

72. *Report on the State of the Irish Poor*, p. XXIII; Strauss, *op. cit.*, pp. 125-130; Engels, *op. cit.*, p. 124. Véase también Rachel O'Higgins, «The Irish Influence in the Chartist Movement», *Past and Present*, XX (noviembre, 1961), pp. 84-85.

otro, junto con la terrible desmoralización de la «Gran Hambre», impidieron que tal cosa ocurriera. Pero esto se sitúa más allá de los límites de este estudio.

IV. Miríadas de la eternidad

Si bien podemos ahora ver con mayor claridad muchos de los elementos que compusieron las comunidades de la clase obrera de principios del siglo XIX, todavía se nos debe escapar la respuesta definitiva a la controversia sobre el «nivel de vida». Porque debajo de la palabra «nivel» siempre encontraremos tanto juicios de valor como cuestiones de hecho. Los valores, tenemos la esperanza de haberlo demostrado, no son «imponderables» que el historiador puede tranquilamente desechar con el razonamiento de que, puesto que no son susceptibles de ser medidos, la opinión de cualquiera es igual de buena que la de cualquier otro. Por el contrario, existen aquellas preguntas referentes a la satisfacción humana y a la dirección del cambio social, que el historiador debería ponderar si la historia pretende reivindicar un lugar entre las humanidades destacadas.

El historiador, o el sociólogo histórico, debe interesarse de hecho por los juicios de valor de dos formas. En primer lugar, le interesan los valores que realmente tenían los que vivieron durante la Revolución industrial. Los modos de producción antiguos y los nuevos sustentaban, cada uno de ellos, distintos tipos de comunidad con formas de vida características. Los consensos colectivos y las ideas alternativas con respecto a la satisfacción humana estaban en conflicto, y si queremos estudiar las tensiones que de ello se derivaban no nos faltarán datos.

En segundo lugar, le interesa hacer algún tipo de juicio de valor acerca de todo el proceso que entraña la Revolución industrial, de la cual nosotros mismos somos un producto final. Lo que hace difícil la valoración es nuestra propia implicación. Sin embargo, nos ayudan a conseguir un cierto distanciamiento, tanto la crítica «romántica» del industrialismo que procede de una parte de la experiencia, como el recuerdo de la tenaz resistencia gracias a la cual el tejedor de telar manual, el artesano de la ciudad o de las pequeñas poblaciones se enfrentó a esa experiencia y se aferró a una cultura alternativa. A medida que vemos cómo ellos cambian, estamos viendo cómo nosotros hemos llegado a ser lo que somos en la actualidad. Entendemos con mayor cla-

ridad lo que se perdió, lo que fue empujado a la «clandestinidad», lo que todavía queda por resolver.

Cualquier evaluación de la calidad de vida debe suponer una valoración de la experiencia de vida completa, de las múltiples satisfacciones o privaciones, tanto culturales como materiales de la población de la que se trate. También desde este punto de vista debe aceptarse la vieja visión «catastrófica» de la Revolución industrial. Durante los años que van de 1780 a 1840, la población británica sufrió una experiencia de pauperismo, incluso en el caso de que se pueda demostrar una pequeña mejora estadística de las condiciones materiales. Cuando sir Charles Snow nos dice que «con una singular unanimidad ... los pobres han abandonado la tierra por las fábricas con tanta rapidez como las fábricas podían admitirlos», debemos responder, junto con el doctor Leavis, que la «historia real» del «problema humano en su totalidad [fue], de forma patética e incomparable, más complejo que todo eso».[73] Algunos fueron seducidos, desde el campo, por el resplandor y la promesa salarial de la ciudad industrial, pero a sus espaldas se estaba desmoronando la vieja economía aldeana. Se trasladaron menos por voluntad propia que bajo el mandato de compulsiones externas que no podían poner en cuestión: las *enclosures*, las guerras, las *Poor Laws*, el declinar de las industrias rurales, la actitud contrarrevolucionaria de sus gobernantes.

El proceso de industrialización es necesariamente doloroso. Supone la erosión de los modelos de vida tradicionales. Pero en Gran Bretaña se cumplió con una violencia excepcional. No fue mitigado por sentido alguno de participación nacional en un esfuerzo común, como ocurrió en los países que experimentaron una revolución nacional. La ideología predominante fue sólo la de los patronos. Su profeta mesiánico fue el doctor Andrew Ure, que consideraba el sistema fabril como «el gran ministerio de civilización del globo terráqueo», que difundía, «la sangre vivificadora de la ciencia y la religión a las miríadas ... que todavía estaban sumidas "en la región y la sombra de la muerte"».[74] Pero quienes la llevaron a cabo no *experimentaron* que así fuera, más que aquellas «miríadas» que supuestamente debían beneficiarse con ella. La experiencia de pauperismo se les presentó en cientos de formas di-

73. C. P. Snow, *The Two Cultures*, 1959; F. R. Leavis, «The Significance of C. P. Snow», *Spectator* (9 de marzo de 1962).

74. *Philosophy of Manufactures*, pp. 18-19.

ferentes: para los braceros del campo, la pérdida de sus derechos comunales y de los restos de la democracia aldeana; para el artesano, la pérdida de categoría social de su oficio; para el tejedor, la pérdida del sustento y de la independencia; para los niños, la pérdida del trabajo y el juego en casa; para muchos grupos de obreros cuyos ingresos reales aumentaron, la pérdida de seguridad, de tiempo libre y el deterioro del entorno urbano. R. M. Martin, que prestó declaración ante el Comité de Tejedores de Telar Manual de 1834, y que había regresado a Inglaterra después de estar ausente de Europa durante 10 años, se sorprendió ante la evidencia del deterioro físico y espiritual:

> Lo he observado no sólo en las comunidades fabriles, sino también en las comunidades agrícolas rurales; parecen haber perdido su animación, su vivacidad, sus juegos al aire libre, sus deportes aldeanos; se han convertido en una población sucia, descontenta, miserable, angustiada, conflictiva, sin salud, alegría ni felicidad.

Buscar explicaciones en las que el profesor Ashton ha descrito, de forma correcta, como frases «aburridas» —el «divorcio» del hombre de la «naturaleza» o «la tierra»— es engañoso. Después de la «Última revuelta de los jornaleros», los braceros agrícolas del Wiltshire —que se encontraban bastante cerca de la «naturaleza»— se vieron en una situación mucho más degradada que las muchachas de las fábricas del Lancashire. Esta violencia tuvo lugar sobre la naturaleza *humana*. Desde un punto de vista, puede considerarse como el resultado de la búsqueda del beneficio, cuando la codicia de los propietarios de los medios de producción se vio liberada de las viejas sanciones y todavía no había sido sometida a las nuevas formas de control social. En este sentido podemos interpretarlo todavía, como hizo Marx, como la violencia de la clase capitalista. Desde otro punto de vista, puede considerarse como una violenta diferenciación tecnológica entre trabajo y vida.

No es ni la pobreza ni la enfermedad, sino el trabajo, el que proyecta la sombra más oscura sobre los años de la Revolución industrial. Es Blake, él mismo artesano de formación, quien nos transmite la experiencia:

Entonces los hijos de Urizen abandonaron el arado y la grada, el telar,
El martillo y el cincel y la regla y el compás ...
Y convirtieron todas las artes de la vida en artes de la muerte.

Despreciado el reloj de arena porque su simple hechura
Era como el arte del labrador y la noria
Que sube el agua a los aljibes, rotos y quemados
Porque su arte era como el arte de los pastores
Y en su lugar inventaron complejas ruedas, Rueda sin rueda,
Para confundir a los jóvenes en su bullicio y obligar al trabajo
De día y de noche a las miríadas de la Eternidad, para que alisen
Y pulimenten el latón y el hierro hora tras hora, penosa habilidad,
Tenidos en la ignoracia del uso que podrían hacer de los tiempos del saber
Trabajando penosamente para obtener una ración insuficiente de pan,
En la ignorancia de ver sólo una pequeña parte y pensar que es el Todo,
Y llamarla demostración, ciegos a las simples reglas de la vida.*

A veces parece que estas «miríadas de la Eternidad» hayan sido emparedadas en su trabajo como en una tumba. Sus mejores esfuerzos a lo largo de toda la vida y con el apoyo de sus propias sociedades de socorro mutuo, apenas podrán asegurarles lo que tan alto valor tenía para el pueblo: un «Buen Entierro». Surgían nuevas técnicas, persistían los viejos placeres, pero sobre todo esto advertimos la presión general de las largas horas de trabajo insatisfactorio bajo una severa disciplina con fines ajenos. Todos esto estaba en la base de aquella «fealdad» que, como escribió D. H. Lawrence, «traicionó el espíritu del hombre en el siglo XIX».[75] Esta impresión permanece, cuando todas las demás se desvanecen, junto con la de la pérdida de cualquier cohesión experimentada en la comunidad, excepto la que la población obrera, en oposición a su trabajo y a sus patronos, construyó para sí misma.

* Then left the sons of Urizen the plow & harrow, the loom, / The hammer & the chisel & the rule & compasses... / An all the arts of life they chang'd into the arts of death. / The hour glass contemn'd because its simple workmanship / Was as the workmanship of the plowman & the water wheel / That raises water into Cisterns, broken & burn'd in fire / Because its workmanship was like the workmanship of the shepherds / And in their stead intricate wheels invented, Wheel without wheel, / To perplex youth in their outgoings & to bind to labours / Of day & night the myriads of Eternity, that they might file / And Polish brass & iron hour after hour, laborious workmanship, / Kept ignorant of the use that they might spend the days of wisdom / In sorrowful drudgery to obtain a scanty pittance of bread, / In ignorance to view a small portion & think that All, / And call it demonstration, blind to all the simple rules of life.

75. «Nottingham and the Mining Country», *Selected Essays*, edición de Penguin, pp. 119, 122.

ÍNDICE*

* Al final del tomo II se incluye el índice alfabético.